

NICK BROWN



UNA COSTA  
LEJANA

SPQR

Lectulandia

Cuando Mario Mémor, segundo al mando del Servicio de Seguridad Imperial de Roma, es asesinado en la isla de Rodas, el agente imperial Casio Córbulos se ve envuelto rápidamente en la investigación del crimen.

Casio, siguiendo el rastro que deja el asesino, y acompañado por su guardaespaldas, el exgladiador Indavara; su fiel sirviente, Simo, y la testaruda hija de Mémor, Annia, tendrá que embarcarse a bordo de una nave capitaneada por un curtido y peligroso contrabandista cartaginés.

Después de una infernal travesía, el rastro del criminal los llevará hasta uno de los rincones más alejados del imperio, a una ciudad en ruinas donde las reglas de la civilización romana han sido olvidadas hace ya tiempo. Allí, Casio se tendrá que enfrentar a un brutal e implacable enemigo, que no dudará en acabar con él a cualquier precio.

Lectulandia

Nick Brown

# Una costa lejana

Agente de Roma - 3

ePub r1.0

epubdroid 15.08.16

Título original: *The Far Shore*  
Nick Brown, 2013  
Traducción: Pedro Santamaría Fernández  
Diseño de cubierta: Calderón Studio

Editor digital: epubdroid  
ePub base r1.2

---

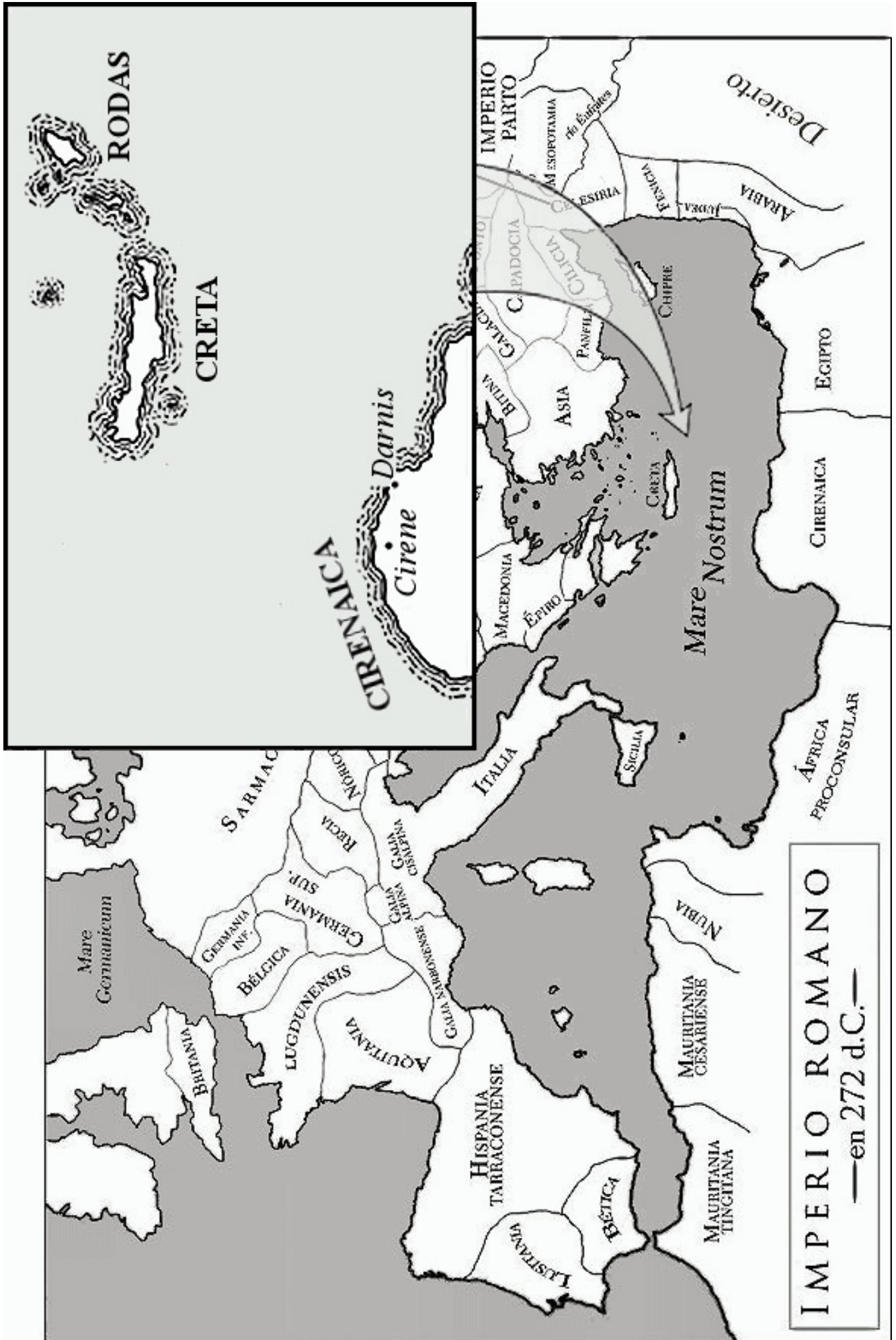
**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

NICK BROWN

UNA COSTA  
LEJANA

Para David Grossman,  
sin el cual...



**IMPERIO ROMANO**  
—en 272 d.C.—

## **HORAS DEL DÍA**

Los romanos dividían el día y la noche en períodos de doce horas cada uno, de modo que la duración de una hora variaba según la época del año.

En Rodas, al inicio del invierno, la primera hora del día comenzaba, aproximadamente, a las 06.45.

La hora séptima del día siempre empezaba al mediodía.

La primera hora de la noche comenzaba, aproximadamente, a las 17.00.

## **DINERO**

Cuatro sestercios (moneda acuñada en bronce) equivalían a un denario.

Veinticinco denarios (moneda acuñada parcialmente en plata) equivalían a un áureo (moneda acuñada parcialmente en oro).



*Cilicia, octubre 272 d. C.*

El ruido alcanzó su cénit cuando el desfile pasó bajo el arco de las puertas, luego se convirtió en un tumulto de aplausos, vítores y gritos. Soldados con cascos y armaduras relucientes, alineados a lo largo de la calle, mantenían a la muchedumbre a raya. Los críos se aferraban a las piernas de sus padres y miraban hacia arriba; los pocos afortunados que habían conseguido encaramarse a un tejado o a una ventana, miraban hacia abajo. En cabeza, cabalgaban cuatro jinetes que portaban lanzas en las que ondeaban banderines rojos y amarillos. Tras ellos venía un heraldo rollizo, de pelo largo, aullando de forma insistente una consigna: «¡Gentes de Karanda, dad la bienvenida a nuestro líder! ¡Viva el príncipe Orico! ¡Viva el príncipe!».

Orico y su caballo acabaron cubiertos por las flores que lanzaba la muchedumbre. Ataviado con una túnica sin mácula y una capa, erguido en su silla de montar, honraba a su pueblo con sonrisas contenidas y asentimientos. Cerca había dos sirvientes con los caballos cargados hasta los topes y dos viejos sacerdotes vestidos con túnicas largas, amplias, que casi tocaban el suelo. Detrás venían seis jinetes con armadura que portaban escudos circulares y lanzas.

En último lugar cabalgaban tres individuos que no parecían pertenecer al resto del desfile. En el centro estaba Casio Quintio Córbulos, un hombre alto, esbelto, de tez clara, que no aparentaba haber alcanzado la edad suficiente para llevar la capa roja y el casco con penacho propios de un oficial del ejército romano. A la izquierda de Casio estaba su sirviente Simo, un tipo mayor que él, de altura similar, pero de cuerpo bastante más ancho, vestido con una pálida túnica de lana y unas sandalias desgastadas. Su cara era amable, amistosa, y parecía estar luchando contra la tentación de saludar a la muchedumbre. El hombre de la derecha era el que menos cómodo parecía sentirse sobre la silla de montar. Indavara, el guardaespaldas de Casio, era el más bajo de los tres, pero el más musculoso, y su túnica, carente de mangas, dejaba al descubierto unos brazos de una notable solidez cubiertos de cicatrices. Su pelo negro y grueso no llegaba a cubrirle la oreja izquierda, a la que le faltaba la parte superior. Indavara llamó la atención de Casio y dirigió una mueca de desprecio al príncipe.

—Ahora parece algo, ¿eh?

Casio se encogió de hombros. Indavara continuó:

—Es una suerte que no lo hayan visto esconderse detrás de los árboles cada vez que nos encontrábamos con alguien en el camino, o brincar por las noches con cada ruido.

—A todos nos toca representar un papel —repuso Casio casi gritando para poder oírse—. Tú no eres menos. Mantén la vista en esas ventanas por si hubiera arqueros.

—Su hombre nos dijo que no habría peligro intramuros.

—Sé que los números no son tu fuerte, pero ¿cuánta gente dirías que hay aquí?

—No lo sé —dijo Indavara—. Miles.

—Exacto. Y solo hace falta uno. Hemos traído a Orico hasta aquí; no queremos perderlo ahora.

La media hora siguiente resultó tensa y caótica, y Casio emitió un largo suspiro de alivio cuando el desfile por fin llegó al palacio. El edificio apenas merecía tal nombre, pero también es cierto que la ciudad de Karanda no era gran cosa, y, tal y como había apuntado Indavara, Orico tampoco era que pareciera un príncipe. El palacio era una estructura de tres pisos de alto, hecha de madera. A Casio le recordó lo que podría ser una gran fonda no del todo lujosa. Toscos estandartes colgaban de unos postes sobre la entrada principal, donde se congregaban varios dignatarios ricamente vestidos. Había más soldados apostados a lo largo del camino, desde la entrada hasta el patio, donde acababa de desmontar el príncipe. Después de un último saludo a las masas, Orico se dirigió hacia el palacio. Fue recibido por un hombre descomunal de barba cana que aferró la mano que se le ofrecía, para luego escoltar al príncipe hacia dentro. Se oyó el gemido de la expectante horda al ser disuelta por los soldados.

—¡Dispersaos! ¡Fuera!

—¡Volved a vuestras casas! ¡Volved al trabajo!

—Doy gracias a los dioses de que esto se haya acabado —dijo Casio, fatigado, al descabalar. Se desató la correa del mentón y se retiró el casco—. Ahora es responsabilidad de otros. Una buena noche de descanso y podremos irnos.

Indavara descabalgó junto a él y estiró los brazos.

—¿Preparado para decirnos cuál será nuestra próxima parada?

—Ni yo lo sé —repuso Casio mientras hundía los dedos en su pelo claro.

—¿No has leído la carta?

—No quería que nada nos distrajese de este asunto. La leeré esta noche.

Renegando de los plebeyos que iban y venían, Casio miró hacia arriba, hacia el cielo que empezaba a oscurecerse, y hacia las lúgubres montañas más allá de los muros. Jirones de nubes grises se escurrían por entre los altísimos peñascos dentados cuando empezó a caer una leve llovizna.

—¿Señor? ¿Señor? —dijo una voz en griego.

Casio vio a un hombre menudo abriéndose paso entre el gentío.

—¿Oficial Córbulos?

—Sí.

El hombre se adecentó la túnica y la pesada cadena de plata que llevaba alrededor del cuello.

—Soy Malaco Argunt, miembro del Consejo de la ciudad. Karanda da la bienvenida al enviado de Roma.

A Casio le gustó cómo sonaba aquello. Estrechó antebrazos con Argunt, quien, como todo provinciano, era demasiado delicado y demasiado rápido a la hora de hacer ese saludo.

—Gracias, Argunt.

Casio siempre hacía por repetir los nombres de aquellos a quienes acababa de conocer, máxime cuando ocupaban algún puesto de relevancia. Esto causaba una buena impresión y garantizaba que recordaría el nombre.

Argunt, con un gesto de la mano, llamó a dos sirvientes.

—Estabularemos vuestros caballos de inmediato. He dispuesto una habitación para vosotros en el palacio. —Esbozó un ligero gesto de asco cuando miró a Indavara—. Sois tres, ¿no es así?

—Tres, sí.

—Te ruego que me acompañes, señor. El Primer Ministro Viedra desea verte inmediatamente.

—Por supuesto.

Casio se volvió hacia Indavara, que ya estaba descargando sus armas de la silla de montar.

—Échale una mano a Simo con las cosas, por favor.

Indavara asintió.

Casio siguió a Argunt entre el gentío.

El Primer Ministro Viedra resultó ser el hombre de barba cana que había recibido al príncipe. Argunt, una vez concluidas las presentaciones, abandonó la amplia sala de audiencias, que estaba en el segundo piso del palacio y desde la que se veía el patio. Mientras uno de los sirvientes se hacía cargo del casco y la capa de Casio, Viedra señaló dos divanes dispuestos junto a un gran ventanal.

—Gracias. Un momento —dijo Casio. Se quitó el zurrón de cuero que le colgaba del hombro izquierdo y lo dejó en el suelo; luego se retiró el tahalí del derecho—. Creo que no necesito esto.

El sirviente añadió la pesada espada a su carga y, a paso ligero, desapareció por una antesala. Casio esperó a que Viedra descansara su corpulencia en uno de los divanes, luego recogió el zurrón y se sentó frente a él. Una sirvienta de mediana edad apareció y depositó una bandeja de madera sobre la mesa que ocupaba el espacio entre los divanes. Tomó de esta un plato con dulces, una jarra y dos cálices de refinada factura. Su mano temblaba al verter el vino en los recipientes, que luego entregó a los dos hombres.

Casio volvió la mirada al camino que había al otro lado del patio. Muchos de los habitantes de la ciudad aún seguían allí.

—No parecen muy dispuestos a irse.

—Toda Karanda se muestra jubilosa —repuso Viedra—. Os debemos mucho. El hecho de que nos hayáis devuelto al príncipe significa que la casa de Tarebe seguirá existiendo.

—¿Toda Karanda? —preguntó Casio mientras apoyaba el cáliz sobre la rodilla—. Me dijeron que en algunos círculos del reino hay opositores al gobierno de su familia. Las gentes de ese enclave... ¿Solba? ¿No es esa la razón por la que hemos tenido que escoltarlo hasta aquí en secreto?

—Algunos han sobrestimado un tanto esa amenaza. Pero es mejor prevenir que lamentar, ¿no es así?

—Sin duda. Intenté explicárselo al príncipe, aunque no parecieron gustarle mis métodos.

—¿Alojarse en fondas de vías secundarias con camas repletas de chinches?

—Parece que lo esté diciendo él.

—¿Hacerle vestir como si fuera tu ayudante hasta que os encontraseis cerca de la ciudad?

—Bastante ingenioso por mi parte.

Viedra hizo un portentoso esfuerzo para no sonreír.

La sirvienta ofreció a cada uno de los hombres el plato con los dulces, pero ambos rehusaron. Volvió a dejar el plato sobre la mesa y se fue.

—Tengo entendido que ya habéis recibido noticias del comandante Abascantio —prosiguió Casio.

La expresión de Viedra se agrió al instante.

—Su carta llegó antes de que lo hicierais vosotros. Hablaba de ciertas condiciones que deberían ser satisfechas en cuanto el príncipe volviera sano y salvo.

Casio se desabrochó el zurrón.

—Tengo el acuerdo aquí. El príncipe y tú lo firmaréis y yo lo haré enviar al gobernador, para que sea implementado de inmediato.

Casio sacó una lámina de papiro de una fina carpeta de cuero y se la entregó. Viedra la acercó a la luz para leer. Casio dio un sorbo al vino, que no estaba lo suficientemente aguado, máxime teniendo en cuenta que ni siquiera era mediodía, y echó un vistazo a la mal disecada cabeza de ciervo que decoraba la pared. Los ojos bizcos del animal parecían observarlo por encima del hombro del ministro.

Viedra leyó el papiro:

—Deberemos informar mensualmente acerca de las actividades de los bandidos que operan al norte de nuestros territorios, entregar a cualquier prisionero que sea capturado para que sea sometido a interrogatorio y actuar si sus actividades llegan a suponer una seria amenaza a la comunicación o el comercio.

—Roma afronta muchas amenazas al ende sus fronteras. Y, sencillamente, ni siquiera tenemos los recursos para ocuparnos de nuestros problemas internos.

Viedra pareció no haber oído a Casio. Su pesada respiración se tornó aún más

audible.

—¿También se incrementa nuestro tributo anual? ¿Y nuestra obligación de enviar tropas a Tarso?

El Primer Ministro bajó el papiro y observó a su invitado con gravedad. Siendo objetivos, aquello no tenía nada que ver con Casio, él no era más que un mensajero, pero sabía que si el acuerdo no se firmaba, su comandante Aulo Celato Abascantio, del Servicio de Seguridad Imperial, no se mostraría satisfecho.

—Con todos mis respetos, Primer Ministro, debo recordarte que, de no haber sido por la intervención del ejército romano, vuestra Familia Real carecería de heredero.

—Y yo debo recordarte, oficial Córbul, que fue precisamente ese ejército el que no proveyó una escolta para el cortejo real en una zona conocida por sus ladrones, lo que acabó con la muerte del padre y el hermano del príncipe. ¡El mismo ejército al que llevamos financiando y suministrando tropas desde hace doscientos años!

Las mejillas de Viedra empezaron a ponerse rojas.

Casio tenía orden expresa de no mencionar que cuatro quintas partes de las fuerzas de la provincia estaban comprometidas en una campaña crucial contra los godos; tampoco debía revelar que Seguridad Imperial había organizado el rescate de Orico porque no había legionarios disponibles para la tarea.

—¿Firmarás el acuerdo, Primer Ministro? ¿Y le aconsejarás, asimismo, al príncipe que lo haga?

Viedra negó con la cabeza.

—Su majestad, el rey Adrico, nunca hubiera aceptado tales condiciones.

Casio dio un último sorbo al vino, luego volvió a posar el cáliz sobre la mesa. Había oído una interesante conversación en Tarso cuando se hicieron cargo del príncipe. No pretendía utilizar aquella información salvo si el Primer Ministro se mostraba reacio; sin embargo, el momento parecía haber llegado. Se encorvó hacia delante y habló en un susurro para que los sirvientes no lo oyeran.

—He oído que encontraron al príncipe escondido en unas letrinas, desarmado y temblando, en ropa de noche. Le dijo al tribuno que dio con él, que había huido, en cuanto los asaltantes aparecieron. —Casio se volvió hacia el ventanal—. Convendrás conmigo en que sería una lástima que tal historia llegase a oídos del populacho.

Viedra apretó los labios. Sobre sus cejas comenzaban a formarse gotas de sudor. Un instante después miró al papiro y suspiró.

Casio sonrió.

—¿Hay un cálamo por aquí?

La coronación tuvo lugar por la tarde, en el espacio que los lugareños llamaban «la Gran Plaza». Casio durmió durante toda la ceremonia; lo despertaron los estruendos vítores cuando concluyó todo el asunto. En un principio agradeció no haber recibido una invitación para asistir, pero más tarde un mensajero le hizo llegar

una nota de Argunt, solicitando su presencia en el banquete de celebración que se daría en el Gran Salón.

—¿Gran Salón? Ni siquiera es tan grande —observó Indavara cuando se incorporaron al final de la cola.

—Todo es relativo, ¿no? —repuso Casio con un bostezo—. Puede que sea la estancia más grande de toda la ciudad, así que para ellos es el Gran Salón. O, por poner otro ejemplo, yo no me sentiría particularmente orgulloso por calcular la hipotenusa de un triángulo, en cambio tú estarías encantado si pudieses calcular cuatro veces tres.

—Doce —dijo Indavara después de una larga pausa.

—Muy bien. Parece que Simo está consiguiendo algo contigo después de todo.

Delante de ellos esperaban los invitados, ataviados con radiantes túnicas y gruesas pieles; muchas de las mujeres lucían arreglos florales entrelazados en sus melenas. Otros asistentes, silenciosos, aguardaban fuera mientras sus amos atravesaban las puertas.

—De todos modos —añadió Casio—, deberías considerarte afortunado de estar aquí. Solo me ofrecieron dos asientos. Por suerte para ti, Simo está ocupado arreglando mi silla de montar.

—Al menos nos darán bien de comer.

Casio echó un vistazo a la mugrienta túnica de Indavara.

—¿No tenías algo más limpio?

—Apenas tiene manchas.

Casio no podía llevar puesto el casco en la mayoría de las estancias y pasillos del palacio, cuyos techos eran, por lo general, bajos, así que lo dejó en su aposento. Suponiendo que en el salón haría calor, también se había dejado la capa. Simplemente llevaba puesta su mejor túnica escarlata de manga larga. Simo también se había encargado de dejarle las botas bien relucientes y de buscarle una de sus hebillas de cinturón favoritas: un círculo de plata que lucía la imagen de la diosa Tyche, un recuerdo de Antioquía.

Cuando llegaron al umbral, Casio se dio cuenta de que todos los hombres se deshacían de sus armas. Dos soldados se encargaban de recoger tahalís y cuchillos y de colgarlos en unos ganchos incrustados en la pared. Argunt lo observaba todo y lisonjeaba a los últimos invitados a medida que iban entrando.

—Una tradición, ya me entendéis —les explicó a Casio y a Indavara cuando le entregaron sus dagas—. El Gran Salón es para intercambiar opiniones, no estocadas. Solo el monarca puede entrar en la sala con un arma.

Justo cuando iban a entrar, un joven se acercó corriendo a Argunt. Le hizo una inclinación con la cabeza y le entregó un rollo de papiro atado con un trozo de tela.

—Una orden del ejército. Acaba de llegar, señor.

Argunt desató el papiro. Estaba fuertemente atado, con el sello de cera intacto. Leyó la única línea escrita por fuera.

—Eso parece.

Casio cogió el papiro y examinó el sello de cera. Era el emblema del gobernador de Siria; muy seguramente proviniera de Abascantio.

—Confío en que el mensajero y su montura serán atendidos convenientemente.

—Por supuesto —replicó Argunt.

—Perfecto. Tengo varias misivas para enviar a la capital. Que salga a primera hora de la mañana.

—Como dispongas —dijo Argunt, haciendo un gesto hacia la puerta.

Fueron los últimos en entrar. El salón se veía iluminado por una gran cantidad de braseros colocados sobre trípodes. En medio de la estancia se erguía un impresionante trono de madera encarado hacia una larga fila de mesas que se extendían a ambos lados formando una U. Los invitados, unos cincuenta en total, permanecían de pie detrás de sus sillas, charlando animadamente. Una docena de soldados armados con lanzas habían sido dispuestos en torno al salón, vestidos con túnicas de rayas rojas y amarillas. Una muchacha del servicio acompañó a Casio y a Indavara a sus asientos, los últimos en el lado derecho de la U. Al sentir los ojos de toda la élite local sobre él, Casio entrelazó las manos a la espalda y caminó con majestuosidad.

—Detrás de mí, zoquete —susurró al ver que Indavara aligeraba el paso deseoso de investigar las mesas con comida alineadas a lo largo de las paredes.

Cuando llegaron a la mesa, Casio se aseguró para sí la penúltima silla.

—Me sentaré en esta —le dijo a Indavara—, me aterra la sola idea de tenerte a ti como única fuente de conversación durante las próximas horas.

Indavara se encogió de hombros y se mantuvo detrás de su silla.

Argunt entró en el salón y fue a hablar con el Primer Ministro Viedra.

Casio se volvió hacia el hombre de su derecha. Era viejo, de espalda encorvada y calvo; parecía colgar de la silla y miraba con aire ausente al trono vacío.

—¿Qué tiene que pasar ahora? —le preguntó Casio.

No tuvo ninguna reacción. Casio se aproximó a su oreja.

—¿Qué tiene que pasar ahora?

De nuevo, nada.

Casio suspiró y miró a Indavara.

—Tú tampoco tienes nada que decir, supongo.

El guardaespaldas también le ignoró.

—Por Júpiter —dijo Casio—. Creía que habrías ido captando la idea de lo que significa mantener una charla cortés, pero veo que mis esfuerzos de la última semana han sido en vano.

Indavara frunció el ceño.

—Fíjate en Simo —continuó diciendo Casio—, no es más que un esclavo, pero

podemos hablar de cualquier cosa durante horas: arte, política, religión. Y piensa dónde nos encontramos, en un reino en las montañas que la mayoría de la gente jamás llegará a ver. Y en lo que estamos haciendo, somos parte importante de los asuntos del Estado. ¿No hay ninguna observación que puedas hacer? ¿No tienes alguna opinión que compartir?

Indavara lo pensó un momento antes de contestar.

—La cena huele bien.

—Por los dioses. Casi se me olvida.

Casio sacó un papiro de su cinturón. La carta le había sido entregada hacía cuatro días en una posta del ejército. Se había cerciorado de que no tuviera nada que ver con el encargo que los ocupaba y la había guardado. Ahora que el trabajo había concluido, podía informarse de la asquerosa misión que Abascantio le habría preparado esta vez.

Mientras leía, Indavara se volvió para inspeccionar la comida. Había fuentes de carne asada cuya grasa aún crepitaba, grandes ruedas de quesos blandos y duros, cuencos repletos de fruta y frutos secos y bandejas de plata con montones de dulces.

Argunt, Viedra y muchos otros hombres ricamente vestidos se alineaban junto al trono. La sala enmudeció.

—¿Y bien? —susurró Indavara al tiempo que se retiraba el pelo de la cara y hacía un gesto con la barbilla apuntando a la carta.

Casio sonreía.

—Un recadito. Viajaremos a la isla de Rodas, recogeremos unos documentos importantes y luego volveremos a Antioquía.

—¿Una isla? —protestó Indavara—. Eso significa navegar.

—No se te pasa una, ¿eh?

—¿Y recoger documentos? Parece incluso más aburrido que este trabajo.

—El aburrimiento no tiene nada de malo —repuso Casio—. Está muy desprestigiado.

Viedra esperó a que el silencio fuese completo antes de hablar:

—Invitados, estimados miembros del Consejo, sacerdotes del Gran Templo: esta noche nos reunimos aquí para honrar a nuestro nuevo rey.

Viedra hizo una pausa y Argunt animó una salva de aplausos.

—Alabados sean los dioses —continuó diciendo el ministro cuando se hizo de nuevo el silencio—. Alabados sean los dioses por habernos traído a nuestro nuevo rey de las fauces de la muerte. Alabados sean los dioses que bendicen a Karanda.

En ese momento los dos sacerdotes que había frente al trono, a quienes Casio reconoció como aquellos que habían tomado parte en el desfile, dieron comienzo a un conjuro articulado en su lengua local. Cuando acabaron, los presentes respondieron con una breve afirmación.

—Esto podría durar horas —susurró Casio—. Y ni siquiera nos han dado un trago de vino.



Viedra, Argunt y los demás fueron hacia la mesa que se encontraba frente a los sacerdotes y se volvieron.

—Ahora le damos la bienvenida —dijo Viedra con el mismo tono solemne del que había hecho gala todo ese tiempo. Los nobles hincaron la rodilla en el suelo, seguidos del resto de los asistentes salvo por los dos sacerdotes. Casio también lo hizo, e instó a Indavara a seguir su ejemplo.

Viedra volvió a hablar:

—Custodio de la Corona Invernal, guardián del Gran Templo, os presento a vosotros, su gente, al rey Orico, el Quinto de su nombre.

Casio e Indavara observaron desde su lugar en la mesa la aparición de Orico. Los dos guardias que le flanqueaban se colocaron a ambos lados de la puerta. El príncipe vestía un largo manto púrpura y una corona de plata tachonada de gemas sobre su pelo rizado. De manera pomposa rodeó el trono y se detuvo delante de él.

—¡Viva el rey Orico! —aulló Viedra.

—¡Viva el rey Orico! —coreó la sala.

El nuevo monarca dio un paso atrás y tomó asiento. Casio observó que uno de los sirvientes se movía de acá para allá. Uno de los sacerdotes le miraba con hostilidad.

—Nos postramos ante ti, mi rey —proclamó Viedra.

Indavara le dio un ligero codazo a Casio.

—Yo no.

Todos los presentes hicieron una reverencia, esta vez también los sacerdotes.

Casio seguía observando al sirviente. El hombre inclinó la cabeza levemente luego se dio la vuelta y cogió algo de una de las mesas donde se encontraba la comida. Casio miró hacia atrás. En cada una de las fuentes de carne había un gran cuchillo de trinchar afilado.

Señaló hacia el otro lado de la estancia.

—¡Indavara, allí!

—Silencio —dijo alguien a su derecha.

El sirviente saltó entre los dos sacerdotes y sobre la mesa. La luz naranja de los braseros se reflejó en la hoja que blandía.

Indavara ya estaba en pie y corriendo.

Casio se levantó en el momento en que el asesino volvía a saltar, esta vez por encima de los dignatarios arrodillados.

Indavara cargó sobre los adoquines en dirección al trono.

Algunos guardias ya se movían, pero ninguno de ellos llegaría a tiempo.

*Tampoco Indavara.*

Casio cogió una jarra vacía de madera que tenía a mano y se la lanzó al asesino. La jarra rebotó, después se deslizó hasta impactar en el tobillo del hombre. Este trastabilló y cayó de rodillas tras resbalarse en el suelo de piedra pulida. Al tiempo que pugnaba por volver a levantarse, gritó:

—¡Por Solba!

El rey Orico se encogió en el trono.

El más veloz de los guardias aún estaba a unos pasos de distancia.

El asesino levantó la hoja y dirigió un tajo al cuello del rey.

Su brazo se detuvo a mitad de camino.

Con los ojos como platos, el asesino observó la gran manaza repleta de cicatrices que le aferraba la muñeca. No podía ver una segunda mano, pero podía sentir unos dedos incrustándosele en el cuello.

Indavara le retuvo hasta que los guardias estuvieron lo suficientemente cerca. Impotente, el asesino volvió a gritar. Indavara mantenía la mirada fija en el hombre: un ribete de sangre le manaba de la comisura de los labios. Miró y vio cómo la espada del rey, teñida de rojo, se deslizaba lentamente retirándose del vientre del asaltante.

El hombre tembló y, de repente, las fuerzas le abandonaron. Indavara lo soltó y los guardias se hicieron cargo del cuerpo. La cara del potencial asesino era increíblemente joven; sus mejillas aún lucían las marcas de la pubertad. Indavara dio un paso atrás, dejando al rey a la vista, solo, empuñando su espada ensangrentada.

—¡Alabado sea el rey! —rugió la sala al completo—. ¡Alabado sea el rey! —De pronto todo el mundo estaba gritando y chillando.

Casio se apresuró hacia Indavara, este negó con la cabeza cuando sus ojos se encontraron.

—Por poco.

—Podría haberse convertido en el reinado más corto de la historia —repuso Casio—. Bien hecho.

—«Bien hecho» a quien le haya lanzado la jarra. Eso es lo que lo ha detenido lo suficiente.

—He sido yo. Yo la he lanzado.

—¿Tú?

Los guardias medio arrastraban, medio cargaban con el asesino para sacarlo de la estancia. Tras ellos quedaba un reguero de sangre sobre los adoquines.

Argunt se aproximó y les estrechó las manos, primero a uno, luego al otro. Le llevó unos instantes decir unas palabras.

—Toda Karanda os da las gracias. ¡Qué capacidad de reacción!

Casio se volvió hacia Indavara, que hizo un extraño asentimiento de aprobación.

Viedra pasó a su lado y aferró el brazo de uno de los soldados más veteranos.

—Quiero a cuatro hombres alrededor del rey. Quiero que se reemplace a todos los sirvientes. Y sacad de aquí cualquier cosa que pueda parecerse a un arma. La carne pueden trincharla en las cocinas.

Argunt intentó dirigirse a los presentes, pero, dada su escasa estatura, no había muchos que pudieran verlo, menos aún oírlo. Uno de los soldados se hizo con la espada del rey, quien se había vuelto a sentar y parecía aturdido. La corona reposaba en su regazo. Un instante después volvió a ceñírsela, se levantó y alzó la mano. Hasta

los sirvientes que estaban siendo desalojados y los soldados que los desalojaban permanecieron petrificados y en silencio. Orico hizo un gesto a Argunt para que se acercara y le susurró algo al oído. Luego el anciano habló:

—¡Haced hueco en esa mesa! El rey comerá con nuestros amigos romanos.

Las gentes de Karanda respondieron con un clamor.

Pasó más de una hora antes de que a Casio e Indavara les sirviesen algo de comer. Estaban sentados a ambos lados del rey, este pedía disculpas por su comportamiento durante el viaje, hizo por ellos un brindis breve pero sentido e inmediatamente desapareció.

El ambiente en el Salón se tornó de solemne en alborotado y los presentes empezaron a hacer cola para estrechar las manos de Casio e Indavara. Algunas de las mujeres les obsequiaban con exaltados besos.

Solo cuando habían estrechado la última mano pudieron llenarse los platos. Casio se dio cuenta de que casi había perdido el apetito después de lo ocurrido. Pudo comer un poco de queso y algunos de los pequeños dulces, luego se conformó con beber el vino a sorbos. Los caldos locales eran un tanto extraños, dulces y potenciados a base de especias, aunque no tardó en acostumbrarse. Indavara simplemente bebía vino para ayudarse a la hora de engullir, y ya iba por su segundo plato.

Argunt se aproximó con sigilo y se arrodilló junto a la silla de Casio.

—El rumor se está extendiendo por la ciudad. Las gentes os traerán flores y regalos al alba.

—Muy amables, aunque no es necesario.

Argunt se acercó un poco más.

—No solo habéis salvado al rey. También le habéis hecho parecer un héroe.

—Los dioses nos han sonreído esta noche.

—Sin duda. Aunque me temo que no le han sido propicios al Primer Ministro Viedra. El rey ha ordenado que lo arresten y me ha confiado su puesto.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Estaba encargado de la seguridad.

Un guiño y Argunt se irguió y se marchó. Antes de que Casio pudiera darle otro sorbo al vino, se le acercó una mujer de cuerpo voluptuoso y que debía de rondar la cuarentena. Lucía una piel de zorro alrededor del cuello, y sudaba profusamente.

—Centurión, soy la señora de Sifke. Quiero hacerle partícipe de mi más sincero agradecimiento por su heroica acción.

La forma correcta de dirigirse a Casio era la de «oficial», pero no solía corregir a quienes cometían tal error.

—Gracias, señora.

La mujer miró a Indavara, quien, en ese momento, descuartizaba con los dientes un grasiento muslo de pollo.

—Por supuesto, a ti también, joven.

Indavara respondió con un gruñido.

—Menudo lanzamiento, centurión —siguió diciendo la dama—. Digno de un campeón olímpico.

—Debería verme lanzar una jabalina, señora.

Indavara emitió ahora un gruñido diferente.

—Me pregunto, señor —dijo la dama—, ¿querría unirse a mi gente? Estoy aquí con mis cuatro hijas. Estarán encantadas de conocerlo.

Casio dirigió la mirada hacia las muchachas, tres de ellas con el pelo negro, una pelirroja, todas de cara agraciada, que observaban con timidez desde una esquina.

—Será un placer. Voy enseguida.

La dama sonrió y volvió a su mesa bamboleándose.

Indavara dejó el muslo y se levantó para echar un vistazo al resto de la comida. Casio le ofreció un trozo de tela.

—Límpiate.

—¿Por qué? —preguntó Indavara mientras se restregaba el mentón con el dorso de la mano.

Casio apuntó hacia la esquina con el pulgar. El guardaespaldas sonrió al ver a las muchachas.

—Ven —dijo Casio—. Es hora de recibir el cálido abrazo de un pueblo agradecido.

# I

*Rodas, noviembre 272 d. C.*

A medida que la nave por fin se alineaba con el embarcadero, y mientras los ruidosos marineros afianzaban los amarres y la rampa, la docena de pasajeros aguardaba junto a la regala. Apiñados, sus miradas seguían fijas más allá del puerto, a pesar de que llevaran horas divisando el objeto que tanto les fascinaba, justo después de que las altas montañas de la isla surgiesen de entre la bruma matinal.

—Dicen que está hecha con la mitad del bronce que hay en el mundo.

—Medía doscientos pies de alto.

—Yo he oído que medía trescientos.

—Se podían meter dentro hasta mil hombres.

—Quizá más.

—Y pensar que lleva ahí, tendida, quinientos años...

—Quinientos cincuenta, para ser exactos —dijo Casio.

Por asombroso que fuera lo que estaba viendo, le costaba no sentirse algo decepcionado. ¿Acaso no le habían dicho que aquella estatua había presidido la entrada al puerto y que hasta las naves de altísimos mástiles pasaban entre las piernas de Helios, dios del sol? Volviendo la vista a los estrechos rompeolas que protegían el puerto, se percató de lo absurdo de tal idea.

La estatua yacía tendida una milla tierra adentro, sobre una enorme plataforma de piedra. Parecían haber cortado al coloso en dos por las rodillas. La estructura había caído sobre su lado izquierdo y ahora se encontraba boca abajo, en el suelo. El brazo derecho, alzado en origen, supuestamente protegiendo del sol los ojos del dios, parecía ahora cubrirle la cara como si lo protegiese de recibir más daño. En los siglos que habían seguido al terremoto que derribó a la estatua, se había levantado un buen número de edificios a su alrededor.

—¿Eso lo construyeron los hombres? —preguntó Indavara con las manos reposando sobre la regala.

—No —dijo uno de los pasajeros, un mercader de cuello ancho que llevaba una llamativa túnica verde—. Los lugareños se atribuyen su construcción, pero lo hicieron los dioses. Y también fueron ellos quienes lo derribaron.

Casio miró a Indavara y negó con la cabeza.

—¿Cómo? ¿Cómo lo hicieron? —preguntó el guardaespaldas.

—No conozco el cómo —repuso Casio—. No soy ingeniero. Pero fue un hombre llamado Cares el que lo diseñó. Creo que era escultor.

—Debía de tener las manos muy grandes —se burló el mercader. Muchos rieron.

Casio se volvió hacia él.

—Respóndeme una cosa entonces: ¿por qué iban los dioses a levantar una estatua solo de uno de ellos?

—Quizá fuese el propio Helios, para mostrar a las gentes su poder.

—¿Y por qué levantarla para derribarla cincuenta años después?

—Puede que eso fuese labor de otro dios. De uno celoso.

Casio esbozó una sonrisa irónica. Luego, con un gesto de la cabeza, apuntó a las niveas columnas de la antigua ciudadela que coronaba la colina que presidía la urbe.

—¿Y quién construyó aquello?

El mercader se encogió de hombros. Casio señaló el también impresionante templo que se alzaba en la falda de la colina.

—¿Y aquello?

—Los hombres. Pero eso son edificios. Míralo bien.

El mercader apuntó a la estatua, una gran mole de bronce reluciente que resplandecía en contraste con los demás edificios.

—¡Eso es el trabajo de un poder superior! ¿Cómo podría un hombre, incluso cientos de hombres, crear tal cosa?

—No sé cómo, pero lo hicieron. Principalmente porque querían superar a los atenienses, por lo que recuerdo. ¿Has leído a Plinio?

El mercader no dijo nada.

—Al menos habrás visitado Roma... Habrás visto el Coliseo... ¡Por todos los dioses, mide diez veces más!

—¡Ah, claro! Roma, Roma, Roma. Siempre debéis tener lo más grande y lo mejor. —El mercader apuntó de nuevo a la estatua y sonrió con suficiencia—. Pero no tenéis nada como eso en Roma, ¿a que no?

La conversación había tenido lugar en griego. Cuando el mercader se marchó a recorrer la cubierta, Casio habló en latín:

—Malditos provincianos... —Se volvió a sus acompañantes—. Vosotros dos, venid.

Simo ya cargaba con una alforja en cada hombro y ahora recogía varios cueros de agua vacíos.

Indavara, apoyado aún en la regala, seguía observando la estatua.

—¿Cómo? ¿Cómo pudieron construirlo?

—Por Júpiter... Escucha, ¿qué hay del anfiteatro en el que luchabas? ¿Quién construyó eso?

Indavara miró al agua, a los grumos de algas y trozos de madera que ensuciaban el puerto.

—Jamás lo había pensado.

—Seguro que no. Vamos.

Casio e Indavara recogieron el resto de sus pertenencias. Tuvieron que esperar a que hubiera un hueco entre los porteadores y marinos que arrastraban fardos de lana y pesadas ánforas. Casio fue el primero en acceder a la rampa de desembarco.

—Creo que el templo que hay a mitad de colina está consagrado a Asclepio —le dijo a Simo por encima del hombro—; también quiero ir a verlo.

—Pareces realmente emocionado de estar aquí, señor.

—¿Por qué no, Simo? —repuso Casio al poner pie en el embarcadero—. Esta ciudad es un centro de cultura, filosofía y arte, aquí hay cosas maravillosas.

Se detuvo un momento, esperando a que las náuseas y la extraña sensación que tenía en las piernas se le pasaran. Les había llevado siete interminables días llegar a Rodas desde el puerto cilicio de Anemurio. Teniendo en cuenta la estación del año, el tiempo no había sido malo, pero, como siempre, Casio se sentía aliviado de volver a pisar tierra firme. Se apartó para no obstruir el paso de los marinos y se sentó en un tonel que había en una esquina del puerto.

—¿Estás bien, señor? —preguntó Simo.

—Mejor que Indavara, por lo que se ve.

El guardaespaldas dejó caer su carga junto a Simo. Se tambaleó, abrió los brazos para recuperar el equilibrio y dio varias bocanadas de aire. Había sido su viaje más largo en barco. No solía sufrir de los mareos que solían aquejar a Casio; sin embargo, no había conseguido superar el miedo que le provocaban las grandes extensiones de mar abierto.

Simo, por el contrario, se mostraba incólume. Había comido y dormido bien y mantenía su habitual color sonrosado. Aunque no tenía mucha experiencia en la mar, atribuía su afinidad a las aguas a sus ancestros galos: habían sido pescadores.

Casio dio un trago a su pellejo de agua y evaluó la carga que llevaban.

—Mirad todo esto. No creo que vayamos a poder cargarlo en tres caballos.

Era un problema habitual. Simo solía reducir su impedimenta al mínimo más absoluto, pero Casio necesitaba una cierta variedad de ropas y, además, había otros enseres: sus ungüentos de baño, cojines y una buena cantidad de hebillas de cinturón, por ejemplo, de las que no podía prescindir. Otros objetos que ocupaban mucho espacio eran su casco y la cota de malla, y eso sin mencionar el calzado, que iba desde las zapatillas de fieltro hasta sus sandalias militares con tachuelas.

Más aún, Simo siempre insistía en que debían llevar ropa, mantas y paños de sobra. Sin embargo, había calculado a la perfección los víveres necesarios para el viaje, y no quedaba nada salvo una bota de vino a medio llenar.

A Indavara se le podría haber tenido por alguien que viajaba ligero de no ser por su colección de armas y su equipo. A pesar de haber recibido un lingote de plata por haber concluido su última misión con éxito, ya había dilapidado más de una cuarta parte de su recientemente adquirida fortuna. De su última misión en Siria solo le quedaba la maltrecha vara de madera con la que peleaba. Durante dos días estuvo explorando los mercados de Antioquía y ahora su equipo contaba con un nuevo arco, espada y cota de malla. Los tres objetos fueron adquiridos a los proveedores habituales del ejército.

El arco compuesto medía cinco pies de alto y estaba hecho de madera, pieles y tendones. Indavara también tenía un carcaj con dieciséis flechas y un buen número de herramientas para su mantenimiento. Lo guardaba todo en una gran bolsa alargada de

cuero. La espada era la reglamentaria del ejército, aunque su diseño resultaba un tanto anticuado. Tuvo que buscar por todas partes para encontrar una que fuese lo corta y ligera que quería. Le recordaba a aquella con la que había tenido que luchar en la arena por primera vez. Podía moverse con facilidad cuando la llevaba colgada y era perfecta para distancias cortas. Había elegido una con la empuñadura de hueso rugoso y pomo de madera, algo muy útil cuando se trataba de propinar golpes, que no fueran letales, en la cabeza. Aún no la había desenvainado en un acceso de furia. La cota de malla no estaba a la altura de la de Casio; una aleación de cobre era terriblemente cara, pero los anillos de bronce constituían una protección sólida y era bastante cómoda de llevar sobre la camisa acolchada.

Simo le entregó a Casio su tahalí y este se lo colgó del hombro derecho para que la espada pendiera sobre su cadera izquierda. Su arma también era nueva; una hoja larga y ancha con una cabeza de águila hecha de latón en la empuñadura. Unos motivos elaborados decoraban la vaina.

Hizo una mueca de dolor cuando la correa le tiró del cuello. Indavara negó con la cabeza.

—¿Has intentado blandir eso? Necesitarías entrenar durante al menos un mes tan solo para poder empuñarla.

—Creo que ya hemos hablado de eso, guardaespaldas.

—Simplemente es una observación. Si hay tiempo de sobra, deberíamos ver de qué eres capaz con ella.

—En cuanto haya ocasión.

Casio se había resistido hasta ahora a que Indavara lo instruyese en su manejo, aunque no había duda de que sería necesario. En realidad, la hubiera cambiado por un arma más ligera, pero la mayoría de los oficiales parecían estar adoptando estas armas tan ostentosas. No quería parecer fuera de lugar.

—¿El casco, señor? —preguntó Simo.

—Sí. Supongo que debería llevarlo. Siempre ayuda a que las cosas se hagan más rápido, ¿verdad?

Casio tomó el odioso casco de Simo y se lo caló, dando gracias de que, al menos, resultaba más soportable en los meses menos cálidos del año. Simo alargó la mano y enderezó la crin roja de caballo del penacho transversal. Con la correa del mentón desabrochada, Casio comprobó la fíbula de su capa, un elemento que no solo servía para impresionar. Una brisa fresca dominaba el puerto.

—Busca un porteador, Simo. No me pueden ver cargando con cosas en la ciudad.

El galo corrió a cumplir con su cometido. Casio miró a Indavara, de nuevo cargado con sus efectos.

—Deberías haber gastado algo de plata en una tercera túnica.

—¿Para qué iba a necesitar más de dos?

—No pienso gastar saliva en responder a eso.

Simo volvió con un chaval joven que se apresuró a cargar con las alforjas.



—¿Sabes dónde se encuentra el puesto de guardia más cercano? —le preguntó Casio.

—No, señor.

—Estupendo. Bueno, no debería estar muy lejos.

Casio echó a andar por el abarrotado embarcadero. Era difícil mantener la dignidad en ocasiones como aquella. Hizo por caminar despacio, aunque todo el que le veía venir se aseguraba de apartarse de su camino. No era la primera vez que recordaba los paralelismos entre su vida como oficial del ejército y sus juveniles incursiones en el mundo del teatro, así como los dos años que estuvo estudiando oratoria. La mayoría de la vida profesional tenía que ver con actuar. Uno se ponía unas ropas e interpretaba su papel.

Una vez hubieron salido de los muelles, llegaron a la muralla baja que rodeaba el puerto. El resto de la zona costera estaba bastante tranquila, aunque hubiera un centenar o más de personas allí reunidas para recibir a la nave mercante. No se navegaba mucho en aquella época del año. El otro puñado de personas que podía verse estaba en un mercado destartado incrustado entre la muralla y la calzada.

—Buenas tardes. ¿Puedo seros de utilidad?

Casio se dio la vuelta y vio a un hombre de unos cuarenta años, de cabello ondulado, casi gris, que lucía una estudiada sonrisa. Vestía una pesada capa que cubría una toga inmaculada. Tras él había tres asistentes.

—Cayo Vilsonio —dijo el hombre—. Soy miembro de la asamblea de la ciudad, entre otras cosas.

Estrecharon antebrazos.

—Oficial Casio Quintio Córbullo.

Casio solo decía pertenecer al Servicio de Seguridad Imperial si creía que podía serle de utilidad, algo que no solía ser el caso.

—¿Tu primera vez en Rodas?

—Así es.

Vilsonio apuntó hacia la estatua.

—¿Qué opinión te merece nuestro gran amigo de bronce?

Hablaba un latín perfecto, sin acento; era casi seguro que se había criado en Roma.

—Impresionante —repuso Casio.

—Ve a verlo más de cerca si tienes ocasión. Es más agradable ahora que ha pasado la temporada turística. Suele haber pintores por allí, te harán un buen retrato con la estatua de fondo. Alguno de ellos tiene talento. ¿Qué te trae por aquí en esta estación del año?

Mientras Vilsonio y Casio charlaban, sus seis acompañantes permanecían en silencio.

—Asuntos del ejército. Cuestiones de suministro, todo muy aburrido, me temo. Pero espero poder echarle un buen vistazo a la isla.

—Debes hacerlo. Debes hacerlo.

—Quizá puedas ayudarme. Busco el puesto militar más cercano.

—No está muy lejos. —Vilsonio apuntó hacia el oeste de la calzada—. Ahí al lado, ¿no es así? —Sus acompañantes asintieron—. Por alguna razón insistieron en establecerlo cerca del mercado de pescado. Por suerte, hoy hace algo de viento.

—Por supuesto. Que tengas un buen día, señor.

—Que tengas un buen día.

El mercado de pescado estaba a unos cien pasos de la calzada. Apenas había espacio para que una carreta pasase entre los puestos y la hilera de villas de dos alturas que se alzaban frente a la muralla marítima. Las viviendas eran construcciones robustas, hechas a partir de piedra originaria de la isla; todas eran blancas, los tejados lucían un color herrumbroso. Su exposición a los elementos causaba estragos, la pintura se veía desconchada y faltaban partes del alicatado.

—¡Percas! —gritaba uno de los tenderos—. ¡Comprad aquí percas! ¡Solo me quedan diez! ¡Tengo que deshacerme de ellas!

Avanzaba la tarde; la mayoría del pescado estaba vendido, pero, a medida que atravesaban el mercado, los tres echaron un vistazo a lo que quedaba.

—¿Qué es eso? —exclamó Indavara cuando llegaron al último puesto. Inmóvil, sobre una losa de piedra, había un pez ancho, gris, de unos cinco pies de largo. El último pie lo constituía un hocico que parecía un cuchillo.

—Debe de ser un pez espada —repuso Casio.

—Así es, señor —dijo Simo—. Muy sabroso si se le añade un poco de limón y algunas hierbas.

—Podríamos comprar un poco para cenar —dijo Casio mientras cruzaba con garbo la calzada hacia el puesto militar.

Lo de Cilicia había resultado ser un asunto tenso y agotador, y la travesía por mar, ardua. Estaba satisfecho de haber dejado todo aquello atrás. Siempre había deseado visitar Rodas en algún momento de su vida, y estar en una nueva ciudad le hacía sentir bien, con suerte habría tiempo de explorar un poco.

El puesto militar estaba identificado por una placa de bronce macizo junto a la puerta con un grabado que rezaba «SPQR». Sin que hubiera necesidad de ordenárselo, Simo sacó la punta de lanza ceremonial de Casio de una de las alforjas y se la entregó.

—Esperad aquí un momento —les dijo a sus acompañantes antes de apresurarse a entrar. Ante él se extendía un largo pasillo. A su derecha inmediata había una habitación en penumbra, donde se encontraba un joven funcionario sentado con desgana ante un escritorio vacío. No cabía duda de que estaba medio dormido, pero se incorporó de súbito y a toda velocidad en cuanto Casio irrumpió en la estancia.

—Oficial Córbulos.

—Sí, señor. Buenas tardes, señor.

El funcionario, de no más de dieciséis años, echó un vistazo a la punta de lanza de

tres pies que identificaba a Casio como oficial al servicio de un gobernador. El hecho de que el emblema grabado en ella fuera el del gobernador de Siria resultaba irrelevante: cualquiera que portara una punta de lanza era considerado un hombre de rango equivalente al de un centurión.

Casio oyó pasos con cadencia de marcha que se aproximaban por el pasillo hacia ellos.

—Necesito alojamiento para tres —le dijo al funcionario al tiempo que se quitaba el casco—. Para esta noche, puede que algo más. ¿Hay sitio?

—Esto..., sí, señor. Sí, no debería haber problema.

—Buenas tardes, señor.

Casio se dio la vuelta. Se topó tras él con un soldado de mediana edad.

—Optio Clemente, señor. El muchacho se encargará de que la sirvienta os prepare esas habitaciones.

El funcionario los rodeó con desgana y trotó pasillo abajo. Clemente observó la punta de lanza.

—¿Puedo preguntar cuál es tu cometido aquí, señor?

—Soy de Seguridad Imperial —repuso Casio mientras se atusaba el pelo—. Estoy aquí para ver al comandante Augusto Mario Mémor. ¿Puedes indicarme dónde está su residencia?

No mucha gente se hubiera percatado del cambio en la expresión de Clemente cuando supo que el joven oficial que tenía delante era un frumentario. Los legionarios no sentían mucha estima por el Servicio Secreto, pues creían que se trataba de una organización corrupta, plagada de mentirosos y ladrones carentes de la valentía y el sentido del honor necesarios para la vida estrictamente militar. A Casio no le pasó desapercibido.

—Puedo —respondió Clemente impasible—. No le gusta llamar la atención, por razones obvias. Nos llega mucho correo para él.

—Por cierto, ¿no hay nada para mí?

—No, señor.

Aparte de proveer de alojamiento y asistencia al personal imperial, la principal función de estos puestos militares era la de facilitar el trasiego de correo imperial.

—Veamos, señor, puedo indicarte cómo dar con la villa de Mémor. —Clemente se acercó al escritorio y sacó un rollo de pergamino—. Supongo que has llegado en ese mercante.

—Así es.

Clemente señaló hacia una ventana enrejada.

—A este se le conoce como el Gran Puerto, el que hay más al norte es el Pequeño Puerto, aunque en la actualidad son más o menos del mismo tamaño. —Clemente señaló el mapa—. La calzada de ahí delante corre a lo largo de la muralla. Síguela hacia el este y, cuando llegues al límite del puerto, tuerce hacia el sur, hacia el interior, tomando la Vía Alexandria. Tarde o temprano te topará con la aldea de

Amindos, más o menos aquí. La residencia de Mémor está a unos cien pasos de la plaza. No hay ningún distintivo en la puerta, pero es la villa más grande que hay en la zona y tiene un huerto de melocotoneros.

—¿A qué distancia?

—Cuatro millas o así.

—¿Cuántas horas de luz quedan?

Clemente se apresuró hacia la puerta y miró hacia fuera.

—Puede que tres. —El optio miró a los otros y la cantidad de enseres que llevaban.

—Necesitaremos caballos —dijo Casio, ya detrás de él en el pasillo.

—Meteremos a tus hombres y los petates dentro, señor. Después os llevaré a los establos.

Dejaron a Simo para que se instalase. Casio e Indavara no tardaron en pasar de nuevo por el mercado de pescado, esta vez a caballo. Clemente solo disponía de un legionario más en el puesto, pero ensillaron los caballos con presteza y el optio le aseguró a Casio que sus habitaciones estarían disponibles en menos de una hora.

Casio siempre procuraba mostrarse razonable con la soldadesca común, particularmente cuando sentía que dependía de su colaboración, pero aquella solía ser una batalla perdida. Las sospechas sobre el Servicio Secreto estaban muy enraizadas, y no sin razón, pero le dolía ser duramente prejuzgado por hombres a los que acababa de conocer. Teniendo esto en cuenta, Clemente había resultado ser excepcionalmente amable y servicial. A Casio le hubiera gustado saber qué andaban diciendo en ese momento el optio y su legionario.

—¿Y bien? ¿Quién es el hombre al que vamos a ver? —preguntó Indavara. Un pequeño barco pesquero entraba a puerto navegando junto al muro.

Casio movió la cabeza.

—¿Recuerdas algo de lo que te he enseñado? Mantén la espalda recta y relaja las riendas. Le acabarás arrancando los dientes al animal si no tienes cuidado.

Indavara puso los ojos en blanco.

—Separa los dedos, no estás empuñando una espada.

Casio esperó a que le hiciera caso antes de contestar.

—Vamos a visitar a Augusto Mario Mémor, segundo al mando del Servicio, justo por debajo de Pulcher. Por lo que tengo entendido, se encarga de los asuntos de África y del este. Debemos llevarle unos documentos a Abascantio, a Antioquía. Supongo que querrá tenerlos antes de que se nos eche el invierno encima.

—¿África está cerca de aquí?

—Al sur. A unos cientos de millas. De hecho, creo que el dios Helios era egipcio.

—¿Por qué muchos de los animales salvajes vienen de África?

Casio suspiró. Casi siempre se sentía como un maestro cuando hablaba con

Indavara.

—Ni idea. Puede que haya menos gente. Más espacio y comida para las bestias.

—Una vez vi un león —dijo Indavara.

—¿Tuviste que luchar contra él? —preguntó Casio con interés.

—No. Estaba ahí solo para comerse a los criminales.

—Ah. Yo una vez también vi uno, en una casa de fieras. Viejo y sarnoso.

—Me gustaría ver un cocodrilo —continuó diciendo Indavara—. Y un rinoceronte. Una vez oí hablar de una pelea entre un rinoceronte y tres toros. Los encadenaron juntos.

—Al populacho le encanta ver cómo los animales se despedazan entre ellos.

Casio señaló un espacio en la playa donde unos veinte hombres formaban un círculo y disfrutaban de una pelea de gallos. Fuera del círculo había otras aves metidas en jaulas. Las plumas que perdían aquellos animales inquietos cubrían la arena.

—No solo animales —dijo Indavara a medida que iban llegando al final del muro.

—Aquí está la desviación.

Casio encabezaba la marcha cuando doblaron la esquina. Se dirigieron hacia una ligera elevación a lo largo de la Vía Alexandria. Era una zona de almacenes, varaderos y cabañas de pescadores. Una pareja de ancianas, sentadas en un banco, remendaban una gruesa red cuando pasaron los jinetes.

—¿Cómo era la arena? —preguntó Casio—. Jamás hablas de ello.

Indavara le dedicó una mirada cansada, de reojo, pero enseguida cedió.

—Rápido. Siempre se acababa rápido. Durante meses esperabas y te entrenabas. De pronto te decían que te tocaría luchar en unos días, o incluso al día siguiente. Debías estar preparado. Y no solo tu cuerpo. —Indavara se dio un golpecito en la cabeza—. Vi hombres gritarse a sí mismos durante horas antes de un combate, algunos incluso se golpeaban el cráneo contra las paredes hasta que sangraban. Otros se sentaban y lloraban. Para cuando les tocaba luchar, no les quedaban fuerzas. Recuerdo a un hombre que se suicidó justo antes de salir. Se metió una esponja de letrina en la garganta.

—Por los dioses... ¿Y tú? ¿Cómo te preparabas?

—Hacía lo menos posible. La noche de antes siempre había un gran banquete, también bebida si querías. Nunca asistí. Cuando llegaba el día procuraba dormir y hacer algo de ejercicio antes de salir.

—¿Y dormir? ¿Cómo podías dormir?

—Mientras no esté en un barco, siempre puedo dormir.

—Pero solo pensar en ello, en aquello a lo que te enfrentabas...

Indavara se encogió de hombros.

—El combate iba a llegar, pensase lo que pensase. No había nada que pudiera hacer salvo intentar sobrevivir. Un veterano me dijo: «Ellos son los gatos. Nosotros las ratas. Jugarán con nosotros, nos dejarán hechos jirones, sangrando en el suelo».

Casio acercó su montura a la de Indavara. Era raro que el guardaespaldas enlazase más de un par de frases seguidas, particularmente cuando hablaba de sí mismo.

—Debió de ser horrible.

—Nunca sabrás cuánto.

—No soy un completo inocente. He estado en combate. Ya te conté lo del fuerte.

—No es lo mismo.

—Vi mucha muerte. Pensé que moriría.

—No es lo mismo.

—Tampoco es que sea totalmente diferente.

Indavara se volvió sobre su silla para encararse con Casio.

—¿Qué hacías allí?

—Defendíamos la provincia contra los rebeldes. Ya te lo he contado.

—Así que había una razón. Una razón para luchar.

Casio admitió el argumento ladeando la cabeza.

—Tomo nota. —Pasó un rato antes de que volviera a hablar—: ¿Has pensado alguna vez en unirme al ejército?

—¿Ya estás pensando en deshacerte de mí?

—Quiero decir en el futuro. Estoy convencido de que estarían encantados de contar con alguien de tu habilidad. Se cobra bien y no faltan enemigos. Es una buena forma de no perder cualidades.

—Ahora soy un liberto. ¿Acaso no es un soldado una especie de esclavo?

Casio no iba a entrar en eso. Una de las pocas ventajas del Servicio era que disfrutaba de una mayor libertad de movimiento que la de cualquier oficial de rango en las legiones.

—Otro buen argumento. Al final acabaremos haciendo de ti todo un orador.

La Vía Alexandria los llevó a atravesar hileras de casas apiñadas y varios bonitos santuarios. Vieron también el templo de Dionisos, y a un centenar de seguidores del dios que se encontraban en el patio recitando unos cánticos que dirigían cuatro sacerdotes.

Cada vez había menos casas a medida que seguían la amplia calzada hacia el campo. El viento se reavivó y los grandes álamos que flanqueaban el camino empezaron a mecerse y a crujiir. Casio tembló y se arrebujó en su capa. Indavara, que también poseía una capa, pero que nunca parecía llevarla, cabalgaba vestido con su túnica sin mangas.

—Tienes que tener frío.

Indavara negó con la cabeza.

—Es más importante presumir de músculos, ¿eh?

—Eso tiene gracia, sobre todo si lo dice alguien con una espada como la que llevas tú.

Casio supuso que el optio Clemente había calculado bien las distancias. Podía ver la plaza del poblado allá delante, a medida que llegaban a una gran casa que se erguía a la izquierda. La propiedad debía de ocupar al menos una milla cuadrada; un muro de tres pies de alto la separaba de la calzada. La villa le recordó a Casio su casa familiar, una estructura un tanto caótica compuesta de varios edificios, todos de paredes de un blanco brillante y tejados inmaculados. En medio de la sección central, frente a la calzada, se alzaba un gran portalón flanqueado por columnas. Un sendero serpenteante atravesaba, desde la puerta, el campo de melocotoneros que había descrito Clemente. Los árboles estaban desnudos, pero era posible identificarlos dado su oscuro ramaje larguirucho. La primera puerta era estrecha, incrustada bajo un alto arco construido en el muro. La segunda estaba más allá, era lo suficientemente ancha como para que pasaran los carros y llevaba a una pista ancha que daba la vuelta por detrás de la villa.

Cuando desmontaron junto al arco, un joven sirviente abrió la puerta.

—¿Sois de la oficina del magistrado, señor?

—No —respondió Casio mientras se calaba el casco—. Mi nombre es Córbulos. Vengo a ver a Mémor. ¿Está en casa?

El sirviente se mordió el labio y examinó a Casio y a Indavara antes de volver la vista a la villa.

—¿Te importaría esperar aquí un momento, señor?

—Si no hay más opción...

El sirviente echó a correr a través del portalón, asegurando el cerrojo antes de recorrer el camino de melocotoneros. De pronto se detuvo y le gritó a Casio:

—Perdón, señor, ¿cuál era el nombre?

—¡Córbulos!

Casio miró a Indavara y se encogió de hombros al tiempo que sacaba la punta de lanza de la alforja que Simo había colgado de la silla. Indavara llevó a los caballos hacia un punto donde crecía abundante hierba para que pastaran.

El muchacho no tardó en volver acompañado de un hombre mucho mayor que llevaba una túnica de un azul pálido. A medida que se acercaba, Casio comprobó que al menos debía de tener cincuenta años, era de corta estatura, de tez morena y con tanto pelo blanco como negro en la barba.

—Por favor, oficial —dijo el hombre al abrir la puerta de par en par. Cuando Casio dio un paso al frente, el hombre hizo una reverencia y le estrechó las manos—. Me llamo Trogo, señor, soy el administrador de esta casa.

—Córbulos, Seguridad Imperial. ¿Está el comandante Mémor? ¿Me recibirá?

—Eso... no va a ser posible, señor.

—¿Puedo preguntar por qué?

Trogo miró hacia arriba. Sus ojos estaban enrojecidos e hinchados.

—Al comandante Mémor lo encontraron muerto esta mañana, señor.

Casio tomó aire.

—Por los dioses, ¿qué ha pasado?

—Entraron..., entraron en la villa. —Los párpados de Trogo temblaron mientras hablaba—. Anoche.

—¿Entraron? ¿Quiénes entraron?

—Sean quienes fueran, ellos... ellos... le cortaron la cabeza. Le cortaron la cabeza y se la llevaron. —La voz de Trogo se convirtió en un tembloroso susurro—. ¿Por qué querrían llevarse su cabeza?



## II

Al administrador le llevó un rato sosegar, y en ese tiempo el joven sirviente empezó a sollozar.

—Será mejor que entres, señor —dijo Trogo al fin—. Llevaremos vuestras monturas al establo.

Sin necesidad de decirle nada, el muchacho trotó hasta llegar a Indavara, se hizo cargo de las riendas y guio a los caballos por la calzada hasta la otra puerta.

—¿Qué está pasando? —preguntó Indavara mientras seguían a Trogo a través del huerto.

—Mémor está muerto —repuso Casio restregándose un nudillo contra la ceja—. Asesinado.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Por Hades, ¿cómo quieres que lo sepa?

Casio miró al cielo gris. ¿Cuánto tiempo llevaba en la isla? Dos horas a lo sumo. Y para entonces cualquier expectativa de una estancia tranquila y sin sobresaltos se había esfumado. Pero su mente ya se había puesto a funcionar, y había, de hecho, una respuesta inevitable para la pregunta de Indavara. Como segundo al mando en el Servicio de Seguridad Imperial, la lista de enemigos de Mémor sería larga y variada.

Casio se retiró el casco y lo sujetó bajo su brazo izquierdo; la punta de lanza la llevaba en la mano derecha. A medida que se acercaban a la puerta abierta, se percató de las vetas de pan de oro que decoraban las columnas de mármol. Fueran los que fuesen los problemas a los que se había enfrentado Augusto Mario Mémor, nada tenían que ver con cuestiones financieras.

Trogo se apartó y les hizo un gesto a Casio y a Indavara para que entrasen, y entonces oyeron un ruido que los dejó petrificados, un terrible y agudo lamento. Por un momento nadie dijo nada; Casio estaba aturdido por la desesperación y el dolor que había en la voz que se escuchaba.

—Es la señorita Marta —explicó Trogo—. El físico está con ella, pero ha sido incapaz de calmarla.

—¿Es la esposa de tu señor? —preguntó Casio al entrar en la casa.

—No, señor. Su hija pequeña.

La gran sala de recepciones estaba bien iluminada gracias a un tragaluz acristalado. Delicados frescos decoraban dos de las paredes; uno de ellos representaba un jardín exótico; el otro, las siete colinas de Roma. También había media docena de bustos sobre pedestales. Casio reconoció cuatro de las caras inmediatamente: Cesar, Adriano, Trajano y Domiciano, este último fundador del Servicio. Aparte de la entrada, había puertas que llevaban de esa estancia a tres direcciones diferentes. Varios sirvientes, hombres y mujeres, aguardaban de pie a la

derecha, observando a los recién llegados con curiosidad.

—¿Hay otros hombres en la casa? —le preguntó Casio a Trogo.

—Por desgracia, no, señor. Y la señora Leonita, la esposa de mi señor, está enferma y postrada en cama. El físico también la ha visto. Creo que ahora está durmiendo.

Indavara llamó la atención de Casio y le invitó, con un movimiento de cabeza, a que mirara la alfombra sobre la que se encontraban. Cerca de la puerta había una mancha oscura.

—¿Lo mataron aquí? —preguntó Casio.

—No, señor. El portero, Ligur... —Trogo bajó el tono—. Le cortaron el cuello.

—¿Dónde está el cuerpo? —preguntó Casio igualando su tono al del administrador.

—Hice que lo sacaran afuera esta mañana, señor. También el del comandante Mémor.

—¿Y qué...?

—¡Tú! ¿Quién eres tú?

Los sirvientes se apartaron y una mujer joven hizo su aparición, dando largas zancadas en dirección a Casio. Era alta, de miembros alargados, su imponente estatura contrastaba con las delicadas facciones de su cara. Su tez era pálida, similar al color de su modesta túnica y el de su larga y ancha estola. Su pelo, castaño y lustroso, había sido recogido con celeridad y mostraba una serie de pinchos amenazantes. Junto a ella venían dos hombres robustos, jornaleros, a juzgar por su apariencia.

—La señorita Annia —dijo Trogo en un susurro—. La hija mayor de mi señor.

Se detuvo a un paso de Casio y se quedó mirándolo fijamente luciendo un gesto arrogante.

—¿Por qué has dejado que estos hombres entren en casa sin consultarme?

—Mis disculpas, señorita —dijo Trogo haciendo una reverencia—. Este es el oficial Córbulu. Es del Servicio. Venía a recoger unos documentos.

Casio mostró la punta de lanza y le dio la vuelta para que la joven pudiera ver el distintivo. Ella observó el objeto y luego a él. Al contrario que Trogo y que muchos otros de los sirvientes, ella no mostraba signos de haber estado llorando. Miró por encima del hombro de Casio a Indavara, que todavía estaba en el umbral de la puerta.

—¿Y él?

—Es mi guardaespaldas —repuso Casio—. Acepta mi más sincero pésame. Esto es...

Annia no escuchaba, ella también se había percatado de la mancha de sangre sobre la alfombra, Casio se sorprendió de lo que ocurrió a continuación. La muchacha aferró a Trogo del cuello de la túnica con una mano y con la otra señaló a la alfombra.

—¡Mira eso! —aulló—. Míralo, viejo idiota. ¿Pretendes dejar eso ahí para que mi

hermana lo vea cada vez que pase por aquí? Llévatela. Llévatela y quémala.

—Enseguida, señorita.

Annia soltó al administrador. Antes de que se fuera, alargó la mano y le adecentó las arrugas de la túnica. Luego simplemente se quedó ahí, con los hombros encorvados y la cabeza gacha.

Trogo hizo un gesto con la mano para que los sirvientes lo ayudasen con la alfombra.

—Joven señora, si no te importa...

Annia cerró los ojos por un momento; luego se volvió hacia Casio.

—¿Sí? —dijo con delicadeza.

—Me sorprendería muchísimo que el magistrado local no tuviera cierto interés en examinar eso —dijo apuntando a la alfombra—. Y todo aquello que tenga que ver con lo que haya ocurrido aquí.

El rostro de la chica se ensombreció.

—No podemos saber qué es lo que quiere el magistrado, porque no está aquí, ¿no es así? ¿Por qué no haces algo de utilidad y vas a buscarlo?

Casio tuvo que morderse la lengua y recordarse que la muchacha acababa de perder a su padre. Respiró hondo antes de contestar.

—¿Dónde está?

—No lo sabemos —dijo Annia con amargura.

—Envié un mensajero a la ciudad esta mañana, señor —añadió Trogo—. Por lo visto, pasó la noche en Lindos. Sus ayudantes dijeron que vendría tan pronto como le fuese posible.

Annia le dedicó una mirada desesperada a la puerta.

—El sol se esconderá pronto. ¿Vas a ayudarnos, oficial?

—Por supuesto, haré lo que esté en mi mano —repuso—. Está claro que hoy no queda mucho tiempo, pero si Trogo pudiera decirme exactamente lo que ha ocurrido, quizá consiga comentarlo con el magistrado por la mañana. Al menos podríamos dar comienzo a la investigación.

Una de las sirvientas, nerviosa, se acercó a Annia.

—¿Qué pasa? —preguntó con un chasquido.

—Tu madre, señorita. Se ha vuelto a despertar. Te llama.

Annia volvió a apretar los párpados, luego miró a Casio.

—¿Cuál es tu cometido en el Servicio?

—Por lo general, cualquier cosa que se me pida. Trabajo para Aulo Celato Abascantio. Estoy destinado al servicio del gobernador...

—... de Siria. Lo sé, sé leer. Conozco ese nombre, Abascantio. Mi padre lo mencionó alguna vez.

Annia se acercó un poco más.

—Quiero saber quién ha hecho esto. Quiero saber quién ha hecho esto y por qué, quiero que se los encuentre, y los quiero muertos.

Casio alzó las manos.

—Como digo, haré cuanto esté en mi mano.

Annia examinó la cara de Casio una vez más; luego se dirigió a Trogo.

—Dale todo lo que necesite.

Mientras salía, Casio puso su casco y la punta de lanza sobre una mesa cercana.

—Deshazte de toda esta gente —le dijo a Trogo.

Con un par de gestos, el administrador vació la estancia.

—No es recomendable que una mujer tome el control de una casa en un momento como este —le dijo Casio—. No están preparadas para según qué cosas. ¿No hay ningún familiar o amigo que pueda hacerse cargo de esto?

—Un primo de la señora Leonita, pero vive en Ixia, en la otra punta de la isla. También le he enviado un mensaje, pero le llevará al menos un par de días llegar hasta aquí. Me temo que la señorita Annia siempre ha sido bastante terca, señor.

—Salta a la vista.

—Sin un heredero varón y con su esposa tan enferma, el comandante Mémor siempre la ha tratado como si fuera un hijo. Tenía muchos asuntos que atender y solía pasar mucho tiempo fuera. En realidad es la señorita Annia la que ha llevado la casa durante todos estos años.

—Ya veo. ¿Cuántos años tiene?

—Diecinueve.

Casio se sorprendió. Tenía la edad suficiente como para no seguir viviendo en casa de los padres; si Mémor la hubiese casado a una edad razonable, al menos habría habido un hombre cerca para ayudar a la familia.

—Necesita calmarse. Bien, dime, Trogo, ¿qué pasó?

—Sí, señor. Quizá deberíamos empezar en el estudio. Ahí es donde... donde han asesinado al comandante Mémor.

—Muy bien.

Trogo los condujo a través de la sala de recepciones hacia un pórtico exterior a cuya izquierda había más estancias y a cuya derecha había un patio. Varios de los sirvientes se congregaban al otro lado del patio, a las puertas de lo que parecía ser una cocina. Trogo hizo que se dispersaran ladrando unas órdenes.

Se detuvo en la tercera habitación del pórtico. Al contrario que las otras dos, tenía una puerta de madera y una cerradura. El administrador empujó la puerta y entró vacilante con Casio e Indavara tras él. En medio de la pequeña estancia había un escritorio de madera maciza, frente a un diván que se encontraba a la derecha. Junto al escritorio había una silla cuyo asiento lucía una mancha negra de sangre, al igual que la alfombra que había debajo. El escritorio había sido despejado y adecentado. Los pergaminos y las tablillas de cera habían sido trasladados y yacían amontonados sobre el diván.

—Lo encontraron aquí —dijo Trogo—. Una de las sirvientas, al alba. Aquellos gritos... Era como si el mundo estuviese llegando a su fin.

—¿Lo mataron sentado? —preguntó Casio.

—Él... el cuerpo estaba recto..., erguido. Pero... sin cabeza. Te ruego que me disculpes.

El administrador salió a toda velocidad al patio, boqueando.

Casio seguía mirando al pasillo.

—Debe, o deben, de haber sido muy rápidos y muy sigilosos para entrar aquí y matarlo sentado. Un profesional. El hecho de que se hayan llevado la cabeza indica que alguien necesita pruebas de que el trabajo se ha hecho.

—Es extraño que accediese por la puerta principal —dijo Indavara.

—Más extraño aún resulta que el portero le permitiese entrar.

—Puede que lo conociera. Puede que Mémor lo conociera.

—Así es.

Trogo volvió a la estancia.

—Mis disculpas.

—¿Estaba la puerta cerrada? —preguntó Casio.

—Creo que estaba ligeramente entreabierta. La muchacha llamó a la puerta, y abrió cuando no obtuvo respuesta.

—¿Mémor se había levantado pronto o llevaba trabajando toda la noche?

—Todavía tenía puesta la túnica. Había trasnochado. No era inusual. Solo dormía un par de horas por la noche, luego solía descansar por la tarde. Solía insistir en que me acostara antes que él.

—¿Y el portero? ¿Debo suponer que es de fiar?

—Ligur había estado al servicio de esta casa durante muchos años.

—Hay una mirilla en la puerta principal, ¿no es así?

—Sí.

—Y creo haber visto un candil. ¿Lo mantenéis encendido toda la noche?

—Sí. Era labor de Ligur mantenerlo encendido.

—Así que habría sabido a quién estaba dejando entrar...

—Supongo que sí, claro. Lo cual me extraña, porque a mi señor no le agradaba recibir visitas inesperadas, menos aún a horas tan avanzadas del día. Exigía que la gente pidiese cita con antelación. Nada de eso se hizo.

—También hay un picaporte en la puerta, ¿verdad? ¿Suena fuerte?

Trogo parecía confundido.

—Quiero decir... —continuó Casio—. ¿Pudo alguien más que Ligur oír el picaporte?

—No, señor. Nadie más sabía que había venido una visita. Los dormitorios están en la parte trasera de la casa. También hay una campana, pero nadie la tocó. Ligur tenía una silla junto a la puerta. Hubiera oído a cualquiera que se aproximara.

—La puerta principal no tiene pasador. Supongo que no es algo que os preocupe, dado que los muros son bastante bajos.

—Así es, señor. Y la parte de atrás de la villa está abierta a los campos. Solo la

zona de los establos está vallada.

—¿Y el resto de la casa?

—Siempre atrancada por la noche, señor. Hay siete puertas con cerradura, incluida la principal. Las comprobé todas antes de retirarme.

—¿Sobre qué hora sería eso?

—La segunda hora de la noche.

Casio miró hacia la silla manchada de sangre.

—Y la sirvienta lo encontró al alba. Así que pudo haber ocurrido en cualquier momento entre ambas horas. ¿Se había visto Mémor involucrado en alguna disputa con las gentes de la isla? ¿Conoces a alguien que tuviera razones para causarle daño?

—No. Mi señor gozaba de una excelente reputación. Su trabajo lo mantenía muy ocupado, pero hacía aportaciones al Consejo de la aldea, a las asambleas de Rodas y Lindos y a más templos de los que pueda recordar.

—¿Y qué hay de su trabajo?

—Mi señor Mémor solía guardarse esos asuntos para sí y para sus compañeros del Servicio, señor.

—¿Nunca habló de ninguna amenaza específica contra su persona?

—No, señor.

—¿Qué hay de su comportamiento reciente?

—Había estado preocupado por la enfermedad de su esposa, pero no se me ocurre nada más.

Casio tomó una profunda bocanada de aire.

—Muy bien, creo que deberíamos ir a ver los cuerpos. Pero primero llama a todos los sirvientes varones que puedas, y ordénales que salgan a las calles del pueblo. No tienen por qué hablar del asesinato, pero deben preguntar a quien se crucen si han llegado a ver a algún extraño a lo largo de estos últimos días, gente que se comportara de forma sospechosa, particularmente cerca de la villa o sus terrenos. Deben hablar con todos y con cualquiera, niños, esclavos, cualquiera. Que vuelvan de aquí a una hora.

—De inmediato, señor.

Trogo salió raudo hacia la sala de recepciones y no tardó en aullar órdenes. Dos de las muchachas del servicio caminaban por el patio abrazadas, descargando su llanto en los pañuelos que llevaban.

—Cualquiera diría que han matado a alguien de su propia familia... —balbució Indavara.

—No presupongas que las lágrimas son por su señor —dijo Casio—. Quién sabe lo que le puede pasar a una casa cuando es una chiquilla la encargada de sus asuntos.

Observó el montón de documentos que había en el diván.

—Me pregunto si los documentos para Abascantio están ahí. Tendré que escribirles, a él y al comandante Pulcher. Espero que el tiempo aguante, deben saber esto.

—¿Puede ser que sepan algo de lo ocurrido aquí?

—Quizá. Aunque no recibiríamos respuesta en, al menos, dos semanas, incluso más. —Casio negó con la cabeza—. No. De nuevo los dioses conspiran para asegurarse de que soy yo el que queda hundido en la mierda.

Indavara dio unos pasos hacia el extremo izquierdo de la habitación. Se movía con lentitud, los ojos fijos en el suelo.

—Sí, supongo que habrá que echar un vistazo —dijo Casio al tiempo que se acercaba al diván con la intención de examinar los documentos. Había muchas cartas, algunas de ellas escritas en código. Si disponía de tiempo tendría que repasarlo todo. Quizá debiera, simplemente, enviárselo tal cual al comandante Pulcher. ¿Cuántos asuntos habría tenido Mémor entre manos? Por lo visto, cientos. ¿Estaría alguno de ellos relacionado con su muerte?

Casio no encontró nada de interés en el suelo adoquinado entre el diván y las estanterías que cubrían la pared de la derecha. En las baldas había más objetos que pergaminos, principalmente velas, adornos y estatuillas religiosas. Los pocos rollos resultaron ser obras de consulta general, principalmente de geografía y política.

—Nada por aquí —dijo Indavara.

—Aquí tampoco.

—¿Qué es eso?

Indavara apuntó a la pared que se encontraba frente a la puerta, la cual lucía el único fresco de la estancia. Daba la impresión de ser bastante viejo, elaborado con óleos oscuros. Solo cuando se acercó, Casio pudo advertir que reproducía un cielo negro, una enorme ola y una costa devastada.

—Ah. Imagino que representa el desastre que asoló la isla hará un siglo. Un terremoto dio lugar a una inmensa ola que arrasó casi toda la ciudad. —Casio se volvió a Indavara—. Un único episodio que dejó tras de sí una absoluta devastación. Se antoja bastante apropiado.

En el almacén, la mayor parte del espacio estaba ocupado por leños y sacos de comida para animales, pero más allá del montón más grande de madera había una gran mesa. Bajo una manta asomaban los pies de dos hombres muertos. Ligur, el portero, por mucho el de los pies más grandes, aún llevaba puestas sus sandalias. Mémor, en cambio, tan solo llevaba una de las suyas.

Trogo se detuvo en el umbral, y no parecía tener intención de adentrarse más allá. Casio e Indavara lo sobrepasaron. Los cadáveres aún no olían, solo se percibía el olor rancio de la madera. Indavara aferró la manta, esperó una señal de Casio y luego tiró de ella.

Apenas repararon en el más corpulento de los cadáveres. Sus ojos se dirigieron de inmediato al cuerpo decapitado de Augusto Mario Mémor. Sangre negra, así como tejidos amarillos y rosados habían acabado por cuajar alrededor del corte irregular

que había cercenado aquel cuello dos pulgadas por encima de la clavícula. Unos chorretones gruesos y de color granate surcaban cuello y pecho empapando gran parte de la blanca túnica. Sus brazos estaban rectos, pero los dedos se mostraban agarrotados y retorcidos, un último momento de resistencia congelado para siempre.

Mémor había sido un hombre delgado, de tez pálida y grueso vello negro en brazos y piernas.

Indavara rodeó la mesa y le observó el cuello.

—No hay muchos cortes. Lo han hecho rápido, pero bien. Probablemente le hicieran el corte y luego siguieran hacia atrás. Una hoja corta y fuerte. Un *pugio* ancho, probablemente. —Observó el arma envainada que Casio portaba al cinto—. Como el tuyo.

Casio se había dado un instante para tranquilizarse. Dio la vuelta a la mesa desde el otro lado, pasó al lado de la cabeza de Ligur y observó el cadáver de Mémor. Se sintió satisfecho de no haberlo conocido y procuró olvidar que aquel amasijo que se encontraba ante él hubiera sido un hombre. Dejó que sus ojos examinaran el cuerpo y buscasen cualquier otra pista que pudiera serles de utilidad.

Indavara había seguido.

—¡Ah! —dijo—. Mira esto.

Casio se volvió y observó al portero. A pesar de la sangre, se distinguían claramente dos desgarrones en el cuello. Algunas fibras de alfombra se habían quedado pegadas a las heridas.

—¿Encontraron a Ligur de bruces, Trogo?

—Sí —repuso el administrador, aún manteniendo la distancia.

—Así que probablemente le diera la espalda al asesino... Debía de conocerlo. Debió de sentirse confiado. ¿Lo hizo la misma hoja?

—Eso creo —dijo Indavara.

Casio pasó por delante de él y se acuclilló a un lado de la mesa para inspeccionar las heridas desde el costado.

—¿Ves el ángulo de los cortes?

Indavara se arrodilló.

—Lo veo. El asesino tuvo que alzar el brazo para llegarle al cuello. Debe de haber sido más bajo.

—Bastante más bajo.

—Y zurdo.

—¿Cómo lo sabes?

—Los cortes son más gruesos hacia la derecha, donde la hoja penetró en la piel.

—Así es. Eres bastante bueno con estas cosas. Imagino que has visto más armas y heridas que la mayoría.

Indavara se encogió de hombros.

—¿Ves algo más? —dijo Casio—. ¿En cualquiera de los dos?

Indavara comprobó las manos de ambos hombres. Casio fue a examinar los pies.



Aparte del hecho de que los de Ligur estaban sucios y los de Mémor sin mácula, no había nada destacable.

—No tienen arañazos en los dedos, ni tienen las uñas rotas —observó Indavara—. Ninguno de ellos tuvo ocasión de resistirse.

Casio apuntó a la manta.

—Colócala como estaba, por favor.

Encontró a Trogo fuera, andando de un lado para otro. Frente al almacén estaban los establos. Las monturas de Casio e Indavara habían sido atadas a una barra y sorbían agua de un abrevadero. Los demás caballos del establo observaban a los recién llegados y olfateaban el aire.

—¿Y ahora qué, señor? —preguntó Trogo.

—Antes de que vuelvan los hombres me gustaría hablar con Annia.

—Se lo haré saber de inmediato, señor.

—Más aún, esos documentos que hay en el estudio... imagino que Mémor tendría muchos más.

—Así es. Creo que la mayoría están en cajas de madera, es su aposento.

—Entiendo.

Trogo se disponía a volver a la villa cuando Casio alzó la mano.

—Una cosa más. Necesito que redactes una lista de los hombres de la isla que conociesen a Ligur, a Mémor o a ambos. Me interesan particularmente aquellos que sean bajos y zurdos.

### III

Tras haber enviado a Indavara a echar un vistazo al resto de la villa, Casio esperaba a Annia en una esquina del patio, sentado sobre un banco de piedra fría. Frente a él, el sol parecía suspendido sobre el tejado, las sombras eran largas; tendrían que volver pronto a la ciudad.

Ella salió por la puerta de la cocina y se apresuró a su encuentro. Casio volvió a admirar su porte, sus andares resueltos. Esa barbilla alta y esas maneras altivas resultaban bastante desalentadoras, pero no podían negarse las apetecibles proporciones de su cuerpo, o los trazos de su rostro, que parecían esculpidos. Se incorporó y espero que se acomodara al otro lado del banco antes de volver a sentarse. Se ajustó la capa para asegurarse de que esta no tocaba el suelo.

Annia llevaba puesta una capa de lana negra que se ajustó delante del pecho.

—Le he pedido al cirujano que salga a ayudar a los sirvientes. Los lugareños le harán más caso.

—Una buena idea. ¿Qué tal se encuentran tu madre y tu hermana?

Annia miró al suelo.

—Mi madre es débil de cuerpo, mi hermana lo es de mente. Hace tiempo que aprendí a no esperar nada de ellas.

A Casio le sorprendió el gélido desapego de su voz; lo más probable es que fueran las emociones del día las que hablaban.

—Es un momento terrible para todos vosotros —dijo—. Quiero comunicarte formalmente mi más sincero pesar.

—Gracias.

—Me temo que tengo algunas preguntas sobre tu padre.

—Pregunta. Pregunta lo que debas.

—Trogo parece conocer poco del trabajo que desempeñaba. ¿Tenía algún tipo de secretario o ayudante? ¿Alguien que pudiera decirme algo más?

—Mi padre casi siempre trabajaba solo. De vez en cuando a Trogo o a mí nos dictaba algo, pero decía que los asuntos de Estado no eran cuestiones para compartir. Cuando no estaba de viaje, se pasaba horas escribiendo informes para Roma, o encargándose de su puesto. A veces no lo veíamos desde que amanecía hasta que se ocultaba el sol.

—¿Conoces algún asunto reciente? ¿Mencionó algún tipo de amenaza?

—No. Pero si hubiera pensado que corría peligro, estoy segura de que se lo habría dicho a Trogo. A Ligur también. No era un mero portero, muchas veces viajaba con mi padre en calidad de guardaespaldas. Era legionario. Sirvió con mi padre hace ya muchos años.

—Entiendo. ¿Y qué hay del comportamiento de Mémor? ¿Notaste algo fuera de

lo común, algo que pudiera dar a entender que temía por su vida? Piénsalo detenidamente.

Annia se tomó un momento; luego negó con la cabeza.

—Nada. De hecho, parecía más relajado que de costumbre. La semana pasada nos pidió a Marta y a mí que cantásemos para él. Y ayer fue a dar su paseo.

—¿Su paseo?

—Sí. Solía ir todas las mañanas. A veces tomaba una ruta más corta; otras, una más larga alrededor del lago.

—¿Lejos de la villa?

—Sí, está a unas cinco millas.

—¿Y andaba todas las mañanas?

—Sin excepción.

—¿Solo?

—Siempre. Decía que el día iba mejor si tenía tiempo para prepararlo.

Casio volvió la mirada.

—¿Qué ocurre?

—Me parece que el tiempo era de vital importancia para el asesino. De haber estado observando la casa, aunque solo fuera un día, hubiera encontrado la oportunidad perfecta para matar a tu padre sin correr demasiados riesgos. Y si llegó hace poco, me sorprendería que no quisiera irse cuanto antes. No creo que se arriesgue a quedarse atrapado en la isla durante los meses de invierno. Mañana centraremos nuestros esfuerzos en el puerto. No habrá muchos barcos zarpando a principios de noviembre.

—Yo misma iré de madrugada.

Casio decidió abortar aquella idea de inmediato: lo último que necesitaba era que una mujer, aquella en particular, anduviese por medio.

—No será necesario.

—¿Necesario? ¿Acaso conoces bien esta isla, oficial...?

—Córbulo.

—Sí. ¿Y bien?

—Tan solo he pasado aquí un día, señora, pero mi deber es investigar este asunto para el Servicio. Te ruego que lo dejes en mis manos. Prometo que te mantendré informada.

—¿Y si capturas al asesino? ¿Qué harás con él?

Sus preguntas eran muy rápidas, muy incisivas. Casio no estaba acostumbrado a tratar con mujeres que pretendían mantener la iniciativa en una conversación.

—Señorita, debes valorar la posibilidad de que no vayamos a dar con él.

—¿Y si lo hacéis?

—Tendré que consultarlo con mis superiores.

—No.

La paciencia de Casio empezaba a agotarse.

—No pienso esperar semanas —continuó diciendo Annia; ahora sus ojos se mostraban brillantes y acuosos—. Si lo encuentras, quiero verlo. Y luego lo quiero muerto. Y quiero estar ahí durante la ejecución. ¿Entendido?

—Con todos los respetos, señorita Annia, no respondo ante ti.

—¿Qué rango ostentas en el Servicio?

Casio no podía creer lo que estaba oyendo. Los extremos comportamientos femeninos no eran nada nuevo para él; al fin y al cabo, tenía tres hermanas mayores, pero incluso teniendo en cuenta los horrores que había vivido aquel día, la arrogancia y el atrevimiento de la muchacha eran, sin lugar a dudas, algo excepcional.

—Nominalmente centurión —repuso—. Aunque poco te importa.

—Mi padre fue subcomandante del Servicio durante casi una década. Cenaba con senadores y protegía el Imperio cuando tú no eras más que un chiquillo.

Casio inspiró profundamente para calmarse, luego se alzó.

—Los hombres estarán de vuelta dentro de poco. Veré si hay algo más que pueda averiguar por aquí, luego volveré a la ciudad. Tanto tú como tu familia tenéis mis más profundas condolencias, pero si vuelves a dirigirte a mí en ese tono, dejaré que se haga cargo de la investigación el magistrado local y partiré hacia Antioquía de inmediato.

—No te atreverías. Tus superiores...

—Mis superiores están muy, muy lejos. Estoy dispuesto a hacer todo lo que esté en mi mano para ayudarte, pero no veo por qué debo verme sometido a tales impertinencias. Que pases un buen día.

Annia no respondió. Cuando llegó al pórtico, Casio la oyó golpear el banco.

Media hora después Casio, Indavara y Trogo aguardaban junto a la puerta de entrada al tiempo que los hombres iban accediendo a la villa. El sol comenzaba a ponerse, tiñendo las torres de la ciudadela que se divisaba al norte de un naranja intenso.

Indavara acababa de volver de inspeccionar el resto de la villa. Había descubierto que había varias formas de acceder al edificio por la parte trasera, pero con todas las puertas trancadas era extremadamente difícil entrar.

Los hombres se detuvieron. El cirujano, un tipo bien vestido y prácticamente calvo, se acercó a ellos.

—Me temo que no he averiguado nada de utilidad, pero creo que algunos de los hombres han recabado algo de información. Debo ir a ver cómo se encuentra la señora Leonita.

—Gracias, señor —dijo Trogo.

Cuando el cirujano entró en la villa, Casio se dirigió a los sirvientes:

—Bien, si alguno cree haber oído algo que pueda resultar de interés que levante la mano. No os preocupéis si algo se os antoja de poca importancia. Seré yo quien decida qué es lo importante y lo relevante.

De los once hombres del servicio, cinco levantaron la mano.

Casio empezó por el hombre que se encontraba más a la izquierda, un hombre de cierta edad y pelo llamativamente cano.

—Tú primero.

—Señor, la mujer de una de las villas del entorno dice haber visto a dos extraños merodeando por la puerta principal hace tres días. Estuvieron ahí más de una hora.

—¿Has conseguido una descripción de ellos? —preguntó Casio.

—Se los vio desde...

Trogo intervino.

—Eran mercaderes. Venían a verme. Teníamos invitados, así que tuve que hacerlos esperar. Son hombres respetables.

El viejo sirviente inclinó la cabeza.

—Mis disculpas, administrador.

—No es necesario —dijo Casio—. Esas son exactamente las cosas que me interesan.

Un hombre joven, que llevaba un delantal de cuero sobre la túnica, alzó la voz:

—Esdras el pastor vio a un grupo de hombres cerca del lago la semana pasada. Dijo que parecían ladrones.

Otro hombre intervino:

—Señor, Esdras piensa que todo el mundo parece un ladrón.

Casio recordó lo que Annia le había dicho acerca de los paseos matutinos de su padre.

—Haces bien en plantearlo; sin embargo, dadas las circunstancias del asesinato, me inclino a pensar que carece de importancia. —Señaló a un tercero—. Tú.

—Señor, se trata de algo que vi yo mismo.

—Continúa.

—Llevé la carreta a la ciudad ayer, para comprar unos adoquines. Al doblar una esquina, a media milla del pueblo, estuve a punto de arrollar a un hombre que iba a pie. Estaba en mitad de la calzada. Le insulté, pero no dijo una palabra, simplemente siguió caminando. Llevaba un gran saco sobre el hombro.

—¿Podrías describirlo? —preguntó Casio.

—No muy bien, señor. Llevaba una capa con capucha. Y hacía mucho viento.

Trogo se acercó a Casio y le susurró al oído:

—No es mi intención influirte, señor, pero a Címber le gusta mucho escucharse, sabía que saldría con alguna. La Vía Alexandria es la calzada principal hacia el sur de la isla. Casi todos los días pasan por Amindos viajeros procedentes del puerto.

—Una cosa más, señor —dijo Címber, voluntarioso, al tiempo que alzaba la mano—, llevaba un buen par de botas de cuero.

—¿Y? —dijo Casio.

—Me di cuenta porque no encajaban con el resto de su atuendo andrajoso. Y ese saco viejo. Era un buen par de botas. Nuevas y limpias.

—Muy bien, ¿quién va ahora?

El cuarto de los sirvientes en hablar era un muchacho de unos catorce años de edad.

—Señor, algunas de las mujeres de la curtiduría estaban hablando sobre una muchacha que estuvo en el pueblo la semana pasada. Pasó por aquí varias veces, y parecía muy interesada en la villa. Por lo visto, hizo preguntas acerca del señor Mémor, sobre si se encontraba en la villa o no.

—¿Descripción? —preguntó Casio.

—Tenía unos veinte años, señor. Pelo largo y rizado. Muy bella, por lo que decían.

—¿La conocían?

—No, señor.

—Oficial Córbullo —dijo Trogo—. ¿Puedo hablar contigo un momento?

Casio siguió al administrador. Este no paró hasta encontrarse en un extremo del patio, bien alejado de los hombres y de la casa.

—¿Qué ocurre?

El administrador se rascó la barba con las uñas.

—Señor, quiero asegurarme de que lo que voy a decir quedará entre nosotros.

—Por supuesto. Pero aligera.

—Hará unos tres años mi señor Mémor tuvo una aventurilla con una de las sirvientas; se llamaba Aelia. Pelo largo y rizado. Muy, muy bella. Ella empezó a creer que los escarceos eran algo más que eso. Se volvió un tanto inestable y amenazó con contarle a la señora Leonita las indiscreciones de mi señor. Tuvimos que deshacernos de ella, y no se lo tomó bien. Al final Ligor y yo tuvimos que recoger sus cosas y sacarla de la villa. Hicimos como si la hubiéramos sorprendido robando. Le di algo de dinero para que desapareciera. Por suerte, las señoras de la casa nunca llegaron a saber la verdad.

—¿Y bien? —dijo Casio—. ¿No estarás sugiriendo que la muchacha volvió tres años después para llevar a cabo su venganza? ¿Que visitó la villa en mitad de la noche, le cortó el cuello a un antiguo legionario que le doblaba en estatura y luego decapitó al comandante Mémor?

—Sé que puede parecer un tanto ridículo, señor, pero eso no es todo. Se fue de Rodas poco después de abandonar la villa, pero hace poco supe que había vuelto a la isla. Solía hacer gala de una actitud algo alocada, siempre andaba peleándose con las otras sirvientas, tenía muy mal carácter.

—Trogo, es sencillamente imposible.

—Por favor, señor, no he acabado. Acabo de recordar que cuando las muchachas se sentaban a tejer ella llamaba la atención. Era zurda.

Casio, que había inclinado la cabeza un poco para escuchar a Trogo, la irguió y llamó a Indavara. El gladiador se acercó a paso ligero; Trogo continuó hablando:

—Señor, si este asunto llegara a trascender...

—Sí, sí. Lo sé.

—¿Qué deseas? —preguntó Indavara.

—¿Pudo una mujer haber llevado a cabo los asesinatos?

La sonrisa burlona del guardaespaldas se desdibujó cuando este se dio cuenta de que Casio hablaba en serio.

—Es posible, supongo. La forma en que se hizo requería más pericia que fuerza. Explicaría la diferencia en altura.

Casio se volvió hacia Trogo.

—¿Sabrías dónde encontrarla?

—Su familia era de Birrenia, una población a unas diez millas de distancia.

El administrador se rascó la barba de nuevo y su mirada quedó fija en el camino.

—¡Por Júpiter! ¿De verdad puede haber sido ella?

—No podemos estar seguros aún —advirtió Casio.

—¿Ordeno que traigan vuestros caballos, señor?

—Sí, hazlo.

El administrador volvió hacia el grupo de hombres y envió a dos de los muchachos al establo. Los demás se quedaron allí, en fila, hablando entre susurros.

—¿Una mujer? ¿En serio? —dijo Indavara en voz baja mientras Casio y él caminaban hacia la puerta principal.

—Lo sé, pero no tenemos nada más.

Casio volvió a dirigirse a los hombres.

—Había otra mano alzada. ¿Quién tenía algo más que decir?

Uno de los labradores que habían acompañado a Annia dio un paso al frente.

—Yo, señor. No tiene que ver con ningún desconocido, simplemente me ha resultado extraño.

—Habla.

—Acabo de ver al viejo Astrah hace un rato; es un sacerdote del templo de Dionisos. No dije nada del asesinato y, sin embargo, me ha preguntado si todo iba bien en esta casa. Visitó al señor Mémor anoche y dijo que parecía inquieto.

—Conozco a Astrah —dijo Trogo—. Es un amable anciano. El señor Mémor también lo conocía.

—¿Qué quiso decir con «inquieto»? —le preguntó Casio al labrador.

—Astrah volvía a casa después de cerrar el templo, debía de ser la hora tercia de la noche. Vio al señor Mémor en el jardín. Lo saludó, pero el señor Mémor tan solo alzó la mano y siguió andando hacia la villa.

Con el ceño fruncido, Casio se volvió hacia Trogo.

—Dijiste que solía trasnochar cuando trabajaba, pero ¿por qué iba a estar fuera? ¿Puede ser que algo le preocupara?

—Puede ser, señor. A veces tomaba algo de vino y salía a pasear por la huerta, pero nunca lo hacía por la noche. Tenía el jardín al lado del estudio si quería tomar el aire.

—¿Habría quedado con alguien? ¿Con esa muchacha quizá?

Trogo se encogió de hombros. El labrador se acercó.

—Señor, Astrah dijo algo aún más extraño. Dijo que el señor vestía la panoplia al completo: casco, penacho, todo.

—¿Cómo? —dijo Trogo.

—Eso es imposible —dijo otro de los sirvientes—. Yo tengo el equipo del señor. Lo limpié y engrasé ayer. Aún lo tengo en mi arcón.

—Por los dioses, era *él* —dijo Casio—. El viejo sacerdote pensó que era Mémor, pero era *él*. —Señaló a Címber, el hombre que había hablado antes—. El hombre encapuchado que viste ayer. Eso es lo que portaba en el saco; por eso llevaba esas botas y por eso Ligur lo dejó entrar. El muy bastardo iba vestido como un centurión.

Dos horas después de la puesta de sol, llegaron al puesto militar. A lo largo del muro del puerto se oían las canciones y las risas de los marineros. Las aguas, agitadas, mecían las embarcaciones amarradas a puerto y el viento hacía que velas y jarcias repiquetearan. Por desgracia, la brisa no era lo bastante fuerte como para hacer que el hedor a pescado podrido desapareciese.

Casio e Indavara guiaron a los caballos a lo largo de un callejón estrecho hasta el pequeño patio que había entre el puesto militar y los establos. El optio Clemente, adormilado, apareció por la puerta de atrás portando una lámpara de aceite. Casio le dijo que debían hablar de inmediato. El optio llamó al legionario para que se hiciese cargo de las monturas. Casio e Indavara entraron en la pequeña sala.

Simo ya tenía dispuesta una cazuela repleta de vino caliente. Saludó a la pareja y les sirvió una generosa cantidad a cada uno.

—Es un buen caldo, señor. Una receta local. Creo que contiene mirra.

Casio dio un buen trago. Simo lo observó.

—¿Estás bien, señor?

—No, Simo, no lo estoy. Imagino que mi lecho está listo.

—Por supuesto, señor.

—Prepara el material de escritura. La mejor tinta y el mejor papiro.

—Sí, señor.

Simo salió presto a cumplir su cometido.

—¿Me necesitas? —preguntó Indavara.

—No. Puedes irte.

El guardaespaldas se llevó su vino consigo.

—¿Y bien, señor? —preguntó Clemente al entrar en la sala.

Casio apuntó hacia el banco que había frente al hogar. Se sentaron, y Casio le relató lo sucedido en Amindos. Clemente se horrorizó al escuchar todos los escabrosos detalles y se mostró asombrado de que tales hechos pudieran haber acaecido en la isla.



Casio le ordenó que enviara un mensaje al magistrado en el que le preguntase qué medidas se habían adoptado hasta el momento y en el que le sugiriese prohibir que cualquier embarcación se hiciera a la mar. Clemente también debía reunir a todos los legionarios disponibles y hacerlos venir al puesto. Merced a su rango, Casio tenía potestad para tomar el mando de las tropas durante el tiempo que considerase necesario. Todo ello debía llevarse a cabo a primera hora del día siguiente.

—¿De cuántos legionarios podrás disponer? —preguntó Casio.

—Solo de mi centuria, la V, que está acuartelada de forma permanente en la ciudad, señor. Los barracones están junto a la ciudadela, pero la mayoría de ellos se encuentran reparando el puente de Camiros. Una docena o así.

—¿Y el magistrado? ¿Con cuántos suboficiales cuenta?

—Bastantes, aunque yo no contaría con que fuese a colaborar.

—¿Por qué no?

—Al magistrado lo elige el pueblo, es una concesión de la que goza la asamblea de Rodas. Se llama Nariad. Está bien relacionado, pero es poco eficiente, y no se lo conoce precisamente por considerar las peticiones militares como algo prioritario.

—Estamos hablando del asesinato del subcomandante del Servicio. Las leyes imperiales lo obligan a prestarme ayuda.

—Lo entiendo, señor. Pero los rodios piensan de otra forma. Les gusta recordarnos que Rodas era una potencia naval antes de que nosotros supiéramos diferenciar una proa de una popa. He sido destinado a una docena de puestos a lo largo de mi carrera y, créeme, esta no es una provincia cualquiera.

—De acuerdo, mientras pueda apoyarme en ti y en los tuyos... Daré instrucciones precisas cuando amanezca.

—Sí, señor. —Clemente se cubrió el abultado vientre con las manos y se quedó ensimismado mirando al carbón que ardía en el hogar—. Decapitado... Por Marte.

—¿Has tenido noticia de alguna disputa en la que Mémor pueda haberse visto involucrado?

—Ni una. Como dije, casi nunca lo veíamos a no ser que partiese o volviese. Solía enviar a uno de sus hombres a recoger los correos. Siempre me pareció un tipo decente.

—Incluso para ser un frumentario.

Clemente observó a su superior con suspicacia. Casio continuó:

—¿Cómo se llevaban Mémor y el resto de los oficiales?

—Ni siquiera sé si Mémor llegó a visitar los barracones alguna vez. Ten por seguro que nunca se anunciaba. Creo recordar que una vez me dijo que por eso le gustaba estar aquí, que podía hacer su trabajo en paz.

—Sí. Creo que llegó a sentirse muy seguro. Demasiado seguro, de hecho.

Casio se puso en pie, bebió un último sorbo de vino y dejó el recipiente sobre una mesa.

—Ve a dormir, Clemente. Te quiero levantado antes de que amanezca.

Salió de la sala y torció a la izquierda. Había cuatro pequeñas habitaciones en el puesto. Indavara dormía en la más cercana a la sala, Casio y Simo en la segunda. Solo había una cama, así que Simo tendría que arreglarse durmiendo sobre unas cuantas mantas en el suelo. No era la primera vez.

El galo estaba sentado en la cama, tenía una tabla de madera en el regazo y estaba mezclando tinta. A su lado tenía dos trozos de pergamino y el mejor cálamo de plata de Casio, regalo que le hiciera su padre con motivo de su decimosexto cumpleaños. Casio abrió la fíbula que mantenía su capa abrochada, se la quitó y la lanzó sobre una silla, el único objeto de mobiliario, salvo por la cama, que había en la estancia. A la capa le acompañó el tahalí y el cinturón.

Se dejó caer junto a Simo. Estiró las piernas e intentó tumbarse sobre la cama, pero no había el suficiente espacio como para acomodarse. Simo colocó una almohada bajo la cabeza de su señor.

—Indavara me ha contado lo sucedido, señor. Pobre familia. Es increíble.

—Bastante terrible, sí. Aunque, si lo miramos fríamente, el suceso en sí no resulta tan increíble. ¿Puedes imaginar a la cantidad de gente que una persona en el puesto de Mémor habrá llegado a acusar, encarcelar, exiliar o ejecutar a lo largo de los años?

El galo estaba estupefacto.

—Vamos, Simo. Ya me has oído hablar lo suficiente del Servicio como para saber que raramente atrae a los más honrados. No, lo que resulta increíble es que yo haya llegado a Rodas un día después de que se cometiese el asesinato y que, por lo tanto, tenga que ser yo el que tenga que encargarse de este sórdido asunto.

Casio resopló y miró al techo.

—Quizá esta carta pueda esperar hasta mañana, señor.

—Cartas. No. Ya estaré bastante ocupado mañana. De todos modos, he acabado ambas. —Casio se dio dos golpecillos en la cabeza—. Las «redacté» de camino. Unas doscientas palabras cada una. Deberíamos haber acabado en una hora.

—Entiendo que prefieres que las escriba yo, señor.

—Tu letra es mejor que la mía. ¿Preparado?

Simo probó la punta del cálamo sobre la madera. Salió una gota de tinta. Colocó la primera lámina sobre la madera y levantó el cálamo.

—Listo, señor.

## IV

Menos de una hora después del amanecer, el Gran Puerto bullía de actividad. Los barcos pesqueros zarpaban del muelle, los tenderos abrían sus puertas y muchos rodios se congregaban para ver otro mercante que había llegado la noche anterior. Varias horas de lluvia a lo largo de la noche habían dejado charcos en las calles y humedad en el aire.

Casio se encaramó al muro del puerto. Miró hacia el norte, hacia el Pequeño Puerto, y vio los mástiles de veinte grandes naves. Simo andaba cerca, intentando encontrar barcos que fueran a zarpar en la dirección deseada. Era poco probable que las cartas destinadas a Abascantio y al comandante Pulcher siguieran una ruta directa, pero por una módica cantidad un capitán voluntarioso podía entregarlas en algún puesto militar y el Servicio Imperial de Correos haría el resto. Simo ya había probado en el Gran Puerto, pero de la docena de barcos que había allí, ocho estaban siendo carenados aprovechando el invierno, dos estaban siendo reparados y dos zarparían en dirección contraria.

Casio observó los edificios apelotonados alrededor de la colina sobre la que se erguía la ciudadela. Clemente estaba por allí, en alguna parte, recogiendo a los hombres de los barracones, y Casio lo aguardaba impaciente. El optio había enviado el mensaje a la oficina del magistrado, pero aún no había respuesta.

Casio saltó al suelo y caminó a través de un grupo de mujeres que limpiaban lo que había quedado del mercado de pescado del día anterior, la mayoría hediondos trozos de pescado y paja apelmazada. Encontró a Indavara en la sala del puesto militar, arrancando con los dientes un trozo de pan de una hogaza. La sirvienta, a la que aún no habían llegado a ver, había dejado algo de almuerzo sobre la mesa.

—Buenos días —dijo el guardaespaldas.

—Me temo que no tienen pinta de que vayan a serlo.

—¿Vamos a dar una vuelta por las naves entonces?

—Claro.

Casio llenó hasta la mitad un cuenco con vino y luego le añadió agua hasta que casi rebosó.

—Dijiste que no habría mucho movimiento de naves en esta época del año —añadió Indavara—. No debería ser muy complicado.

—Sí, pero no solo se trata de los grandes mercantes. Hay pequeñas naves que hacen viajes cortos a otras islas cercanas o a tierra firme. No hay más que cincuenta millas hasta Licia o Asia. Y hay otros puertos en la isla. Lindos, por ejemplo.

—Ah.

—Pero debería haber algún capitán de puerto que pueda ayudarnos a averiguar qué naves han zarpado y cuáles están por zarpar. Con suerte, Simo lo habrá

encontrado ya.

Casio cogió un higo seco de un plato.

—¡Señor!

Al final del pasillo, en la calle, Clemente llamaba su atención con la mano. Tras él había un puñado de legionarios.

—¡Tráelos al patio!

—Sí, señor.

Casio se metió el higo en la boca y lo engulló con ayuda del vino.

—Coge eso, haz el favor —le dijo a Indavara, señalando hacia la mesa.

Indavara cogió un montón de pequeños trozos de pergamino que había sobre la mesa. Casio se caló el casco, se ajustó el tahalí y se adecentó la capa. Le hizo una seña a Indavara para que saliese primero y luego se colocó al pie de las escaleras de la sala a medida que los legionarios iban entrando en el patio. Con un par de órdenes Clemente hizo que los hombres formaran.

Casio permanecía con los pies bien separados, las manos reposadas en el cinto, el mentón alto: era la postura que siempre adoptaba cuando se dirigía a las tropas. Contó once. No era necesario que llevaran casco y armadura, pero el resto del equipo parecía estar en buenas condiciones, algo siempre alentador. No había largas cabelleras, ni densas pelambreras, ni signos de borracheras recientes.

—Buenos días, caballeros. Soy el oficial Casio Quintio Córbulos, de Seguridad Imperial.

Para su sorpresa, ni una sola de las caras de aquellos legionarios reveló lo que Casio había supuesto que sería un arcoíris de gestos de disgusto.

—Ahora ya sabéis de la muerte de Augusto Mario Mémor. Este asesinato fue cometido hace dos noches, y creo que el asesino ha dejado, o tiene intención de dejar Rodas tan pronto como le sea posible. Debemos averiguar todo lo que podamos sobre este hombre. Al menos hemos llegado a establecer lo siguiente: es probable que sea zurdo, de corta estatura, y fue visto vistiendo una capa con capucha y botas de buena calidad. También llevaba un saco, y dentro de este el material que utilizó para hacerse pasar por un centurión y así llevar a cabo el crimen. Es probable que no sea rodio y que haya llegado recientemente. Vosotros conocéis la ciudad, debéis peinar el puerto, las posadas, las tabernas, los comercios... Hablad con capitanes, marinos, tenderos, todos y cada uno de ellos. Los detalles principales de su aspecto están recogidos aquí, así que no habrá excusa si se os olvidan.

Mientras Indavara repartía los trozos de pergamino, los legionarios menos sutiles se quedaban mirando su oreja desfigurada.

—Recordad —dijo Casio—. De corta estatura, zurdo, capa con capucha, buenas botas de cuero, lleva un saco. ¿Sabéis todos leer?

—Yo no, señor —dijo uno de los hombres—, pero puedo recordarlo todo bastante bien —añadió antes de repetir la descripción palabra por palabra.

—Excelente.

Aunque se mostrasen obedientes, los hombres no parecían muy satisfechos con la tarea encomendada; bien es cierto que a los soldados nunca les agradaba ninguna tarea, salvo si había de por medio mujeres, vino o botín.

—Un aliciente más —anunció Casio—, cortesía de Seguridad Imperial. Habrá diez denarios para cualquier hombre que pueda darme información de utilidad. Y decidles a los lugareños que recibirán la mitad de esa cantidad por lo mismo. Si ese hombre aún está por aquí, quiero encontrarlo. Y quiero dar con él hoy. Clemente os organizará en grupos y os asignará las zonas que hay que cubrir. Nos volveremos a ver más tarde. ¿Alguna pregunta? ¿No? Pues en marcha.

Los legionarios salieron del patio siguiendo a Clemente, muy lentamente para el gusto de Casio. Este dio una palmada.

—¡Vamos a ello! ¡Un poco de brío, caballeros!

Clemente inició un trote que los legionarios imitaron con desgana.

—Nosotros también deberíamos irnos —le dijo Casio a Indavara cuando volvían a sus habitaciones—, a ver cómo le está yendo a Simo.

Mientras Indavara iba a recoger sus armas, Casio recogió el morral que Abascantio le diera en Siria. Era de esmerada factura, piel de ciervo, según Simo, ideal para llevar documentos y otros objetos necesarios. Casio solía hacer hincapié en que Simo lo tuviera siempre dispuesto con una serie de utensilios: pergamino y carboncillos para redactar notas, un pequeño chisquero, un par de velas y un minúsculo reloj de sol. También le había dado instrucciones al galo para que cosiera un bolsillo secreto donde guardaba cinco áureos de oro añadiendo: «Nunca se sabe cuándo puede ser necesario un buen soborno». El morral era también lo suficientemente grande como para alojar la punta de lanza, aunque el extremo sobresalía por uno de los costados. Casio la introdujo dentro y se colgó el morral del hombro.

Suspiró. Una de las peores cosas que podía tener la vida militar era que siempre debía cargar con todo tipo de objetos, como si el casco y la espada no fueran lo suficientemente incómodos. Montar ayudaba a aligerar la carga, pero aquello no hubiera sido muy práctico, teniendo en cuenta el día que lo esperaba. Casio volvió a suspirar. Pensar en templos, bibliotecas y obras de arte era, en ese momento, una quimera.

Se encontraron con Simo a cien pasos calzada arriba. A pesar de la intensa brisa el galo sudaba, llevaba su capa en la mano. Caminaba apresurado junto al muro del puerto.

—¿Y bien? —preguntó Casio al tiempo que le entregaba el morral.

—Mis disculpas, señor, tampoco allí he conseguido encontrar un barco adecuado. La mayoría no están levando anclas.

—Magnífico. ¿Qué hay del capitán del puerto?

—Encontré su oficina, señor, pero allí solo había un mozo. Por lo visto, dado que en esta época del año no hay mucho movimiento, el capitán del puerto se toma un día libre de cada cuatro. Hoy es uno de esos días. Estaba en una taberna llamada El Ancla, pero no ha querido hablar conmigo. Lo siento, señor.

—Será él quien lo sienta. Llévame a esa taberna de inmediato.

Los tres caminaban junto al muro. Pronto resultó evidente que los apelativos de los puertos eran más engañosos de lo que les pudo parecer en un principio. El Pequeño Puerto era más o menos del mismo tamaño que el Gran Puerto, y también estaba protegido por sendos rompeolas al norte y al oeste; además, era mucho más bullicioso y estaba mejor organizado. Casi todos los amarres de los muelles de hormigón estaban ocupados por naves de más de cien pies de eslora. Entre ellos, apretujadas, había embarcaciones más pequeñas, amarradas de dos en dos o de tres en tres.

Salieron de la calzada y se adentraron en uno de los muelles; pasaron entre un montón de barriles y un gran fardo de lana. Justo al lado yacían apilados un montón de troncos, larguísimos rollos de cuerda gruesa y cuatro gigantescas poleas.

—¿Qué es esa cosa? —preguntó Indavara.

—Una grúa —dijo Casio—. La rueda se coloca sobre una plataforma, y mediante una cuerda que recorre el brazo, se engancha la carga. Dentro de la rueda se meten unos esclavos y andan, la rueda gira y la grúa levanta la carga. Muy ingenioso.

—Como ratones en una jaula —dijo Indavara, más dirigiéndose a Simo que a Casio.

—Puedo pensar en trabajos peores que ese —dijo Casio—. En días como hoy no me importaría no hacer nada salvo andar.

Indavara bufó.

—¡Ah, claro! ¡La vida del esclavo es tan fácil...!

—No digo que sea fácil, pero en muchos sentidos es más sencilla. Para empezar, no tienen responsabilidad alguna.

Indavara negó con la cabeza.

—¿Tú qué piensas, Simo?

Simo observó a Casio con desgana y este se encogió de hombros.

—Responde si quieres.

—Sea cual sea el lugar de uno en la vida, todos vamos a tener problemas, supongo —dijo Simo finalmente—. Nuestro Señor Jesucristo nos enseñó que primero debemos pensar en los demás, en aquellos que sufren, en los pobres...

—Bien hecho, Indavara —dijo Casio—. Ya lo has encendido.

El guardaespaldas se acercó a Simo.

—Los cristianos creéis que todos somos iguales, ¿verdad?

—Creemos que Dios nos ama a todos por igual, y que habrá un juicio final para aquellos que quieran acceder al reino de los cielos.

Indavara apuntó a Casio con el dedo.

—Pero ¿cómo puedes ser igual a él si le perteneces?

—Tu lugar en la vida no es lo importante, sino cómo es tu actitud al ocupar ese lugar —explicó Simo.

—¿Qué?

Casio levanto la mano.

—Ahora no, Indavara. Hoy ya tenemos suficiente tarea. Deja la religión y la filosofía para otro momento. Puede acabar doliéndote la cabeza.

Pasaron junto a unos cuantos de los barcos amarrados, incluida una barcaza de dragado, y llegaron hasta el extremo del Pequeño Puerto. La mayoría de los edificios eran almacenes de ladrillo rojo, apiñados en torno a un cruce de caminos donde había algunas estructuras que se parecían más a las casas que había frente al Gran Puerto. El camino que recorría el lado norte del puerto llevaba al corazón de la ciudad y luego trepaba en zigzag por la pendiente que llevaba a la ciudadela.

—Esa es la oficina del capitán del puerto, señor —dijo Simo, señalando lo que parecía ser la fachada de un comercio—. Dos puertas más allá está la taberna.

Tuvieron que rodear una larguísima cola a las puertas de un cambista, esperar a que pasara una carreta cargada hasta los topes; luego cruzaron el camino rumbo a la taberna. De no haber sido por la gente que había fuera, Casio hubiera supuesto que El Ancla estaba cerrada. Muchas ventanas estaban cegadas con tablones, y al tejado le faltaba una cuarta parte de las tejas. Un letrero pintado había perdido todo color merced a los elementos, aunque un ancla roñosa reposaba a un lado de la puerta. Una de las dos mesas que había fuera no era sino medio bote de remos reconvertido. Había tres muchachos sentados en él lanzando guijarros a una gaviota. La otra mesa la ocupaban cuatro hombres que se entretenían con una especie de juego de mesa. Tenían pinta de ser gentes duras: lucían barba, algunas canas y estaban tostados por el sol.

—¿Quién es el capitán del puerto? —le preguntó Casio a Simo.

—El de más edad, señor. El que lleva el pétaso de fieltro.

—Mantente al margen, al menos en un principio —le dijo Casio a Indavara—. Si no coopera, hazte notar. Pero procuraremos evitar un encontronazo desagradable.

El capitán del puerto lanzó tres dados y movió su ficha de cristal. Los cuatro hombres valoraban la jugada cuando Casio y los suyos se acercaron a la mesa. El capitán del puerto observó a Simo y puso los ojos en blanco.

—Tú otra vez...

—Y ahora yo —dijo Casio—. Seguro que Simo te ha dicho quién lo enviaba. ¿Tienes por costumbre ignorar las peticiones de un oficial del Ejército Romano?

Antes de que el capitán del puerto respondiera, habló otro hombre:

—En su día libre tiene por costumbre ignorarlo todo salvo la siguiente partida de Doce Líneas o el siguiente trago del mejor vino de Lindos.

A los otros dos aquello les resultó hilarante. El capitán del puerto se encaró con Casio.

—¿Algún problema?

Casio empezaba a irritarse; aquel hombre no se había dirigido a él como «señor».

—Te lo contaré cuando te hayas puesto en pie y me hayas acompañado hasta tu oficina. Es un asunto de suma importancia. No tengo tiempo que perder.

—Mi ayudante te dirá todo lo que necesites saber.

—No es suficiente.

El capitán del puerto dio un sorbo al vino y meneó la cabeza con resignación. El hombre que había soltado el chascarrillo apuntó al casco de Casio.

—Veo que eres romano, pero nosotros no lo somos. —Señaló a sus acompañantes, empezando por el capitán del puerto—. Rodio, egipcio, hispano, y yo soy cartaginés.

—Déjalo estar, Korinth —dijo el capitán del puerto al tiempo que recogía su montón de monedas de la mesa—. Jugaremos más tarde.

Korinth, cuya imponente musculatura quedaba marcada bajo una túnica demasiado pequeña, tenía extraños tatuajes alrededor del cuello y las muñecas. La mejilla derecha la tenía desfigurada por una quemadura en ángulo, y ahí la piel lucía anaranjada y lisa. Le puso la mano en el hombro al capitán del puerto.

—Quédate donde estás. Es tu día libre.

—Como si son las Saturnales —dijo Casio—. Un hombre ha sido asesinado. Un hombre muy importante.

—Ese hombre —dijo Korinth— era romano, supongo.

—Si naciste como hombre libre en el Imperio, tú también lo eres. Como lo somos todos.

Korinth y los demás soltaron una carcajada. El capitán del puerto se limitó a sonreír. Casio sintió que empezaba a ponerse rojo.

—Irás cuando haya acabado la partida —dijo Korinth mientras se atusaba la maraña que tenía por pelo.

Casio se hizo a un lado. Indavara entendió el mensaje. Dio un paso al frente y le propinó una patada a la mesa que hizo volar bebidas, monedas y tablero.

—Pues parece que la partida se ha acabado —dijo.

Uno de los hombres se miró la túnica, empapada de vino.

—Maldito hijo de puta.

Korinth dio un brinco y fue a agarrar a Indavara. Por desgracia para él, sus piernas se encontraban entre el banco y la mesa, así que cuando Indavara le apartó la mano y le dio un empujón en el pecho, Korinth salió despedido de espaldas y cayó pesadamente al suelo.

—¡Ufff!

Los otros tres se incorporaron dejando libre la mesa.

—Muy bien, ya es suficiente —gritó Casio al tiempo que tanto él como Simo se



apartaban. El capitán del puerto alzó las manos. El hombre de la túnica empapada ayudó a Korinth a levantarse y ambos dieron unos pasos al frente, mirando a Indavara de arriba abajo. El guardaespaldas iba armado con daga y espada, pero prefirió utilizar la vara que llevaba a la espalda.

—Os sugiero a ambos que os calméis y que os vayáis —recomendó Casio.

Para entonces, tanto los muchachos de la otra mesa como varios viandantes se habían apiñado para presenciar la inminente pelea. Casio miró a su alrededor, pero no pudo ver a ninguno de los legionarios cerca.

Korinth no llevaba una daga al cinto, pero de su cuello pendía un cordel en cuyo extremo colgaba un punzón de unas cinco pulgadas. Estos solían utilizarse para deshacer nudos, pero cuando se lo retiró del cuello resultó evidente que había pensado en darle un uso bien diferente. Su amigo desenvainó la daga, de hoja estrecha pero afilada, y escupió a los pies de Indavara.

Se oyeron gritos provenientes del otro lado del camino. Cuatro hombres con garrotes de madera corrían hacia la taberna. Tras ellos iba un hombre de avanzada edad. No llevaba armas, tan solo se agarraba la pesada cadena que pendía de su cuello.

Indavara se giró y vio a los cuatro hombres cayendo sobre él. Miró a Casio: este seguía apartándose, intentando hacerse una idea de lo que estaba ocurriendo. Amenazado por dos frentes, Indavara decidió tomar la iniciativa.

Encaró a los marineros, aferró la vara con fuerza y se la incrustó en el vientre al hombre de la daga. La boca del marino dibujó una amplia O, y este cayó al suelo sobre sus posaderas. Con el punzón en la mano, Korinth dio un salto hacia delante.

Su avance se paró de inmediato cuando la vara le impactó en el pecho emitiendo un crujido hueco. Haciendo aspavientos, salió despedido contra la mesa. El impacto hizo que uno de los tablones se quebrara y enviase una de las jarras volando hacia la fachada de la taberna. Allí estalló estrepitosamente.

—¡Deteneos! —gritó Casio.

Indavara, que ya se volvía hacia el camino, gesticuló hacia los hombres que se le venían encima.

—¿Por qué no se lo dices a ellos?

Aquellos no parecían tener intención de hacerlo, e Indavara no tenía intención de dejarlos asestar el primer golpe. Salió al encuentro del que venía en cabeza y le dirigió un mandoblazo contra el hombro. El golpe derribó a su adversario, cuyos pies llegaron a separarse del suelo, y lo empotró contra otro del grupo, que cayó de espaldas al suelo. Los otros dos se detuvieron en seco.

—¡He dicho que paréis!

Casio corrió hacia ellos y se interpuso entre Indavara y los marinos.

—¡Deteneos todos!

—¿Qué está ocurriendo aquí? —dijo el mayor, apartando a los demás de su camino. Dos hombres más venían tras él.

Casio identificó el objeto que colgaba de la cadena que llevaba el anciano al cuello, una figura de plata que le resultaba familiar.

—¿Eres el magistrado? —preguntó Casio.

—Por supuesto. Soy Grato Nariad, inspector jefe de mercados, inspector jefe de puertos e inspector jefe de la municipalidad. ¿Quién, por todos los dioses, eres tú?

—Córbulo, Seguridad Imperial —repuso Casio, apuntándose al casco—. ¿No has recibido el mensaje del optio Clemente?

—No.

—¡Ah! ¡Mierda! —gritó el guardia al que Indavara acababa de golpear—. ¡Creo que me ha roto el brazo!

El otro hombre, sentado junto a él, se miraba los cortes y arañazos que tenía en las manos.

Korinth, recuperado por segunda vez, se frotó el pecho, recogió el punzón y caminó tambaleándose hacia Indavara.

—¡Enano cabrón!

—Indavara, aquí —ordenó Casio.

Indavara no se movió ni un palmo.

—Magistrado —dijo Casio—. Quiero que arrestes a ese hombre. De inmediato.

—¿Qué?

—Ha atacado a mi guardaespaldas. Ordena a tus subordinados que lo arresten.

—Maldito hijo de puta desorejado —gruñó Korinth llevándose el punzón a la cara—. Te arrancaré la otra para compensarte la cara.

—No menciones la oreja —advirtió Casio.

El magistrado observaba a los antagonistas, paralizado, indeciso. Casio gritó:

—¡En nombre del Ejército Imperial Romano, te ordeno que arrestes a ese hombre de inmediato!

Al fin el magistrado actuó.

—Muy bien. Hacedlo —dijo, empujando a sus hombres.

Casio cogió a Indavara de los hombros. El guardaespaldas se quitó de en medio sacudiéndose las manos de su superior.

—No pongas las cosas peor de lo que están —le dijo el magistrado al enfurecido marinero.

El capitán del puerto también habló:

—Tiene razón, Korinth. Baja el arma. Aún estás a tiempo.

Korinth respiraba pesadamente; apretaba los dientes, pero un instante después bajó el punzón.

Uno de los hombres del magistrado se aproximó a él.

—Dámelo.

Korinth le entregó al joven el arma, aunque todavía mantenía la mirada fija en Indavara.

—Más te vale que no nos volvamos a encontrar.

Indavara hizo una mueca al tiempo que bajaba la vara; luego volvió a colocársela a la espalda.

—Y yo que creía que los marineros eran gente dura... Ocúpate de tus cuerdas, amigo.

Korinth dio un respingo hacia él, pero los hombres del magistrado lo rodearon. Tras un breve forcejeo le inmovilizaron los brazos.

—¿Tienes una celda? —preguntó Casio.

—Sí.

El magistrado señaló a Korinth.

—Llevadlo al cuartel general.

—A él también —dijo Casio señalando al segundo marinero, que permanecía doblado sobre sí mismo amagando una arcada.

—¿Por qué?

—Nos ha amenazado con un cuchillo.

—Muy bien. Muchachos, a ese también.

El marinero se irguió y acudió voluntariamente.

—Muy bien, ya voy. —Negó con la cabeza—. Beber de buena mañana... ¿Quién me mandará a mí?

Los cuatro hombres del magistrado que estaban indemnes escoltaron a Korinth y a su amigo a través del pequeño tumulto que se había formado. El magistrado instó a los otros dos a que se levantaran; luego alzó la voz:

—Circulad. Soy inspector jefe de la municipalidad y estoy al mando. ¡Circulad! ¡Circulad!

La muchedumbre, de mala gana, se fue dispersando, todos menos los muchachos, que aún observaban a Indavara. Casio se plantó ante el capitán del puerto y le golpeó el brazo.

—Vuelve a tu oficina. Quiero ver toda la documentación relativa a las llegadas y salidas de la semana pasada. ¿Entendido?

—Vamos —añadió el magistrado—. Haz tal y como ordena el oficial.

—Sí, señores —dijo el capitán del puerto antes de irse al trote.

—¿Podríamos hablar un momento? —dijo Casio.

El magistrado siguió sus pasos hasta el callejón que separaba la taberna de una casa.

—¿Cómo te llamabas?

—Nariad. ¿Y tú?

—Córbulo.

Nariad era un hombre esbelto, de nariz larga y curvada y de cabello negro, poblado y aceitoso. Su capa estaba decorada con bordados de plata y llevaba anillos en la mayoría de los dedos.

Casio sacó la punta de lanza de su morral y la acercó a un par de pulgadas del mentón de Nariad.

—¿Sabes lo que es esto?

Los ojos del magistrado bizquearon al mirar abajo.

—Por supuesto —tragó saliva.

—Entonces sabes que es la obligación de cualquier oficial o legionario asistirme, esto es, asistirme de forma inmediata y sin preguntas. Aunque también es cierto que yo no estaría aquí si tú hubieras hecho tu trabajo. Dime por qué no estás en Amindos ahora mismo, investigando la muerte de Augusto Mario Mémor.

—Tenía pensado dirigirme hacia allí esta misma mañana. Qué tragedia. Qué gran pérdida.

Nariad no consiguió dar a sus palabras una pátina de verdadera preocupación.

—No ha sido una tragedia —dijo Casio—. Ha sido un crimen. El asesinato del segundo al mando del Servicio de Seguridad Imperial.

Nariad pareció recuperar un poco la compostura. Aferró el distintivo plateado que le colgaba de la cadena del cuello y lo alzó.

—Me pregunto, joven, si sabes lo que es esto. Pareces creer que no tengo otros asuntos que atender.

—Esta investigación es prioritaria. ¿Dices que no recibiste el mensaje que el optio Clemente te envió de mi parte?

—Estuve fuera de la ciudad casi todo el día de ayer y anoche. Además de tener que asistir a la reunión de la asamblea mañana, tengo que encargarme de un brote de peste al este de la isla. ¡No puedo estar en todas partes a la vez! De hecho, tienes suerte de que mis hombres y yo pasáramos por aquí.

Casio estuvo a punto de soltar una carcajada.

—Por todos los dioses... ¿Cuánto has pagado por tu puesto? Está claro que no lo has obtenido por méritos propios.

Nariad se mostró contrariado.

—¡No puedes hablarme así! ¡Te denunciaré al gobernador!

Casio no estaba por la labor de andar con medias tintas, sabía que llevaba todas las de ganar.

—Si esto fuera una ciudad más grande, más importante, en una provincia más grande, más importante, podría llegar a preocuparme. Pero si informo al comandante Pulcher de que no solo no te has hecho cargo de la investigación con la celeridad necesaria, sino que además has estado poniéndome trabas, te hará falta algo más que la ayuda de un gobernador de segunda. Ni siquiera conozco el nombre de vuestro gobernador, pero veo que tú sí sabes quién es Pulcher.

La cara de Nariad palideció. No era la primera vez que Casio mentaba a su superior, y el efecto era siempre el mismo. Abascantio le había asegurado que el comandante era un hombre honorable y un verdadero patriota, pero la reputación de Pulcher era la de un jefe de espías sin escrúpulos, un hombre capaz de cualquier cosa con tal de salvaguardar los intereses del Imperio. Había servido a cuatro emperadores y, en ese tiempo, había derribado a generales, gobernadores y senadores.

—Tengo una autorización firmada por él —continuó diciendo Casio—. ¿Te gustaría verla?

Tenía esa autorización, aunque la había dejado en el puesto militar.

—No, no —repuso Nariad—. No será necesario. Pensándolo bien, veo que tienes razón, oficial. Me he descuidado.

Casio salió del callejón. Estaba demasiado enfadado como para obtener satisfacción alguna de aquel encuentro. Todo aquel incidente no había supuesto más que una pérdida de tiempo.

—Dime, oficial —le increpó Nariad, corriendo para alcanzarlo—. ¿Cómo marcha la investigación? ¿Qué puedo hacer exactamente para serte de utilidad?

## V

—Lo lamento, señor —dijo el capitán del puerto retirándose el pétaso y manoseándolo al ver entrar en su oficina a Casio, Indavara y Simo—. Debería haber venido cuando me lo pediste. Ahora Korinth y Magga se han metido en un lío por mi culpa.

—Así es, se han metido en un lío —repuso Casio—. Y tú tienes suerte de no estar con ellos. No obstante, tienes la oportunidad de redimirte. ¿Cómo te llamas?

—Akritos.

El capitán del puerto estaba de pie, detrás de una mesa plagada de manchas de aceite y cera. Con él estaba su joven ayudante, junto a una balda plagada de cajas con documentos. En la pared colgaban placas de bronce, escritas en griego, que recordaban la autoridad ejercida por el capitán del puerto, amparada por leyes locales e imperiales.

—Antes de nada, responde a esto —dijo Casio—: ¿ha zarpado alguna nave de puerto esta mañana?

Akritos se volvió hacia su ayudante, que negó con la cabeza.

—Eso es bueno —dijo Casio—. Particularmente para Nariad.

El magistrado se había marchado, no sin antes prometer que dedicaría todos los recursos disponibles a la investigación.

—¿Alguno que tenga previsto zarpar hoy? —preguntó Casio.

El ayudante se acercó.

—Un carguero egipcio iba a levar anclas a primera hora, señor. Pero el capitán aún no ha aparecido.

—¿Eso quiere decir que aún están aquí?

—Sí, señor.

—Mantenemos una estrecha vigilancia —añadió Akritos señalando una escala en la parte trasera de la estancia que llevaba a una trampilla—. Es más, tienen que pasar por aquí a pagar la tasa del embarcadero y organizar el remolque si lo necesitan.

Casio observó el libro con tapas de cuero que había sobre la mesa.

—¿Es eso lo que pedí?

—Sí.

—¿Lleváis un registro de cada salida o llegada?

—Solo de las naves cuyo casco supere los veinticuatro pies de manga.

—Muéstrame las salidas de ayer —ordenó Casio.

A Akritos le costó encontrar la página entre aquellas que aún estaban por ser cosidas al libro. Su ayudante se adelantó y dio con ello.

—Aquí tienes, señor —dijo el joven—. Seis naves en total.

—¿En serio? —preguntó Casio—. ¿En esta época del año?

—Es por Phalalis —respondió el capitán—. Es el hombre al que los capitanes acuden para saber sobre el tiempo. Dijo que los cielos estarían relativamente despejados durante al menos tres días, así que ayer algunos decidieron arriesgarse. Puede que no haya otra ocasión esta temporada.

Casio cogió el documento. El ayudante había tomado notas sobre cada una de las seis naves, detallando el nombre del capitán, la fecha y la hora de llegada y de salida, origen y destino, tipo y cantidades de mercancías, así como las tasas del puerto.

—No hay ninguna anotación sobre los pasajeros —dijo como para sí. Por lo general, aquellos en busca de pasaje preguntaban por ahí y hacían sus gestiones directamente con los capitanes; Casio había hecho eso precisamente cuando estaba organizando su viaje desde Cilicia.

Se sentó en la silla que Simo había traído para él.

—Venid aquí los dos.

Casio puso el dedo junto a la primera de las anotaciones.

—La *Chios*, capitaneada por un tal Placo Ongino. Llegó de Mileto a la hora nona del día dos, zarpó a la hora prima del día cinco, ayer, rumbo a Seleucia. Cargamento desembarcado: pescado en salazón, fruta desecada y objetos de hierro. Cargamento embarcado: vino e higos. ¿No has anotado las tasas del puerto?

Antes de que pudieran responder, alguien llamó a la puerta. Akritos hizo un gesto con la mano para que su ayudante atendiera al hombre que llegaba.

—No es nuestro trabajo, señor —le dijo a Casio—. Esa es labor de los recaudadores.

—¿De la oficina de Nariad?

—Correcto.

—¿Así que suben a bordo?

—Sí, señor.

—Entonces, ¿puede que sepan qué naves llevaban pasajeros?

—Puede que sí, señor. Aunque solo se encargan de revisar el cargamento.

Casio volvió a mirar a la página y examinó el resto de las anotaciones.

—¿Por qué hay un espacio entre las cuatro primeras y las dos últimas?

—Las dos últimas serían lo que un hombre de mar llamaría nave costera, señor, pero de casco ancho, así que tenemos que tomar nota de ellas.

—Esta segunda nave costera llegó hace tres días y descargó cuatro docenas de barriles de aceite, pero no cargó nada. —Casio examinó el resto de las entradas—. Las demás naves volvieron a zarpar con bastante carga.

—Por supuesto —dijo Akritos—. Volver con la bodega vacía es como tirar dinero por la borda.

—Así que no es algo habitual.

—No, señor.

Casio dio la vuelta al documento.

—¿Y por qué no hay una anotación relativa a la hora de salida?

El muchacho, que acababa de despachar al visitante, volvió a la mesa.

—Ah, sí, perdón, señor, es el *Scyros*. Tuvieron un problema con el timón. Tendrían que haber zarpado ayer, pero...

—¿Quieres decir que aún se encuentra aquí?

—Sí, señor —repuso el ayudante—. Creo que su destino es Macedonia. Akritos gruñó.

—¿Qué pasa? —preguntó Casio.

—Es un largo trecho, en un barco tan pequeño y en esta época del año.

—¿Piensas que es mentira?

—O eso, o son más osados que yo.

—Puede que no tengan más opción.

Casio se incorporó y le entregó el documento a Simo.

—Vas a enseñarme ese barco —le dijo al ayudante—. Akritos, quiero que hagas correr la voz. No ha de llevar anclas ningún barco si no es con mi consentimiento expreso. ¿Entendido?

Akritos volvió a calarse el pétaso.

—Señor, necesitarás la autorización del magistrado Nariad para hacer eso.

—Considérala expedida.

Volvían por la calzada de la costa cuando comenzó a caer una leve llovizna. Ahora los acompañaban dos legionarios que se habían unido a Casio. El *Scyros* estaba anclado a bastante distancia, más allá del último almacén, muy cerca de donde el muelle se unía al rompeolas que quedaba al norte.

—Parece que el hombre del tiempo no estaba en lo cierto —le dijo Casio al ayudante.

—Sí, señor. Aunque creo que solo se trata de un chaparrón. Los marineros sí que se fían de él. Gana más que los augures.

—¡Oficial! ¡Oficial Córbulos!

Casio se dio la vuelta y vio un carro cubierto que se aproximaba a toda velocidad. Junto al conductor estaba la diminuta figura de Trogo haciendo aspavientos. Casio y los otros se apartaron en el instante en que el conductor frenaba a los caballos.

—Genial —farfulló Casio cuando vio que, sentada bajo la cubierta de tela, estaba la señorita Annia y una muchacha que supuso que sería su dama de compañía, una chica de facciones dulces y que aparentaba su misma edad. El conductor se apeó para sujetar a los caballos.

—Buenos días, señor.

—Trogo.

Annia había recuperado algo de color comparado con el día anterior pero vestía la misma capa negra.

—Buenos días, oficial Córbulos.



—Buenos días, señorita.

—¿Cómo avanzan las pesquisas?

—Por lo menos ahora parecen avanzar. Tuve un intercambio de opiniones con el magistrado Nariad y ahora está cooperando. Sus hombres están echando una mano a los legionarios para ver si alguien puede darnos alguna pista sobre el asesino. Yo estoy intentando hacerme una idea de sus movimientos.

—¿Y bien?

—Todavía nada. Pero el día es joven aún.

Annia miró por encima del hombro hacia los otros.

—¿Adónde os dirigís ahora?

—A seguir con la investigación.

—¿Os habéis interesado por alguna nave en particular? Sabes que mi padre tenía tratos con África... Podríais buscar barcos provenientes de esa provincia.

—Debo continuar. Si vuelves a la villa, me aseguraré de que se te mantenga informada de mis progresos.

—No, no. No puedo estar esperando todo el día.

—Quizá puedas visitar al gobernador, para asegurarte de que entienda la gravedad de la situación.

Casio pudo advertir en Trogo una mueca avergonzada, pero, mientras la muchacha no se inmiscuyese, le daba igual.

—Quizá —repuso Annia—. ¿Nos veremos más tarde?

—No sé dónde estaré. Pero no te preocupes, te daré un parte completo.

Annia se inclinó un poco e hizo que Casio se acercase.

—Si necesitas dinero, por favor, solo tienes que pedirlo —dijo en un susurro—. Lo que necesites.

En realidad esto era algo en lo que sí podía ser de alguna ayuda. Casio solo disponía de su propio peculio, y no había administradores del ejército en la ciudad a los que acudir en busca de fondos.

—Lo haré. Gracias.

—Te ruego que hagas todo lo que esté en tu mano.

Aunque su actitud poco femenina seguía estando ahí, Casio sintió alivio al comprobar que sus maneras habían mejorado.

—Por supuesto.

El Scyros era una nave ancha y alta, de unos setenta pies de largo. Se había izado la botavara, y la vela principal, de color marrón, estaba recogida como si fuera una gigantesca cortina. Cerca de la popa cuatro marinos se afanaban en reparar la caña del timón, y hablaban una lengua que Casio no logró reconocer. Aparte del hecho de que fueran de piel oscura y pelo negro y de que llevaran largas túnicas sin cinturón, Casio no logró deducir gran cosa atendiendo a su apariencia. Al ver a los recién llegados,

los del barco miraron hacia el embarcadero.

—Vamos a subir —anunció Casio en griego.

Los hombres no dijeron nada, pero observaron con sorpresa cuando Casio ordenó a los legionarios que subieran a bordo. Entre la nave y el embarcadero, a modo de defensas, pendían unos grandes sacos repletos de serrín seco. Los legionarios los sortearon y subieron a cubierta. Cuando Casio y los demás siguieron a los primeros, uno de los marineros habló.

—¿Galo? —preguntó el ayudante.

—No —dijo Simo.

—¿Quién está al mando? —preguntó Casio.

Los marineros lo observaban perplejos.

—¿Dónde... está... vuestro... capitán? —preguntó Casio en latín. No podía entender una palabra de aquella jerga.

—Creo que ha dicho que está aquí —sugirió el ayudante.

—¿Cómo puede ser que hayan venido a Rodas y que no hablen ni una palabra de griego o de latín? Es muy extraño.

Uno de los legionarios se alejó para inspeccionar el resto de la nave.

—Señor, creo que he oído algo en la bodega.

Casio arrastró la mirada desde la sombría trampa hacia el locuaz marinero.

—¿Hay... alguien... ahí... abajo?

El marinero se encogió de hombros y señaló a la trampa. Los otros tres, nerviosos, se miraron entre ellos.

—Vosotros dos, desenvainad —les dijo Casio a los legionarios—. Si hay alguien ahí abajo, quiero que me lo subáis. Vamos, rápido.

—Sí, señor.

El más maduro de los dos abrió camino escaleras abajo, con la hoja apuntando hacia el suelo.

Casio le hizo un gesto con la mano a Indavara para que se acercara y mantuviese vigilados a los marineros; luego llegó a la trampa al tiempo que los legionarios ponían un pie en la bodega.

—Está muy oscuro aquí abajo, señor.

—¿Veis algo?

—No mucho, solo... ¡Eh!

—¿Qué pasa?

Por toda respuesta Casio recibió el sonido de un forcejeo. Estaba a mitad de las escaleras cuando los legionarios emergieron de la oscuridad. Aferraban a un individuo de corta estatura ataviado como los otros marineros.

—Tenemos a otro, señor.

—¿Hablas griego? —preguntó Casio—. ¿Latín?

La respuesta del hombre fue intentar zafarse, pero desistió cuando el más veterano de los legionarios le acercó la espada a la cara.

—¿Quieres un poco de acero, enano de mierda?

—Tú sigue buscando —le dijo Casio al legionario más joven.

—Sí, señor.

—Tráemelo.

Casio se retiró escaleras arriba. Tan pronto como el quinto marinero emergió de la bodega, empezó a farfullarles algo a sus compañeros.

—¡Silencio!

El legionario agarraba al marinero por el cuello de la túnica y le apuntaba a la garganta con la espada.

—¡Centurión! ¡Señor!

Los diez hombres que había en la cubierta del *Scyros* volvieron la mirada al embarcadero. De pie, con una bobina de cuerda al hombro, un hombre de unos cuarenta años de edad los observaba estupefacto.

—¿Puedo preguntar qué ocurre? Soy Mepio Ahala, capitán de esta nave.

—Solo estoy haciendo unas preguntas —dijo Casio con calma, procurando evitar que otra situación tensa se le fuera de las manos—. Ven aquí, haz el favor.

Ahala dejó la bobina en el embarcadero, rebasó las defensas y avanzó hacia Casio. Era un individuo llamativo, de anchos hombros, bien parecido, lucía una delicada barba, y su pelo, grueso, mostraba algunas canas.

—Estoy convencido de que las espadas no son necesarias —dijo en latín.

—Seré yo quien decida eso —repuso Casio—. ¿Hay alguien más a bordo?

Ahala intercambió unas palabras con su tripulación en aquella lengua extraña.

—No. Hay seis tripulantes más, pero han ido a por agua.

—¿Por qué no habla ninguno de ellos latín o griego?

—¿Por qué iban a hacerlo? Los recluto en mi tierra, no lejos de Barcino.

—Ah —dijo Casio—. Hispanos.

—Aquitanos, más bien.

—Deberíais haber zarpado ayer, ¿no es así?

—Así es. Hemos tenido algún problema con el timón.

—¿A dónde os dirigís?

A pesar de que Casio le bombardeara con preguntas, Ahala no mostraba signos de preocupación.

—A Demetrias, en Macedonia. Es un viaje largo.

—Y peligroso en esta época del año.

Ahala se encogió de hombros.

—Lo he hecho en otras ocasiones. Simplemente es cuestión de ir saltando de una isla a otra y luego por la costa en etapas.

—¿Por qué está vuestra bodega vacía?

—Lo más probable es que nos encontremos con mal tiempo en algún punto, así que es mejor que no vayamos demasiado cargados.

—Eso es una puta mentira, señor —intervino el legionario veterano—. Estos

capitanes acumulan en las bodegas todo lo que pueden para hacer negocio.

—Habla un marino experimentado, ¿no, soldado? —preguntó Ahala.

—Cuidado con lo que sueltas por esa boca —repuso el legionario.

—Ya he ganado suficiente con este viaje —explicó el capitán—. Algo que no serviría de mucho si nos fuéramos a pique en nuestro viaje de vuelta a casa.

—¡Señor, tengo algo! —gritó el otro legionario que aún estaba en la bodega. Subió las escaleras pesadamente llevando a cuestas un saco, anudado con un cordel, que parecía pesado.

—¿No dijiste algo sobre un saco, señor? He encontrado esto cerca de donde estaba el marinero.

Casio y los demás se quedaron mirando al capitán. De repente este se echó a reír.

—¿Hay algo que le resulte gracioso? —preguntó Casio.

Ahala se llevó la mano a la daga curva que llevaba al cinto.

—¿Me permites?

—Señor... —quiso alertar el legionario.

Casio examinó la cara del capitán y tomó una decisión con presteza.

—Adelante.

—Encontraréis otros ciento cuarenta y nueve como este si seguís buscando.

Ahala clavó la daga en el saco y luego la retiró. Un chorro de arena comenzó a manar sobre la cubierta. El capitán volvió a envainar la daga.

—Lastre.

Casio miró a los tripulantes.

—¿Dónde estaban tus hombres anteanoche?

—Aquí. Durmiendo.

—¿Estás seguro?

—Totalmente. Me acuesto junto a la trampilla para que ninguno de ellos se escabulla a la ciudad a beber.

—Muy bien. Una cosa más: haz que tus hombres se pongan en línea.

Mientras Ahala daba la orden, Casio dirigió a los legionarios al embarcadero.

—Idos. Aquí hemos terminado.

El legionario que había tenido el encontronazo con Ahala negó con la cabeza.

—¿Lo vas a dejar así, señor?

—No se te paga para tomar decisiones, legionario. Abandona el barco.

—¿Debería traducir? —preguntó Ahala, que ahora se encontraba con sus hombres.

—Sí —repuso Casio al tiempo que sacaba una moneda de la bolsa que llevaba colgada del cinturón—. Diles que cojan esto con una mano.

—Como quieras —repuso el capitán, desconcertado.

Casio pasó por delante de la línea de marineros. Cuatro de ellos cogieron la moneda limpiamente; al último se le cayó, pero todos tenían algo en común.

—Son diestros —dijo Indavara—. ¿Pero qué hay de los marineros que faltan?

Casio negó con la cabeza.

—Estamos perdiendo el tiempo. Esto me pasa por precipitarme y sacar conclusiones erróneas. ¿Por qué iba a hacerse pasar el asesino por un miembro de la tripulación? Ni siquiera podría decidir el momento de su huida. No, busquemos a un hombre que trabaja solo. Vamos.

Casio no tenía la costumbre de disculparse, pero el capitán había mostrado buena disposición a lo largo de todo el episodio.

—Disculpa la intrusión —dijo cuando estuvo a la altura de Ahala.

—No hay nada que disculpar, oficial —dijo Ahala con una sonrisa—. Siempre es un placer ser de utilidad a los oficiales imperiales.

—Seguro que sí.

Casio fue el último en abandonar la nave. Cuando volvían a la ciudad, el mismo carro cubierto volvió a aparecer en la calzada, adelantando a una carreta que se movía con lentitud y dirigiéndose a toda velocidad hacia ellos rebasando los almacenes.

—Dioses... —dijo Casio—. ¿Qué pasa ahora?

Los dos legionarios rieron cuando el carro se detuvo. El optio Clemente venía apretujado entre las dos mujeres.

Annia saludó a Casio.

—Oficial, este hombre te buscaba, así que pensé en acercarlo.

—Muy atento por tu parte, señorita —dijo el optio. Su cara estaba roja.

—¡Ja, ja! ¡La señorita Clementa saliendo a dar un paseo! —gritó el legionario más joven. El más veterano ya estaba soltando una carcajada.

Casio le dio un golpe en el hombro al impertinente soldado, quien de súbito recuperó la compostura.

—Cierra la boca, imbécil —le dijo a bocajarro antes de volverse a Clemente—. ¿Qué ocurre?

—Uno de los hombres tiene una descripción. Parece correcta. Anteayer. Un hombre bajo, con capucha y un saco.

—¿Dónde?

—Salía de la oficina de un mercader.

—¿Quién lo vio?

—Un zapatero que tiene un puesto justo enfrente. —Clemente esbozó una sonrisa—. Se percató de las botas.

## VI

Un cuarto de hora más tarde, un buen número de personas se arracimaban alrededor de la oficina del mercader: Clemente y cuatro legionarios, tres de los guardias de la ciudad, el capitán del puerto, la señorita Annia y su séquito, así como media docena de curiosos.

Casio, que esperaba ansioso mientras el mercader revisaba sus tablillas de cera, miró hacia Annia. Estaba sola, en el carruaje, y observaba el mar sin importarle, o eso parecía, que la fuerte brisa le castigara la cara o que los mechones de pelo le fustigaran el cuello.

El mercader se llamaba Sudreno; era un griego de aspecto acomodado que no tenía pinta de estar acostumbrado a las labores administrativas. Sus dos empleados estaban aquejados de toses, así que era él quien estaba gestionando los asuntos de la oficina. Su familia dirigía una pequeña flota de mercantes de mediano tamaño, de la que era propietaria, que recorría las rutas del Mediterráneo oriental. El mercader miró hacia la calle.

—¿Es necesario que estén todos ahí? No es bueno para el negocio.

—Cuanta más prisa te des, antes se irán —dijo Casio—. El testigo tiene claro que vio al sospechoso salir de aquí hace dos días.

—Sí, sí. Tan solo tengo que encontrar la tablilla correcta.

Aunque solo le hubiera costado quince denarios (diez para el legionario y cinco para el zapatero), Casio estaba convencido de que la identificación era auténtica. El zapatero había descrito un par de botas nuevas con tachuelas y cordones delanteros, que eran las que llevaban legionarios y oficiales a lo largo y ancho del Imperio.

—Como las tuyas, señor. Solo que nuevas —había dicho.

Aquellas botas eran caras, y estaba claro que habrían llamado la atención en contraste con el resto del atuendo del asesino. Por desgracia, el zapatero se había quedado tan embelesado con las botas del sospechoso que no se acordaba de nada más, aunque confirmó que no era un hombre alto.

—Aquí está —dijo Sudreno dando golpecitos a una tablilla—. Solo atracó el *Lebadea* ese día. Llegó desde Pafos por la mañana y zarpó rumbo a Halicarnaso por la tarde.

—Continúa.

Casio estaba sentado al otro lado del gran escritorio de mármol de Sudreno, en ángulo recto con respecto a la puerta. Simo e Indavara aguardaban de pie tras él. Lo único que aquella oficina bien amueblada tenía en común con la del capitán del puerto eran las placas de bronce que decoraban las paredes. El suelo embaldosado estaba cubierto de gruesos tapices orientales, y al fondo de la estancia había dos pequeñas estatuas, una de Zeus y otra de Poseidón, erguidas sobre pequeñas

columnas.

—El cargamento: arcilla roja y... ¿qué es esto? ¡Ah, sí, trigo! Ese cretino de Herma..., casi no entiendo su letra.

—La carga carece de importancia —repuso Casio, cortante—. ¿Pasajeros?

—Sí. Pagaron tres hombres. —El griego miró hacia arriba—. Insisto en que se lleve un registro, para evitar que los capitanes pacten mordidas.

—¿Y bien?

—Primero un tal Cario Asina. Con esposa y familia. Pagado y firmado.

—¿Sabes el nombre?

—No, lo lamento.

Sin darse la vuelta, Casio señaló a la puerta.

—Simo, ve y diles el nombre Cario Asina a los de fuera. Puede que alguien lo conozca. ¿Luego, Sudreno?

—No es un nombre. Solo una inicial: D. No hay firma.

Casio se inclinó sobre la mesa y miró la D.

—Podría ser nuestro hombre. ¿Quién dices que estaba en la oficina ese día?

—Herma.

—¿Dónde vive?

—No tengo ni idea.

—¿Cómo? ¿Uno de tus empleados?

Sudreno se encogió de hombros.

—¿Y a mí qué me importa dónde viva?

—Disculpa, señor —dijo Simo desde la puerta. Consciente de que el galo no lo molestaría si no había una buena razón para ello, Casio se incorporó y fue hacia él. Todos los ojos se posaron en Casio cuando el optio Clemente se le acercó.

—Señor, Cario Asino es miembro de la asamblea de Rodas. De familia de abolengo. Posee muchas tierras alrededor de Hippoteia.

—¿Dónde está eso? ¿Cerca?

—No, señor. En medio de la isla.

Casio oyó una maldición surgir de la oficina. Sudreno golpeó la mesa.

—¡Maldito Herma! ¡Maldito gusano inútil!

—¿Algún problema? —preguntó Casio cuando volvió a entrar.

—El tercer pasajero era Druso Viator. Les ordené de forma expresa a mis empleados que no permitiesen que ese hombre viajase a bordo de nuestras naves.

—¿Por qué?

—Porque a principios de año fue acusado de robo y de evasión de impuestos por los magistrados del municipio.

Casio sonrió y volvió a la puerta a toda prisa. Hizo un gesto a los vigiles de la ciudad para que se aproximasen.

—¿Alguno de vosotros conoce a un hombre llamado Druso Viator? Un ladrón, por lo visto.

Dos de los vigiles negaron con la cabeza. El tercero alzó la voz.

—Yo estaba entre los que lo detuvieron. Tuvimos que perseguirlo por el Gran Puerto.

Annia se había apeado del carruaje y escuchaba la conversación atentamente.

—Ese hombre... —dijo—. ¿Fue él?

—No lo creo —repuso Casio—. Pero hubo otro pasajero que no dejó su nombre, y este tal Viator puede haberlo visto. Si hizo con él todo el camino desde Pafos, puede que hayan hablado.

Se volvió hacia el guarda.

—¿Sabes dónde vive Viator?

—Sí, señor. En una pequeña casa no muy lejos del Helios.

—¿Dónde queda eso?

—Se refiere a la estatua de Helios —dijo Annia con impaciencia.

Casio resistió la tentación de mandarla de vuelta al carruaje.

—Bien —le dijo al guardia—. Nos llevarás allí de inmediato. Clemente, necesito que averigües todo lo que puedas sobre ese tal Asina, puede que haya vuelto a casa nada más desembarcar. Si él o cualquiera de sus familiares siguen por aquí, necesitaré hablar con ellos cuanto antes. Di al resto de tus hombres que sigan buscando. Que tengamos una pista no significa que no pueda haber otras. Y sabemos algo más: puede que el nombre del individuo empiece por D. También necesitaré a un par de tus legionarios.

—Sí, señor.

Clemente se llevó a dos legionarios y desapareció calle arriba. Casio hizo que los otros dos entraran en la oficina.

Sudreno levantó la mirada.

—Estos hombres van a encontrar a tu esclavo —dijo Casio—. Ayúdalos en lo que puedas. Debo verlo.

—Muy bien —repuso el griego, farto de energía.

—Lo cogéis y me lo traéis —les dijo Casio a los legionarios—. Me trae sin cuidado que tengáis que arrastrarlo desde su camastro.

Una vez fuera, se encontró a Annia interrogando al guardia sobre Druso Viator. Casio alzó la mano antes de que el hombre pudiera responder.

—Esto no es asunto tuyo. Ya te he pedido que dejes este tema en mis manos.

Annia gesticuló para que el carruaje se acercase.

—Por favor, oficial. Podemos llevarlo al Helios en un suspiro.

Casio miró alrededor. Tanto Simo como Indavara, así como los vigiles, Trogo, el conductor del carruaje y la dama de Annia estaban ahí de pie, atentos a la conversación.

—Dadnos un momento —dijo Casio, irritado. Mientras los demás se apartaban, Annia, de brazos cruzados, le dirigió una profunda mirada. A Casio le hubiera encantado abofetearla, pero se contentó con inclinarse y susurrarle al oído con tono



de urgencia.

—No estoy por ir a capturar a un conocido criminal llegando a su casa en un carruaje con dos mujeres a mi lado. Ya va siendo hora de que conozcas tu lugar y de que te mantengas apartada de mi camino.

Annia suspiró a la vez que él y sustituyó el tono de urgencia por uno desafiante.

—Oficial, no eres quién para decirme cuál es mi lugar. El único hombre que podía hacer eso está muerto.

Casio se tensó y respiró hondo. Aquella muchacha resultaba exasperante.

—Te lo voy a pedir de nuevo: ¿podrías dejarme desempeñar mi trabajo?

Annia se tomó su tiempo para responder.

—Muy bien.

Señaló a Trogo. Este, el conductor y la dama de compañía volvieron a subir al carruaje.

—Pero quiero saber algo —añadió Annia—. Es posible que el asesino haya abandonado la isla, ¿cierto?

—Ayer zarparon unas cuantas naves. Debemos establecer si viajaba en alguna de ellas.

—Y, de ser así..., ¿confiscarás un navío e irás tras él?

—Es una posibilidad, sí. También puede que busquemos la colaboración de la marina.

—Entiendo. Te pido disculpas por haberme entrometido, oficial. Saber cuál es mi lugar no es uno de mis dones.

Aquel destello de humildad sorprendió a Casio. Acompañó a Annia los pocos pasos que los separaban del carruaje y le ofreció la mano para que subiese.

El conductor esperó a que lo adelantase un jinete que llegaba del puerto, luego se incorporó al camino y lo siguió. Viendo cómo el carruaje se alejaba, Casio miró a Indavara y puso los ojos en blanco.

—Mujeres, ¿eh, señor? —dijo uno de los jóvenes vigiles. Casio sabía que debía afearle la conducta por su insolencia, pero no pudo evitar responder.

—Las muchachas son peores.

Agazapados en la parte trasera de una carreta repleta de fardos de junco seco, Casio, Indavara, Simo y los tres vigiles observaban la casa de Druso Viator, que se encontraba al otro lado de la calzada. Estaba situada en una zona principalmente residencial, en una de las cuestas que daban al Pequeño Puerto. Era la tercera de tres viviendas idénticas, apretujadas entre una panadería que se encontraba a la izquierda y la fila de árboles de un santuario a la derecha. Las columnas que flanqueaban la entrada resultaban demasiado majestuosas para un edificio modesto que no debía de tener más de tres o cuatro habitaciones.

—¿Seguro que es esa? —preguntó Casio.

—Sin duda alguna, señor —repuso Áuspex, el guarda que había arrestado a Viator en otra ocasión—. Trató de escapar por la puerta trasera cuando nuestros hombres aporrearón la puerta.

—Indavara, ¿recuerdas la factoría de cristal de Antioquía?

El guardaespaldas se apuntó a una pequeña cicatriz que tenía en el cuello.

—Ajá —asintió Casio.

—Iré por detrás —dijo Indavara, que siempre se volvía más locuaz y animado cuando presentía algo de acción.

—No te excedas, solo necesitamos hablar con ese hombre. Áuspex, ve con él. Tomad precauciones para que no os vea, pero estad listos para actuar.

—Tú también —dijo Indavara al irse tranquilamente calzada arriba.

Cuando estaban lo suficientemente alejados de la vivienda cruzaron con presteza al otro lado y desaparecieron por detrás del santuario.

—Escuchadme —dijo Casio a los otros vigiles mientras se retiraba el tahalí—. Vosotros dos estad preparados también, pero manteneos ocultos.

Casio hubiera preferido enviar a aquellos dos, pero sus maneras hoscas, los cortes de pelo idénticos y su corpulencia resultaban reveladores; era mejor no asustar a aquel tipo, máxime si era propenso a la huida. Le dio el tahalí a uno de los vigiles.

—Simo, dale también mi casco y el morral. Vienes conmigo.

Simo entregaba ambas cosas cuando Casio, que observaba el cinto del galo, chascó la lengua.

—¿Cuántas veces te he dicho lo de llevar una daga? ¿Me desobedeces?

—Sencillamente no necesito un arma, señor.

—Suerte la tuya.

Casio se volvió a los vigiles para dedicarles unas últimas palabras.

—Si la cosa se lía, sed rápidos.

Se ajustó la capa de color crema alrededor del cuello. Aún podía apreciarse su túnica, pero el rojo no era un color reservado exclusivamente al ejército, así que supuso que Viator lo vería como un descarado toque de estilo.

—Vamos, Simo.

Casio cruzó la calzada y subió al bordillo. Se crispó al notar cómo el sudor se le acumulaba bajo las axilas.

Incrustado en la puerta de madera de la vivienda había un caro cerrojo de hierro. Junto a él, una cadena unida a una campana. Casio tiró y la puerta se abrió con sorprendente rapidez. Ahí de pie había un muchacho de unos diez años que empuñaba una escoba más grande que él.

—¿Vive aquí Viator?

—¿Quién pregunta?

Lo único que evitó que Casio le diera un tortazo en toda la oreja al muchacho fue la aparición de un hombre tras él.

—Sigue con lo tuyo.

El muchacho se retiró y el hombre empujó un poco la puerta para que quedase solo ligeramente entreabierta. Debía de rondar la treintena, era delgado y nervudo y llevaba el pelo, largo y grasiento, recogido en una coleta. Le dedicó a Simo una fugaz mirada para luego detenerse un buen rato en Casio.

—¿Druso Viator? —preguntó Casio con la sonrisa más amigable que pudo esbozar.

—Imagino que ya lo sabes, puesto que estás delante de mi puerta —repuso Viator con el ceño fruncido—. Vamos al grano. ¿Quién eres?

—Me llamo Casio Córbulu. Trabajo para...

Viator miró por encima del hombro de Casio y luego le cerró la puerta en las narices.

Casio se dio la vuelta. Uno de los vigiles, demasiado impaciente, estaba junto al carro, claramente visible. Se encogió de hombros.

—¡Idiota!

Viator gritó desde dentro.

—¿Dónde está la llave?

Casio cogió el pasador, y lo levantó; apoyó todo su peso sobre la puerta. Esta se abrió seis pulgadas.

—Empuja conmigo, Simo.

Sobreponiéndose a la sorpresa inicial, el galo se abalanzó sobre la puerta. Casio hizo un gesto a los vigiles para que acudieran. Viator se estrelló contra la puerta y consiguió bajar el pasador.

—¡Mierda!

Casio intentó empujar el pasador y volver a levantarlo.

—Maldita sea, Simo, empuja más fuerte.

Los vigiles llegaron y rápidamente tomaron el relevo: uno de ellos golpeaba el pasador con su garrote; el otro empotraba el hombro contra la madera. Cuando de pronto la puerta quedó un poco entreabierta, este último metió el pie en el hueco.

—Lo tengo.

Casio se retiró sintiéndose, de repente, algo inútil. No había forma de ver nada de lo ocurría en la vivienda: las dos ventanas que daban a la calle estaban cerradas con postigos. Simo recogió la capa de Casio, que había caído al suelo.

—Iré a coger el resto de tu equipo, señor —dijo el galo señalando al otro lado de la calzada.

—¡Diles a los otros que vayan por detrás, señor! —gritó uno de los vigiles con la cara congestionada por el esfuerzo de empujar contra la puerta.

Casio pasó a la carrera junto a la media docena de curiosos que ya se paraban a presenciar el forcejeo junto al santuario. A pesar de que la pared que lo delimitaba solo llegaba hasta la rodilla, había plantadas al otro lado, muy juntas, unas filas de coníferas. Casio llegó a la esquina y torció a la izquierda. El santuario daba a una placita donde había algún pequeño tenderete y una fuente. Acababa de pasar por

debajo del arco de la entrada cuando uno de los vigiles gritó:

—¡Estamos dentro!

Casio se detuvo, sin saber si seguir adelante o volver.

—¿Dónde está? —dijo otra voz.

—¡Allí! ¡La ventana!

Casio apretó el paso hasta la esquina y se fijó en la calle que discurría por detrás de las viviendas; estaba vacía, salvo por una mula que se encontraba atada en la parte trasera de la panadería.

—¿Indavara?

No hubo respuesta. Casio gritó más alto. Por culpa de la herida en la oreja, Indavara no siempre oía bien. Seguía sin haber respuesta.

Pero entonces le llegó el sonido de unas sandalias sobre la piedra. Casio se dio media vuelta y vio a Viator salir corriendo del santuario hacia la plaza.

—Ha salido por un lado..., claro —susurró—. Mierda.

Se abrochó el cinturón aún más y salió corriendo tras él.

—¡Aquí! —gritó por encima del hombro mientras corría—. ¡Está aquí!

Casio todavía levaba la daga colgada del cinturón, y se sintió aliviado al ver que el ladrón no llevaba un arma encima. También tenía la ventaja de llevar puestas las botas fuertes, desgastadas, hechas a sus pies y, aunque, a juzgar por las zancadas de Viator, no iba a ser fácil darle caza, las sandalias lo retrasarían.

Tras sortear los atestados tenderetes, Casio llegó a la fuente. En ese mismo instante Viator se metía por un estrecho callejón entre dos bloques de *insulae*. Momentos antes de adentrarse en él, Casio volvió la mirada a la plaza. Pudo ver dos siluetas saliendo del santuario, pero no supo distinguir quiénes eran.

El eco de voces provenientes de las ventanas resonaba en el callejón. Viator, cuyos brazos y piernas no cesaban de moverse, ni siquiera había mirado atrás. Satisfecho por haber comprobado sus botas antes de acercarse a la vivienda, Casio empezó a apretar el paso.

Viator esquivó a un chucho que estaba durmiendo. El perro se despertó, se alzó sobre las patas y lo persiguió; luego se dio por vencido. Seguía ladrando cuando Casio saltó por encima de él golpeándole la oreja. El pie que llevaba adelantado aterrizó sobre el suelo húmedo justo debajo de un desagüe, y el resbalón hizo que se detuviese, a punto de perder el equilibrio. Temió que, de un momento a otro, notaría los incisivos del cánido hundiéndosele en la pierna. Sintió alivio al reanudar la carrera sin un rasguño.

Otro callejón perpendicular entre otras dos *insulae*. En algún lugar alguien maldecía en griego. Más obstáculos: leña podrida apilada a la derecha, una línea de braseros roñosos, algunos de los cuales estaban en medio de la calle. Concentrado como estaba en su carrera, Casio saltó por encima del último brasero y miró hacia delante. Viator había llegado a la siguiente calle, y se enfrentaba a otro obstáculo.

Dos hombres principales eran portados en sendas literas por una calle que subía

de derecha a izquierda. Viator se puso de lado mientras corría, intentando escurrirse entre ambas literas. El hombre togado que ocupaba una de estas maldijo al ladrón cuando este pisó primero un charco más profundo de lo que aparentaba salpicándolo todo y luego se empotró contra los dos portadores de la parte trasera. A pesar del impacto, ambos mantuvieron asida la litera y su señor no acabó en el suelo.

A Viator no le fue tan bien. Rebotó contra aquellos hombres robustos e hizo piruetas hasta llegar a los esclavos que llevaban la segunda litera por delante. Uno de ellos, un africano gigante, con los brazos tan grandes como las piernas de Viator, decidió anticiparse. Le dio un empujón en el hombro que lo envió derecho al otro lado del callejón. Viator por fin perdió todo equilibrio y cayó.

Los ocupantes de las literas, ahora detenidas, no parecían contentos.

—¡Esto es una vergüenza!

—¡¿Dónde están los vigiles cuando se los necesita?!

Casio llegó al final del callejón. El ceño fruncido del caballero que iba en la primera litera pronto se convirtió en una sonrisa.

—¡Oh! Buenos días, oficial...

—Córbulo. Buenos días, Cayo Vilsonio —dijo Casio al reconocer al servicial miembro de la asamblea que le había dado la bienvenida al llegar al Gran Puerto.

El ceño de Vilsonio volvió a fruncirse cuando Casio se tiró al suelo. A medida que sus manos se deslizaban sobre los adoquines húmedos y mugrientos, Casio vio que Viator volvía a incorporarse y, de nuevo, emprendía la carrera. Se arrastró por debajo de la litera, dio un respingo y salió tras él.

—¡Espero que lo cojas! —gritó Vilsonio.

El siguiente callejón era más ancho y, en la distancia, podían apreciarse las grandes piernas de bronce del cuerpo caído del Helios. Algo más cerca, al final del callejón, podía apreciarse a una multitud apelotonada que se dirigía colina arriba.

—¡Cuidado! —gritó otro hombre togado para que su séquito se dividiera y dejara paso a Casio.

—¡Perdón!

Veinte pasos más allá, Viator había llegado hasta la muchedumbre. Había hombres, mujeres y niños, al menos trescientos o cuatrocientos, todos llevaban capas azules sobre sus ropas y todos portaban botellas o jarras con las dos manos. Viator se apretujó para adentrarse en aquella masa de cuerpos. Los devotos recitaban un canto después de cada golpe de tambor:

—Loado sea Poseidón, el que mueve los mares, dios de las profundidades.

Casio miró por encima de las cabezas y consiguió ver la larga cabellera de Viator.

—¡Detened a ese hombre!

Hubo un par de miradas curiosas, pero los devotos estaban más interesados en no derramar sus libaciones. Casio miró hacia la izquierda y vio que todo el mundo confluía en el arco de entrada de un templo de altos muros.

—¡He dicho que lo detengáis! Soy un...

Casio tardó en darse cuenta de que no era más que un hombre vestido con una túnica roja, sin espada ni casco que pudieran dar a entender que era un oficial del ejército.

—Loado sea Poseidón, el que mueve los mares, dios de las profundidades.

Aunque hablaban suavemente y con lentitud, la unión de cientos de voces provocaba un auténtico estruendo.

Gracias a su altura, Casio podía seguirle el rastro a Viator, que ya había recorrido un tercio de aquella masa humana. Un sacerdote que portaba un báculo observaba al ladrón, pero animaba a los devotos a que prosiguieran con su canto.

—Loado sea Poseidón, el que mueve los mares, dios de las profundidades.

—Perdón —dijo Casio al pasar por delante de una chiquilla.

Avanzó de nuevo y entonces se encontró en medio de un grupo de jóvenes de aspecto rudo. Sin decir una palabra, y sin derramar ni una gota de sus libaciones, le hicieron notar su indignación empujándolo hacia delante a golpe de hombro.

—Lo siento mucho, pero debo...

Un codazo en las costillas lo acalló. Levantó los brazos e intentó escurrirse, pero aquella marea humana acabó por arrastrarlo. Un empujón en la espalda lo hizo girar hacia el templo. Pasaron unos instantes hasta que consiguió darse la vuelta lo suficiente como para ver de nuevo a Viator.

De alguna manera, el ladrón se había abierto camino y ya casi estaba al otro lado de la muchedumbre.

Indavara se detuvo al otro lado del callejón. Casio sobresalía en aquella multitud debido a su esbelta figura y su pelo castaño, aunque pronto lo perdió de vista entre los devotos, que seguían caminando colina arriba.

Los tres vigiles llegaron a la vez.

—Podemos dar un rodeo —dijo Áuspex con la respiración entrecortada.

—Vosotros dos, por allí —dijo Indavara señalando a la derecha, colina abajo.

Áuspex y él corrieron hacia la izquierda, sobrepasando sin dificultad las literas de Cayo Vilsonio y de su amigo.

—Demasiado tarde, como siempre.

Indavara aceleró el paso para adelantar a una fila de aguadores que empezaban a salir de una puerta.

—¡La siguiente a la derecha! —gritó Áuspex.

Indavara dobló la esquina y se encontró en una callejuela estrecha que daba a otro acceso que llevaba al complejo del templo. Más allá de una puerta de hierro se veían las brillantes columnas y las imponentes paredes del edificio. La puerta estaba abierta y a cada lado de ella había un sacerdote, uno joven y otro viejo, que vestían largas túnicas.

—¡Voy! —gritó Indavara.

Para su sorpresa, los sacerdotes se juntaron con la intención de cortarle el paso. Pudo detenerse a tiempo, y Áuspex a punto estuvo de empotrarse contra él. Indavara se volvió hacia el joven vigil.

—Díselo.

—Esto..., en nombre del magistrado, debéis dejarnos pasar, estamos persiguiendo a un criminal.

—Solo aquellos que han sido purificados pueden cruzar estas puertas —dijo el más viejo de los sacerdotes.

—¿Que qué? —dijo Indavara.

—Quiere decir sacerdotes —aclaró Áuspex—. Quizá deberíamos buscar otra forma de entrar.

—Ni lo sueñes.

Indavara se plantó ante los sacerdotes. El joven se hizo a un lado para dejarlo pasar; sin embargo, el viejo se mantuvo firme y lo agarró del brazo.

—No puedes entrar por esta puerta.

—No pienso hacer nada malo —repuso Indavara—. Solo quiero pasar. Suéltame, viejo idiota.

—Esto es intolerable. —El sacerdote de pelo cano se volvió hacia el vigil—. Haz algo, imbécil.

Áuspex se encogió de hombros.

—Suéltame o te daré una patada —dijo Indavara.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—¿Cómo osas amenazar a un purificado?!

En vez de soltarlo, el sacerdote lo agarró de los brazos y lo zarandeó.

—¡No eres puro! ¡No puedes pasar!

Indavara le pegó un puntapié en la espinilla, justo debajo de la rodilla. No muy fuerte. Solo lo justo.

Soltando un agudo aullido, el viejo se tambaleó hacia atrás. El joven se apresuró a ayudarlo mientras Áuspex observaba la escena con la boca abierta.

—No puedes decir que no te haya advertido —dijo Indavara al tiempo que entraba.

—¡La furia de Poseidón te perseguirá! —bramó el sacerdote—. ¡Poseidón! ¡Poseidón!

—Nunca he oído hablar de él —balbució Indavara.

La muchedumbre se fue deteniendo a medida que los que iban en cabeza alcanzaban la puerta principal. Dolorido y magullado, Casio se abrió paso a través de una familia y un grupo de ancianas y llegó hasta la relativa seguridad de un pedestal sin estatua que había a la derecha de la puerta. Con la espalda contra el mármol, se deslizó de

lado hacia su izquierda hasta que al fin pudo verse libre del tumulto de devotos.

Suponiendo que Viator haría tiempo que habría escapado, se tomó un momento para ubicarse y coger aire. Oyó una voz en extremo refinada y, a la par, extremadamente alta.

—¡Es él! ¡Es él! ¡Casi me tira!

Casio volvió la vista y vio a Viator forcejeando para librarse de un joven con la cara enrojecida que lo aferraba del brazo.

—¡No lo sueltes, Gavros! ¡Iré a buscar a un vigil! —gritó el viejo que se encontraba junto a ambos. Él también vestía una capa azul y portaba sus libaciones.

Casio corrió hacia ellos.

Después de recorrer a toda velocidad el costado del templo, Indavara se detuvo ante la escalinata que llevaba a una entrada cavernosa. A su derecha, justo enfrente de la escalinata, estaba la puerta principal, donde una docena de sacerdotes alineaba a los fieles. Al otro lado del templo se hallaban los jardines, un amplio espacio poblado de arbustos de vivos colores y árboles exuberantes. Los sacerdotes, demasiado ocupados, no percibieron su presencia, e Indavara corrió dejando el templo a un lado con intención de buscar una salida. Tanto los jardines como el resto del complejo estaban cercados por un muro de ladrillo rojo de unos veinte pies de alto. A la derecha, una docena de artesanos, algunos a ras de suelo, otros encaramados a unas escalas, se encontraban trabajando rellenando los huecos que había en el cemento. Se aproximó a dos de ellos.

—No creo que debas estar aquí, amigo —dijo uno de ellos.

—¿Cómo se llega al otro lado de este muro?

—Por aquí no se puede. Hoy solo se abren la puerta principal y la de los sacerdotes.

El segundo miró a Indavara con suspicacia, más aún a la espada que pendía del tahalí y la vara que llevaba colgada a la espalda.

—¿Qué haces aquí?

Indavara volvió a mirar al templo y vio a cuatro sacerdotes más bajando por la escalinata.

—Esto... Soy de la oficina del magistrado. Inspector jefe de... escalas. Creo que empezaré por aquí.

Para cuando el suspicaz albañil respondió, ya estaba encaramado al tercer peldaño.

—¿Qué haces?

—Probándola. Aguántamela, por favor. Sí, por ahora bien.

Avergonzado de sus propias palabras, Indavara siguió trepando. El resto de los albañiles habían detenido sus labores para observarlo. Estaba a mitad de camino cuando oyó gritos a su derecha. Los dos sacerdotes de la puerta lateral hacían su



aparición y llamaban a los correligionarios que salían del templo. El sacerdote viejo se detuvo un momento para frotarse la espinilla y vio a Indavara. Como si se hubiera olvidado de su herida, y con asombrosa velocidad, se arremangó las ropas y salió corriendo al tiempo que gritaba.

Indavara aceleró. Se le clavó un trozo de uña en el dedo gordo del pie derecho, pero siguió adelante. Faltaban ocho peldaños. Intentaba ignorar los gritos que venían de abajo; miró hacia arriba. Cinco peldaños. Cuatro.

Un repentino impacto, un chirrido y la escala se deslizó dos pies pared abajo. Indavara perdió el equilibrio, pero logró agarrarse. Luego la escala se deslizó a la derecha, y solo cuando apoyó la bota en la pared consiguió que la escala no cayera. Miró hacia abajo. Ahí estaba el viejo sacerdote, sacudiendo la escala todo lo que podía.

—¡Maldito viejo!

Volvió a mirar hacia arriba. La parte superior de la escala estaba a tres pies de lo alto del muro. Trepó, afianzó una bota en el penúltimo peldaño, la otra en el último y saltó hacia arriba. Cuando sus brazos impactaron contra los ladrillos, una paloma asustada echó a volar soltando una ráfaga de plumas y mierda, la mayoría de lo cual acabó depositándose en las manos de Indavara. Se aupó, apoyó una rodilla en el canto y subió a lo alto del muro. Se dio la vuelta justo a tiempo de ver cómo la escala se venía abajo y se estrellaba contra el suelo. No le acertó a uno de los albañiles por poco. Después de limpiarse las manos con la túnica, saludó al sacerdote.

El viejo lo amenazó mostrándole el puño.

Casio solo estaba a unos pasos cuando Viator, desesperado, le incrustó el codo a su captor en la cara. El ladrón echó a correr y el joven dio un paso atrás, la sangre empezaba a manar de su nariz. Cuando Casio pasó a su lado, el anciano caballero ya estaba reprendiendo a su ayudante.

Se puso de nuevo a la carrera, por debajo de un gran arco decorado con escenas de antiguas batallas y hacia un camino de gravilla que descendía en dirección a la zona cubierta de hierba frente al Helios. A lo largo del camino se encontraban los artistas, que mostraban sus trabajos sobre los caballetes a un puñado de viajeros que curioseaban. También había un grupo de chiquillos bien vestidos que, sentados junto a la cadena que rodeaba al coloso, hacían bosquejos de los pies del dios.

Corriendo colina abajo, Casio miró más allá del Helios y soltó una maldición. Al final del camino, a unos cien pasos, había lo que parecía ser un mercado de telas. Había montones de personas entre tenderetes atestados y tejidos colgando. Si Viator llegaba hasta allí, nunca daría con él, máxime cuando ni Indavara ni los inútiles de los vigiles habían conseguido alcanzarlos.

Casio aceleró el paso.

Durante unos instantes Indavara no había hecho más que admirarse ante las proporciones de ambas secciones de la colosal estatua. La cabeza del Helios, que medía lo que una carreta, yacía a su izquierda; las orejas y los mechones de pelo se veían asombrosamente trabajados en el bronce. El hombro estaba un poco por debajo del nivel del muro, mientras que las rodillas, en la sección que se mantenía en pie, debían de estar a unos veinte pies por encima. Las vastas porciones de metal parecían más oscuras de cerca, como si fueran de madera pulida.

—¡Eh! ¿Qué haces ahí arriba?

También había albañiles trabajando al otro lado del muro, y el más cercano estaba a mitad de camino sobre una escala, a la izquierda de Indavara. Cerca había también una escala libre.

Gritos desde abajo. Vio a Viator apartando a los viajeros antes de desaparecer tras el gran pedestal que servía de apoyo a las piernas de la estatua. Indavara quedó sorprendido al ver que Casio no se encontraba muy lejos del ladrón.

—Al menos puede correr.

Más allá, Indavara pudo ver el mercado de telas, y llegó a la misma conclusión que Casio. Se arrastró por lo alto del muro hasta llegar a la escala. Después de valorar ángulos y distancias, se dio la vuelta y descendió por ella.

—¡Bájate de ahí! —gritó el albañil.

Indavara dudó; sabía que aquello era el resultado de la vida acomodada que llevaba últimamente, pero enseguida recordó un incidente en Antioquía: un salto al vacío desde una altura dos veces aquella.

Dobló el cuello y echó un vistazo a Viator, que seguía corriendo.

*Tengo que hacerlo.*

Aferrado a los lados de la escala, reposó su pie derecho contra el muro y tomó impulso.

Casio pensó que ganaba terreno.

Viator había perdido una sandalia, pero el mercado de telas estaba cerca. Casio se preparó para un último esfuerzo. Tendría que intentar hacerle un placaje para derribarlo.

Con el aire rozándole las orejas, Indavara se preparó para el impacto. Su intención era chocar contra el hombro izquierdo de la estatua, luego deslizarse hasta el suelo y rodear la cabeza.

Pero la escala caía rápidamente. Cuando impactó contra el hombro, salió disparado hacia la espalda del Helios, resbalando por el pulido metal. Solo empezó a detenerse cuando estaba a punto de llegar al hombro derecho. Intentó darse la vuelta para frenarse, pero entonces se encontró bajando de culo por el brazo derecho de la

estatua.

Casio observó asombrado cómo Indavara, que parecía haber surgido de ninguna parte, cayó al suelo justo delante de Viator. Se sacudió la túnica, salió con tranquilidad del recinto y le puso la zancadilla.

Viator, que acababa de girarse para mirar a Casio, ni siquiera lo vio. Cayó al suelo de bruces, como si imitara a la estatua. Cuando intentaba incorporarse, Indavara lo levantó, con una mano en el cuello y la otra en el cinto. Le dio la vuelta y lo empotró contra el antebrazo del dios, que se alzaba por encima de sus cabezas.

—¡Por Hades! ¿De dónde has salido? —preguntó Casio.

Indavara se encogió de hombros; todavía tenía una mano en el cuello de Viator.

—Un atajo.

Al apartarse un momento, el ladrón quiso golpearle con el puño.

—¡Cuidado con él! —gritó Casio.

Antes de que pronunciase la segunda palabra, Indavara había llevado su otra mano a la cabeza de Viator y se la había empotrado con fuerza contra el bronce.

—¡Ay!

—No vuelvas a hacer eso.

Indavara se retiró un paso y se quedó a la altura de Casio. Viator aún se frotaba la cabeza cuando fijó la vista en ellos.

—Y a todo esto, ¿quiénes sois vosotros dos?

—¡Abrid paso! ¡Abrid paso!

Los viajeros y los escolares se apartaron y Áuspex y los demás vigiles se aproximaron a la carrera. Tras ellos llegaban tres sacerdotes de mediana edad con cara de enfado junto con un hombre casi calvo que vestía toga con cenefa púrpura.

—Este es el procurador Liburnias —aclaró Áuspex—. Participaba en la ceremonia del templo.

Casio hizo una leve reverencia y se atusó el pelo.

—Señor...

—Muy bien, vosotros dos... —dijo el procurador con severidad—. ¿Quién de vosotros le ha pegado una patada al sacerdote?

## VII

El foro estaba repleto de gente, no de políticos locales, sino de limpiadores, que preparaban el edificio para la reunión de asamblea que tendría lugar a la mañana siguiente. Las mujeres restregaban el suelo, las paredes, las columnas y las escaleras, mientras que los hombres les traían cubos de agua caliente. Casio caminaba con urgencia junto al pórtico; a la izquierda dejaba un colorido jardincito, a la derecha había una docena de mujeres. Once de ellas estaban de rodillas, ocupándose de unos adoquines ya de por sí immaculados. La duodécima era una mujer de aspecto amargado y locuaz, la encargada.

—Ni lento ni rápido, id a la par, no sigáis adelante hasta que veáis reflejadas vuestras caras.

A pesar de su mal humor, Casio no pudo evitar sonreír; recordaba a su madre repitiendo el mismo runrún a las sirvientas en su casa de Rávena. Se percató de lo sucias que llevaba las manos e hizo que uno de los aguadores se detuviera para meterlas en el cubo. Cuando la mayor parte de la mugre hubo desaparecido, se apresuró hacia el lugar donde Indavara y Áuspex mantenían vigilado a Druso Viator.

Casio acababa de concluir un tenso encuentro con el procurador Liburnias. Aunque encargado de los asuntos económicos, Liburnias era el segundo hombre más poderoso de la ciudad, justo por debajo del gobernador, que, por pura casualidad, se encontraba atendiendo otros asuntos.

A falta de la punta de lanza y de las cartas para hacer valer su autoridad, Casio se había visto obligado a recurrir a sus dotes diplomáticas, así como a alguna floritura retórica, y salió con la sensación de que no se le había dado nada mal.

A mitad de reunión llegó una carta del sumo sacerdote del templo de Poseidón, pidiendo que se iniciaran los trámites para un juicio y que se flagelase a Indavara. Casio hizo lo que pudo para defender al guardaespaldas, llevando la conversación hacia el despiadado asesinato de Mémor, el sufrimiento de su afligida familia y la crucial importancia de apresar a Viator. También había sazonado la conversación dejando caer en ella un par de veces el nombre del comandante Pulcher. Aun así, tardó media hora en verse libre de aquel embrollo, tras prometer que el Servicio haría un generoso donativo al templo de Poseidón. Liburnias sugirió que Indavara se mostrase discreto. Ya había rumores sobre el matón de una sola oreja que había asaltado a uno de los Purificados, y el procurador estaba seguro de que algunos de los devotos más jóvenes y fanáticos saldrían buscando sangre.

Mientras se preguntaba adónde habría ido Simo, Casio llegaba al final del pórtico y torcía a la derecha.

La estancia estaba prácticamente vacía, salvo por una fila de bancos apilados. Indavara y Áuspex estaban de pie ante Druso Viator. Este reposaba sentado contra

una pared, bajo la única ventana que había. Casio fue directo hacia él.

—Dime lo que quiero saber y estarás en casa dentro de una hora. También puedo entregarte al magistrado Nariad y sugerirle que debería hacer un buen repaso a todos tus asuntos.

—No encontré nada la vez anterior. No encontrará nada ahora —dijo Viator con calma, con las piernas extendidas y una sandalia a un lado.

—Algo encontrará —repuso Casio—. Incluso en el improbable caso de que no haya nada que encontrar. De eso ya me encargaré yo.

Viator sonrió con suficiencia, como si ya hubiera escuchado ese tipo de amenazas miles de veces.

Casio dio otro paso hacia él.

—Volviste a Rodas desde Pafos en el *Lebadea*, ¿no es así?

—Puede.

Casio le propinó una patada; la punta de su bota impactó contra el hueso del tobillo del ladrón. Viator pegó un grito y pareció tan asombrado como lo estaba Casio.

No sabía por qué lo había hecho. Realmente sí lo sabía: por un alto nivel de frustración y enfado con todos los recientes acontecimientos. Pero la patada había sido instintiva, y odiaba perder el control sobre sus actos, particularmente delante de Indavara. Aun así, aquel hombre se lo merecía.

—Te maldigo, romano —bufó el ladrón.

—Escúchame, maldito trozo de mierda. Me importan un bledo tus estúpidos negocietes. Todo lo que quiero saber es si hablaste con alguien en ese barco. Es probable que viajara solo. Un hombre bajo, con capa y capucha y botas militares, llevaba un saco.

Viator volvió a mirarlo. Casio supuso que el ladrón habría recibido patadas mucho peores.

—¿Cuánto me vas a pagar?

Indavara se acercó con la vara en la mano.

—¡Confórmate con que no te rompa la cabeza! —gritó Casio—. ¿Viste a ese hombre?

Viator sacudió la mano.

—Muy bien, romano. Puedes decirle a tu guardaespaldas que se aparte. Lo vi. Aunque no recuerdo las botas.

—¿Hablaste con él?

—Un poco. Por charlar. Estábamos él y yo, y un ricachón con su mujer y sus críos.

—¿Te dijo su nombre?

—Dión.

—¿Qué pinta tenía?

—Normal.

Casio negó con la cabeza.

—¿Bajo?

—Más o menos.

—¿Corpulento?

—No. Delgado.

—¿Color de pelo?

—Normal. Oscuro.

—¿Guapo? ¿Feo?

Viator torció el gesto.

—¿Cómo voy a saberlo?

—¿Ojos?

—Dos, sí.

A punto estuvo Casio de darle otra patada.

—El color, imbécil.

—No lo sé.

—¿Te dijo algo más sobre él?

A Viator aquello pareció hacerle gracia.

—No. Y yo a él tampoco.

—Entonces, ¿de qué hablasteis?

Viator se encogió de hombros.

—Del tiempo. No dijo gran cosa.

—Piensa —insistió Casio—. ¿Qué más?

—En cuanto supo que yo era rodio, sí que me preguntó algunas cosas.

Casio puso una rodilla en tierra y se colocó frente al ladrón.

—¿Cómo qué?

—Los puertos, los barcos, diferentes rutas... Creo que tenía intención de ir a Creta.

—¿Creta? ¿Estás seguro?

—Habló de un par de lugares, pero sí, de Creta principalmente.

—¿No recuerdas nada más?

—No.

Casio se alzó y se dirigió a Áuspex.

—Sácalo y deja que se vaya.

—¿Es eso todo, señor?

—Eso es todo. Te agradezco la ayuda.

Áuspex no parecía acostumbrado a que le agradecieran nada.

—Gracias a ti, señor.

Indavara volvió a ajustarse la vara a la espalda y siguió a Casio fuera de la estancia.

—Creta es una isla, ¿verdad?

—Sí —repuso Casio al pasar por debajo del pórtico para tomar el sendero que

llevaba a los alrededores del foro—. Hacia el sudoeste. Tendré que ver a Simo y comprobar la lista, pero si la memoria no me falla, ese era el destino de una de las naves que zarpó ayer.

—¿Así que iremos tras él?

—¿Acaso tengo otra opción? —preguntó Casio irritado mientras se masajeaba la sien—. Por Júpiter, ese maldito seboso de Abascantio... tiene el poder de un dios para complicarme la vida.

—¿A cuánto está Creta?

—A algo más de cien millas. Además, ese tal Dión nos lleva un día de ventaja, y el tiempo no va a hacer más que empeorar. Pero ni lo uno ni lo otro son nuestro mayor problema.

—¿Y qué lo es?

—Encontrar a un capitán dispuesto a llevarnos.

—Asdríbar. Quizá.

—¿Quién es? —preguntó Casio mientras se secaba el sudor de alrededor de la boca. Había más de una milla desde el foro hasta el Gran Puerto. Indavara y él habían atravesado la ciudad, parando tan solo dos veces para pedir indicaciones. Casio había tenido la intención de dirigirse a las oficinas del capitán del puerto pero se tropezaron con su joven ayudante y los tres estaban ahora resguardándose de la lluvia bajo el toldo de un tenderete de comida.

—Es un capitán cartaginés, señor —repuso el joven—. Capitanea un viejo mercante, el *Fortuna Redux*. No puedo pensar en ningún otro que pueda estar dispuesto con este tiempo, pero, por lo que tengo entendido, llevará a cualquiera a donde sea. Por la suma adecuada.

—Ahí está Simo —anunció Indavara mirando a la calle.

Antes de que Casio pudiera decirle nada, ya se había internado en la lluvia para traerlo.

—¿Es de fiar ese Asdríbar?

El ayudante sonrió.

—Esa no es la palabra que me viene a la mente, señor. Ha tenido sus diferencias con las autoridades. El último magistrado intentó llevarlo a juicio media docena de veces, pero Asdríbar siempre ha conseguido evadirse. Y creo que Nariad intentó declarar al *Fortuna* no apto para la navegación, pero Asdríbar consiguió que los pescadores bloquearan el puerto un día entero, así que aquello tampoco funcionó. Su tripulación es... son un grupo curioso, pero, por lo que sé, no los hay mejores a la hora de navegar de verdad..., «navegar sin referencias», lo llaman.

—¿Quieres decir sin tener tierra a la vista?

—Eso es, sí.

Casio sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral, y sabía que no

tenía que ver con el sudor enfriándose. El reciente viaje desde Cilicia había sido su tercera travesía por mar. Las dos anteriores lo habían llevado a atravesar el Mediterráneo oriental hasta Siria, primero desde Rávena, luego desde Cícico. Aunque hubo momentos en los que perdieron la tierra de vista, los capitanes solían procurar mantenerse todo lo cerca de la costa como les fuera posible para hacer que la navegación fuera más fácil. La sola idea de aventurarse hacia el sur y adentrarse en el Gran Mar Verde hasta verse rodeado de agua se le antojaba, cuanto menos, terrorífica.

—¿Te encuentras bien, señor? —preguntó el muchacho.

—Sí. ¿Dónde puedo encontrar a ese personaje?

—El *Fortuna* se encuentra fondeado en el lado este del Gran Puerto. Es un buen trecho, señor. Pero el piloto de Asdríbar es un vejete..., bueno, no recuerdo el nombre, todo el mundo lo llama Cegato. Suele estar en La Serpiente Marina. A tiro de piedra del puesto militar. No tiene pérdida.

El tendero se inclinó por encima del mostrador.

—¿Vais a comprar algo?

—Yo sí —dijo Indavara agachando la cabeza bajo el toldo. Simo no estaba lejos.

Mientras el guardaespaldas fisgaba los dulces que estaban expuestos, Casio observó al corpulento galo.

—Por todos los dioses, ¿dónde te habías metido?

—Te pido disculpas, señor —repuso Simo en un susurro—. Gracias a Dios os he encontrado.

—Olvida a tu Dios, Simo. Puedes darle las gracias a Indavara, ha sido él quien te ha visto. ¿Dónde te habías metido?

—Intenté seguiros, señor, pero con todo esto...

Simo llevaba auestas el tahalí, el casco, la capa y el morral, del que aún sobresalía la punta de lanza.

—Y mira mis cosas —dijo Casio—. Empapadas.

—Lo lamento profundamente, señor. La capa debería estar bien. La traté con aceite el otro día. Estoy seguro de que...

—Mírate, Simo.

Debido a la combinación de lluvia y sudor, la túnica del galo se le había pegado a la oronda tripa.

—Sencillamente estás demasiado gordo. No estás en condiciones para el tipo de labor que desempeñamos. Tengo que ponerte a hacer ejercicio. Empezaremos en cuanto tengamos ocasión.

—¿Dónde habré oído eso antes? —dijo Indavara volviéndose del mostrador con un gran pastel de pasas en la mano.

—Dame ese maldito trozo de pergamino.

—¿Pergamino, señor?

—El del libro de registros del capitán del puerto.



—¿Puedo irme ya, señor? —preguntó el muchacho mientras Simo rebuscaba en el morral.

—No. No puedes. Siempre que entro en una taberna buscando a alguien, acaba habiendo algún encontronazo violento, así que puedes presentarme a ese marino si se encuentra allí.

—En realidad solo lo conozco de vista, señor.

—Suficiente.

Casio cogió el pergamino de la mano de Simo y lo examinó.

—Aquí. El *Cartenna*. Llegó la semana pasada, zarpó ayer hacia Creta, a la hora tercia. —Casio se volvió a mirar al muchacho—. ¿Conoces el barco?

—Sí, señor. Ha atracado aquí varias veces. El capitán apareció a primera hora para pagar las tasas del puerto y zarparon poco después.

—¿Sabes si Creta era su destino final?

—No, señor.

—Bien, cuando me hayas llevado a la taberna, vuelve con Akritos. Simo, irás con él. Págale un denario cuando hayáis acabado.

—Sí, señor.

—Mi más sincero agradecimiento, señor —dijo el ayudante.

—Quiero saberlo todo sobre el *Cartenna*: las rutas que sigue, los navieros con los que trabaja y, lo más importante, quién subió al barco. Habla con los publicanos de Nariad si es necesario. Ahí tienes una ocasión para redimirte.

—Gracias, señor.

—Ahora dame la capa.

Un cuarto de hora después Casio e Indavara estaban acomodados en una esquina de La Serpiente Marina. Entre el cielo encapotado y las pequeñas ventanas enrejadas, la taberna se veía sumida en un halo de tristeza. Aun así, era fácil adivinar que las dos docenas de parroquianos se ganaban la vida en la mar: caras curtidas, pelambreras descoloridas por el sol, dedos gruesos, agrietados y callosos. Un grupo, en una de las esquinas, iba por el tercer verso de una canción marinera. Por lo que pudo deducir Casio, la tonada celebraba el fin de la temporada de navegación y agradecía a los dioses haber sobrevivido.

Aún no era mediodía, pero el hombre que estaba sentado frente a él acunaba un gran tazón de vino. Cegato hacía honor a su apodo: Casio podría haberlo identificado incluso de haberse encontrado entre sus compañeros. Su ojo izquierdo estaba prácticamente cerrado, el derecho inyectado en sangre y amarillento. Su espesa barba, así como su pelo ralo, eran del color del polvo de nieve, salvo por las hebras de color rojo vino en el labio superior. Sus brazos estaban sobre la mesa, rodeando su tazón. Su piel acartonada y repleta de arrugas recordaba a la de una fruta vieja y hacía que resultara difícil leer las palabras que llevaba tatuadas con tinta verde en codos y

muñecas. Casio supuso que probablemente fuera una lista de las naves en las que había servido.

—Querías hablar, romano —graznó—. Habla.

—Háblame del *Fortuna Redux*.

—¿Nunca oíste hablar de ella, chico?

—¿Debería? —repuso Casio con impaciencia al tiempo que colocaba la capa empapada a un lado del banco que compartía con Indavara.

—El *Fortuna* es el barco que hizo la ruta de Cartago Nova en doce días.

—Estoy seguro de que fue un logro impresionante, pero lo que realmente quiero saber es si la nave está disponible.

—¿Ahora?

—Inmediatamente. Necesito llegar a Creta. Solo somos tres pasajeros, pero precisamos zarpar hoy mismo.

—Eso es cosa del capitán, chico.

—¿Te importaría no llamarme «chico»? Soy un oficial del ejército romano, con rango equivalente al de centurión.

Cegato dio un sonoro sorbo de su tazón antes de responder.

—Bien hecho, muchacho.

Indavara rio entre dientes.

—Necesito ver a ese capitán vuestro de inmediato —insistió Casio—. ¿Cómo se llama? ¿Asdríbar?

—Así es.

—¿Me llevarás ante él?

Cegato alzó su tazón.

—En cuanto me haya acabado esto.

El posadero se acercó a la mesa y les sirvió a Casio y a Indavara los dos vasos de vino caliente que habían pedido.

—Bebe rápido —le dijo Casio a Indavara mientras abría la bolsa en la que llevaba el dinero.

La puerta de la taberna se abrió con estrépito. Una ráfaga de viento invadió el lugar y cayó al suelo una botella que se hizo pedazos. El posadero chascó la lengua.

La mesa que ocupaban era la cuarta de un total de cuatro, situada a la derecha de la puerta, a la que Casio e Indavara daban la espalda. Casio se dio la vuelta y vio que entraban cinco hombres. El posadero señaló al primero de ellos: un rufián achaparrado, de prominentes dientes, que llevaba dos espadas al cinto.

—Raso, tienes la entrada prohibida, ¿recuerdas?

—No he venido a beber. Estamos buscando a un extranjero que apaleó a un anciano sacerdote del templo de Poseidón. Los vigiles no están haciendo una mierda, así que los del colegio hemos decidido ocuparnos del asunto.

Casio se volvió para observar a Indavara, que acertó a decir:

—Casi ni lo toqué.

—Un cabrón corpulento, por lo visto —añadió Raso—, pero fácil de reconocer; solo tiene una oreja. ¿Alguien sabe dónde está?

Dada su posición, la oreja desfigurada de Indavara solo la podían ver Cegato y el posadero. Cegato no parecía haberse percatado de ello.

Casio notó cómo Indavara se llevaba la mano a la espada. Puso la mano sobre la muñeca del guardaespaldas y miró al posadero.

—¿Y bien? —dijo Raso—. ¿Nadie sabe nada?

El posadero observó a Indavara. Sí se había dado cuenta de lo de la oreja. Volviéndose a Casio, abrió los ojos con gesto inquisitivo.

Casio metió la mano en la bolsa y dejó tres denarios en la esquina de la mesa. El posadero echó un vistazo al dinero y luego de nuevo a la banda. Casio añadió otros tres denarios.

—Entonces, ¿nadie ha visto a ese comepollas? —exigió Raso—. Debe de haber estado por el puerto.

El posadero miró a Casio de nuevo y le mostró cuatro dedos. El oficial meneó la cabeza y añadió otras cuatro monedas. Al final el posadero habló:

—Eso suena como un no. ¿Por qué no te vas a molestar a la clientela de otro?

Raso y sus secuaces se fueron gruñendo. Cuando la puerta se cerró con un portazo, Indavara soltó la empuñadura de su espada. Casio se recostó y suspiró.

Cegato se acabó el vino y dejó el tazón. Observó con asombro cómo el posadero se embolsaba diez monedas de plata y se marchaba sonriendo con suficiencia. El viejo marino le dio un golpe a la jarra.

—Esto solo cuesta un sestercio.

Casio se encogió de hombros.

—La inflación.

A pesar de su, supuesta, legendaria reputación, a primera vista el *Fortuna Redux* distaba de resultar impresionante. El barco era pequeño para ser un mercante, y la pintura verde del casco se había desdibujado hasta parecer gris. Bajo el bauprés lucía una figura en madera de la diosa Fortuna. La diosa había perdido la nariz y un pecho, y el único vestigio de color que le quedaba era un pegote amarillo en el cabello. De hecho, solo era reconocible por las manos extendidas que formaban un cuenco repleto de monedas.

—Noventa y cinco pies de eslora, veintitrés de manga —dijo Cegato con orgullo cuando caminaban por el estrecho rompeolas hacia la proa de la nave—. Con una quilla bien profunda para que se mantenga derecha.

—Suele ayudar —observó Casio.

—Puede llevar una carga total de cien toneladas, y, a toda vela y con buenos vientos, alcanza una velocidad de siete nudos.

—¿Estás seguro de que podría hacerse hoy a la mar?

—Siempre que el capitán diga que sí y que podamos dar con la tripulación...  
¿Ves el palo mayor? Pusimos uno más alto hace unos años.

—¿Eso no hace que la nave sea más inestable?

—Tal vez, pero merece la pena por un poco más de velocidad.

Al contrario que el mercante en el que habían llegado, el *Fortuna* también contaba con un segundo mástil más pequeño, cerca de la popa. Medía unos cuarenta pies, la mitad de lo que se alzaba el palo mayor, y era de una dimensión idéntica a la de la botavara que yacía en cubierta.

A pesar de su estado, Casio tuvo que admitir que había cierta elegancia en el diseño de la nave, de línea fina y proa estrecha. El casco también se estrechaba hacia la popa, pero era algo más ancho debido al armazón que albergaba los timones. Atada a la parte trasera de la nave había una sólida barcaza de unos quince pies de largo.

El codaste era más convencional que la proa. Se trataba de un diseño con forma de cabeza de ganso, con dos puntos azules por ojos. Justo encima estaba el camarote, uno de los más grandes de cuantos había visto Casio. Medía seis pies de alto y se extendía de babor a estribor. Había pequeñas ventanas en ambos lados y una puerta más propia de una villa que de un barco.

—Esas son las estancias del capitán —dijo Cegato guiándolos por una pasarela resbaladiza que chirriaba a su paso—. A ver si puedo despertarlo.

Diez pies antes de llegar a los camarotes estaba la trampilla principal, la cual, en ese momento, estaba protegida de la lluvia por una lona. Se oían voces surgir de abajo.

La puerta del camarote se abrió y el humo de una lámpara salió dibujando una espiral en el húmedo ambiente. Cegato dijo unas palabras y luego se apartó. De pie, ante la puerta, apareció un hombre calvo, de poderosas mandíbulas, ojos azules y una cara a la que era difícil no mirar. Sonrió a Casio.

—Debe de ser tu día de suerte. Buenas tardes, señor.

—Buenas tardes, capitán. ¿Podría hablar contigo?

—Por supuesto —repuso Asdríbar amigablemente—. De todos modos, y si me permites, me temo que has perdido el barco si lo que quieres es alquilar el *Fortuna*.

—Oh.

—Sí, me temo que me sería imposible rechazar las condiciones, así como negarme a ayudar a una dama en apuros.

Asdríbar se apartó a un lado.

Annia salió del camarote. A pesar de una sonrisa que pretendía ser de disculpa, esa fiera determinación no había desaparecido de su mirada.

Casio se pasó la mano por el cabello empapado.

—Por los huevos del César...

## VIII

El camarote del *Fortuna Redux* era el máximo exponente de lo compacto. A la derecha inmediata de la puerta había una robusta mesa de madera y una silla clavadas al suelo. Esparcidos alrededor de un enorme ábaco que ocupaba el centro de la mesa, había docenas de pergaminos. Encima, un estante atestado de banderas multicolores. Al fondo del camarote, dos estrechas camas de bordes altos. A la izquierda, otra mesa sobre la que reposaban jarras, botellas y un cuenco con frutas desecadas. Por encima de la mesa, una hamaca de tela colgada de dos ganchos. Cada pulgada de la estancia estaba ocupada por algún recuerdo exótico o por un elemento de equipo náutico, algunos más fáciles de identificar que otros.

Asdríbar se acababa de sentar en la silla junto a la puerta; Cegato se plantó junto a él. Annia y su dama de compañía se sentaron en la primera cama, Trogo e Indavara, en la segunda, mientras que Casio y Simo se apoyaron en la otra mesa. Casio tuvo que estirar las piernas para que su cabeza no diera en el techo.

—Entonces, ¿adónde vamos, oficial? —preguntó Annia mirándolo con expectación.

—Aclaremos el «vamos» de esa pregunta en un momento —repuso Casio—. En lo que respecta al asesino, me inclino a pensar que zarpó ayer en una nave llamada *Cartenna*, hacia Creta.

—¿Te «inclinás a pensar»? —preguntó Annia.

—Puede que tú tengas otra teoría, señorita.

—De ninguna manera. Simplemente quiero saber en qué se basa esa «inclinación».

Casio percibió una ligera sonrisilla en Asdríbar. A pesar del mal tiempo, el capitán vestía una ligera túnica gris. Aunque debía de superar ampliamente la cuarentena, su ligera barba era de un negro azabache, y su cuerpo, del color del bronce, era el de un atleta de la mitad de años.

—Hay más líneas de investigación —dijo Casio—, pero he interrogado a ese personaje de Viator. Parece que el asesino responde al nombre de Díón, y tenía intención de viajar a Creta. No puedo estar seguro, pero al menos es una hipótesis fundamentada.

—Ya veo —dijo Annia.

Casio se dirigió a Asdríbar.

—El *Cartenna* levó anclas ayer por la mañana. ¿Qué posibilidades tenemos de alcanzarlo?

El capitán, meditabundo, se llevó un dedo a la mandíbula.

—Ahora nos llega viento del norte, eso no es malo, pero ayer el viento soplaba del este, con lo que habrán recorrido una buena tirada.

—¿Unas ciento cincuenta millas hasta Creta?

—Más bien unas doscientas hasta Cnosos, que es donde la mayoría de las naves atracan.

Casio hizo una mueca.

—Eso es bueno, ¿no? —sugirió Annia—. Cuanto más lejos esté, más probabilidades habrá de que demos con ellos en mar abierto. En cuanto lleguen a tierra, ese hombre podría esfumarse.

—Supongo que sí —dijo Asdríbar.

Casio no podía ponerle pegos al razonamiento, pero lo que más le preocupaba era que siguiese hablando en primera persona del plural.

—¿Qué ruta tomarías tú? —le preguntó al capitán—. ¿Este u oeste?

Asdríbar se volvió hacia Cegato, que se retorció la punta de la barba con los dedos.

—Si esta nube se nos echa encima, lo mejor será ir al oeste —dijo el viejo marino—. Para mantenernos alejados de Krapathos.

—¿Qué hay en Krapathos? —preguntó Casio.

—Nada en particular —repuso Asdríbar—. Pero es una isla, con otras islas menores alrededor, y estará en nuestro camino si rodeamos Rodas por el este. El problema en esta época del año no es solo la lluvia, son las nubes y la niebla, que hacen que navegar se vuelva muy difícil. Tenemos otro gran problema, en realidad mi...

—Capitán —interrumpió Annia—, ¿cuándo podríamos partir?

Casio estuvo a punto de enviar a todo el mundo fuera para acabar de inmediato con aquel juego.

—Bueno —dijo Asdríbar—, tenemos que salir del puerto al amanecer. Reunir a la tripulación va a ser una agonía, y debemos embarcar víveres, pero haré que todo esté listo. ¿Cuándo puedes estarlo tú, señorita?

—Dos o tres horas.

—¿Y tú, oficial? —preguntó el cartaginés.

—En cualquier momento —repuso Casio secamente.

—Excelente —dijo Asdríbar—. ¿Puedo sugerir la hora décima entonces? Si deseáis estar presentes para los rituales, venid un poco antes.

—Muy bien —dijo Annia al tiempo que se incorporaba—. Gracias, capitán.

Casio se dirigió a Asdríbar.

—¿Puedo hablar a solas con la señorita un momento?

Asdríbar se volvió hacia Annia, y esta asintió.

—Por supuesto.

Casio hizo que Indavara y Simo saliesen y esperó a que los demás los siguieran. La dama de Annia, Clara, se quedó sentada con los ojos fijos en su regazo. Cuando se acercó a Annia, Casio tuvo que inclinar la cabeza, algo que lo hizo sentir tonto.

—Estas tonterías tienen que acabar. No vas a acompañarnos.

—Como cliente del capitán Asdríbar, estoy segura de que soy yo quien decide quién ha de acompañarme.

Casio no veía de qué podría servir discutir con la muchacha; no podía haber debate si la razón estaba ausente.

—Muy bien. No aventuraré mis razones. Prefiero quedarme en la isla, esperar a que el tiempo mejore y entonces embarcar en la primera nave que zarpe hacia el este.

Se dirigió a la puerta.

—Oficial Córbulos, mis disculpas —dijo Annia rápidamente—. Solo tu intenso trabajo y perspicacia han permitido que se haga algún progreso. Por favor..., la investigación no puede continuar sin ti.

Casio, que en realidad no tenía intención alguna de marcharse, se detuvo y dio media vuelta.

—Has conseguido mucho en tan solo unas horas —continuó Annia—. Y estoy segura de que llegarás al fondo de este asunto.

Casio nunca había conocido a nadie que no respondiese positivamente a las lisonjas, y él no se consideraba una excepción.

—Admiro tu determinación en lo que se refiere a dar con el asesino de tu padre, pero no hay una sola razón de peso para que vengas. Además, tu familia te necesita aquí.

—No harás que cambie de opinión, oficial.

Casio no sabía si era el aire cargado y empalagoso del camarote o el cansancio del día, pero el dolor que había ido calando detrás de sus ojos hasta apoderarse de su cabeza a lo largo de la última hora era doblemente intenso desde hacía unos instantes. Cerró el puño derecho y se golpeó la palma de la mano.

—¡Por Júpiter! ¡Un poco de sentido común!

Los ojos de Annia mostraron un destello de miedo, y dio un paso atrás.

—Este no es lugar para una mujer —añadió Casio—. ¿Quién sabe a qué nos enfrentamos?

Annia se tomó un momento para serenarse antes de contestar.

—¿Recuerdas la isla de la que habló el capitán? ¿Krapathos? Navegué hasta allí el verano pasado con tres amigas. Mi padre me llevó por primera vez a un lago cuando era poco más que un bebé. He viajado a Alejandría, a Atenas y a Éfeso. He pasado más de cien días en la mar y...

Casio alzó una mano.

—¿Cuánto has pagado al capitán?

—Hemos convenido un áureo al día.

—Gracias. Pujaré por encima y entonces no será necesario que estés a bordo.

—No creo que tengas el suficiente dinero, oficial. Dijiste antes que podrías necesitar algo de mí.

En eso Casio no podía competir con aquella listilla, no tenía forma de conseguir el suficiente dinero en tan poco tiempo.

—Muy bien, señorita, resulta evidente que no me aprecias lo bastante como para aceptar mis consejos. No malgastaré más saliva.

—Te respeto, oficial Córbullo. Y puedo asegurarte que no interferiré.

Casio estuvo a punto de soltar una carcajada cuando oyó aquello.

—¿Estarás aquí a la hora décima? —preguntó Annia.

—Consideraré mi postura muy, muy detenidamente antes de tomar una decisión.

—Por favor, oficial. Tu presencia es esencial. Has demostrado ser muy capaz.

Casio estaba harto del sonido de su voz, pero aún tenía algo más que decir.

—Discúlpame, pero ¿qué habría dicho tu padre de haber estado aquí? ¿Qué crees que recomendaría?

—Sé cuál hubiera sido su reacción. Hubiera querido que siguiera a ese hombre hasta los confines de la tierra hasta verlo consumido en cenizas o bajo tierra. Y no descansaré hasta conseguirlo.

Una bota al vuelo impactó con la puerta y no le dio a Simo por poco. Acababa de volver al puesto militar. Casio le propinó una patada a su otra bota, se sirvió una jarra de vino y se dejó caer sobre el lecho.

—Un día en tierra. ¡Un día! Y ahora, a volver a embarcar.

Mientras Simo recogía la bota, Indavara salía de su cuarto para ver qué estaba ocurriendo. Casio lo señaló con el dedo.

—Y por si eso no fuera suficiente, este genio decide atacar a un sacerdote en el templo de Poseidón justo antes de hacernos a la mar en un viaje ya de por sí peligroso.

—Creía que el dios del mar era Neptuno —dijo Indavara.

—¡Por todos los dioses! ¡Escúchalo!

—En realidad son el mismo —dijo Simo quedamente mientras colocaba las botas con delicadeza en el suelo—. Poseidón es el nombre griego; Neptuno, el romano.

—Ah —dijo Indavara antes de volver a su cuarto.

Casio cerró los ojos y se frotó la sien.

—¿Una de tus jaquecas, señor?

—Por supuesto.

—¿Quieres saber cómo me ha ido con el ayudante del capitán del puerto?

Casio bebió e hizo un gesto para que continuara.

—Lo lamento, pero no hay mucho que contar. —Simo sacó un trozo de pergamino—. Aunque sí he tomado algunas notas.

—Date aire.

—El *Cartenna* es una nave privada, cuyo propietario y capitán es un tracio llamado Aradates. Ha trabajado para diferentes navieras en Rodas y en otros lugares y goza de buena reputación. Esto lo corroboran los hombres del magistrado Nariad. Además, hemos hablado con el inspector que subió al *Cartenna* cuando llegó. No vio



nada sospechoso, pero confirmó que el destino del barco era, sin lugar a dudas, Creta, y cree que Aradates tiene pensado pasar allí el invierno. Nadie sabía nada de ningún pasajero, pero se sabe que Aradates los admite siempre que la cantidad sea adecuada.

—Podemos deducir entonces que si Dión estaba a bordo, Aradates no tiene ni idea de que ha ayudado a escapar a un asesino.

Casio miró al techo y tembló.

—¿Tienes frío, señor?

—No. Solo estaba pensando en lo que Dión podía llevar encima.

Simo lo miró confundido.

—La prueba de que había cumplido con su trabajo.

El galo se dio cuenta de lo que quería decir.

—¡Oh, Señor! Es el trabajo de Satán, señor.

—Puedes culpar a tu misterioso maligno si quieres, Simo, pero apuesto a que a este asesino lo ha contratado un hombre de carne y hueso que tenía una buena razón para querer a Mémor muerto.

—Señor, también he encontrado un navío para enviar los despachos, una gabarra en el Pequeño Puerto, rumbo a Éfeso. El capitán no estaba, pero uno de los miembros de la tripulación estaba seguro de que zarparían cuando el tiempo mejorase. No creo que podamos acceder a nada mejor, señor. El optio Clemente puede darle las cartas al capitán de nuestra parte.

—Sí, organízalo.

—Ya está hecho, señor.

—Ah. Al menos en ti puedo confiar, Simo.

El enorme galo miró la pila de alforjas y ropas que había en el suelo.

—Supongo que debería ir preparando el equipaje, señor.

Casio suspiró.

—Sí. Supongo que sí.

Mientras Simo doblaba las mantas, Casio rellenó su vaso con la jarra que había cogido de la sala.

—¿Estás seguro de que es una buena idea, señor? ¿Qué hay de tu cabeza? Ya sabes cómo reacciona tu estómago a bordo...

—Ni lo menciones. Estoy intentando disfrutar de mis últimos momentos en tierra.

Casio salió al pasillo.

—Por los dioses, Simo, esa chiquilla, Annia. Es imposible. No atiende a razones.

—Parece bastante atrevida, señor.

—Ya te digo. Necesita una mano firme. Eso es lo que necesita.

—Pero es guapa —dijo Indavara mientras apilaba sus petates junto a la puerta.

—Nada del otro mundo —repuso Casio—. Y a uno pronto se le olvida esa cara guapa en cuanto abre la boca. Mis hermanas son muchachas con cerebro propio, mi madre se aseguró de que fuera así. Pero conocen su sitio, mi padre se aseguró de eso.

—Yo creo que es guapa.

—Tendrás tiempo de sobra en el barco, Indavara. Deberías tontear, asombrarla con tu sofisticación y chispa como hiciste con aquellas muchachas en Karanda. No me importaría reírme un poco.

Indavara se pudo colorado mientras intentaba atarse un cordón rebelde.

—Eso no fue culpa mía.

—No fui yo quien les contó chistes subidos de tono y acabó derramándoles el vino encima.

—¡Romano!

Casio se dio la vuelta y vio la figura diminuta y las piernas arqueadas de Cegato, que arrastraba los pies por el pasillo.

—¿Por qué no me llamas simplemente «señor»? Es más corto y de mejor educación.

—Tenemos un problema —dijo el viejo marino mirándolo de cerca.

Casio se apoyó contra el quicio de la puerta y le pegó otro trago al vino.

—Seguro que el día no puede empeorar.

—Se trata de nuestro contraamaestre —explicó Cegato—. Lo han metido en la cárcel esta mañana.

Casio no tenía ni el tiempo ni la energía para dar un paseo hasta las celdas donde, según Cegato, Korinth permanecería encarcelado hasta la próxima sesión de juicios del municipio. Por tanto, tuvo que escribirle una nota al magistrado Nariad explicando la situación, y se sintió mejor por no tener que hacerlo en persona. Era casi cómico, ya que había insistido para que detuviera a aquel hombre en un principio, pero Cegato aseguró que Asdríbar no podría zarpar sin su contraamaestre. Observando desde la entrada del puesto militar cómo el viejo marino se apresuraba con la nota aferrada con fuerza en la mano, Casio se preguntó qué otras ladinas sorpresas tendrían preparadas los dioses para él antes de que concluyese el día.

Lo saludó una mano y notó alivio al ver a Clemente caminando junto al muro del puerto. Cuando el fornido optio llegó al puesto, Casio lo puso al día sobre lo acontecido en las últimas horas.

Tal y como se le había ordenado, Clemente había estado intentando dar con Cario Asina.

—Al final di con un administrador en el foro que lo conoce bien. Asina y su familia partieron hacia sus propiedades en cuanto llegaron. Podemos enviarles un mensaje, pero...

—No, no. No hay tiempo para eso —interrumpió Casio—. Y probablemente tampoco haya necesidad. Dudo que puedan ofrecer más información sobre ese Dión de la que nos facilitó Viator. ¿Qué hay del esclavo de Sudreno?

—Vive en una aldea de pescadores al otro lado de la ciudadela..., a un buen trecho por la costa. Envié a un hombre a caballo para que lo interrogase, pero dudo

que vuelva antes de que partáis.

—Bien. ¿Algo más?

—No. He pasado por casi todas las posadas y nadie lo recuerda. Por cierto, ¿está aquí tu guardaespaldas?

—Sí. ¿Por qué?

—Por el incidente en el templo de Poseidón. Se está hablando mucho de ello. Hay gente muy enfadada. Probablemente también sea bueno que os vayáis.

En ese momento un joven legionario aparecía corriendo por una callejuela hacia ellos. Casio no lo reconoció.

—Señor, alguien más lo vio, un pescador cuyo barco estaba amarrado junto al *Cartenna*. Había un pasajero. La tripulación lo tuvo esperando en el embarcadero durante una hora mientras limpiaban la cubierta. El pescador identificó el saco y las botas.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor.

—Buen trabajo —le dijo Casio al legionario—. Me aseguraré de que seas recompensado.

—Gracias, señor.

—En ese caso, reuniré a los hombres —dijo Clemente—. Que vuelvan a los barracones.

Casio asintió.

—Sí. Me has... me habéis sido de gran ayuda. Lo aprecio.

—No me creerías si te dijera que siempre fui un firme partidario del Servicio, señor, pero ningún romano merece lo que le ha pasado a Mémor. Lo siento por su pobre mujer y sus hijas. Espero que encuentres a ese hijo de puta. Mucha suerte, señor.

Una vez que hubo estrechado antebrazos con Casio, Clemente y el legionario se fueron caminando junto al muro del puerto. Casio volvió a entrar en el puesto. Simo había salido a comprar provisiones para el viaje, dejando a Indavara para que apilase el resto de las cosas en la pequeña habitación junto a la puerta.

—Escúchame —le dijo Casio—. Suponiendo que dejen salir al tal Korinth, vamos a estar metidos en un barco con él durante los próximos días. ¿Puedo confiar en ti para que te controles?

—¿Quién empezó?

—De acuerdo, pero se ve que es un tipo bastante pendenciero. Simplemente no te cruces con él.

Una vez que acabó con los petates, Indavara se recostó contra la pared junto a la ventana.

—Te estás convirtiendo en un lastre, amigo mío —dijo Casio.

—¿Qué quieres decir?

—Estás causando más problemas de los que solucionas.

Indavara negó con la cabeza, pero se abstuvo de decir nada.

—Quiero decir, patear a un sacerdote —continuó Casio—. ¿Quién ha oído algo así?

—Cogimos a Viator, ¿no?

—Ya casi lo tenía.

—¿Y qué hubieras hecho de haberlo cogido? ¿Darle una charla hasta que se rindiera?

—Muy gracioso.

Indavara cruzó la habitación, pisó una de las alforjas y se puso junto a Casio.

—¿Sabes una cosa, Córbulos?

Casio sintió que se le secaba la garganta. Indavara casi nunca se dirigía a él por su nombre.

—Puede que un día no esté cerca cuando necesites amedrentar a alguien o darle una paliza, o cuando te metas en una pelea con quien no debes. Y entonces sí que tendrás un problema, ¿no crees?

Indavara le sostuvo a Casio la mirada un momento más; luego pasó por delante de él y salió a la calle.

## IX

En medio de la bruma de la tarde, bajo una llovizna que aún caía, los pasajeros y la tripulación del *Fortuna Redux* aguardaban alineados frente al camarote, esperando a que Asdríbar diese comienzo a la ceremonia de partida.

El principio de la décima hora ya quedaba atrás. Para sorpresa de Casio, el cartaginés había conseguido reunir a la tripulación y que la nave pareciera organizada. La tripulación completa contaba con veinte marinos, pero algunos ya habían partido a diferentes puntos de la isla, así que tan solo había doce. Aparte de Cegato y Korinth, su otro oficial era Opilio, un veterano de la flota romana de más o menos la misma edad que el capitán. Parecía estar al cargo de todo lo que acontecía bajo la cubierta, y había estado supervisando el cargamento de suministros. Los nueve marinos restantes formaban la recua más ruda y ecléctica que jamás hubiera visto Casio. Ya había oído conversaciones en cuatro lenguas diferentes, aunque, por lo visto, Asdríbar insistía en que se hablase griego para todo lo relativo al barco.

Casio había esperado que Annia hubiera cambiado de parecer en el último momento, pero Clara y ella ya se habían alojado en el camarote para cuando Indavara, Simo y él llegaron. Valoró dirigirse de nuevo a la muchacha, pero pensó que sus palabras caerían en saco roto: sencillamente no se sentía con la energía como para hacerlo. El día, largo y agotador, había acabado con sus fuerzas, y todo lo que quería era bajar a la bodega y acomodarse. Al contrario que otros cargueros, el *Fortuna* disponía de cuatro pequeñas cabinas cerca de la popa; Asdríbar había reservado una para ellos. Aún les quedaba por ver aquel cubículo. Sus cosas permanecían apiladas junto a la trampilla.

El capitán estaba de pie detrás de dos altares que se encontraban entre el camarote y la popa y que no eran más que dos cubos de piedra montados sobre sendas estructuras de madera. Uno de los altares tenía talladas inscripciones en varias lenguas y el otro estaba teñido de rosa sangre, aquella de los animales sacrificados. Se habían subido a bordo algunos gallos, uno de los cuales sería sacrificado como símbolo de gratitud cuando llegaran al siguiente puerto.

—Comencemos —dijo el cartaginés en griego.

Casio, Indavara y Simo estaban de pie a su derecha, con Annia y Clara, que sostenía un parasol sobre su ama, entre ellos y la tripulación. Asdríbar le había sugerido a Casio que se tomaran un momento para hablar con Korinth e Indavara, pero Casio consideró más oportuno mantenerlos apartados, al menos lo que quedaba de día.

—Primero al dios de las profundidades, al Gran Poseidón.

Casio se sintió aliviado cuando no vio reacción alguna entre la tripulación. Incluso si se había ofendido a Poseidón, no cabía duda de que los demás dioses le

sonreían a Indavara si ninguno de los marinos había oído lo que le había hecho a aquel sacerdote.

Cegato se acercó con una jarra y la depositó en el altar.

—Te hacemos ofrendas, Gran Poseidón —dijo Asdríbar—, para que, a cambio, podamos tener vientos favorables y mares en calma.

Hablaba en susurros, su voz apenas se oía por encima del leve chapoteo de la lluvia golpeando el agua; sin embargo, daba a sus palabras un cautivador toque de solemnidad.

—Humildemente rogamos que seas misericordioso, y que nos protejas en nuestra travesía.

Tomó la jarra de vino, caminó hasta la popa y vertió el contenido a las aguas. Cuando volvió al altar, Cegato recogió la jarra y le entregó al capitán un pequeño cuenco de madera, que este colocó sobre la piedra con inscripciones.

—Ahora a la diosa Fortuna, cuyo nombre enarbola esta nave, y a quien ofrecemos nuestras riquezas, para que los caprichos del azar nos sean favorables. Venid y dad, para que podáis recibir lo mejor y evitar lo peor.

Uno a uno los integrantes de la tripulación fueron soltando monedas en el cuenco. Annia hizo lo propio, dando lugar a que Casio pensase dónde guardaba el resto del dinero... En varias bolsas abultadas, seguramente. Simo, Indavara y él echaron un sestercio al cuenco.

Korinth sostenía una tela que cubría el altar, Cegato vertió un aceite denso y perfumado sobre las monedas. Luego encendió una pequeña rama con una lámpara de aceite e hizo arder el aceite vertido. Crepitaba y chisporroteaba cuando Asdríbar dejó caer las monedas al mar.

—Ahora rindo honores a los dioses de Cartago.

El capitán cerró los ojos y dijo unas palabras en púnico. Ahora le tocó a Opilio, que hizo una pequeña libación sobre el altar.

—A Júpiter, el gran dios, todas mis ofrendas y ruegos. Pido su favor.

Asdríbar miró a otro de los marinos.

—También invitamos a nuestro amigo Desenna, que adora al dios hebreo, a decir sus plegarias.

Casio se sorprendió al ver al resto de la tripulación volverse hacia Desenna e inclinar la cabeza con respeto. Una vez concluida la ceremonia, Asdríbar invitó a Annia y Clara a retirarse al camarote mientras la tripulación se afanaba en los últimos preparativos. Las dos muchachas sortearon cuerdas de varios grosores y sacos, agarrándose las estolas para evitar el suelo mojado de la cubierta. Korinth y otro hombre miraron hacia delante y negaron con la cabeza. Casio observaba cómo Annia y Clara entraban en el camarote. No estaba del todo seguro, por efecto de la lluvia, pero la dama de compañía parecía estar llorando.

—Absurdo —se susurró a sí mismo—. Totalmente absurdo.

—¿De quién es toda esta mierda? —gritó Korinth, ahora de pie junto a la escotilla

mientras miraba los petates desparramados.

Casio se acercó a él.

—Es nuestro.

—Bajadlo.

Korinth dirigió una mirada punzante a Indavara y siguió adelante para unirse a los hombres que arrastraban la enorme vela mayor hacia el mástil.

—Es mejor que hagamos lo que nos dice —les indicó Casio a los otros.

Aunque echase una mano, cargando él mismo con alforjas y un saco de comida, a Simo e Indavara les llevó un par de viajes bajarlo todo por las escaleras.

La bodega superior de la nave era relativamente alta, Córbulos casi podía erguirse. Apilados a la derecha había cientos de fardos de paja que había visto usar para separar y proteger cargamentos delicados. También había madera y una mesa de carpintero.

Opilio, que, por lo visto, era el encargado de la bodega, bajó las escaleras a toda velocidad. Era de corta estatura, de miembros fuertes, e iba cubierto por una túnica mugrienta. No solo no era el hombre más atractivo del mundo, sino que también era el desafortunado portador de una nariz aplanada, unos dientes contrahechos y un pelo fino y desgredado.

—Por aquí, señor —dijo al tiempo que recogía dos cueros con agua y daba zancadas por el pasillo hacia la popa. Los tres cogieron lo que pudieron y lo siguieron. Justo delante había lo que parecía ser la cocina, con dos cabinas a ambos lados del pasillo. Opilio se detuvo en la cabina de la derecha.

—Hemos tenido cerdo salando aquí dentro, así que tendrás que disculpar el olor.

La cabina era diminuta, ocho pies por siete, estimó Casio. Había una cama, con un saco de paja de dos pulgadas de grosor. La cabecera de la cama estaba contra la pared del fondo, bajo una claraboya que goteaba.

Opilio dejó los cueros en el suelo y se escurrió por un lado de Casio.

—Estaré en la cocina si necesitas algo, señor.

Cuando salió de la estancia, Casio se dirigió a Simo.

—Por lo menos hay un tripulante alegre.

Opilio asomó la cabeza por la puerta.

—Solo porque me acaban de decir lo que nos van a pagar, señor. Suelo ser un cabrón con malas pulgas.

Korinth apareció con una cesta de tela repleta de ropas en una mano. La dejó caer en la cabina de enfrente y luego caminó de vuelta por el pasillo.

Indavara recogió sus petates.

—Encontraré un hueco en algún otro lugar. De todas formas, aquí no hay sitio para todos.

—Como veas —repuso Casio.

—¿Habéis tenido alguna discusión, señor? —preguntó Simo cuando Indavara se hubo ido.

—Más o menos. Ya sabes cómo es.

—Al menos ahora se ha vuelto más sociable, señor. Acuérdate de cómo era cuando lo conocimos. Ha sido cuestión de meses.

Casio se acercó a la claraboya para respirar un poco de aire fresco mientras el galo metía el resto de las cosas.

—Simplemente es que no parece pensar las cosas. Hace lo primero que se le viene a la cabeza.

—Los hay que considerarían eso un rasgo admirable en un hombre de su gremio, señor.

—Supongo. ¿Qué hay de sus números y su escritura?

—No hemos tenido mucho tiempo, señor, pero yo diría que no es ni mejor ni peor que alguien que empieza a aprender.

—¿Y todavía no te ha hablado de su familia o de su pasado?

—Ni una palabra, señor. Lo he intentado en alguna ocasión, pero, o bien cambia de tema, o bien se calla.

—Debo admitir que siento curiosidad —repuso Casio—. Piensa en ello, todo cuanto sabemos es que era gladiador en Pietas Julia, que viajó hacia el este y que acabó al servicio de Abascantio. Inténtalo de nuevo, Simo.

—No creo que llegue a ninguna parte, señor.

—Yo sí que no voy a llegar a ninguna parte. Sencillamente, inténtalo.

Un pequeño grupo de personas se había reunido en el embarcadero para ver partir al carguero, incluida media docena de mujeres, un par de las cuales venían con chiquillos. No parecían muy contentas de ver a sus hombres partir, tampoco los marineros. El principio de la undécima hora hacía tiempo que había quedado atrás, y aunque la lluvia se hubiera detenido, una sábana de nubes bajas y grises cubría Rodas y el mar. El viento también había arceciado, haciendo que las aguas se quebrasen dando lugar a profundas olas angulosas.

La cubierta del *Fortuna* estaba libre de obstáculos salvo por la vela mayor y la botavara, que se izarían en cuanto la nave saliese del puerto. Dos gabarras de remolque, de veinte pies cada una y tripuladas por ocho robustos remeros, empezaban a colocarse al frente del barco. Akritos, el capitán del puerto, era uno de ellos, y acababa de comprobar el amarre de gruesas cuerdas a los aros de hierro que el carguero tenía a proa.

Deseoso de huir de la infecta cabina, Casio estaba de pie cerca del mástil, en la parte que daba a la costa. Llevaba sobre los hombros su capa de lana más gruesa. Podría haber culpado a una serie de cosas por el amargo revoltijo de sus tripas, pero sospechaba que la idea de una travesía larga y peligrosa era la causa principal.

Doscientas millas. Doscientas. En noviembre. Y las naves eran muy lentas, y dependían mucho de los elementos. La única ventaja era que, cuando dormías, si es



que lograbas pegar ojo, podías despertarte y encontrarte con que se habían recorrido otras treinta o cuarenta millas. Casio solo deseaba que el mareo no fuera demasiado fuerte. Más tarde buscaría su figurita de Neptuno para ofrecerle una plegaria apropiada y personal.

—Cuidado, señor.

Casio se apartó para que uno de los marinos pasara junto a él y se subiese a la regala. El marino cogió al vuelo una cuerda que le había lanzado Korinth, que soltaba los amarres que unían la nave con el embarcadero. Cegato, mientras tanto, estaba de pie sobre una plataforma entre el camarote y la escotilla principal. Ya tenía una mano en cada una de las barras de caña que estaban conectadas con los dos timones a cada lado de la nave. Asdríbar se encontraba de pie frente al veterano marino, con los brazos cruzados. El capitán del puerto le hizo un gesto con la mano.

—¿Listos a popa? —gritó el capitán.

—Listos —respondió uno de los marinos.

—¿Listos a proa?

—Listos.

—¡Zarpamos!

Korinth y tres de los tripulantes empujaron el barco contra el embarcadero y saltaron a bordo.

Asdríbar le gritó a Akritos:

—¡Allá vamos!

—¡Allá vamos!

Casio se pasó un dedo por el mentón. La barba de cuatro días que empezaba a poblar su cara podía quedarse ahí, le daría calor, y un barco no era lugar como para afeitarse con una cuchilla de hierro, ni siquiera si la empuñaba la mano firme de Simo. Observó cómo las cuerdas de los remolques se tensaban y el *Fortuna* empezaba a moverse. Aunque pequeñas en comparación con el carguero, las gabarras pronto la llevaron a alcanzar una respetable velocidad hacia la entrada del puerto.

—Oficial Córbulos...

Casio se dio la vuelta y vio a Annia junto a él. Venía arrebujaada en su propia capa gruesa y había hecho algo con la estola para que los bordados no tocaran la cubierta.

—Señorita.

Ninguno de los dos dijo nada durante un rato. Entonces algunos de los marineros empezaron a dedicarles a los remeros todo tipo de coloridos improperios, y estos les devolvían insultos igual de imaginativos. Era extraño estar ahí con la joven muchacha, rodeado de un aire viciado de palabras malsonantes.

—Hacen competiciones en verano —dijo Annia al fin.

—¿Perdón?

—Las gabarras, hacen carreras por el puerto. La gente apuesta.

—Ah. ¿Qué tal tus aposentos?

—Tendrán que valer. El capitán ha sido muy amable al renunciar a su camarote.

Casio dudaba que hubiera muchas cosas a las que Asdríbar no renunciaría por cien denarios al día. Además, era probable que la presencia de las dos jóvenes muchachas supusiese suficiente distracción para los marineros. Sería mejor que se mantuvieran apartadas.

—¿Piensas que encontraremos a ese... Dión?

Dijo el nombre con los ojos cerrados, como si apenas soportara decirlo.

—Los legionarios dieron con otro testigo que confirmó que estaba en el *Cartenna*. Si podemos darle caza o al menos llegar a Cnosos no mucho después que él, creo que tenemos opciones. Sí.

—Supongo que el asunto no acabará ahí. Con respecto a él, quiero decir.

—Es probable que no.

—Fue un asesinato. Alguien lo contrató, le pagó, por eso...

—Sí, señorita. Podría ser complicado. Y difícil. —Casio se encaró a ella—. No es demasiado tarde. Uno de esos botes de remos puede llevaros a ti y a tu dama de compañía de vuelta. Puedo informar en cuanto sepa algo más.

Casio se esperaba otra reacción brusca, pero Annia miró al suelo y repuso quedamente:

—No me quedaré sentada a esperar. Me volvería loca. Debo saber.

Casio podía entender aquello.

—Creo que los dioses están con nosotros —añadió Annia.

—Eso espero.

La miró. El frío había hecho que todo color se desdibujara de su rostro, ya de por sí pálido; hasta sus labios blanqueaban, pero eso permitía que sus ojos esmeralda brillaran aún con más fuerza. Había belleza en ella, Casio tenía que admitirlo.

—No te enfríes por mi culpa.

Annia esbozó una extraña media sonrisa. Llevó la mirada más allá del rompeolas, hacia la rocosa costa de la isla.

—A estas horas, hace dos días, estaba vivo.

Casio no pudo pensar en ninguna frase o palabra de pésame apropiadas. Recordó la pintura del estudio de Mémor, volvió la mirada hacia la ciudad e imaginó aquella gran ola impactando. Sintió un escalofrío.

Justo en ese momento la tripulación empezó a vitorear y gritar. Todos miraban hacia arriba, a tres gaviotas que se acababan de posar sobre las jarcias.

—Un buen presagio —dijo Annia.

—¿De verdad? —repuso Casio—. Hay tantos que he perdido la cuenta.

—Los dioses están con nosotros. Puedo sentirlo. —Se alejó caminando por la cubierta, cruzándose con Indavara justo cuando este emergía por la escotilla.

—¿Instalado?

Un asentimiento apenas perceptible e Indavara se detuvo junto a él. Observaba el mar, oscuro y azul, con cara de mal humor.

—Lamento que no hubiese espacio en la cabina —dijo Casio cuando el *Fortuna*

se aproximaba a la entrada del puerto—. ¿Todo bien? —añadió, deseoso de tender puentes después del arrebato de Indavara en el puesto militar.

—Lo que hice fue una estupidez, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —preguntó Casio.

—Darle una patada a un sacerdote. ¿Qué pasa si he ofendido a su dios? Controla los mares y los vientos. Podría enviar una tormenta. Hundir el barco.

—Cálmate —repuso Casio—. Viste la ceremonia. Hay más dioses protegiendo esta nave que cualquiera en la que haya estado antes, y esta se llama *Fortuna*, como tu diosa.

Indavara aún miraba hacia el mar.

—He oído que hay criaturas bajo el agua que son más grandes que cualquier animal sobre la tierra. Más grandes incluso que un elefante.

—¡Córbulo!

Asdríbar señalaba a la izquierda. Toda la tripulación se había vuelto hacia allí.

—¡A babor! —exclamó el cartaginés—. No miréis hacia el naufragio.

Casio había oído algo sobre aquella superstición: mirar a un barco hundido supuestamente traía mala suerte. El día anterior ya se había percatado del mástil cubierto de algas que asomaba por el agua justo a la salida del puerto.

Korinth soltó la cuerda que estaba recogiendo y dio varias zancadas hacia ellos mientras se rascaba la cara repleta de cicatrices.

—¡Daos la vuelta los dos! ¿O queréis condenarnos a todos?

—Perdón, ¿hacia dónde es babor? —preguntó Indavara.

—A la izquierda —dijo Casio.

Lentamente volvieron la espalda al naufragio.

Korinth los apuñaló con una última mirada y volvió a popa.

Casio e Indavara se sonrieron.

—No entiendo por qué estos marinos no pueden decir simplemente izquierda y derecha —dijo Casio—. Supongo que los hace sentir especiales.

—¿Cómo dicen derecha?

—Estribor.

—Eso era.

—Por cierto —dijo Casio—, he decidido que tienes razón. Es una tontería que dependa de ti continuamente. Tengo una espada, y necesito saber blandirla con destreza. Un barco no es el lugar más adecuado para practicar, pero quizá podríamos ver lo básico. Ha pasado mucho tiempo.

—Podemos empezar mañana.

Cuando las gabarras de remolque sobrepasaron la entrada del puerto y fueron más allá de los rompeolas, la mar se tornó más brava. Los gritos de Akritos se perdieron al viento y las triviales bromas se olvidaron cuando los remeros empezaron a hundir con fuerza los remos en las aguas para sacar al mercante. La cuerda que los remolcaba se tensaba y se aflojaba a medida que las aguas agitaban las tres embarcaciones. Korinth

se adelantó para controlar las sacudidas que sufrían los aros de hierro en sus enganches.

Solo cuando estaban a unos cincuenta pasos mar adentro gritó Akritos, con las manos ahuecadas delante de la boca para hacerse oír:

—¿Listos para soltar?

—¡Listos! —respondió Asdríbar.

Los hombres comenzaron a bogar en dirección contraria hacia el mercante. Cuando estaban lo suficientemente cerca, los marinos desataron las cuerdas y las lanzaron de vuelta a las gabarras. Akritos dirigió los dos botes hacia los lados del *Fortuna*; luego permitió que los hombres recogieran los remos, dándoles así un bienvenido descanso antes de volver al puerto. Aún les quedaba aliento para gritar, y el viento llevó sus palabras hasta la cubierta.

—¡Que Poseidón os sonría!

—¡Buen viento! ¡Buena travesía!

—¡Que Fortuna os acompañe!

Los tripulantes de Asdríbar que no estaban ocupados con alguna labor levantaron las manos ceremoniosamente hacia sus compañeros.

—Izad el trinquete —ordenó el capitán.

Korinth y otro hombre aferraron una gruesa cuerda y tiraron de la vela, una mano tras otra. Era diminuta comparada con la vela mayor, pero eran necesarias todas las fuerzas de aquellos dos para llevarla hasta lo alto del palo del trinquete.

—¡Vamos allá! —ordenó Asdríbar.

El mercante había permanecido bamboleándose sobre las aguas picadas más allá del puerto, pero en cuanto la vela del trinquete se hinchó, empezó a ganar velocidad, la proa enfilando el cabo norte de Rodas.

Casio se llevó una mano al vientre. Empezaba a sentir las punzadas de las primeras náuseas.

—Gris —dijo Indavara—. Gris por todas partes.

—Doy por hecho que sabes por qué está nublado.

—¿La temporada?

—No, no. Por lo visto, alguien —miró a Indavara— decidió que sería buena idea deslizarse por la estatua del dios del Sol esta tarde. El dios se siente ofendido y esconde sus rayos de nosotros.

La cara de Indavara quedó petrificada.

—Es una broma —dijo Casio.

El guardaespaldas tragó saliva y miró al cielo.

—De verdad —añadió Casio—, es broma.

Simo salió por la escotilla con una jarra de vino en cada mano. Consiguió llegar hasta el mástil con relativa facilidad, dejando caer tan solo unas gotas de vino humeante.

—Gracias —dijo Indavara.

—De Opilio —dijo Simo—. No sé si le sentará bien o mal a tu estómago, señor.

—Al menos me ayudará a dormir.

—El nombre del barco —dijo Indavara después de dar el primer trago—, *Fortuna*, lo sé. Pero ¿qué significa *Fortuna Redux*?

—«La buena suerte que te devuelve a casa» —explicó Simo.

Casio alzó su jarra.

—¡Que así sea!

## X

Indavara yacía en la oscuridad, con la cabeza apoyada contra uno de sus petates, viendo cómo los marineros subían y bajaban por la escotilla. Siempre resultaba difícil saber cuánto tiempo había pasado cuando estabas en un barco: puede que hubieran salido del puerto hacía dos horas o hacía cuatro.

Y tanto ruido. El casco golpeando las olas. Las velas aleteando. Los maderos chirriando. Soportes y cuerdas gimiendo. Aunque ahora había algo más de silencio. Por lo que podía deducir, la vela principal estaba izada, y sabía que los barcos iban mejor cuando era así.

Por mucho que lo intentara, Indavara no podía dejar de pensar en el agua. Aquel vacío letal e informe. A veces, cuando se encontraba en medio de la inmensidad del mar, sentía que estaba a punto de desmayarse, y deseaba que una gran mano bajase de las nubes, lo cogiera y lo llevara de vuelta a tierra firme. Las noches eran aún peores. Esas crestas de ola dispersas brillando a la luz de la luna. El sonido del agua al pasar. Pensamientos de los que no podía huir sobre lo que lo rodeaba, sobre lo que había debajo de él.

Indavara se cubrió con la manta hasta la barbilla. Había encontrado un buen hueco junto a los fardos de paja. Junto a la escotilla habría ruido y bullicio, pero prefería tenerla cerca por lo que pudiera pasar. Sus petates estaban perfectamente ordenados tras él y a su izquierda, dejándole espacio apenas suficiente para su manta y para darse la vuelta. Así era como le gustaba; la cama de su celda, en los bajos del circo de Pietas Julia, había sido estrecha, y se dio cuenta de que casi no se movía por la noche.

La última persona a la que había visto por las escaleras era a Korinth. Al igual que los demás que iban pasando, el marino no se percató de que estaba allí tendido. A Indavara no le preocupaba aquel individuo. Lo había puesto en su sitio una vez, podía hacerlo de nuevo. Aun así, dormiría con la mano derecha sobre el pomo de su daga, aunque, la verdad sea dicha, siempre lo hacía.

Con todo lo acontecido desde que llegaran a Rodas, le sorprendió que fuera la imagen de la joven Annia la que asaltaba sus pensamientos. Solía pasarle con las mujeres. Veías a una, aunque solo fuera por unos instantes, y luego no hacías más que pensar en ella. Como Galla, aquella chica de Antioquía. Solo la vio dos veces, y le había cobrado, así que era difícil saber si de verdad se sintió atraída por él, pero también pensaba mucho en ella.

Pero aquella Annia... Era realmente preciosa. Saltaba a la vista porque había sufrido una terrible conmoción y no pretendía ser atractiva, y, sin embargo, lo era. Debía de tener una estatura más o menos como la suya, pero a él no le importaba. Era muy elegante y femenina.

Indavara pensaba que no podría acercarse a hablar con ella. Eso sería complicado. Había perdido a su padre. Ni siquiera sabía cómo hablarles a las mujeres en los buenos momentos, y este no era un buen momento. Quizá, si se vieran en cubierta, sería ella la que le hablaría a él.

Había conseguido asearse bien antes de salir del puesto militar, e intentaba recordar continuamente perfumarse con el ungüento que Simo le había dado. El olor le había repugnado en un principio, pero ahora le gustaba bastante. Simo siempre estaba encima de él con esas cosas. Debes asearte siempre que tengas oportunidad, debes usar jabón, debes limpiar tus ropas...

Pero era un buen hombre aquel Simo, y un maestro paciente. Indavara no entendía por qué podía hacer algunas cosas sin pensar y, sin embargo, las letras y los números le resultaban tan difíciles. Había tenido que hacer sumas cientos de veces solo para recordarlas y, aun así, no conseguía encontrarles el gusto. Al contrario que con la escritura. Lo de la escritura era increíble. Ahora podía escribir su nombre de manera que pareciera el mismo casi siempre. Y pensar que había gente que escribía libros enteros...

Córbulo decía que tenía pensado escribir varios. Indavara estaba seguro de que podría hacerlo. A veces resultaba molesto, la mayoría del tiempo, pero era listo. De eso no había duda.

Y parecía saber algo sobre mujeres. Aunque había sido un cabrón aquella noche en Karanda, diciéndole a Indavara que tenía los modales de..., ¿cómo fue aquello?..., de un pocero tracio, que si no aprendía a comportarse nunca conseguiría una chica. La mujer había reído con él hasta que Indavara decidió marcharse.

Esos eran los momentos que más odiaba a Córbulo. Cuando lo hacía parecer un imbécil. Porque era como si se le hubiese olvidado lo que Indavara había hecho por él, no ya una vez, sino dos.

Lo salvó. Salvó su vida. Córbulo también había hecho lo mismo por él, por supuesto, aquel día en el río, pero Indavara pensó que algo así acercaría a dos hombres, los convertiría en amigos. Pero jamás llegó a dar la sensación de tal cosa. Quizá cuando Córbulo le dio la figurita de plata de la diosa Fortuna. Puede que entonces. Indavara todavía atesoraba aquel regalo, aunque lo escondía cuando Córbulo andaba cerca. Le gustaba más la vieja y pequeña figura de mármol que estaba aferrando en aquel momento.

Sus dedos habían desgastado la piedra. Conocía cada arista, cada contorno. Imaginó que la mujer que se lo había lanzado al final de su décima pelea se parecía a Annia.

Indavara agarró con fuerza la estatuilla y procuró centrarse en sus oraciones. Las oraciones no eran cosa fácil. Había memorizado partes que había oído decir a otra gente, pero tampoco podía preguntarle a Simo, porque no quería parecer idiota. Al menos ahora podía encontrar la forma de decir lo que quería decir.

—Hermosa Fortuna... —susurró—, la más grande de las diosas...

La cocina del *Fortuna Redux* era un lugar ruidoso, maloliente y lleno de humo. El ruido era una amalgama de conversaciones a gritos, utensilios chocando y una marmita de hierro con el contenido en ebullición. Olía a una exótica mezcla de especias, cebada y carbón. A Casio le sorprendió ver que la marmita estaba montada sobre una rejilla de metal en medio de un fogón que no hubiera estado fuera de lugar en cualquier granja. Alrededor había azulejos cubriendo la estructura de madera para reducir el riesgo de incendio. En el techo había un agujero para la salida del humo que asomaba por detrás del camarote.

—¡Ojo con esa cebada! —gritó Opilio por encima del hombro. Estaba de pie, ante una encimera de madera, picando verduras con un cuchillo de carnicero.

Desenna, el judío, estaba arrodillado junto al hogar, removiendo las brasas bajo la rejilla con un atizador.

—Le acabo de echar un vistazo.

—Pues vuelve a hacerlo.

Desenna negó con la cabeza, se incorporó e introdujo un cucharón de mango largo en la marmita.

—¿Dónde está el cubo? —soltó Opilio—. Despierta, Tarkel.

El tercer miembro del grupo de cocina era un chaval delgaducho, de unos trece o catorce años. Estaba acucillado junto a la encimera, intentando recoger los trozos de verdura que salían despedidos hacia donde se encontraba.

Simo, de pie frente a un gran barril de agua, reparó en su dueño.

—Perdón, señor. No tardaré nada.

Opilio se dio la vuelta.

—Ah, el señor se está impacientando porque no tiene su vino.

Casio entró a la cocina.

—Parece que me calma el estómago.

Opilio cogió una jarra que llevaba Simo, se aproximó al hogar y luego cogió una pequeña sartén con vino que había junto a la marmita.

—Estarás bien por ahora, señor. Tenemos la mar en calma. Por eso tenemos que cocinar ahora todo lo que podamos. Al capitán le gusta comer caliente.

Estar encajonado en aquel espacio diminuto, preparando comida con mal tiempo, era uno de los peores trabajos que Casio pudiera imaginar.

Opilio le dio una jarra llena.

—Mantendré la sartén caliente para ti, señor. Por si luego quieres un poco más.

—Te lo agradezco.

Casio y Simo salieron de la cocina. Aunque el mar estuviera en calma, seguía siendo necesario agarrarse a algo sólido. Cuando llegaban a la cabina, Clara, la joven dama, bajaba las escaleras. Estaba pálida, y parecía nerviosa. Aferrado con fuerza contra sus enormes pechos llevaba un morral de cuero.

—¿Oficial Córbulos, señor?



—¿Sí? Ah..., deben de ser esos documentos.

Antes de que Annia volviera a Amindos para preparar el viaje, Casio le había pedido que recogiera los documentos de la oficina de su padre.

La muchacha le dio el morral.

—Clara, ¿verdad? —preguntó Casio con una sonrisa.

—Sí, señor.

La nave cabeceó de pronto y la muchacha se vio obligada a poner una mano en la pared.

Casio la cogió del brazo para sostenerla.

—Cuidado. ¿Tu señora está bien?

Clara estaba haciendo un esfuerzo por no mirarlo a la cara.

—Sí, señor.

—Sí —dijo Casio—. Son momentos difíciles para ella. Para ti también, imagino.

—Sí, señor.

Se retiró un mechón de pelo de la cara.

A pesar de sus reservas, Casio de pronto se sintió contento de tenerla a bordo, aunque solo fuera por una cuestión de estética. No había nada peor que no tener mujeres a las que mirar, otro de los peligrosos gajes de la vida militar.

—Bien. Será mejor que vuelvas con ella.

Dijo un «Sí, señor» más y se fue.

—Bonitas curvas —dijo Opilio cuando las sandalias de Clara desaparecieron escaleras arriba.

Casio dio media vuelta y vio que los tres encargados de la cocina se habían aproximado a la puerta.

—Me gustan las mujeres con algo de carne en los huesos.

Para Casio el comentario resultó ser de mal gusto, pero no pudo evitar reír cuando Opilio se frotó las manos alegremente y volvió con los otros dos al trabajo.

Casio se había percatado de la mueca de desaprobación en la cara de Simo; entró en la cabina y se sentó en el lecho. No sabía mucho acerca de las creencias cristianas en lo que a relaciones sexuales se refería, pero, sin decir una palabra, Simo le había dejado claro que no veía con buenos ojos los comentarios frívolos y las observaciones soeces.

Casio echó un vistazo al morral que llevaba encima.

—Supongo que todo esto acabará en manos de Pulcher tarde o temprano. Al menos podemos mirar a ver si hay algo útil.

Tuvo que abrir bien la mano para poder sacar todo el taco de documentos. Le dio una cuarta parte a Simo y él cogió una cantidad similar.

—¿Qué es lo que buscamos exactamente, señor?

—Nombres. Cualquiera que pueda estar relacionado con causas abiertas o asuntos que Mémor tuviera entre manos y que pudieran tener que ver con su asesinato. Si algo se te antoja relevante, apártalo.

Una hora después, Casio había aprendido más sobre el Servicio de Seguridad Imperial que tras la docena de conversaciones que había podido mantener con Abascantio. Su superior era, a todos los efectos, un espía, con un ojo puesto en los enemigos de Roma y otro en la élite gobernante, particularmente la militar. Así es como hacía las cosas, y eso es lo que creía que se esperaba de él. Pero Casio también supo que había otros agentes dedicados a operaciones de campo, trabajo de inteligencia, recaudación de impuestos y hasta gestión de prisiones. Y algunos seguían cumpliendo su tradicional labor de obtener y distribuir suministros a las legiones, aunque aquello no dejaba de servir de tapadera para todo tipo de intrigas.

Así que Casio esperaba encontrar muchas órdenes. Órdenes para Mémor del comandante Pulcher en Roma, y órdenes de Mémor a sus muchos subordinados en África y el este.

Había tales cartas. Y también informes, con datos suministrados por esos subordinados: efectivos de las legiones, estimaciones del tamaño de flotas enemigas, resúmenes de presupuestos, informes de inteligencia, incluso mapas.

Pero la mayoría, dos tercios, estimó Casio, eran cartas de personas que no pertenecían al Servicio. Algunas del personal militar, algunas de miembros del séquito de algún gobernador, otras de simples ciudadanos, desde Mauritania hasta Arabia, desde Galatia hasta Egipto. Y la mayoría de sus autores parecían tener un claro objetivo: crearles problemas a otros.

Gran parte de las misivas eran tan parecidas que Casio empezó a leerlas por encima, y, aunque con pequeñas diferencias, el sentimiento que transmitían era el mismo una y otra vez.

«Lamento decir que debo hacerle partícipe de este vergonzoso comportamiento».

«Ha minado nuestra autoridad con el populacho local».

«A todas horas obtiene dinero de alguien».

«Sus iguales lo consideran una carga».

«Recomiendo que sea apartado del cargo».

«Este escándalo podría menoscabar la reputación del gobernador».

«Puedo suministrar más pruebas si es necesario».

«Confío en que adopte las medidas oportunas».

—Parece haber muchas quejas, señor —observó Simo.

—Dioses... No veía tanto chismorreó desde que estaba en la escuela. Parece haber hecho oídos sordos a la mayoría.

El procedimiento empleado por Mémor era sencillo. O bien escribía «No actuar» o escribía una pequeña nota al pie para sí mismo. En varias ocasiones había escrito una nota abreviada que Casio pronto supo que significaba «Guardar para utilizar en un futuro».

Sabía que Abascantio utilizaba una técnica similar en Siria: acumular información potencialmente dañina sobre la mayor cantidad de personas posible, por si necesitaba

presionarlos en el futuro.

—En fin, podemos descartar todo aquello en lo que Mémor escribió «No actuar». Y podemos ignorar cualquier documento que sea muy reciente. El asesino y sus pagadores hubieran necesitado algo de tiempo para planear el asesinato. —Casio miró hacia la pila de documentos que Simo había amontonado—. ¿Algo interesante?

—Varias órdenes de arresto, señor, del comandante Pulcher en Roma. Y algunas copias de peticiones hechas por Mémor requiriendo información acerca de algunos individuos.

—Yo tengo más de lo mismo. Empezaremos con la lista de nombres mañana. En caso de que no podamos capturar a ese tal Dión, al menos podremos tomar otros caminos.

Casio dejó caer los pergaminos y el morral sobre la manta de Simo. Mientras el galo se afanaba en recogerlos, Casio se apoyó contra la pared y se puso las manos detrás de la cabeza con los dedos enlazados.

—Astuto..., hacerlo ahora. Los puertos quedarán cerrados en invierno. La mayoría de los caminos ya están cubiertos de barro, y pronto habrá nieve y hielo. Por los dioses, esto podría formar parte de un ataque contra el Servicio en su conjunto. ¿Y si Pulcher y los demás oficiales también son objetivos?

—¿Es eso posible, señor?

—Piensa en la Historia, Simo. ¿Cuántos emperadores han sido asesinados? No recuerdo que hubiera muchos retirándose a vivir una apacible existencia. ¿Y tú? Puede que alguien, en algún lugar, haya decidido que el Servicio ha ejercido demasiada influencia durante demasiado tiempo. Por Júpiter, por una vez desearía que Abascantio estuviera aquí. Él sabría lo que hacer.

—Saber lo que hacer nunca ha sido un problema para ti, señor. No creo que lo vaya a ser ahora.

Casio se sintió bastante alentado por aquel comentario, aunque solo viniera de Simo. Aunque sumiso, el galo nunca había sido un lameculos. Decía lo que sentía.

—Recuerdo el fuerte, señor —continuó diciendo Simo—, Alauran.

—No creo que ninguno de los dos vayamos a olvidarlo fácilmente.

Simo posó los documentos un instante.

—Esos primeros días, señor. Yo no dejaba de pensar que te darías por vencido. Incluso que huirías. Pero seguiste adelante, adelante, adelante. Hasta que acabó todo.

Casio no supo qué responder.

—¿Por qué no llevas la condecoración de plata, señor? Podría limpiártela.

Casio sintió que su ánimo se desplomaba.

—¿Sabes cuántas veces utilicé la espada en aquel fuerte, Simo?

—No.

—Una vez. Contra un hombre herido que yacía a mis pies. Y ni siquiera pude acabar con él. Ya te lo he dicho. Si no hubiera sido por los demás... Estrabón, Auso, Sereno, todos ellos... Nunca hubiera aceptado aquella condecoración. Es suya. No

mía.

Casio se incorporó.

—Saldré a tomar un poco el aire antes de acostarme. Ponme otra manta.

—Sí, señor.

El cielo se veía despejado, solo había pequeños bancos de nubes en la lejanía, hacia el este, y la luna menguante arrancaba destellos al mar. El viento había amainado, pero aún había el suficiente como para llenar las velas, que impulsaban al *Fortuna Redux* por la costa oeste de Rodas. La isla, un borrón negro, podía verse y hasta sentirse. Justo frente a la nave bailaba un grupo de luces.

—¿Qué población es aquella? —le preguntó Casio a Asdríbar apartándose de la regala.

El capitán estaba sentado en una silla que, de alguna manera, había sido anclada a la cubierta, justo delante del puesto del timonel. Tras él se encontraba Korinth, con una mano en cada caña y los ojos fijos en la proa.

—Camiros —respondió el cartaginés sin mirar. Estaba hundido en la silla, acolchada con un buen número de cojines. En el suelo, junto a sus pies descalzos, había un plato de madera con los restos de su cena—. ¡Oigo tu vela aletear, Nigrino, ténsala un poco!

Casio apenas podía ver al marino sentado a la izquierda del mástil que aferraba el cabo del trinquete.

—¡Eso servirá! —añadió el capitán cuando cesó el aleteo.

Cegato también se encontraba en cubierta inspeccionando la vela mayor. Casio, que había estado en la bodega cuando izaron la botavara, ahora miraba las jarcias y aparejos; era difícil imaginar cómo una tripulación tan reducida había conseguido levantarla.

—¿Dónde estaremos cuando amanezca? —preguntó Casio.

Asdríbar se pasó la mano por la cúpula marrón que tenía por cabeza.

—Me daré por satisfecho si Rodas queda bien a nuestras espaldas cuando amanezca.

—Oh.

—Es una isla grande —explicó Asdríbar.

Satisfecho con los aparejos, Cegato deseó a los demás las buenas noches y desapareció escaleras abajo.

—¿Te retirarás pronto, capitán? —preguntó Casio.

—La primera noche, no. Siempre me quedo la primera noche. Quizá también la segunda, la tercera y la cuarta en esta travesía.

—¿Por qué? ¿Por lo tardío de la temporada?

—No es lo tardío de la temporada, oficial, es que ya no es temporada. Y dejó de serlo hace tiempo. Esto es lo que los viejos marinos llaman Tiempo Oscuro, cuando

una tormenta puede surgir de ninguna parte, echar el mástil abajo y dejarte a la deriva en medio de la niebla durante días. O semanas.

Casio sabía que una conversación así no lo ayudaría a conciliar el sueño, pero no podía evitar sentir curiosidad.

—¿Pero has navegado en noviembre en otras ocasiones?

—Sí. Tres veces.

—¿Solo tres? ¿Cuánto tiempo llevas navegando?

—No estoy del todo seguro. Pero creo que Maximino el Tracio era emperador. ¿Cuánto hace de eso?

—Unos treinta y cinco años.

—Pues ahí lo tienes.

—¿Y cómo fueron los otros viajes? —preguntó Casio prefiriendo no adentrarse en las implicaciones que tenía lo que Asdríbar le acababa de decir.

—Dos de ellos fueron bien..., bueno, acabaron bien. Al menos volvimos a casa sanos y salvos.

—¿Y el otro?

—Bueno, eso fue hace mucho tiempo. Yo era marinero de cubierta en el *Alka*..., un viejo carguero de trigo que zarpó de Tingi. El ejército necesitaba que transportásemos auxiliares a través de las Columnas de Hércules desde Mauritania hasta Calpe Mons. Empezamos la travesía con cielos despejados, con vientos que no permitían alcanzar más de dos o tres nudos. A una milla de la costa de Hispania nos sorprendió una borrasca. Todo el cielo se volvió negro. No podíamos mantener los ojos abiertos de tanto como llovía. No pudimos bajar la botavara a tiempo. El brazo de babor se partió y nos arrastró hasta la cubierta de proa. La bodega se inundó así de rápido —Asdríbar chasqueó los dedos— y el *Alka* se fue a pique más deprisa que lo que puede correr una puta que debe el alquiler. Encontré un corcho y salté por la popa. Me recogió un barco de pescadores dos horas más tarde. Estaba pisando tierra a las tres horas.

—¿Y los demás?

—Ocho de los tripulantes lo lograron. Uno de ellos, un maldito griego, quiso quitarme el corcho, pero le saqué la idea de la cabeza bastante rápido.

—¿Y los auxiliares?

—Ni uno. No tenían ninguna oportunidad, iban cargados con toda su panoplia. Todos fueron directos al dios de las profundidades. Aunque imagino que él tampoco los quería, porque pronto sus cuerpos empezaron a aparecer por todas partes. Había cientos. Pop..., uno ahí, pop..., otro allá. Uno de ellos emergió junto a mí con su cara vieja y blanca. A punto estuve de hundirme cuando vi aquello.

Casio respiró hondo y deseó no haber empezado aquella conversación.

—Pero eso solo ocurrió una vez —añadió Asdríbar—. Como digo, las otras dos veces todo fue bien.

Casio se dirigió a la escotilla.

—Buenas noches.

—Buenas noches, oficial —repuso el capitán—. Que duermas bien.

## XI

El único lugar espacioso, donde pudiera disfrutarse de cierta privacidad en el *Fortuna Redux*, era la bodega principal. Con la escotilla abierta hacia un lado, gozaba de buena iluminación bajo la brillante luz del sol matinal, y una vez retiradas unas cuantas ánforas, quedaba un espacio cuadrado de unos quince pies de ancho. El amanecer había traído consigo algunos nudos de viento, pero el mar permanecía en calma, y, aparte de sufrir de vez en cuando una sacudida o un cabeceo, era relativamente fácil mantenerse en pie.

Casio miró hacia la proa para comprobar que no hubiera ojos indiscretos tras los fardos de paja y madera. Por suerte, los mareos aún no se habían presentado en toda su crudeza. Esto lo atribuyó al vino caliente de Opilio, así que, para desayunar se bebió una jarra entera. Ya era la hora tercia, y Casio se sintió satisfecho al descubrir que Rodas había quedado muy atrás, con el *Fortuna* navegando con fuerza a unos buenos cinco nudos.

Al llegar a la bodega, se había encontrado a Indavara disparando flechas contra la tapa de un barril. El guardaespaldas había estado manejando el arco con las dos manos y parecía disfrutar del reto que suponía el bamboleo de la nave.

—Bien —dijo al tiempo que bajaba el arco—. Veamos eso, entonces.

Casio le entregó el tahalí. Indavara desenvainó y dejó el tahalí y la funda encima de un barril. Observó con desdén la cabeza de águila; luego repasó con los ojos el resto del arma.

—Ni siquiera tiene acanaladura.

—¿Qué dijiste que era la acanaladura? —preguntó Casio.

—La hendidura que corre por el centro de la hoja. Permite que pase el aire cuando la espada hace carne. Resulta más fácil sacarla después.

—Ah.

Por un momento Casio sintió que al fin las náuseas fueran a golpearlo después de todo.

Indavara negó con la cabeza.

—Pesa como un tridente. Y blandirla resulta igual de difícil.

Se la lanzó a Casio, que acertó a cogerla por la empuñadura.

Indavara miró los antebrazos de Casio.

—He visto a niñas de quince años con muñecas más fuertes que las tuyas. — Casio lo atravesó con la mirada, pero el guardaespaldas continuó—: Dime que eran así cuando acabaste tu instrucción.

Casio negó con la cabeza de mala gana. Había perdido volumen a lo largo de los dos últimos años, masa muscular principalmente. Nunca había comido mucho, y el único ejercicio que practicaba algo era el de nadar.

—Necesitas ponerte en forma —dijo Indavara—. Empieza por poner la hoja apuntando al suelo; luego levántala hasta poner el brazo en horizontal. Haz veinte.

—Muy bien.

Casio siguió sus instrucciones. Al llegar al vigésimo movimiento, afeó la cara y, al momento, se arrepintió de haberlo hecho.

—¿Demasiado para ti, oficial?

—Lo estás disfrutando, ¿verdad?

Indavara se encogió de hombros.

—Siempre supe que el entrenamiento de los legionarios era una pantomima comparado con lo que hacemos los gladiadores, pero, aun así, es difícil creer que tú lo superarás.

—Lo superé, no te preocupes por eso. Los sesenta días.

A Casio pronto lo asaltó uno de sus recuerdos más vergonzosos: llorando sobre su almohada al final de, al menos, los primeros veinte de aquellos días. Apuntó a Indavara con la espada.

—No te entusiasmes demasiado, guardaespaldas. Te hubieras ido a casa al tercer día.

—¿Qué ocurre el tercer día?

—Se nada media milla.

La sonrisa triunfal de Casio no duró mucho. El barco dio una sacudida y ambos se tambalearon hacia la proa.

—¿Quieres hacerlo o no? —preguntó Indavara cuando la nave volvió a estabilizarse.

—Adelante.

—Ahora muévela de un lado a otro. Pon los pies firmes. No gires el cuerpo.

—Creía que había que mantener los pies en movimiento.

—Estamos fortaleciendo el brazo con el que manejas la espada, no estamos con la técnica.

Cuando el ejercicio hubo concluido, Indavara le pidió que hiciera movimientos en diagonal, de izquierda a derecha, y luego de derecha a izquierda.

—Esto es lo que debes hacer —le indicó a Casio cuando este había acabado—. Cincuenta de cada una de las variaciones, al levantarte y justo antes de acostarte.

—¿Antes de acostarme? Estaré sudado entero.

—No después de una o dos semanas.

—Muy bien. ¿Ahora qué tal si me enseñas algo útil? Alguno de tus trucos de gladiador.

—Olvídate de los trucos. Tampoco podemos hacer mucho con el barco en movimiento. ¿Tienes suficiente dinero como para comprar otra espada?

—En realidad no.

—¿Y si vendes esa cosa?

—¡No voy a vender esto! Me pasé media tarde regateando.



Indavara negó con la cabeza, desesperanzado.

—Dijiste que habías tomado parte en una batalla una vez, en aquel fuerte. ¿Cómo te fue? Dime la verdad.

Casio miró al suelo.

—No podía pensar. Era demasiado lento. Mi mente... simplemente se quedó en blanco.

Indavara se acercó a la hilera de barriles que había a la derecha de la bodega.

—Será mejor que nos sentemos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Para hablar.

—Se supone que deberías estar enseñándome a luchar.

—Antes de eso debemos hablar.

Casio suspiró, recogió su tahalí y envainó la espada.

—Esto es nuevo. Tú instándome a que hable.

Se sentó en el barril que había junto a Indavara. Uno de los tripulantes pasó junto a la escotilla y les dedicó una mirada. Más allá, el cielo lucía un azul tranquilizador.

—¿Practicasteis cuerpo a cuerpo durante los entrenamientos? —preguntó Indavara.

—Un poco.

—¿Practicaste lucha griega cuando eras joven?

—Lo dejé en cuanto pude. —Casio hizo una mueca—. Todo ese aceite, y el sudor... El único hombre al que estoy preparado para abrazarme es a mi padre, e incluso eso no me gusta del todo...

Indavara puso los ojos en blanco.

—El cuerpo a cuerpo es difícil. Y algo me dice que no naciste para ello. Si me veo sin un arma, yo siempre procuro improvisar. Nunca utilizo los puños si puedo evitarlo. —Le mostró los dedos—. Recuerda lo valiosos que son estos. Si no puedes agarrar o coger, tienes un problema. Las botas son útiles. —Dio un golpe con la bota en el suelo—. He clavado algo de madera a la punta de estas. Hacen lo suyo en espinillas y rodillas.

—Muy ingenioso.

—Probablemente deberías centrarte en la daga y la espada por el momento. Pero deberás empezar por cuidarlas.

—Simo las cuida. Están inmaculadas.

—Simo no las cuida. Hace que estén bonitas. Enséñame la daga.

Casio la sacó de la vaina del cinturón. La daga reglamentaria que era entregada a los legionarios tenía una hoja de diez pulgadas de largo por tres de ancho y estaba coronada por una punta triangular.

—Son casi como pequeñas espadas estas cosas del ejército —dijo Indavara al cogerla—. Una buena arma en las manos adecuadas —señaló con el arma a la espada de Casio— es más útil que esa maldita cosa.

Indavara sacó su propia daga, que era más estrecha y más corta. Tomó ambas por el mango y las soltó de punta para que cayeran sobre la madera. La de Indavara se clavó al instante. La de Casio rebotó y cayó a un lado.

—No está lo suficientemente afilada. Te enseñaré cómo dejarla en condiciones. —Recogió la daga y la examinó—. Casi no se ha tocado.

Casio se encogió de hombros.

—Ya te lo he dicho, no me gustan las espadas. No me gusta cogerlas, no me gusta utilizarlas. Ni siquiera me gusta llevarlas encima.

Indavara se alzó y se encaró a él.

—¿Y qué? ¿Dejarás que te maten? Si un hombre te ataca, ¿le dejarás que te abra la tripa?

—No, pero...

—Tiene que haber algo de guerrero ahí dentro. Machacaste a ese Scauro en el río aquel día.

—Sí, es cierto. Odiaba a aquel tipo.

—Olvídate del odio —dijo Indavara—. ¿Qué pasa si un ladrón te sale al paso de entre las sombras? No tendrás tiempo de odiarlo, ya te habrá metido un palmo de metal. ¿Alguna vez le has soltado un tajo a alguien?

—Una vez —dijo Casio—. En el fuerte. A un palmireno.

—He visto a hombres, no a muchos, pero sí a unos cuantos, que preferían recibir una estocada a darla. Si eres así, no podré ayudarte.

—No soy así. Ya te digo que no.

—Simplemente dite a ti mismo: él o yo. Valoras tu vida, lucharás.

—Él o yo.

Indavara asintió.

—Él o yo.

Después de una hora de entrenamiento, Casio pasó el resto de la mañana repasando los documentos de Mémor. Así que para cuando había acabado de comer se dispuso a tomar el aire. Ascendió por la escotilla, se encontró con el resto de la gente en cubierta, los tripulantes, todos y cada uno de ellos atareados, los otros cuatro pasajeros aprovechando el buen tiempo. Aunque el cielo estaba más gris que azul, casi no había nubes. El viento aún soplaba de poniente y era lo suficientemente fuerte como para que el *Fortuna* siguiera cortando las aguas hacia Creta.

Aparte de Cegato, al timón; de Asdríbar, de pie junto a Annia y Clara, y de aquellos ocupados con el velamen, el resto de la tripulación estaba sentado en corro entre el mástil y la escotilla principal. Bajo la atenta mirada de Korinth y Opilio, los hombres reparaban una vela, cortaban secciones dañadas y luego cosían parches a la gruesa tela. Al igual que el resto de las velas, esta había sido tintada de azul.

Simo e Indavara estaban sentados contra la regala, a estribor. Simo leía un

pequeño libro. Casio supuso que era uno de sus preciados tomos religiosos, e hizo una nota mental para advertirle de que se anduviese con cuidado: no tenía sentido airear sus creencias cristianas ante unos marineros supersticiosos y obsesionados con los presagios. Indavara estudiaba con detenimiento un trozo de pergamino. Miró hacia arriba, vio a Casio y llamó la atención de Simo con un codazo. Casio levantó la mano para indicarle al galo que debía permanecer en el sitio.

Asdríbar estaba apoyado sobre la regala de babor con los brazos cruzados, la imagen misma del relajó. Annia y Clara estaban junto a él, observando el mar.

—Buenas tardes —le dijo el capitán cuando Casio se aproximaba.

—Oficial Córbuló... —dijo Annia. Clara hizo una leve reverencia. Llevaba puesta una sencilla estola sobre la túnica. Su ama presentaba un tono amarillento.

—Buenas tardes.

Casio miró por encima de ellas hacia una isla al sur.

—Eso es Krapathos —explicó Annia.

—Ah.

—La joven señora ha navegado hasta allí por sí sola —añadió Asdríbar.

—Sí, ya me lo dijo —repuso Casio—. Bastante impresionante.

—Mucho, debo decir.

—¡Capitán!

El grito provenía de la proa, donde Tarkel, el muchacho, señalaba hacia algo en la distancia.

—Disculpad.

Asdríbar se apresuró a proa.

Annia miró hacia las velas.

—Los dioses nos han bendecido con vientos favorables.

—Sin duda —repuso Casio colocándose junto a ella en la regala—. Esperemos que siga así.

Mientras las mujeres seguían mirando al mar, Casio las observaba a ellas. Aunque estuvieran cubiertas por varias capas de ropa, el viento hacía que estas se les pegaran al cuerpo, marcando así sus pechos y caderas. Casio se consideraba un experto en desvestir mujeres con la mirada sin que se le notase, pero la apartó en cuanto la de Annia se volvió hacia él.

—Pareces demasiado joven para el Servicio, oficial Córbuló.

—He ascendido rápido, supongo —repuso Casio. Era la verdad, hasta cierto punto.

—Un gran honor, ¿no es así? Dedicar la vida a proteger el Imperio y al emperador...

—Lo es, señorita.

—Sé lo que algunos piensan del Servicio, en Roma, y también en Rodas. Pero sé lo valioso que es tu trabajo. Mi padre renunció a mucho tiempo con nosotros, su familia. Todo por Roma.

Al tiempo que sonreía cortésmente, Casio pensó en la relación de la dama con Mémor. Resultaba evidente que aquel hombre había conseguido, hábilmente, que su familia solo viera lo que él quería que viese. Casio deseó que nunca llegaran a conocer el asunto, o los asuntos —es probable que hubiera más—, pero temía que iba a ser más difícil aislar a Annia de las verdades del trabajo que desempeñaba su padre. Quizá lo más prudente fuera ir preparándola para alguna revelación poco agradable.

—La labor del Servicio es importante, por supuesto, pero las consecuencias pueden llegar a ser muy serias para aquellos que conspiran en contra de los intereses del emperador.

Annia lo sorprendió con su respuesta.

—Recogemos lo que sembramos, ¿no es eso lo que se dice?

Casio pensó que la expresión podía resultar más apropiada si fuera dicha acerca de la suerte que había corrido su padre.

Annia miró al agua, de color azul oscuro, que pasaba junto al casco.

—No puedo pensar en nada más. Nada. Trogo me impidió entrar en la oficina, me impidió que viera a mi padre. En aquel momento lo odié, pero ahora me alegro de que lo hiciera así.

Casio recordó lo que Indavara y él habían visto en el cobertizo.

—Trogo actuó con total corrección, señorita.

—Clara me dice que debería mantenerme ocupada, pero no puedo despejar la mente. Lo ha intentado con trabajos de costura, juegos, poemas, canciones, libros...

Casio miró por encima del hombro de Annia a la dama, quien dirigió un vistazo de preocupación a su señora. Luego esta se retiró el pelo largo y negro del cuello.

—¿Qué sueles leer? —preguntó Casio. Cuanto más hablaba con Annia, menos irritante le resultaba. Se dio cuenta de que, ahora, le apetecía conocerla.

—Un poco de filosofía.

—¿En serio?

Casio tuvo que hacer un esfuerzo titánico para alejar de su voz todo rastro de sarcasmo, pero no estaba seguro de haberlo conseguido. Se preguntaba si Annia se había parado a pensar alguna vez por qué no había mujeres que cultivaran la filosofía, y que eso pudiera significar que, como mujer, se estaba extralimitando.

—En serio —repuso cortante.

—Supongo que, como originaria de Rodas, es algo que se espera de ti.

—La isla ha sido bendecida con algunos pensadores imaginativos.

—¿Antonio de Rodas, por ejemplo? Discípulo de Porfirio, ¿no es así?

—Así es —dijo Annia—. Una vez lo oí hablar.

—Recuerdo que un amigo fue a escuchar a Porfirio una vez, en Roma, hace años —dijo Casio—. Seguidor de Plotino, tengo entendido.

—Eso creo.

Casio se quedó atónito. ¡Una joven interesada en la filosofía! No pretendía ofenderla, pero sí decidió valorar hasta dónde llegaban sus conocimientos.

—Plotino llegó a especular con algunos conceptos fascinantes. La idea del «uno», por ejemplo. Un ser que lo es todo, no una cosa, pero sí la suma de todo. Es interesante compararlo con el pensamiento platónico.

Annia esbozó una leve sonrisa.

Casio supo que había ido demasiado lejos, acababa de avergonzar a la pobre joven.

—¿Y? —dijo ella.

—¿Y?

—¿Cómo compararías tú a ambos, oficial?

—Esto...

Aparte del hecho de que algunas de las opiniones de Plotino eran contrarias a las de Platón, Casio solo conocía algunos detalles esquemáticos.

—Bueno, su concepto del «uno», por ejemplo.

—¿Sí?

Ahora Clara también lo observaba.

—Esto... La relación entre el «uno» y la humanidad.

—¿Sí?

Muy típico de ella aquello de llevarlo al límite. Casio escarbó en los profundos recovecos de su memoria y logró rescatar algunos conceptos clave. No estaba del todo seguro, pero tenía que decir algo.

—Bueno, hace ya un tiempo, por supuesto, pero, si no recuerdo mal, el argumento se centra en cuestiones tan fundamentales como el acto de creación, las fases de la perfección y conceptos como los del demiurgo y la dualidad. Aunque eso no es más que el punto de partida para un debate, por supuesto.

Annia frunció el ceño. Casio era consciente de que había quedado como un idiota. Aunque la muchacha hubiera prestado la más mínima atención al discurso que acababa de escuchar, era probable que supiera más que él.

—Sinceramente, no recuerdo bien los detalles —dijo ella—. A veces resulta todo muy confuso.

—Cierto. Cierto —repuso Casio, procurando no suspirar de alivio—. Sí. Por supuesto, mi área principal de estudio fue la oratoria.

—Ah —dijo Annia—. Sí que puedo imaginarte como orador.

—¿De verdad?

—Oh, por supuesto. Pareces tener una innata habilidad para decir muchas cosas sin responder a la pregunta.

Los ojos de Clara se abrieron al máximo y entonces miró hacia otro lado. Casio estaba demasiado sorprendido como para valorar su propia reacción, y, más aún, se vio incapaz de dar una respuesta inmediata.

—Es broma, oficial —dijo Annia con una sonrisa conciliadora—. Por favor, no te ofendas.

—Eres muy rápida —dijo Casio amargamente—. Muy rápida.

—Por favor. —Le colocó una mano con delicadeza sobre el brazo—. Te pido disculpas si te has sentido insultado.

Casio se ruborizó. Mirar aquellos preciosos ojos verdes hizo que se ablandara. Aunque la observación aún escociese.

—¿Cómo es que acabaste siendo un soldado, señor?

Casio apartó el brazo.

—¡Oficial! —Asdríbar volvía de proa.

—Quizá me lo cuentes luego —dijo Annia.

—No creo —replicó Casio—. Es una pena que tu dama no haya encontrado nada para distraerte de tus penas, ya que parece haber ideado tu propio entretenimiento. Te sugiero que, para beneficio de ambos, te limites a tejer a partir de ahora.

Casio le dio la espalda mientras Asdríbar se acercaba.

—¿Llevas encima algún tipo de documento? —preguntó el capitán—. ¿Una autorización o algo así?

—Por supuesto. ¿Por qué?

—Hay una galera romana a lo lejos, se aproxima desde el sur. La avistamos por primera vez esta mañana.

—Bien, ¿y?

—Acaba de cambiar el rumbo. Para interceptarnos.

—Eso no debería suponer un problema, ¿no?

—No debería. No.

A Casio le preocupó la falta de convicción en la voz del cartaginés. Iba a insistir cuando algo duro impactó contra la cubierta. Mirando por encima del hombro de Asdríbar, vio que Indavara se secaba la cara y que miraba al pergamino empapado que tenía en la mano. Korinth estaba de pie frente a él, junto a un caldero que parecía habersele caído a los pies de Indavara.

—Oh, perdón —dijo el corpulento marinero con una media sonrisa provocadora.

Casio medio esperaba que Indavara saltase sobre él, pero el guardaespaldas se levantó despacio, con los ojos fijos en aquel hombre que lo superaba en altura.

Korinth se rascó la parte quemada de la cara; luego le hizo un gesto con la mano para que fuese a por él.

—Ahora no tienes tu vara, ¿eh? A no ser que quieras ensartarme con ese pergamino, tendrá que ser a puñetazos.

—¡Cálmate, muchacho! —gritó Cegato. Un par de marineros comenzaban ya a animar a la pelea cuando Asdríbar se apresuró a intervenir.

Indavara se cruzó de brazos.

—No pienso romperme los dedos partiéndote ese asqueroso hocico.

Korinth parecía dispuesto a abalanzarse sobre él cuando Asdríbar se puso en medio.

—¿Qué te he dicho? —le increpó el capitán—. Vuelve a hacer eso y tu parte de este viaje quedará rebajada de una sexta parte a nada. ¿Entendido?

Korinth seguía con la mirada fija en Indavara, que intentaba secar el trozo de pergamino.

—¡Korinth!

Al fin el marinero miró a su capitán. Asdríbar señaló a proa. Korinth le echó una última mirada envenenada a Indavara y se fue.

El ambiente de tensión creado por el incidente se acentuó con la aproximación de la galera. Poco después de que la nave cambiara de rumbo, un destello de luz, probablemente proveniente de un espejo solar, hizo una señal en código que todos los marinos parecieron entender.

—Aminorad, y preparaos para que suban.

Mientras los marinos recogían la vela mayor, Casio se unió a los que estaban a estribor para contemplar el acercamiento de la nave.

—Es el *Armata* —gritó el joven Tarkel mientras recogía un cabo.

—Sigue con lo que estás —ordenó Cegato, que supervisaba las maniobras desde el mástil.

—¿Qué significa «armata»? —preguntó Indavara.

—«Armado» —dijo Casio—. En el sentido de «armado para la guerra».

—Espero que no contra nosotros —dijo Asdríbar apesadumbrado al pasar junto a ellos.

Casio había estado rumiando lo que el capitán del puerto le había dicho acerca de la reputación del cartaginés. Lo siguió a toda prisa.

—¿Capitán?

—¿Sí?

—¿Debería estar preocupado? ¿Qué puede querer la marina del *Fortuna*?

—Extorsionarnos, probablemente.

—¿Con qué?

—Oficiales buscando un extra antes de volver a casa. Siempre ocurre.

—¿Extra? ¿Qué tipo de extra?

—Lo que sea que puedan encontrar. E impuestos que se inventan en el momento si no pueden encontrar nada.

—Imagino que no hay nada a bordo que no deba estar aquí.

—Eso es lo que pretendo decirles.

—¿Es cierto?

—Eso es lo que les diré.

Los ojos azules miraron de forma implacable a Casio, brillantes y claros, desde la cara bronceada. Casio decidió que probablemente fuera mejor no saber nada.

—La autorización —añadió Asdríbar—. Quizá sea buena idea ir a por ella ahora.

Casio instó a Simo a que se aproximara con un movimiento de la mano.

—Capa, casco y punta de lanza. También mis cartas. Y cuidado, no quiero que se

vuelen.

Mientras Simo se encaminaba abajo, Tarkel corrió tras él.

Korinth y otro par de hombres recogieron el trinquete y el *Fortuna* se detuvo lentamente. Sin propulsarse hacia el frente y sin el efecto estabilizador de las velas, la nave empezó a bambolearse. La sensación se agravó por efecto de los penoles proyectados hacia cada lado.

Después de unas bocanadas largas y profundas, Casio se obligó a permanecer centrado en la galera. Solo había visto ese tipo de nave en los puertos, y nunca una de aquel tamaño. Verla le recordó la primera vez que había visto el campamento de una legión en campaña, el de la IV Legión, acantonada en Palmira, Siria. Al igual que entonces, sintió dentro de sí una explosión de orgullo, y aquella calurosa sensación pareció ahogar las náuseas.

Casio había nacido tan solo cuatro años después del milésimo aniversario de la fundación de Roma. En momentos como aquel, y con un hombre como Aureliano al mando del Imperio, uno se olvidaba de los problemas de la Galia, de las incursiones de los godos o de rebeldes como la reina Zenobia. En momentos como aquel, Casio estaba seguro de que lo que su padre le había dicho a lo largo de su vida era verdad: Roma viviría otros mil años más.

—Y otros mil después de eso.

—¿Qué? —dijo Indavara.

Casio se dio cuenta de que había hablado en alto.

—Olvídate de tus gigantes, Indavara —dijo señalando la galera—. No hay nada en el mar tan poderoso como aquello.

Mientras el *Armata* cortaba las aguas rumbo a ellos, un gran ojo ovalado parecía mirarlos desde lo alto del ariete metálico. La galera no era de líneas elegantes, ni bellas: estas simplemente se mostraban eficazmente angulares. Parecía estar agazapada sobre las aguas y, sin embargo, parecía deslizarse por ellas. El casco, negro, parecía un mal presagio, y la cubierta mostraba el mismo rojo brillante que el gran estandarte cuadrado que colgaba de un mástil que se antojaba corto. El impulso de las velas era secundario; para los curiosos del *Fortuna* era difícil observar otra cosa que no fueran las compactas filas de remos que entraban y salían de las aguas con precisión sincronizada.

Casio los contó.

—Veintidós filas de tres. Debe de ser una nave capitana. Me pregunto cómo flota.

—Alejandrina —respondió Tarkel mientras ponía una rodilla en la regala. En una mano llevaba un rollo de papiro apretado contra una tablilla de escribir y en la otra, un trozo de carbón. El muchacho miró hacia el *Armata* y siguió hablando.

—Ciento cincuenta pies de largo, treinta de ancho. Tripulación completa: doscientos cinco, incluyendo ciento treinta y dos remeros y cuarenta infantes de marina. Armada con espolón, puente de abordaje y ganchos, con capacidad para torres de asalto, balistas y catapultas. Suele escoltar cargamentos de trigo. Me



gustaría saber qué hace por aquí.

—A mí también —dijo Casio con voz queda.

Ya podían oír el barco, la cadencia de los tambores que marcaban el ritmo, el agitado salpicar de los remos. Poco a poco ese ritmo marcado por los tambores fue haciéndose más lento y también el movimiento de los remos con él hasta que la nave de guerra se detuvo a unos cien pasos de distancia.

A pesar de lo que había dicho Tarkel sobre el número de tripulantes, Casio apenas podía distinguir a nadie; no se veía a los remeros, por supuesto, y tan solo había una docena de hombres en cubierta, apenas perceptibles tras las altas defensas de madera pintada que parecían una pared de escudos. Sí había, no obstante, algo de actividad en la parte trasera: las dos gabarras de la nave habían sido bajadas a popa y unos hombres las alcanzaban utilizando unas cuerdas.

Casio miró a Asdríbar. El capitán estaba cerca de Korinth, sumidos ambos en una discusión.

Annia se acercó a la regala.

—¿Qué querrán?

Casio la ignoró a propósito.

—¿Oficial?

—Ni idea.

—Espero que no nos retengan mucho tiempo —dijo Annia—. Incluso puede que nos ayuden.

Simo apareció por la escotilla con la panoplia de Casio. Casio se puso la capa sobre los hombros, se caló el yelmo y se abrochó la correa con fuerza. Dejó la punta de lanza al cuidado de Simo por el momento, y le cogió de las manos una cartera de cuero que enganchó cuidadosamente al tahalí.

Había tres cartas dentro. Una era una autorización emitida hacía unos meses por el comandante Pulcher que lo autorizaba a unirse al personal del gobernador en Siria. Las otras dos las había obtenido antes de partir de Antioquía hacia Cilicia. La primera era de Abascantio, e identificaba a Casio como oficial del Servicio de Seguridad Imperial y le recordaba a quien la leyera los privilegios y autoridad que tal puesto confería. La segunda era del prefecto Opio Julio Venator, comandante de la IV Legión.

Venator tenía razones para estar satisfecho de que Casio hubiera concluido con éxito el asunto del estandarte persa, y había accedido a dos peticiones del oficial: primero, que Casio fuera oficialmente asignado a la IV; segundo, que el prefecto le redactara una carta de recomendación. La primera no dejaba de ser, a grandes rasgos, un formalismo, pero la segunda era, para Casio, poco menos que de un valor incalculable.

Era una nota corta, tan solo unas líneas que declaraban que Venator reconocía a Casio como un oficial capaz y de buen carácter, y concluía con una petición, a quien la leyese, para que le dispensara cualquier favor o le prestara asistencia si esta fuera

necesaria. La carta era, además, el despacho más emocionante que Casio hubiera recibido jamás: lo había leído al menos diez veces antes de dedicar toda una noche a celebrarlo.

Además de ser un prefecto al mando de mil quinientos hombres, Venator venía de una familia extremadamente influyente que, según se creía, poseía la sexta o séptima fortuna del Imperio. Tenía tíos y hermanos en el Senado y contactos en docenas de provincias. Que a Casio lo asociaran por escrito y formalmente con un hombre tal aseguraba influencia, asistencia financiera y, lo más importante de todo, protección. Junto con su cota de malla y la punta de lanza, la carta era una de las posesiones más preciadas de Casio. Su padre siempre le había dicho que a un hombre se lo juzga por cuatro cosas: sus palabras, sus monedas, sus ropas y sus cartas.

Mientras observaba a las dos gabarras soltando del *Armata*, Casio esperó no tener que hacer uso ya fuera de las cartas o de la punta de lanza. Nunca había tratado con la marina.

—¿Para qué diablos estás haciendo un dibujo de esa monstruosidad, muchacho? —preguntó Cegato.

Tarkel lo ignoró.

—Deja que dibuje —dijo Opilio, que también había subido a cubierta para ver la galera.

Cuando estaban a unos cincuenta pasos, las gabarras se separaron. La primera continuó lentamente hacia estribor del *Fortuna*, mientras que la otra daba un rodeo por la proa. Los ocho remeros de la primera gabarra bogaban con parsimonia, lo justo para que el bote se moviese. Delante de ellos iban seis infantes de marina vestidos con túnicas verdes y armadura ligera: un peto de cuero musculado. También llevaban casco; tres de ellos iban armados con arcos.

Aparte de los remeros y los infantes de marina, había otro hombre en la gabarra. Iba sentado a proa, pero no tardó en incorporarse apoyando una mano en el bote para mantener el equilibrio. En la otra mano llevaba una vara acabada en esfera, algo que Casio sabía que era el equivalente naval de un sarmiento de centurión. Estaba seguro de que, para entonces, el oficial habría identificado su casco con penacho, pero no hizo amago de saludarlo. Casio miró por encima del hombro. La segunda gabarra ya se aproximaba a babor.

—Escuchad con atención —gritó el oficial en latín al tiempo que Casio se volvía—. Que dos hombres vayan a popa para recoger nuestros cabos. El resto, reuníos junto al mástil. Cualquiera que porte un arma deberá quitársela y dejarla en cubierta. Hacedlo ahora.

Uno de los infantes de marina más veteranos se llevó la mano a la espada. Los arqueros sacaron flechas y alzaron sus arcos.

Indavara se dirigió a Casio.

—¿Preparado para la guerra?

## XII

En cuanto las dos gabarras quedaron aseguradas, los infantes de marina engancharon escalas de cuerda a popa y treparon al *Fortuna*. Desenna y Korinth eran los dos marinos a los que Asdríbar había asignado la labor de recoger los cabos, y, mientras volvían para unirse al resto, los romanos se dispersaron por ambos lados del camarote de popa. Los que no llevaban arcos mantenían las manos en el pomo de la espada y observaban con severidad a los congregados alrededor del mástil. Al contrario que los legionarios, los marinos llevaban pantalones bajo sus túnicas y calcetines largos bajo las botas, y en vez de pender de sus tahalíes, las espadas colgaban de rudas tiras de tela.

El oficial fue el último en aparecer. Era un hombre pequeño, demasiado pequeño para su capa voluminosa, ricamente decorada y azul oscura. La fíbula en su hombro izquierdo tomaba la forma de una concha de ostra y estaba pulida, lustrosa en extremo. Su pelo cano, recién peinado y tratado con aceites, aguantaba bien los envites del viento. Se golpeó la palma de la mano con la esfera, se detuvo junto a las dagas apiladas al lado de la escotilla y le hizo un gesto a Casio para que se le acercase.

—En nombre de todos los dioses, ¿qué estás haciendo por aquí, joven?

—Casio Quintio Córbullo, señor. Me temo que es una larga historia.

El oficial le ofreció la mano y estrecharon antebrazos.

—Comandante Sexto Viridio Iumaro Lito, nave imperial *Armata*, Flota Imperial de Alejandría.

—¿Puedo preguntar por qué nos habéis dado el alto?

—Primero tu larga historia. Soy tercero al mando en una nave capitana, y eso me confiere un rango superior al de cualquier centurión.

—En realidad no soy centurión, aunque mi rango es equivalente. Soy de Seguridad Imperial.

Lito alzó una ceja.

—Eso debería ser bueno.

—Arribé a Rodas hace dos días. Fui para entrevistarme con Augusto Mario Mémor, un alto oficial del Servicio. Al acudir a su casa, descubrí que había sido asesinado. Di comienzo a las investigaciones de inmediato, y tengo razones para creer que el asesino zarpó ayer rumbo a Cnosos. Contratamos este barco y salimos en su busca.

Lito dirigió la mirada hacia el mástil.

—¿Y la señorita?

—Es la hija de Mémor —repuso Casio, avergonzado—. Insistió en venir.

—Vaya, vaya... —repuso Lito—. Menuda historia.

—Como podrás imaginar, señor, el tiempo es de vital importancia. Debo preguntar: ¿hay posibilidad de que nos asistáis? Vuestra nave podría adelantar al barco que perseguimos.

Lito ni siquiera se detuvo a valorar la propuesta.

—Imposible, me temo. Además de los peligros de la mar en esta época del año, lo que significa que mi capitán no pondrá en peligro al *Armata* ni un día más de lo necesario, estamos persiguiendo a nuestra propia presa. ¿Estás al corriente de la campaña del emperador contra la reina Zenobia de Palmira?

—Totalmente.

—Una facción de la élite local egipcia se mostraba muy favorable a su causa. Han estado intentando crear problemas estos últimos años, y el emperador ha decidido intervenir de forma decisiva. Se emitió una orden para el arresto de su líder hace algunos días, pero el ejército no ha logrado apresarlos. Se cree que ha escapado por mar. Llevamos tres días buscando su nave.

—Entiendo.

Lito dio un pequeño paso a su derecha.

—¡Quienquiera que sea Asdríbar, que venga!

Mientras el cartaginés se aproximaba, dos infantes de marina se colocaron justo detrás de Lito.

—Documentos de partida —ordenó el romano.

Asdríbar metió la mano en la pequeña bolsa que llevaba al cinto y sacó un pequeño trozo de papiro que le entregó a Lito. El oficial le sacudió el polvo y lo leyó.

—Parece en orden —dijo devolviéndole el documento a Asdríbar—. Aun así, haré que registren la embarcación. Hay que ser concienzudo. —Se volvió a Casio—. Estoy seguro de que puedes comprenderlo.

—Señor, puedo responder por este hombre y su tripulación. No hay forma de que tengan algo que ver con ese egipcio; estaban preparándose para pasar el invierno en Rodas.

—¿Que respondes por ellos?

Casio miró ahora a Asdríbar, que parecía bastante incómodo.

—Sí —dijo Casio, apenas convenciéndose a sí mismo.

—Porque uno de mis hombres me ha dicho que reconoce el nombre de *Fortuna Redux*. —Lito se dio un golpecito en el muslo con la vara de la esfera y miró, provocador, a Asdríbar—. Conoce el nombre del capitán. Sabe lo que es.

—¿Y qué soy? —preguntó Asdríbar desafiante.

Lito se inclinó hacia él.

—Vuelve a dirigirte a mí otra vez sin llamarme «señor» y haré que tu propia tripulación te ate con tus propios cabos y luego te pasen por la quilla de tu propio barco. ¿Entendido?

Asdríbar apretó los dientes antes de responder.

—Entendido, señor.

—Excelente.

Lito se pasó la mano por sus tiosos cabellos.

—También podría preguntar sobre tu cargamento, pedirte que declararas cualquier mercancía por la que no hayas pagado impuestos, bienes sin documentación... Pero sé por experiencia que las respuestas rara vez resultan ser ciertas, así que ya ni me preocupo. Veamos lo que podemos encontrar.

Lito se dio la vuelta sobre sus talones y se dirigió a sus infantes.

—Cuatro hombres de guardia en cubierta. Cuatro a popa, y peina la nave hacia proa. Cuatro a proa y hacia popa. Mirad en todas partes. ¡Vamos!

Los infantes se organizaron rápidamente, sus botas castigaron la cubierta dando comienzo al registro. Una sonrisa de suficiencia dirigida a Asdríbar, y Lito se ajustó la capa y se acercó al mástil. Casio se interpuso en su camino.

—Señor, ¿realmente es necesario?

Pensó que Lito le iba a pegar un grito, pero el comandante le respondió con calma.

—Por supuesto. A pesar de nuestro cometido en la misión asignada, los de la flota alejandrina no debemos descuidar nuestra labor fundamental: vigilar la piratería y el contrabando en estas aguas. Las arcas imperiales pierden millones cada año por culpa de barcos como este. —Lito volvió a mirar a Asdríbar—. Y por culpa de hombres como él. Hay que recuperar ese dinero de alguna manera.

—Señor, no puedo evitar pensar que mis superiores pueden sentirse... decepcionados con tu actitud. El comandante Mémor era segundo al mando del Servicio, y tenemos la oportunidad de capturar a su asesino. No podemos permitirnos perder ni una hora. Puede que si les echases un vistazo a mis cartas... Son del comandante Pulcher, en Roma; del prefecto Venator, de la IV...

—Estos hombres responden por ti, supongo.

—Sí.

Lito volvió a pasarse la mano por el cabello.

—Guárdate tus notitas, oficial. Aun suponiendo que los hombres que las han escrito sean más juiciosos que tú, son gente del ejército. En la flota hacemos las cosas de forma un tanto diferente.

Hizo un gesto para que Casio se apartara. Casio se hizo a un lado.

—Lo has dejado muy claro, comandante.

Mientras los infantes seguían con su registro, Lito se acercó a Annia, le besó la mano y le ofreció su pésame. Annia se mostró educada al principio, pero en cuanto Lito le dijo que no podía esperar ayuda alguna de la marina, le dio la espalda y se negó a hablar. Indavara y los marineros no hicieron amago de esconder una sonrisa.

—Extraña muchacha —balbució Lito cuando dio media vuelta para volver a proa. Uno de los infantes subió las escaleras.

—Señor, hay unos cuantos cofres atrancados aquí abajo.

—Aquí también —añadió uno de los hombres que había estado registrando el

camarote de popa.

Lito señaló hacia Asdríbar, que se encontraba con los marinos junto al mástil.

—Los infantes de marina quieren abrir algo. Ábrelo.

—Las mujeres están alojadas en el camarote —dijo Casio—. ¿También vais a hurgar en sus efectos personales?

Lito lo ignoró y sostuvo la mirada de Asdríbar.

—Date prisa.

Asdríbar pasó junto al romano para recorrer la cubierta, y este lo observó todo el camino.

—¡Quiere su ropa interior! —gritó una voz.

La tripulación estalló en risas. Clara, estupefacta, se llevó una mano a la boca. Annia ahogó una sonrisa. Lito se dio la vuelta, con los ojos llenos de ira.

—¿Quién ha dicho eso? ¿Quién?

Miró a Casio, que estaba casi seguro de que había sido Korinth. El contramaestre se encontraba de pie, con una mano apoyada en el mástil y la otra descansada en el cinto.

—¿Quién ha sido? —repitió Lito.

—Ni idea —repuso Casio—. Lo lamento.

Por segunda vez aquel día, Casio se encontraba esperando a que un barco fuera registrado, pero en este caso cualquier hallazgo incriminatorio entorpecería la investigación más que otra cosa. Pasó un cuarto de hora y los infantes seguían sin encontrar nada. Annia caminó hasta la proa y se sentó con Clara, que le cepilló el pelo a su señora mientras esta miraba al mar. Aquel espectáculo resultó ser suficiente para mantener a la tripulación ocupada, sin mencionar a los cuatro infantes de marina que aún permanecían en cubierta. Lito hizo lo que pudo para no mostrar su impaciencia, pero empezó a observar el *Armata* con inquietud y a pasear a grandes zancadas alrededor de la escotilla. La única persona que parecía contenta con la situación era Tarkel. Feliz, se arrodilló junto a la regala, con el carboncillo en la mano, y siguió dibujando la galera.

Uno de los infantes más veteranos emergió de la escotilla.

—Creo que tenemos algo, señor. El Calvo no hacía más que mirar los fardos de paja. Parece que hay algún tipo de cargamento tras ellos.

Con una maliciosa mirada, Lito se apresuró a bajar las escaleras.

Casio caminó hasta la escotilla. Los infantes apostados en cubierta lo observaban, pero no dijeron nada. Casio miró al penumbroso interior. Lito observaba mientras sus hombres retiraban los fardos hacia un lado e investigaban lo que acababan de encontrar.

—Mierda. Están vacíos —dijo el veterano—. Disculpa, señor.

—Enséñame eso —repuso Lito.

Ignorando a Casio, el comandante subió la mitad de las escaleras; sostenía una pequeña jarra que quedó iluminada por el sol. Sonrió.

—¡Ja! ¡Roja africana!

—¿Señor?

—Solo se trata de la mejor arcilla que el dinero puede comprar, maldito campesino. ¿Ves el sello en la base? De Thuburbo Maius, un centro de producción muy prestigioso. Estas se pagan a veinte denarios la pieza en Alejandría. Excelente. Verdaderamente excelente.

—¿Puedo subir a cubierta? —preguntó Asdríbar.

—Por supuesto, capitán —repuso Lito—. Estoy seguro de que necesitas un poco de aire fresco. Ah, y gracias por tu ayuda.

Asdríbar subió las escaleras. Casio intentó llamar su atención, pero volvió con la cabeza gacha hacia donde estaban los tripulantes.

Los infantes de marina no tardaron en recoger su botín. Cargaron las jarras de arcilla en dos barriles y los hicieron descender hasta las gabarras. Mientras tanto, Lito le dio permiso a Asdríbar para que ordenase instrucciones a la marinería y empezaran a preparar el barco.

Cuando la primera gabarra ya estaba de camino hacia el *Armata*, el comandante llamó a Casio y a Asdríbar a popa. De la otra gabarra solo quedaba un infante a bordo. Se mantuvo tras Lito mientras este se dirigía al cartaginés.

—Puedes considerarte afortunado, muy afortunado, de que me muestre tan generoso. Si esta nave no fuese un montón de tablones inservibles, tomaría otra cosa como parte de la multa.

Asdríbar, malhumorado, miraba al suelo.

—Tal y como están las cosas —continuó Lito—, confiscar estos objetos no declarados debería bastar. —Se volvió a Casio—. Y así sigue nuestra lucha contra el contrabando.

—Y es una noble lucha —replicó Casio—. Espero que este retraso inútil no resulte crucial.

Lito asintió hacia el barril.

—Oh, nada de inútil, oficial. Esto dista mucho de ser inútil. —Se arrebujó en su capa—. Un pequeño consejo, jovencito: si yo fuera tú, me lo pensaría mucho antes de escoger según qué compañeros de viaje.

Ayudado con la solícita mano del infante, Lito descendió la escala de cuerda y se sentó en la proa de la gabarra. El infante de marina recogió la escala y descendió con agilidad. Asdríbar retiró el cabo y se lo lanzó.

Uno de los remeros gritó una orden, y la gabarra comenzó a moverse. Sonriendo, Lito cogió una de las jarras de arcilla del barril y la examinó. Se despidió de ellos con la mano.

—¡Hasta otra! ¡Que tengáis vientos favorables!

Media hora más tarde Casio lo supo.

Con la vela mayor desplegada y el trinquete arriba, el *Fortuna* no tardó en ganar velocidad. El *Armata* se había ido en cuanto las gabarras volvieron, y ahora navegaba hacia el este. Las naves ya estaban a más de una milla de distancia.

—¿Procedemos, capitán? —preguntó Cegato cuando comprobó que la botavara y las velas estaban correctamente emplazadas.

—Adelante —respondió Asdríbar, ya de vuelta en su silla. Echaba un vistazo al asombroso y preciso dibujo que Tarkel había completado.

Cegato y otro de los marinos cogieron dos bicheros muy largos de una repisa, se inclinaron sobre la regala de babor y alargaron los brazos hacia abajo. Korinth se acercó y se colocó entre ellos.

—No perdáis ni uno —indicó Asdríbar.

—¿Lo tienes? —le preguntó Cegato al otro marino.

—Lo tengo.

—Arriba con ello.

Para entonces, Indavara, Simo, Annia y Clara habían venido a ver qué estaba ocurriendo. Korinth alargó la mano por encima de la regala y cogió algo. Los otros soltaron los bicheros y lo ayudaron. Instantes después, una red que goteaba era arrastrada por encima del costado y descendida sobre la cubierta. Dentro había seis pequeños barriles y algunas rocas.

—Parece que están bien, capitán —dijo Cegato resoplando.

—Bien. ¿Y los otros?

Cegato y el otro marinero recogieron los bicheros y fueron hacia el otro lado con Korinth.

Casio sonreía.

—Ingenioso, capitán. Muy ingenioso.

Asdríbar se encogió de hombros.

—Es un viejo truco. Dos infantes de marina estaban comentando algo sobre echarle un vistazo al casco cuando hubieran acabado en la bodega, así que me aseguré de que encontraban las jarras. Es lo que llamamos en el gremio «hallazgo ficticio». Por suerte teníamos suficientes.

—Es mejor perder la mitad de los beneficios que todos ellos, supongo.

—En realidad creo que no he perdido más que un puñado de sestercios.

—No lo sigo, capitán —dijo Annia.

—Las jarras son falsas, señorita. Copias griegas baratas. Apiladas la una encima de la otra en esos barriles, dudo mucho que alguna llegue de una pieza para cuando toquen tierra en Alejandría.

Casio sonrió de nuevo al pensar en la cara que pondría Lito cuando se diera



cuenta.

—¿Qué hay en estos barriles?

—Vino rodio de canela. No se encuentra nada parecido en Creta. Me hubiera gustado hacerme con cuarenta barriles, pero no hubo mucho tiempo.

—¿Cuánto ganas con eso?

—Jura no decírselo a nadie.

—Lo juro.

—Sin los impuestos de exportación, y si podemos encontrar al comprador adecuado en Cnosos, doblaremos lo invertido.

—Excelente —dijo Casio.

—¿Cuándo crees que llegaremos? —preguntó Annia.

Asdríbar se acuclilló y palmeó los barriles con afecto.

—Si los vientos siguen así, quizá mañana a estas horas. De hecho, a la vista de nuestra buena suerte con el tiempo y de que hemos sorteado esto por poco, sugiero que abramos uno de estos más tarde. Si la señorita nos permite utilizar el camarote durante una o dos horas, podríamos disfrutar de un trago después de cenar. ¿Digamos a la hora segunda de la noche?

## XIII

El cuerpo ancho y musculoso del dios estaba desnudo salvo por un taparrabos. Su pelo, largo y suelto, caía sobre sus hombros hasta el pecho decorado con una estrella. Estaba de pie, con su tridente proyectado hacia delante, orgulloso y desafiante.

El dios cayó de espaldas y aterrizó sobre las legumbres y la salsa de la carne.

—Mierda. Perdón, Neptuno.

Casio, que había golpeado la pequeña mesa al sentarse en la cama, volvió a enderezar la figura y la limpió con un trapo. Sobre la mesa también había un plato repleto con una porción de cada una de las cosas que constituían su cena: caldo de cebada, legumbres verdes, un trozo de cerdo y algunas bayas dulces. Casio inclinó la cabeza y recordó reducir la velocidad de sus palabras; su madre siempre le regañaba por decir sus plegarias demasiado rápido.

—Te ofrezco esto, Gran Neptuno, señor de las olas, dios de las profundidades. Te doy gracias, y mi tripa también, por haberte mostrado favorable hasta ahora. A cambio de mi ofrenda, pido tiempo estable para el resto de nuestro viaje. Gracias, Gran Neptuno, señor de las olas, dios de las profundidades.

Simo, de vuelta en la cabina con los platos recién lavados, examinó el reloj de arena.

—Creo que ya es la hora segunda, señor. ¿Qué hebilla deseas para tu cinturón?

—Elige tú, Simo. Ni siquiera es una cena.

Casio ya se había puesto su mejor túnica escarlata. Esperó a que Simo seleccionara una hebilla, una de plata que representaba a un pez saltando, y la enganchara al cinturón; luego se incorporó. Mientras Simo le ajustaba el cinturón alrededor de la cintura, Casio se percató de que el galo había sacado uno de sus pequeños libros.

—¿Piensas leer un poco?

Simo abrochó el cinturón.

—Sí, señor.

—¿De qué trata?

—Son enseñanzas, señor. Lecciones. He memorizado casi la mitad.

—¿De verdad? Impresionante.

—Cuando lo haya memorizado todo podré subir al siguiente nivel, señor. Estaré en disposición de ser instruido directamente.

—Entiendo. Simo, quería decirte que... deberías guardarte tus creencias mientras estemos a bordo de este barco con esa recua.

—Podiera ser que algunos de los marinos quisieran escuchar las enseñanzas de Cristo, señor. Puede que quieran cambiar el rumbo de sus vidas, entender los misterios de la...

Casio alzó la mano.

—Veamos, Simo. Ya hemos hablado de esto. Sé que a ti y a tus amigos os parece aceptable decirles a los demás lo que tienen que creer, pero me temo que la mayoría de la gente no lo ve así. Guárdatelo.

Hubo unos golpes en la puerta y apareció la cabeza de Opilio.

—¿Subes a tomar ese trago, señor?

—Eso creo.

—Disfrútalo, amo Casio —dijo Simo.

—¿Seguro que no quieres acompañarme?

—No. Gracias, señor.

Casio siguió a Opilio pasillo adelante.

—No siempre tenemos ocasión de beber en el camarote del capitán y en compañía de dos damas —dijo el encargado de la bodega con una sonrisilla procaz.

A Casio se le antojó que era incluso más feo que Abascantio, todo un logro. Siempre había pensado que había pocos destinos peores que el de haber nacido feo, e incluso había llegado a defender que era mejor ser un esclavo atractivo que un hombre libre feo.

En las escaleras se encontraron con Indavara, que aún estaba retirando los fardos de paja que habían acabado sobre su lecho. Casio también vio un cubo con agua.

—¿Te animas, musculitos? —preguntó Opilio.

—Sí.

Indavara se pasó una mano por el pelo, colocándolo de tal forma que cubriera su oreja mutilada. Casio olfateó el aire.

—¿Te has perfumado?

—¿Qué pasa?

—Nada —repuso Casio con una sonrisa.

—Yo sí que me he perfumado —dijo Opilio—. Esencia de cocinas. Muy potente.

—Sí que lo es —repuso Casio.

—Venga, vamos —dijo el encargado de la bodega subiendo por las chirriantes escaleras—. Supongo que ninguno de los dos habéis llegado a conocer aún a Marco Aurelio. ¿Estoy en lo cierto?

Casio e Indavara intercambiaron miradas divertidas, y luego lo siguieron.

El misterio de Marco Aurelio se resolvió pronto.

—Ah, sí —dijo Asdríbar cuando Opilio lo mencionó—. Nuestro tripulante más veterano.

Casio miró a Cegato cuando oyó aquello. El anciano marino estaba sentado a su derecha, junto a Opilio, a un lado de la mesa que había sido ubicada en el centro del camarote. Frente a los tres hombres se encontraban Annia y Clara, sentadas en una de las camas. El pelo de Annia había sido trenzado y peinado de tal forma que parecía

una corona. Asdríbar estaba al final de la mesa, más cerca de la puerta. Casio se aseguró de no ponerse al lado de Annia, dejando así el sitio al otro lado para Indavara. El guardaespaldas parecía incómodo; sentado en una banqueta baja procuraba, con todas sus fuerzas, no mirar a la muchacha que estaba a su izquierda. Asdríbar alargó la mano, la metió en un cajón y sacó una caja de madera.

—Supongo que debería habérselo dicho, señoritas..., sobre todo teniendo en cuenta que habéis estado compartiendo alojamiento con él.

Puso la caja sobre la mesa. Opilio y Clara retiraron sus copas. A todos se les había servido ya una generosa cantidad de vino de canela. Asdríbar miró a cada uno de los presentes y se tomó su tiempo para retirar el gancho que cerraba una pequeña puertecita a un lado de la caja.

—Mueve la luz —le dijo a Cegato, que empujó la lámpara de aceite a un lado—. Le gusta la oscuridad, ¿sabéis?

Indavara y Clara se inclinaron hacia delante, absortos con la caja. Annia, al igual que Casio, procuraba resistir los alardes teatrales del cartaginés. Asdríbar abrió la puertecita.

—Y aquí está.

—¿Aquí está el qué?

—No se ve nada —dijo Annia.

Asdríbar dio unos golpecitos a la parte de arriba de la caja. Casio se sorprendió a sí mismo inclinándose sobre la mesa.

De pronto se oyó un fuerte crujido que venía de fuera. Los pasajeros dieron un respingo y Casio a punto estuvo de derramar el vino sobre su túnica.

—Solo se ha movido la botavara, señor —se oyó gritar a Korinth.

—Lo veo, lo veo —anunció Clara.

Una pata escamosa y con garras salió de entre las sombras.

Opilio colocó un puñado de trozos de zanahoria sobre la mesa.

—Le he traído esto.

Indavara se quedó boquiabierto al ver a la pequeña criatura emerger de la caja y dar unos pasos lentos y vacilantes por la mesa.

—¿Qué es eso?

—¿Nunca has visto una? —preguntó Casio.

Indavara negó con la cabeza.

—Es una tortuga —dijo Annia, como si fuera imposible que alguien no supiera tal cosa.

—Son unos animales asombrosos —observó Casio. Recordaba haber dado la lata a sus padres de pequeño para que le comprasen una, pero les había sido imposible encontrar una en Rávena—. Viven hasta una edad muy avanzada, ¿no es así?

—Así es, oficial —repuso Asdríbar.

Casio observó las sonrisillas enigmáticas que esbozaban el capitán y su tripulación.

—¿Qué?

—¿Puedes adivinar su edad? —dijo Opilio después de un trago.

—Te daré una pista —añadió Asdríbar—. Tiene más años que Cegato. Casi.

El viejo marino se tomó aquello con humor, y alzó su copa hacia el capitán. Casio se encogió de hombros y decidió tirar por lo alto.

—Sesenta y cinco.

Asdríbar negó con la cabeza.

—Sigue.

—Setenta —dijo Annia.

—No.

—Ochenta —intervino Casio.

—Todavía te queda —murmuró Cegato frotándose el ojo bueno con los dedos.

—¡Cien! —gritó Clara, haciendo que Casio y la tripulación prorrumpieran en risas. Annia la miró con severidad y señaló su copa de vino, dando a entender que ya había bebido suficiente.

—Marco Aurelio... —dijo Casio pensativo—. No puede ser.

—Sí —dijo el capitán—. Se la llamó así en honor al hombre que fue nombrado emperador el año de su nacimiento.

—Eso quiere decir que tiene ciento once años.

—Exacto.

Asdríbar recogió la caja de la mesa y se sentó. Marco Aurelio ahora mordisqueaba los brotes verdes del extremo de las zanahorias.

—¿Ciento once? —dijo Indavara—. Eso es imposible.

—No lo es —dijo Annia—. Es una de las criaturas más longevas que existen.

—Por Júpiter —dijo Casio, que había estado ocupado haciendo algunos cálculos—. Ha habido cuarenta y cuatro emperadores desde entonces.

—Sí, ha visto mucha turbulencia política —dijo Asdríbar—. Aunque no parece preocuparle demasiado. —Se volvió a Clara—. Intenté ofrecerle un salario una vez, pero no aceptó ni una moneda.

Clara soltó una risilla nerviosa.

—¿Cómo te hiciste con ella? —preguntó Casio.

—Venía con el barco —repuso Asdríbar—. Y ha viajado con nosotros por todas partes: Nilo arriba, a través de las puertas de Bizancio, incluso más allá de las columnas de Hércules.

—¿Has visto el Gran Océano? —preguntó Casio.

—Cegato y yo, los dos. ¿Hace cuánto fue eso? ¿Hace doce, trece años? Hasta Portus Cale, en la costa oeste de Hispania.

—¿Qué hay de la Galia y de Britania? —preguntó Casio.

—No llegamos tan lejos.

Cegato se aclaró la garganta y alzó la voz.

—Cualquiera que se adentra demasiado más allá de los Pilares, navega fuera del

alcance de los dioses, allí las plegarias no sirven de nada. No hay nada sino mar, una gran planicie gris que se extiende hasta el infinito.

Indavara dio un largo trago al vino.

—Aun así —dijo Cegato después de echarle un breve vistazo a Opilio—, uno no puede considerarse un marinero si no ha visto el Gran Océano con sus propios ojos.

—De todo lo que lo repites, me da la sensación de haber estado allí —repuso Opilio.

—Dime —intervino Casio, inclinándose hacia delante para dirigirse a Asdríbar—: sobre el comandante Lito. Estoy seguro de que no todos los de la marina que os encontráis son así.

—Chantaje —repuso Asdríbar sencillamente—. Tal y como te dije.

—Es uno de los peores —añadió Opilio—. Los oficiales no eran tan retorcidos en mis tiempos.

Cegato hizo un sonido que daba a entender que no estaba de acuerdo.

—¿A qué rama del ejército perteneces exactamente, oficial? —preguntó Asdríbar—. Nunca había oído hablar de este Servicio...

—Imperial de Seguridad. Como sabes, el padre de la señorita Annia era un alto cargo del Servicio. El Servicio, técnicamente, es parte del ejército, pero generalmente actuamos de forma independiente. Básicamente nos encargamos de amenazas específicas contra el Imperio y el emperador.

Asdríbar parecía impresionado.

—¿Es un trabajo interesante?

—Sin duda —dijo Casio—. ¿Verdad, Indavara?

Indavara parecía ligeramente aterrorizado de sumarse a la conversación.

—Sí —dijo—. Interesante.

—¿Así que musculitos es tu guardaespaldas? —preguntó Opilio.

—Sí, por supuesto —dijo Casio ajustándose la manga de la túnica, que, por alguna razón, se había doblado sobre sí misma—. Y es rematadamente bueno.

Indavara estaba un tanto avergonzado por el cumplido, y lo aceptó con un asentimiento.

—Ya lo creo —continuó diciendo Opilio—. Tumbó de culo al joven bocazas de nuestro contramaestre, o eso he oído.

—Eso es agua pasada —afirmó Asdríbar.

—Y tanto que lo es —dijo Casio—. ¿Cuánto tiempo estuviste en la marina, Opilio?

—Veintidós años. ¿No es increíble?

Annia habló:

—¿Y tú, oficial Córbulos, durante cuánto tiempo has servido?

Para Casio la intención de la pregunta resultaba evidente. Aun así, quiso responder con educación.

—Casi tres años, señorita. ¿Por qué?

—Simplemente me lo estaba preguntando.

Casio dio un sorbo al vino con los labios apretados.

—Uno puede acumular muchas experiencias en tres años —añadió—. Alguna vez he pensado que, recluida entre las cuatro paredes de su casa, una mujer nunca puede llegar a comprender las tribulaciones de la vida de un hombre: los viajes, las privaciones, el peso del deber.

—Entendía las tribulaciones de mi padre —repuso Annia—. Solía hablarme de ellas.

Asdríbar rompió el silencio que siguió.

—Veintidós años —dijo, mirando a Opilio—. Recuérdame por qué lo dejaste. ¿Alguien llegó a probar tu comida?

Cegato rio entre dientes.

—Ja, ja —dijo Opilio.

Asdríbar se levantó, le dio una palmada en el hombro y empezó a rellenar las copas.

—Bebed poco a poco —les dijo a los pasajeros—. Es un caldo potente si uno no está acostumbrado.

Cuando llegó a Clara, Annia levantó una mano.

—Ya ha bebido suficiente.

—¿Solo un poco, señorita? —dijo Asdríbar.

—De acuerdo, pero muy poquito. Por lo general no le está permitido beber nada.

Clara hizo una reverencia hacia su señora. Asdríbar le sirvió más que muy poquito. Annia se movió un poco hacia su derecha. Observó a Indavara un instante y habló:

—Estabas antes con un trozo de pergamino escrito. ¿Estás estudiando algo?

Indavara recorrió con la mirada a los presentes, aterrado como Casio no lo había visto nunca, pero al fin consiguió reunir el valor suficiente para dar una respuesta.

—Sí, señorita. Algunas sumas.

—Ah... ¿Y qué tal te va?

—Mirad cómo anda Marco —dijo Asdríbar. La tortuga ahora roía los extremos de las zanahorias con entusiasmo—. Al menos a ella sí le gusta tu comida, Opilio.

Cegato se animó a contar una larga anécdota sobre un viaje en el que el cocinero había envenenado a la mayoría de la tripulación, y de ahí en adelante los tres marineros se turnaron para impresionar a la joven Clara con sus historias de navegante. Casio se unía de vez en cuando a la conversación, pero tenía una oreja pegada en los otros dos. Para su sorpresa, Indavara conseguía mantener la conversación en marcha.

Una hora y tres grandes vasos de vino rodio con canela después, Casio estaba a punto de lanzar su vaso contra la pared. Por si no le hubiera bastado a la infernal chiquilla

haberlo ridiculizado dos veces ese día, ahora se estaba poniendo en ridículo con Indavara. No habían dejado de hablar, por lo que se veía en su mayoría acerca de leer y escribir, y Annia se había asegurado de no dirigir ni una sola mirada en dirección a Casio. Resultaba indecoroso ver a una joven muchacha de una familia de alta cuna como la suya charlar alegremente con un guardaespaldas de la más baja estofa. La muchacha parecía haber perdido todo control sobre sí misma.

Casio se sirvió de nuevo. Derramó una buena cantidad en el suelo, pero nadie pareció percatarse. Los marinos hablaban sobre las apuestas, de carreras de carros en concreto.

—¿Qué hay de las luchas de gladiadores? —espetó—. ¿Alguien apuesta a eso?

—De vez en cuando —repuso Cegato.

Casio podía sentir los ojos de Indavara clavándose sobre él, pero dijo lo que tenía pensado de todos modos.

—Mi hombre, aquí presente, era gladiador. Ganó veinte combates para conseguir su libertad.

A medida que las palabras salían de su boca, Casio sabía que no debería haberlas pronunciado, pero tenía que hacer algo para romper el aparente interés que Annia mostraba por Indavara. Seguro que hasta ella se detendría antes de lanzarse sobre un hombre mancillado por la vergüenza de la esclavitud.

Indavara lo miró con furia tras su flequillo de pelo negro.

—¿Es eso cierto? —le preguntó Annia.

—Sí, señorita.

—Debió de ser horrible.

Casio no daba crédito; luego se preguntó por qué no había recordado que su comportamiento rara vez se ajustaba a las expectativas.

—No le gusta mucho hablar de ello —dijo—. Aunque puedo imaginar que tú le podrías sonsacar algo.

Casioapuró el resto de la copa.

—Me parece que, por esta noche, ya has bebido suficiente caldo rodio, oficial —dijo Asdríbar.

—Puede ser, capitán. Puede ser.

Cuando Casio posó la copa sobre la mesa, esta hizo mucho ruido.

—De hecho, creo que voy a retirarme.

Se levantó, y luego esperó a que la nubecilla se le retirase de los ojos.

—Ese caldo es fuerte.

Casio se escurrió entre Opilio y Cegato y llegó hasta la puerta.

—Buenas noches a todos. Clara, debo decir..., eres muy guapa.

La dama sonrió avergonzada y miró al suelo.

—Marco Aurelio, debo decir... que tú no.

Mientras los marineros reían, Casio alargó la mano y acarició el caparazón de la tortuga. La pequeña cabeza redonda se dio la vuelta y lo miró. Opilio habló:



—Dice que tú tampoco lo serás cuando cumplas ciento once.

—Cierto, cierto. Buenas noches, señorita Annia, Indavara. Confío en que disfrutéis el resto de la velada.

Asdríbar se levantó y abrió la puerta para él.

—Te acompañaré a tu cabina.

—No es necesario.

—Vamos, esas escaleras son letales.

Una vez fuera, el viento frío no hizo mucho para despejar la cabeza de Casio. Respiró hondo y miró a su alrededor. Korinth estaba allí, apoyado lánguidamente sobre la regala de estribor observando a Desenna, que se encontraba al timón. El resto de los hombres que había en cubierta estaban más adelante: cantaban una saloma en griego, algo sobre puertos lejanos y tesoros exóticos. Casio miró hacia arriba y tuvo que extender los brazos para no perder el equilibrio. En lo alto del mástil brillaba una lámpara. Más allá el cielo se veía despejado. Casio no pudo establecer si las estrellas eran blancas o azules.

—Bonita noche.

—Sí —dijo Asdríbar—. Esperemos que mañana haga un día espléndido.

Posó una mano en el brazo de Casio, pero este se la retiró.

—De verdad, capitán. Estoy bien.

—Bueno, en ese caso te veré abajo.

Casio dio unos pasos vacilantes junto a los mecanismos del timón y se encaminó hacia la escotilla. Asdríbar lo seguía de cerca. A medida que descendían las escaleras, Casio se aferraba con fuerza a la barandilla.

—¿De verdad era necesario? —preguntó el cartaginés.

—¿El qué? —preguntó Casio, aunque sabía a qué se refería.

—Sacar lo del pasado de ese hombre así. Mencionaste antes la carga que suponía la responsabilidad. Dudo mucho que mi trabajo, o el tuyo, pueda constituir una carga mayor de la que debe de soportar él. Aparte de la vergüenza, imagina lo que debe de haber sufrido como gladiador.

—Solo le estaba informando a la señorita de los hechos, capitán. Si la joven está dispuesta a abalanzarse a los brazos de un hombre como ese, es cosa suya.

Llegaron al final de las escaleras.

—Un hombre como ese... —repitió Asdríbar—. No hace ni una hora que lo estabas alabando. Creí que erais amigos.

—Lo somos, de algún modo. Pero es un guardaespaldas. Mi guardaespaldas. No mi igual.

—Entiendo.

Casio seguía aferrado a la barandilla. Asdríbar bajó el tono de voz.

—Korinth era un esclavo, y he conocido a muchos otros libertos a lo largo de los años. Les pesa. —Asdríbar negó con la cabeza—. Me ha contado algunas historias. No creo que yo hubiera podido soportarlo.

Casio valoró aquello, aunque la ingesta de vino hizo que cualquier valoración se convirtiese en un reto.

—No es que no sienta compasión por lo que ha debido de pasar. Pero jamás nos ha contado a Simo o a mí nada de su vida antes de su paso por la arena, o cómo acabó siendo gladiador. Pudo haber sido un ladrón, un asesino..., cualquier cosa.

—O puede que simplemente haya sido un prisionero de guerra, o que lo vendieran.

—Pero no lo sabemos —insistió Casio—. Es difícil tratar con un hombre así, llamarlo amigo cuando, a decir verdad, uno no sabe nada de él.

—¿Nada? Creí que llevabais juntos un tiempo.

—En realidad unos pocos meses, aunque han pasado muchas cosas en ese tiempo.

—Muchos hombres no hablan de su pasado. ¿Qué hay de sus acciones desde que lo conoces? ¿Qué te dicen de él?

A pesar de la bebida, solo le llevó a Casio un instante responder.

—Es un hombre de extraordinaria valentía y habilidad. Y en más de una ocasión he tenido más que buenas razones para sentirme agradecido hacia él.

—En ese caso, me limitaré a decir lo siguiente, joven oficial: teniendo en cuenta lo que acabas de decir, creo que le debes una disculpa. Buenas noches.

Asdríbar volvió a subir escaleras arriba.

Con la cabeza zumbándole, Casio dejó escapar un largo suspiro y volvió a su cabina. Los remordimientos solían llegar a la mañana siguiente. Esa noche acudieron pronto.

## XIV

Casio se perdió los delfines. Mientras permanecía tumbado en la cama, luchando contra la resaca y retrasando el momento de pedirle disculpas a Indavara, tres de aquellas criaturas habían aparecido entre el *Fortuna* y la costa cretense. Cuando Indavara se unió a Simo, Annia y Clara junto a la regala de estribor, los marineros, la mayoría de los cuales aún trabajaban en una vela dañada, se incorporaron e hicieron una reverencia hacia los delfines antes de volver a sentarse.

Asdríbar se levantó de su silla.

—¿Me permites? —preguntó señalando hacia el camarote de popa.

—Por supuesto, capitán —dijo Annia. Luego se volvió a Indavara y Simo—. ¿Nunca los habéis visto?

—No, señorita —repuso Simo.

Indavara negó con la cabeza.

Asdríbar volvió portando una caja de mimbre, que colocó sobre la cubierta, a resguardo del viento. Dentro había flores secas; algunas aún lucían algo de color.

—Esperaremos hasta que se acerquen.

—Nunca había oído hablar de esta costumbre —dijo Annia.

—Es esencial para nosotros los marinos, señorita.

Asdríbar colocó los codos sobre la regala y observó cómo los delfines se aproximaban a la nave a toda velocidad, con las aletas cortando el agua.

—Son mensajeros del dios de las profundidades. Les lanzamos flores para darles las gracias. Incluso cuando estás mar adentro, cuando no hay nada sino agua y ni siquiera un pájaro surca el cielo, ellos todavía vienen. Él los envía para que sepamos que no estamos solos..., para enviarnos una sonrisa y levantarnos el ánimo.

—¿Sonríen? —preguntó Indavara.

—Es cierto —dijo Annia.

—Simplemente observa con atención, muchacho —añadió Asdríbar—. Ya lo verás.

Los delfines parecían saber que estaban siendo observados y nadaron en paralelo al *Fortuna*, igualando su velocidad durante un rato, cortando luego hacia un lado, o dirigiéndose a la proa.

—¡Se están pavoneando! —gritó Clara.

Asdríbar señaló la caja.

—Señorita, ¿querrías hacer los honores?

—Por supuesto —dijo Annia—. Gracias.

—¿Clara?

La dama se arrodilló junto a su señora, que ya tenía un puñado de flores en la mano.

—Por favor, no cojas demasiadas. Tienen que durarme hasta la primavera.

A medida que las flores flotaban hacia el agua, uno de los delfines se acercó a un paso del casco de la nave. Se dio la vuelta, enseñó a sus espectadores la tripa blanca y luego sacó la puntiaguda nariz del agua, antes de desaparecer de nuevo hacia las profundidades.

—¡Ha sonreído! ¡Lo he visto! —gritó Indavara.

—¿Qué te dije? —preguntó Asdríbar.

Los delfines los siguieron hasta la hora tercia. De vez en cuando uno de los cuatro pasajeros decía algo, pero principalmente los observaban. Indavara empezó a pensar que quizá las travesías por mar no eran tan desagradables después de todo, cuando no miraba a los delfines, miraba a Annia y deseaba que el viaje continuase y continuase.

A cinco millas al este de Cnosos, avistaron un barco de mástil alto saliendo de puerto. Casio acababa de subir a cubierta cuando Asdríbar envió al joven Tarkel a proa.

—Son los mejores ojos que tenemos —explicó.

El muchacho volvió a toda prisa.

—Se dirige al oeste, capitán.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor.

—Espero que no sea el *Cartenna* —dijo Casio.

—Cnosos es un puerto grande, más grande que Rodas —repuso Asdríbar—. Es lugar de paso para gran cantidad de trigo y otros cultivos. Es probable que no sea más que un mercante.

—¿En noviembre?

—El tiempo aguanta. Puede que esté haciendo una intentona de llegar a Grecia.

—¿Cuánto tiempo falta hasta que atraquemos?

—Una hora, más o menos. Los dioses han sido benévolos. Rara vez he hecho este viaje en menos de dos días.

Casio miró hacia Creta. Era una isla enorme, más de ciento cincuenta millas de largo, por casi cuarenta en su punto más ancho. Al igual que Rodas, estaba vertebrada por una cadena montañosa, y el *Fortuna* se encontraba ahora frente a uno de los picos más altos, un risco oscuro y monstruoso que Casio calculó que debía de medir, al menos, una milla de alto. Sus faldas estaban cubiertas de bosques y bruma, y algunas zonas habían sido convertidas en canteras; la tierra horadada mostraba secciones angulares de piedra gris.

La isla era una posesión romana desde hacía tres siglos, y aunque Casio supiese que Asdríbar estaba en lo cierto en cuanto al volumen de comercio que transitaba por Cnosos, Creta era considerado un lugar apacible y adormilado del Imperio. Casio recorrió la costa con los ojos y vio una cala rodeada de altos acantilados. Las fachadas blancas y estiradas de estos se veían moteadas de oscuras cavernas. Casio

afinó la vista, y vio que había fuegos encendidos en algunas de ellas. Imaginó al tal Dión de pie en una de esas cavernas, aferrando con la mano la cabeza de Mémor, viendo cómo se acercaba el barco.

Apartando tales inútiles fantasías de su mente, Casio pensó en el resultado del trabajo llevado a cabo por la mañana. A pesar de la resaca, había repasado más de los documentos de Mémor. La lista de hombres con razones para quererlo muerto seguía aumentando, aunque Casio y Simo no hubieran examinado más que una fracción de los documentos. Encontrar a Dión seguía siendo, por tanto, la mejor oportunidad de conseguir algún progreso. Con la mirada aún fija en la isla, Casio negó con la cabeza. Si el asesino había tomado tierra allí, le llevaría semanas, incluso meses, encontrarlo.

—Capitán, ¿sabes qué tipo de presencia militar hay en Cnosos?

—No estoy seguro. He visto legionarios por ahí. Y estoy seguro de que hay un puesto militar en el puerto.

Casio se dio cuenta de que había llegado el momento de hablar con Indavara. El guardaespaldas estaba solo, sentado contra la regala de estribor, haciendo sus sumas con el ábaco de Asdríbar. Annia y Clara estarían en el camarote de popa, mientras que Simo permanecía en la cabina, trabajando con los documentos de Mémor. Casio no le había dicho nada de lo acontecido la noche anterior.

Cruzó la cubierta. Indavara seguía con los ojos puestos en el ábaco. Casio apoyó la espalda contra la regala junto a él y se cruzó de brazos. Por un momento se planteó si de verdad necesitaba seguir adelante con aquello. Una disculpa siempre era muestra de debilidad, y lo habían provocado. Pero era Annia la que había estado jugando a ese juego, Indavara no había hecho nada salvo hablar con ella.

En realidad, Casio sabía que aquellas insignificantes consideraciones resultaban irrelevantes sencillamente por la deuda contraída con aquel hombre. A Indavara se le pagaba para que lo protegiese, sí, pero arriesgar la propia vida para salvar la de otro no era una cuestión que debiera tomarse a la ligera, o que debiera olvidarse. Y fueran cuales fuesen las disputas que pudieran surgir entre ellos, independientemente de lo raro, inocente o sencillamente estúpido que Indavara pudiera ser, nada podía cambiar aquello. Había hecho mal en humillarlo.

—Creo que te debo una disculpa.

Silencio.

—Por lo de anoche. Lo que dije estuvo fuera de lugar y... fue desagradable. Había bebido mucho, aunque sé que eso no es excusa. Así que... te pido disculpas.

—Casio miraba hacia la isla mientras hablaba—. Mereces que te trate mejor.

Silencio.

Después de un rato Indavara ladeó la cabeza contra los tablones.

—No veo por qué debemos seguir fingiendo que somos amigos. A mí me pagan por desempeñar mi trabajo. A ti te pagan por hacer el tuyo. Así debe ser.

—Indavara, sé que lo que dije te molestó, pero que es esa maldita muchacha no deja de...

Indavara alzó una mano.

—No sigas.

Casio se preguntó si aquello significaba que Indavara no quería oír nada más o que no quería oír nada dicho en contra de Annia. ¿Pensaba, acaso, que tenía alguna esperanza con ella? Si Annia estaba dando alas a aquellas especulaciones, Casio pensó que la muchacha estaba siendo más cruel de lo que había sido él.

—Bueno, he dicho lo que quería decir —repuso al tiempo que se frotaba la nuca—. He hecho mis ejercicios con la espada esta mañana, por cierto. Han ido muy bien. ¿Seguirás ayudándome?

—Dije que lo haría.

Casio se alejó de la regala.

—Córbulo...

—Qué.

—En el futuro, si te ríes de mí o me haces parecer un idiota, me marcharé. Tengo suficiente dinero. Simplemente me iré.

Casio tenía sus dudas sobre aquello, porque estaba bastante seguro de que Indavara no tenía nada, y a nadie, por lo que volver. Pero asintió de igual forma.

A medida que fue llegando el mediodía, la bruma pareció rodar isla abajo, rodeó la costa y envolvió el barco. Para cuando arribaron a Cnosos, no se veía más allá de cien pasos. El viento también había amainado, y el *Fortuna* se deslizó lentamente sobre las aguas, avanzando a duras penas. Mientras los marineros se afanaban en sus labores, los cinco pasajeros observaban la blanca nada desde cubierta.

—Gracias a los dioses, aún mantienen el viejo faro en funcionamiento —dijo Asdríbar.

El punto naranja sobre el puerto, a proa, se veía con claridad: era la luz de una hoguera que se reflejaba en espejos de bronce pulido.

—La suerte tenía que acabárenos en algún momento —dijo Cegato, que había vuelto al timón—. Al menos sabemos dónde estamos. ¿Cuándo se tuerce?

Asdríbar consultó un pequeño libro encuadernado en cuero que había sacado del camarote de popa. Casio estaba detrás de él y dedujo que cada página se refería a un ataque o acceso. Había notas garabateadas, números y diagramas en cada hueco del pergamino.

—Cuando la luz esté a cinco puntos de la proa.

Aunque hubiera tan poca brisa que la vela mayor apenas se inflara, la bruma parecía haber enfriado el aire, y Casio se alegró de haberle dicho que le subiera su capa escarlata de oficial. Realmente era una prenda abrigada, algo poco sorprendente, teniendo en cuenta que era del grosor de un dedo.

—¡Red en el agua! ¡A babor! —gritó una voz desde proa.

—Mantén el rumbo —le dijo Asdríbar a Cegato.

Algo rascó el casco. Casio miró hacia un lado y vio una vieja red de pescadores flotando hacia el timón de babor. Enganchadas a ella había varias boyas verdes. Sin esperar una orden, Desenna cogió uno de los bicheros, se inclinó sobre la regala y apartó la red para que no quedara enganchada en el timón.

—Solucionado, capitán.

—Bien hecho.

Al principio Casio pensó que el sonido de voces que flotaba sobre las aguas era una imaginación suya, pero se percató de que había otros que también lo oían.

—¿Seguro que no estamos entrando demasiado justos? —preguntó Cegato.

—Por eso no dejes que hagas la navegación, viejo amigo —repuso Asdríbar—. Nunca estás seguro de ti mismo.

—¿Qué harías si no hubiera faro? —preguntó Casio.

Asdríbar sonrió y se dio un golpecito en la nariz.

La bruma cada vez se hacía más densa alrededor del *Fortuna*, hasta el punto de no poder apreciar más que cien pies de aguas negras y calmas en cualquier dirección. Aparte de alguna palabra suelta por parte de los marineros, y el crujir del casco del *Fortuna*, todo estaba en silencio. Luego, una bandada de pájaros invisibles volaron graznando sobre sus cabezas. Cuando el silencio volvió se hizo aún más tenso.

—¡Abajo unos cincuenta pies, capitán!

La vela mayor colgaba flácida de la botavara. Casio miró al agua, y se le antojó que prácticamente no se movían.

—¡Opilio! —gritó Asdríbar.

—¿Capitán? —llegó la voz desde la escotilla.

—¿Están listos esos remos?

—Listos.

—¿Qué tal se te da remar, oficial? —preguntó Asdríbar por encima del hombro.

—No del todo mal —respondió Casio.

—Bien, porque ando justo de remeros.

Casio sonrió de medio lado cuando Asdríbar se dio la vuelta.

—Estoy hablando en serio —dijo el cartaginés—. No podemos permitirnos ir a la deriva durante mucho tiempo aquí fuera. Si el viento no arrecia, todos tendremos que echar mano a los remos.

La sonrisa de Casio desapareció; la situación tendría que ser en verdad crítica para que él se pusiese a hacer de esclavo en galeras. Miró a los otros. Simo e Indavara aún tenían la mirada puesta en la bruma. Clara se aferraba al brazo de su señora, con los ojos muy abiertos. En su favor había que decir que Annia era la que más serena parecía.

—Desenna, baja el peso —ordenó Asdríbar.

El marinero metió la mano en un hueco hecho en la regala de estribor y sacó de él un rollo de cuerda con nudos atados a intervalos regulares. Al final de la cuerda había un gran cilindro de hierro. Una vez desenredó la cuerda, hizo que el peso descendiera

y se hundiese en el agua.

—¡Tarkel! —gritó Asdríbar—. ¿Hay algo?

El muchacho había trepado hacía un rato por la línea de postes fijados al mástil y ahora estaba sentado en la botavara. Casio se había olvidado de él completamente, y, cuando miró hacia arriba, se encontró con que apenas podía distinguirlo en medio de la niebla.

—Creo que aquí arriba es incluso peor, capitán.

—Por las barbas de Neptuno, no he visto una niebla así desde hace tiempo — indicó Cegato.

—Nunca has visto nada en condiciones desde hace tiempo —dijo Asdríbar.

Algunos de los tripulantes intercambiaron algunas palabras, luego señalaron a las mujeres y le dijeron algo a Asdríbar en púnico. El capitán hizo que se callaran de inmediato.

—Nos echan la culpa —dijo Annia en voz baja—. Piensan que trae mala suerte que haya mujeres a bordo.

—No te preocupes por ellos —dijo Asdríbar.

—Treinta pies —anunció Desenna antes de subir el peso.

Cegato silbó.

—Hay bancos de arena al oeste del puerto, ¿recuerdas?

Asdríbar no respondió. Repasaba sus notas.

Casio procuraba no pensar en rocas afiladas rasgando los tablones del casco, el agua anegando la bodega, inundando las cabinas, saliendo por la escotilla...

—Eso es —dijo Asdríbar—. Los de las velas, preparados para tensar los cabos. Cegato, vira a babor hasta tener la luz justo enfrente.

El veterano aflojó las cañas a la derecha y la proa del *Fortuna* fue girando lentamente. Los marineros encargados de las velas miraban hacia arriba mientras ajustaban el gran lienzo de tela que se extendía sobre ellos.

—Ya estamos en el canal de acceso —dijo Asdríbar volviéndose hacia los pasajeros—. No estamos lejos del puerto.

—¿Seremos capaces de atracar con esta niebla? —preguntó Annia.

—Ni por asomo, señorita. Tampoco habrá nadie que nos vea llegar. No, una vez que estemos resguardados por los rompeolas echaremos el ancla. Disculpa.

El capitán fue hacia proa. Korinth volvió para comprobar la vela mayor. Llevó una buena cantidad de tirones modificar el ángulo de la botavara, pero para cuando lo hicieron, el viento pareció haber arceciado. Casio sintió una leve brisa en la nuca. Miró hacia popa; el *Fortuna* volvía a dejar tras de sí una delgada estela.

—Oficial Córbullo —dijo Annia—. ¿Te puedo preguntar qué piensas hacer una vez lleguemos a puerto?

Casio se movió hacia la regala para poder dirigirse a Annia sin perder de vista lo que ocurría a proa. Asdríbar estaba de rodillas bajo el trinquete, mirando a la niebla.

—Eso depende de lo que nos encontremos al llegar.



—¿Eres consciente de lo grande que es esta isla?

—Lo soy, te lo aseguro. —Casio esbozó una sonrisa cordial—. Como ya sabes, la filosofía no es uno de mis fuertes, pero mis conocimientos geográficos y mi vista resultan ser razonables.

—Solo quiero decir que podría resultar difícil encontrar a un hombre.

—Muy difícil. Y, tal y como ya he dicho, este asunto podría no acabar aquí.

Cegato alzó la voz.

—Espero que no os importe que meta las narices en esto, pero puede que no vayamos a ninguna parte si la niebla persiste o el tiempo empeora. Hace un par de años nos quedamos atrapados en Creta la mitad del invierno.

—¡Señor, un mástil! —gritó una voz desde lo alto—. Justo a babor de proa.

Asdríbar sacó la mano hacia la derecha. Cegato alteró el curso, enderezando cuando el capitán volvió a bajar la mano.

—¡Cincuenta pasos! —añadió Tarkel.

Los demás pasajeros pasaron junto a Cegato para unirse a Casio en la regala de babor.

—¡Viene hacia nosotros!

Casio aún no veía nada.

—¡Ahí! —dijo Annia.

Casio siguió la línea que marcaba su brazo extendido. La proa de otra nave comenzaba a emerger de entre la bruma.

—¡Treinta pasos! —anunció Tarkel.

Ahora podían ver siluetas en la cubierta delantera. Oyeron gritos.

—¿Púnico?

—Sí —confirmó Casio.

De repente hubo un estruendo de risas llegó desde proa.

—¡Es el *Rusucurru*! —gritó Asdríbar.

—¿El qué? —preguntó Casio. Tanto él como los demás se volvieron hacia Cegato buscando una explicación. El viejo marinero lucía una amplia sonrisa que mostraba más agujeros en su boca que dientes.

—No pongáis esa cara de preocupación —dijo—. Son amigos.

Tras una breve conversación con Asdríbar, el capitán del *Rusucurru*, un tipo alto, de barba cana, que también parecía ser cartaginés, llevó su nave junto al *Fortuna*. El mercante, un barco más largo y pesado, estaba siendo propulsado por remos, y recorrió la distancia con rapidez. Asdríbar ordenó a los suyos que dejaran de tensar los cabos y pronto ambas embarcaciones quedaron separadas por menos de diez pasos de distancia, navegando a la deriva hacia el puerto aún invisible.

Los veinte hombres que había sobre la cubierta del *Rusucurru* eran, si cabe, una tropa de apariencia aún más tosca que los del *Fortuna*, y, en cuanto vieron a las

mujeres, surgió un grito. Asdríbar rio cuando los marineros empezaron a saludar con la mano y a lanzar besos, pero no tardó en volver a adoptar un semblante serio, e intercambió unas palabras con el capitán, quien, finalmente, consiguió hacer callar a sus hombres. No obstante, las miradas lascivas siguieron presentes; incluso los remeros se asomaban a los huecos de sus remos.

—Ven, Clara —dijo Annia llevándose a su dama hacia el camarote de popa mientras los marineros intercambiaban comentarios jocosos al otro lado. Asdríbar y el otro capitán hablaban en púnico, señalando de vez en cuando hacia el canal que llevaba a Cnosos.

Casio se acercó a él y esperó a que hubiera una pausa en la conversación.

—¿Le vas a preguntar sobre el *Cartenna*?

—Por supuesto.

Cuando el capitán trasladó la pregunta de Asdríbar a la tripulación, varios hombres hablaron. Asdríbar tradujo para Casio.

—El *Cartenna* llegó ayer... Estaba atracado no muy lejos de aquí.

—¿Y el pasajero, Dión? Es un hombre de corta estatura, viste capa con capucha, lleva...

—Sí, lo sé. He preguntado. Por lo visto, iba de barco en barco, intentando buscar pasaje para salir de la isla. Dos de los hombres de Valtava hablaron con él.

El capitán Valtava volvió a gritar desde su embarcación. Señaló a un miembro de su tripulación que llevaba el pecho descubierto. Este retomó la historia.

—¿Qué dice? —preguntó Casio con impaciencia.

Asdríbar estaba demasiado ocupado atendiendo a la respuesta.

Sin importarle la reacción de los marineros, Annia volvió a la regala.

Cuando el tripulante del *Rusucurru* hubo acabado, Asdríbar continuó:

—Este tipo estaba bebiendo anoche con un amigo, el piloto de un mercante egipcio, el *Isis*. Su capitán aceptó embarcar a Dión.

—¿Dónde?

—Ahí está la cosa —dijo Asdríbar—. Al capitán se le pagó una considerable cantidad, pero a condición de que solo él supiera adónde se dirigían. La tripulación no lo debía saber hasta que se hubieran hecho a la mar. Ese piloto, y algunos otros, no se mostraron satisfechos con aquello, pero el capitán ofreció paga doble.

—¿Cuándo partieron?

—Hace un par de horas.

—La nave que divisamos —dijo Annia.

—Sí, señorita.

—Por los dioses... —dijo Casio golpeando la regala—. Hemos estado a punto de cazar a ese hijo de puta.

—No hubiéramos podido llegar antes —dijo Asdríbar.

—Debemos partir en su busca —insistió Annia.

Casio miró al agua. Había contado con estar en el puerto de Cnosos en menos de

una hora. La idea de hacerse de nuevo a la mar, en persecución de un barco que podría estar dirigiéndose a cualquier parte, resultaba profundamente desagradable.

—Sí —dijo—. Supongo que debemos hacerlo.

Valtava volvió a hablarle a Asdríbar.

—Dice que el *Isis* es un mercante de trigo. Es más grande que el *Fortuna*. Y más rápido.

—Me dijiste que tu nave era rápida, capitán —dijo Annia.

—Es la más rápida que hay de su tamaño. Pero el *Isis* mide cuarenta o cincuenta pies más, y debe de tener el doble de velas.

—En ese caso, no deberíamos entretenernos —repuso Annia.

Asdríbar se frotó la frente.

—Señorita, el *Isis* se dirigía a Occidente, hacia la otra punta de la isla. Si no se dirigen a Grecia, puede que se dirijan a cualquier lugar, incluso...

—África —dijo Annia con rotundidad—. Sí. Lo sé.

Asdríbar se acercó a ella, para que el resto de la tripulación no lo oyera.

—Señorita, eso son doscientas millas de mar abierto. He hecho esa travesía muchas veces en temporada, pero si el tiempo empeora no hay islas, ni puertos, ni atraques. No hay adónde ir.

—Sabemos a dónde vamos —repuso Annia—. Vamos a seguir al *Isis*. Capitán, no contraté sus servicios pensando que se achicaría ante el menor indicio de dificultad. Más días en la mar significan una bolsa bien repleta de monedas de oro.

Asdríbar miró hacia lo alto del mástil.

—No hay casi viento.

Annia señaló hacia el *Rusucurru*.

—También el *Fortuna* dispone de remos, ¿no es así?

—Señorita, ya te he explicado que no dispongo de la tripulación completa. Solo llegaríamos a alcanzar los tres nudos.

—Eso son tres nudos más de lo que estamos alcanzando ahora.

Casio había escuchado toda la conversación, y tuvo que aceptar que Annia resultaba absolutamente implacable cuando tenía la presa entre los dientes.

Asdríbar se dirigió de nuevo a su compañero, y luego volvió a traducir:

—Valtava conoce bien estas aguas. Dice que la niebla no habrá llegado a más de una milla mar adentro. Navegan hacia el norte. Nos remolcarán mientras bajamos la botavara y preparamos los remos.

—Excelente —dijo Annia—. Gracias, capitán.

Los conocimientos de Valtava sobre el entorno y la pericia de su tripulación no tardaron en hacerse evidentes más allá de toda duda. Los expertos remeros del *Rusucurru* no parecían muy preocupados con la carga adicional que suponía el *Fortuna Redux*. Pronto ambas naves surcaban un mar que más parecía un estanque,

atravesando los últimos jirones de niebla cretense y emergiendo al sol marino del mediodía. Tarkel, en lo alto del mástil, acababa de divisar el *Isis*.

—¿A cuánto está? —gritó Asdríbar.

—A diez millas, más o menos.

—¿A qué distancia lo perderemos de vista? —preguntó Casio.

—A doce o trece.

De repente se dio cuenta de que no había obtenido una descripción de los tripulantes que habían sido abordados por Dión. Casio tuvo que dedicarse, durante una extrañísima media hora, a mantener, desde la proa del *Fortuna*, un interrogatorio a gritos con ellos, cada uno en una punta de la popa del *Rusucurru*.

Pronto dedujo que el asesino estaba bien dotado para su trabajo. Su escasa altura parecía ser el único detalle físico algo notable, y los dos hombres no pudieron añadir mucho más a lo dicho por Druso Viator en Rodas. Los marineros al menos recordaban, después de repetir la pregunta varias veces, que iba bien afeitado, lucía pelo corto negro, no era especialmente guapo o feo, no tenía la piel particularmente oscura o pálida y hablaba buen griego, aunque sin acento distinguible.

En cuanto Casio concluyó su interrogatorio, Asdríbar llegaba para supervisar el desamarre del cabo de remolque. El *Rusucurru* aminoró la marcha, luego los remeros hicieron que se detuviera en seco y, mientras el *Fortuna* seguía avanzando lentamente, Korinth recogió la cuerda.

Asdríbar traía uno de los barriles de vino de canela, al que había atado una cuerda. Al verlo, Valtava sonrió y luego levantó un pequeño hatillo envuelto en un trapo rojo y atado con un cordel. De un potente lanzamiento, Asdríbar lanzó el barril, que cayó a dos pasos de la ancha popa del *Rusucurru*. Uno de los miembros de la tripulación se hizo con un bichero y lo recogió. Valtava esperó a que el *Fortuna*, aún en movimiento, estuviera a cuatro o cinco pasos de distancia y le lanzó el paquete a Asdríbar, que lo atrapó al vuelo sin dificultad. En cuanto Valtava ordenó que los remeros volvieran a bogar, el mercante empezó a alejarse. Los dos cartagineses intercambiaron algunas palabras más mientras los marineros de ambas naves se despedían a gritos.

Sin siquiera pensarlo, Casio dijo adiós con la mano. Valtava devolvió el saludo y gritó en griego:

—¡Buena suerte, romano! ¡Asegúrate de pagarle como merece!

—No es problema mío —dijo Casio en un susurro antes de volverse hacia Asdríbar—. ¿Por qué ese intercambio de regalos?

—Es una tradición cuando nos encontramos en la mar —dijo Asdríbar mientras le echaba un vistazo al contenido del paquete.

—¿Qué hay ahí dentro?

—Carne seca de camello. Una especialidad cartaginesa. Luego podrás probar un poco.

—Mmm.

Volvían caminando por cubierta cuando los cinco largos remos que salían de cada lado del *Fortuna* comenzaron a moverse. Opilio estaba al mando del grupo de remeros, que, en realidad, estaba compuesto por todos los miembros de la tripulación salvo Cegato y Asdríbar. Hasta el joven Tarkel ocupaba un puesto; le tocaba marcar el ritmo con el tambor. A medida que la nave iba ganando velocidad, Asdríbar lanzó una mirada preocupada a la escotilla.

—No han remado mucho últimamente. No debo forzarlos demasiado. Suelo esperar a que haya viento, a no ser que el tiempo apremie.

—Una jefa dura, la joven Annia —repuso Casio.

Asdríbar sonrió.

—Creía que a las mujeres romanas se las veía pero no se las oía.

—Y así es.

Para alivio de quienes se encontraban a bordo, la brisa se hizo más fuerte a medida que avanzaba la tarde, y, después de tan solo tres horas a los remos, las velas volvían a estar izadas, luego se hincharon y propulsaron al *Fortuna* hacia Occidente.

Perdieron de vista al *Isis* justo antes de la puesta del sol, y Asdríbar informó más tarde a Casio de que no había rastro de ninguna luz. Al igual que el resto de los pasajeros y la tripulación, tendría que esperar a que amaneciera para saber si su presa había desaparecido.

## XV

A la hora quinta del día siguiente, y con otro banco de niebla disipándose, el *Fortuna Redux* doblaba el cabo occidental de Creta. Las únicas señales de vida sobre el inhóspito y ondulado promontorio eran cuatros altos mástiles. Solo había pendones en dos de ellos, poco más que trozos de tela ajados, privados hacía tiempo de cualquier resto de color.

Cada hora que pasaba parecía reforzar el viento que soplaba del norte y que impulsaba al *Fortuna* por las olas coronadas de blanco a una velocidad cercana a la máxima que podía alcanzar. La única desventaja era la tensión a la que estaban siendo sometidos el mástil, la botavara y el resto de los aparejos. Era necesaria la mayoría de la tripulación para mantener la vela mayor bien alineada. Korinth y Cegato patrullaban inquietos por la cubierta, comprobando cabos y aparejos, nudos y arandelas. La pequeña gabarra daba bandazos sobre las olas y se llenaba de agua; habían tenido que achicarla dos veces.

A una milla hacia el sureste se divisaban dos pequeñas embarcaciones que Asdríbar ya había descartado al entender que eran embarcaciones pesqueras locales. Al frente tan solo quedaba la vasta extensión del mar. Casio recordó una frase de Cegato que se le había quedado en la cabeza: «Una gran planicie gris que se extiende hasta el infinito».

—¡Date prisa! —le gritó Korinth a Tarkel, que estaba a medio camino mástil arriba.

—Deja en paz al muchacho —dijo Asdríbar—. El pobre desgraciado ha estado subiendo y bajando como un mono. ¿Quieres que se caiga?

Casio se lamió la sal de los labios e intentó no fijarse en el peligroso ascenso de Tarkel. El muchacho llevaba una cuerda alrededor de su cuerpo, pero el bamboleo del barco hacía que su progreso fuera complicado. Indavara y Annia estaban a la izquierda de Casio, como él, apoyados contra el camarote de popa con una mano puesta en la barandilla que lo rodeaba. Annia estaba arrebujaada en una capa y miraba con aire contemplativo a la proa mientras esta bajaba y subía con las olas.

Casio pensó en lo que ocurriría si el muchacho no alcanzaba a ver al *Isis*. Si el *Fortuna* daba media vuelta tendrían el viento en contra. ¿Cuánta distancia habría de vuelta a Rodas? ¿Cuatro días? ¿Cinco? Podría ser hasta una semana. ¿Y luego qué?

Se preguntó cómo había llegado hasta allí. ¿Podría haber hecho más? Haciendo balance, lo dudaba. De hecho, estaba bastante seguro de que el asesino se habría salido con la suya de no haber estado él para tomar las riendas de la situación. Estaba seguro de que los dioses habían tenido algo que ver con aquello, y no era la primera vez que se veía abocado sin aviso previo a un asunto de tal importancia. Quizá iba siendo hora de tomarse sus responsabilidades con más relaxo. De permitirse algún

fracaso; al menos así se evitaría misiones como aquella en un futuro.

Casio podía ver la cara de su padre, como si el viejo fuese capaz de oír sus pensamientos. El ceño fruncido, la mirada inquisitiva, esa horrible mezcla de decepción y enfado... ¿No cumplir con el deber de uno? Herejía en el hogar de los Córbulos.

Casio imaginaba lo que podía estar ocurriendo allí, a medio mundo de distancia. Al final de la mañana. Padre estaría acabando su trabajo diario, estaría enviando sus últimos despachos, escuchando los informes de sus muchos empleados, ansiando pasar una o dos horas en los baños. Madre estaría supervisando las cosas de la casa, dando instrucciones a los jardineros, planeando la cena con los cocineros. Quizá una de las hermanas de Casio iría a recoger a alguno de los nietos a la escuela.

Un fino arco de espuma golpeó el camarote de popa, rompiendo sus ensoñaciones. Se limpió el agua de los ojos y vio a Annia retirarse mechones de pelo mojado de la cara. Ella e Indavara aún miraban arriba. Tarkel trepaba hasta la botavara, se abrazaba al mástil y oteaba hacia el sur.

—Cuidado con las cuerdas —dijo Asdríbar a la tripulación. La mitad de ellos miraban hacia el oteador. Mucho dependía de lo que el muchacho pudiera o no pudiera ver.

Tarkel se volvió y gritó algo, pero Casio y los que estaban a popa no pudieron entender una palabra. Desenna estaba mucho más cerca. Ahuecó las manos, se las llevó a la boca y les repitió lo que había oído.

—¡Un mástil! Dos puntos al suroeste. A ocho o nueve millas.

—¿El *Isis*? —preguntó Asdríbar.

—No puede asegurarlo. Pero es un mástil alto.

—Es probable que sean ellos —dijo Asdríbar. Se dio la vuelta—. ¿Señorita?

Annia asintió con solemnidad; luego abrió la puerta del camarote y entró.

—¡Rumbo sur! —gritó el capitán—. Cegato, mantén el rumbo. Korinth, prepara a los hombres para mover la botavara.

La expresión de acatador fastidio del contramaestre se vio reflejada en la cara del resto de la tripulación.

Indavara miró a Casio.

—¿África?

—África.

Cuanto más soplaba el viento, más se bamboleaba el barco y más mareado se sentía Casio. Habiendo rechazado la propuesta de Simo de comer, dio un trago de vino rebajado con mucha agua y miró a la lista completa de nombres que llevaba en la mano. Treinta y dos hombres con razones para odiar a Augusto Mario Mémor. Sabía que las probabilidades de que la lista resultara de utilidad eran mínimas, pero al menos estaba acabada.

Con aquella tarea concluida y la mente ocupada en poco más que oscuras elucubraciones sobre lo que se encontrarían más allá, Casio empezó a pensar en Annia. Estaba claro que se había hecho un flaco favor las dos noches anteriores, pero aquella mañana habían hablado, y ella quien se había mostrado afable y educada. Se preguntaba hasta qué punto podría hacer que la relación se descongelara, y al fin admitió para sí que quería ganársela. No es que hubiera posibilidades de crear un vínculo duradero, ya que su propia condición hacía que aquello fuera imposible, y la muchacha estaba lejos de ser la elección ideal. Pero, al margen de los aspectos más desagradables de su carácter, tenía arranque, era lista e indudablemente atractiva.

Existían dos obstáculos para cualquier avance. En primer lugar, la muchacha estaba de luto, algo que no se prestaba a crear un marco de romanticismo. Aunque también era cierto que se sentiría vulnerable y temerosa con respecto al futuro. Quizá se viera necesitada de una mano que supiera guiarla y darle confianza.

En segundo lugar, estaba Indavara. Por absurda que fuese cualquier perspectiva de un romance entre el guardaespaldas y Annia, era evidente que la muchacha se sentía a gusto con él, aunque Casio sospechaba que ella había exagerado su interés para beneficio suyo. Mirándolo fríamente, no merecía la pena abrir una brecha entre Indavara y él solo por una muchacha. Se llevasen como se llevasen, durante el tiempo que estuviera en el Servicio, Casio quería a Indavara con él. Cuando las cosas se ponían feas, aquel hombre se convertía, pura y llanamente, en una bestia, y ofrecía un nivel de protección que no podía encontrarse en ningún otro lugar. Hubiera sido un error arriesgarse a perderlo.

Aun así, Casio no tenía nada importante en mente. Le bastaría con que la chica se acercara a él. Después de todo, esa era la parte más divertida, y habría algo gratificante en ver cómo ella se plegaba a sus deseos, llegando incluso a situaciones más íntimas. Indavara no tendría por qué saber nada. Y si no podía ser domada, que así fuera. No sería, ni de lejos, el fin del mundo. Invasado por un repentino deseo de verla, Casio se dio cuenta de que tenía la excusa perfecta, literalmente, en la mano.

Simo regresó a la cabina con algunos paños que había estado secando en la cocina.

—Ahora que hemos acabado con los documentos, ¿te vas a dedicar a tu proyecto, señor?

—Hoy no, Simo.

Casio solo había escrito diez pliegos hasta ahora. Estaba traduciendo un complejo tratado griego de estrategia militar al latín. Cuando lo acabara, contaba con publicarlo en Roma. Uno de sus tíos había acabado tres trabajos similares y, en su virtud, disfrutaba de cierto prestigio. Un éxito así también podría servirle para esa carrera abortada en el mundo de las leyes.

—Creo que iré a ver a la señorita Annia. Puede que reconozca alguno de estos nombres.

—Ah. Buena idea, señor.



Pasó junto a Indavara, que se encontraba sentado en su improvisado lecho haciéndole algo a una flecha. Casio se dirigió al camarote de popa con brío. Annia lo dejó pasar y, al ver la lista, se sentó de inmediato a la mesa de Asdríbar para examinar los nombres. Casio se puso detrás de ella y le miró los pechos cuando estos quedaron apretados contra la mesa. La nave dio un bandazo y Casio se tambaleó hacia la puerta.

—Quizá deberías tomar asiento, oficial —dijo Annia sin mirar hacia arriba.

Casio se sentó en el lecho. Clara estaba sentada a la otra mesa, preparando algo para comer. Por puro aburrimiento, Casio se quedó observándola hasta que esta le devolvió la mirada, y Casio le lanzó un beso. La dama se sonrojó y miró con nerviosismo hacia su ama, pero Annia no se había dado cuenta. Con la más leve de las sonrisas Clara retomó el trabajo.

Annia leyó la lista de nuevo y se giró hacia Casio.

—Solo reconozco un nombre: Albano Sebastiano.

—¿Qué recuerdas del caso? —preguntó Casio al tiempo que se atusaba la túnica por encima de las rodillas.

—Creo que fue hace un año. Mi padre necesitaba redactar unas cuantas cartas idénticas, así que nos puso a Trogo y a mí a hacerle las copias. Este tal Sebastiano era un oficial del ejército. Se le sospechaban vínculos con una secta religiosa proscrita. Creo que era en la Mauritania Tingitana.

—Querrás decir Mauritania Cesariense.

Annia lo pensó un momento.

—Sí, tienes razón.

—Sebastiano era un tribuno —dijo Casio—. Tuvo una aventura con una muchacha del lugar que resultó ser una sacerdotisa de esa secta. Creo que tu padre escribió personalmente a aquellos habitantes de la provincia que mejor lo conocían. No recuerdo haber topado con ningún documento relativo al desenlace.

—El caso duró un tiempo. Le insistí a mi padre para que me dejase saber qué había ocurrido, y al final cedió. Ese Sebastiano fue licenciado del ejército. Se le habrían aplicado correctivos mayores, pero tenía un contacto en el Estado Mayor que se aseguró de que la causa no fuera más allá, física o económicamente.

—¿Recuerdas algo más?

—No.

—Por favor. Vuelve a revisar la lista una vez más.

Mientras Annia lo hacía, Casio observó de nuevo a Clara, pero la dama, tozuda, se negaba a devolverle la mirada.

—No. Solo ese —dijo Annia cuando concluyó—. ¿Crees que lo que te he dicho puede ser de utilidad, oficial?

Casio estuvo a punto de pedirle que lo llamara por su nombre, pero se dio cuenta de que le gustaba oírle decir «oficial».

—Puede.

—¿Te acordabas de los detalles de aquel caso de entre toda esa pila de documentos?

—Tengo la memoria de un orador. Resulta útil a veces.

—Supongo que sí.

Ahora el barco empezaba a bambolearse de verdad. Una jarra que había sobre la mesa se deslizó hacia Annia, que la cogió, pero otros objetos acabaron en el suelo. Clara se dispuso a recogerlos mientras Annia miraba alrededor para comprobar que no hubiera nada más que pudiera caerse.

Casio se encontraba peor por momentos, pero no quería dejar pasar aquella oportunidad. Cuando el barco volvió a estabilizarse se planteó preguntarle a la muchacha sobre sus viajes, pero recordó que había estado en ellos con su padre. También dudaba que estuviera dispuesta a hablar sobre el resto de su familia, y hablar de sus intereses habría acabado en discusión. ¿Qué quedaba?

—Esperaba haber pasado más tiempo en Rodas —dijo—. Si alguna vez tengo la oportunidad de volver, ¿qué me recomiendas que visite, aparte del Helios?

La cara de Annia se iluminó.

—Bueno, hay templos, por supuesto. Aunque también tenemos galerías maravillosas. El trabajo más increíble que puede verse... ¿Conoces el *Sátiro* de Protógenes?

—De oídas.

En realidad Casio sabía bastante sobre ello, pero quería que Annia hablase.

—La habilidad del artista no tiene parangón, el realismo de las criaturas representadas es increíble. Dicen que dibujó una perdiz en una esquina porque los pájaros atacaban la imagen pensando que era real.

El *Fortuna* resbaló contra el costado de una ola y se inclinó dramáticamente antes de estabilizarse de nuevo. Annia no parecía preocupada, pero Clara volvió a sentarse y se aferró a la silla. La sensación de vacío en el estómago de Casio se acentuaba, así como el sabor amargo que venía de la garganta.

—Asombroso —repuso.

—¿Estás bien, oficial? Estás bastante pálido.

—Estoy bien, señorita. Estaba a punto de preguntarte...

Casio supo con certeza, de repente, que iba a vomitar. Se incorporó, se tambaleó hasta la puerta y la abrió de un tirón. Con un embrollado «Disculpa», salió fuera. Cuando la puerta se cerró tras él, avanzó dando tumbos hacia la regala.

No lo logró. Cegato, al timón, observó implacable mientras Casio vomitaba en cubierta: las tripas le ardían; se dobló sobre sí mismo y cayó de rodillas. Dos arcadas más y acabó saliendo todo. A pesar del viento y de los chorros de agua, podía oler lo que su estómago acababa de rechazar. Tuvo una arcada final.

Tarkel estaba cerca. Encontró un cubo, lo sacó por la borda y luego vació el agua sobre la cubierta, que arrastró el vómito hasta el desagüe.

—¿Voy a buscar a tu sirviente, señor? —preguntó.

—No —dijo Casio poniéndose trabajosamente en pie—. No, estoy bien.

Con los brazos extendidos para mantener el equilibrio, fue hacia la escotilla. Puso un pie en el primer peldaño. Se agarró a la barandilla. Aparte del sonido del viento en los oídos, podía oír algo más. Miró hacia su derecha.

Korinth, ahí plantado, se reía de él.

## XVI

La luz del sol arranca destellos de la hoja antes de que esta cercene tela, carne y hueso. Un brazo cae al suelo. La hoja se balancea de nuevo, cayendo sobre el otro miembro. La sangre sale a borbotones de las heridas y empapa la arena. El cuerpo sufre espasmos y tiembla. *El soldado sigue vivo.*

Un brillo rojo ilumina un cuerpo hinchado y mutilado. La punta de la espada pincha la piel. Salen insectos de caparazón negro. *Han criado dentro.*

Oscuridad. Un guerrero sin rostro se abalanza sobre su enemigo blandiendo un garrote. El arma impacta contra la cabeza, cava una zanja en la garganta. Cuando su enemigo cae, el guerrero se queda de pie ante él. *Ríe.*

—¡Señor!

Casio se despertó y vio a Simo inclinado sobre él.

—Pensé que era mejor despertarte, señor. Estabas gritando.

Casio se restregó los ojos y se apoyó contra la almohada. Se alegró de estar a salvo de sus sueños. Hasta que recordó lo mal que se encontraba.

Simo se arrodilló junto a la cama y le puso la mano en la frente.

—Casi estás febril.

El galo cogió un trapo húmedo y se lo colocó a su señor sobre la frente. El *Fortuna* estaba siendo zarandeado por el oleaje; cada impacto hacía que temblasen los tablones del casco. Casio miró a través de la claraboya hacia una oscuridad de mal agüero.

—Por los dioses, qué tortura —gruñó—. ¿Qué hora es?

—Han pasado cuatro horas desde la puesta de sol, señor.

El estado de Casio se había deteriorado a la vez que el tiempo. Había pasado la tarde y la noche en un incómodo duermevela. Había vomitado dos veces más, no podía ni pensar en ingerir alimento sólido alguno.

—¿Qué tal hace ahí fuera?

Simo señaló el techo bajo. El agua se filtraba hasta la cabina por más sitios de los que Casio podía contar.

—No ha dejado de llover, señor. Y el viento también ha arreciado.

—¿El *Isis*?

—Lo perdimos de vista al anochecer. El capitán Asdríbar ha decidido continuar directo hacia el sur. También me pidió que te diera un consejo, señor. Dice que estarías mejor en cubierta, allí podrás tomar el aire. No creo que haya mucha gente que sepa más de los mareos que él, señor.

—No tengo fuerzas, Simo.

Casio sí pudo encontrar el resuello suficiente como para golpear el lecho con el puño.

- ¡Malditas tripas! Debo de ser el hazmerreír del barco.  
—De ninguna manera, señor. Un par de marineros también están igual.  
—¿Indavara?  
—Él parece soportarlo bastante bien, señor.  
—¿En serio? ¿Dónde está ahora?  
—En cubierta. Dice que quiere mantener un ojo en las jóvenes.  
—Sí —dijo Casio amargamente mientras se daba la vuelta—. Claro que quiere.

Asdríbar había entrado para atar los muebles, de tal modo que el único lugar donde podían sentarse era en las camas. Clara también había vomitado y ahora dormía en la suya, con las mantas subidas hasta la barbilla. Indavara estaba sentado junto a Annia en su cama.

Se había asegurado de que ella estuviera a su derecha para que no pudiese ver su oreja desfigurada. No la había sorprendido mirándola aún, pero la gente solía hacerlo, aunque procuraba tapanla con el cabello. Sobre ellos, una lámpara se balanceaba de un gancho clavado al techo, desprendiendo un pozo de luz dorada a lo largo de la estancia.

Indavara miró al suelo cuando la luz iluminó el lecho. La mano de Annia estaba a unas pulgadas de la suya. Podía alargar un poco la mano y tocarla. Pero no lo había hecho, ni podía hacerlo, porque no sabía cuál sería su reacción.

Habían estado hablando al menos durante una hora. Por fortuna, ella no le había preguntado nada sobre su pasado, sobre todo habían hablado sobre la naturaleza y las criaturas marinas. Annia sabía mucho, y le había contado más cosas sobre los delfines, las tortugas, las aves acuáticas y los tiburones. Tenía un libro de dibujos en Rodas con cientos de imágenes. Las representaciones de su hermana eran mejores, o eso decía. Indavara le dijo que le gustaría verlo.

Después de eso ella había hablado sobre su padre: lo tierno que había sido, lo inteligente, lo respetado, sobre cómo ella había estado durmiendo cuando oyó gritar a la sirvienta. Después había dejado de hablar y ahora miraba hacia la claraboya más cercana. Grandes gotas de agua se deslizaban por el cristal.

Indavara se preguntaba: ¿debería cogerle la mano? ¿Quería ella que él lo hiciera? Hubiera dado todas las monedas que tenía por abrazarla y besarla.

Con la mirada aún perdida, ella alargó la mano y la puso sobre la de él. Sus dedos estaban fríos, pero, de alguna manera, enviaron calor a su cuerpo. Luego lo miró y retiró la mano.

Un terrible momento de silencio. Luego:

—Deberías irte.

Lo había dicho en un susurro, para asegurarse de que Clara no lo oyera.

Indavara fue a cogerle la mano de nuevo, pero ella la retiró y la descansó sobre el regazo.

—Deberías irte.

Indavara se sintió como si hubiera sido golpeado. No podía pensar. ¿Le gustaba o no? Córbulos siempre decía que las mujeres necesitaban que se les dijera lo que debían hacer: un hombre debía ser fuerte, llevar la iniciativa; eso es lo que les gustaba.

Annia señaló hacia la puerta.

Indavara no quería disgustarla. Eso era lo último que deseaba. Se levantó y caminó hacia el otro extremo del camarote y miró hacia atrás cuando llegó a la puerta. La cara de Annia estaba en penumbra.

Más tarde aquella noche, Casio recibió una visita de Asdríbar. Aunque la túnica del capitán y sus botas estuvieran empapadas, parecía que no le afectaran los violentos bamboleos de la embarcación.

—Ya basta de estar tumbado en tu agujero, joven. No es lo propio.

Casio agitó una mano hacia él.

—Estoy agotado, capitán. No creo ni que pueda levantarme de la cama. ¿Qué tal progresamos?

—Rápidamente. Creo que hemos debido de recorrer cien millas, la mitad de la distancia hasta la costa africana.

Asdríbar hizo un gesto para que Casio se levantara.

—Vamos, insisto. He visto esto en otras ocasiones. Vomitarás toda el agua que llevas dentro y luego no te quedarán fuerzas. Ven a cubierta y haz lo que yo te diga. Si dentro de una hora no te encuentras mejor, puedes volver a la cama. —Asdríbar le ofreció la mano—. ¿Trato hecho?

Casio miró a Simo.

—No te hará daño probar, señor.

Casio alzó la mano. El cartaginés la apretó; luego lo levantó de la cama. Casio sintió que caía de nuevo hacia ella, pero Simo lo aferró del otro brazo y lo sostuvo. Solo llevaba su túnica de dormir, llena de manchas de vómito.

Asdríbar lo cogió de los hombros.

—Bien, llueve mucho ahí arriba, así que tráete esa túnica engrasada con la que te he visto. Una vez que te hayas vestido, quiero que subas a cubierta inmediatamente. ¿Entendido?

—Sí —repuso Casio.

—Te veo enseguida.

Cuando Asdríbar se fue, Simo buscó una túnica limpia. Abandonado a su suerte durante un instante, Casio inspiró profundamente varias veces y consiguió quitarse la túnica sucia por sí mismo. Bebió un poco de agua mientras Simo lo ayudaba a vestirse, y empezó a sentirse ligeramente mejor. El gallo aseguró la capa con capucha con un cinturón, y, una vez que tuvo las botas puestas, Casio estaba listo. Casi.

—Simo, sé que mi pelo está hecho un desastre, pero al menos puedes pasarle un peine.

—Por supuesto, señor.

Al llegar a las escaleras, Casio tuvo que esperar a que Opilio descendiera. El encargado de la bodega llevaba una bandeja cargada de jarras y, de alguna manera, conseguía mantenerlas todas en su sitio. El gran hombre hizo un movimiento seco con el cuello para que la capucha cayera. El agua le goteaba por la nariz.

—Alguien ha enfadado a los dioses —dijo con una lúgubre sonrisa—. Imagino que el buen tiempo no podía durar eternamente.

—Yo siento como si esta tormenta hubiera durado eternamente —repuso Casio al tiempo que se calaba su propia capucha.

—Esto no es una tormenta, señor. Esto es un vendaval. Apremiarás la diferencia si se convierte en tormenta.

Aferrándose con fuerza a ambas barandillas, Casio subió con cuidado por las resbaladizas escaleras. Quedó impactado por la profunda oscuridad que lo recibió cuando llegó arriba. La única luz visible era el candil que colgaba del mástil de popa. Entre las cañas de los timones se erguía la hercúlea figura de Korinth.

Asdríbar emergió de entre las sombras detrás de él. Al igual que el resto de los marineros, ahora vestía su propia capa y un pétaso hecho de cuero para protegerlo de la lluvia. Cogió a Casio del brazo y lo ayudó a subir a cubierta.

Casio entrecerró los ojos cuando un chorro de agua salada le fustigó la cara.

—¡Sígueme! ¡Utiliza la cuerda para ayudarte si lo necesitas!

Asdríbar señaló una cuerda que había sido colocada recientemente y que llevaba de una arandela en la escotilla hasta el camarote de popa. Casio lo seguía agachado, con una mano en la cuerda. El agua le empapaba las botas. Cuando llegó al camarote, Asdríbar lo ayudó y lo guio hasta la barandilla. Había otros dos hombres ahí, pero, merced a sus pétasos y a la oscuridad, Casio no supo discernir quiénes eran.

—¡Te ataré!

Varias medidas de cuerda habían sido ancladas a la barandilla y Asdríbar pasó uno de los cabos por la parte trasera de su cinturón. El candil de proa se movía arriba y abajo de manera alarmante.

Asdríbar le habló directamente al oído.

—Eso te mantendrá en el sitio. Ahora escucha, te acabo de nombrar piloto de la nave. Lo estaba haciendo yo, pero necesito ir a comprobar las velas. Muévete hasta la esquina de ahí.

Asdríbar siguió a Casio hasta la esquina derecha del camarote, luego pasó junto a él y señaló al cielo, hacia popa.

—Hay muchas nubes, así que no tenemos muchas opciones, pero ahí arriba está lo que llamamos el Tridente de Poseidón. ¿Ves las tres estrellas brillantes que están en fila?

Casio no podía verlas, hasta que siguió la dirección que marcaba el brazo

extendido de Asdríbar.

—Sí. Las veo.

—Toma nota de ellas, y avísanos a Korinth o a mí si su posición cambia.

Casio levantó el brazo y lo usó para medir la ubicación aproximada de las estrellas con respecto al borde del camarote.

—Eso es —dijo Asdríbar—. Bien pensado. Recuerda llamarnos si desviamos el rumbo. Y es probable que lo hagamos. Korinth es un timonel hábil, pero no es Cegato.

Con las mismas, Asdríbar se fue hacia proa.

Abriendo bien las piernas y apoyándose hacia atrás, Casio vio que podía agarrarse a la cuerda. Mirando en dirección opuesta a la proa, no recibía los salpicones y podía llenar los pulmones de aire frío y limpio. Y a pesar del subir y bajar del barco, se aseguró de mantener los ojos fijos en las tres estrellas.

Volcado por completo en la tarea asignada por Asdríbar, Casio por fin se dio cuenta de que había perdido la noción del tiempo. No le importaba lo más mínimo. Estaba en pie, había salido de aquella maldita cabina y se encontraba mejor.



## XVII

Cuando llegó la tormenta, lo hizo rápido. Justo pasada la hora sexta de la noche, justo cuando Simo luchaba en cubierta por llegar hasta él para darle una bien recibida jarra de vino caliente, Casio vio los primeros indicios de que el tiempo empeoraba.

Primero el viento empezó a cambiar. Aunque seguía proviniendo, más o menos, del norte, los repentinos soplos y cambios de dirección hicieron que Asdríbar y el resto de la tripulación tuvieran problemas para compensarlos. Incluso teniendo a todos los hombres sobre la cubierta, alterar la posición de la botavara resultaba ser un trabajo laborioso y complicado. Acababan de hacer un importante ajuste por tercera vez cuando el viento volvió a cambiar y comenzó a soplar aún con más fuerza.

Asdríbar ordenó que dos de los cabos más largos y gruesos del barco fueran echados al mar desde popa formando una alargada U. Esta supuesta ancla marina ayudaría al barco a mantener el rumbo. Mientras los hombres aseguraban las cuerdas, Casio se percató de que la gabarra había desaparecido. Le preguntó a Cegato sobre ella; por lo visto, la pequeña embarcación se había soltado hacía horas.

Aunque el *Fortuna* navegase a buena velocidad, subiendo y bajando con las olas, no tardó en hacerse evidente que tanto la nave como los tripulantes estaban sometidos a mucha presión. Asdríbar cada vez pasaba más tiempo en la parte delantera del barco. Un hombre volvió tambaleándose hasta la escotilla con la mano chorreando sangre. El aullido del viento se hizo tan intenso que Casio solo conseguía entender pequeños fragmentos de las palabras que se gritaban los marinos entre sí. Peor aún eran las sacudidas y estruendos sordos que parecían presagiar un hueco en el casco o el colapso de los mástiles.

—¿Estás bien, muchacho? —gritó Cegato, que volvía a ocupar el puesto de timonel.

—¿Aguantará?

—¿Esta vieja amiga? ¡Por supuesto!

—¿Vieja? ¿Cómo de vieja?

—Mucho más vieja que tú. Pero no te preocupes. Con las naves ocurre al contrario que con las mujeres: mejoran con la edad.

Casio procuró mantener alejadas sus ensoñaciones más pesimistas, pero lo que más le espantaba era el cambio de actitud de Asdríbar. De normal un hombre sereno, el cartaginés ahora vagaba por cubierta espetando maldiciones; su cara mostraba una sombría preocupación. Después de detenerse a hablar con Cegato, hizo un gesto para que Casio se acercara. Los dedos de Casio estaban tan helados y el nudo era tan prieto que le llevó un buen rato deshacer la cuerda. Una vez libre, se ayudó de un cabo para llegar hasta el capitán.

—Tenemos demasiada vela desplegada —le dijo Asdríbar—. Tenemos que bajar

la botavara. Diles a tus hombres que suban y envíales al mástil. Luego vuelve.

Si aquella petición, dicha con total descortesía, no había llegado a alertar a Casio sobre lo crítico de la situación, el siguiente movimiento de Asdríbar sí lo hizo. Antes de que pudiera poner la mano en el cabo de cubierta, el capitán le golpeó en el hombro y gritó:

—¡Rápido!

El aullido de protesta de Casio se perdió con el viento. La popa de la embarcación se inclinó hacia arriba y el romano casi fue propulsado hasta la escotilla. Se dio cuenta de que corría el peligro de caer por ella. Se puso de costado y se deslizó por la empapada cubierta. La gruesa capa le sirvió de protección, y se detuvo a un paso de distancia. Bajó las escaleras a trompicones, procurando no tocar los regueros de sangre que había dejado el marinero herido y que moteaban la barandilla. Al llegar abajo, se encontró con que la bodega estaba sumergida bajo varias pulgadas de agua.

Miró hacia el pasillo desierto y llamó a Simo y a Indavara. Tanto ellos como el marinero herido salieron de la cabina. El marinero llevaba una venda alrededor de la mano. Pasó a toda velocidad junto a Casio y subió escaleras arriba.

—Se os necesita a los dos en cubierta. Tienen que bajar la botavara.

—¿Deberíamos ponernos algo más de ropa, señor? —preguntó Simo.

—Olvida eso, no estaréis arriba mucho tiempo. ¡Vamos!

Casio esperó hasta que se encontraron tras él y lideró el camino a cuatro patas. Una vez llegaron a cubierta, vieron que Asdríbar se había hecho con el timón.

Con una agilidad increíble para un hombre de su edad, Cegato se deslizó hasta la escotilla. Su espesa barba caía, mojada y apelmazada, de su mentón.

—Manteneos agachados y utilizad los cabos. Seguidme.

Indavara y Simo pasaron junto a Casio de camino al mástil.

Buscando postura para manejar el timón, Asdríbar liberó la pierna de una cuerda, una de las muchas que vagaban por cubierta.

—¡Córbulo! —aulló—. ¡Quita estos cabos de aquí!

Molesto, pues parecía haber adoptado el papel de un grumete de segunda, Casio, no obstante, hizo lo que le ordenaron. Con el *Fortuna* tan escaso de tripulación, no había otra opción que la de ayudar a Asdríbar y a los suyos a superar la tormenta. Se puso la capucha y se arrastró por cubierta.

El *Fortuna* coronó otra gran ola y Simo perdió el equilibrio, se deslizó hacia delante y derribó a Indavara golpeándole las piernas. Ambos cayeron como amontonados cerca del mástil y detrás de Cegato, quien ni siquiera se percató. Indavara ayudó a Simo a que se incorporara, y con las palmas de las manos contra el suelo gatearon de vuelta. Indavara miró alrededor y se percató de que la mayoría de la tripulación estaba cerca; muchos de ellos luchaban con la vela mayor y miraban con preocupación hacia la botavara.

La túnica de Indavara ya estaba completamente empapada. Toda la cubierta estaba anegada, y numerosos chorros de agua helada parecían surgir de todas partes. Indavara miró a Simo. El pelo del galo se le había pegado a la cara y su expresión delataba su deseo por estar de vuelta en la cabina.

Korinth llegó y ordenó a los hombres que se reuniesen a su alrededor; solo aquellos que sostenían los cabos mantuvieron la posición. El fornido contramaestre se agachó y puso la espalda contra el mástil. Luego ahuecó las manos y se las llevó a la boca.

Indavara volvió su oreja buena hacia él.

—Vamos a bajar la botavara a medio mástil. Yo me haré cargo de la driza con vosotros cinco. —Señaló a tres de los tripulantes más corpulentos, a Indavara y a Simo—. El resto, poneos con los cabos y ocupaos de cualquier imprevisto.

Cegato se hizo a un lado mientras Korinth y sus tres ayudantes se agachaban frente al mástil.

Indavara sabía que la driza era la cuerda de tres pulgadas de diámetro que se utilizaba para hacer subir o bajar la botavara; era la cuerda más robusta del barco.

Desenna era uno de los hombres que ayudaban a Korinth. El marinero, de pelo rizado se volvió: llevaba en las manos rollos de cuerda.

—¡Apartad!

Indavara y Simo obedecieron, observando mientras Desenna ataba el extremo de la cuerda alrededor de la cornamusa más grande que había en el barco.

—Agárralo bien. Te diremos cuándo va a caer el peso. ¿Ves los agarres sobre la cubierta?

Indavara se había preguntado qué eran aquellos cubos de madera clavados al suelo detrás del mástil.

—Son para tus pies —siguió diciendo Desenna—. Barrigón, tu detrás.

Simo tomó posición junto a la cornamusa, con Indavara delante, ambos a la izquierda de la cuerda. Indavara apretó los dedos alrededor del cáñamo calado y afirmó los pies al suelo. Se sacudió el agua de cara y pelo.

—¡Peso listo! —gritó Desenna.

Indavara agarró el cáñamo con fuerza y se inclinó hacia atrás. A pesar de los esfuerzos de los otros cuatro hombres, podía sentir la inmensa carga que soportaba la cuerda.

—¡Ahora despacio! ¡Una mano y luego otra!

Las jarcias chirriaban al dejar caer la cuerda pulgada a pulgada para que la botavara descendiera. Cegato pugnaba con los marineros que mantenían los otros cabos, intentando que todo el entramado estuviera todo lo recto posible para los hombres de Korinth.

Otra sacudida de la cubierta bajo sus pies; Indavara sintió que su cuerpo se inclinaba peligrosamente hacia la izquierda. No se atrevió a ajustar la posición de sus pies, y sintió alivio cuando el barco se inclinó hacia el otro lado.

—¡Enganchado! —gritó una voz.

—¡Peso listo! —añadió Korinth.

Indavara apretó los dedos una vez más. Cegato apareció a su izquierda, pasando hábilmente junto a Korinth; luego miró al lado derecho de la botavara. Se hizo con el cabo que Tarkel tenía a cargo y lo zarandeó.

—¿Qué pasa? —preguntó Korinth.

—Uno de los elevadores está enganchado —respondió el veterano.

Indavara estaba sentado ahí, con las piernas y las posaderas congeladas por el agua, sintiendo escalofríos por toda la columna. Tenía que recordar que no debía aflojar el agarre.

—¡Cegato, Korinth!

Asdríbar echó un vistazo al frente, intentando hacerse una idea de lo que estaba ocurriendo. Casio, sobre una rodilla justo delante de él, también miró, pero todo lo que distinguía eran las siluetas borrosas de los hombres apiñados junto al mástil. Asdríbar soltó más maldiciones amargas en púnico mientras el *Fortuna* caía golpeando otra ola.

Por lo que Casio dedujo, todo cuanto podía hacer era asegurarse de que el barco mantuviera un rumbo lo más cercano posible a una línea recta en medio de los bandazos. El cielo se había descargado lo suficiente como para que se pudiera ver un reflejo de luna sobre las aguas. Casio hubiera preferido que no fuera así, a su alrededor los caballos de espuma blanca que formaban las olas surgían y se rizaban.

El *Fortuna Redux*, con sus noventa y cinco pies de eslora, pronto se antojó un botecito de remos. Casio había deseado no sufrir la cólera de los dioses que gobernaban los mares, pero ahora estaba siendo testigo de primera mano del poder brutal de los elementos. La posibilidad de que algún poder divino quisiera hundir o dañar el barco parecía real.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Asdríbar de repente.

Casio miró por encima del hombro y vio que la puerta del camarote de popa se encontraba abierta. Annia estaba de pie, había una tenue luz tras ella. Le gritó algo a Asdríbar, pero Casio solo oyó su colérica respuesta.

—¡Vuelve adentro y cierra esa maldita puerta!

El capitán volvió a mirar al mástil.

—Por los dioses... —dijo—. Alguien está subiendo.

Indavara había visto actos increíbles de heroísmo a lo largo de su vida, pero ninguno podía compararse a la tenacidad altruista del joven Tarkel. Momentos antes su cuerpo esquelético había surgido de la oscuridad. Se había puesto de cuclillas entre Korinth y Cegato y, al instante, había señalado hacia arriba. Los dos hombres debatieron la

cuestión un momento, pero enseguida parecieron darse cuenta de que no quedaba otra opción. Cegato sacó un trozo de cuerda de algún sitio y la ató al cinturón de Tarkel. El muchacho se deshizo de su capa, se apartó el pelo de la cara y trepó por el mástil para desenganchar el elevador. A pesar del castigo que estaba sufriendo la embarcación, se mantuvo calmado; sus pasos eran firmes y su velocidad, notable. Pronto Indavara lo perdió de vista.

La tensión en la cuerda pareció ceder. Desenna se dirigió a ellos.

—Hemos atado el cabo, pero mantenedlo sujeto.

—¿Ha llegado? —gritó Cegato mirando hacia la botavara.

—No puedo verlo —repuso Korinth.

—Mi cabo se mueve —gritó alguien.

—¡Creo que está ahí! —gritó otro.

El *Fortuna* superó una gigantesca ola que pareció desaparecer de repente haciendo que el casco se inclinase hacia abajo en un ángulo imposible. Indavara aseguraba los pies al tiempo que la proa impactaba contra el agua. Vio a un hombre volando por cubierta y oyó un impacto y un chirrido que venían de lo alto.

—¡Korinth, la driza!

El contraamaestre se arrastró hacia delante.

—¡Se está deshilachando!

—¡Asegurad otro cabo! —gritó Cegato—. ¡Tarkel! ¡Abajo!

—¡Va a caer!

—¡Tarkel!

Korinth se alejó del mástil, agarró al marinero que tenía detrás de él y lo empujó hacia popa.

—¡Atrás! ¡Todos atrás!

Justo cuando Indavara veía cómo un hombre quedaba sepultado bajo una avalancha de velamen, alguien se empotró contra él.

Cayó de espaldas sobre el suelo. Su cabeza quedó medio sumergida en el agua, oyó un estrepitoso crujido y sintió temblar los tablones de la embarcación.

Casio lo vio todo. Ahora el cielo estaba aún más despejado, lo suficiente como para que Asdríbar y él observaran horrorizados el momento en que la botavara caía cuarenta pies e impactaba contra la cubierta. El gran tronco yacía ahora sobre las velas amontonadas, proyectándose más allá de ambas regatas. Por suerte, la mayoría de los hombres parecían haberse apartado a tiempo y algunos ya estaban en movimiento. Casio también veía el candil de proa y, algo crucial, la luz en lo alto del mástil. Este se mantenía en pie.

El viento amainó un momento. Casio se volvió, aún acuclillado, con una mano sobre el cabo que recorría la cubierta, y miró a Asdríbar. El cartaginés parecía mantener las cañas aferradas solo ligeramente. Miraba al frente, boquiabierto.

Luego miró a Casio.

—Córbulo, coge el timón.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—No sé cómo...

Asdríbar soltó las cañas, agarró a Casio e hizo que se pusiera en pie.

—¿Llamo a la chica?

—¡De acuerdo! —gritó Casio en respuesta—. ¿Qué tengo que hacer?

Asdríbar desató el cabo que iba de su cinturón al camarote. Luego arrastró a Casio hasta su puesto y se lo ató a él.

—Esto te servirá: simplemente procura que no vire. Debes mantener el viento a popa.

—¿Por qué?

—Porque, si no, volcaremos.

Casio recibió un golpe en la pierna de una de las cañas que empezaban a estar fuera de control. Asdríbar las aferró y luchó para volver a someterlas. Casio tomó el relevo y quedó asombrado por la fuerza que ejercían aquellas planchas de madera: era como si pudiera sentir cada golpe de mar bajo el barco.

—Mantenla firme.

Asdríbar se dio la vuelta, agachó la cabeza y se dirigió al mástil.

Indavara fue uno de los primeros en levantarse. Ayudó a Simo a que se pusiese en pie; luego observó aquella escena de absoluto caos que tenían alrededor. Entre la masa de cuerpos, trozos de madera y rollos de cuerda, había un hombre tumbado de lado, con las manos agarrándose la pierna. Otro se arrastró desde debajo de las velas y se volvió para ayudar a un compañero atrapado. Korinth y Cegato miraban desde la borda hacia el mar.

—¿Dónde está? —gritó alguien.

Entonces Indavara recordó. El muchacho.

Llegó hasta la regala y comprobó que, probablemente, aquello había salvado el barco. La botavara, al caer, había atravesado varias pulgadas de madera maciza y ahora estaba incrustada. La mayoría del velamen había quedado amontonado en cubierta, y solo una pequeña sección estaba tocando el agua

—¡Allí! ¡Allí está!

El extremo de la botavara estaba a unos cinco pasos de distancia. Arrastrando de la cuerda que había atada a su cinturón, estaba Tarkel. El viento y las olas aún empujaban el barco, y el muchacho luchaba por mantener la cabeza fuera del agua. Levantó una mano un instante, pero su cara blanca y crispada se perdió bajo las olas.

—¡Un bichero! —gritó Korinth.

Desenna pasó junto a los otros corriendo hacia popa.

—Quizá pueda llegar hasta él —se ofreció otro miembro de la tripulación.

Indavara echó un vistazo al tronco, circular y empapado, y pensó que no tendría forma de recorrer más de uno o dos pasos.

—No seas imbécil —gritó Korinth agarrándolo de la túnica y tirando de él—. No vamos a perderte a ti también.

Al igual que los demás, los ojos de Indavara estaban fijos en Tarkel mientras que sus manos, agitándose, volvían a emerger a la superficie. Parecía estar intentando alargar las manos para intentar agarrarse a la cuerda.

—Todo el mundo a la botavara —ordenó Cegato.

Para entonces los marineros que habían quedado atrapados ya habían conseguido liberarse. Simo estaba ocupándose del marinero herido. Cegato, Korinth, Indavara y los otros echaron mano a lo que pudieron e intentaron tirar de la botavara para meterla.

Se movió unas pulgadas atravesando el hueco hecho en la regala, pero pronto se detuvo. Entre el enredo de cuerdas y velas, algo estaba muy atascado.

—Ha vuelto a hundirse —gritó alguien.

Desenna volvió con Asdríbar. El capitán traía una cuerda fina enganchada a un garfio de hierro de tres puntas. Ya tenía la cuerda recogida y no dudó ni un momento en seleccionar a Korinth para el lanzamiento.

—¡Apartaos!

A pesar de las palabras del capitán, los tripulantes se quedaron tan próximos a la regala como les fue posible. Muchos habían caído de rodillas y levantaban los brazos al cielo recitando plegarias.

Casio parpadeó para intentar deshacerse del picor que el agua le producía en los ojos. Ni siquiera estaba seguro de si lo que hacía servía para algo, pero miró a las estrellas y confirmó que el barco al menos mantenía el rumbo.

Pero ahora el viento parecía estar soplando sobre la derecha del *Fortuna* y la popa empezaba a deslizarse hacia la izquierda. Asegurando los pies, Casio tiró de ambas cañas hacia la derecha y miró a la luz que había al fondo.

Lentamente, la proa empezó a moverse.

Indavara supo de inmediato que aquel intento fracasaría. Korinth dejó volar el garfio con un lanzamiento. Este describió una parábola. La idea era enganchar el cabo al que estaba atado Tarkel. A pesar del peso del garfio de hierro, para cuando se acercó a su objetivo, el fuerte viento ya había desviado su trayectoria de la cuerda. El bichero cayó más cerca de la botavara que del muchacho.

—¡No! —llegó el grito desesperado de Cegato.

Indavara ya estaba en marcha. Como había pasado gran parte de la travesía junto

a la regala, sabía perfectamente dónde encontrar lo que necesitaba. Pasó junto a Opilio dándole un empujón y arrancó de su enganche el garfio que tenía más cercano. Los hombres gritaban:

—¡Tarkel!

—¡Aguanta, muchacho!

—¡Aguanta! ¡Vamos a por ti!

Indavara volvió a toda prisa y les mostró el bichero a Asdríbar y a Korinth.

—Ponedle un cabo a esto.

—Sí —dijo Asdríbar. Korinth cogió el trozo más largo de cuerda que tenía cerca y lo desató de donde estaba.

Cegato se volvió de su posición en la borda.

—¡No lo veo!

Korinth ató la cuerda al aro de hierro que tenía el garfio en su extremo con asombrosa velocidad. Indavara todavía tenía la mano en el mango de madera.

—¿Puedo probar?

—Adelante —dijo el contramaestre.

Cogió el final de la cuerda, volvió a la regala y se acuclilló. Indavara levantó el bichero por encima del hombro. Aunque menos manejable, supuso que pesaba más o menos lo mismo que una jabalina.

—¡Ahora! —aulló Cegato.

Indavara miró al mar oscuro. Vio por dónde desaparecía el cabo arrastrado bajo las aguas. No había ni rastro del chico. Fijó la mirada en la cuerda, dio un único paso y lanzó el cabo.

El bichero voló sobre las olas y se hundió en el agua un pie más allá de la cuerda. Korinth ya estaba echando una mano, tirando de la cuerda con él.

—Creo que lo tenéis —gritó Desenna.

Mientras Korinth tiraba, la cuerda que arrastraba de la botavara se dobló. Una mano surgió de las aguas; luego, una cabeza.

Indavara también tiró del cabo y los demás se apartaron mientras él y Korinth retrocedían junto a la regala, tirando de la cuerda, del muchacho, hacia el barco.

El siempre hacendoso Desenna había encontrado un bichero aún más largo, que alargó por la borda para enganchar a Tarkel del cinturón. Consiguió mantener la cabeza fuera del agua mientras los demás lo subían por encima de la botavara.

Asdríbar ordenó a dos hombres que lo cogieran por las piernas; él se tumbó sobre el tronco y alargó las manos hacia abajo. Al tercer intento atrapó a Tarkel de un brazo y lo sacó del agua.

Indavara, Simo y los marineros se reunieron alrededor de Asdríbar mientras este depositaba al muchacho boca abajo sobre cubierta. Podían ver las terribles heridas rojas en sus manos, causadas por su lucha con la cuerda por mantener la cabeza en la superficie. Mientras Korinth desataba la cuerda, Asdríbar levantó a Tarkel del cinturón y empezó a golpearle en la espalda con fuerza. El cuerpo de Tarkel sufrió un



espasmo; luego, un chorro de agua empezó a salirle por la boca. Su cabeza se inclinó a un lado y sus ojos se abrieron.

Un grito de júbilo surgió de los hombres e Indavara se encontró recibiendo a su vez una serie de palmadas en la espalda.

Como para recordarles su situación, el *Fortuna* se inclinó bruscamente, haciendo que dos de los hombres se deslizaran hasta la masa de velas.

Con una mano aún aguantando al chico, Asdríbar se dirigió a su tripulación.

—Korinth, llévate a Desenna y recoge el trinquete. El resto, arreglad todo este desbarajuste. Comprobad que el casco no ha sufrido daños y meted la botavara a bordo.

Observó a Tarkel. El muchacho tenía la lengua colgando y miraba al cielo. Asdríbar se dirigió a Indavara y a Simo.

—Llevadlo abajo y metedlo en una cama.

Casio oyó los vítores, pero apenas les prestó atención. No se fijaba en los marineros que corrían junto al mástil: mantenía la vista anclada en el candil de proa. Soltó una larga ristra de blasfemias y siguió adelante. Cada vez que creía tener la situación bajo control, una o las dos cañas empezaban a tirar en direcciones aleatorias. Le aterraba que el barco pudiera ladearse hacia el viento y volcar. Estar al mando de una centuria de legionarios de pronto se le antojó un trabajo comparativamente fácil.

—¿Dónde está? —gritó Casio, a lo que le respondió la bienvenida silueta de Asdríbar caminando hacia él.

El cartaginés le desató el cabo de seguridad y gritó «¡Bien hecho!» mientras se hacía cargo de las cañas.

—Ahora ve a ayudar con el muchacho —añadió.

Casio se encontró con Simo e Indavara en la escotilla. Bajó el primero y se encargó de cogerle los pies a Tarkel. Luego los tres lo llevaron abajo.

—¿A nuestra cama, señor? —preguntó Simo.

—Por supuesto —repuso Casio liderando la marcha.

Abrió la puerta con brusquedad mientras Indavara y Simo metían a Tarkel dentro y lo dejaban sobre el lecho con delicadeza. Simo fue a coger un paño y unas mantas.

Una vez de vuelta a las escaleras, Casio e Indavara tuvieron que esperar a que Cegato y un marinero que cojeaba bajasen. Casio señaló hacia el pasillo.

—Simo tendrá que echarte un vistazo cuando tenga un momento.

Cegato dejó al hombre herido y se adentró en la bodega a toda prisa, chapoteando sobre el agua hacia donde se guardaban la madera y las herramientas. De pronto se detuvo y se volvió.

—¿Qué hacéis ahí parados? ¡Echad una mano!

## XVIII

Cuando amaneció, la tormenta se había extinguido. Casio e Indavara estuvieron en cubierta toda la noche, y daban gracias, al igual que el resto de la tripulación, cada vez que el viento amainaba o las olas menguaban. Era la primera mañana clara desde hacía días, y ver un nuevo sol levantó el ánimo de todos los que estaban a bordo.

Con Cegato de nuevo al timón, Asdríbar fue a proa para hacerse cargo de la situación. Su primera orden fue la de reemplazar el actual trinquete por una vela algo más grande que se guardaba en la bodega. Mientras Korinth y Desenna se ocupaban de eso, Asdríbar les dijo a los demás que se tomaran un descanso. Un hombre se arrodilló para rezar una queda plegaria, pero la mayoría, incluidos Casio e Indavara, simplemente se sentaron o se tumbaron mientras Asdríbar recorría su barco.

Salvo por un par de pequeñas grietas, la cubierta había salido sorprendentemente indemne. Todas las cuerdas, jarcias y velas habían sido recogidas y almacenadas. Sin embargo, un simple vistazo a la botavara era suficiente para que quedara patente el más grave de los problemas: una gran brecha corría por en medio del tronco.

—Supongo que eso es irreparable —dijo Casio.

—Más que irreparable —dijo Asdríbar—. Tenemos repuesto, aunque no llega a los dos tercios de su longitud. Tendremos que acortar la vela mayor, pero conseguiremos alcanzar una velocidad respetable.

—Algo es algo, supongo.

—Mientras el viento siga soplando del norte, deberíamos tocar tierra mañana.

Casio oyó el sonido de unas sandalias sobre cubierta y vio a Annia y a Clara que caminaban hacia ellos. La joven señora arrastraba un cubo y su dama llevaba una bandeja con comida. Observó la reacción de los hombres. A pesar del agotamiento, la mayoría de los marineros sonreían. Ver a las dos mujeres, sus caras bonitas, su pelo largo brillando a la luz del sol, resultaba ser el mayor estímulo imaginable. La idea de comer y beber algo tampoco hacía ningún daño.

Annia dirigió la mirada hacia la botavara dañada y luego a los hombres. Las caras cansadas y los cuerpos magullados relataban la historia de la noche anterior mejor de lo que lo hubiera hecho cualquier palabra.

—Gracias —dijo la muchacha en voz baja—. Gracias a todos.

En el caldero lleno de agua flotaban unas jarras de madera, que los hombres rellenaron para beber. Apilados sobre la bandeja de Clara había rebanadas de pan untadas en aceite de oliva y trozos de queso blanco.

—No te muestres demasiado amable con ellos, señorita —resaltó Asdríbar—. No quiero que se me ablanden.

—Lo merecen, capitán —repuso Annia.

—Eso no puedo discutirlo.

El cartaginés se sentó en la botavara y cogió un trozo de pan. Le dedicó a Clara una media sonrisa.

—¿Estás bien, muchacha?

—La furia de Poseidón ha pasado, señor. Puede que ahora lleguemos a tierra, ¿no es así?

—Me encargaré de ello. No te preocupes.

Cuando Annia le hubo servido agua a todo el mundo, volvió con Asdríbar.

—Tenía razón sobre el *Fortuna*, capitán. Nos ha sacado de esta.

—La nave y la tripulación, sí.

Asdríbar alzó su jarra hacia Casio e Indavara, que estaban sentados el uno junto al otro.

—Y no debemos olvidar a nuestros auxiliares, por supuesto.

Annia miró a Casio e Indavara mientras cogían comida de la bandeja de Clara. Aunque Casio pensara que los esfuerzos de la noche pudieran haber mermado un tanto su entendimiento, tenía que admitir que estaba bellísima con esos mechones de color castaño enmarcando las delicadas facciones. Pero también la joven Clara tenía algo: esa sinuosa silueta, esa vulnerabilidad inocente. Casio siempre había sentido debilidad por las damas de compañía.

—¿Estás seguro de que no tienes ni una gota de sangre tracia, Indavara? —preguntó Asdríbar—. No he visto a nadie tirar un arpón así desde que serví en las Cícladas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Annia.

Asdríbar relató con detalle el rescate de Tarkel; lo ayudaron Desenna y Opilio, que contribuyeron al relato con entusiasmo. Casio había estado toda la noche oyendo hablar a los marineros de la capacidad de reacción de Indavara y de su habilidad. Avergonzado, el guardaespaldas fijó la mirada en su comida. Casio observaba a Annia mientras esta escuchaba: aunque lo intentara, la muchacha no podía ocultar destellos de admiración. ¿Había algo que le gustara más a una mujer que un héroe modesto?

Cuando acabó de relatar la historia, Asdríbar se puso de pie y señaló a Casio.

—Y no hay que olvidar al oficial Córbulu, aquí presente, que se hizo cargo del timón, él solo, durante lo peor de la tormenta.

Casio creía que sus esfuerzos merecían más reconocimiento, pero hizo lo posible por mostrarse comedido.

—Lo hizo bien —añadió Asdríbar—. Lamento haber sido algo brusco al dar las órdenes.

—No hace falta que te disculpes. Estoy encantado de haber podido echar una mano.

Annia dejó el cubo en el suelo.

—Capitán...

Asdríbar parecía saber exactamente lo que iba a preguntarle.

—No hay ni rastro desde proa. Pero enviaré a alguien al mástil más tarde.

—Gracias.

Annia comenzó a hacer una segunda ronda con el caldero. Casio se volvió hacia Indavara.

—¿No te vas a presentar voluntario para hacer de oteador, héroe?

Indavara lo fulminó con la mirada al tiempo que engullía un trozo de pan.

—Vamos —añadió Casio—. Solo es un chiste. Alegra esa cara, hombre. Todos deberíamos estar sonriendo después de haber sobrevivido a lo de anoche.

La expresión en la cara de Indavara no cambió. Bajó la voz.

—La tormenta. ¿Crees que ha ocurrido por lo que hice en el templo?

—Estamos en noviembre. Hay muchas tormentas en noviembre. Esperemos tocar tierra antes de que llegue la siguiente.

Casio ya había estado dándole vueltas a un plan, pero cuando la tripulación pidió más comida un poco más tarde, se dio cuenta de que se acababa de presentar su oportunidad. Se apresuró a la escotilla y bajó las escaleras, aliviado al saber que el resto del mundo estaba ocupado: Asdríbar estaba pilotando, sumido en una conversación con Annia; Simo tendía la ropa empapada en la regala e Indavara estaba ayudando a los marineros.

Al final, nadie se había presentado voluntario para hacer las labores de oteador, aunque Desenna sí se había ofrecido para revisar los daños en el mástil y llevar a cabo las reparaciones necesarias antes de izar la botavara de repuesto. Una vez arriba, había visto un barco hacia el sur, aunque no era más que una mota en el horizonte. No podían estar seguros de que fuera el *Isis*, pero Asdríbar había alterado el rumbo, diciendo que era poco probable que hubiera muchos otros barcos en la mar. Tendrían que seguirlo como pudieran.

En la bodega, algunos miembros de la tripulación aún achicaban agua. Unos pasos más allá de las escaleras, Opilio y otro de los hombres barrían el exceso hacia unos canales con escobones, mientras que a otro podía oírse cantar alegremente mientras ordenaba la bodega inferior.

Casio corrió pasillo adelante, agradecido también de que el joven Tarkel hubiera sido llevado a la cabina de Cegato. Por lo visto, el muchacho había dicho algunas palabras, e incluso había logrado comer algo. Toda la tripulación había insistido en verlo, y Simo se había visto obligado a pedirle a Asdríbar que prohibiera aquellas visitas.

Casio asomó la cabeza por la cocina y comprobó que estaba vacía. Luego entró en su cabina. Entrebrió la puerta con el pie, se pasó la mano por el pelo y esperó.

Clara llegó poco después, llevando la bandeja vacía.

—Hola —dijo Casio—. Ya que vas a la cocina, quizá puedas recoger mis cacharros sucios.

Apuntó a una única jarra sobre la mesa que había junto a su cama.

Clara miró la jarra y luego volvió los ojos hacia el pasillo vacío.

—No te llevará mucho —aseguró Casio.

Con la cara inexpresiva, Clara pasó junto a él y entró en la cabina. Casio retiró el pie y la puerta se cerró de golpe. Le cogió la bandeja de las manos y la colocó sobre la cama.

Clara lo miró. Casio vio cómo los ojos de la muchacha recorrían sus facciones. Fueron a detenerse en su boca.

—¿Crees que soy atractivo, Clara?

—Sí, señor.

—Puedes llamarme Casio. ¿Crees que soy guapo?

—Creo que eres muy guapo, Casio.

Les había hecho esa pregunta a muchas mujeres, muchas de ellas damas de compañía. Las suficientes como para saber distinguir un sí sincero de uno falso.

Le pasó un dedo por el cuello con delicadeza.

—No le dirás nada a tu señora de todo esto, ¿verdad, Clara? No creo que eso fuera bueno para nadie.

Clara negó con la cabeza.

Casio se inclinó y la besó en los labios. Clara abrió la boca y recibió la lengua del romano, acariciándola con la suya. Él la estrechó hacía sí y le acarició las nalgas, apretando las blandas carnes. Clara suspiró.

Casio le dio la vuelta, aferró su cintura y volvió a acercarla a él. Se llenó las manos con sus grandes pechos y la besó en el cuello.

—Esto te gusta, ¿verdad, Clara?

Ella asintió; tenía la boca abierta.

—Casio —susurró él.

—Me gusta, Casio.

Cuando llegaba a tocar los pezones con los dedos se oyeron los pasos de alguien a la carrera por el pasillo. Ambos quedaron paralizados cuando los pasos se detuvieron ante la puerta y entraron en la cocina. Clara intentó liberarse del abrazo de Casio, pero este la agarraba con fuerza, con un brazo alrededor de la cintura y otro alrededor del pecho. Quienquiera que fuera salió de la cocina y volvió a correr por el pasillo.

—Debería irme, señor —jadeó Clara.

Casio estuvo de acuerdo; no merecía la pena forzar la suerte. Le dio la vuelta de nuevo y le robó un último beso; luego la soltó y abrió la puerta de la cabina.

—Espero que podamos encontrar otro momento y otro lugar para otro encuentro como este, Clara.

Ella se arregló un poco el pelo y recogió la bandeja antes de responder.

—Eso espero, señor.

—Te he dicho que me llames Casio. Al fin y al cabo, ahora ya nos conocemos un poco más.

Las mejillas enrojecidas de la muchacha hicieron que Casio sonriera. Clara salió al pasillo y cerró la puerta tras ella. Aún con la sonrisa dibujada en la cara, Casio se apoyó contra la pared.

Se encontraba bien. Los mareos habían pasado, la nave había sobrevivido a la tormenta y, durante unos breves instantes, todas las preocupaciones sobre África y lo que los esperaba allí se habían esfumado.

Si las dificultades a las que había tenido que hacer frente en los últimos años le habían enseñado algo, era que había que darse a los placeres cuando y como se pudiese, y, en lo que a él respectaba, no había mayor placer que ponerle las manos encima a una joven dócil.

Se acercó a la mesa, echó un trago de vino directamente de la botella y se susurró a sí mismo:

—¿Quién necesita damas?

Al mediodía la nueva botavara estaba izada y, aparte del tronco roto que yacía amarrado en cubierta, había pocas muestras visibles de lo que había soportado el *Fortuna*. Una vez que se achicó toda el agua de la bodega, Asdríbar estableció turnos para las labores para que, así, su agotada tripulación pudiera descansar.

Y cuando Desenna trepó por el mástil de nuevo, justo antes de la puesta de sol, y anunció no solo que veía la nave que creían era el *Isis*, sino también una delgada línea de costa, una sensación de alivio recorrió el barco con rapidez. Incluso aquellos que habían estado durmiendo se levantaron animados y, mientras Asdríbar por fin se permitía un descanso, Cegato lideraba una plegaria de agradecimiento a los dioses. Annia, Clara e Indavara asistieron, congregándose alrededor de los altares junto con los marineros. Antes de dejarlos y de guiar sus pasos hacia proa, Casio percibió dos cosas. La primera, que Indavara mostraba una particular reverencia cuando se mentaba el nombre de Poseidón; la segunda, que estaba de pie junto a Korinth. Los acontecimientos de la noche habían supuesto el fin de cualquier antagonismo entre ellos.

Cuando pasó junto a la escotilla, Casio pensó por qué no se quedaba a la ceremonia. Parecía que estaba experimentando, una vez más, un cambio de actitud hacia todo lo divino. Así que, por lo visto, los dioses les habían perdonado la vida. Los otros querían mostrar su gratitud, asegurarse de que llegarían a tierra sin haber sufrido daño alguno. Quizá también tenían en mente su viaje de vuelta, algo en lo que Casio ni siquiera quería pensar. Para él la ceremonia carecía de sentido.

Al fin y al cabo, estaban embarcados en una misión noble y justa: la investigación de un asesinato brutal. Aun así, los dioses habían preferido ponerles las cosas difíciles en vez de ayudarlos. En tales circunstancias, ¿quién podría creer que un gesto como aquel fuera a producir ningún tipo de efecto?

Cuando aquella misión acabase, Casio decidió que se embarcaría en un viaje

dedicado exclusivamente a la peregrinación o abandonaría cualquier tipo de veneración para siempre. No hacer lo uno o lo otro se le antojaba una estupidez, y se lamentaba de no haber afrontado el asunto antes. Suponía que acabaría decantándose por la segunda, aunque la primera no dejaba de convertirse en la opción de unos cuantos. Su ya fallecido abuelo había sido uno de esos, aunque, después de que el viejo muriera, su esposa reconoció que había seguido haciendo ofrendas a los dioses en privado.

Sacudiendo la cabeza para alejar la frustración que esos pensamientos le provocaban, Casio se agachó para pasar por debajo de la vela mayor, junto a los dos hombres que estaban al cargo de ella. En la mar solo se apreciaban algunas pequeñas olas, y el *Fortuna* cortaba las aguas con delicadeza; Casio podía caminar por cubierta con las manos metidas en el cinturón. Se detuvo cerca de la proa y miró al horizonte. Si la nave que tenían delante era el *Isis*, ¿adónde se dirigía?

Había pasado parte de la tarde con Asdríbar, examinando su libro de navegación y algunos mapas desgastados. Justo al sur del cabo oeste de Creta se encontraba la provincia de la Cirenaica, una región dominada por cinco ciudades, la Pentápolis. Cirene era la ciudad más grande, servida por el puerto de Apolonia. Ese era el destino más probable del *Isis*, no había más puertos importantes en cientos de millas, ya fuera hacia el este o hacia el oeste.

Casio pensó en lo poco que sabía sobre la Cirenaica. El territorio había pertenecido a Roma desde hacía más de tres siglos y, al igual que África, era un lugar próspero y pacífico. Un producto en particular, una hierba medicinal llamada *silphium*, de la que se decía que tenía propiedades afrodisíacas, había contribuido a la prosperidad de la ciudad en sus inicios. La historia reciente había sido menos amable. Casio calculaba que el terremoto había tenido lugar hacía unos diez años y recordaba a uno de sus profesores comentando que una gran parte de Cirene había sido devastada. El maestro había sugerido que, debido a ello, los mejores tiempos de la ciudad habían quedado atrás.

¿Era aquella provincia olvidada la madriguera de quienquiera que, desde la distancia, había maquinado el asesinato de Mémor? ¿Qué había enviado a Dión a matar a un hombre que le había dañado de algún modo? Casio volvió a pensar en el asesino, aún con esa cabeza en descomposición en la mano, ya no en una cueva mirando al mar, sino huyendo en medio de una tormenta de arena, hacia el desierto.

## XIX

Casio tenía intención de dormir durante toda la mañana, así que se molestó un poco cuando lo despertaron a la segunda hora. Alargó la mano para coger su jarra de agua, que Simo le alcanzó con premura, se incorporó y bostezó.

—¿Qué pasa?

—Supuse que querías ser informado, señor.

—¿Informado de qué?

—La nave no se dirige a Apolonia, señor.

—¿Cómo? ¿Qué otro lugar hay?

—Por lo visto, una ciudad al este llamada Darnis. Deberíamos llegar allí esta tarde. El barco se está acercando a la costa ahora mismo.

A pesar de ese acontecimiento, Casio volvió a caer dormido, y cuando por fin se despertó, a la hora sexta, se preguntó si se había imaginado aquella conversación con Simo. El galo confirmó que no.

Una vez en pie, Casio se encontraba tan descansado y lleno de fuerzas como no se había sentido en días anteriores. A pesar de la incertidumbre por aquello que los esperaba, su alivio por estar cerca de tierra rayaba la euforia. Acabó los ejercicios de espada de Indavara, se aseó y engulló unas sabrosas sardinas desecadas y verduras guisadas. Al salir por la escotilla, vio que el *Fortuna* estaba bañado por un sol brillante. Las gaviotas revoloteaban y chillaban por encima de la popa.

—¿Dónde está todo el mundo?

Cegato, que estaba al timón, señaló con el mentón la proa.

—Ese barco ha vuelto a aparecer. Parece el *Isis*.

Casio se apresuró hacia delante y ocupó un lugar en la regala de estribor con Asdríbar, Annia, Korinth e Indavara. El joven Tarkel también estaba ahí, arrebujado en una manta. Los cinco examinaban el barco que ahora se dirigía hacia el este, hacia Egipto. Sus velas, de un marrón claro, se veían hinchadas, y el viento sobre su flanco hacía que navegara en un ángulo bastante acusado.

Justo enfrente, a no más de cuatro o cinco millas, estaba África. La línea de costa era una mezcla de playas blancas y promontorios rocosos. Más allá del pequeño puerto de Darnis estaba la ciudad: un montón de casas de colores claros rodeadas de campos de oro, amarillo e innumerables tonos de verde.

—Popa ancha. Jarcia egipcia en la vela mayor —dijo Asdríbar—. Es el *Isis*.

Annia observó los cielos con preocupación.

—De nuevo, llegamos a tiempo para ver a un barco zarpar.

—Sí —dijo Casio—. Pero fue contratado por un hombre que parecía saber exactamente adónde quería ir. Apuesto a que nuestro amigo Dión se ha quedado en tierra.



—Puede que haya recalado allí para llevar a cabo reparaciones después de la tormenta —aventuró Korinth.

—Puede ser —repuso Casio—. Pero, de ser así, las han hecho a una velocidad asombrosa. ¿Qué sabemos de Darnis?

—No mucho —dijo Asdríbar—. Salvo que el puerto es un punto útil si te coge el mal tiempo. Remoto, aislado. Cirene es la ciudad más cercana, a cincuenta millas al oeste.

—¿Presencia militar?

—Ni idea.

Annia dio un golpecito con la mano sobre la regala y se volvió para dirigirse a Casio.

—¿Deberíamos dirigirnos a puerto?

—No tenemos muchas más opciones, señorita —dijo Asdríbar—. La botavara de repuesto no es más que una medida temporal. No aguantaría un castigo ni la mitad de violento que el de aquella tormenta.

—Capitán, si recalamos aquí y el asesino de mi padre está en aquel barco, todo estará perdido.

Casio volvió a mirar hacia el *Isis*.

—¿Qué probabilidades hay de que sepan que los hemos seguido desde Creta?

—Puede que nos hayan visto el primer día —repuso Asdríbar—. Pero desde entonces solo los hemos divisado desde lo alto del mástil.

—¿Así que lo mismo valdría para nosotros? —preguntó Casio.

—Exacto.

—¿Tenemos posibilidad de alcanzarlos? —intervino Indavara.

Asdríbar negó con la cabeza.

—Ni siquiera a toda vela. Bastante es que hayamos podido seguirles el ritmo.

—¿Podríamos hacerles señales? —preguntó Casio.

—Sí —dijo el capitán—. Es un día claro. Pero puede que no las vean. Y es probable que ni siquiera se detuvieran en caso de verlas.

Casio volvió a mirar hacia Darnis.

—Creo que seguramente Dión ha abandonado el barco. La ciudad parece un lugar ideal para perderse, y puede que ni siquiera sepa que vamos tras él. Sería lógico que el capitán del *Isis* se dirigiese a su próximo destino mientras el tiempo aguanta.

—¿Y si Dión no ha desembarcado? —preguntó Annia.

—En ese caso tendremos que tratar de encontrar unos establos y a un guía local, puesto que necesitaremos ir a Egipto por tierra.

El puerto de Darnis era aún más pequeño de lo que parecía desde el mar y estaba protegido por dos rompeolas, cada uno de unos cien pasos de largo. Tenían la forma de un arco roto, con cinco secciones rectas unidas a cada curva. Los rompeolas

estaban hechos de cemento marino gris, rayados de algas y quebrados por grietas y agujeros. No había ningún otro barco de envergadura atracado, tan solo un par de pequeños barcos de pesca. Alineados al borde del puerto había varios almacenes de ladrillo en hilera, uno de los cuales había perdido el techo. Entre estos y la ciudad había una franja de marismas de, más o menos, un cuarto de milla de ancho que podía cruzarse por una vía de piedra.

Las velas del *Fortuna* habían sido recogidas hacía media hora, y el mercante pasó por la estrecha entrada con tan solo un poco de espacio libre más allá de los remos. Asdríbar le ordenó a Cegato que guiara el barco hacia la parte este del puerto, uno de los lugares donde el rompeolas parecía más sólido, ya que al menos disponía de algunos aros para el amarre.

Casio estaba de pie junto a Indavara y a Simo cerca del mástil, estudiando la ciudad, o lo que quedaba de ella. Era evidente que Cirene no había sido el único asentamiento de la zona en sufrir el terremoto; nada de más de dos pisos se había mantenido en pie, y había tantos edificios derruidos como los había intactos. Las únicas estructuras de cierta altura que quedaban en pie eran las columnas de un templo sin techumbre en el lado este de la ciudad.

Al igual que muchos asentamientos romanos, Darnis había sido construida en torno a un cruce de caminos. Entre las dos anchas avenidas principales, cuyo trazado era norte-sur y este-oeste, había una plaza adoquinada. Varios cientos de personas estaban allí reunidas.

—Me gustaría saber lo que está pasando —dijo Indavara.

—Quién sabe —repuso Casio—. Pero con esa muchedumbre la noticia de nuestra llegada se va a propagar a toda velocidad.

Casio se había inventado una historia como tapadera: Annia y él eran primos y habían contratado el *Fortuna* para viajar a Cirene, a donde debían acudir para los esponsales de la hermana de Casio el mes siguiente. La nave había tenido problemas y había atracado en Darnis para ser reparada. Casio le había pedido a Asdríbar que le explicase a la tripulación la importancia de mantener aquella farsa. También le pidió a Annia que se quedase a bordo, al menos por el momento. Para su sorpresa, aceptó.

—¿Y quién se supone que soy yo? —preguntó Indavara mientras Asdríbar aullaba dando instrucciones a Opilio y los remeros—. ¿Por qué iba a llevar un hombre que va a una boda un guardaespaldas?

—Yo soy, por supuesto, un caballero —repuso Casio—. Los caballeros suelen ser ricos. Los ricos suelen tener guardaespaldas.

—Y si soy un guardaespaldas, ¿por qué no puedo llevar mi espada?

—¿No has estado escuchando? Porque quiero llamar la atención lo menos posible. Vamos, vosotros dos, no vamos a esperar a que hayan puesto la rampa de desembarco.

Casio había optado por una anónima capa marrón y una túnica simple y, al igual que Indavara, tan solo iba armado con su daga.

A medida que se aproximaban al rompeolas, la tripulación ató las defensas a babor para proteger el casco del cemento. A unos cuantos gritos más de Asdríbar, los remos se retiraron y el *Fortuna* se deslizó suavemente hasta detenerse. Desenna fue el primero en desembarcar con el cabo de proa, seguido de cerca por Casio e Indavara. La parte alta del rompeolas estaba dos pasos por encima de la regala. Sin ayuda de Indavara, a Simo le hubiera costado subir, mucho más por el hecho de que llevaba encima el morral de Casio.

Una vez que se tomaron un momento para que sus inestables piernas se acostumbraran, Casio comenzó a andar y se percató de que hacía falta concentrarse bastante para evitar las fisuras y los huecos que tenían bajo los pies. La asombrosa cantidad de mierda blanca y negra de las gaviotas no ayudaba: montones de aves aleteaban hacia las alturas a medida que los intrusos saltaban y tropezaban de camino a la costa.

La impresión de abandono y decadencia vino a hacerse más patente al ver el resto del puerto. El lado oeste parecía haberse encenagado, y un muelle de madera que en un tiempo había unido ambos rompeolas prácticamente yacía colapsado en las aguas. Detrás del muelle había un camino de gravilla que dividía la hilera de almacenes. La puerta del edificio más cercano se abría y se cerraba al antojo de la brisa.

Trituraban la gravilla con sus pasos cuando Casio miró hacia el interior en penumbra para ver, tan solo, un montón de arena.

—Algo me dice que aquí no vamos a encontrar a un capitán de puerto.

Llegaron a la vía. Estaba construida sobre un lecho de guijarros, hecha de robustos adoquines de piedra, y era lo suficientemente ancha como para que pasaran dos carros. El trecho de marisma era una mezcla de tierra embarrada, charcos negros y matas de juncos altos y verdes. Un olor dulzón y fétido envolvía el aire.

—Creía que África sería seca —dijo Indavara.

—Yo también —repuso Casio—. Eso sí, es notablemente más cálida que Rodas.

Mientras seguían adelante, miró a la distante muchedumbre. Estaba reunida en la parte oeste de la plaza, de cara a una plataforma donde habían aparecido varias siluetas.

Al final de la vía, lo que en su día había sido un magnífico arco señalaba el límite de la ciudad. Solo quedaba en pie el lado izquierdo del arco, una columna de unos doce pies de alto. Casio echó un vistazo a las inscripciones, aún visibles. El arco solo tenía veinte años, y bajo la fecha había una lista de los hombres adinerados que habían financiado la estructura. Casio se preguntó cuántas de aquellas familias quedarían.

A lo largo del extremo norte de Darnis, a ambos lados del arco, había un antiguo muro hecho con grandes bloques de piedra muy erosionada. Había varios huecos, y en ningún punto había más de dos bloques de altura. Casio sabía que muchos de los asentamientos de la costa norte de África eran de origen fenicio, y supuso que el muro bien podía datar de aquellos remotos tiempos.

La calzada continuaba a través de una serie de tintorerías abandonadas. A la derecha del camino había montones de anchos cuencos de arcilla hundidos en la tierra. Aquí y allá había restos de tinte diluidos en charcos de lluvia estancada. A la izquierda había un patio repleto de ánforas, algunas todavía erguidas en filas ordenadas.

Las gentes de la ciudad se congregaban a la derecha de un mercado de puestos de madera y de cabinas de piedra destinadas a los cargos municipales. La sensación de mal agüero de Casio se acentuó cuando se acercaron a la muchedumbre. Calculó que debía de haber unas cuatrocientas personas mirando a la plataforma, que estaba ubicada en la esquina de las avenidas que iban al sur y al oeste. Ahora que estaba más cerca, Casio se percató de lo que aquella plataforma había sido en su día: la sección frontal y piramidal del foro de Darnis. Había quedado invertida tras el colapso del edificio y ahora se sostenía sobre un montón de escombros y sobre los restos de varias columnas. Cerca de la parte trasera de la plataforma había una estatua dentada de la loba amamantando a Rómulo y Remo.

Delante de ella había cuatro legionarios con la panoplia al completo y las espadas desenvainadas. Arrodillado entre ellos, había un hombre vestido con una túnica ajada. Sus muñecas habían sido atadas a su espalda y su cabeza estaba inclinada. Los soldados parecían estar esperando algo.

Algunos de los ciudadanos habían reparado ya en los tres recién llegados. Fueron avisándose entre ellos y pronto la mitad del populacho estaba a mirando a Casio, Indavara y Simo, o más allá, al mástil del *Fortuna*. Pero la curiosidad se desvaneció enseguida, y en un instante todos salvo unos pocos habían vuelto a mirar a la plataforma.

Ahora Casio los observaba. Era difícil imaginar una mezcla más variopinta: estaban reunidos en grupos diferenciados entre la multitud. Estaban los pobres, de piel bronceada y pies descalzos; algunos de sus críos vestían pieles de animal. Luego estaban los más pudientes, que llevaban túnicas largas y de mangas anchas, de color rojo, púrpura y amarillo, y de exóticos motivos; los hombres mostraban su riqueza en los dedos y algunas de las mujeres impactaban con sus cabellos largos y rizados y sus brillantes brazaletes en las muñecas. Y, por supuesto, los orgullosos romanos, quienes, aunque sus familias hubieran estado allí afincadas desde hacía siglos, no se plegaban a la tendencia local; con sus sandalias de cuero, túnicas bien perfiladas, capas y mantos de colores pálidos, habrían sido uno más en las calles de la capital. Resultaba preocupante que no hubiera un solo hombre togado: nadie tenía la pinta de ser un político local o un magistrado.

Apariencias aparte, los individuos congregados frente al foro derruido tenían dos cosas en común: nadie hablaba lo suficientemente alto como para llamar la atención y nadie parecía contento.

—¿Qué está pasando aquí? —murmuró Indavara.

—Nada bueno —repuso Casio—. Pero mantén los ojos abiertos. Tú también,

Simo. Sé que nuestra descripción es vaga, pero puede que nuestro hombre esté por aquí.

Dando vueltas alrededor de la multitud en parejas y de tres en tres, caminaba una docena de legionarios. También parecían estar dispuestos a entrar en acción, y varios blandían largas porras de madera.

Otro legionario subió por el montón de escombros hasta la plataforma. Era más viejo que los otros, al menos tendría cuarenta años. Su cabeza tenía forma de cuenco y estaba poblada por un cabello del color de la arena; su cara cansada encajaba con su delgada figura. No llevaba armadura, tan solo una túnica dividida por la franja diagonal de un tahalí de color rojo intenso. En una mano tenía un trozo de papiro raído.

—Creo que la mayoría de vosotros me conoce. Si no es así, soy el optio Proción. Este de aquí es el optio Mutilo.

Un soldado panzón que debía de tener su misma edad siguió a Proción hasta la plataforma y se colocó junto a él. Él también llevaba un tahalí rojo y un parche sobre el ojo izquierdo. Proción prosiguió; hablaba con acento callejero, y su tono agotado se parecía más al de un vendedor ambulante.

—Por orden de los magistrados, este hombre...

La voz del optio fue disminuyendo mientras consultaba con el resto el nombre del reo. Todos los soldados negaron con la cabeza.

—... este hombre ha sido declarado culpable de evasión de impuestos y de difamar a oficiales del ejército romano. Primero, deberá perder un dedo; segundo, la lengua. Que todos los aquí presentes comprueben el precio de tales actos criminales y de deslealtad hacia el Imperio.

—Oh, señor... —susurró Simo.

—Muy bonito —añadió Indavara.

Casio ya se imaginaba algo parecido. Podía percibir la hostilidad hacia los soldados en los ojos de los habitantes de la ciudad. Aun así, nadie osaba alzar la voz. Dos mujeres del pueblo, cogidas de la mano, intentaron marcharse, pero uno de los legionarios se lo impidió con su porra. Las mujeres volvieron a su sitio en silencio. Algunos de los hombres miraban a los soldados con cautela; estos, a su vez, los miraban a ellos, estudiando cualquier gesto que pudiera tomarse por descontento.

Sobre la plataforma, el optio Mutilo desató las manos del cautivo y le dio un empujón en la espalda que lo envió trastabillando hasta una mugrienta piedra blanca. En una esquina del mercado había un pequeño redil con una docena de cabras dentro. Al sentir la inquietud de la gente, las cabras se apiñaron y empezaron a dar vueltas al redil mientras empujaban el cercado de mimbre.

Casio miró más allá de los animales. Un oficial del ejército, de unos treinta años de edad, reconocible por su túnica roja y su ancho tahalí, estaba apoyado contra uno de los puestos del mercado, observando el proceso. La mayoría de la gente no le prestaba atención. Era alto, corpulento, con la tez negra y el pelo negro y rizado de

los naturales del lugar.

—Me pregunto por qué solo mira —dijo Casio—. Tiene pinta de ser de aquí.

—¿Cómo puedes estar seguro desde aquí?

—Mira el...

Casio se dio cuenta de que estaban hablando sobre dos personas diferentes. Más allá del foro, a un trecho en la avenida que llevaba al sur, acababa de aparecer un hombre a caballo. Había detenido su montura a la sombra de un edificio, pero la silueta de casco con penacho era bien visible. Estaba recostado sobre su silla, observando.

Parte de la multitud también se había percatado de la presencia del jinete, aunque su atención volvió a centrarse en la plataforma. El reo había empezado a suplicar quedamente en latín. Mutilo se acercó y puso la bota sobre la muñeca del condenado y luego se arrodilló junto a él.

Simo se dio la vuelta y caminó hacia el mercado. Uno de los soldados lo vio, pero no hizo nada.

—¿Vas quedarte ahí sin hacer nada? —le preguntó Indavara a Casio.

—¿Y qué sugieres?

—Superas en rango a esos dos. No está bien.

—Por una vez en tu vida, piensa —susurró Casio—. ¿Quieres que airee que soy del ejército delante de lo que tiene pinta de ser toda la población de la ciudad? Si está aquí, creo que nuestro amigo Dión sería capaz de atar cabos. ¿No crees?

—Entonces habla con uno de los oficiales.

El optio Mutilo desenvainó su daga. El resto de los soldados agarraban al reo.

—Estamos aquí para dar con un asesino —dijo Casio—, no para meter las narices donde no nos llaman. No sabemos cuál es la situación aquí. A veces es necesario dar ejemplo con alguien.

Indavara negó con la cabeza.

—En ese caso, dejaré que disfrutes del espectáculo.

Dio media vuelta para unirse a Simo, que miraba en dirección opuesta a la de la muchedumbre, de pie, detrás de un puesto, no muy lejos del oficial corpulento. Casio vio a uno de los soldados intentar retar a Indavara con los ojos. Aquel probó suerte un par de veces y luego se dio por vencido, aliviado de que sus compañeros legionarios no lo hubieran advertido.

El optio Mutilo manejaba la larga daga reglamentaria de la legión como si fuera un cuchillo de carnicero. Cuando cayó sobre la piedra emitiendo un quejido metálico, muchos de los presentes apartaron la mirada. Otros se llevaron las manos a la boca. Un hombre vomitó de forma escandalosa.

El reo no profirió ni un grito. Simplemente se aferró la mano mutilada con la sana intentando detener el flujo de la sangre.

Casio sintió el frío retorcerse en sus entrañas. Todo aquello le recordaba a una noche particularmente desagradable en Palmira, pero volvió a repetirse a sí mismo lo

que le había dicho a Indavara: no podía intervenir.

Aquel nivel de organización daba a entender que aquella no era la primera vez. A continuación el optio Mutilo y los hombres se prepararon para cortarle la lengua al cautivo. Casio vio a un joven entre los congregados que apenas podía contener su rabia y a dos mujeres que le suplicaban que se calmase. Por suerte, ninguno de los legionarios se dio cuenta.

Uno de sus compatriotas se colocó detrás del cautivo y le agarró la cabeza por los dos lados para mantenerlo recto. Otros dos, uno a cada lado, le metieron los dedos en la boca para que la tuviera abierta. Uno de ellos se sacudió las babas de la mano, hizo una mueca y volvió a meter los dedos.

Las cabras empezaron a correr alrededor del redil; el sonido de sus pezuñas quedaba ahogado por sus estridentes balidos de desesperación.

Cuando Mutilo alargó la mano hacia su cara, el cautivo consiguió, de alguna manera, cerrar la boca. Uno de los hombres le retorció la nariz, pero Mutilo, con un gesto de la mano, le indicó que no merecía la pena. La solución fue golpear al cautivo entre los ojos con el pomo de la daga. Cuando la cabeza del hombre cayó hacia atrás, Mutilo le metió los dedos en la boca y le sacó la lengua agarrándola con el índice y el pulgar. Apuntó. Luego hizo un corte descendente, y realizó un tajo de unas buenas dos pulgadas.

Casio ya había apartado la mirada, pero el grito confuso del prisionero hizo que un chasquido congelado le recorriera la columna. Volvió a mirar a tiempo para ver cómo Mutilo alzaba el ensangrentado trozo de carne hacia la muchedumbre.

—Pensad en ello, todos vosotros —dijo Proción—. Hablad mal de nosotros, o del centurión, y puede que no volváis a hablar jamás.

Mutilo tiró la lengua al suelo, delante de la plataforma. Para regocijo de los legionarios, un perro apareció de repente, la enganchó con las fauces y echó a correr con ella. Mutilo cogió el recipiente de cuero que llevaba al cinto y usó el agua para limpiarse las manos y limpiar la hoja. Envainó la daga y bajó por el montón de escombros con Proción. Para entonces los legionarios se habían reunido en torno a ellos. Los optios dieron unas órdenes y luego caminaron lentamente por la avenida que llevaba al oeste.

Frente a Casio, dos chavales jóvenes venían corriendo entre la multitud. Uno hacía que se cortaba la mano como si llevara un cuchillo. El otro se cubría la boca. Parecía estar disfrutándolo. El reo permanecía en la plataforma, sobre un costado, inmóvil. En cuanto los soldados se hubieron ido, varias personas subieron a ayudarlo. Mientras el gentío se disolvía, Casio miró hacia el sur, al oficial montado. Este volvió grupas y se alejó cabalgando.

Indavara también se movía: iba detrás del otro oficial, que caminaba por medio de la plaza hacia el este. Casio echó a correr tras ellos y llegó hasta Indavara cuando este abría la boca.

—Lo disfrutas, ¿verdad?

El hombre corpulento se dio la vuelta. Iba armado con una daga.

—Te ruego que disculpes a mi guardaespaldas, señor —dijo Casio metiéndose en medio a la velocidad del rayo—. Era gladiador, no le agrada la violencia como espectáculo.

El oficial los miró a ambos, y Casio se dio cuenta de que no parecía mantenerse muy firme de pie. Aun así, era un tipo imponente, no solo por su presencia, sino también por sus facciones angulosas, y era bien parecido. Observó a Indavara con furia y caminó hacia él.

Casio se apartó.

El oficial se detuvo a un paso de Indavara. Era tan alto como Casio, solo que más fornido, y miraba hacia abajo al guardaespaldas.

Indavara le sostuvo la mirada, con las manos en el cinturón, preparado para actuar.

Casio recordó lo que le había dicho en Rodas, después del incidente del templo, sobre que se estaba convirtiendo en un lastre. Un gran lastre, más bien.

—Te he preguntado si lo disfrutas —dijo Indavara.

El oficial inclinó la cabeza hacia él hasta que sus caras estuvieron a unas pulgadas de distancia.

—¿Tengo pinta de disfrutarlo?

Con las mismas dio media vuelta y se fue.

Indavara lo observó hasta que Casio se dirigió a él.

—En el nombre de Hades, ¿qué crees que estás haciendo? Vuelve a hacerme algo así otra vez y me aseguraré de que Abascantio lo sepa. Y si se entera de que has puesto en peligro la investigación, no esperes más lingotes de plata, ni siquiera una puta moneda.

Indavara lo miró, pero no abrió la boca.

—O también podría decírselo a Annia —continuó Casio—. Tampoco creo que ella se mostrase muy complacida.

Llegó Simo.

—Señor, si pudieras prescindir de mí unos instantes, podría ir a ayudar a ese pobre hombre.

—Por todos los dioses... —espetó Casio intentando mantener un tono de voz bajo—. No sé quién es peor. Os sugiero que recordéis para qué estamos aquí.

Casio miró a la gente. Necesitaba información ya. Dirigirse a los soldados o a los optios no era una perspectiva halagüeña, máxime con Indavara a su lado. Podía intentar buscar la casa del gobernador, pero aquello llevaría tiempo y llamaría mucho la atención.

Un hombre rollizo pasó junto a ellos.

—Bienvenidos a Darnis —dijo con amargura—. Lamento que hayáis tenido la desgracia de desembarcar aquí.

—Nuestro barco necesita reparaciones —dijo Casio, viendo una oportunidad—.



Por lo visto, ha atracado otra nave esta mañana.

El hombre se encogió de hombros.

Casio miró hacia la plataforma.

—Esto que ha pasado... ¿es habitual?

El hombre miró a su alrededor para comprobar que no había legionarios cerca.

—Cada vez más.

Casio señaló al corpulento centurión que había llegado al límite de la plaza de donde partía la calzada que llevaba al este.

—Es raro. Él no parece estar de acuerdo.

—¿Eborio? No ha hecho nada para impedirlo, ¿no? Es una vergüenza. Era un buen hombre.

—¿Debo suponer que los optios reciben órdenes del otro oficial? ¿El que estaba a caballo?

El hombre miró al suelo.

—Buena suerte con esas reparaciones —dijo antes de desaparecer a toda prisa.

Casio volvió a mirar al este. Eborio acababa de desaparecer por una calle secundaria.

—Venga.

—¿Adónde vamos? —preguntó Indavara.

—Necesito hablar con ese oficial. ¿Puedo confiar en ti para que mantengas la boca cerrada?

Ahora Indavara miraba hacia la plataforma.

Casio dio un paso para acercarse más a él.

—Creía que en el barco habíamos llegado al acuerdo de que cada uno haría su trabajo. ¿Qué tal si me dejas a mí tomar las decisiones?

—No quiero ver las cosas de ese modo —dijo Indavara en un susurro.

—Simo tampoco. Ni yo. Pero los asuntos de esta ciudad no nos incumben. Díón sí. Y no podemos perder el tiempo.

## XX

Eborio pasó junto a una taberna, por lo visto el único edificio habitado en esa calle. Una veintena de legionarios pasaban el rato sentados en los bancos que había fuera, aunque solo unos pocos bebían. Pidieron al oficial que se uniera a ellos, pero este hizo un gesto desdeñoso con la mano y, resuelto, siguió su camino.

—Id más despacio —les susurró Casio a los otros.

Aunque, inevitablemente, atrajeron la atención de los soldados, estos no dijeron nada y los tres pasaron caminando junto a ellos.

Aquella era una zona de casas de dos o tres habitaciones separadas por muros bajos; la mayoría disponía de un pozo de agua bien en la parte delantera, bien en la trasera. Aunque todas las viviendas parecían abandonadas, quedaban señales de que habían estado habitadas: plantas en tiestos, muertas o creciendo sin control; pequeñas huertas en las mismas condiciones y, sobre el quicio de las puertas, grabados de deidades encargadas de proteger la casa.

Eborio caminaba cabizbajo y, a pesar de la buena cantidad de bebida que Casio suponía que había ingerido, mantenía un paso bastante brioso. Así que para cuando hubieron torcido a la derecha para entrar en un callejón, ya se encontraban a una buena distancia de la taberna, lejos de ojos indiscretos.

—¡Eborio!

El oficial se detuvo y esperó a que Casio llegara hasta él seguido de Simo e Indavara.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó irritado—. ¿Qué quieres?

Casio vio que la imponente figura y el gesto duro ocultaban a un individuo bastante desaliñado. Olía a sudor y a vino, su túnica estaba sucia y el metal de la hebilla de su cinturón se veía grasiento y falto de color.

—Hablar contigo.

Casio hizo un gesto a Simo, que sacó la punta de lanza del morral y se la entregó. Casio desenvolvió la mitad superior y se la enseñó a Eborio.

—Seguridad Imperial. Necesito que me asistas.

—No soy yo quien está al mando aquí.

—Eso no importa. Necesito información.

—¿Sobre qué?

—¿Hay algún lugar en el que podamos hablar?

Eborio se frotó los ojos. Luego suspiró.

—Por aquí.

Casio le devolvió la punta de lanza a Simo, siguieron al oficial a lo largo del callejón y luego cruzaron a la calle siguiente. A la izquierda quedaban las marismas y una amplia extensión de playa. A mitad de camino por el callejón llegaron a un

portón bajo que describía un arco, y Casio siguió a Eborio, que se adentraba en lo que, en su día, sin duda fue un pequeño templo. Tendida en una esquina reposaba la mitad superior de una estatua tallada en piedra de segunda. Solo se la reconocía por la lechuga que había en una mano ahuecada y agrietada: la diosa Minerva. En la esquina opuesta quedaba la base de un altar; allí se sentó Eborio.

—¿Centurión?

Eborio asintió con hastío.

Casio echó mano al pellejo de agua que llevaba al cinto.

—¿Agua?

Eborio bebió casi todo el contenido y luego se lo devolvió a Casio. Todo en él era grande: cabeza grande, cara grande, hombros grandes, brazos y piernas grandes, pero no todos aquellos miembros estaban bien formados ni eran proporcionados.

Casio se recostó contra una pared cubierta de hiedra.

—Busco a un hombre que se hace llamar Dión. Bajo, zurdo. ¿Te suena?

—No.

—Creo que llegó esta mañana a bordo de ese barco, el *Isis*.

—He oído que había atracado. Hoy en día, a no ser que se trate de un barco de suministros, nadie hace mucho caso.

—Necesito encontrarlo a la mayor brevedad —dijo Casio—. Si desembarcó, puede que haya salido de la ciudad. ¿Qué hay de la oficina del gobernador? ¿Hay alguien que lleve un registro de la gente que llega?

Eborio resopló.

—¿Ha ido alguien a recibiros?

—Entiendo que aquí la ley y el orden se han venido abajo.

—Se podría decir así. Aunque supongo que algo de orden hay. De un tipo muy concreto.

—¿Del tipo concreto de aquel oficial? ¿Quién es?

—El centurión Valgo Cárnifex.

—Puede que necesite su ayuda. ¿Podrías llevarme hasta él?

—Eso sería difícil. Él y yo no nos llevamos particularmente bien.

—Entiendo. Parece que tendré que empezar a preguntar por ahí.

Eborio frunció el ceño.

—Te aconsejo que no lo hagas.

—No tengo muchas más opciones. Puede que alguien haya visto a ese hombre, quizá incluso lo conozcan. Cada hora cuenta. Puede que ya se haya marchado.

—¿Marchado? ¿A dónde? Recorre diez millas en cualquier dirección y lo más probable es que te topes con una banda de Maseene.

—¿Maseene?

—Una tribu de la zona. Han empezado a atacar a cualquiera que se encuentren que no se parezca a ellos o no hable su lengua.

—¿Ha perdido el ejército el control en la zona?

—De Darnis y su entorno inmediato no. Pero más allá..., dejémoslo en que es improbable que tu pequeño amigo haya partido hacia ningún sitio, a no ser que esté deseoso de encontrar la muerte en la punta de una jabalina.

—No he oído hablar de ninguna revuelta en esta zona.

—Estoy bastante seguro de que nadie al otro lado del Mar Verde ha tenido noticias de Darnis desde hace tiempo. —Eborio le dio una patada a una piedra y la envió contra la pared—. Y así es, precisamente, como algunos quieren que sea.

—Si tan seguro estás de que no se ha ido, entonces hay más razones para pensar que alguien aquí sabe algo. ¿Por dónde propones que empiece?

—¿Me has estado escuchando? En este lugar la situación es complicada, y tú eres un extraño. Podrías meterte en líos andando por ahí sin escolta. Y Cárnix pronto se enteraría.

—¿Y bien? La ley lo obliga a ayudarme.

Eborio casi rio ante aquello.

—No está obligado a nada salvo a sus únicos y propios intereses: mantener y proteger el pequeño y muy lucrativo imperio que se ha montado aquí. Te sugiero que mantengas tu verdadera identidad oculta y que zarpes por la mañana.

—Eso no es posible.

—Y, de todos modos, ¿qué ha hecho ese hombre al que buscáis?

—Es un asesino.

—¿A quién ha matado?

Casio se preguntó si no le había desvelado ya demasiado a Eborio. Pero, a su vez, el centurión había revelado bastante acerca de sí mismo, y parecía poco probable que fuera a cooperar si no conocía la verdadera importancia de la investigación.

—Al segundo en el mando del Servicio. En Rodas, hace una semana. ¿Entiendes ahora por qué no puedo sencillamente darme la vuelta y marcharme?

Eborio lo valoró un instante.

—¿De cuántos hombres dispones?

Casio señaló a Indavara y a Simo.

—¿Por qué tan pocos? Si estás encargado de tan importante misión...

—Digamos que todo fue muy repentino. De todos modos, si hubiera traído conmigo un grupo más numeroso, nunca encontraríamos a Dión, ¿no crees? Por lo que dices, dudo que ese Cárnix me permita hacer uso de sus tropas, así que tiene pinta de que solo tengo una posible fuente de ayuda.

La cara de Eborio se contrajo; se rascó la nuca.

—Su nombre era Augusto Mario Mémor —continuó diciendo Casio—. Fue decapitado. En su estudio. Tenía esposa y dos hijas. La mayor está en el barco.

Eborio no dijo nada, pero a Casio no le importó. El centurión parecía haber aceptado que tenía la obligación de ayudarlo, y, a juzgar por su expresión, los detalles más emocionales habían cumplido su función.

—¿Qué me dices de tu centuria, de tus hombres? —preguntó Casio.

—Si me has seguido desde la plaza, habrás visto a la mayoría. En la taberna.

—¿Cómo?

—Es una larga historia.

Eborio miró a las sombras alargadas sobre los adoquines agrietados del templo.

—No tenemos mucho tiempo. Deja que haga algunas averiguaciones.

—¿Y luego?

—Pasaré por la calzada a la hora tercia de la noche. Espérame junto al arco.

¿Tienes alguna información sobre ese hombre?

Eborio parecía haberse despejado a lo largo de la conversación, pero Casio repitió los detalles que conocía dos veces. También le informó sobre la historia tapadera y sobre los daños del *Fortuna*.

—¿Será capaz el capitán de llevar a cabo aquí sus reparaciones?

Eborio alzó una mano.

—Cada cosa a su tiempo. Eso puede esperar a mañana. Que todos los hombres se queden en el barco por el momento.

—Como deseas. Te agradezco tu ayuda.

—Es un placer —dijo Eborio sin mucha convicción—. ¿Puedes decirme otra vez cómo te llamas?

Llegaron a la cubierta del *Fortuna* cuando la ceremonia de bienvenida acababa de concluir. La tripulación se encontraba en cubierta de muy buen humor, preparándose para pasar una noche en Darnis. Casio encontró a Asdríbar a popa, mirando al mar. Uno de los altares todavía estaba cubierto por la sangre de uno de los gallos, había plumas esparcidas por el suelo. El humo que salía de la cocina volaba hacia el puerto.

—Capitán, debes hablar con tus hombres. Me temo que no podrán ir la ciudad esta noche.

—Espero que sea una broma.

Asdríbar solo cedió cuando Casio relató lo que había visto y oído.

—Por los dioses... —dijo el cartaginés—. Tendré que hacer otro sacrificio para que los muchachos sigan animados... Otro barril de caldo rodio.

—Además de los peligros de la ciudad, es vital que nuestro auténtico propósito no sea desvelado. Sé que has informado a tus hombres, pero ambos sabemos que la bebida suelta las lenguas.

—Tendremos que ir en algún momento —dijo Asdríbar—. Necesitamos madera para la nueva botavara. Ese centurión..., quizá también yo pueda hablar con él.

—No veo por qué no.

Asdríbar suspiró.

—Iré a dar la noticia entonces. Si oyes un chapoteo, ve a coger el bichero..., porque puede que me tiren por la borda.

De hecho, las airadas protestas de la tripulación duraron lo que Asdríbar tardó en abrir el barril de vino con canela. A toda prisa se reubicaron en la calurosa y humeante cocina y no tardaron en empezar a insultarse entre ellos y a cantar canciones.

—Por Júpiter... —dijo Casio mientras Simo le cubría los hombros con su capa—. Espero que esto no dure toda la noche.

—¿Quieres que te acompañe a ese encuentro, señor?

—No, puedes quedarte aquí.

—¿Yo también? —preguntó Indavara apoyándose en el marco de la puerta.

—Sí. No tardaré, y Asdríbar va a acompañarme.

Korinth salió de la cocina tambaleándose y con una jarra en la mano.

—¡Ahí estás! —berreó—. ¡Ven a tomarte algo con los muchachos!

Antes de que Indavara pudiera protestar, Korinth lo agarró y lo arrastró hasta la cocina. Por un momento Casio pensó que Indavara se opondría, pero se oyeron vítores cuando los demás lo vieron. Casio se encaminó al pasillo y miró al frente: Indavara sonreía mientras los marineros se hacían a un lado para dejarle sitio junto al fogón.

Korinth se volvió, con los ojos intentando enfocar a Casio.

—¿Y tú, señor?

—Una invitación muy tentadora, pero no, gracias.

Korinth volvió su atención hacia Simo. El galo intentó batirse en retirada hacia la cabina, pero el corpulento marinero fue tras él.

—¡Vamos, muchacho!

—No, gracias, en realidad prefiero...

Casio rio cuando Korinth sacó a Simo de la cabina cogiéndolo del cinturón y luego lo empujó hacia la cocina.

—Ve, Simo. Te hará bien.

Asdríbar esperaba en cubierta. También él estaba arrebujado en su capa y llevaba un candil. Casio hizo un gesto hacia la rampa de desembarco. Seguía al capitán cuando la puerta del camarote de popa se abrió.

—Oficial Córbulos... —dijo Annia con una sonrisa tranquilizadora.

—¿Sí?

Casio ya le había puesto al corriente, aunque versionando algún detalle, de los acontecimientos de la tarde.

—¿Me informarás si llegas a averiguar algo más?

—Ya he dicho que lo haré.

—Gracias.

Casio echó un vistazo por si veía a Clara, pero Annia cerró la puerta.

—Maldita cría... —murmuró Casio mientras pasaba por la rampa y se unía a

Asdríbar en el rompeolas.

Además del hecho de tener suficiente de lo que ocuparse, había decidido abandonar cualquier avance sobre Annia, y no solo por razón del nuevo interés que le suscitaba Clara. Sencillamente había llegado a la conclusión de que ella no lo encontraba atractivo. Eso no ocurría con frecuencia, y al principio resultó ser bastante frustrante, pero ahora se daba cuenta de que apenas le importaba. Casio nunca había entendido a aquellos tipos que perseguían amores no correspondidos. Si no le gustaba a una mujer, de pronto se encontraba con que ya no le interesaba. Que Indavara probara si quería. Que tuviera suerte.

—He visto puertos de mierda a lo largo de mi vida —dijo Asdríbar—, pero este ni siquiera merece el nombre.

Aun con un candil potente, sortear las grietas del viejo rompeolas en la oscuridad suponía todo un reto.

—El resto de la ciudad no presenta un mejor estado —repuso Casio—. Ruinas y edificios vacíos por todas partes. Es como si el terremoto hubiera acabado con la ciudad, parece una muerte lenta y dolorosa.

Cuando cruzaban la calzada empezó a caer una ligera lluvia que repiqueteaba contra la piedra y las zonas secas de la marisma. Asdríbar se caló la capucha, pero Casio mantuvo la suya donde estaba, no quería limitar su vista o su oído. No había ni rastro de Eborio junto al arco. Miraron por la calzada hacia la ciudad, solo se veían algunos borrones luminosos y casi no se oía un ruido.

—Realmente está muerta —observó Asdríbar.

Justo cuando estaban a punto de sentarse sobre el muro, oyeron el crujido de unos pies moviéndose por la hierba. Apareció una gran silueta por detrás de la parte del arco que se mantenía en pie.

—Soy yo —dijo la voz profunda y clara.

Eborio frunció el ceño cuando Asdríbar le acercó el candil a la cara.

—¿Quién eres tú?

—Es Asdríbar —repuso Casio—, el capitán del barco. Quería hablar contigo.

El ceño fruncido no desapareció.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó Casio.

—Algunos de los ciudadanos han visto llegar al *Isis*. Unos pocos vieron a la tripulación entrar en la ciudad y comprar víveres. Y un puñado la vio zarpar dos horas después. Nadie vio ni oyó nada sobre ningún pasajero.

Casio resopló.

—Genial.

—Por supuesto, eso no significa que nadie más desembarcara. No es difícil colarse en la ciudad sin ser visto cuando no quieres llamar la atención.

La lluvia arreciaba. Eborio y Casio se calaron sus capuchas.

—Cuéntame —dijo Casio—. He visto el estado en que se encuentra el foro, pero ¿qué hay del resto de los edificios administrativos? ¿Hay algún lugar donde se guarden los registros de población?

—Creo que ese tipo de documentos fueron llevados a la biblioteca, aunque dudo que nadie los haya consultado en mucho tiempo.

—¿Podrías conseguirme acceso a ellos?

—Probablemente. Yo...

—Señores —intervino Asdríbar con el agua goteándole de la capucha y cayéndole a la cara—. Hay una nave seca y cálida a un paseo de aquí. ¿Puedo sugerir que retoméis la conversación allí?

Casio se volvió hacia Eborio.

—¿Y bien?

El corpulento centurión se encogió de hombros.

—Dime, señor —pidió Asdríbar con amabilidad—, ¿alguna vez has gustado de las delicias del vino rodio de canela?

Mientras Asdríbar guiaba a Eborio hacia la bodega, Casio fue a ver a Annia. Acabaría por enterarse de la visita del centurión, así que ¿por qué no hacerla partícipe? Clara abrió la puerta del camarote, pero Casio solo tuvo ocasión de sonreír antes de que Annia apareciera. Esta cogió de las manos de Clara un chal de un tirón y siguió a Casio hacia la escotilla.

—Así que ¿ni siquiera estamos seguros de que Dión desembarcara aquí? —preguntó Annia.

—No. Pero toda la tripulación del *Isis* compró provisiones... tres días después de zarpar de Creta, lo que ya es extraño en sí. No tengo nada definitivo aún, pero creo que este hombre puede ayudarnos.

Con el escándalo que procedía de la cocina, Asdríbar había colocado cuatro sillas en círculo un poco más allá de las escaleras. Justo cuando Casio y Annia llegaban, Opilio apareció con un pequeño brasero. Tras él venían Tarkel y Desenna, que colocaron unos ladrillos en el suelo para que Opilio depositase allí el brasero. Dentro había unos cuantos trozos de carbón al rojo que daban bastante calor. Cuando la gente de cocina se fue, Asdríbar dio alguna orden más.

—Opilio, trae las copas sirias y algo de comer.

El centurión Eborio parecía sorprendido de estar en presencia de una joven muchacha y asintió un tanto avergonzado cuando Casio la presentó. Asdríbar los invitó a todos a que se sentaran. Luego les sirvió una buena cantidad de vino de canela, cuando Opilio volvió con las copas. Annia no quiso beber nada. Opilio también había traído dos cuencos, uno lleno de dátiles y el otro repleto de almendras.

—Ahí tienes, centurión —dijo Asdríbar—. Un poco de hospitalidad por parte del *Fortuna* para ti.



Eborio alzó su copa.

—¿Así se llama?

—*Fortuna Redux*.

—Espero que sea premonitorio.

—Esos archivos de la biblioteca de los que has hablado —dijo Casio—, ¿sabes de qué son?

—Puede que sean cuestiones tributarias. Aunque puede que eso se guarde ahora en la mansión.

—¿La mansión?

—Una gran villa que mira hacia la llanura que queda al sur de Darnis. Perteneció a la familia de los Grato, pero cuando se fueron Cárnix la ocupó.

—¿No hay barracones en la ciudad?

—Sí. Mi centuria, la II, los usa.

—¿Está la centuria de Cárnix tan diezmada como la tuya?

Eborio sonrió con desgana.

—Oh, no. La primera dispone de unos ciento cuarenta hombres.

—Pero tú tienes...

—Treinta y siete. —Eborio negó con la cabeza—. Por los dioses, suena todo tan extraño ahora que me oigo hablar... Supongo que me he acostumbrado a que las cosas sean como son. —Miró a los demás—. Quizá debería explicarme; de lo contrario, todo os va a parecer mucho más extraño.

—Por favor —dijo Casio.

Eborio bebió un buen trago de vino antes de empezar.

—Sabéis lo del terremoto, por supuesto.

—Hace diez años, ¿no? —dijo Asdríbar.

—Eso fue al oeste. Golpeó a las Cinco Ciudades severamente. Aquí lo sentimos. Pero no, el que tuvimos cerca de Darnis ocurrió hace tan solo cinco años. Derribó todos los grandes edificios, acabó con el acueducto, mató a muchos cientos... Antes de eso las cosas habían ido bien. Siempre ha habido dos centurias, la I y la II. En teoría forman parte de la III Augusta, pero llevan acantonadas aquí décadas, para proteger la ruta de la costa y las fincas. El centurión de la I siempre ha sido considerado el superior. Su nombre era Dónico, llevaba aquí casi veinte años. Estaba supervisando los trabajos de un destacamento en las cloacas cuando empezó el terremoto. Murió. Aplastado. Unas semanas más tarde llegó su reemplazo.

—¿Cárnix? —preguntó Casio.

—Cárnix.

Eborio apoyó los codos sobre las rodillas y se inclinó hacia delante. Se quedó mirando al carbón encendido del brasero.

—El problema más acuciante era el acueducto: recorre cincuenta millas desde el interior hacia el extremo oeste de Darnis. Aquí no hay ríos, así que el agua que abastecía toda la zona dependía de un sistema de cisternas y presas. Los Maseene son

nómadas, se mueven con las estaciones, con sus animales. Cuando Roma se estableció en este territorio hace ya siglos, perdieron sus mejores pastos. Al principio hubo conflictos, pero finalmente se llegó a un acuerdo: la construcción del acueducto permitía la apertura de una serie de pozos y reservas para que pudieran abrevar a sus animales.

—Pero sin el acueducto... —dijo Casio.

—Incluso entonces se podría haber arreglado la situación, si Cárnix hubiera puesto a todos sus hombres a realizar los trabajos y el gobernador hubiera asegurado los recursos y los ingenieros que necesitábamos. Se llamaba Mordántico, era poco eficiente y un corrupto, pero Dónico siempre había mantenido a raya sus peores excesos. Mordántico y Cárnix, juntos, resultaron ser una combinación desastrosa. Sin abastecimiento de agua, tan solo era una cuestión de tiempo.

Eborio sacudió la cabeza y respiró hondo.

—Intenté mediar entre los ancianos de los Maseene y Mordántico, pero a este no le interesaba ayudarlos. Cárnix le dijo que no tenía por qué, dijo que él se encargaría de ellos. Entonces, hace unos dos años, empezaron sus incursiones. Siempre habíamos tenido los típicos problemas, ganado robado y esas cosas, pero todo a una escala mínima. Entonces una de las haciendas perdió todo un rebaño de cabras y el propietario contraatacó cegando el pozo más cercano de la tribu. Desde entonces las cosas fueron a peor. De nuevo, si Cárnix y Mordántico hubieran estado dispuestos a negociar, llegar a algún tipo de acuerdo podría haber sido posible, pero ellos siempre apoyaban a los terratenientes. Las incursiones fueron a peor. Algunas de las familias más adineradas, aquellas que poseían los mayores estados, se fueron después del terremoto. Y en cuanto resultó evidente que no había seguridad, el resto también empezó a marcharse. Entonces Mordántico y Cárnix se dieron cuenta de que podían beneficiarse de la situación. No había remedio para los estados que quedaban más al sur, todo ese territorio está en manos de los Maseene, pero aquellos que rodean Darnis, esos podían ser protegidos. Así que Mordántico y Cárnix empezaron a comprarlos. Ahora cada uno de esos estados está regentado por hombres licenciados de la Centuria I. Todo en nombre de Roma, por supuesto. Es muy poco eficiente, dudo que todo el territorio esté produciendo una décima parte siquiera de lo que producía antes, pero Cárnix controla miles de estadios y todos los beneficios son para él.

—¿Para él? —intervino Casio—. ¿Qué hay de ese tal Mordántico?

—Murió hace un tiempo. Una cox de su caballo en la cabeza. Cárnix decidió que el jefe de los recaudadores, un hombre llamado Lafrenio León, ocuparía su puesto. León es gobernador solo en nombre, se contenta con quedarse en su villa y dejar que Cárnix se encargue de todo. De todos modos, Mordántico disponía de poco personal, y además, muchos de ellos se han ido.

—Menudo desbarajuste —dijo Casio.

—Los campesinos de aquí nunca lo han tenido fácil, pero al menos solían ganar

algo de dinero con sus pequeños cultivos. El impuesto sobre lo que producían fue de una cuarta parte durante más de dos siglos. Mordántico lo incrementó a un tercio y ahora Cárnix lo ha subido a una mitad. Por si no bastara con hacer que los Maseene se volvieran contra nosotros, ahora los campesinos también odian a Roma. He intentado advertirle sobre cómo va a acabar todo esto, pero no quiere escucharme. De hecho, jamás ha querido oírme. Decía que siempre tomaba partido por ellos porque soy uno de ellos.

Eborio miro alrededor del grupo como si estuviera confesando algo.

—Vengo de un poblado de las montañas del sur. Mi madre era Maseene.

Hizo una pausa para beber otro trago de vino.

—¿Sabéis que hubo un tiempo en que teníamos una de las asambleas que mejor funcionaba en la provincia? La gente solía votar. También teníamos unos tribunales fuertes. Y los Maseene trabajaban en los estados durante los meses de verano. Dioses, parece que hablo de otro mundo.

—Estoy seguro de que alguien podría haber puenteado a Cárnix —dijo Casio—. ¿Denunciarlo ante la administración provincial de Cirene?

—Tienen problemas propios que solucionar. Has tenido que oír hablar de lo que el Gran Terremoto le hizo al resto de la Cirenaica. En cualquier caso, he escrito a todo el mundo, incluidos el gobernador y el prefecto de la III Augusta. Hace seis meses el prefecto envió a un tribuno a investigar la situación. Cárnix lo mandó de vuelta una semana más tarde con una bolsa repleta monedas de oro y una esclava. Mientras nuestro estimado centurión mantenga el orden y haga que fluya el suficiente dinero hacia las personas correctas, a nadie le importa.

Casio se percató de cómo todo aquello había dejado atónitos a Asdríbar y a Annia. Escuchar cómo Cárnix había establecido su feudo personal lo había dejado impactado, aunque las historias de corrupción en el ejército no le sorprendían.

—¿Y ese asunto de las dos centurias? —dijo—. ¿Debo suponer que Cárnix las ha obligado a que se unan a él?

Eborio sonrió con amargura.

—No tuvo que obligarlos. Mis legionarios obtienen la paga habitual, esto es, siempre que León considere oportuno hacerla llegar, pero los soldados de Cárnix recaudan los impuestos y él les deja que acepten todo tipo de sobornos. El encantador optio Proción, por ejemplo, no acepta moneda. Prefiere pasar una hora o dos con la hija de algún hombre, y no le importa mucho la edad. Cárnix es todo un maestro cuando se trata de encontrar dinero, incluso en una zona tan caóticamente administrada como Darnis. Aparte de lo que obtiene mediante impuestos, hay un flujo constante de regalos hacia la mansión. Hasta recibe la paga para tres centurias completas desde las arcas de Cirene.

—¿Y esta tarde en la plaza?

Al decir esas palabras, Casio vio una expresión de curiosidad dibujada en la cara de Annia; había decidido no contarle los detalles más escabrosos.

—Cortar lenguas es su última táctica —repuso Eborio—. Ese hombre era un campesino. Imagino que uno de los suyos lo oyó y lo denunció. Es una de las pocas formas que aún tienen de conseguir algo de dinero.

Annia decidió que, después de todo, sí bebería. Asdríbar rellenó las otras copas.

Eborio continuó:

—Y eso no ha sido nada. Lo de hoy. Deberíais ver lo que les hace a los Maseene que se lleva a la mansión.

Miró a Annia.

—No se detenga por mí, centurión —dijo ella.

—Digámoslo así, ser crucificados es lo mejor que les puede pasar.

—Por todos los dioses... —dijo Casio—. Si el dinero es todo lo que le interesa a ese hombre, ¿no podemos sencillamente sobornarlo para que coopere?

—Puede ser. Pero si Cárnifex se entera de que estás con el Servicio, se interesará más por vigilarte a ti que a ese tal Dión. ¿Estás seguro de que quieres ese tipo de ayuda?

—Totalmente.

—Te ayudaré en lo que pueda. Pero, si me permites un consejo, zarpad en cuanto la nave esté lista. —Se volvió hacia Asdríbar—. Capitán, te enviaré a alguien a primera hora. Te guiará hasta un hombre que puede echarle una mano con las reparaciones.

Eborio posó su copa. Parecía dispuesto a irse.

—Centurión —dijo Annia—, ¿piensas que ese hombre, Dión, está aquí?

—No lo sé, señorita, pero siempre hemos tenido nuestro cupo de personajes despreciables en Darnis. Los que se han quedado no han tenido más elección. Son exiliados.

—¿Tenéis exiliados aquí? —preguntó Casio.

—Por supuesto. Al fin y al cabo, Darnis es un lugar remoto, siempre ha sido un destino para los desterrados de Roma.

—Eso no lo sabía —dijo Casio.

Annia percibió un brillo en sus ojos.

—Quieres decir...

—Sí. Puede que el Servicio haya investigado a algunos de estos personajes, los asuntos que los han llevado al exilio. Tu padre pudo haber estado involucrado.

Casio se volvió hacia Eborio.

—Gracias, centurión. Has sido de gran ayuda.

## XXI

Eborio hizo honor a su palabra. Uno de sus legionarios llegó al puerto poco después de despuntar el alba para recoger a Asdríbar y también para llevarle un mensaje a Casio. El centurión había organizado un encuentro con alguien que podía ayudarlo a acceder a los archivos locales; el legionario lo llevaría hasta allí antes de escoltar a Asdríbar hasta el único suministrador de madera que quedaba en Darnis.

Casio decidió que necesitaría tanto a Simo como a Indavara, y disfrutó despertándolos. Los marineros no habían mostrado ningún tipo de piedad la noche anterior, y era difícil decidir cuál de los dos se encontraba en peor estado. Los ojos de Indavara parecían pegados con cola, mientras que Simo, por primera vez, y que Casio recordara, no se había levantado antes que su señor.

—Miraos... —dijo Casio mientras pasaban junto a las tintorerías y se adentraban en la ciudad—. Hoy no me vais a resultar muy útiles.

—No puedo expresar cuánto lo lamento, señor —dijo Simo.

—No tenían fondo —farfulló Indavara con la cabeza gacha.

—Tampoco lo tenían cantando —añadió Annia.

Para permitir que ella y Clara se tomaran un tiempo fuera del barco, Casio había estado de acuerdo en que ambas podrían acompañar a Asdríbar, que también se había traído a Korinth.

—Nunca bebas con marineros —advirtió Casio—. Tragan más incluso que los soldados.

—Muy cierto —dijo Korinth.

—De ninguna manera, señor —replicó Nóster, el afable legionario de la Centuria II.

Aunque debía de tener al menos cuarenta años y a pesar de haber perdido la mayor parte de su escaso pelo castaño, su cara lucía un aire entusiasta y juvenil. Dadas las circunstancias, Casio supuso que los pocos soldados que se habían mantenido fieles a Eborio probablemente fueran de lo mejor que podía encontrarse en el ejército.

—Solo hay una forma de averiguarlo —dijo Asdríbar—. Una competición. ¿Qué tal son los caldos locales, Nóster?

—Un poco peleones, pero sabrosos y fuertes.

—¿Podríamos hablar de otra cosa? —suplicó Indavara.

El centro de Darnis estaba casi desierto. Tan solo dos de los puestos del mercado estaban abiertos, y la única gente que podía verse eran una anciana cepillándose el pelo y una pareja de legionarios con otro hombre en el lado opuesto de la plaza.

—¿Son de los tuyos? —le preguntó Casio a Nóster.

No sabía lo que Eborio le habría desvelado al legionario, pero había decidido mantener su farsa mientras estuviera con los demás. No era difícil hacer el papel de visitante curioso.

—Así es, señor, son de la segunda. Por lo general nos ocupamos de la ciudad, y la primera patrulla, de las afueras. No solemos mezclarnos.

—Pero ayer no fue así.

—No —repuso Nóster con gravedad—. Las cosas se han puesto difíciles en los últimos meses. No estamos del todo de acuerdo con las tácticas de según qué gente.

Nóster tenía un II de hilo amarillo cosido a la manga. Era uno de los soldados menos corpulentos que Casio había visto jamás, pero daba las zancadas desenfadadas típicas de un hombre que pudiera marchar todo el día sin soltar una gota de sudor. Miró hacia el otro lado de la plaza, al tipo que estaba con los legionarios: un individuo delgado, algo calvo y que vestía una túnica con una franja púrpura.

—Y aquel es nuestro supuesto gobernador.

—Lafrenio León —dijo Casio.

—El mismísimo.

—¿Era eso el foro? —preguntó Annia mientras Nóster los guiaba por la avenida que llevaba al oeste.

Casio leyó en una placa de bronce que se trataba de la Vía Cirenaica.

—En efecto, señorita —repuso el legionario—. Recuerdo cuando era raro no toparse con menos de doscientas personas reunidas aquí por las mañanas: consejeros, ayudantes, sacerdotes, patronos con su séquito... Solían clavar notificaciones en el tablón de avisos todos los días. Me gustaba esa labor. Me ahorraba tener que ir al templo a ver a familiares y amigos.

—¿Aún tienes familia aquí? —le preguntó Annia.

—Solo mi esposa y yo.

—¿A qué huele? —preguntó Korinth.

—¿Ves el acueducto? —El legionario señaló una zona elevada a unas tres o cuatro millas hacia el sureste. La pálida estructura arqueada se extendía hacia el sur, hacia el interior—. Desde aquí parece estar bien, pero el agua no fluye. Las cloacas están atascadas. Dad gracias que no es verano.

Quedaba claro que la sección de la Vía Cirenaica más cercana a la plaza había estado porticada hacía tiempo, pero todas las columnas estaban tendidas en el suelo, se proyectaban hacia la calle bajo bloques de tejados rotos.

—Eso es nuevo —observó Nóster. Garabateada en una columna y en pintura roja había una proclama: «LOS DIOSES LOS CASTIGARÁN».

Más allá del pórtico derrumbado, había unas veinte personas apelotonadas en torno a media docena de puestos alojados en unas pequeñas viviendas de piedra. De nuevo podía apreciarse a aquellos con atuendo típicamente romano y a los nativos con sus ropas coloridas.

Los recién llegados llamaron bastante la atención.

—Intentemos mezclarnos con ellos —les dijo Casio a los otros quedamente mientras le cogía el morral a Simo.

El grupo se dividió, dispersándose para fisgar los productos que se ofrecían. Uno de los vendedores le preguntó a Asdríbar si venía del barco, mientras que a Annia y a Clara no tardó en acercársele un tendero que vendía joyas. Indavara y Simo fueron hacia un puesto de carnicero. Colgado de un gancho, bajo un toldo, pendía la carcasa despellejada de lo que parecía ser un conejo gigante. Indavara lo miró con curiosidad.

—Gacela —dijo Nóster—. No está mal si te tomas tu tiempo en cocinarla.

Casio siguió al legionario hasta el puesto que había en el extremo de la plaza. Allí, una mujer de mediana edad presidía un puesto de frutas y frutos secos expuestos en bandejas de madera. Acababa de atender a una joven muchacha que se fue cargada con un ánfora repleta hasta el borde de uvas pasas. Casio vio algo que se movía por el suelo y se dio cuenta de que era un pequeño mono de pelo negro sentado junto a una roca plana. Llevaba puesta una túnica en miniatura y estaba atado a la silla de la mujer mediante una cadena y un collar. Puso en el suelo un cuenco con frutos secos. El mono cogió una nuez, la rompió contra la piedra, tiró la cáscara a un lado y le dio el fruto a su dueña.

—Asombroso —dijo Casio.

La mujer alzó la mirada.

—Buenos días, señores —al reconocer a Nóster bajó la voz—. Ah. Adelante. Ya está aquí.

Dieron la vuelta al puesto; ella le ofreció otra nuez al mono, pero esta vez el animal no movió las manos y miró para otro lado. Con una maldición, la mujer le lanzó la nuez a la cara; la criatura sacudió la cabeza, y luego se rascó las posaderas.

—¿Qué le pasa a Adriano? —preguntó Nóster.

La mujer chascó la lengua.

—Tiene un mal día.

Detrás del puesto había unas escaleras de piedra que llevaban a una estructura construida, en su totalidad, bajo tierra.

—¿Un sótano sin casa? —preguntó Casio.

—En realidad era una casa. Es una técnica local, fresca en verano y fácil de calentar en invierno. Lo utilizan para guardar alimentos.

Nóster miró con precaución alrededor antes de apresurarse escaleras abajo.

—¿De verdad es necesario todo este secretismo? —preguntó Casio mientras lo seguía—. No veo a ningún soldado cerca.

—Los soldados no son los únicos que informan a Cárnifex —explicó Nóster.

Al final de las escaleras, un hombre de mediana edad estaba pasando manojos de hierbas de un barril a una bandeja de madera como las que había en el puesto. Asintió hacia Nóster e hizo una señal con el pulgar por encima del hombro. Tras él había pasillos que llevaban a tres habitaciones, todas hechas de ladrillo e iluminadas por

tragaluces de cristal que pedían a gritos una limpieza.

—Aquí dentro —dijo la voz grave de Eborio desde la habitación de la derecha. Encontraron al corpulento centurión apoyado contra la pared junto a una mujer de unos sesenta años de edad que esperaba sentada en una silla. Vestía ropas de un rojo desgastado y sus brazos estaban cargados con docenas de pulseras. Tenía la cara enjuta y estrecha y una buena mata de pelo gris atada con una cinta del color de sus ropas.

—Buenos días —dijo Casio.

—Buenos días —dijo Eborio—. Ella es Hamman. Trabaja en la biblioteca. Por lo visto, la mayoría de los archivos se guardan en dos estancias que hacen de almacén. Están cerradas, pero cree que puede conseguir la llave. Hay ciertos momentos de la semana, mañana por la tarde, por ejemplo, en que solo están ella y el archivista. Él es uno de los hombres de León, es perezoso y estúpido, suele echar una larga cabezada después de comer. Podríamos entrar en esos almacenes y estar una o dos horas.

Casio habló con claridad para asegurarse de que la anciana lo entendía.

—Gracias por ayudarnos.

—No es gratuito —dijo en un latín perfecto.

—Ah.

—Un áureo ahora. Otro después.

Casio miró a Eborio, que se encogió de hombros.

—No puedo hacer más.

—Estos archivos..., ¿qué hay en ellos exactamente?

—Es un revoltijo —afirmó Hamman—. A León solo le interesa llevar un control sobre quién paga y cuánto al final de cada mes. La mayoría se recuperó del foro. Seguro que hay registros tributarios, y probablemente también electorales.

—¿Podré sacarlos?

—Preferiría que no lo hicieras, pero nadie ha entrado ahí desde hace meses, así que dudo que se echara nada en falta. Pero no puedes dejar que te cojan. No pueden cogerte.

—Tendré cuidado.

La anciana alargó la mano.

—Dentro de un momento. —Casio metió la mano en el morral y sacó la lista que Simo y él habían redactado en el *Fortuna*—. ¿Podrías echarle también un vistazo a esto? Dime si reconoces a alguno de esos nombres.

La anciana le quitó la lista bruscamente, y luego se puso de pie para poder leerla bajo el tragaluz. Casio cogió una moneda de oro de su bolsa y esperó a que acabara. Eborio daba pasos alrededor de la estancia, bebiendo de su pellejo de agua. A juzgar por el olor ahí dentro, había tanta agua como vino.

Hamman sacudió la cabeza dando una negativa; luego le devolvió la lista a Casio.

Este dejó caer la moneda en la palma abierta de su mano.

—¿Mañana entonces?



—Me ocuparé de los detalles —dijo Eborio.

Hamman se dirigió lentamente hacia las escaleras.

—Supongo que querrás que yo también le eche un vistazo a esa lista —dijo el centurión.

—Por favor. Debería habértelo pedido anoche.

Eborio se colgó el pellejo de agua del cinturón y leyó el pergamino. Casio dio unos pasos hacia las escaleras y vio alejarse a Hamman. El propietario del puesto y sus bandejas también habían desaparecido. Dentro de una de las ánforas había olivas negras, recién lavadas y relucientes. Casio se estaba planteando probar una cuando Eborio habló:

—Helvetio Córnix. Conozco ese nombre. Creo que aún está por aquí.

Casio se acercó a él a toda prisa y miró la lista.

—Helvetio Córnix. Algún escándalo, creo. No recuerdo los detalles ni el desenlace.

—Es un hombre bajo, nada peculiar.

—¿Sabes dónde vive?

—No, pero puedo enterarme.

Casio cogió el pergamino y empezó a subir las escaleras. Eborio no se movió.

—Córbulo, déjalo en mis manos. No pueden vernos juntos haciendo preguntas por la ciudad. Iré al barco a mediodía, te haré saber si he conseguido algo.

—¿Y hasta entonces?

—Tendrás que armarte de paciencia. Si Cárnix se entera de que tramamos algo, ambos tendremos problemas.

La idea de esperar ociosamente mientras el asesino de Mémor paseaba libremente por las calles de Darnis no encajaba bien con Casio, pero no parecía que tuviera muchas más opciones.

—Muy bien —dijo volviendo hacia las escaleras—. A mediodía.

—A mediodía.

El almacén de madera estaba en la Vía Roma, la avenida que corría hacia el sur desde la plaza, perpendicular a la Vía Cirenaica. Una vez hubieron pasado junto a más pórticos derrumbados y columnas en horizontal, llegaron a lo que en su día habían sido los baños. Solo quedaban en pie algunas paredes. El techo se había desplomado sobre la piscina principal y unos bloques de piedra desgajada se amontonaban unos encima de otros sobre unas aguas sucias.

—Ahí murieron veinte personas —dijo Nóster cuando pasaron por allí.

—¿Dónde estabas cuando ocurrió? —preguntó Annia.

—De marcha, con Eborio —repuso el legionario.

—¿A qué hora fue? —preguntó Asdríbar.

—A la hora sexta. Eborio intentó mantenernos unidos, pero todos los hombres

soltaron los escudos y las armas y volvieron corriendo a la ciudad.

—A por sus familias —dijo Annia.

Nóster asintió.

—Yo tuve suerte. Mi mujer estaba fuera, en el jardín. Vio cómo la casa se venía abajo. La primera noche fue la peor. Se podía oír a la gente por todas partes, atrapados bajo los escombros. No éramos suficientes como para socorrer a todo el mundo, así que Eborio decidió que centrásemos los esfuerzos en aquellos cuyas voces parecían más jóvenes. Pero hubo algunos a los que no pudimos encontrar. La segunda noche se hizo el silencio. A veces las ruinas se mueven y aparece otro cuerpo. Ahora, por lo general, solo son huesos.

La siguiente sección de la avenida resultó ser la más bulliciosa que habían visto de la ciudad. Más allá de dos edificios de viviendas colapsados había unas casas habitadas con la colada tendida de cuerdas y chiquillos jugando en el exterior. Algunas de las casas eran de nueva construcción, y hasta un somero vistazo servía para constatar que habían sido levantadas para durar.

No muy lejos de la última había un patio vallado con un amplio almacén que también parecía nuevo. Cerca de la parte delantera de la propiedad, rodeada por el único parche de hierba, había un alto gomero. En la base del tronco pálido y moteado, había una niña sentada jugando con juguetes de madera tallada. Al ver llegar al grupo, la niña echó a correr y abrió la portilla para que entraran.

—Gracias —dijo Nóster.

Frente al almacén había una carreta. Un hombre apareció por detrás de ella y saludó con la mano.

—Buenos días, Nóster.

—Buenos días, Maro. Te traigo a unos clientes.

Nóster presentó a Asdríbar y Korinth; luego el comerciante de madera guio a los tres hacia el almacén.

La niña cogió a Annia de la mano.

—¿Quieres ver mis juguetes?

—No, gracias.

—Me los puedes enseñar a mí si quieres —dijo Clara intentando convencer a la niña para apartarla de su señora.

—Quiero enseñárselos a ella.

—Bueno, muy bien —dijo Annia, y ambas mujeres siguieron a la niña hasta el árbol.

A pesar de predominar un cielo azul, una nube se había puesto sobre sus cabezas y había empezado a desprender una ligera lluvia. Casio miró hacia el almacén.

—Ven, Simo, tengo que comentar algo contigo.

Indavara caminó hasta el árbol.

—Voy a tumbarme.

Casio y Simo anduvieron por el patio mientras las gotas de lluvia oscurecían el

suelo polvoriento.

—Uno de los nombres de la lista que hicimos es Helvetio Córnix. ¿Recuerdas algo del caso?

—Recuerdo el nombre, señor. Creo que estaba en uno de los documentos de los que me encargué.

—Eso está claro, de otro modo yo recordaría algo más. Pero debo de haberle echado un vistazo.

—Esto...

Dieron la vuelta a la carreta, que estaba cargada con madera recién cortada, con sus ramas y hojas, y resguardada bajo el tejado del almacén. Los otros estaban sentados a una mesa. Maro tomaba notas con un carboncillo.

—Vamos, Simo. Piensa.

—Discúlpame, señor, yo...

—Sí, sí, lo sé. El vino aún te nubla el entendimiento. Quizá deba recordarte aquella vez que llegué a casa a la hora segunda, después de haber pasado toda la noche por ahí, y que tuve que dar un discurso completo sobre los trabajos de Marco Antistio Labeo a la hora cuarta. —Casio miró hacia la blanca y abultada nube—. Helvetio Córnix... Helvetio Córnix.

—¿Quieres que vuelva al *Fortuna* de una carrera a coger la documentación, señor?

Casio no respondió, observaba a la araña de patas largas que se descolgaba de una de las ramas que salían de la carreta.

—Helvetio Córnix. Helvetio Córnix.

No prestó mucha atención a un caballo al que oyó galopando a lo largo de la Vía Roma.

Indavara también oyó al caballo, pero estaba satisfecho donde estaba, con los ojos cerrados y la espalda recta contra el árbol. Por fortuna, el dolor de cabeza empezaba a esfumarse. La chiquilla estaba describiendo sus juguetes a Annia y a Clara. Solo escuchando, Indavara podía hacerse una imagen de cada uno.

Cuando el jinete pasó junto a ellos, la voz de la niña se perdió bajo el martilleo de los cascos del caballo. Lo primero que oyó Indavara una vez que el jinete hubo pasado fue a Clara.

—Oh —dijo la dama pensativa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Annia.

—Ese hombre. Creo que lo he visto en algún sitio, en otra ocasión.

—¿Dónde?

Indavara se incorporó.

—No estoy segura —dijo Clara.

Annia se volvió a Indavara.

—Nunca ha salido de Rodas.

Indavara se puso en pie a toda velocidad, corrió hacia la portilla y saltó por encima de ella. Se quedó mirando la Vía Roma. El jinete estaba ya a treinta pasos, pero lo suficientemente cerca como para ver que no era el más alto de los hombres.

—Traed a Córbulos.

Salió corriendo por la calzada.

—Helvetio Córnix. Helvetio...

—¡Oficial! ¡Oficial Córbulos!

Casio salió de detrás de la carreta como un rayo y vio a Annia, que se sujetaba la estola mientras corría a través del patio.

Salió a su encuentro. Nóster y los otros no se quedaron atrás.

—¿Qué ocurre?

—Un hombre a caballo. Clara ha reconocido su cara. Podría ser él.

Casio miró por encima de ella y a través de la valla, y vio a Indavara corriendo por la calzada.

—¡Nóster, conmigo!

Clara vio a Casio salir corriendo. Tenía las manos posadas sobre los hombros de la chiquilla, que parecía estar a punto de echarse a llorar.

Una vez superada la portilla, Casio y Nóster apretaron el paso detrás de Indavara, que acababa de llegar a las viviendas habitadas. El jinete, cuya montura era alta y oscura, ya estaba muy lejos.

—¿Lo reconoces? —preguntó Casio entre jadeos.

—Desde aquí no —respondió Nóster.

Cuando pasaron corriendo junto a las casas, varias docenas de personas que se estaban resguardando de la lluvia los observaban.

—¡Por los huevos del César! —exclamó Casio—. ¡No deja de mezclarse con el gentío!

Indavara ya había dejado de disimular; no era fácil hacerlo mientras corría por una calzada mojada intentando seguir a un caballo. El jinete redujo el paso de su montura a un trote cuando cruzó la plaza para dirigirse al este. Llevaba la capucha puesta y no había mirado hacia atrás ni una sola vez.

Para cuando Indavara llegó al mercado, el jinete ya estaba recorriendo la Vía Cirenaica. No había forma de saber hasta dónde tenía pensado dirigirse; Indavara intentó reducir su ritmo de respiración y prepararse para una larga carrera. Pero una vez se encontró sobre la calzada, podía ver que los edificios se extendían una milla más allá. Suponiendo que el jinete no abandonaría la ciudad, al menos podría ver por dónde torcía.

Indavara notó que su ritmo decaía; hacía tiempo que no corría así, y los adoquines resbaladizos y su túnica empapada no ayudaban. Empezaba a alargar las zancadas cuando el jinete viró hacia el lado derecho del camino.

Casio y Nóster atrajeron más miradas de un par de tenderos cuando atravesaron la plaza. Habían estado lo suficientemente cerca como para ver a Indavara torcer hacia el este, y Casio supuso que no les llevaba mucha delantera. A pesar de la desventaja de Nóster en cuanto a altura y edad, el brioso legionario había mantenido el ritmo. Sin embargo, cuando llegaron a la calzada, tanto Indavara como el jinete habían desaparecido.

Pero la Vía Cirenaica no estaba vacía. Seis legionarios a caballo salían trotando de un callejón a la izquierda; todos y cada uno de ellos vestían casco y armadura. Se detuvieron a mitad de la calzada y se quedaron mirando hacia las viviendas que había a cada lado.

—¿Son de los tuyos? —preguntó Casio, reduciendo la velocidad hasta ponerse a caminar.

Nóster negó con la cabeza.

—De la I. Me pregunto qué hacen en la ciudad.

Indavara se arrodilló junto a la esquina de un pequeño muro de piedra y echó un vistazo. Los soldados estaban a unos cincuenta pies de distancia; a la mitad de ellos los tapaba una de las casas. Escondió la cabeza cuando uno de ellos miró en su dirección.

—Mierda.

El jinete había torcido a unos cien pasos por delante de él. Había valorado seguir la calzada o intentar buscar un atajo cuando aparecieron los primeros legionarios que, de este modo, tomaron la decisión por él. Corrió hacia la perpendicular más cercana y luego giró por un callejón.

Casio ya le había hablado sobre lo que Eborio le había desvelado, pero Indavara no tenía ni idea de a qué centuria pertenecían los soldados o qué harían si lo veían. Miró por la esquina de nuevo. Uno de los legionarios señalaba hacia el este y los otros dos a los que podía ver también miraban en esa dirección.

Se puso en pie y corrió por la calzada hacia el siguiente callejón. No hubo gritos ni ruido de cascos. Siguió corriendo.

—Mierda —dijo Casio.

—Eso no es bueno —añadió Nóster cuando los soldados espolearon a sus caballos para adentrarse en el laberinto de viviendas. Casio y él aún estaban quietos,

intentando que no pareciese que observaban a los legionarios.

—Espero que no se topen con tu amigo —continuó diciendo Nóster—. A los hombres de Cárnix no se los conoce por su amabilidad.

—Tampoco a mi hombre.

—Te tengo.

Indavara miró hacia el otro lado de la calle. A veinte pasos, el jinete había metido a su caballo en un patio de muros altos. Era verdaderamente bajo: su cabeza quedaba por debajo de la silla de su montura. Volvió a la calle un momento, echó un vistazo alrededor y luego cerró la portilla tras él. Tanto el patio como la vivienda a la que pertenecía parecían estar en buenas condiciones comparados con las casas que había cerca.

Indavara se ocultó en las sombras junto a un lugar que tenía pinta de ser un santuario. Había huecos delante de la pared, y pensó que a través de ellos podría tener una buena panorámica de la vivienda. Sonrió. Le gustaba abrir camino, hacer las cosas bien. Pensaba que aquello le recordaría a Córbullo lo mucho que lo necesitaba.

La entrada con arco del santuario había perdido muchos de sus ladrillos y parecía estar a punto de venirse abajo. Indavara pasó despacio por debajo; sus piernas, húmedas, rozaron la maleza que cubría el suelo del interior. Una vez dentro, se percató de que la estructura no era un santuario: no había centros de flores, ni bancos ni fuentes.

Ante él, organizados por pares, había seis grandes bloques de mármol con vetas de color rosa, cada uno de cinco pies de ancho. Los bloques mostraban, cinceladas, caras y líneas de texto de un excelente acabado, aunque gran parte de ese texto estaba oculto bajo el musgo y la suciedad. Al fondo había otra entrada en arco. Aquella aún tenía una puerta que habían dejado entreabierta.

Indavara oyó a los legionarios llamarse entre ellos. Se acercaban. Siguió caminando por entre el primer par de lo que, decidió, probablemente fueran tumbas. Los adoquines blancos y negros que pisaba apenas podían verse entre la hierba y la densa maleza enredada. Pasó el segundo par de tumbas y buscó un hueco apropiado en la pared a su izquierda; faltaban un par de ladrillos, pero ambos huecos estaban demasiado altos como para poder mirar por ellos. Se acercaba al último par de tumbas y miró hacia el portón. O, mejor dicho, hacia el suelo mojado del callejón que había más allá.

Las huellas en el barro parecían recientes.

Del frente le llegaba el ligero sonido de una respiración. Volvió su oreja buena hacia allí.

Percibió un repentino movimiento de la tumba que tenía a la derecha.

Indavara se volvió, y tuvo tiempo para asimilar tres cosas. Una figura ágil y oscura saltando hacia él, un par de ojos grandes y brillantes y una hoja estrecha

volando hacia su garganta.

Giró el brazo para detener la muñeca del hombre, e hizo que esta se empotrara contra la tumba, pero el ímpetu del asaltante lo seguía empujando hacia delante. Indavara alargó la mano derecha y se aferró a lo primero que pudo palpar, que resultó ser el tahalí que corría en diagonal por el pecho del hombre.

Oyó el ruido de unas botas castigando el suelo tras él.

Un segundo asaltante. En camino.

Agarrando con fuerza el tahalí, Indavara se giró y empujó al primero contra el segundo. Para su sorpresa, el hombre salió volando.

Un momento después de soltarlo, oyó dos aullidos simultáneos. Perdió el equilibrio, cayó sobre sus nalgas y se dispuso a desenvainar la daga, pero cuando vio a sus atacantes se dio cuenta de que no la necesitaría. Se levantó y la dejó en la vaina.

No debían de tener más de catorce o quince años; yacían caídos uno sobre el otro. Eran de piel oscura; llevaban el pelo, negro y largo, en coletas atadas con cordeles. A pesar de la lluvia, iban descalzos y vestían túnicas holgadas y toscas. Cada uno de ellos portaba un pequeño escudo circular atado con una cinta de cuero a la espalda. Ambos habían soltado sus dagas, e Indavara pudo ver que llevaban vainas de cuero, idénticas, abrochadas a los antebrazos izquierdos. Lo más probable es que pertenecieran a la tribu de la que Eborio había hablado. Los Maseene.

El joven que había caído encima del otro se frotó la cabeza; luego se apartó de su compañero rodando. El otro guerrero aún estaba tumbado boca arriba. Con un gesto de dolor, se incorporó del suelo y observó a Indavara fijamente. Luego miró a la maleza, al lugar donde había caído una de sus dagas. Indavara la recogió y se la colocó al cinto. Vio la otra e hizo lo mismo.

La pareja se puso de pie.

—¡Allí! —gritó uno de los legionarios. Parecía estar muy cerca.

El más fuerte de ambos muchachos también tenía pinta de ser el más joven.

—¿Soldado? —preguntó quedamente en latín.

Su acento no se parecía a ninguno que Indavara hubiera oído antes, pero la palabra estaba clara. Indavara negó con la cabeza. Aunque hubiera estado a punto de tener una hoja en el cuello, no podía evitar sentir admiración hacia los dos jóvenes guerreros por haber intentado asaltarle. Sin embargo, y aunque no cupiera duda de su valentía, su miedo se hizo igual de patente cuando se quedaron ahí paralizados. Sus estrechos torsos subían y bajaban y la lluvia les empapaba la cara.

Hizo un gesto con la mano hacia la tumba para que se ocultasen. Una vez que atendieron la orden, aunque a regañadientes, los tres se quedaron allí en silencio, oyendo cómo los legionarios se dispersaban por las calles y callejones que había alrededor. Indavara no sabía qué haría en caso de ser sorprendidos; solo sabía que de ninguna manera iba a permitir que los legionarios se llevaran a los jóvenes, no después de lo que había visto y oído en la plaza.

Por suerte, parecía que los soldados no tenían intención de descabalar para

registrar cada rincón, y no pasó mucho tiempo hasta que sus voces y el ruido de los cascos se alejaron.

Indavara se acercó al joven guerrero que había hablado. Levantó la mano que tenía libre esperando que el muchacho reconociera en él un gesto pacífico. Luego se señaló su antebrazo. El Maseene intercambió una mirada confusa con su amigo, pero al fin entendió lo que quería Indavara. Le ofreció el brazo.

Indavara cogió una de las dagas de su cinturón y la deslizó dentro de la vaina. El guerrero la ajustó para que quedara en su sitio. Indavara le devolvió la otra daga al segundo guerrero del mismo modo, y luego se alejó un paso. Apuntó con su hoja hacia el portón.

La pareja retrocedió, sin perder de vista a Indavara durante todo el camino. Sus pasos sigilosos y medidos le recordaron los de los cazadores que había visto actuar en la arena. Cuando el mayor de los dos desapareció por detrás de la tumba, el más joven le dedicó un respetuoso asentimiento y luego una sonrisa insolente. Indavara dio unos pasos al frente y los vio escurrirse en silencio hacia el callejón.

—Al menos se marchan —dijo Nóster mirando hacia el fondo del callejón desde la Vía Cirenaica.

—¿Pero dónde está Indavara? —dijo Casio—. Ni siquiera sabemos si se ha desviado a la derecha o a la izquierda. A estas alturas ese maldito jinete podría estar en cualquier sitio.

—Ahí está —dijo Nóster cuando Indavara apareció de repente en la calzada.

Casio y Nóster corrieron hacia él. Indavara sonrió.

—¿Por qué habéis tardado tanto?

—¿Conoces esta casa? —preguntó Casio mientras los tres observaban apretujados en una esquina del mausoleo. Todos miraban hacia la vivienda a través de un hueco en la pared.

—No —repuso Nóster—. Ni siquiera sabía que aún quedaba gente viviendo por aquí.

—Indavara, ¿has dado una vuelta alrededor para ver si hay alguna otra puerta?

Indavara fulminó a Casio con la mirada.

—¿En qué momento se supone que debería haber dado esa vuelta?

—Qué raro —dijo Nóster pensativo, apoyándose contra la pared—. Los Maseene casi nunca entran a la ciudad de día.

—Solo eran unos chiquillos haciendo travesuras —dijo Casio.

—Tienes suerte de no haber sido el blanco de esas travesuras —repuso Indavara.

—Chiquillos o no, sigue siendo extraño —dijo Nóster.

—Debes ir a buscar a Eborio —le indicó Casio—. Tráelo aquí, dile que puede



olvidarse de todo lo demás. Pero ten muchísimo cuidado. No podemos dejar que nuestro amigo sospeche que pasa algo.

—Sí, señor.

Nóster se fue y Casio echó su primer vistazo en condiciones al edificio. La vivienda era modesta, pero estaba bien cuidada. Lo único llamativo eran los muros altos y las ventanas cerradas con postigos.

—Creo que es él —dijo Indavara—. Era muy bajo.

—Bien, ya nos toca tener un poco de suerte. Por los dioses, ni siquiera llegué a interrogar a las mujeres del servicio doméstico de Mémor sobre Dión. ¿Pero te acuerdas de Címber, el sirviente? Vio al muy hijo de puta caminando hacia el pueblo por la mañana. Parece que Clara también lo vio.

—Viene alguien —dijo Indavara mirando a la izquierda calzada arriba.

Oyeron una campana y una voz gritar en latín:

—¡Agua! ¡Agua limpia y fresca!

Un anciano apareció por la Vía Cirenaica; caminaba lentamente y tiraba de una mula. Atados a un yugo sobre la silla de montar, había dos grandes barriles.

—¡Comprad aquí vuestra agua!

El portón de la vivienda se abrió y el morador salió a la calle portando un cuero para el agua.

—Es él —dijo Indavara.

Era poco lo que podía averiguarse observando los ropajes insulsos del hombre. Llevaba puesta una túnica de color crema, de buen corte, y un par de sandalias.

—Es él, señor.

El vendedor se detuvo y empezó a llenar el cuero desde uno de los barriles.

—Bajo y delgado —susurró Casio—. Pelo negro. No muy bronceado, de tez no muy oscura, ni demasiado guapo ni demasiado feo.

Una vez que el cuero estuvo lleno, el vendedor se apoyó en la puerta mientras el hombre metía la mano en la bolsa para pagarle.

—Y zurdo —añadió Casio.

—Dión —dijo Indavara.

Ahora le tocaba sonreír a Casio.

—Dión.

## XXII

Una vez que Nóster y Eborio volvieron, el legionario quedó encargado de la vigilancia mientras los otros tres se reunían al otro lado del mausoleo. Casio calculó que habría pasado una hora desde que el asesino había salido de la vivienda. No había habido más señales de vida, ni de él ni de los hombres de Cárnix.

—¿Tú tampoco conoces la casa? —preguntó.

Eborio negó con la cabeza.

—Creía que esta zona estaba deshabitada. Vemos alguna cara nueva de cuando en cuando, pero suelo fijarme en quién llega y en quién se va. No puede llevar aquí mucho tiempo.

—O puede que haya intentado pasar desapercibido —dijo Casio—. Parece que se le da bien hacer eso.

Eborio le dio un golpecito al pomo de la espada.

—¿Entonces vamos a entrar? Antes de que tenga ocasión de escapar de nuevo...

—No puede —dijo Casio—. Acabo de comprobarlo. El portón es la vía de entrada y de salida. ¿Cómo te fue con ese tal Helvetio?

—Me equivoqué —dijo Eborio avergonzado mientras se pasaba una mano por los espesos rizos de su cabellera—. El hombre se llama Helvetio Cordo, no Córnix.

—Ah.

El centurión seguía oliendo a vino. No había forma de saber si su error era un error de verdad o uno provocado por la bebida. ¿Qué había dicho aquel hombre del mercado? Que era un buen hombre.

—¿Entonces? ¿Vamos a entrar? —preguntó Indavara—. ¿Tengo tiempo de volver a por mi espada?

—Somos cuatro contra uno —dijo Casio.

—Suponiendo que esté solo —repuso Indavara.

—¿Cómo quieres que lo hagamos? —le preguntó Casio a Eborio.

—Alguien debería ir por la parte trasera. Por si acaso.

—Estoy de acuerdo —dijo Casio. Se volvió hacia Indavara—. ¿Puedes trepar por esa pared?

—Fácil.

Casio continuó:

—En la parte trasera solo hay dos ventanas altas, muy pequeñas. Deberías poder acercarte sin ser visto.

—¿Y vosotros tres qué vais a hacer? —preguntó Indavara—. ¿Simplemente caminar hasta el portón?

El centurión se señaló el tahalí.

—Vería que Nóster y yo somos legionarios. Puede que incluso reconociera

nuestras caras.

Eborio e Indavara miraron a Casio.

—Parece que vas a ser tú el que llame a la puerta —dijo Indavara.

A Casio no le entusiasmaba la idea de encontrarse cara a cara con el asesino, aunque solo fuera un momento.

—Será mejor que vayas tú —añadió Indavara—. No se asustará.

—Eso también es cierto —dijo Eborio—. No me lo tomes a mal.

—No te preocupes —repuso Casio—. Muy bien, pero Nóster y tú debéis ser rápidos.

—Observaremos desde aquí —dijo Eborio—. En cuanto el portón se abra, cargaremos hacia dentro.

—Asegúrate de hacerlo así —dijo Casio recordando la metedura de pata en Rodas cuando habían intentado apresar a Druso Viator.

—Lo comentaré con Nóster —dijo Eborio caminando ya sobre la maleza.

Casio se tomó un momento para comprobar que las botas estuvieran bien lazadas. Se ajustó el cinturón un punto y respiró profundamente.

—No te preocupes —dijo Indavara—, estaré trepando el muro trasero en un momento.

—No estoy preocupado.

—Es un hombre pequeño.

—Es un hombre pequeño que rebana cuellos y corta cabezas.

Casio valoró un instante lo que estaban haciendo: no quería precipitarse ni dar un paso en falso.

—Puede que nos estemos apresurando.

Indavara frunció el ceño.

—Hemos perseguido a este cabrón cientos de millas por el mar. Ahora lo tenemos.

—Pero estoy seguro de que no trabaja solo. Puede que debamos limitarnos a vigilar la vivienda, ver con quién se relaciona. ¿Recuerdas lo que dijo Eborio sobre los exiliados?

—¿Quieres esperar? ¿Qué pasa si la puerta se abre y sale al galope? Puede que no volvamos a tener otra ocasión como esta.

Casio sabía que siempre podía contar con que Indavara estuviera a favor de la acción inmediata, pero estaba en lo cierto.

—Tienes razón.

Eborio volvió.

—¿Preparados?

Indavara deslizó su cuchillo dentro y fuera de la vaina unas cuantas veces.

—Voy para allá.

—Da un buen rodeo —le aconsejó Casio—. Y mantén un ojo en esas ventanas.

—De todos modos, ¿qué vamos a hacer con ese Dión? —pregunto Eborio una vez

que Indavara se hubo ido.

—No estoy seguro. Tendremos que registrar la casa. Luego quizá esperar a que caiga la noche para llevárnoslo al barco.

—Imagino que necesitarás hacerlo hablar.

Aquella desagradable posibilidad resultaba ser un poco demasiado para los nervios de Casio.

Eborio lo percibió.

—No eres como el resto de los frumentarios que he conocido, Córbullo.

—Me lo dicen a menudo. He llegado a tomarlo como un cumplido.

—Y lo es —repuso el centurión con una media sonrisa.

Casio señaló hacia la Vía Cirenaica.

—Volveré hacia la calzada; luego bajaré andando desde la distancia. Por si acaso.

—Buena idea. Te veré en breve.

Casio esperó a que Eborio alcanzase el lado opuesto del mausoleo, salió caminando bajo el arco y torció a la izquierda en la siguiente calle. Una vez ahí, fue hacia la calzada; caminaba despacio para que Indavara tuviera tiempo de ocupar su posición. Solo cuando se encontró cerca de la Vía Cirenaica, dio la vuelta y se dirigió calle abajo hacia la vivienda.

Con cada paso, el frío agujero que tenía en el estómago se hacía más grande. ¿Qué diría cuando Dión abriese la puerta? ¿Acaso necesitaba decir algo? No si los otros se daban la suficiente prisa.

Treinta pasos. De pronto, hasta caminar se le antojó difícil, la tensión también se había apoderado de sus piernas. Intentó simplemente pasear. Se golpeaba el cinturón con los dedos, el típico visitante curioso dando una vuelta agradable. Veinte pasos. No surgía ni un ruido de la vivienda. Ya casi había llegado a la altura del mausoleo. No había rastro ni de Eborio ni de Nóster. ¿Cruzarían la calle a tiempo? Diez pasos. ¿Había esperado lo suficiente? ¿Y si Indavara no estaba listo? ¿Por qué no había esperado un poco más?

El muchacho llegó corriendo a la calle desde uno de los callejones de la derecha y corrió directo hacia la vivienda. Debía de tener nueve o diez años. Sobre el hombro llevaba un petate de cuero, como los de los jóvenes mensajeros de todas las ciudades del Imperio. Un mensajero.

Casio siguió andando. Una somera mirada hacia él y el chiquillo aporreó la puerta. Casio ya había pasado de largo cuando se abrió.

—¿Dónde has estado, mocoso de mierda? —preguntó una voz en latín—. Dije a la hora tercia.

Los marineros cartagineses estaban en lo cierto. No tenía un acento marcado, nada que resultara característico.

—Lo siento, señor. Las cabras se soltaron, tuve que...

—Venga, entra.

Una pausa. Silencio. Casio imaginó a Dión mirándole la espalda y, de nuevo,

procuró dar a sus pasos el aire de visitante casual.

—¿Tengo que ir muy lejos, señor? Mi abuelo me ha dicho que tengo que estar de vuelta al mediodía.

—Y lo estarás.

La puerta se cerró de golpe.

Casio tenía intención de seguir caminando, dar un rodeo de vuelta y decirle a los otros lo que había oído. Y entonces recordó: Indavara.

Torció a la izquierda a toda prisa por el siguiente callejón y echó una carrera hasta el final. Luego miró desde una esquina hacia la casa.

—Gracias a los dioses.

Indavara estaba ahí, con la espalda contra la pared, escuchando.

Permaneciendo oculto, Casio le hizo un gesto con la mano.

Instantes después Indavara lo vio y corrió hacia él agachado.

—Por Júpiter, menudo alivio —dijo Casio—. Pensé que habrías oído los golpes en la puerta y habrías saltado directamente.

—Estaba a punto de saltar cuando lo he oído. No tenía mucho sentido que te llamara «mocososo de mierda».

—Es un mensajero. Y parece que Dión tiene algo para él. Puede que destinado a quien le paga.

—¿En qué estás pensando?

—Esperamos. Luego prendemos al chaval.

El joven mensajero salió un cuarto de hora después. Resultó que Eborio lo conocía, y el plan era dejar que se alejara bastante de la casa antes de interceptarlo. Indavara y Nóster se quedarían atrás, con la orden de capturar al asesino en caso de que intentara salir.

Casio y Eborio ya estaban en el extremo del mausoleo. Oyeron la puerta cerrarse una vez más y Nóster le hizo una señal a Indavara señalando el lugar por donde había venido el chico, hacia la Vía Roma.

Eborio echó a correr por el callejón pisándole a Casio los talones. Ambos oficiales miraban al sur mientras corrían, pero no fue hasta que pasaron junto a la cuarta calle que vieron al muchacho desaparecer por una callejuela a treinta pasos de distancia.

Cerca ya de la Vía Roma, aceleraron la marcha y torcieron a la izquierda por aquella callejuela. El muchacho apareció y se detuvo de inmediato al ver a Eborio cargando contra él. Apenas faltó de aire, se quedó mirando con nerviosismo a aquellos dos hombres altos.

—Hola —dijo Eborio con una creíble expresión amable.

—Hola, señor.

—Eres el nieto de Baro, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Cómo te llamas?

—Lucio, señor.

El chaval estaba escuálido y sucio; llevaba una túnica sin cinturón varias tallas más grande de lo que le hubiera correspondido. Saltaba a la vista que no era de ascendencia local, con la piel tan clara como la de Casio, el pelo de color pajizo e incluso algunas pecas.

—Muy bien, Lucio, estoy ocupándome de un asunto del ejército. Tengo que echarle un vistazo a ese zurrón que llevas encima.

Casio dio unos pasos para colocarse detrás del chiquillo.

—El jefe me ha dicho que no debía detenerme, señor. No le va a gustar.

—¿Cómo se llama? —preguntó Casio.

—No lo sé, señor —repuso el chaval mirando con nerviosismo por encima del hombro—. Dijo que simplemente lo llamase «jefe».

—Eres un buen muchacho, Lucio —dijo Eborio—. Sabes lo que soy, ¿verdad?

—Un legionario.

—¿Solo un legionario? ¿Has visto mi penacho o...?

—Un centurión.

—Así es. Ya sabes que el ejército es muy importante. Si te digo que hagas algo, tienes que hacerlo. Te prometo que te devolveré el zurrón. Tu jefe ni siquiera sabrá que lo hemos visto.

—El abuelo dice que no eres un centurión de verdad, señor. Dice que Cárnix es el único que cuenta.

Eborio forzó otra sonrisa.

—Así es. El centurión Cárnix es el que cuenta. No te gustaría que le dijera que tramabas algo contra el ejército, ¿verdad?

Lucio se retiró el zurrón del hombro y se lo entregó. En cuanto Eborio lo tuvo en las manos, el chaval intentó echar a correr. Casio se lo esperaba, y le hizo una zancadilla. Cuando Lucio trastabilló, Casio lo agarró del cinturón y lo sostuvo. Dio una coz que golpeó a Casio en la pierna.

—¡Argh! ¡Maldito cabroncete!

Eborio levantó a Lucio, lo plantó de pie y lo aferró de los hombros. La cara del muchacho estaba ahora empapada en lágrimas.

—Escucha, Lucio. No has hecho nada malo. Dentro de un momento podrás irte.

—Solo quería conseguir unas monedas para mi abuelo, señor.

—Lo sé.

Casio hizo lo posible por ignorar su pierna dolorida y sacó un áureo de la bolsa.

—Es todo tuyo si haces lo que te decimos.

Lucio miró la moneda con deseo.

—Vamos.

Con una mano aún apoyada en el hombro de Lucio, Eborio lo guio hasta la casa

intacta más cercana. El enorme centurión agachó la cabeza para sortear el marco, llevó al chico hasta un hogar vacío y luego lo sentó en una banqueta. Casio arrastró un banco cochambroso para Eborio y para él que, además, acorralaba al muchacho contra una esquina.

—Ahora veamos lo que hay aquí dentro.

Eborio metió la mano en el zurrón y sacó tres rollos de pergamino, cada uno atado con un lazo. Era habitual que los nombres y las direcciones estuvieran escritos en una esquina o en un trozo de papiro aparte, pero no había nada.

—¿Para quién son? —preguntó mientras le pasaba los documentos a Casio.

Lucio se secó las lágrimas con la manga.

—No lo sé, señor.

—¿Entonces cómo puedes entregarlos?

—Sé a dónde tienen que ir.

—¿A qué casa?

—A tres casas diferentes. Y no debo preguntar quién vive en ellas. El jefe me ha dicho las direcciones cinco veces para que no las olvide. Dice que me ha escogido a mí porque siempre me acuerdo de todo.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para él? —preguntó Casio.

—No mucho. La última vez fue hace unas semanas. No sabía que había vuelto hasta que fue a buscarme esta mañana.

Volviéndose a Casio, Eborio se dirigió a él en griego.

—El muchacho vive con su abuelo, y este casi no ve, ni oye.

—Tu jefe ha elegido bien a su mensajero —observó Casio—. ¿Has entregado alguna otra cosa hoy? —le preguntó a Lucio, volviendo a hablar en latín.

El muchacho negó con la cabeza.

—Pero has hecho alguna entrega a esas casas en otras ocasiones...

—A dos de ellas.

—¿Cuántas veces?

—Tres o cuatro.

Casio deshizo el nudo y examinó el primer pergamino. Era nuevo y no tenía marcas. Se aseguró de que sus dedos estuvieran limpios antes de manipularlo.

Eborio se inclinó para echar un vistazo.

—Parece una lista de la compra.

—Imagino que eso es lo que se pretende.

Casio abrió los otros dos. Copias exactas.

—¿Puedo irme ya? —preguntó Lucio—. Se supone que tengo que volver y decirle a mi jefe que los he entregado sin problema.

Casio y Eborio intercambiaron muecas.

—¿Puedes conseguir que te diga las direcciones? —le preguntó Casio al centurión—. Necesito mirar esto.

—Por supuesto.

Mientras Eborio interrogaba a Lucio sobre la primera de las casas, Casio cogía uno de los papiros y caminaba junto al hogar hacia la única habitación de la casa. Se colocó cerca de la puerta trasera, oculto, pero con la suficiente luz como para poder examinar el pergamino.

La lista detallaba doce tipos diferentes de comidas y estaba dividida en tres secciones: una única línea en la cabecera, luego un hueco, luego cinco líneas, luego otro hueco, después seis líneas.

Casio se quedó mirándola. ¿Qué podría estar oculto en una nota tan escueta, tan común? ¿Una hora y un lugar? Dión tan solo llevaba un día allí; si los tres destinatarios estaban involucrados en la conspiración contra Mémor, ¿acaso pretendía organizar algún tipo de reunión?

La primera línea podía ser la clave del código.

«Tres libras de mijo».

«Tres». Deseó tener a mano su morral con un pergamino y un carboncillo. Casio miró la tercera letra de cada una de las comidas, pero no se le ocurría nada. Luego lo intentó con la tercera letra empezando por el final y, de nuevo, las letras no parecían formar palabras. Miró la primera letra de cada tercera palabra; luego la primera letra de la tercera palabra empezando por el final. Nada.

Quizá la primera línea estuviera trazada para confundir.

Casio decidió ignorar aquello y centrarse en cada línea, una cada vez. Lugar y hora, estaba seguro de que se encontraban ahí, en algún sitio. Pero no conseguía averiguar el patrón.

Eborio entró en la habitación.

—Tengo las direcciones, pero el chico necesita irse ya. ¿Cómo vas?

Casio levantó una mano y no apartó la vista del pergamino.

—Por favor.

¿Habría una clave anterior? De ser así, sería imposible desentrañar el código.

Volvió a mirar el segundo grupo de comidas. El patrón que seguían las palabras al final de cada línea era poco habitual, como si hubiera sido reorganizado para acomodar el código. Casio intentó tomar la última letra de la primera línea, luego la penúltima de la segunda y así una tras otra. No resultó difícil reorganizar las letras del primer grupo en una palabra: «Quinta».

La hora quinta. Teniendo en cuenta la hora, sería, supuestamente, por la noche. ¿Pero dónde?

Intentó hacer lo mismo con el segundo bloque de líneas, pero no llegó a ninguna conclusión. Luego se percató de que era continuo: necesitaba la sexta letra contando desde el final de la sexta línea, la séptima contando desde el final de la séptima, y así sucesivamente.

Casio se repitió las seis nuevas letras, pero no pudo formar una palabra. Luego le dio la vuelta al pergamino y las imaginó sobre el color crema del documento, moviéndolas en la mente para crear una palabra.



No tardó en sonreír. Fue de dos zancadas a la otra habitación, le hizo un gesto a Eborio para que se acercase y le susurró al oído:

—¿Hay una cantera por aquí?

—A dos millas hacia el oeste, en la costa. Lleva años abandonada.

—En ese caso, tenemos lo que necesitamos. Parece que nuestro amigo Dión es mejor asesino que espía.

Volvieron al hogar. Casio volvió a atar las cuerdas a los pergaminos y Eborio los volvió a meter con cuidado en el zurrón. El muchacho por fin había dejado de llorar.

—Le he dicho a Lucio que le daremos el áureo en cuanto haya entregado los mensajes y le haya dicho a su jefe que todo ha salido bien —dijo Eborio.

—Por supuesto —dijo Casio sacando la moneda de su bolsa y dejando que el muchacho la contemplara antes de dársela a Eborio.

—También le he dicho que nuestros hombres lo estarán vigilando a cada paso, y que mientras haga lo que le digamos, todo saldrá bien.

—Y así es.

Lucio se puso en pie y se secó la cara por última vez. Eborio le colgó el zurrón del hombro.

—En marcha, chaval.

Lucio salió corriendo de la casa.

—Pobre cabroncete —dijo el centurión.

—Ese pobre cabroncete puede que nos haya llevado hasta la gente que contrató a Dión. ¿Qué hay de esas direcciones?

—La primera está en el extremo este de la ciudad. Solo hay un puñado de casas habitadas por allí. Pertenece a Galeno Frugi.

—¿Lo conoces?

—Sí. No nos llega mucha gente nueva, y él solo lleva aquí un año o así. Tengo entendido que Frugi ocupaba un puesto de responsabilidad en la provincia del Ponto. Durante las luchas por el poder después de la muerte de Claudio, era partidario de Quintilo. Cuando Aureliano fue proclamado emperador...

—Cayó en desgracia. No es el primero que paga un alto precio por apoyar al bando equivocado.

—Así es. Creo que nunca habla de ello, pero todo el mundo sabe que se le exilió aquí.

—El Ponto era una de las provincias que gestionaba Mémor. Ahora estamos llegando a algo. ¿La segunda?

—Conozco bien esa casa. Dilio Nepote. Lleva aquí bastante más, tres o cuatro años. De nuevo, no se dijo nada públicamente, pero cuando llegó yo todavía tenía acceso a esa información. Era magistrado en Capadocia. Por lo visto, tuvo una aventura con una prostituta que resultó ser una espía goda.

—Capadocia. Otra de las provincias de Mémor. Parece que podemos cancelar nuestra visita a la biblioteca. Las piezas empiezan a encajar.

—Me temo que aún falta una gran pieza. La tercera dirección es una villa en el extremo de la ciudad. Lleva años deshabitada. Lucio dice que su jefe le ordenó que dejara el mensaje dentro de la puerta. Nunca lo había enviado allí. Uno de los tres mensajes siempre va a un sitio diferente. Siempre a un lugar tranquilo.

—Así que nuestro tercer hombre toma aún más precauciones que los otros... —dijo Casio—. Podría ser el líder de todos ellos.

—Esa villa está en medio de ninguna parte, rodeada de campo abierto. Es casi imposible acercarse.

—En ese caso ni nos molestaremos. Tampoco vigilarémos a los otros dos. Cuanto más nos expongamos, más probabilidades habrá de alertar a uno de ellos, y no es necesario hacer eso ahora. Sabemos exactamente dónde van a estar.

—Pero ese tercer hombre podría ser cualquiera.

—Lo sabremos a su debido tiempo.

Casio echó un vistazo hacia fuera, hacia la calle vacía y silenciosa.

—Hasta ahora pensaba que era un hombre el que había contratado a Dión. ¿Pero tres? Supongo que, si tenía que ocurrir en algún sitio, ese lugar sería Darnis o un enclave parecido, uno en la costa más alejada, donde acaban aquellos que han sido descartados por el Imperio. Me preguntó cómo habrá comenzado todo.

—Puede que simplemente empezaran a hablar un día —dijo Eborio—. Se dieron cuenta de que tenían algo en común.

—Puede que fuera así de sencillo. Supongo que pensaron que estaban a salvo aquí, fuera de alcance. Escucha, habrá al menos cuatro de ellos en la cantera. ¿Dispones de cinco hombres de confianza?

—Todos mis hombres son de confianza, pero cinco parece un buen número para preparar una trampa. ¿En que estás pensando?

—Todavía no he llegado a ello. Ven, volvamos con los otros. Podemos hablar de camino.

## XXIII

El *Fortuna Redux* estaba en silencio. Asdríbar se había organizado con Eborio para llevar a la tripulación a la taberna donde solían beber los hombres de la segunda; por lo visto, aquella era la única en funcionamiento de todo Darnis. El centurión había enviado a dos de sus hombres a supervisar, pero Asdríbar le aseguró que no habría problemas. De los marineros, solo los más viejos y los más jóvenes permanecían a bordo. Cenaban juntos en la cocina.

Era la primera hora de la noche, y Casio estaba solo junto a la regala. Las manos, heladas, las tenía bajo la capa. Miraba el reflejo de la luna creciente. Teniendo en cuenta lo que se avecinaba, no podía decidir si una noche clara resultaba conveniente o no.

Simo e Indavara también estaban abajo, comiendo. Casio no podía probar bocado, aunque sí tenía pensado beber un buen trago de vino vigorizante antes de abandonar el barco. Lo que necesitaba eran unos momentos a solas para volver a pensar en su plan, asegurarse de que no se le había pasado por alto ningún detalle crucial.

Indavara y él se encontrarían con Eborio y sus hombres junto al arco a la hora segunda, y luego partirían hacia la cantera. El lugar se encontraba muy cerca del mar y se podía acceder, a cubierto, desde un camino que corría paralelo a la costa. Eborio estaba seguro de que Dión y sus compinches llegarían por uno de los senderos que conectaban la cantera a la Vía Cirenaica al oeste de Darnis. El centurión también había sugerido que deberían prescindir de toda armadura y que los hombres debían llevar capas oscuras con capucha.

Llegarían mucho antes de la hora quinta, encontrarían una ubicación adecuada desde la que observar el encuentro y luego, a una señal de Casio, intervendrían y arrestarían a los conjurados. A Casio le preocupaba que pudieran no ser suficientes, pero Eborio le recordó que, quienquiera que fuese el tercer hombre, tanto Galeno Frugi como Dilio Nepote superaban la cincuenta.

Nóster y otro legionario aún estaban apostados frente a la casa de Dión. Esperarían a que el asesino saliese y luego se reunirían con los otros en un punto establecido de la cantera. Suponiendo que el arresto saliese como estaba planeado, los conjurados serían llevados de vuelta al barco y permanecerían cautivos en la bodega.

Aquella tarde, Asdríbar había recibido el tronco de madera que se convertiría en la nueva botavara. La tripulación había estado trabajando toda la tarde, pero el capitán calculaba que aún les llevaría otro día entero completar el trabajo. Le había prometido a Casio que el *Fortuna* estaría listo para zarpar en dos días.

Eborio, mientras tanto, se mostraba casi tan impaciente como Casio por ver el asunto concluido con presteza. La inquietante incertidumbre sobre el misterioso tercer hombre aún estaba ahí, y todavía sabían muy poco sobre Dión. Tanto Frugi

como Nepote tenían esposa y gente a su servicio. En cuanto se supiera que habían desaparecido, las primeras sospechas recaerían sobre los recién llegados, por no hablar de que era la única nave marinera que había en el puerto.

A Eborio lo que más le preocupaba era que Lafrenio León y el centurión Cárnix acabaran involucrados. Por suerte, tenían otros asuntos de qué preocuparse: el encuentro de Indavara con los jóvenes guerreros no había sido un incidente aislado. Parecía que los Maseene se estaban volviendo cada vez más audaces, varias escaramuzas habían tenido lugar cerca de la ciudad y se rumoreaba que los diferentes clanes, antes divididos, empezaban a unirse para derribar a Cárnix y a los suyos. Casio sospechaba que esa era la razón por la que Eborio quería que la cuestión quedara resuelta y que el *Fortuna* zarpara.

Se volvió y miró hacia la ciudad. Tener a la vista un asentamiento solía ser reconfortante: la calidez, la luz, el ruido, la sensación de orden en una comunidad surgida a partir de tierras baldías y primitivas. Pero aquí uno no podía sentirse así, Darnis era un lugar de sombras y ruinas, donde las normas de una sociedad civilizada no parecían tener lugar.

La puerta del camarote de popa se abrió. Casio deseó que, fuera la mujer que fuese, no reparara en su presencia, lo último que necesitaba eran distracciones.

—Oficial...

Casio maldijo para sí antes de darse la vuelta.

—Señorita...

Cuando caía la tarde, había ido a ver a Annia para mantenerla informada de sus pesquisas, aunque había sido parco en detalles en cuanto a los conjurados y la operación nocturna. Con tanto aún por saber, no quería que albergase falsas esperanzas sobre una próxima resolución del caso.

Caminó por la cubierta en penumbra y se colocó junto a él.

—Creí que ya te habrías marchado.

—Pronto, señorita.

Annia miró hacia el puerto.

—He estado pensando sobre ellos. Esos hombres que organizaron el asesinato de mi padre. Cuánto deben de haberlo odiado...

—Todos son enemigos de Roma a su manera —dijo Casio—. Algunos consideran el exilio una especie de muerte. Culparon a tu padre de ello.

—¿Por qué no puedes decirme sus nombres?

—Creí haberme explicado antes. Hemos avanzado, pero sé muy poco con certeza.

—Si al final los arrestas, si los traes a bordo, quiero verlos.

—Señorita Annia, por favor... No puedo preocuparme de eso ahora. Me aseguraste que te quedarías en el camarote hasta el amanecer.

—Muy bien.

Dio dos pasos y se detuvo.

—Tengo derecho a saber quiénes son. Si no hubiera sido por mí, ni siquiera

estaríamos aquí..., ni siquiera habríamos dado con ellos. Solo quiero verlos. Sus caras. Eso es todo.

Casio encontró a Indavara junto con Simo en la cabina. Él también tenía puesta su capa y un morral a los pies.

—¿Tienes la cuerda?

Indavara señaló el morral.

—Ahí. Cegato la ha cortado. También he metido algunos trapos para hacer mordazas. No queremos que vayan gritando por ahí, ¿verdad?

—Bien pensado.

Casio echó un vistazo a su pellejo de agua.

—Mete esto también, Simo, haz el favor. No quiero que vaya dando golpes a la espada.

—Sí, señor.

Casio cogió el tahalí de la cama, donde Simo lo había dejado tendido.

—¿De verdad vas a molestarte? —dijo Indavara—. Puede que sea mejor ir ligero.

Casio se caló el tahalí por encima del hombro.

—No les causaría una buena impresión a nuestros amigos de la Centuria II, ¿no crees?

—¿Piensas que les importa? Su oficial es un borracho.

Casio no dijo nada. Simo lo ayudaba a ajustarse el tahalí para que la cabeza de águila le quedase por encima de la cintura.

—¿No te habías dado cuenta? —continuó diciendo Indavara.

—Un hombre al que le gusta beber no tiene por qué ser un borracho.

—Korinth ha hablado con otra gente en la ciudad. Han dicho que los hombres de Eborio no lo abandonaron por cuestiones de dinero. Lo abandonaron porque es débil. Porque no podía hacer su trabajo.

—Ya te he dicho lo que ha estado ocurriendo aquí desde el terremoto. Si yo estuviera en su lugar, es probable que también me hubiera dado a la bebida.

—Por lo que he oído, ya era así cuando llegó.

—¿Qué quieres decir con «cuando llegó»? Creía que había vivido aquí desde que nació.

—No. Nació cerca de aquí y se alistó en el ejército, y acabó desempeñando un cargo importante en una legión, en La... La... algo.

—Lambaesis. El cuartel general de la III Legión Augusta.

—Eso es. Lo mandaron de vuelta aquí porque no podía desempeñar su trabajo.

—¿A dónde quieres llegar?

—Esta gente a la que perseguimos..., gente a la que han enviado aquí como castigo..., ¿cómo decías que se llamaban?

—Exiliados.

—Si a Eborio lo mandaron de vuelta para acá, ¿no significa eso que es un exiliado?

El sendero corría junto al antiguo muro fenicio hasta el extremo oeste de la ciudad antes de torcer hacia la costa. La siguiente media milla serpenteaba entre dunas bajas coronadas por arbustos espinosos. El sendero luego ascendía sobre una pequeña cala. Bajo sus pies, la arena se convirtió en roca desnuda. A pesar de la relativa calma del mar, los ecos retumbaban en las grutas que había debajo.

El grupo de ocho caminaba en silencio, con las capuchas caladas. Casio mantenía los ojos sobre el suelo turbio que tenía ante él, tan solo dos pasos de distancia separaban el camino de caer al vacío a su derecha. Liderando al grupo, y delante de él, caminaba Eborio. Lo que Indavara había averiguado difícilmente podía inspirar confianza: estaba claro que aquel hombre había atravesado unos años difíciles. El pasado del centurión no era asunto de Casio, sin embargo, la investigación sí lo era y los avances obtenidos desde que llegaron a Darnis hubieran sido imposibles sin él. Aunque solo fuera por esa razón, Casio estaba dispuesto a confiar en él, bien era cierto que no había otra alternativa.

Eborio había presentado a los cinco legionarios a Casio e Indavara por su nombre y les dijo que los hombres a los que pudiera ser que arrestaran eran los responsables de haber asesinado a un «muy alto cargo del ejército romano». Casio agradeció que no hubiera mencionado que Mémor era segundo al mando del Servicio: la mayoría de los legionarios hubieran visto aquel asesinato como algo que agradecer. Casio también le había entregado un áureo a cada legionario; «un pago especial», lo llamó.

Eborio marchaba con su brío habitual. La luna estaba cubierta, pero las nubes eran muy finas, y quería que todo el mundo estuviera en su puesto mucho antes de que apareciera el primero de los conjurados. El sendero cambió de rumbo hacia el interior y se volvió más empinado. Zigzaguearon entre rocas puntiagudas y afloramientos hasta que llegaron a cien pies de altura sobre el nivel del mar.

El fornido centurión se detuvo y esperó a que Casio, Indavara y los legionarios se reunieran tras él.

—Estamos cerca —dijo la voz grave—. Hay hierba donde esconderse, pero debemos mantenernos agachados, o cualquiera que mire nos podrá ver.

El último trecho del sendero era aún más pronunciado, y Casio tuvo que agarrarse a las ásperas rocas a ambos lados para evitar resbalarse a cada paso. Estaba falto de aliento cuando llegaron a lo alto y ocupó su sitio junto a Eborio, que ya estaba agachado. De nuevo, el centurión esperó a que llegaran los demás para hablar.

—Veinte pasos adelante y paramos. No me adelantéis. Los bordes de la cantera son verticales.

Casio siguió a Eborio hacia el interior. La maleza era tan gruesa que tuvo que levantar la vaina para que no se le enganchara. Eborio se detuvo un momento; luego

siguió adelante unos pasos más hasta que se paró. Se arrodillaron.

El borde de la cantera no estaba a más de cinco pasos frente a ellos. Casio no podía ver nada de su interior, tan solo una cuenca oscura esculpida en la roca, puede que de unos cien pasos de ancho. Miró más allá de la cantera, a las luces diseminadas de Darnis hacia el este, y al puñado de ellas que moteaba la Vía Cirenaica.

Eborio arrastró los pies para acercarse.

—La entrada está justo enfrente de nosotros. Es estrecha, y los costados son altos.

Indavara se acercó para escuchar.

—Podríamos dar un rodeo hasta allí, pero no veremos bien. Sugiero apostar a mis hombres ahí, escondidos, pero cerca del sendero. La única otra forma de acceder o de salir es un corte empinado justo a la derecha. Podemos quedarnos aquí, lo veremos todo. Luego bajamos por el corte cuando des la señal. Mis hombres pueden bloquear cualquier intento de fuga.

Casio no podía poner ni una pega al plan, y también agradeció no notar ni rastro de vino en el aliento de Eborio.

—De acuerdo.

—Aún tenemos una hora o dos. Ubicaré a los hombres. Mantén los ojos puestos en la parte trasera. Nóster subirá desde la costa.

Eborio habló con sus hombres, y los seis se movieron a toda velocidad en dirección opuesta y hacia la izquierda, dando la vuelta a la cantera.

—¿Vuelves a tener fe? —le preguntó Casio a Indavara—. Yo diría que lo está haciendo bastante bien.

—Por ahora. Voy a comprobar ese corte. Para saber exactamente dónde está cuando nos movamos.

—Muy bien.

Cuando Indavara desapareció en la oscuridad, Casio tiró de la capa bajo sus nalgas y se sentó. Se ajustó el tahalí hasta que se sintió cómodo; miró hacia la cantera, pero era incapaz de distinguir forma alguna. Miró hacia Darnis e imaginó la casa de Dión. ¿Estaría el asesino de camino? ¿Y los otros, Nepote y Frugi? ¿Vendrían solos o con sirvientes y guardaespaldas? Y lo más importante: ¿y el tercer hombre?

Indavara volvió. Se sentó y se retiró la capucha.

—Es empinado, pero bastante seguro. Deberíamos poder bajar bastante rápido.

—Bien.

Indavara cogió el pellejo de agua del morral y bebió; luego se lo pasó a Casio. Ya no podía hacerse nada salvo esperar. La hierba oscilaba a su alrededor, el mar tronaba allá abajo.

Una hora después Eborio no había vuelto aún.

—Por Hades, ¿dónde está? —dijo Casio.

—Igual ha tenido algún...

La cabeza de Indavara miró hacia atrás bruscamente.

—¿Qué pasa?

Indavara desenvainó la espada y se puso de pie.

Casio volvió la vista hacia el mar. Él también oía algo.

—Es probable que sea Nóster.

—Eso espero.

Indavara se alejó a través de la maleza, seguía agachado. Dejando el morral como indicador, Casio desenvainó su espada y lo siguió de vuelta al acantilado, donde, más allá, la luz de la luna reflejada sobre el agua los ayudaría a ver el sendero. Indavara se colocó delante de este e indicó a Casio que se moviera hacia un lado.

Estaba claro que había más de un hombre acercándose, aunque Casio no podía asegurar cuántos. Las botas rascaban la piedra.

Indavara movió la espada hacia atrás preparado para usarla si se daba el caso.

Apenas oyeron el susurro debido al viento y al crujido de maleza.

—Nóster subiendo.

Indavara bajó la espada.

—Adelante —dijo Casio.

El veterano subió por el sendero respirando con fuerza. Una ojeada a Indavara y se agachó frente a Casio. El segundo legionario, a pesar de ser una década más joven que Nóster, se sentó en una esquina del sendero jadeando como un perro.

—¿Cuándo salió Dión? —preguntó Casio.

—Hará unos tres cuartos de hora. Solo. A caballo, con unas alforjas en las grupas, hacia el oeste de la ciudad. Pensé que ya habría llegado. ¿Dónde está Eborio?

—Buena pregunta —dijo Indavara.

—Se fue a apostar al resto de los hombres junto a la entrada —explicó Casio—. Pero eso fue hace más de una hora. Vamos.

Envainando la espada, guio a los otros de vuelta al morral. Cuando el segundo legionario se tumbó en la hierba, aún intentando recuperarse, los otros tres se quedaron sentados, con los ojos puestos en las profundas sombras de la cantera.

—¿Qué crees que puede haber ocurrido? —le preguntó Casio a Nóster—. ¿Puede que se hayan topado con los Maseene?

—Es poco probable, pero he dejado de descartar cosas en Darnis.

Casio se mantuvo callado, dando vueltas a todos los posibles escenarios de lo que podría haber pasado en la oscuridad. Un rato después Nóster se incorporó sobre sus rodillas y volvió la cabeza hacia un lado.

—Caballo —susurró Indavara.

—Caballos —añadió Nóster.

El segundo legionario se irguió para sentarse junto a ellos.

Quienesquiera que fueran los jinetes, las monturas se movían despacio, pero el ruido de los cascos golpeando el suelo rebotaba en la cavernosa cantera y se elevaba hasta llegar a oídos de los observadores.



Casio percibió el brillo de ojos y los destellos de la luna sobre el metal.

—Dos o más —dijo Nóster.

Oyeron voces, quedas y urgentes.

—¿Dónde está? —dijo Casio—. La idea era estar en posición antes de que llegara nadie.

—No te preocupes, señor —dijo Nóster—. Eborio conoce esta zona como la palma de su mano. Vendrá.

De abajo llegó el inconfundible sonido de un chisquero golpeando un pedernal. Un destello naranja en la oscuridad, luego otro, luego una antorcha estalló en llamas, tan rápido que el hombre que la sostenía tuvo que apartar el brazo. Se oyó la risa de un segundo, que aproximó su antorcha para encenderla. La pareja caminó hacia la pared de la cantera y ambos encontraron una grieta para colocarlas.

—Frugi y Nepote —dijo Nóster—. Frugi es el gordo.

Frugi era gordo de verdad: lucía una gran barriga que quedaba incómodamente suspendida por encima del cinturón, empujando su capa hacia los lados. Caminó como un pato hacia su caballo y cogió una botella de sus alforjas. Pegó un largo trago, eructó y luego le ofreció la botella a Nepote.

El más alto negó con la cabeza y se frotó los brazos para entrar en calor.

Ambos hombres se volvieron bruscamente hacia la entrada.

—Ahí viene alguien más —dijo Nóster.

El jinete se acercaba lentamente. Frugi y Nepote se acercaron el uno al otro. Incluso cuando se detuvo y desmontó, el recién llegado se mantuvo en las sombras, alejado de la luz de las antorchas. Frugi y Nepote lo escuchaban, y asentían mientras el jinete hablaba. Casio podía oírlos, pero no conseguía entender una palabra. Frugi y Nepote recogieron las antorchas de la pared y se hicieron con las riendas de sus caballos. El otro hombre hizo que se adentraran más en las sombras. Los tres pararon a unos cincuenta pies, todavía en el lado derecho de la cantera.

—Más cerca del corte —le susurró Nóster a Casio—. Más fácil para nosotros.

—Solo si tu centurión vuelve algún día. Esto podría acabar enseguida.

Una vez que los caballos quedaron amarrados a una roca y las antorchas de nuevo fijadas, el recién llegado se mostró. Al contrario que los otros, Dión no llevaba capa, tan solo una túnica de manga larga. Venía armado con una espada y portaba un saco en una mano. Seguía sin tener nada especial.

—¿Es eso? —preguntó Frugi señalando el saco.

Ahora que estaban más cerca, las palabras llegaban claras. Dión lo ignoró. Se apoyó contra la pared de la cantera, junto a una de las antorchas, y dejó caer el saco.

—¿Es eso el qué? —le preguntó Nóster a Casio.

—Tengo una idea bastante aproximada.

Nepote habló:

—¿Salió todo como habíamos planeado?

Dión lo miró con aire fatigado antes de responder.

—Mejor que no hablemos hasta que estemos todos.

Pasaron unos momentos silenciosos. Casio observó al asesino. Lo imaginaba dando zancadas por el camino de melocotoneros hacia la villa de Rodas, saludando al portero, cortándole la garganta cuando se daba la vuelta, caminando hacia el estudio, aproximándose sigilosamente a Mémor hasta encontrarse tras él, levantándole la barbilla, pasándole la hoja por el cuello...

Indavara se acercó a Casio.

—¿Qué pasa si los legionarios no están cubriendo la salida? Puede que no tengamos una mejor ocasión que esta.

—Tenemos que esperar. Al tercer hombre.

—¿Y luego qué? ¿Mirar mientras vuelven grupas? No tenemos caballos.

—Esperamos.

Abajo en la cantera, Frugi volvía hacia su caballo a pegar otro trago de vino.

Dión miró hacia la derecha y se apartó de la pared.

—No puedo oír ningún caballo —dijo Nóster—. Quizá venga a pie.

Casio vio que Dión se levaba la mano a la espada. Frugi y Nepote miraban a la oscuridad.

Una figura encapuchada caminó hacia el círculo de luz que desprendían las antorchas. Dión se relajó y volvió a la pared.

—¿No traes caballo? —preguntó Frugi.

—Demasiado ruido —llegó la respuesta al tiempo que caía la capucha.

Era difícil calcular la edad de la mujer: su cabello aún lucía hermoso, pero su cara estaba plagada de arrugas. Caminó hacia los otros y miró al saco que había en el suelo junto a Dión.

Casio estaba tan paralizado por la escena que no se percató de que Indavara estaba desenvainando de nuevo. Pero cuando el guardaespaldas se volvió hacia su izquierda, Casio lo imitó. La maleza se movía, y no solo por efecto del viento.

—Soy yo —dijo la voz grave, y Eborio emergió de la oscuridad un instante después.

—Loados sean los dioses —dijo Casio—. ¿Dónde has estado?

El centurión posó la mano sobre el hombro de Nóster y se arrodilló junto a Casio.

—Lo siento, Córbulu. Cérvido casi se rompe el tobillo bajando, a unos cien pasos de aquí. Ni siquiera podía andar. Tuve que llevarlo a él y a Atrabates de vuelta al sendero de la costa, y luego encontrar un lugar para los otros tres. Y luego estos han empezado a aparecer.

—¿Has visto a la que acaba de llegar?

—Sí. No esperaba que el tercer hombre fuera una mujer.

—¿La conoces?

—De vista. No recuerdo el nombre.

—Justina Trebantio —intervino Nóster.

—Eso es —dijo Eborio—. Vive en la zona sur de la ciudad. No muy lejos de la

villa donde Lucio tenía que dejar el mensaje.

—¿Qué sabes de ella?

—Viuda —siguió diciendo Nóster—. El marido era procurador en Bitinia. Se suicidó después de algún tipo de escándalo.

—Creo que puedo adivinar quién llevó a cabo la investigación —dijo Casio.

Miró hacia la cantera. Justina Trebantio aún estaba observando el saco. Nadie hablaba.

—¿Ahora? —preguntó Indavara.

—No —dijo Casio—. Míralos. Aún están esperando. Viene alguien más.

## XXIV

Las llameantes antorchas se sucedieron rápidamente. Una, luego tres, luego seis; oscilando arriba y abajo, emitiendo destellos parpadeantes que se reflejaban en la estrecha hondonada que formaba la entrada de la cantera. Los soldados redujeron la velocidad de sus monturas hasta ponerlas al paso a medida que se acercaban a los cuatro conjurados.

—Esto se acaba de complicar mucho más —dijo Nóster.

El optio Proción fue el primero en descabargar, seguido de cerca por el optio Mutilo. Proción hizo un gesto de asentimiento hacia Dión y luego miró a los otros tres. Una vez que el resto de los legionarios hubo desmontado, Mutilo ordenó que formaran en línea, acorralando así a los tres hombres y a la mujer contra la pared. Casio contó los soldados, algunos de los cuales no llevaban antorcha. Doce. Todos se volvieron esperando a que desmontara el último de los jinetes.

—Mierda, mierda, mierda —susurró Nóster.

El último hombre salió de la oscuridad y se paró a observar la escena que tenía delante.

Casio se volvió hacia Eborio, que tenía la cabeza agachada.

—¿Cárnifex?

—Cárnifex.

El centurión se retiró el casco, cuyo penacho había sido recortado hasta la mitad de su altura normal. Debajo había una cabeza rapada de pelo gris, casi blanco por las patillas. Su armadura era una arcaica coraza de bronce musculada; su arma, una espada corta igualmente anticuada. Cárnifex tenía cuello de toro y no era muy alto, con brazos largos y fuertes y manos de dedos gruesos que se empezó a frotar a medida que se acercaba a Dión. Cojeaba un poco.

—Bienvenido —dijo al tiempo que estrechaban antebrazos. El asesino parecía un niño al lado de Cárnifex.

Casio se dio cuenta de que uno de los hombres más parecía un nativo que un legionario.

—¿Quién es el del pelo largo?

—Sulli —repuso Nóster—. El guía local de Cárnifex. Es Maseene.

Cárnifex le lanzó el casco a Proción. Luego, con un gesto, hizo que Dión recogiera el saco. Cuando el asesino lo hizo, el viejo centurión se volvió hacia Mutilo.

—*Pilum*.

Mutilo cogió una jabalina de su montura, pasó junto a los conjurados mirándolos y se la entregó a su superior. Dión le ofreció el saco abierto. Con una sonrisa de medio lado, Cárnifex metió la mano y sacó la cabeza de Mémor por el pelo. La piel

había adoptado un extraño color gris oscuro y la cara parecía haberse desinflado sobre sí misma. Cárnix se la alzó hacia Nepote y Frugi. Nepote sencillamente hizo una mueca de satisfacción, mientras que Frugi bebió de su botella a modo de celebración. Cárnix mostró la cabeza a sus hombres y, finalmente, a Justina Trebantio. Esta dio un paso al frente y escupió a la cabeza.

Cárnix se rio entre dientes y ensartó la cabeza en la punta del *pilum*, dándole una vuelta para dejarla bien encajada. Al final del *pilum* había un contrapeso de hierro acabado en punta que clavó en el suelo junto a la pared de la cantera.

Dio un paso atrás para admirar su obra.

—Ya tienes lo que merecías, amigo. He esperado mucho tiempo para esto.

Cárnix cogió la antorcha de Proción y puso las llamas bajo la cabeza. Tardó en arder, hasta que la grasa empezó a supurar por la piel. Cárnix parecía disfrutar particularmente prendiendo cada ojo, viendo cómo la gelatina en llamas se deslizaba por lo que quedaba de la cara de Mémor. Como floritura final, esperó a que las llamas murieran, arrancó la jabalina del suelo y la lanzó contra la pared de la cantera.

La cabeza explotó, dejando esparcidos por el suelo fragmentos de cráneo y carne carbonizada.

Cárnix le lanzó la jabalina de vuelta a Mutilo; luego le arrancó a Frugi la botella de la mano. Bebió un buen trago y se la devolvió.

—Ahora —dijo el centurión— hablemos de negocios.

En unos instantes, Frugi, Nepote y Justina Trebantio le entregaban pesadas bolsas de monedas. Cárnix hizo un gesto a Proción con la mano para que se acercara a recogerlas. El escuálido optio apenas podía con todas ellas. El centurión señaló a Dión.

—No os preocupéis —les dijo a los conjurados—. Me aseguraré de que nuestro amigo cobre su parte. Creo que lo merece. Mi aportación: haber encontrado a un consumado profesional. Los tres seguís estando de acuerdo con ese arreglo, ¿verdad?

Cárnix aún mantenía el tono áspero y pendenciero de los barrios más pobres y duros de Roma. Casio ya lo despreciaba.

—Qué duda cabe —dijo Frugi.

—Por supuesto —añadió Nepote.

—Yo pagaría de nuevo si pudiéramos matar a Mémor dos veces —dijo Justina Trebantio, algo que le arrancó otra risilla al centurión.

Llegó el último de los hombres de Cárnix, un conductor en una carreta tirada por dos caballos.

—¿Para qué es eso? —preguntó Frugi con la botella aún en la mano.

—Para vuestros cuerpos —repuso Cárnix, inexpresivo. Hizo un gesto a sus hombres y dio unos pasos atrás. Cuatro legionarios sin antorcha desenvainaron sus espadas y avanzaron sobre los conjurados. La botella de Frugi cayó al suelo mientras él y Nepote retrocedían hacia la pared de la cantera.

—¡Cárnix, tenemos un trato!

—¿Por qué? —suplicó Nepote—. Sabes que puedes confiar en nosotros.

Justina Trebantio hizo un patético intento por huir. Cárnifex la aferró. La atrajo hacia él y la retuvo, con un brazo alrededor del cuello y el otro alrededor de su cintura.

—¿Vamos a quedarnos sentados mirando? —preguntó Indavara.

Casio no respondió. Incluso de haber podido bajar a tiempo, los superaban en número ampliamente.

Los legionarios formaron parejas y ensartaron sus espadas en los hombres arrinconados. Nepote cayó al suelo al instante. Frugi murió de forma escandalosa, ahogándose y agitando los brazos hacia las heridas mientras resbalaba por la pared de la cantera. Cárnifex empujó a Justina Trebantio hacia Mutilo. El optio se tomó un momento para alinear la espada con la mano que tenía libre; luego clavó la hoja directamente en el corazón de la mujer. Su cabeza se estiró en un espasmo agónico, los dientes brillando a la luz de las antorchas. Se oyó un horrible sonido de succión cuando el legionario retiró la espada. Justina Trebantio dio unos pasos tambaleantes hacia atrás. Cárnifex volvió a cogerla y le volvió la cara para enfrentarla a la suya.

—Por todos los dioses... —susurró Eborio.

La mujer miraba a Cárnifex. No pestañeaba. La cogió de la barbilla y le dio un apasionado beso en los labios. Proción rio. El centurión la soltó y la empujó contra la pared. Cayó al suelo entre Nepote y Frugi. Ninguno de los tres se movía ya.

—Un bonito detalle —dijo Dión.

Cárnifex puso el brazo alrededor del hombro del asesino y lo guio lejos de los cuerpos.

—Lo has hecho bien, muchacho. De veras, muy bien. Pero ¿qué hay de ese barco? ¿No hay nada de qué preocuparse?

Casio sintió un gélido escalofrío recorrerle el cuerpo.

Dión negó con la cabeza.

—Solo es un rico idiota y un par de mujeres.

Cárnifex se volvió a Proción, que asintió.

—Como digo, no he dejado pistas —continuó diciendo el asesino—. Llegué a Rodas por Pafos, cambié de barco en Creta.

—Muy bien —dijo el centurión—. ¿Qué te dije, Proción? Si quieres que un trabajo se haga, tienes que contratar al mejor. ¿Y sabes algo más sobre los asesinos? Viajan mucho. No tienen amigos. No tienen lazos. Una vida solitaria. Pero eso también tiene su lado positivo. Significa que nadie, nunca, viene preguntando por ellos.

El brazo que había estado sobre el hombro de Dión se movió hacia el mentón del asesino. Cárnifex apretó el antebrazo, empujando a Dión contra su coraza de bronce.

—Cent...

Cárnifex apretó más aún. El asesino intentó zafarse moviendo pies y manos, pero Cárnifex no se movió ni una pulgada. De hecho, ni siquiera se molestó en utilizar su

otro brazo. El centurión miró a su alrededor, a sus hombres, y se encogió de hombros cuando la cabeza de Dión se estremeció y empezó a salirle saliva de la boca. Cárnix lo soltó cuando dejó de moverse. La pequeña silueta, sin fuerzas, cayó al suelo a sus pies.

—¿A qué esperas? —le dijo a Proción un instante después—. Los quiero de vuelta en la villa dentro de una hora y a vosotros fuera de la ciudad antes de que amanezca.

—Sí, señor.

El optio le devolvió a Cárnix su casco.

El viejo centurión pasó junto a sus hombres. Uno de ellos le alcanzó las riendas de su caballo y Cárnix desapareció en la noche.

Durante un buen rato, nadie dijo nada. Casio, Indavara, Eborio y los dos legionarios miraban a los hombres de la Centuria I mientras estos, de forma diligente, llevaban a cabo su labor. Metieron los cuerpos en grandes sacos y los cargaron en la carreta. Mutilo incluso se tomó un momento para esparcir gravilla y tierra sobre las manchas de sangre. Luego Proción y él montaron y lideraron la marcha abandonando la cantera.

Nóster fue el primero en hablar cuando todas las antorchas hubieron desaparecido.

—Señor, ¿voy a por los otros?

—No —respondió Eborio—. Yo lo haré. Nunca los encontrarías.

Se puso de pie y a punto estuvo de decir algo, pero se marchó caminando entre la maleza. Los otros también se pusieron de pie. Casio metió la mano en el morral, bebió de su pellejo de agua y deseó haber traído algo más fuerte.

Los barracones estaban en el extremo este de Darnis, cerca de la antigua muralla. Ansioso por evitar cualquier posibilidad de toparse con los hombres de Cárnix, Eborio replanteó la ruta a lo largo de la costa; luego pasaron junto al puerto, donde todo estaba tranquilo, antes de llegar a la ciudad. Casio reconoció la zona por donde lo habían seguido el día anterior.

El edificio apenas tenía envergadura para alojar a una centuria, y estaba levantado en una explanada, rodeada por un pequeño muro, que tenía un patio de armas en la parte delantera. Sin detenerse en el acceso principal, Eborio los guio hacia la parte trasera, donde un centinela les dejó paso. Algunos de los hombres salían a dar la bienvenida a sus compañeros de armas, pero Eborio les ordenó que volvieran a sus habitaciones e indicó a los que lo habían acompañado que fueran directamente a su cuarto. Le dio una llave a Nóster y dejó que fuese él quien abriera; luego fue a ver al hombre herido.

El cuarto de los oficiales estaba dividido en dos pequeñas habitaciones: una oficina al frente con una alcoba detrás. A Casio le recordaba poderosa y tristemente al fuerte de Alauran y a su primera misión en Siria.

A medida que Indavara, los legionarios y él fueron entrando en fila, Nóster fue a por una lámpara de aceite; encendió otra lámpara que colgaba del techo sobre una gran mesa. Solo había dos sillas, así que nadie se sentó. Se había dicho muy poco durante el camino de vuelta, y el silencio se mantuvo hasta que Eborio volvió. El centurión cerró la puerta tras él, se quitó la capa y el tahalí y colgó ambos de unos ganchos que había en la pared.

—¿Cómo está? —preguntó Casio.

—Tiene el tobillo muy hinchado, pero creo que no hay fractura. —Eborio señaló una de las sillas—. Por favor.

Casio se sentó; agradeció aliviarles la carga a sus pies. Eborio se dirigió a sus hombres.

—Lo primero es lo primero. Ninguno de vosotros puede hablar de lo que ha visto esta noche. Ni entre vosotros, ni a los demás hombres ni a nadie más. No creo que tenga que explicar por qué.

Casio llamó la atención del centurión.

—Necesitaré un testimonio firmado y fechado de todos aquellos que puedan escribir. Pruebas.

—Todos pueden escribir. Luego te haré llegar esos testimonios.

Eborio volvió a dirigirse a los legionarios.

—Necesito un juramento de cada uno de vosotros. Esto no tiene que salir de aquí.

—Tienes mi palabra, señor —dijo Nóster el primero.

—Y la mía, señor —dijo el siguiente.

Uno a uno, por turno, fueron jurando.

—Bien —dijo Eborio—. Ahora necesito hablar con el oficial. Seguro que todos necesitáis echar una cabezada.

Abrió la puerta y los hombres salieron. Nóster hizo amago de quedarse, pero Eborio hizo un gesto hacia la puerta y le dio al veterano otra palmada en el hombro. Cuando se hubieron ido, Eborio cogió una silla de la habitación para Indavara, tres tazones de madera y una jarra. Llenó los tazones con vino, se sentó y bebió.

Casio miró la lámpara que había en la mesa; la pequeña llama flotaba sobre un mar de aceite dorado.

—No suelo estar de acuerdo con las divagaciones de Simo, pero los cristianos creen que su dios está enfrascado en una lucha eterna contra su némesis, un ente oscuro llamado Satán. Piensan que ese Satán ha desatado demonios en el mundo bajo la apariencia de hombres. Después de lo que hemos visto esta noche, me siento más inclinado a aceptar una idea así.

Eborio miró a su vino mientras movía su tazón en círculos.

—Debería haberme imaginado que no podía haber ninguna acción deshonesto en



Darnis sin que Cárnix estuviera involucrado de algún modo. ¿Alguna idea sobre lo que pudiera tener contra Mémor?

Casio negó con la cabeza.

—Uno más en una larga lista de enemigos vengativos, supongo.

—¿Y qué hay de sus órdenes? «Los quiero de vuelta en la villa».

—La casa de Dión, quizá —dijo Casio—. Puede que pretendan hacer que parezca que los ha matado él, o que alguien los ha matado a todos.

—Muy calculado.

—Suficiente para engañar al vecindario, quizá, pero a una escala más grande eso no importa. Tu testimonio, el mío y los de los hombres serán suficientes ante un tribunal en Roma. Eso siempre y cuando el Servicio quiera gestionarlo públicamente, algo que dudo.

Eborio levantó la mirada.

—¿A dónde quieres llegar?

Casio no había hablado durante todo el camino de vuelta, pero había estado pensando, y las alternativas eran claras.

—En realidad solo tenemos tres opciones. Primero, podríamos pedir la ayuda del Servicio, lo que probablemente signifique Egipto; conozco a un hombre allí del que me habló mi superior. Segundo, podríamos ir a ver al gobernador de Cirene, presentarle los hechos y hacer valer toda la autoridad del Servicio. Puede que, al menos, arreste a Cárnix. Ambas opciones llevarían tiempo; semanas, de hecho.

Eborio se recostó sobre la silla.

—¿Y la tercera?

—Asdríbar me dice que el *Fortuna* estará listo para zarpar mañana. —Casio hizo una pausa, no podía creer lo que estaba a punto de sugerir—. ¿Y si capturamos a Cárnix y nos lo llevamos?

Eborio esbozó una sonrisa irónica y miró al techo.

—¿Y bien? —preguntó Casio unos instantes después—. Darnis quedaría libre de él para siempre. Podrías ponerte al mando, intentar que las cosas vuelvan a ser como antes. El Servicio se mostraría agradecido. Muy agradecido. Me encargaría de que se te tuviera bien...

—No —dijo el corpulento centurión—. No te molestes.

Casio decidió quedarse callado; no tenía sentido intentar tomar la decisión de Eborio por él.

El centurión se inclinó hacia delante y puso los brazos sobre la mesa.

—Si vas a enfrentarte a ese hombre, necesitas estar preparado para entrar en guerra con él.

—Yo no tengo ningún problema con eso —dijo Indavara.

—No va a haber ninguna guerra —dijo Casio—. Si hacemos esto bien, no tiene por qué derramarse ni una gota más de sangre. Cárnix piensa que su plan ha salido a la perfección. No sabe que estamos aquí. Es vulnerable. Así que tenemos que hacer

esto ahora. ¿Nos ayudarás?

La silla de Eborio chirrió sobre el suelo de piedra cuando empujó la silla para levantarse.

—Es listo. Y puede oler una trampa a una milla de distancia.

—No lo dudo. Nosotros también tendremos que ser listos.

—¿Mantiene gente cerca? —preguntó Indavara—. ¿Guardaespaldas?

—¿Te dio la sensación de necesitar uno?

Eborio soltó un largo suspiro y se alejó de la mesa.

Casio lo miró.

—Escucha, no valgo para actos heroicos irreflexivos, pero tener a ese hombre reinando en este lugar bajo la púrpura y el oro es una afrenta a todo el Imperio. Alguien tendrá que detenerlo tarde o temprano. Hiciste bien en no enfrentarte a él tú solo, te aseguro que yo no lo hubiera hecho, pero nosotros tres, juntos...

Indavara asentía.

—Claro que sí.

Alzó su tazón.

Casio hizo lo mismo, y dio con el suyo un golpe contra el de Indavara.

Eborio se aproximó, golpeó su tazón contra los de ellos dos y, de un trago, bebió todo el vino que le quedaba.

—No tardará en llegar el día —advirtió.

—En ese caso —dijo Casio—, será mejor que empecemos.

## XXV

Casio despertó oyendo gritos y martillazos. Mientras Simo iba a buscar agua fresca, se levantó, miró por la claraboya y vio a toda la tripulación en el rompeolas. La longitud del tronco que se convertiría en la botavara estaba extendida sobre tres soportes en forma de equis. Los marineros trabajaban en diferentes secciones: algunos utilizaban sierras, garlopas o barrenos; otros fijaban aros de hierro y tacos de madera. Asdríbar estaba junto a Cegato, mirando un pergamino.

Casio se sentó en la cama. Sorprendentemente, el plan que Eborio, Indavara y él habían esbozado en las horas más oscuras de la noche aún parecía viable. De todos modos, dependía demasiado del corpulento centurión, que había puesto pega tras pega antes de aceptar seguir adelante. Algunas de sus sugerencias habían estado bien, pero seguía dando la impresión de que se resistía a la idea de enfrentarse a Cárnifex. A Casio no le sorprendió; Eborio había vivido demasiado tiempo a la sombra de aquel hombre.

Un golpe brusco en la puerta e Indavara entró, con aspecto de estar descansado.

—¿Has dormido algo? —preguntó.

—Cabezadas, en realidad. Si hubiera dormido en condiciones, habría creído haber tenido la más terrible de las pesadillas.

Indavara cerró la puerta tras él.

—He estado pensando. Cárnifex.

—¿Sí?

—Es demasiado arriesgado, pero... dejárselo a Eborio...

—Lo hará.

—¿Has visto sus manos? Tiemblan.

—Lo hará —repitió Casio—. De todos modos, Eborio es el único que puede tener alguna oportunidad de apartar a Cárnifex de sus hombres. Seguiremos adelante con el plan y esperaremos a que nos haga llamar.

—Hay otra opción. Deja que lo mate.

Casio se tomó un momento para responder.

—Indavara, nadie admira tus habilidades más que yo, pero no tendrías ninguna posibilidad. Tiene más de cien hombres en su mansión. No lo conoces, y no conoces el entorno.

—Eborio puede acercarme a él. Yo haría el resto.

—No. Lo cogeremos con vida. A pesar de todo lo que vimos anoche sigue siendo un centurión del ejército. Debe enfrentarse a las autoridades, la decisión no es nuestra.

—Como dijiste, no sabe que vamos a por él. Solo tenemos una ocasión. Un hombre como ese no da segundas oportunidades.

—Tenemos que cogerlo vivo.

Indavara miró por la claraboya.

—Si esto falla, todos los que nos han acompañado en este viaje estarán en peligro. Incluidas las mujeres.

—No llegará a eso. Considera que tu opinión ha sido tenida en cuenta. Pero he tomado una decisión.

Una vez estuvieron aseados y hubieron desayunado algo, Casio fue a buscar a Annia. Había sido muy tarde para pasar por su camarote aquella noche y quería pensar antes qué le iba a contar. Al subir por la escotilla, la vio de pie, sola al final del rompeolas, bien alejada de los marineros. Asdríbar estaba sentado en su silla, observando a la tripulación.

—Volvisteis tarde anoche —dijo el cartaginés—. ¿Algún avance?

—Más o menos —repuso Casio—. ¿Es indudable que estaremos listos para zarpar mañana a primera hora?

—Eso he dicho. ¿Hacia dónde nos dirigimos?

—Apolonia. ¿Cuánto hay? ¿Cincuenta millas, más o menos?

—Más o menos. ¿Debo entender que la señorita está de acuerdo?

—Ella es cosa mía. Pero tenemos que zarpar de madrugada, haga el tiempo que haga.

—¿Haga el tiempo que haga? Tienes una memoria muy frágil...

—Nos será imposible permanecer aquí. ¿No podemos sencillamente navegar junto a la costa? ¿Permanecer lo más cerca posible de tierra?

—Estar cerca de la costa no cambia gran cosa si nos golpea una tormenta como la que acabó con mis jarcias. De hecho, hace que sea aún más peligroso. No pienso arriesgar a mis hombres así de nuevo.

Casio no quería discutir. Miró al mar, calmado como una balsa de aceite.

—Por ahora parece que hace bueno. Simplemente asegúrate de que todo esté listo, por favor.

Casio cruzó la rampa de desembarco hasta el rompeolas. Una vez dejó atrás a los atareados miembros de la tripulación, espantó a un grupo de gaviotas que aletearon al aire para unirse a la multitud de ellas que describían círculos en lo alto. Annia tenía la mirada perdida en las aguas y se abrazaba. No notó la presencia de Casio hasta que este estuvo cerca.

—Buenos días. Te pido disculpas por no haber ido a verte antes.

—Estuve despierta toda la noche, y os vi cuando subisteis a bordo. ¿Por qué no traías a nadie contigo?

—Las cosas han cambiado.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué hay de esos hombres?

Casio lamentó haberle contado incluso eso: ahora ella esperaba conocer el resto.

—La situación es incluso más precaria y peligrosa de lo que había imaginado. Tengo que pedirte que, sencillamente, confíes en mí. Zarparemos de madrugada, de eso estoy seguro.

—¿Y qué hay de Dión? —preguntó Annia—. ¿A qué estamos esperando? —Apuntó con un dedo hacia el *Fortuna*—. Lo quiero en el barco cargado de cadenas. Quiero que sea llevado a Rodas, o a Roma.

—Por favor, procura calmarte.

—Estás disfrutándolo, ¿verdad? Disfrutando del poder que tienes sobre mí.

—Eso es absurdo.

Por un brevísimo instante Casio valoró contárselo todo: Dión, la cantera, Cárnifex, todo. Pero Indavara, Eborio y él habían acordado que el plan debía quedar entre ellos tres. Annia, sencillamente, era demasiado volátil e impredecible para hacerla partícipe de tal información.

—Me pediste que diera comienzo a la investigación cuando estábamos en Rodas, y ahora estamos a unas horas de resolverlo todo. Mañana podré contártelo todo. Debes confiar en mí.

—¿Por qué iba a confiar en ti? —dijo sin mirarlo—. Sobre todo cuando resulta evidente que tú no confías en mí.

Con las mismas volvió corriendo al barco tan rápido como le permitió la superficie irregular que había bajo sus pies.

Casio no tenía tiempo para preocuparse por la chica: había demasiadas cosas de las que ocuparse. Se volvió y miró hacia el oeste, hacia la costa. Allí, a media milla de distancia, había una diminuta cabaña de pescadores entre la vieja muralla y el agua. Si todo salía como estaba planeado, pasaría allí la noche.

El día transcurrió tan dolorosamente lento como Casio sabía que lo haría, pero al fin tuvo algo en lo que ocuparse. Primero redactó los nombres de los tres conjurados muertos, junto con una descripción física y la información personal facilitada por Eborio. Redactó su informe sobre los acontecimientos de aquella noche, llenando para ello de tinta cuatro rollos de pergamino. Se lo leyó a Indavara, quien convino en que era una descripción atinada y añadió su rúbrica. Casio le alabó por aquel esfuerzo, aunque aquella palabra solitaria como firma apenas pudiera leerse, y resistió la tentación de preguntarle por qué no utilizaba el nombre de su familia.

Justo después del mediodía, uno de los hombres de Eborio entregó las declaraciones firmadas del centurión y los legionarios. Casio las leyó todas, y se sintió satisfecho al comprobar que estaban escritas con claridad y que concordaban con la suya, incluso con las incongruencias típicas de pedir a varias personas que describieran un mismo acontecimiento.

La arrogancia de Cárnifex y su inclinación hacia la brutalidad lo habían condenado. No solo admitió haber organizado el asesinato, sino que también había

cometido uno, aunque fuera el del asesino, con sus propias manos, y había presidido otros tres. Si la cuestión acababa por llegar a un tribunal, algo que Casio aún consideraba poco probable, Cárnifex no tendría oportunidad de escapar a la justicia. Si las pruebas eran utilizadas únicamente para convencer a Abascantio y al comandante Pulcher de la culpabilidad del corrupto centurión, su suerte estaría echada. Casio introdujo todos los documentos en el morral, que ocultó debajo de la cama.

Nóster bajó al puerto a la hora nona con un simple mensaje de Eborio: todo marchaba como estaba previsto y debían seguir adelante con el plan. Casio sintió una mezcla de alivio y ansiedad. Indavara incluso parecía contento. Nóster también traía otras noticias, que les contó cuando los tres estaban en la proa del *Fortuna*.

—Los cuerpos fueron «descubiertos» esta mañana por hombres de la Centuria I. Cárnifex se lo ha atribuido a dos Maseene que capturaron ayer a las afueras. Proción y Mutilo los han crucificado esta mañana. Están expuestos en la plaza.

Indavara se le acercó.

—¿Dos guerreros? ¿Jóvenes?

—Poco más que niños. Algunos de los ciudadanos más osados han protestado ante el gobernador León, pero este no piensa hacer una mierda.

—¿Los dos que te atacaron? —le preguntó Casio a Indavara.

Indavara dio unos pasos hacia la regala sin decir una palabra.

—Esto es mucho más elaborado de lo que creía —dijo Casio.

—Los lugareños se lo han tragado todo, anzuelo, hilo y plomo —dijo Nóster—. Piensan que ahora necesitan a Cárnifex más que nunca para que los proteja.

Indavara escupió al agua.

—Eborio no me ha dicho lo que vais a hacer —dijo Nóster—, pero, sea lo que sea, estaré rogando a Júpiter para que funcione.

Las cruces se habían puesto cerca del foro en ruinas. La cabeza de uno de los chicos reposaba hacia la izquierda; la del otro, hacia la derecha. Casio agradeció que sus ojos estuvieran cerrados. Supuso que habrían estado muertos antes de ser crucificados: sus túnicas estaban moteadas de agujeros y sus cuerpos escuálidos, cubiertos de tajos y desgarros. La sangre que había manado de las heridas producidas por los clavos se habían secado dibujando oscuras líneas sobre la piel y la madera. Un hueso roto se proyectaba hacia fuera, allí donde el clavo había perforado el tobillo de uno de los muchachos.

—Por los dioses, es repugnante.

Indavara miró a Casio.

—¿Es eso todo lo que puedes decir? Los pobres diablos estaban corriendo por las calles ayer a esta misma hora. ¿No puedes dedicarles una plegaria o algo?

—Teniendo en cuenta lo que estamos a punto de hacer, yo me limitaría a pensar

en mi propio pellejo. Vamos.

Indavara no se movió.

—Córbulo...

Casio se detuvo.

—Ni siquiera compartís dioses.

—Simplemente di algo. Eres bueno con las palabras.

Casio dejó escapar un largo suspiro antes de hablar.

—Estos guerreros murieron jóvenes. Demasiado jóvenes. Que sus dioses honren su memoria y... cuiden de sus familias.

Indavara juntó las manos y asintió hacia uno de los jóvenes muertos y luego hacia el otro.

—¿No habían intentado matarte? —preguntó Casio.

Indavara miró a los tres legionarios del otro lado de la plaza.

—Solo porque pensaron que yo era uno de esos.

Casio no reconoció a ninguno de los hombres, así que supuso que eran de la Centuria I.

—Deberíamos irnos.

—Te sigo —dijo Indavara—. Estoy deseando hacer esto.

A la última persona que vieron en Darnis fue a Maro, trabajando solo en su almacén de madera. Se cuidaron de pasar lo más lejos posible del portón: cuanta menos gente los viese, mejor. Una milla más allá, dejaron de pisar adoquines de piedra. La Vía Roma pasó a ser un camino de barro compacto. No vieron a nadie trabajando en los campos, tan solo a un pastor a lo lejos cuidando de su rebaño, que pastaba en una pradera.

Según decía Eborio, la calzada acababa llevando hasta el cuartel general de Cárnix. Casio ya había preparado una historia en caso de encontrarse con alguno de sus legionarios, aunque el simple hecho de ser vistos por la zona podía salirles caro teniendo en cuenta lo que estaban a punto de hacer. Eborio pensó que merecía la pena arriesgarse a salir de la ciudad: Cárnix se mostraría menos suspicaz si estaba más cerca de su base.

—¿Qué pasa si no está solo? —preguntó Indavara.

—Lo estará.

Indavara frunció el ceño.

—Lo de anoche no salió como estaba planeado precisamente, ¿no? ¿A quién tengo de apoyo? A ti y a un borracho.

—Limítate a hacer tu trabajo y reduce rápido al muy hijo de puta. Nunca sabrá qué fue lo que le golpeó.

—Será un placer.

Una milla más tarde llegaron a un puente.

—Ya no estamos lejos —dijo Casio.

—Creía que aquí no había ríos —dijo Indavara.

—Y no los hay. Mira, es un cañón. Según Nóster, el agujero del fondo se ensanchó con el terremoto.

El puente tenía unos veinte pasos de largo; era un único arco hecho de grandes bloques de piedra rojiza. La superficie parecía estar en buenas condiciones, pero había una señal pintada al lado de la calzada: «CUIDADO. PUENTE DAÑADO». Cerca había unos troncos apilados, una pequeña montaña de clavos roñosos y algunos rollos de cuerda.

Cuando empezaron a cruzar, Casio se acercó a la pared y miró hacia la hendidura. La pendiente no era muy pronunciada cerca de la superficie, pero luego caía en vertical antes de llegar a una oscura fisura de diez pies de ancho.

—Por los dioses, parece que lleve al mismísimo Hades.

Un agudo chillido fue todo lo que recibió como respuesta, y vio un par de grandes pájaros precipitarse desde la parte baja del puente, vigilando una serie de madrigueras que podían distinguirse cerca de la parte alta del cañón. Casio vio las colas bífidas y las motas grises de sus alas.

—¿Águilas? —preguntó Indavara.

—Milanos negros. Son como las águilas, solo que cogen de todo: comida de tu mano, peces del agua...

Llegaban al final del puente cuando Casio, ya tarde, se dio cuenta de la necesidad del cartel. Muchos de los ladrillos que sostenían la estructura debajo del arco en la vertiente norte estaban desplazados, y la estructura estaba apuntalada con un entramado de madera que se le antojó endeble. El entramado formaba un marco bajo la piedra que, a su vez, estaba apoyado en seis grandes postes encajados a la pendiente. Sea lo que fuere lo que había sido utilizado para mantener las maderas unidas no había sido considerado suficiente. Cada junta se mantenía unida, además, por nudos de cuerda gruesa. Casio aceleró el paso.

Más allá del cañón, la Vía Roma seguía una inclinación hacia unas elevaciones. Justo antes de llegar a lo alto, y tal y como Eborio había descrito, se encontraba un sendero que se desviaba de la calzada en ángulo recto. Torcieron a la izquierda y siguieron el sendero a través de una densa arboleda de olivos.

Aparte del sonido de sus botas sobre el suelo y del constante zumbido de insectos invisibles, todo estaba en silencio. El sendero pronto llegó a un pequeño claro, en medio del cual se alzaba el tocón de un árbol muerto hacía tiempo, chamuscado y gris. Al otro lado del claro, mirando al norte, había un granero con dos puertas en arco.

—Ahí está —dijo Casio.

Se puso en cabeza para atravesar el claro y entrar en el edificio. Una gran prensa de piedra para aceitunas presidía el lugar. A ambos lados había estantes ocupados únicamente por un puñado de ánforas rotas. Esparcidas por el suelo había aceitunas



consumidas que daban al lugar un olor amargo.

Indavara señaló cada una de las puertas por turno.

—¿Uno de nosotros ahí y el otro ahí?

—Suenan bien.

Casio se retiró el pellejo de agua del tahalí y bebió un buen trago de agua mezclada con el vino más fuerte de Asdríbar. Luego lo dejó en el suelo, apartado; no quería que tintinease contra algo en un momento inoportuno. Indavara se quitó el morral y apoyó la vara junto a él, contra una de las paredes. Casio salió del edificio y fue a la parte trasera del granero. Allí había una pequeña carreta con un morral igual que el de Indavara en la parte de atrás. Casio volvió a entrar en el edificio y se encontró a Indavara buscando un punto desde el que observar entre las grietas de la madera.

—¿Está ahí? —preguntó el guardaespaldas.

—Sí.

Casio se aseguró de estar bien oculto en la oscuridad, se colgó los pulgares del cinto y miró hacia el sendero.

El sol, rojo, ya se ponía en el horizonte y el bosquecillo de olivos se cubría de sombras cuando Eborio apareció. Descabalgó, ató el caballo al tocón y echó una carrera hasta el granero. No dijo una palabra hasta encontrarse dentro.

—Llega pronto. Viene ahora. Lo he visto por la calzada.

—¿Solo?

—Sí.

La cara de Eborio se veía pálida y cubierta de sudor frío.

—Bien —dijo Casio—. No nos llevará mucho. Mantente cerca del edificio, así lo tendremos más fácil.

—Lo veo —dijo Indavara.

—Será mejor que te vayas —dijo Casio—. Estamos contigo.

Eborio respiró hondo y salió fuera. Indavara estaba junto a la puerta de la derecha. Casio se movió con cuidado hacia la izquierda y encontró un hueco aceptable por el que mirar. Eborio se alejó tan solo unos pasos del granero.

El centurión Cárnix cabalgaba al trote hacia el claro sobre un robusto semental negro. Acomodado sobre la silla, y con maestría, hizo que se detuviese a cinco pasos de Eborio. Volvía a vestir su coraza musculada de bronce, y Casio se percató de que incluso su casco, también de bronce, estaba anticuado, con carrilleras angulosas para proteger mofletes y nuca. El penacho recortado le daba un toque extraño, más aún teniendo en cuenta que el resto de su atuendo estaba impecable. Miró a Eborio desde lo alto de su montura.

—He recibido tu mensaje. ¿Qué mierda es esa que dices acerca de Proción y Mutilo?

—Es complicado. Necesitamos hablar.

—Creo que ya te dije todo lo que te tenía que decir hace tres meses. Creí que habrías recapacitado..., que ya te mantenías al margen.

—Créeme, preferiría no tener que dirigirte la palabra, pero lo que he oído hoy no puede esperar.

—¿De verdad crees que me vale más tu palabra que la de ellos? Llevan conmigo desde antes de que tu madre te pariera.

—Se los oyó hablando de unos asesinatos. Parecían saber más de lo que debieran.

Aquello espoleó la curiosidad de Cárnix lo suficiente como para que descabalgara. Soltó un gruñido y se deslizó hacia el suelo. Ató el caballo al tocón.

Casio se volvió hacia Indavara. El guardaespaldas alargó la mano hasta su vara. Casio se llevó la mano a la empuñadura de la espada, aunque no tenía pensado utilizarla. Con la cabeza apoyada sobre la fría piedra, observó cómo el centurión echaba las riendas por encima de la silla de montar y se acercaba a Eborio. Aunque este último, más joven, fuese unas pulgadas más alto, la anchura del torso de Cárnix, los hombros y el cuello lo hacían parecer más grande.

Para alivio de Casio, Cárnix se retiró el casco y se quitó el sudor de la frente con una de sus manazas. En medio de su frente había una cicatriz profunda, circular y amarillenta que parecía una herida de flecha. La cara de Cárnix era de una solidez desclasada, y sus ojos irradiaban la arrogancia despreciativa del hombre que no le teme a nada. Casio se percató del motivo de su cojera: una desagradable cicatriz rosa que corría desde su rodilla izquierda hacia un lado de la pierna.

—¿Qué estás diciendo? —gruñó.

—Me da la sensación de que si Proción y Mutilo saben algo de estos asesinatos, puede que tú también.

Cárnix dio un paso hacia Eborio.

El sudor caía profusamente por los flancos de Casio cuando se volvió a mirar a Indavara de nuevo. Se dijo que el guardaespaldas sería capaz de enfrentarse al viejo centurión y salió por la puerta.

Cárnix se dio la vuelta para tenerlo delante; su ceño cada vez se fruncía más.

Casio se sorprendió al conseguir articular algunas palabras.

—Buenas tardes, centurión.

Se obligó a mirar a Cárnix, no a Indavara, que se desplazaba sigiloso tras el centurión.

—¿Quién...?

Cárnix olió el peligro y se dio la vuelta en el preciso instante en que el guardaespaldas dirigía su vara contra él. Todavía tenía el casco en la mano, y lo levantó bruscamente. La vara rebotó sobre el casco, pero le golpeó detrás de la cabeza. Se oyó un fuerte crujido.

Casio estaba seguro de que un golpe así hubiera sido suficiente como para dejar inconsciente a la mayoría de los hombres, o algo peor. Pero incluso con la piel abierta

y la sangre corriéndole por el pelo gris rapado, Cárnifex se mantuvo en pie. Caminó tambaleándose, le lanzó una mirada asesina a Eborio y le tiró el casco. Aquella pesada masa de bronce golpeó al oficial en un lado de la cabeza. Tambaleante, Eborio se dirigió hacia el granero y acabó por desplomarse en el suelo.

Seguía revolviéndose. Cárnifex se puso en pie para enfrentarse al gladiador, que ya tenía lista la vara para golpearle de nuevo. El centurión farfulló algo y luego se llevó la mano a la espada.

—¡Atízale de nuevo! —gritó Casio.

Indavara se movió hacia la derecha y golpeó por segunda vez. La madera acertó a caer justo en la base del cuello, por encima de la armadura. El centurión se tambaleó hacia delante, luego hacia atrás, pero de algún modo conseguía mantenerse en pie. Parpadeó, boqueó e intentó de nuevo coger su hoja.

—¡Otra vez! —gritó Casio.

El gladiador proyectó la vara con todas sus fuerzas hacia el pecho del centurión. Esta golpeó la coraza, pero el solo ímpetu del impacto hizo que los pies de Cárnifex se levantaran del suelo. El viejo soldado por fin cayó pesadamente, con los brazos y las piernas extendidas. Sus párpados aletearon un momento. Luego se cerraron.

—¡Joder! —dijo Indavara—. ¡Menuda bestia!

—Ve a por las cuerdas. Rápido —dijo Casio al tiempo que daba unas zancadas para arrodillarse junto a Eborio. Tenía un tajo muy feo de una pulgada de largo en la mejilla, pero sus ojos estaban abiertos y alerta.

—¿Qué pinta tiene? —preguntó.

—No te preocupes —dijo Casio—. A las mujeres les encantan las cicatrices. —Cogió a Eborio por la axila y lo ayudó a ponerse en pie—. ¿Estás bien?

—Creo que sí.

Casio lo observó detenidamente antes de dejar que se mantuviese por sí solo. Eborio miró a Cárnifex, luego se llevó la mano a la mejilla y observó la sangre que tenía en los dedos. Cogió el pellejo que llevaba al cinto y se echó agua sobre la herida.

Indavara volvió del granero con el morral; ya tenía varias pulgadas de cuerda preparadas en la mano.

—Aún respira, supongo —dijo Casio.

Indavara dejó caer la cuerda junto a Cárnifex y se inclinó hacia él para ponerle la oreja sobre la boca.

—Sí.

Le retiró al centurión la daga de la vaina y le quitó el tahalí.

—Vamos a darle la vuelta.

Lo cogieron del cinturón y del brazo derecho para ponerlo boca abajo. Aun teniendo en cuenta la armadura, Casio no podía creer lo que pesaba aquel hombre. Indavara le juntó las muñecas, una encima de otra.

Eborio apareció y volvió a mirar a Cárnifex con aire pensativo.

—Lo has hecho bien —dijo Casio—. Lo peor ha pasado. ¿Puedes traer la carreta hasta aquí?

Eborio aún miraba fijamente. Una gota de sangre que le recorrió la mejilla lo despertó del sueño.

—¿Qué?

—La carreta.

Eborio asintió y caminó hasta la parte de atrás del granero.

Para entonces, Indavara ya había asegurado las muñecas de Cárnix. Pasó a ocuparse de los pies, atándolos por los tobillos.

—¿Lo vamos a amordazar?

—Ahora no —repuso Casio—. Podría ahogarse mientras está inconsciente.

—Eso sería una lástima.

Eborio tiró del carro hasta llevarlo al claro; luego se puso a quitarle la silla a su montura.

—¿Qué hay del caballo de Cárnix? —preguntó Casio cuando acabó.

Eborio fue hacia la parte de atrás de la carreta.

—Uno de mis hombres murió a manos de los Maseene hace unas semanas. Encontré esto junto al cuerpo.

Dejó caer tres jabalinas de madera al suelo.

—Ah —dijo Casio—. Buena idea.

—¿Puedes ponerle el yugo a mi caballo?

—No, sigue tú —repuso Casio, sin pensar que fuese necesario explicar que no sabía cómo—. Ya veo lo que tienes en mente.

Mientras los otros dos se afanaban en sus tareas, Casio incrustó las jabalinas en la silla de montar de Cárnix. Al caballo no le gustó mucho, pero no tardaron en verse varios desgarrones en el cuero. Una de las jabalinas se quedó enganchada, así que la dejó como estaba.

—Buen trabajo —dijo Eborio mientras echaba su propia silla de montar a la carreta—. Lo dejaremos suelto aquí —añadió caminando hacia el semental para desatar las riendas.

—Lo más probable es que sepa volver a la mansión.

Eborio guio al caballo hasta el sendero y le dio una fuerte palmada en la grupa. Salió al galope hacia la Vía Roma relinchando.

—¿Crees que registrarán la ciudad? —preguntó Casio mientras clavaba las otras jabalinas al suelo.

—Buscarán por todas partes, es probable que incluso en el barco, pero intentaré asegurarme de que nos dejen la parte norte de la ciudad a nosotros. Esa vieja cabaña es un lugar tan bueno como cualquier otro, y está cerca en caso de que debáis huir precipitadamente.

—Supongo que volveremos por el puente que hay sobre el cañón.

—No, cruzaremos la Vía Roma e iremos hacia el oeste. El otro puente está a

cinco millas de distancia, pero podemos dar un rodeo a la ciudad, bajar por la Vía Cirenaica y de ahí a la costa. Siendo la hora que es, dudo mucho que veamos a nadie. Será mejor que nos demos prisa o habrá que encender antorchas para iluminar el camino.

Casio recogió las armas de Cárnifex y las dejó caer al suelo, entre la maleza.

—No creo que vaya a desatarse —dijo Indavara palmeando el hombro de Cárnifex.

Casio se acercó y le echó un vistazo a la herida de la nuca del centurión. La vara había arrancado un buen trozo de piel.

—Algo me dice que se pondrá de muy mal humor cuando despierte —añadió Indavara.

—Vamos a subirlo —dijo Casio. Indavara lo cogió de las piernas, los otros dos de las correas de la armadura y subieron a la carreta el peso muerto que ahora era Cárnifex. Eborio cogió la manta que había dejado ahí y con ella tapó al inerte centurión.

—Mantén un ojo puesto en él —le dijo Casio a Indavara—. Cualquier ruido...

—¿Le vuelvo a dar?

—No. Lo amordazas.

Indavara subió a la carreta. Eborio y Casio subieron al estrecho pescante.

—Buena idea..., la historia esa de los optios —dijo el centurión—. Esos dos suelen ir con él a todas partes.

Con una suave sacudida de las riendas el caballo se puso en marcha y la carreta, bamboleándose, salió del claro.

## XXVI

De hecho, llegaron a ver a cinco personas a lo largo del camino, la primera de ellas junto al segundo puente. En ese punto el cañón era más angosto, y el puente, aunque estuviera hecho íntegramente de madera, aún estaba en buenas condiciones. Cuando llegaron a la vertiente norte, pasaron junto a un anciano campesino que llevaba dos pájaros muertos en la mano y un arco al hombro. Miró al suelo cuando tuvo la carreta cerca y siguió su camino sin decir una palabra.

Luego, una vez en la Vía Cirenaica, a las afueras de Darnis, vieron a cuatro jinetes, también cabalgando sobre la calzada en dirección oeste.

Incluso a esa distancia, Eborio pudo ver lo suficiente como para identificarlos.

—Maseene. Dioses, ahora van y vienen como les place.

Más allá de los jinetes nativos, y algo oculto merced a los árboles, se veía una sección dañada del acueducto: un arco cuyo centro se había desplomado.

Casio miró a Cárnix por encima del hombro: seguía inconsciente.

—Sin este cabrón, quizá tengas la oportunidad de mejorar las cosas por aquí.

—Siempre y cuando no sea demasiado tarde.

Eborio arreó al caballo fustigando con las riendas el lomo del animal, lo que hizo que la carreta fuese botando por un lado del camino y hacia una pista que corría entre campos de trigo dorado que se mecía al viento.

—¿Por qué no ha cosechado esto nadie? —preguntó Casio.

—No hay suficiente mano de obra —repuso Eborio.

Nadie volvió a hablar hasta que enfilaron las marismas.

—Supongo que debe de haber un sendero que nos lleve hasta la cabaña —dijo Casio.

—Un camino de cabras. Pero no es lo suficientemente ancho como para que pase la carreta.

—Creo que está volviendo en sí —dijo Indavara.

—Quizá sea mejor que despierte —dijo Casio—. Al menos así no tendremos que cargar con él.

Eborio tiró de las riendas y la carreta se detuvo. La marisma estaba repleta de árboles bajos desgarrados con sus ramas retorcidas colgando cerca del barro. El camino era verdaderamente estrecho, pero estaba libre de obstáculos y pavimentado con gravilla y arena. Casio espantó un par de moscas insistentes, bajó de un salto y se encontró con Eborio en la parte trasera de la carreta.

Indavara retiró la manta y tiró de las piernas de Cárnix. El centurión empezaba a revolverse, gruñía y movía las manos. Con Indavara agarrándolo de las correas de la coraza, Casio del cinturón y Eborio de los pies, lo bajaron al suelo y lo incorporaron contra una de las ruedas de la carreta. Casio retiró el tapón de su pellejo

de agua y vació el contenido sobre la cara de Cárnifex.

Cárnifex parpadeó y resopló mientras Indavara examinaba la vieja herida que tenía en la frente. Casio no quería acercarse mucho más, pero tampoco podía apartar la vista del agujero: tenía al menos una pulgada de profundidad.

—¿Eso lo hizo una flecha? —le preguntó Indavara a Eborio.

—Tal y como lo cuenta Proción, fue un virote perdido que pasó por encima de una pared de escudos. Por lo visto, lo dejó donde estaba, siguió luchando y se lo sacó después.

El guardaespaldas dio un silbido mientras se sacaba la vara de detrás del hombro. Eborio se llevó la mano al pomo de la espada.

Casio dio un paso atrás.

—De todos modos, ¿qué edad tiene?

—Nadie lo sabe. Viejo. Estuvo en la batalla de Cartago.

—Por Marte... —dijo Casio—. Eso fue hace casi cuarenta años.

La barbilla de Cárnifex reposaba sobre su pecho. Con los párpados aleteando, levantó la cabeza lentamente. Flexionó los brazos y se dio cuenta de que tenía las manos atadas a la espalda. Observó al trío uno a uno y posó la mirada sobre Eborio.

—No está mal para un pies descalzos. ¿Cuánto tiempo te ha llevado planear esto?

—El plan no fue suyo, centurión —dijo Casio—. Confío en que cooperarás. Si intentas cualquier cosa, me veré obligado a hacer que mi amigo, aquí presente, vuelva a golpearte.

—¿Y quién eres tú, muchacho?

—Soy de Seguridad Imperial. Te estoy arrestando por tu implicación en la muerte de Augusto Mario Mémor. Una vez lleguemos a Cirene, mis superiores decidirán qué debe hacerse contigo.

Cuando Cárnifex frunció el ceño, la cicatriz se volvió ovalada.

—Imagino que llegaste en ese barco. Me parece que sobrestimé a Nicacias.

—¿Era ese el nombre real de Dión?

Cárnifex dejó que su cabeza cayera hacia atrás contra la rueda.

—Ponte en pie —le dijo Casio.

—¿Qué quieres, frumentario? ¿Oro? ¿Zafiros? ¿Muchachas?

—No malgastes saliva.

—¿Muchachos?

—Ponte en pie o te dejaremos inconsciente y cargaremos contigo.

El viejo centurión miró al cielo.

—Ya casi es de noche. Si vais a llevarme a ese barco, no zarparéis hasta por la mañana. Mis chicos me encontrarán.

—El oficial te ha dicho que te levantes —dijo Indavara dando un paso para acercarse.

—Tienes sangre mía en ese palo tuyo, Orejas —repuso Cárnifex—. Yo te sacaré más. Puedes contar con ello.

El gladiador agarró la vara con una mano y le dio un pequeño golpe a un lado de la cabeza.

—No volverás a decir eso, viejo.

Cárnifex apartó la vara con la frente; luego señaló con la barbilla hacia sus pies.

—¿Qué hay de la cuerda? A no ser que queráis que vaya dando saltos...

Ninguno se movió.

—¿Qué pasa? ¿No hay nadie que quiera acercarse al viejo Carn?

Indavara desenvainó la espada y colocó la punta de la hoja bajo la barbilla de Cárnifex.

—Muévete aunque sea un poco y te regalaré una nueva cicatriz para tu colección.

El centurión le sostuvo la mirada a Indavara y esbozó una media sonrisa.

—Me gustas. Te sacaré la sangre, pero me gustas.

Cárnifex observó ahora a Eborio mientras este sacaba su daga, se arrodillaba y cortaba la cuerda.

—Tengo que decir que nunca pensé que tendrías las pelotas para hacer algo así, Manio. Aunque imagino que no podrías haberlo conseguido solo. Y aún te cuesta mirarme directamente a los ojos, ¿verdad?

—Bien, ya basta —dijo Casio.

Eborio acabó. Se puso de pie y aferró a Cárnifex por debajo del brazo izquierdo. Indavara hizo lo propio por el derecho y lo levantaron.

Cárnifex le echó un vistazo a Casio.

—¿De verdad eres un frumentario, muchacho? Llevas un buen disfraz. Porque más pareces un inútil trozo de mierda.

—Las apariencias engañan —contraatacó Casio—. Tú, en cambio, pareces un centurión.

Cárnifex respondió con un gruñido.

—Yo era centurión años antes de que tu padre de mierda descargase lo que tenía en los huevos dentro de la puta a la que llamas madre.

—Bueno —repuso Casio—, por mucho que me gustara continuar con este edificante intercambio de pareceres, no tenemos mucho tiempo que perder.

El gladiador envainó la espada y apuntó con su vara hacia el camino.

Cárnifex esbozó otra sonrisa y empezó a andar. Indavara lo seguía de cerca.

—¿Te desharás de la carreta? —le preguntó Casio a Eborio.

—Más tarde.

Eborio adelantó a los otros a la carrera y los guio hacia el interior de las marismas. Casio cogió el morral de la carreta, echó un último vistazo al camino y dio varias zancadas para ocupar su lugar detrás de Indavara.

A medida que iban andando, el olor a barro y a vegetación putrefacta se intensificaba. Pájaros diminutos revoloteaban sobre sus cabezas en las ramas más altas de los árboles, dando la bienvenida al ocaso con su feliz canturreo. Indavara tuvo que decirle dos veces a Cárnifex que redujese el paso cuando se acercaba



demasiado a Eborio. El centurión, más joven, se volvía a menudo para mirar al cautivo. Por su parte, Cárnifex no parecía demasiado preocupado por su situación, incluso empezó a silbar una melodía que Casio reconoció como una antigua canción de marcha.

Para cuando llegaron al gran hueco que había en la muralla fenicia, apenas había luz suficiente para ver el camino. Por suerte, la cabaña estaba cerca. Había sido levantada a tan solo unos pasos del mar, sobre terreno arenoso, y estaba rodeada de guijarros y algas. Sobre los desiguales muros de piedra había un techo de madera. Las dos puertas, una mirando al este y la otra al oeste, estaban teñidas de verde en la parte inferior y enganchadas al muro con cuerdas podridas. Eborio abrió la puerta que daba al oeste y se puso a un lado.

—Adentro —le dijo a Cárnifex.

Con un empujón de Indavara, el centurión atravesó la entrada trastabillando. Eborio se quedó fuera y cogió de su bolsa un chisquero y pedernal. Casio pasó junto a él y entró en la cabaña. Olía a sal y a pescado.

—En la esquina del fondo. Contra la pared —dijo.

Casio e Indavara mantuvieron la distancia mientras Cárnifex se arrodillaba y se sentaba en la fina estera de junco que alfombraba el suelo de la cabaña. Eborio golpeó el pedernal con el chisquero cuatro veces antes de conseguir una llama. Encendió una diminuta lámpara de arcilla y la colocó en medio de la cabaña. Luego volvió a salir.

Cárnifex observaba a sus captores con tranquilidad.

—O sea, que seguiste a Nicasias, ¿eh, frumentario?

—Eso es.

—¿Y cómo lo has asociado conmigo?

—Estábamos en la cantera. Lo vimos todo.

Cárnifex no pudo ocultar su sorpresa ante aquella revelación, pero se recuperó de inmediato.

—Supongo que vosotros dos deberíais salir con vuestro nuevo amigo y echarle un vistazo al sol. Puede que sea la última vez que lo veáis.

—No estoy dispuesto a escuchar esta mierda toda la noche —dijo Indavara—. Podríamos amordazarlo ya.

—Estoy de acuerdo.

—No puede verse la luz de la lámpara desde fuera —dijo Eborio cuando volvió.

—Bien —repuso Casio al tiempo que cogía un trozo de tela del morral—. Indavara, si pudieses recordarle de nuevo al centurión que será mejor que colabore...

El guardaespaldas dejó la vara apoyada contra una pared, luego desenvainó la espada y sostuvo la punta cerca de la garganta de Cárnifex.

—La cabeza hacia delante —ordenó Casio.

—Se te ha olvidado decir «señor», frumentario.

—La cabeza hacia delante —repitió Indavara apretando el metal contra la piel de

Cárnifex.

—No me vas a matar, Orejas.

—¿Quién ha dicho que tenga que matarte? Puede que solo te arranque la lengua, a ver si te gusta.

—La cabeza hacia delante —repitió Casio.

Cárnifex aún le sonreía a Indavara, aunque acabó por obedecer. Casio se inclinó hacia él y le empezó a meter el trozo de tela en la boca.

El centurión consiguió burlarse una vez más.

—Sería más fácil si no te temblaran las manos.

Casio apretó la mordaza con fuerza y le hizo un nudo. Indavara envainó su hoja, recogió la vara y se puso de pie frente a Cárnifex.

Casio siguió a Eborio fuera.

—¿Qué harás cuando te hayas deshecho de la carreta?

—Volver al barracón. Tiene que parecer que es una noche como cualquier otra cuando los de la primera aparezcan, y lo más probable es que eso ocurra pronto. Volveré antes de que amanezca.

La mención de esa mera palabra le recordó a Casio lo interminable que sería esa noche. Doce horas. Y, en esa época del año, cuando las tres quintas partes del día pasaban a oscuras, eran muchas horas.

Eborio aferró a Casio del brazo.

—Córbulo. Vigílalo. A cada momento.

—Creo que está dormido —susurró Indavara—. Eso o se ha ahogado con la mordaza.

Casio dio tres pasos por la cabaña y observó la figura tendida junto a la lámpara. Podía distinguir, aunque a duras penas, cómo el pecho de Cárnifex se movía arriba y abajo. Volvió junto a Indavara.

—No. Aún respira.

—Lástima.

—¿Qué opinas? Dos horas. Y ya parece una eternidad.

Indavara no respondió. Casio sabía que a veces le costaba controlar el paso del tiempo, algo que, en circunstancias como esa, se antojaba casi una habilidad. Casio también se había dado cuenta de sus admirables dotes para permanecer concentrado: podía permanecer tres o cuatro horas desempeñando la misma tarea, quizá fuera a consecuencia de su entrenamiento. Eso, por supuesto, no les hacía ningún daño a aquellos a quienes les faltaba intelecto para considerar cuestiones más amplias o el plano más general de las cosas.

A Casio le costaba no hacerlo. Su mente tenía tendencia a divagar, y tenía que recordarse de continuo que debía estar alerta, concentrarse en la labor que estaba desempeñando. Pero cuando miraba a la oscura silueta que había al otro lado de la cabaña, sentía que sus párpados se hacían más pesados a cada momento. Indavara y

él habían estado haciendo turnos para echar un vistazo fuera, a intervalos regulares, así que decidió que le tocaba a él.

—No tardaré.

El viento frío lo espabiló enseguida. Se apartó el pelo de los ojos y miró hacia el oeste a lo largo de la costa. Pensó en los milanos negros del cañón, los imaginó volando bien alto, sobre playas, calas y acantilados antes de llegar, por fin, al puerto de Apolonia y a las extensiones de Cirene. Cincuenta millas... Podrían llegar en dos días.

No fue hasta que se volvió al este, hacia la ciudad, que vio las antorchas. Algunas estaban cerca de los almacenes, pero otro grupo se movía por el rompeolas hacia el *Fortuna*. Casio se había esperado aquello. Pero ¿quiénes eran? ¿Hombres de la primera o de la segunda? No encontraría ni rastro de Cárnix en el barco, pero ¿y si se daban cuenta de que Casio e Indavara no estaban a bordo?

Había, no obstante, una cuestión más acuciante: el grupo del puerto se había dividido en dos: uno se dirigía al este y el otro hacia el oeste por el camino de la costa.

—Mierda.

Con los ojos fijos en Cárnix, Indavara retrocedió hasta la puerta.

—¿Qué pasa?

—Parece una partida de búsqueda. Vienen hacia aquí.

—Ven. Cambiemos.

Casio tomó el turno de vigilar al centurión dormido. Más preguntas se le agolpaban en la cabeza. ¿Recordarían los legionarios la cabaña? ¿La verían desde el camino?

Todo lo que podían hacer era esperar. Cada poco Casio sacaba la cabeza por la puerta para ver cuánto avanzaban las antorchas. En un momento oyó, o le pareció oír, que Cárnix decía algo. Fue hacia la lámpara y miró hacia abajo; el centurión estaba dormido, pero farfullaba algo con la mordaza puesta.

—Está saliendo del camino, vienen directos hacia nosotros —dijo Indavara.

Casio retrocedió hacia la puerta.

—¿Todos?

—No, algunos siguen por el camino de la costa. Una antorcha. Parece que son dos hombres.

Casio sintió un golpecito en el hombro.

—Aguanta esto. —El guardaespaldas le entregó la vara—. Si se menea, atízale de nuevo. —Indavara deslizó la hoja fuera de la vaina y continuó—: ¿Qué hago si son los hombres de Cárnix?

Casio cogió la vara.

—Haz lo que tengas que hacer.

Ya oían las botas de los soldados pisando los guijarros mientras marchaban por la arena. Pudo vislumbrar las penumbrosas figuras bajo la antorcha. No estaban a más

de cinco pasos de distancia cuando uno de ellos habló.

—Soy Nóster. Vamos para allá. Manteneos ocultos.

Indavara se apresuró dentro y se quedó de pie junto a Casio, que se secaba el sudor del labio superior.

Nóster entró, con la chisporroteante antorcha en la mano. El segundo soldado era otro de los hombres que habían estado en la cantera. Identificaron a Cárnix en la esquina y se quedaron mirándolo. Los ojos del centurión se abrieron y luego se entrecerraron ante la antorcha. Cárnix gruñó mientras luchaba por liberarse, con los dientes apretados contra la mordaza.

Indavara se acercó más a él y agitó la espada delante de su cara.

—Cálmate, viejo.

—Hay algunos de la primera con nosotros —explicó Nóster, incapaz todavía de apartar los ojos de Cárnix—. Nos hemos ofrecido voluntarios para buscar por aquí, forma parte de la obra.

—¿Y el barco?

—No te preocupes. Eborio y algunos de la primera. Una banda de idiotas, ni siquiera saben quién había en el barco para empezar, como para saber quién puede faltar. —Nóster sonrió; sus dientes torcidos se veían rojos a la luz de las llamas—. Proción y Mutilo no lo llevan bien. Empiezan a ser presa del pánico.

—Deberíais iros —dijo Casio.

—Buena suerte, señor —repuso Nóster.

Empujó al otro legionario para que saliera y volvieron corriendo por el camino de la costa.

Indavara dejó escapar un largo suspiro y envainó. Casio le devolvió la vara y miró a Cárnix. El centurión tenía la cabeza entre las rodillas. Parecía un hombre derrotado.

## XXVII

Una vez que las antorchas de los soldados hubieron desaparecido, las únicas luces visibles eran las que se encontraban a bordo del *Fortuna*. Cuando le tocó el turno de vigilar fuera, Casio las observaba y se entretenía pensando en cada una de las personas que había a bordo. Dejó a Clara para lo último y se pasó al menos una hora pensando en todo lo que podrían disfrutar cuando estuvieran juntos. Le sorprendió poder pensar en cosas así, pero el abotargador aburrimiento y la tensión que lo habían estado minando a lo largo de aquella larga noche de vigilia merecían alguna distracción ocasional. Aparte de algún grito que llegaba de la ciudad, todo lo que oían era el suave ir y venir del mar y algún ronquido de Cárnix. Era asombroso, pero el centurión durmió hasta el alba. Solo se despertó cuando llegó Eborio.

—¿Todo en orden? —preguntó Casio.

—No del todo —repuso Eborio, que parecía tan cansado y tenso como se sentía Casio—. Aún hay algunos de la Centuria I por ahí. Intentaré mantenerlos apartados. Esperad media hora y empezad a moveros.

—¿Qué está ocurriendo? Nóster dijo que Proción y Mutilo estaban sucumbiendo al pánico.

Eborio entró un poco más al interior de la cabaña.

—Y tienen razones para ello. Dos de sus partidas de búsqueda se toparon con Maseene durante la noche. Han encontrado a cuatro muertos y al doble de heridos.

Miró a Cárnix.

—Los soldados han empezado a pensar que él también está muerto. Y algunos de los habitantes romanos de la ciudad están hablando de abandonarla. Si no os vais pronto, van a empezar a anegar el *Fortuna*.

—¿Qué harás?

Eborio se apretó una ceja con un nudillo.

—Si Proción y Mutilo se dignan a escucharme, retiraré la Centuria I a la ciudad y luego procuraré encontrar a alguien que haga de intermediario. Ver si podemos negociar, restablecer algo el orden, algún tipo de paz.

—Puedes hacerlo. No me cabe duda. Y una vez que haya contactado con el gobernador de Cirene se te enviará ayuda.

Eborio no parecía muy convencido.

—Tengo que irme.

—Te agradezco todo lo que has hecho —dijo Casio mientras estrechaban antebrazos.

—Hasta nunca —le dijo Eborio a Indavara.

—Hasta nunca.

Cárnix tiraba de las cuerdas, con los saltones ojos fijos en el centurión más

joven. Eborio lo miró por última vez y luego dio media vuelta para dirigirse al camino de la costa donde había dejado el caballo. Cárnix empotró la espalda contra la pared y empezó a patear el suelo. Indavara le dio una patada a la lámpara de aceite y se unió a Casio en la puerta. Vieron a Eborio auparse al caballo y salir al galope hacia la calzada.

—¿Es él?

A Casio le llevó unos instantes percatarse de que había oído la voz de Annia.

Indavara se volvió el primero.

—¡Apártate de él!

Casio se dio la vuelta con brusquedad. Había entrado por la otra puerta y observaba a Cárnix.

El centurión se revolvió e hizo un barrido hacia ella con la pierna derecha, derribándola. Annia gritó mientras caía al suelo junto a él.

El gladiador cargó cabaña adentro, listo para golpear a Cárnix con la vara. Detuvo el arma a un palmo de la cara del centurión. Casio también se quedó quieto.

La bota derecha de Cárnix planeaba justo sobre el cuello de Annia. Las dos tachuelas de la parte delantera de la suela eran más largas de lo habitual y habían sido afiladas hasta resultar letales. Con la respiración cortada por la caída, Annia tosió y empezó a farfullar mientras miraba las puntas que la amenazaban. Cárnix hizo un gesto con la barbilla hacia la puerta.

El guardaespaldas bajó la vara. Casio y él retrocedieron.

Cárnix apretó su bota derecha contra la mandíbula de Annia, empujándole así la cara contra el suelo. La muchacha gimoteaba, un hilillo de saliva le caía por la barbilla. Asegurándose de mantener las botas en esa posición, Cárnix inclinó la cabeza hacia ella y movió la boca.

Casio ya había visto la mirada que lucía Annia con anterioridad en la cara de los animales destinados a ser sacrificados justo antes de que la hoja del sacerdote les rebanara la garganta.

—Hazle daño y te arrancaré la cabeza —le dijo Indavara a Cárnix, quien, de nuevo, movió la boca e hizo un gesto hacia Annia.

—Annia —dijo Casio con delicadeza—. Annia, mírame.

Así lo hizo la chica, aunque el pelo le cubría en parte los ojos.

—Quiere que le quites la mordaza de la boca. Tiene las manos atadas, no puede hacerlo solo. ¿Puedes bajarle la mordaza?

Cárnix mantenía los ojos fijos en Indavara, pero inclinó un poco más la cabeza hacia Annia. Esta consiguió alargar la mano izquierda.

—Eso es —dijo Casio.

Annia cogió la parte superior de la mordaza y la sacó de la boca de Cárnix. El centurión dio tres profundas y estridentes bocanadas de aire antes de hablar.

—Haced algo que no me guste y le haré un buen agujero a ese delicado cuello. Las armas al suelo, Orejas. Retroceded hasta la puerta.

Indavara se quedó en el sitio.

Cárnifex apretó su bota izquierda contra Annia, haciendo que las facciones de esta se distorsionaran.

—¡Maldito hijo de puta! —rugió Indavara.

Casio lo cogió del brazo y lo arrastró hacia la puerta.

—¿Qué demonios te pasa? Haz lo que dice.

La cara del gladiador se puso al rojo vivo, sus músculos se tensaron. Dejó la vara en el suelo.

—Las espadas también —dijo Cárnifex.

Indavara tiró su daga al suelo, luego se desató el tahalí y lo dejó caer. Se retiró hacia la puerta.

—La espada junto a la de Orejas —le dijo Cárnifex a Casio—. Luego saca tu cuchillo y lánzamelos cerca de las manos.

Casio obedeció. La daga repicó en el suelo, pero Cárnifex la dejó donde había caído y apartó una parte de la estera que alfombraba el suelo. Luego, con las manos, movió un par de los ladrillos que había debajo. Cuando estuvo satisfecho con la disposición, cogió la daga por el mango y la incrustó entre dos de los ladrillos. Luego empezó a mover las cuerdas que lo aprisionaban arriba y abajo contra la hoja.

—Lo estáis haciendo muy bien, chavales, pero supongo que no contabais con la aparición de esta belleza. ¿Quién es?

Casio no dijo nada. Indavara adelantó un pie.

—Ni lo sueñes, Orejas —dijo Cárnifex, que seguía cortando las cuerdas con la daga—. Mis peculiares tachuelas no la matarían rápidamente, pero dudo que pudieseis detener la hemorragia. Preguntaos si de verdad queréis ser testigos de algo así.

Cárnifex ya había debilitado las cuerdas lo suficiente como para liberarse. Cogió la daga, cortó la mordaza y la lanzó a un lado. Con una sonrisa cargada de suficiencia, se deshizo del último trozo de cuerda.

—¿Qué tal te encuentras, belleza?

Annia tosía. Cárnifex le puso la hoja en la garganta con una mano y le rodeó el cuello con la otra. La levantó bruscamente del suelo sin dejar de mirar a Indavara.

—¿Cómo te llamas?

La cabeza de Annia temblaba y sus ojos, abiertos al máximo, no pestañeaban.

Cárnifex apretó la daga contra el cuello de la chica.

—Vamos, vamos, no seas tímida.

—A... A... Annia. Annia Augusta Mémore.

—Mémore, ¿eh? Vaya, vaya... Parece que conoces a estos dos, pero sigamos con las presentaciones. Yo soy Valgo Cárnifex. Y sí, yo soy él. El que ha hecho que maten a tu padre. Pero no te lo tomes como algo personal. Estoy seguro de que eso no impedirá que nos llevemos bien.

Cárnifex empujó a Annia al frente, apretándole el cuchillo contra el cuello.

—Es hora de tener una charla, muchachos, y creo que será mejor si nos mantenemos alejados de vuestros amiguitos del barco. Conocéis el camino, lo recorrimos ayer. Tu primero, cobardica. Orejas detrás. Y más os vale hacer lo que os diga, hay mucho que puedo cortar antes de rebanarle el cuello.

Mientras Casio salía de la cabaña hacia el sendero, oyó que Cárnix recogía una espada del suelo. Miró hacia el puerto. Hacía tiempo que Eborio se había marchado y no había ni rastro de gente en la cubierta del *Fortuna*.

—Los ojos al frente, cobardica —soltó Cárnix.

Después de eso, todo lo que podía oír Casio tras él era a Annia sollozando débilmente.

Para cuando llegaron al otro lado de la marisma, Indavara había valorado una docena de planes diferentes, aunque no albergaba esperanza alguna de tener éxito en ninguno de ellos. Mientras Cárnix mantuviera la distancia y la hoja junto al cuello de Annia no había nada que pudiera hacer salvo esperar, aguardar una oportunidad.

«Córbulo debería haberme dejado que lo matara».

Indavara casi no notó que el cielo clareaba a su alrededor o sobre el camino que tenía delante, solo veía a Annia en el suelo de la cabaña, retorciéndose bajo la bota de Cárnix. Imaginaba la hoja deslizándose por el cuello de la muchacha, la vida abandonándola.

Indavara sí estaba seguro de una cosa: la mantendría con vida o moriría en el intento.

Las manos de Casio se convirtieron en puños. Habían estado tan cerca... ¿Qué había hecho Annia? ¿Observar a Eborio desde el barco? ¿Seguirlo hasta la cabaña solo para ver al responsable de la muerte de su padre?

«Zorra estúpida, arrogante y tozuda...».

Los tres acabarían pagando por ello, de eso estaba seguro. ¿Qué había dicho Indavara? No se le puede dar una segunda oportunidad a un hombre como ese. Ahora la tenía, y cuando Casio pensó en lo que aquel despiadado centurión haría con ellos, su garganta se secó y sus piernas se doblaron.

«Debería haber dejado que Indavara lo matara».

Cárnix hizo que siguieran caminando y los mantuvo delante de él: Casio a diez pasos, Indavara a cinco. Caminaban hacia la Vía Cirenaica en silencio, salvo por los ocasionales sollozos de Annia o alguna orden ladrada por Cárnix. En un momento ella le bufó una maldición, pero fuera cual fuese la respuesta lo cierto es que siguió callada el resto del camino.



Cuando llegaron a la calzada, Cárnifex hizo que se dirigieran hacia el este, hacia la ciudad, hasta que dieron con la vieja muralla en los confines de un descampado. Ordenó que Casio e Indavara se arrodillaran tras el muro y miraran hacia la calzada. Casio miró hacia atrás y lo vio colocarse detrás de un árbol cercano, con Annia sentada junto a él.

—Te he dicho que la vista al frente, cobardica de mierda.

Casio podía ver parte de la calzada a través de un hueco en la muralla. Los primeros en pasar fueron dos habitantes de la ciudad, de mediana edad, cuyos caballos pasaron al galope rumbo oeste, alejándose de Darnis. Un cuarto de hora más tarde seis legionarios aparecieron en sentido opuesto. Parecían agotados, arrastraban los pies en silencio y caminaban cabizbajos.

—¡Eh! —gritó Cárnifex.

Los hombres se detuvieron y miraron hacia el árbol.

—¡Es él!

—¡Es el centurión!

—¡Aquí! —ordenó Cárnifex.

Casio oyó a los hombres trepar por la pared y luego los vio saltar al suelo cerca de ellos.

—Béletor, Salonio, id a la ciudad y traedme algunos caballos y una carreta.

—¡Sí, señor!

Los dos hombres salieron a la carrera.

—Mario, cógeme a esta. Cobardica de mierda, Orejas, poneos de pie. Seguid mirando a la pared.

Casio e Indavara se pusieron de pie.

Casio oyó un rápido movimiento tras él.

Algo le golpeó en la espalda y lo proyectó hacia delante. Gritó cuando sus piernas y genitales se empotraron contra las protuberancias del muro. Unos dedos gruesos lo agarraron del cuello y le empujaron la cabeza contra la fría roca. Oyó un golpe seco y los ojos le hicieron chispas.

Casio pensó que se desmayaría, pero las chispas cesaron. Lo dejaron tendido contra la pared y vio a Cárnifex acercándose a Indavara, que se volvía para enfrentarle la mirada.

—Tengo que sacarte algo de sangre, ¿recuerdas, muchacho? ¿Sabes una cosa que sangra mucho?

Indavara alzó las manos, pero el centurión las aferró al vuelo.

Luego con la frente golpeó la de Indavara, lo que mandó la cabeza del gladiador contra el muro.

—La cabeza.

Algunos de los hombres rieron. Casio parpadeó para quitarse el sudor de los ojos. Indavara estaba tendido de espaldas, tumbado sobre el muro. La sangre apareció enseguida, cayéndole por la ceja, la mejilla y luego sobre la pálida roca gris que lo

sostenía.

La ironía de aquel cambio de fortuna no se le escapó a Casio, que estaba tumbado de lado bajo una manta, con las manos atadas, observando el contorno embarrado de la calzada. A los soldados no les había llevado mucho tiempo volver con una carreta, y ahora estaban sobre la Vía Roma, pasado el cañón y seguramente de camino a la mansión. Casio enganchó el pie en un lado de la carreta para mantenerse todo lo quieto que fuera posible. El dolor de cabeza había remitido, pero cada bache le retumbaba en el cráneo. Indavara estaba peor, lo sabía, pero cuando Casio se volvió para ver a Indavara y a Annia, el legionario que los custodiaba le había hincado la espada.

Pensó en deslizarse para caer por la parte trasera de la carreta. Aun suponiendo que pudiera ponerse en pie, con las manos atadas a la espalda no podría ir ni muy lejos ni muy rápido. E incluso si consiguiera escapar, estaban lejos de Eborio y de los hombres de la Centuria II. En cualquier caso, tampoco podía dejar a Indavara y a Annia, los tres sufrirían ahora el mismo destino.

La calzada serpenteaba a través de una serie de riscos empinados. En lo alto de uno, Casio tuvo una buena vista de Darnis y calculó que debían de encontrarse a unas cinco millas de la ciudad. Habían pasado junto a varios campos, la mayoría desatendidos y selváticos, varias chozas vacías y hasta un puñado de tabernas, pero no habían visto ni a una persona.

La carreta torció a la derecha para salir de la calzada y pasó por debajo de un arco. A ambos lados había un muro alto que se extendía a lo largo de cientos de pasos en ambas direcciones. Después de que Casio oyera los cascos de los caballos cabalgar sobre adoquines, se detuvieron en un patio.

Le retiraron la manta de un tirón y un legionario de aliento fétido lo cogió por la túnica y lo arrastró fuera de la carreta. Si Casio no hubiera movido las piernas rápidamente, habría caído pesadamente al suelo de espaldas. Otro legionario lo puso derecho y se quedó agarrándolo mientras otros dos se encargaban de Indavara. La piel de su frente mostraba un feo desgarrón, y tenía un mechón de pelo apelmazado y sanguinolento pegado a la frente. Sin embargo, y para alivio de Casio, sus ojos verdes aún brillaban, alerta.

—Tened cuidado con ella —dijo Cárnix dando zancadas hacia ellos mientras los hombres bajaban a Annia al suelo. La muchacha se retorció—. No nos llega carne blanca y tierna de este tipo muy a menudo.

Los hombres rieron con él.

—Al granero. Salonio, ve y tráeme un poco de vino y algo para comer.

—Sí, señor.

—¿Dónde están Proción y Mutilo?

—Todavía no han vuelto, señor.

—Mandádmelos cuando lleguen.

Con dos hombres para vigilar a Casio y cuatro alrededor de Indavara, Cárnifex cogió a Annia él mismo y se la llevó al establo. Pasaron junto a una serie de pesebres vacíos pero bien cuidados. Pasaron a través de otro patio y llegaron a un granero.

—¿Qué es ese hedor? —dijo el centurión.

Delante de ellos había un amplio portón, la parte baja del cual estaba obstruida por la paja que cubría gran parte del suelo del granero. La pared de la derecha estaba adornada con todo tipo imaginable de herramientas metálicas: rastrillos, cuchillos, pinchos, sierras, guadañas... A la izquierda, colgando de unas cadenas que pendía de cinco grandes clavos incrustados en la pared, había un hombre. O, mejor dicho, lo que en un tiempo había sido un hombre.

Su cara era un horror, y su cuerpo estaba combado y putrefacto. Más abajo podían verse trozos de hueso y hebras de músculo bajo la piel grisácea, y la túnica desgarrada. Por debajo del cuerpo, la paja estaba cubierta de un grumo marrón verdoso.

—¿Quién era ese? —preguntó Cárnifex.

—El..., esto..., el campesino ese de la avena, señor —dijo uno de los hombres—. No pagó los impuestos sobre el pasto. ¿Cómo se llamaba?

Los otros legionarios se encogieron de hombros o negaron con la cabeza.

—Da igual, quienquiera que fuese apesta —dijo Cárnifex—. Abrid esa maldita puerta.

Uno de los hombres señaló el cuerpo.

—¿Lo metemos al agujero, señor?

—¿Quieres envenenarlo, idiota? No, ya le llevaremos algo fresco dentro de poco. Enterradlo.

Dos soldados fueron a deshacerse del cuerpo.

Cárnifex señaló a Casio y a Indavara.

—Colgadlos.

Fueron llevados hasta la pared.

—Traedme esas sillas.

En cuanto el legionario hizo lo que se le había ordenado, Cárnifex sentó a Annia mirando a la pared, con las manos atadas sobre el regazo.

No era la primera vez en su vida que Casio agradecía ser alto. Calculó que los ganchos estaban a unos siete pies del suelo. Los hombres le habían estirado los brazos hacia arriba y habían dejado caer las cuerdas sobre el gancho, pero sus pies aún tocaban el suelo. Cárnifex negó con la cabeza al ver que a sus legionarios les costaba levantar a Indavara lo suficiente. Al fin, entre tres, lo consiguieron, aunque las puntas de los pies de Indavara apenas sostenían su peso. No intentó ni resistirse ni insultarlos. Casio esperaba que fuera porque estaba administrando el resuello.

—Vosotros, desapareced —ordenó Cárnifex.

Los legionarios ayudaron a los otros dos con el cuerpo y se fueron por la puerta

que acababan de abrir. Más allá había un trozo de hierba iluminado por el sol y rodeado por un seto de cactus.

Cárnifex se sentó y se acomodó en la silla con los brazos cruzados. Se volvió para mirar a Annia. Su pelo estaba suelto y le caía por delante de la cara. Había perdido la estola y sus delicados pechos podían verse bajo la túnica.

—Mmm... —dijo el viejo centurión—. Hay mujeres y luego hay niñas.

Un soldado llegó con una jarra de vino y un plato con pan y queso. Cárnifex señaló al suelo junto a su silla. En cuanto el soldado hubo dejado allí la comida y la bebida, se marchó. Después de unos momentos observando a sus cautivos, Cárnifex cogió la jarra y bebió ruidosamente.

—Me pica la garganta —dijo, y se levantó después de haber engullido la mitad—. Es lo que pasa cuando tienes esa mierda metida en la boca durante doce horas.

Pegó otro trago de vino y se lo escupió a Indavara.

—¿Qué tal lo llevas, Orejas?

Mientras el vino le caía sobre la sangre, que aún no se había secado, Indavara lo miró.

—Supongo que andar dándome de palos con esa vara está empezando a parecerte una decisión poco acertada, ¿eh?

—Sí —dijo Indavara—. Debería haberte ensartado con la espada y haber acabado con esto.

Cárnifex rio y se volvió hacia Casio.

—Este hombre me encanta.

Se volvió a sentar, cogió un mendrugo de pan y empezó a mordisquearlo.

—Lo siento —dijo Annia en voz baja, con la cabeza gacha.

—Deberías sentirlo, belleza —dijo Cárnifex—. De otro modo estos dos podrían haberse salido con la suya. ¿Qué hacías en Rodas, cobardica? Di la verdad, o no podré seguir llamándola belleza. No soy el tipo de hombre que se fija en las caras.

Cárnifex alargó la mano y le dio un pescozón a Annia en el pecho izquierdo. Ella soltó un ligero grito y consiguió apartar la silla unas pulgadas.

Casio maldijo a Cárnifex, luego a la chica y luego a sí mismo por haber permitido que subiera a bordo del *Fortuna Redux*.

—Estaba allí para entrevistarme con Mémor —dijo—. Llegué a la casa el día después de que Nicasias lo asesinara.

—¡Qué suerte!

—Esa no es la expresión que yo utilizaría.

Cárnifex engulló un trozo de queso.

Casio dudaba sobre si tendría otra oportunidad de razonar con él, aunque sabía que sus probabilidades de éxito eran casi inexistentes.

—Centurión, soy un hombre realista. No voy a fingir que estoy en una posición de fuerza. Pero la tuya no es mucho mejor. El Servicio sabe que estoy aquí. Si no tienen noticias mías dentro de poco, vendrán y habrá represalias. Puedes pensar que

eres intocable, pero te aseguro que no lo eres.

Cárnifex ni se preocupó de tragar el queso que tenía en la boca antes de responder.

—Verás, cobardica de mierda, no destinan a nadie aquí. Eso significa que, si te has puesto en contacto con tus superiores, enviaste el mensaje desde Rodas. ¿Me estás diciendo que ya entonces sabías que Niciasias se dirigía de vuelta a Darnis?

Casio estaba preparado para responder a aquello.

—Tu amigo el asesino hablaba demasiado. En particular, le habló demasiado a un ladrón llamado Druso Viator en el barco que los llevó a Rodas desde Pafos. El nombre de mi superior es Aulo Celato Abascantio. Era amigo de Mémor, como también lo era el comandante Pulcher, seguro que reconoces ese nombre, y cuando sepan que ella también ha desaparecido, creo que habrá un barco repleto de tropas desembarcando aquí a no mucho tardar.

—Cuidado, cobardica. Empiezo a pensar que puede que estés amenazándome.

—De ningún modo. Solo me aseguro de que entiendas las consecuencias de tus actos.

—La cosa es que... —repuso Cárnifex— conozco a Niciasias desde que tenía tu edad. Era uno de mis mejores hombres hasta que lo licenciaron y tuvo que buscarse otro camino. Cuando llegó aquí buscando pasar desapercibido durante una temporada, no dudé en echarle una mano... a cambio de que nos hiciera un favor a unos socios y a mí. Estuvo sentado ayer en el jardín de la mansión y juró, con la mano en el corazón, que no le había hablado a nadie de mí o de Darnis. Creo que me fiaré más de su palabra que de la tuya.

Casio pensó enseguida en el almacén de madera. Niciasias había cabalgado desde el sur, probablemente volvía de la mansión. El intercambio de saludos entre él y Cárnifex en la cantera había sido solo de cara a los tres conjurados.

—Tendremos que hacer algo con los amigos que tienes en el puerto, por supuesto —continuó diciendo Cárnifex—. Me vendría bien un barco. Aunque, pensándolo bien, igual es mejor matarlos a todos y hundirlo.

La cabeza de Casio se desplomó. No tenía nada que oponerle al centurión, y Cárnifex lo sabía. Había sido un imbécil al no hacerle caso a Eborio aquella noche en el barracón. Podrían haber salido ya de Darnis en el *Fortuna* y haber dejado que Abascantio se encargara de Cárnifex más tarde. Cuántas vidas se habrían salvado...

—Deberías haberte quedado en Rodas, cobardica. Ya sabes lo que les hago a los frumentarios que se interponen en mi camino.

—No sabía lo que me encontraría aquí. Solo hacía mi trabajo.

Cárnifex volvió a levantarse. Caminó hasta Casio y luego se dio la vuelta para mirar a Annia.

—Supongo que eso es exactamente lo que dijo su viejo cuando me envió aquí. Me llevó veinticinco años llegar a ser intendente de la V Macedónica. El prefecto era un traidor y un inepto con una cara bonita y un acento palaciego exactamente como el

tuyo, cobardica. Fui yo quien guio a los hombres. A los cinco mil. Por las montañas de Dacia para sacar a los mercenarios de sus madrigueras, luego hacia el norte contra los godos, incluso contra otras legiones cuando aquellos usurpadores probaron suerte. —Cárnifex se acercó un poco más—. ¿Sabes? Yo estoy en los libros de historia. El primer hombre en conseguir cuatro condecoraciones en una sola batalla. Todo por cortar cabezas de guerreros en los Cárpatos, que no eran mucho más listos que los pies descalzos que merodean por aquí. Fue uno de ellos el que me hizo esto.

Cárnifex metió un dedo en el hoyo que tenía en mitad de la frente. Su fornida figura había bloqueado todo rayo de luz.

—Entonces un día el prefecto recibe una carta de ese comepollas de Mémor y resultan ser órdenes de transferirme aquí. ¿Y por qué? Por agenciarme algún pequeño incentivo de aquí y de allá. Y aquí estoy, y supongo que, dado que Roma no me necesita, yo tampoco necesito a Roma.

—Yo no empecé esto —dijo Casio con voz queda—. Fuiste tú... cuando enviaste a Nicacias a matar a Mémor.

—Seguiría vivo si se hubiera mantenido al margen de mis asuntos. Lo mismo vale para ti, cobardica, pero tenías que meter el hocico.

Cárnifex cogió la nariz de Casio entre el índice y el pulgar. Casio cerró los ojos cuando el centurión apretó más fuerte. Sentía cómo le rechinaban los dientes. Cárnifex retorció los dedos de repente, rompiéndole la nariz a Casio.

Sintió cómo se le astillaba el hueso y cómo este atravesaba la nariz. La sangre manó hacia su boca, sus ojos se llenaron de lágrimas y se oyó gritar. Olvidándose de que tenía las manos atadas, intentó bajarlas y acabó moviéndose espasmódicamente contra la pared y frotando el suelo con las botas.

Pero el dolor había llegado a su punto álgido. Y cuando fue remitiendo oyó una voz:

—Córbulo, echa la cabeza hacia atrás.

Casio lo hizo, y un momento después el flujo de sangre empezó a detenerse.

—Mantenla hacia arriba —recomendó Indavara con calma—. Respira hondo.

Casio parpadeó para quitarse las saladas lágrimas y escupió sangre.

Proción y Mutilo entraron al granero. Solo echaron un somero vistazo a los tres cautivos, fueron hacia Cárnifex y agacharon la cabeza.

—Señor...

Cárnifex volvió a sentarse y habló mientras masticaba el último trozo de pan.

—He estado desaparecido doce horas. Teníais a ciento treinta hombres y no habéis conseguido enviar a uno solo a la cabaña que hay a menos de una milla del puerto. De no haber sido por esto —dijo señalando a Annia con la barbilla—, es probable que, a estas horas, estuviera viajando de vuelta a Roma.

—Lo lamento de verdad, centurión —dijo Proción.

—Yo también, señor —añadió Mutilo.

—¿Quién queda por ahí?

—Un par de patrullas a caballo —repuso Proción—. Los demás están todos aquí. Cárnifex siguió hablando sin mirarlos.

—Reunid a los hombres junto a los barracones. Vamos a divertirnos con estos dos.

—Señor —dijo Proción—, perdimos a cuatro hombres en escaramuzas con los Maseene a lo largo de la noche y se ha avistado a un gran grupo de ellos reuniéndose en el llano.

—¿Cómo de grande?

—Unos cien.

Cárnifex soltó una risotada.

—Mira cómo tiemblo.

—Señor, incluso algunos en Darnis hablan de partir. Y los ciudadanos..., este rumor de que los clanes se han unido...

—Rumores. ¿Cuántos rumores hemos oído este último año? ¿Qué dice Sulli?

—Dice que los clanes no se han unido en siglos, que no van a hacerlo ahora.

—Exacto. Y los conoce mejor que nadie.

—También hemos visto a más cerca de la ciudad, señor —añadió Proción—. Más que nunca.

Cárnifex suspiró.

—Muy bien. Orden general: todos los hombres llevarán la panoplia al completo; armas, armadura y escudo, en todo momento. Ahora haced lo que os he dicho y que se reúnan frente a los barracones.

—Sí, señor.

Proción y Mutilo se fueron.

Casio decidió que no tenía nada que perder.

—Cárnifex...

Su voz sonaba extraña, débil y baja.

—No es solo que debas preocuparte del Servicio. Uno de mis valedores es el prefecto Opio Julio Venator, de la IV Legión. Tengo amigos poderosos. Ellos me vengarán.

Cárnifex echó un último trago de vino.

—¿Y qué van a saber esos amigos tuyos, cobardica? ¿Que tú, tu amigo, la chica y un puñado de marineros navegaron hacia el sur desde Rodas en un barco? Bien podríais haberos hundido durante una tormenta. No quedará rastro de vosotros, ya me aseguraré yo de eso. Todos menos la belleza, claro. Tengo una chica, pero me la he tirado de todas las formas imaginables y, ¿sabes qué?, estamos llegando a un punto muerto. Creo que la magia ha desaparecido. —Cárnifex deslizó un dedo por la mejilla húmeda de lágrimas de Annia—. Un año o dos pasándolo bien conmigo y se la pasaré a Proción y a Mutilo. Cuando ellos se cansen, puede unirse al resto de las sirvientas y hacer extras como puta en los barracones.

Cárnifex levantó a Annia de la silla, con sus dedos gruesos y sucios de nuevo

alrededor del pálido cuello.

Indavara forcejeó con las cuerdas, su cara se enrojecía mientras sus venas se hinchaban en brazos y cuello.

Cárnifex rio.

—Imagino que pensaréis en ello, y en cómo no hubo nada que pudierais hacer, justo antes de que vuestros ojos se cierran por última vez.



## XXVIII

Simo y Asdríbar pasaron a toda prisa junto a las tintorerías, ansiosos por saber qué era lo que había llevado a tanta gente a congregarse en la plaza de la ciudad. Casio no los había hecho partícipes de su intención de capturar a Cárnix, solo les había dicho que Indavara y él estarían de vuelta al amanecer. Así que cuando una llorosa y desesperada Clara los informó de la desaparición de Annia, Asdríbar no tardó mucho tiempo en decidir que debían ir a Darnis a investigar.

Cuando se acercaron a la multitud, Simo se dio cuenta de que la gente estaba reunida en torno a un grupo de legionarios. Tras ellos, alineadas a lo largo de la Vía Cirenaica, había una doce carretas cargadas con efectos personales. Había muchas mujeres, también niños.

Simo se mantenía cerca de Asdríbar a medida que el cartaginés se abría camino a través de la muchedumbre. Nóster y el resto de los soldados habían establecido un cordón alrededor de dos compañeros heridos: uno de ellos tenía vendado el muslo y el otro, una muñeca. Todos los soldados llevaban el «II» cosido en las mangas de las túnicas. El centurión Eborio estaba arrodillado entre ellos, intentando hablar a sus hombres, pero la gente no hacía más que bombardearle a preguntas.

—¿Dónde los atacaron?

—¿Qué hay de la Centuria I?

—¿Por qué no actúa Cárnix?

—¿Por qué no haces nada?

Eborio se puso en pie y levantó las manos.

—De uno en uno. Dadme la oportunidad de hablar.

Al tiempo que la muchedumbre iba callando, se dio cuenta de la presencia de Simo y Asdríbar.

—¿Qué hacéis todavía aquí?

—No volvieron —dijo Asdríbar—. Y no podemos encontrar a la muchacha.

—Nóster, conmigo.

El veterano siguió a Eborio mientras este escoltaba a Simo y a Asdríbar a través del gentío. Algunos le increpaban y gritaban protestas. Cuando se encontró a una buena distancia para que no los oyeran, Eborio habló de nuevo.

—Nóster, ve y comprueba la cabaña. ¡Rápido!

El legionario corrió hacia un grupo de caballos que estaban atados a uno de los puestos del mercado.

—¿Cuándo desapareció la chica?

—De madrugada —repuso Asdríbar—. Su dama dijo que salió a cubierta y que ya no volvió a entrar.

—¿Sabía lo que Córbulos tenía entre manos?

—No, señor —repuso Simo—. Ni siquiera nos lo contó a nosotros.

—Debió de haber estado esperándolos —dijo Eborio. Miró hacia el puerto—. Puede que me viera a mí, a dónde fui.

—Estaba impaciente por saber qué estaba ocurriendo —dijo Simo.

—Yo también lo estoy —dijo Asdríbar—. ¿Qué es eso de la cabaña?

—Por allí, por la costa —respondió Eborio—. Allí es donde lo ocultaban.

—¿Ocultaban a quién? ¿Y qué hay de anoche? ¿Por qué estabais tú y esos otros registrando mi barco?

Eborio bajó la voz.

—Está bien, escuchad. Queríamos mantenerlo en secreto, pero ahora ya da igual que lo sepáis. Era Cárnifex, es él quien estaba detrás del asesinato del padre de Annia. Lo capturamos ayer. Córbulos e Indavara lo retenían en la cabaña. Tuve que fingir el registro, hacer como que estaba ayudando a sus hombres.

—¿Entonces qué crees que ha ocurrido? —preguntó Asdríbar.

—No lo sé. Solo ha pasado una hora, más o menos. Esperemos a ver qué encuentra Nóster.

Dos hombres corrieron hacia ellos. Simo esperaba que se dirigieran a Eborio, pero buscaban a Asdríbar.

—¿Es ese tu barco? —preguntó uno de ellos.

—Sí.

—¿Cuánto por llevarnos a nosotros y a nuestras familias?

—Mi nave no está disponible.

Simo se alegró de oír aquello. Por lo que llevaba visto a lo largo de la semana pasada, el capitán era un hombre bueno y justo. Pero allí, en algún lugar del camarote de popa, había un montón de monedas de oro, y si Casio, Indavara y Annia realmente habían desaparecido, era probable que se sintiera tentado a zarpar, especialmente ahora que la situación de Darnis parecía estar complicándose por momentos.

La pareja se alejó a regañadientes.

Asdríbar miró a los soldados de Eborio.

—¿Qué está pasando?

—Hubo más ataques de los Maseene anoche —explicó el centurión—. Mataron a un campesino y a sus hijos. Mis hombres sufrieron esas heridas después de toparse con un grupo de ellos. Algunos ciudadanos ya se han marchado. Los Maseene no hacen daño a la gente de aquí, pero las familias de colonos tienen mucho que temer. Están valorando formar una caravana e irse hacia el oeste, hacia las cinco ciudades. Quieren que mis hombres y yo les proporcionemos escolta. Esperad aquí.

Eborio corrió de vuelta hacia el gentío e hizo que bajaran las voces. Simo y Asdríbar escuchaban mientras Eborio intentaba tranquilizarlos, pero daba la sensación de que ya tenían la decisión tomada. Mientras hablaba, un hombre vestido con una capa de bordes púrpura se acercó a la muchedumbre.

—¿Es ese el gobernador? —preguntó Asdríbar.

—Eso creo —dijo Simo.

Lafrenio León se detuvo en un extremo de la multitud y esperó a que la gente se percatase de su presencia y se volviera. Era delgado hasta el punto de estar demacrado; su pelo, en franca recesión, formaba una V sobre su cabeza. Cuando el barullo fue muriendo, se agarró las manos a la espalda y habló con un tono grave y afectado:

—Ciudadanos, son tiempos difíciles. Pero debemos confiar en nuestro centurión Cárnix y en los hombres de la Centuria I. Han protegido nuestras tierras durante años...

—¡Ya no pueden proteger una mierda!

—¿Y dónde está Cárnix?

—He oído que está desaparecido..., es a él a quien buscaban anoche. ¡He oído que los Maseene lo capturaron!

León palideció y no dijo más. En cuanto la discusión volvió a rebajarse hasta convertirse en una competición de gritos, la montura de Nóster llegó al galope de vuelta a la plaza. Cuando Simo vio lo que el legionario traía, supo que algo había salido terriblemente mal. Eborio se abrió paso a codazos a través del gentío y corrió hacia ellos.

—La cabaña está vacía, señor —dijo Nóster cuando desmontó—. Todo lo que he encontrado es esto.

Le enseñó a Eborio la vara y la daga del guardaespaldas y la espada de Casio.

—... y esto —añadió, entregándole al centurión unos trozos de cuerda.

—Cortada —dijo Eborio—. Por los dioses, anda suelto.

Miró alrededor de la plaza.

—¿Dónde pueden estar el señor Casio y los otros? —preguntó Simo.

—Mirad —dijo Eborio—, he hecho todo lo que he podido para ayudar. Pero mi principal preocupación son estas gentes.

Otro de los legionarios fue corriendo hacia el centurión.

—Señor, quieren irse ahora. Dicen que se van, con o sin nosotros.

Eborio miró con desesperación al cielo antes de responder.

—Llevad a los hombres a los barracones y ensillad los caballos. Quiero a todo el mundo en armadura y preparados para partir de aquí a una hora.

—Sí, señor.

El legionario salió presto.

—¿No vas a hacer nada? —preguntó Simo en un susurro.

—Recuerda tu lugar, esclavo —le espetó Eborio—. Cárnix vive en una villa fortificada y dispone de ciento treinta hombres. Yo dispongo de treinta y siete, treinta y cinco de los cuales están en condiciones de caminar.

—¿Y la muchacha? —preguntó Asdríbar.

—Aquí también hay mujeres. Y niños. Os recomiendo que volváis a vuestro barco y que zarpeis. Lo siento.

Eborio miró las armas que Nóster aún sostenía y apuntó hacia Simo.

—Puedes devolverlas.

Volvió andando hacia el gentío.

—No los abandonarás, ¿verdad, capitán? —preguntó Simo.

Asdríbar hizo un gesto con la cabeza hacia la espalda de Eborio.

—Si él no piensa ayudar, ¿qué puedo hacer yo?

—¿No podemos al menos buscarlos?

—Mis hombres son marineros, no soldados. Ya les he exigido bastante esta última semana.

—No podemos marcharnos.

Asdríbar miró a la multitud.

—Todos se van.

Nóster entregó las tres armas a Simo y luego lo cogió del brazo.

—No te rindas. Yo hablaré con el centurión, le haré recapacitar. No va a dejar simplemente que mueran, lo sé. Pero debes hacer tu parte. —Señaló a Asdríbar—. Convéncelo para que se quede, al menos hasta que anochezca. Si tus amigos no han vuelto para entonces, ya no volverán.

Los legionarios de la Centuria I impresionaban, provocaban terror. Casio había esperado encontrarse una turba indisciplinada de criminales y rufianes, pero los hombres de Cárnifex resultaron ser firmes y organizados. Solo las largas barbas y el exceso de tatuajes daban a entender que servían a un régimen poco convencional. Muchos de ellos llevaban túnicas sin mangas para poder mostrar mejor el número de su centuria, «I», tatuado en tinta verde en la parte alta del brazo. El emblema de la III Augusta era Pegaso, por lo que los caballos alados también tenían protagonismo, así como la siempre presente águila. De las frases que lucían las fundas de cuero de los escudos, en amarillo o en blanco, había tantas que honraban a los dioses como a Cárnifex.

Los soldados observaban a los tres prisioneros mientras eran conducidos de la puerta de la mansión hacia la calzada. Había sonrisas burlonas y bromas por lo bajo, y los envolvía un ambiente de júbilo: estaban contentos de tener de nuevo a su centurión entre ellos.

La Vía Roma atravesaba el cuartel general de Cárnifex. Casio volvió la cabeza y miró brevemente hacia la mansión por encima del hombro. Era una villa enorme y lujosa, flanqueada por torres y rodeada por un muro de diez pies de alto. Tanto el edificio como los terrenos se veían bien cuidados, y Casio pudo ver a una docena de sirvientes locales, hombres y mujeres, reunidos frente a la puerta principal.

Hacia el sur, la Vía Roma descendía sobre una llanura varios cientos de pies por debajo. Una finísima niebla estaba suspendida sobre la extensión amarilla, millas y millas de terreno baldío, solo interrumpido por algunos parches de palmeras

diseminados. En la distancia solo había un mar interminable de colinas bajas y onduladas.

Enfrente de la mansión estaban los barracones. Era un edificio bajo, de ladrillo rojo, construido perpendicular a la calzada. Los legionarios se hallaban alineados fuera, con sus lanzas, cascos y escudos. Casio estaba casi en cabeza, detrás de Proción, y cuando aminoraba el paso notaba en la espalda una punta de lanza, la del hombre que lo custodiaba. Observó que algunos legionarios tenían trazas de ser más amables, pero eran pocos y se encontraban dispersos, y por un momento Casio pensó en arengarles, diciéndoles quién era. Pero, aparte de no querer que la lanza le rebanara la piel en vez de solo tocarla, estaba seguro de que tan solo malgastaría saliva. Cárnix había tenido tiempo suficiente para hacer, de la Centuria I, algo propio.

Aunque sus manos permanecieran atadas, Casio pudo llevárselas a la nariz. Notó la sangre secándosele bajo las fosas nasales y luego intentó ir más allá. Pero en cuanto sintió el hueso moverse bajo la piel, dio un aullido, provocando la risa entre los hombres.

Luego llegaron los silbidos y las burlas cuando los legionarios volvieron su atención hacia Annia. Casio se sorprendió al no ser capaz de sentir en ese momento ningún odio hacia la chiquilla, aunque sus acciones probablemente fueran a costarle la vida. Sus tripas se revolviéron al pensar lo que le esperaba a ella. La muerte hubiera sido mejor.

Proción lideró la marcha pasando junto a un edificio más pequeño y un profundo hoyo en el suelo repleto de desperdicios. Casio volvió a mirar hacia atrás. Los legionarios los seguían, y notó la presencia del guía Maseene de pelo largo, Sulli, entre ellos. Indavara caminaba con la cabeza agachada; Mutilo estaba justo detrás de él. Annia se hallaba algo más atrás, con Cárnix.

El camino, muy trillado, atravesaba una pequeña cresta y luego corría junto al lado derecho de otra hendidura más larga, de diez pies de profundidad por treinta de anchura. Eso, supuso Casio, era el «agujero» del que había hablado Cárnix. En el extremo del fondo, detrás de una pesada puerta de hierro, estaba la boca oscura de una cueva. Había cadenas que colgaban de una viga sobre una esquina del agujero.

Proción se volvió y levantó una mano. Casio se detuvo. El dolor de la nariz ya era soportable, pero se sentía débil, totalmente carente de fuerza física y mental. El día era claro, sentía la calidez del sol en la cara, pero estaba temblando. No podía pensar, no podía enlazar una idea con otra. Hubiera querido estar más cerca de Indavara.

Proción le dio la vuelta para ponerlo de espaldas al agujero.

—De rodillas —ordenó el optio.

Los soldados hicieron una fila a lo largo del agujero. Mutilo empujó a Indavara para que quedase junto a Casio y colocó al hombre de la lanza tras ellos. La frente y los párpados ensangrentados de Indavara casi parecían rosas a la luz del sol. Casio sintió alivio de estar de nuevo junto a él. Lo miró a la cara, deseando ver en él algún

rayo de esperanza, pero Indavara simplemente observaba el suelo embarrado.

—Lo siento —dijo Casio—. Tenías razón.

El guardaespaldas no pareció haberlo oído. Miró hacia arriba cuando otro soldado los acercó a Annia.

Los hombres se apartaron para dejar pasar a Cárnifex.

—¡Abríos! —ordenó—. ¡Separaos bien!

El centurión aún llevaba puesta su coraza musculada y volvía estar armado con daga y espada. Su sólido casco de bronce le colgaba de una correa que llevaba al hombro. Ignoró a los cautivos y miró hacia delante con los brazos cruzados mientras los hombres seguían sus instrucciones. Luego levantó la mano. Todos guardaron silencio.

—En primer lugar, buenos días —gruñó.

—Buenos días, señor —llegó el rumor en respuesta.

—Habéis tenido una noche movida gracias a estos dos. Mercenarios a sueldo de un antiguo enemigo para secuestrarme.

—¡Eso es mentira! —espetó Casio—. Soy un...

Proción fue rápido. Su bota impactó contra el pecho de Casio, un golpe flojo, pero suficiente como para mandarlo de espaldas al barro. Cárnifex continuó:

—Pero, por suerte, el viejo Carn los derrotó. —Se volvió hacia Annia—. También cacé a esta zorra. Todo un hallazgo, ¿verdad?

Gritos y gruñidos de los hombres. Cárnifex le retiró varios mechones de pelo de la cara, y se los colocó con delicadeza detrás de las orejas. Ella se limpió los ojos.

El centinela dejó que Indavara ayudase a Casio a ponerse de rodillas.

—Bien —dijo Cárnifex—, creo que va siendo hora de que *Jefe* coma algo. Hay poco que sacar de cobardica de Mierda, pero este Orejas tiene bastante carne encima. Toca hacer apuestas, muchachos.

Cárnifex hizo un gesto a los hombres que estaban de pie sobre la cueva. Las cadenas repiquetearon al elevar la reja. Alguien empezó a corear:

—¡*Jefe, Jefe, Jefe!*

Casio e Indavara se volvieron a tiempo para ver a los soldados asegurando las cadenas. Los hombres más cercanos a la cueva vitorearon y el sonido fue a más.

—¡*Jefe, Jefe, Jefe, Jefe!*

Dos ojos naranjas brillaban en la oscuridad; luego el león trotó hacia la luz. Era una bestia esbelta, de largas patas, y lucía una cicatriz aserrada en el anca trasera y una espesa melena dorada que adquiría un tono negruzco sobre los omóplatos. El león bostezó, dejó al descubierto dos incisivos largos, curvados y amarillentos, y miró hacia los soldados parpadeando. Luego se lamió las fauces.

Los hombres vitorearon de nuevo.

Casio estaba casi recuperado. Se volvió a Indavara.

—Dijiste que siempre habías querido ver uno.

—Creo que he cambiado de opinión.

—Le costó un poco acostumbrarse a la carne humana —les dijo Cárnifex mientras se rascaba el agujero de virote que tenía en la frente—. Pero en cuanto se dio cuenta de que era lo único que iba a comer, empezó a gustarle bastante.

Levantó la mano otra vez y los vítores cesaron.

—Centuria I, hagan sus apuestas.

Hubo una ráfaga de actividad en cuanto las opiniones y las monedas empezaron a intercambiarse y se hicieron las apuestas. Por lo que Casio pudo percibir, la mayoría se centraban en cuánto sobrevivirían y en qué parte de ellos *Jefe* se comería primero.

Hizo un esfuerzo para abstraerse del ruido y observó al hombre que estaba arrodillado junto a él. ¿Cuánto hacía desde que había acudido a socorrerlo a aquella taberna de Palmira? No más de tres meses. Parecían años.

Indavara volvía a estar con la vista fija en el suelo. Ni siquiera él podía hacer nada ahora. Iban a morir ahí, y sería una muerte sórdida y terrible.

—Te da igual decírmelo ahora.

Indavara lo miró.

—Quién eres —continuó Casio—. De dónde vienes.

Indavara ni siquiera pareció pensarlo.

—Me golpearon en la cabeza, no sé cómo. Aún sufría delirios cuando el comerciante de esclavos me vendió para los juegos de Pietas Julia. El único hombre que me conocía murió en la arena al día siguiente. Todo lo que pudieron decirme fue mi nombre. Solo recuerdo los seis últimos años de mi vida. No sé quién soy.

Antes de que pudiera asimilar lo que había escuchado, Annia cayó de rodillas. Estaba demasiado lejos como para oír su conversación entre susurros, sencillamente los observaba; su cara cubierta de lágrimas y contraída era el reflejo de su sufrimiento interior. Cayó hacia delante, cubriéndose la cara con los brazos.

Cárnifex volvió a ponerla de pie.

—No, no, belleza. Vas a presenciar cada instante. Así serás complaciente y obediente desde el principio.

Indavara estaba satisfecho de haberlo dicho. Aunque supiera que la muerte estaba cerca, se sintió liberado al contarle a Córbulos la verdad.

También sabía que no iba a dejar a Cárnifex con vida. Se rascó la sangre seca de los ojos y miró hacia arriba. El centurión estaba enfrente de él y Annia, a la derecha. El soldado más cercano era Mutilo, a dos pasos hacia la izquierda.

—¡Muy bien! —gritó Cárnifex—. Id acabando, muchachos.

Inclinó la cabeza hacia el agujero.

—Metedlos.

Proción desenvainó el cuchillo y avanzó hacia Indavara, que había vuelto a agachar la cabeza.

—No os preocupéis —añadió Cárnifex—. No os dejaremos totalmente indefensos, os permitiremos utilizar las manos.

—¿Por qué no intentas darle un puñetazo? —sugirió Proción riendo mientras

cortaba las cuerdas.

Indavara dejó que sus manos cayeran a los lados y luego se frotó las muñecas para que la sangre volviese a fluir.

—Manos —dijo Proción.

Al tiempo que Casio se las ofrecía, el optio cortaba las cuerdas con la daga. Este último se apartó y volvió a envainar su arma.

—Veamos —dijo Cárnix—. ¿Quién va primero?

Antes de que la última palabra surgiera de su boca, Indavara ya se había puesto en pie de un salto. Arrancó la daga del cinto de Proción y cargó contra Cárnix. Un legionario despierto levantó su escudo y se lanzó contra él, pero solo logró propinarle un golpe de refilón en el hombro.

Mutilo ya se movía. Sin tiempo para desenvainar, el optio tuerto intentó darle un puñetazo. Indavara ya se había agachado y dirigió su codo izquierdo contra la barbilla del suboficial. Hueso contra hueso. La cabeza de Mutilo rebotó y este se tambaleó hacia atrás. Sin hacer caso del dolor que le recorría el brazo, Indavara alzó la daga ya abalanzándose sobre Cárnix. Pero este ya estaba listo para recibirlo.

El centurión empotró un puño en el pecho de Indavara, deteniéndolo en el acto. La otra gran zarpa le agarró la mano que blandía la daga. Indavara sintió uno de sus dedos deslizarse contra otro y luego oyó un crujido. El dolor llegó un instante después. Cárnix lo soltó. La daga cayó al suelo.

Cárnix le escupió en la cara y lo agarró de la túnica. Dio tres zancadas y lo levantó del suelo, lanzándolo por encima de Casio, que aún se encontraba de rodillas.

Indavara cayó pesadamente al suelo y se deslizó hasta el borde del agujero. Consiguió volverse en el último momento para asegurarse de que sus pies fueran por delante. Su bota barrió el suelo mientras bajaba, rompiendo así su caída, y rodó hasta detenerse, cubierto de barro. El rugido de los legionarios fue tan estridente que, en un instante, saltó para ponerse de pie. Temía que el león ya estuviese yendo a por él. Pero en aquel momento, el animal tan solo lo observaba con los ojos a medio abrir y la cola meciéndose perezosamente.

Indavara se miró la mano derecha. El dedo meñique, roto, colgaba en un ángulo imposible. Cárnix se acercó al borde del agujero y lo observó con una media sonrisa triunfal.

—¿Crees que eres el primero en intentar acabar con el viejo Carn, Orejas? Ni siquiera eres el centésimo primero.

Los hombres estaban fuera de sí, saltaban y coreaban cada palabra del viejo centurión.

—Parece que vas primero. No creo que esto dure mucho.

—¡Jefe, Jefe, Jefe, Jefe!

El león rondaba ahora de derecha a izquierda, con la cabeza baja y los ojos centrados en su presa.

Casio echó un vistazo hacia Annia. Estaba de pie, completamente quieta, con las



manos sobre los ojos, murmurando algo para sí misma.

Indavara observó al león, los ojos fijos, las fauces abiertas y expectantes. Intentó deshacerse de la imagen de aquellas grandes zarpas fijándolo contra el suelo, la inmensa cabeza tapando el cielo, los dientes clavándosele en el cuello...

«Solo es un animal».

Aunque Indavara nunca hubiera visto un león, los gladiadores hablaban mucho: trucos, métodos, técnicas... Solo había oído una recomendación en cuanto a los leones: «No des un solo paso atrás». No tenía mucho más en lo que basarse.

Indavara se quitó el cinturón y deslizó la hebilla hasta dejarla en un extremo.

«Solo es un animal. Solo es un animal».

Respiró hondo y caminó por el agujero hacia el león, con el cinturón en la mano izquierda.

—¿Está chalado? —dijo uno de los hombres.

—Por Marte... —dijo otro.

Casio miró hacia Cárnifex, que se hallaba junto a él con el ceño intensamente fruncido.

—Seguro que nunca habías visto algo igual, ¿me equivoco?

El león aún caminaba de un lado a otro, balanceaba la cabeza y pateaba el suelo con las zarpas. Indavara mantenía los pies bien separados y extendió los brazos para parecer más grande. Cuando estaba a diez pasos, el león volvió a moverse, un par de pulgadas, hacia atrás.

Indavara dio unas zancadas a la carrera. El león se mantuvo en el sitio. Cuando estaba a dos pasos de distancia, Indavara dirigió un latigazo de su cinturón contra la cabeza de la bestia. La hebilla le impactó justo en el hocico, arrancándole un trozo de carne negra.

El león dio un brinco hacia atrás y aulló.

—Por todos los dioses... —dijo otro de los soldados.

Casio se secó la cara, húmeda, con la manga y les gritó a los hombres que tenía alrededor:

—¿Habéis visto eso, malditos hijos de puta? ¡Ha sobrevivido a cosas peores y es mejor hombre que el último de vosotros, asquerosos criminales de mierda!

Esta vez la bota de Proción impactó entre los omóplatos de Casio, que dio de bruces contra el suelo. Ahí quedó tendido, al borde del agujero.

Indavara sacudió el cinturón de nuevo, esta vez desde la izquierda, pero no acertó a la cabeza del león. La bestia rugió e Indavara pudo oler el fétido aliento que desprendían sus fauces. El león aseguró las zarpas en el suelo y agachó la cabeza, listo para dar un salto.

Un golpe seco. Luego otro. Otro. Y otro.

Las cuatro flechas se clavaron en el flanco del león a gran velocidad. Primero sus patas traseras perdieron fuerza y luego el animal cayó desplomado a un lado. Rascó el barro y dejó escapar un leve gemido. Indavara vio el pecho de la bestia subir y bajar

tres veces más antes de quedar inmóvil. Se volvió hacia el lugar de donde habían surgido las flechas.

Lo mismo hicieron Casio, Cárnifex y los hombres de la Centuria I. Habían estado tan absortos con el combate que nadie se había percatado de las cerca de veinte siluetas que se hallaban de pie sobre la elevación que separaba el agujero de los barracones. Una voz profunda llegó hasta ellos, audible incluso por encima de los gritos de los legionarios y del siseo de las espadas al ser desenvainadas.

—Se acabó el juego, Cárnifex —dijo Eborio, cuya sola corpulencia hubiera servido para identificarlo incluso si no hubiera llevado calado el casco con penacho. Estaba flanqueado por sus hombres, incluido Nóster. Al menos la mitad portaban arcos, y todos ellos apuntaban hacia el viejo centurión.

Cárnifex dedicó una amarga mirada al león abatido, pero fue rápido con la respuesta.

—Pues a mí me parece que no ha hecho más que empezar.

Eborio se dirigió a los hombres:

—Centuria I, no quiero problemas. Solo pido que me escuchéis.

—Manio —repuso Cárnifex conciliador—, hablemos como oficiales.

—No. Tus hombres conocerán la verdad, Cárnifex. No quiero pelea, pero no te equivoques. Si intentas cualquier cosa, daré la orden y te atravesará una flecha.

—Y luego todos moriréis.

—Ya veremos. Legionarios, no sé lo que el centurión os ha contado, pero el hombre que está junto a él se llama Córulo, y es agente del Servicio de Seguridad Imperial.

Casio volvió a mirar a Cárnifex, que a cada instante parecía sentirse menos seguro de sí mismo.

Eborio señaló a Indavara.

—Ese hombre es su guardaespaldas, y la muchacha es hija de Augusto Mario Mémor, segundo al mando del Servicio. Cárnifex ordenó que lo asesinaran. Las cuatro personas que fueron halladas muertas ayer eran sus cómplices, y también los mató a ellos, en la cantera, hace dos noches. Lo vi con mis propios ojos.

—¡No tendrás ojos cuando terminemos contigo! —gritó uno de los hombres de Cárnifex. Hubo algún vítor, pero solo alguno. Casio miró alrededor: algunos de los legionarios parecían preocupados por lo que acababan de oír.

—¿Cuántas jarras de vino te has bebido hoy, Manio? —dijo Cárnifex con calma—. Tu imaginación se está desbocando.

Eborio continuó:

—Sé que a algunos de vosotros os dará igual lo que haya hecho, pero sabed esto: si no vuelven al barco, el capitán navegará hasta Egipto y el esclavo de Córulo contactará allí con el Servicio. Puede que tarden semanas, meses incluso, pero el reinado de Cárnifex acabará. Todo lo que puedo ofrecer os es que elijáis. Sé que la mayoría de vosotros no habéis estado involucrados en estos crímenes. Poneos de mi

parte, y tal vez aún tengáis futuro en el ejército.

—¡El que dé un paso hacia ese mentiroso hijo de puta tendrá que vérselas conmigo! —gritó Mutilo.

—Te colgarán junto a tu señor, Mutilo —repuso Eborio—. Pero el resto de vosotros aún tenéis una salida.

Algunos de los legionarios hablaban, en especial aquellos que se encontraban más alejados de Cárnix y los optios.

Pero más allá del leve murmullo de sus voces, se oía un distante tronar que Casio conocía bien: caballos al galope.

Proción de pronto miró a su alrededor, examinando la cara de los hombres.

—¿Dónde está Sulli?

Cárnix también echó un vistazo en torno suyo.

Casio dirigió la mirada hacia la elevación. Algunos de los hombres de Eborio se habían vuelto hacia el sur.

—¡Maseene! —gritó uno.

Sin esperar una orden, varios de ellos echaron a correr pendiente abajo, lejos del agujero y hacia la calzada. Eborio miró hacia el sur. A pesar de la distancia, Casio vio cómo su expresión se helaba. El centurión dudó un momento y luego hizo una señal con la mano al resto de sus hombres para que siguieran a los primeros.

—¡Primero a la mansión! —ordenó Cárnix con voz templada. Desenvainó la daga y llevó la hoja a la barbilla de Casio—. Arriba, frumentario.

Casio se puso en pie.

—¡Y tú aquí, Orejas! —añadió Cárnix—. No te vas a ningún sitio.

Con una mirada desesperada hacia Eborio, Indavara corrió de vuelta al borde del agujero, atándose el cinturón de camino. Mientras el resto de la Centuria I pasaba junto a ellos a la carrera, Mutilo y otro hombre alargaron las manos y lo subieron.

Cárnix empujó a Annia a los brazos de Proción.

—Si esos dos intentan algo, córtale el cuello. ¡Todos vosotros, moveos!

Mientras corría, Casio miró hacia la elevación. Eborio había desaparecido.

## XXIX

Casio estuvo a punto de empotrarse contra un legionario. Al intentar evitar el choque, sus pies se enredaron y tropezó, pero una mano fuerte lo aferró del brazo y evitó que cayera. Indavara se puso a su lado cuando pasaban junto a los barracones.

A pesar del peso de los escudos y las armaduras, los más veloces de los hombres de Cárnix ya se encontraban cruzando la calzada. De pronto el portón de la mansión se cerró de golpe delante de ellos. Casio vio al melencudo de Sulli trancar la puerta y alzar la llave mientras se burlaba de los legionarios. Escapó atravesando el recinto, acompañado por los hombres de la servidumbre.

El tronar de los caballos rebotaba en las paredes de la mansión y los barracones y pareció envolver a los romanos atrapados. Cientos de Maseene surgieron de la llanura, sus líneas se extendían más allá de los flancos de la calzada. Sus caballos, pequeños y ágiles, carecían de silla de montar y recorrían los campos al galope a una velocidad endiablada. Muchos de los guerreros descalzos llevaban pequeños escudos circulares atados al brazo derecho y dagas sobre las muñecas izquierdas. Se inclinaron hacia delante sobre sus monturas con una mano en las riendas y la otra aferrando las jabalinas. Sus largas melenas negras ondeaban a sus espaldas.

Indavara llegó al final de los barracones. Casio se hallaba en medio de los hombres de Cárnix. Algunos aún estaban intentando forzar la puerta para abrirla, otros buscaban desesperados una salida. Casio se sorprendió al ver a los hombres de Eborio volviendo hacia el sur por la calzada, hacia ellos. Más allá había más grupos de Maseene, espoleando a sus caballos al trote, empujando a los romanos hacia la fuerza principal.

Casio oyó a Cárnix.

—Intentan barrernos ahora que nos hemos dispersado. No estarán tan seguros si plantamos cara.

Casio notó una mano que lo agarraba de la túnica para detenerlo. Mutilo sujetó a Indavara, con la espada ya fuera de la vaina.

—¿Vamos a los barracones? —dijo Proción.

—Es demasiado tarde para eso —repuso Cárnix plantado en medio de la calzada.

—¡Primera! —ordenó—. ¡Formad aquí!

Incluso los legionarios que se hallaban contra el portón dieron la vuelta y corrieron hacia el centurión. Cárnix agarró al hombre que tenía más cerca, lo volteó para ponerlo de cara a los jinetes que avanzaban contra ellos y le plantó el escudo en el suelo.

—Formad la línea aquí, entre la mansión y los barracones.

Miró hacia el norte, calzada arriba; no parecía muy preocupado por Eborio y los

suyos.

—¡Una tercera parte de vosotros, diez pasos hacia ese costado y haced lo mismo!  
¡Vamos!

Cárnifex se volvió hacia Mutilo y apuntó hacia el muro.

—Deja a esos dos allí. Proción, mantén a la muchacha cerca.

Mutilo esperó a que los soldados lo rebasaran y luego empujó a Casio y a Indavara hacia el otro lado de la calzada.

La primera línea de hombres en el flanco sur de Cárnifex colocó sus escudos en posición y se movió de lado hasta formar una línea recta. A pesar de la carga de los Maseene, se movían con calma y eficacia y se comunicaban con susurros y gestos. Un último legionario se colocó entre la pared de escudos y el muro de la mansión. El hueco quedó sellado.

—¡Trabad escudos! —ordenó Cárnifex—. ¡Cualquiera que tenga una lanza que la proyecte por arriba!

Cárnifex se caló el casco. Daba zancadas por la calzada, dentro del hueco, de unos diez pasos por diez, que formaban las dos líneas de legionarios y los muros de la mansión y los barracones.

Los hombres de Eborio que se retiraban estaban ahora mezclados con los de la Centuria I. A uno de los hombres no le gustó aquello y empujó a uno de los de la Centuria II con el escudo, pero Eborio apuntó la punta de su espada contra el agresor:

—Si tienes algún problema, podemos arreglarlo cuando acabemos con esto.

—Yo no lo hubiera expresado mejor —intervino Cárnifex—. Toma el mando de tu línea, centurión. Veamos si te han crecido las pelotas.

Eborio echó un último vistazo a los indígenas que cargaban e hizo un adusto asentimiento.

—¡Ah! Y cúbrete las espaldas —añadió Cárnifex.

—Cualquiera que disponga de un arco, a segunda línea —ordenó Eborio—. El resto, detrás de un escudo.

Proción se agachó con Annia, cerca de la línea sur. Mutilo hizo que Casio e Indavara se movieran más a la derecha y los empujó al suelo junto al muro de la mansión.

—Recuerda quién tiene a tu chica —dijo apuntando a Proción.

Cuando vio que los miraban, el otro optio tocó la mejilla de Annia con la hoja de la daga. Mutilo volvió corriendo para unirse a Cárnifex.

Casio se puso de rodillas y observó cómo los Maseene de ambos lados reducían la velocidad de sus monturas. Con los romanos dispersos y desorganizados, le hubiera resultado fácil mantener la ventaja, pero Cárnifex, en tan solo unos momentos, había conseguido darle a la dividida guarnición de Darnis una oportunidad de luchar. Eborio tenía menos hombres con él, cincuenta, a lo sumo, pero también se enfrentaba a una fuerza menor, no más de cien.

Casio puso una mano en el hombro de Indavara.

—Fortuna debe de estar de nuestro lado. Ni siquiera tú podrías matar a un león con una hebilla de cinturón.

En vez de responder, Indavara agarró a Casio de la túnica y lo empujó contra el muro. Una jabalina larga cayó en el suelo embarrado, justo donde hubieran estado las piernas de Casio.

—Dioses... Gracias.

El asta de madera aún temblaba cuando Indavara la arrancó del suelo. Miró a lo largo de la pared, pero Proción ya lo había visto. El optio negó con la cabeza como hubiera hecho un padre regañando a un hijo. Indavara soltó la jabalina.

—Necesitamos apartarla de él.

Dos jabalinas más cayeron cerca. Otra impactó en la pared sobre ellos y cayó, inofensiva, en el regazo de Casio. La apartó a un lado para que Proción no pudiera verla. Las armas de los Maseene eran más largas que las del ejército, el asta era de madera, medían de alto lo que un hombre y acababan en una ancha punta de hierro.

De pronto docenas de jabalinas empezaron a llover sobre los romanos. La mayoría golpeaban las fundas de cuero y la madera de los escudos, pero algunas lograban penetrar en la línea. Dos gritos surgieron de la línea norte y un legionario sin casco trastabilló hacia atrás, cubriéndose la cara con una mano. Casio se apretó contra la pared y siguió el ejemplo de Indavara: bajó la cabeza y se la cubrió con los brazos.

—¡Segunda fila! —gritó Cárnix, que ahora estaba agachado detrás de sus hombres—. ¡Media vuelta y elevad los escudos! Ahora alargarán el tiro.

Dado el poco daño causado a la primera línea, los Maseene apuntaron más lejos, tal y como Cárnix había predicho. El flanco de Eborio contaba con menos escudos, y tres de los hombres de la fila trasera fueron alcanzados de inmediato.

Uno de los desafortunados cayó a unos pasos de Casio. La jabalina, de algún modo, había encontrado un hueco en el flanco de su armadura de placas. Tendido de lado, se mordió el labio con tal fuerza que los dientes se le hundieron en el labio inferior.

Las jabalinas estaban ahora dispersas por el trecho de calzada que había entre las líneas romanas.

—¡Tranquilos ahí, muchachos! —gritó Cárnix mientras se abrochaba la correa de cuero del casco—. No caerán muchas más. Suelen llevar tres cada uno, y se guardarán una para luego.

Instantes después la lluvia de jabalinas se detuvo.

—Se acercan, señor —le dijo otro hombre a Cárnix—. Aún a caballo.

—Ya lo oigo. No os preocupéis... Esos incordios del desierto no tardarán en ponerse nerviosos.

Cárnix echó un vistazo a la situación en el flanco norte, donde los jinetes ya empezaban a aproximarse. Los legionarios de ambos lados estaban prácticamente en silencio. Las voces de los Maseene aullaban lo que parecía ser una mezcla de órdenes

y palabras de aliento.

—Aún están acercándose, señor —dijo Mutilo—. Cien pasos.

—Sí, sí —dijo Cárnix. Sacó a un hombre de la línea y le ordenó que recogiese algunas de las jabalinas.

—Desmontan, señor —dijo Mutilo.

—Arqueros al norte —gritó Cárnix—. Esperad hasta que se hallen bien cerca.

Eborio, que mantenía su corpulencia detrás de dos escudos, se volvió a mirar a Cárnix. El viejo centurión le dedicó una sonrisa lobuna.

Casio e Indavara se pusieron de rodillas de nuevo. Los Maseene estaban formando una densa línea de ataque; una quinta parte de ellos se quedaron atrás para hacerse cargo de las monturas. A una señal gritada, los nativos de ambos flancos alzaron sus jabalinas al aire tres veces. A un segundo grito, todos aullaron un grito de guerra largo y desgarrado. Su marcha hacia los romanos se convirtió en una carrera.

—Si tenéis lanza o espada, proteged a quien lleve escudo —ordenó Cárnix.

Cerca de Casio e Indavara, Nóster sacó su arco y lo apuntó por encima de los hombres agachados que formaban la primera línea.

—¿Señor?

—Espera.

Eborio observaba a los guerreros que avanzaban; su cara bronceada se notaba resbaladiza de sudor bajo el casco.

—¿Señor? —repitió Nóster.

Cuando al fin llegó la orden de Eborio, resultó ser un grito vigoroso.

—¡Ahora!

Veinte arcos vibraron y otros tantos gritos surgieron de la línea de los Maseene. Nóster y los otros tensaron la siguiente flecha.

—¡Mantened esos escudos juntos! —ordenó Cárnix mientras ordenaba la línea de legionarios allí donde se encontraba ligeramente curvada para unirla con la esquina del barracón.

Los Maseene redujeron la velocidad cuando llegaron al muro de escudos. Aunque algunos llevaban espadas al cinto o pequeñas dagas atadas a los antebrazos, casi todos atacaron con sus jabalinas, proyectándolas por encima de los escudos. Los legionarios que había tras ellos se mantenían agachados, con la única preocupación de mantener la barrera en su lugar. La segunda fila hizo lo que Cárnix les había indicado: dar tajos con sus espadas contra cualquier jabalina bien manejada.

A pesar del ensordecedor estruendo de gruñidos y gritos y del chocar de metales y madera, Casio vio que la línea sur estaba llegando rápidamente a un punto muerto. Superados en número, los romanos no podían avanzar, pero los Maseene, con armas ligeras, no podían abrir brecha a través de la immaculada línea de Cárnix. Ambos bandos seguirían luchando hasta que la fatiga se apoderase de ellos o se abriera una brecha.

Los hombres de Eborio lo estaban soportando mejor. Con una fuerza menor a la

que enfrentarse y ninguna jabalina en el aire de la que preocuparse, los arqueros eran capaces de seleccionar sus objetivos. Los Maseene no llevaban armadura, y caían uno tras otro.

—Deberían retirarse —dijo Casio.

—Es poco probable —dijo Indavara—. Mírales las caras.

Casio había visto esa furia insensata en los ojos en otras ocasiones, y sabía que aquellos hombres tenían más razones para odiar a Roma que cualquier guerrero palmireno.

Eborio dio un tajo con su larga hoja y taló la parte superior de una jabalina Maseene; luego se agachó para comprobar su línea. Satisfecho con que estuvieran haciendo algo más que solo mantenerse, se volvió a mirar a Cárnifex, que se había detenido junto al montón de jabalinas que había recogido el legionario. Inclinado hasta casi superar los noventa grados, Eborio se movió hacia la izquierda, a lo largo de la línea, hasta dar con Nóster, que ya sacaba otra flecha del carcaj. Le dijo al veterano algunas palabras al oído y volvió al combate, haciendo retroceder a los Maseene con los movimientos abiertos de su espada.

—¡Centurión! —llegó un grito desesperado de la Centuria I.

Un grupo de Maseene, de unos tres o cuatro hombres de fondo, se había concentrado cerca del centro de la línea sur y los empujones de sus jabalinas empezaban a dar resultado. Dos legionarios ya estaban en el suelo y, en un instante, dos más cayeron de espaldas. Otros se apresuraron a recoger los escudos, pero la línea empezaba a mostrarse vulnerable.

Cárnifex, que aún no había desenvainado la espada, recogió dos de las jabalinas Maseene y le ordenó a un legionario que lo siguiera con el resto. Bien agachado, corrió hacia la sección en peligro. Sopesó una de las armas con la mano, se puso en pie de repente y lanzó la jabalina por encima de uno de los escudos. Casio vio dos brazos alzarse al cielo y oyó un grito de agonía. Cárnifex volvió a agacharse y se movió cinco pasos hacia su izquierda. Se incorporó de nuevo y volvió a lanzar: esta vez le acertó en la cara a otro guerrero sin protección. El legionario le fue entregando más jabalinas, y Cárnifex siguió, sin erguirse dos veces en el mismo sitio. Siempre encontraba un objetivo. En un momento, había derribado a diez enemigos, aliviando así la presión sobre el muro de escudos. Cárnifex arrancó un pellejo de agua del cinturón de Mutilo y bebió.

A un suave codazo de Indavara, Casio se volvió para ver a Nóster arrodillándose muy cerca de ellos. El legionario miraba en dirección opuesta a ellos; mientras hablaba, señalaba el barracón.

—¿Veis la ventana? Si conseguís meteros por allí, podréis escapar. Intentad llegar a la cresta. Intentaremos llegar nosotros también.

Nóster soltó el arco y el carcaj junto a Indavara. Desenvainó e hizo un gesto con la barbilla hacia Proción.

—Para él.



Proción no se había percatado de aquella conversación. Estaba absorto observando la línea sur.

Al tiempo que Nóster volvía al combate, Casio miró hacia el barracón; la ventana era lo bastante ancha y lo bastante baja. Se inclinó hacia atrás para cubrir a Indavara mientras el guardaespaldas cogía una flecha del carcaj y la tensaba contra la cuerda. Tiró hasta mitad de camino y luego miró por encima del hombro a lo largo de la pared.

—Está delante de él.

En efecto, Annia bloqueaba al optio y miraba al suelo como si ni siquiera soportara aceptar lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Proción aún tenía el brazo izquierdo alrededor de su cuello, pero estaba más pendiente del combate.

—Aquí, aquí —dijo Casio, aunque sabía que Annia no podía oírlo con tanto ruido.

—Córbulo, te van a ver.

—Lo sé.

«Aquí, aquí».

Ella lo miró.

Casio comprobó que Cárnix y Mutilo no estuvieran mirando e hizo un gesto hacia el suelo. Annia parecía confundida, pero Casio se inclinó hacia delante y entonces ella entendió lo que pretendía. La muchacha volvió a cubrirse los ojos e inclinó la cabeza.

—Un poquito más adelante —dijo Indavara, sacando el arco de detrás de Casio.

—Si le acierto, cógela y corre hacia la ventana —añadió—. Estaré detrás de vosotros.

Casio sintió que Indavara se tensaba mientras tiraba de la cuerda.

La cabeza de Proción se proyectó hacia delante cuando la flecha le impactó en la base del cráneo. Annia se apartó las manos de los ojos y su cabeza dio con el asta de la flecha. Casio volvió a mirar a Cárnix. Acababa de lanzar otra jabalina.

Indavara golpeó el hombro de Casio.

—Ahora.

Casio se puso en pie de un brinco y corrió junto a la pared. Annia ya estaba de pie, pero se había quedado absorta mirando la flecha incrustada en el inerte Proción. Casio la cogió de la mano.

—¡Marchaos! —silbó Indavara unos pasos por detrás.

Casio echó a correr hacia el barracón tirando de Annia.

Pasaron a escasos pies de la espalda de Cárnix, pero, al igual que todos los integrantes de la línea, este permanecía centrado en el enemigo. Una vez lo dejaron atrás, Casio no volvió la mirada. Pareció que les llevara una eternidad llegar hasta la ventana y, a cada paso, temía ser interceptado. Pero llegaron.

—¡Dentro!

Sin la ayuda de Casio, Annia trepó hasta la repisa y se dejó caer con habilidad

dentro del barracón. Casio se volvió y vio a Indavara correr de espaldas hacia él, con otra flecha preparada. Casio se agarró de la repisa y subió una pierna. Annia estaba tendida en el suelo justo debajo, así que saltó para librarla y cayó en el interior oscuro y frío del barracón. Ambos miraron alrededor: estaban rodeados de literas.

Indavara nunca supo lo que hizo que Cárnix volviera la vista de la línea, pero se alegró de no haber apartado los ojos de él. Al ver a su optio muerto, Cárnix se volvió como un resorte hacia el barracón. Indavara ya tenía el arco en posición y listo para disparar. Apuntó al cuello de Cárnix. El viejo centurión lo vio justo cuando soltaba la flecha.

Cárnix inclinó la cabeza para protegerse la cara, pero la flecha, de todos modos, estaba dirigida seis pulgadas más abajo. La flecha golpeó la coraza de bronce emitiendo un crujido apagado y cayó al suelo. La cabeza de Cárnix volvió a alzarse. Dio dos pasos al frente y se hizo con la jabalina más próxima.

—Mierda.

Indavara se dio la vuelta y se lanzó hacia la ventana de un salto para caer al suelo entre Annia y Casio.

La jabalina cayó entre los muslos de Casio, atravesando su túnica y dejándolo enganchado al suelo. Indavara la arrancó y se la entregó.

—¿A qué estás esperando?

Con el arco en una mano y el carcaj al hombro, levantó a Annia del suelo para que se pusiese en pie y salió corriendo de la pequeña estancia. Para cuando llegaron al otro extremo del barracón, el ruido de la batalla llegaba amortiguado.

—¿Nos sigue alguien? —preguntó Indavara.

Casio miró a su espalda.

—No.

Se unió a Indavara junto a la puerta. A la derecha quedaba el risco que llevaba al agujero; más allá había un campo de hierba crecida.

—Caballos —dijo Indavara—. Eborio y sus hombres deben de haber amarrado a los suyos cerca de allí.

—No —dijo Casio—. Los caballos llamarían demasiado la atención. Nos ocultaremos entre la hierba y estaremos tan seguros como en cualquier otro lugar. Podemos ir lentamente hacia norte, hacia el puente.

Annia, que había estado agachada, de pronto cayó de nalgas.

Indavara aún le tenía agarrada la mano.

—Levanta.

Casio se arrodilló junto a ella.

Indavara la soltó, retrocedió hacia el interior del barracón y miró por el pasillo.

—Córbulos, con suerte solo disponemos de unos momentos.

—Lo sé.

Casio puso la mano debajo de la barbilla de Annia para que lo mirara. Sus ojos se veían vidriosos, vacíos.

—Annia, tenemos que irnos. Necesitas ponerte de pie. ¿Puedes hacerlo?

Otro escalofriante aullido desde la batalla.

Annia apretó mucho los ojos.

—Córbulo...

Casio le puso las manos bajo las axilas y la ayudó a que se pusiera en pie.

Indavara volvió hacia la puerta. Miró a la izquierda y luego a la derecha.

—No hay peligro. Tú primero.

Casio cogió a Annia de la mano y salió del barracón corriendo, hacia el campo.

## XXX

Simo, Clara y los marineros lo vieron todo. Primero, la multitud que se había congregado en la plaza se dispersó. Luego, a lo largo de las dos horas siguientes, la mayoría de los ciudadanos volvieron, montados en carreta o a caballo, triplicando así el tamaño de la columna. Y, cuando algunos soldados por fin se unieron al grupo, salieron rumbo oeste siguiendo la Vía Cirenaica. Simo sintió alivio al ver que tan solo había una docena de legionarios. Tenía la seguridad de que Nóster había conseguido hacer cambiar de opinión al centurión y de que Eborio y el resto de sus hombres estaban buscando a Casio y a los demás.

Cuando la columna hubo desaparecido, no vieron a ningún ciudadano más, pero al empezar la tarde, media docena de incendios moteaban Darnis, y varios grupos de guerreros Maseene cabalgaban por las calles a su antojo. Uno de esos grupos se detuvo lo suficiente como para echar abajo la estatua de Rómulo y Remo, pero ahora tanto aquellos como el resto de los indígenas habían desaparecido. La ciudad estaba vacía y en silencio.

El *Fortuna* estaba listo para zarpar en cualquier momento: los remos se hallaban sobre los escálamos y el trinquete, asegurado a la driza. Había estado chispeando durante cerca de una hora. Simo, de pie frente al mástil, rodeaba con un brazo los hombros de Clara. La pobre muchacha había estado rezando gran parte de la mañana. A pesar de llevar una doble túnica y una de las capas de su señora, la chica temblaba. Simo miró por el camino hacia la plaza, con la esperanza de ver a alguno de los tres.

—He pedido a mis dioses una señal —le dijo el capitán a Simo en un susurro—. Me han dicho que me equivocaba. Me han dicho que deberíamos haber ido a buscarlos.

Después de tanto tiempo valorando la decisión de Asdríbar, Simo había llegado incluso a decidir que era la correcta. Teniendo en cuenta lo rápido que la situación se había deteriorado, y sin nadie que los guiase, hubieran acabado teniendo problemas.

—Que te hayas quedado ya es suficiente, señor. Ahora todo lo que podemos hacer es esperar.

—Y rezar. —La voz de Asdríbar era poco más que un susurro—. He visto tus libros. Eres cristiano.

—Lo soy, señor.

Clara oyó aquello, pero, para alivio de Simo, no dijo nada. La muchacha seguía las creencias convencionales, y él ya se había dado cuenta de que era casi imposible saber cómo reaccionaría cada persona.

—¿Qué te dice tu único dios? —preguntó Asdríbar.

—Solo que no hay que perder la esperanza. Mi señor e Indavara se han enfrentado a grandes peligros en otras ocasiones. Debo creer que aún están vivos.

—Si esos guerreros hubieran llegado al puerto, habríamos zarpado.

—Lo entiendo, señor.

—Y no puedo hacerlo de noche, no a través de esa entrada tan estrecha. Al menos el viento y las olas aún están en calma.

Clara alzó la voz:

—Esperarás hasta el último momento, ¿verdad, señor?

—Lo haré, muchacha.

Cegato caminó hasta ellos y apuntó hacia proa.

—Capitán...

Un grupo de personas emergió de un callejón junto a las tintorerías. Encabezaba la marcha media docena de hombres armados que llevaban consigo a unas veinte mujeres y niños. Los hombres cargaban con pesados petates y la mayoría de las mujeres llevaban cestas de tela.

—Prepara los cabos, Korinth —ordenó Asdríbar.

El enorme marinero y su inseparable compañero Desenna corrieron hacia la regala de babor.

Asdríbar se volvió hacia Opilio, que estaba sentado con la espalda contra el mástil y tenía calada la capucha.

—Coge a otros tres y poneos a los remos. Solo necesitamos el impulso justo.

—Sí, señor.

Más hombres armados llegaban a la cola del grupo, mirando con miedo hacia la plaza mientras los demás cruzaban la calzada.

—Dudo que tengan intención de hacernos daño, señor —dijo Simo.

—Parecen desesperados —repuso Asdríbar—. Te sorprendería lo que es capaz de hacer la gente así.

Cegato llamó la atención de su capitán y apuntó hacia un barril que Korinth y él habían subido hacía un rato de la bodega. Estaba repleto de armas.

—Adelante —dijo Asdríbar.

El veterano hizo entrega de lanzas y espadas a los otros marineros y cogió él mismo un arco. Tarkel, a escondidas, intentó hacerse con una espada.

—Tú vuelve a popa —dijo Asdríbar. El muchacho se escabulló con las manos vacías.

—Listos para zarpar, capitán —dijo Korinth.

A medida que el grupo se aproximaba, Simo observaba los fuegos que ardían en la ciudad. Tenía aún más razones que los demás para sentirse triste por lo que habían presenciado. África era un baluarte de la iglesia, una tierra que había dado mártires gloriosos y pensadores influyentes. Sin embargo, Darnis le parecía el más maldito de los lugares, donde la crueldad y el odio habían triunfado.

El grupo se detuvo cuando llegaron a los almacenes. El hombre más avanzado habló con los otros durante unos instantes y luego dejó su petate en el suelo y envainó la espada. Corrió por en medio del embarcadero hundido y se adentró en el

rompeolas.

—¿Capitán? —dijo Cegato. Ya tenía una flecha preparada.

—¿Con ganas de empezar una pelea, viejo? Cálmate, anda. Y no apuntes eso hacia aquí.

Asdríbar fue hacia la proa para hablar con aquel hombre, que vestía una túnica apagada y la capa de un romano típico. Debía de tener cincuenta años, el pelo de color gris pizarra y las facciones arrugadas.

—¿Es esta tu nave, señor? —preguntó después de detenerse frente a Asdríbar.

—Lo es. Lo lamento, no hay espacio para más pasajeros.

—¿Por qué seguís aquí?

—No es asunto tuyo, amigo.

Clara le dio un golpecito a Simo con el codo y señaló al grupo.

—¿Te acuerdas de ella?

La hija de Maro, el comerciante de madera, estaba ahí, junto a una mujer. En la mano llevaba uno de sus juguetes de madera. No había ni rastro de su padre.

—Podemos pagarte —le dijo el hombre a Asdríbar.

—Ya me pagan. Y bien.

Clara dejó a Simo a un lado y se acercó a Asdríbar.

—Si estuviese aquí, la señorita Annia te pediría que los dejaras subir, señor.

Asdríbar la miró con una media sonrisa que desprendía a la vez sorpresa y admiración.

—No estoy seguro de que así fuese, Clara, aunque sí estoy seguro de que eso es lo que tú quieres que haga.

Simo aprovechó la oportunidad.

—Es lo correcto, capitán.

—¿Lo correcto para un cristiano? —preguntó Asdríbar de forma retórica.

Se volvió hacia el hombre.

—¿Cómo te llamas?

—Vivio Reberro.

—Estamos en noviembre, Reberro. ¿Qué te hace pensar que vayas a estar más seguro en el mar?

—Lo que he visto en las últimas horas. Los Maseene están matando a nuestra gente. ¿Hacia dónde os dirigís?

—Apolonia.

—Eso nos vale.

—¿Qué pasa si os dejo subir y luego aparece otro grupo?

—No queda nadie, capitán. Los nativos han vuelto a sus poblados. El resto se fue esta mañana.

—¿Cuánto pagaréis? —preguntó Asdríbar.

—Veinte denarios cada uno.

—Muy gracioso.

—Treinta —dijo Reberro.

—Cincuenta —dijo Asdríbar—. Veinte por los niños.

—Señor —dijo Simo—. No puedes ponerle precio a...

Asdríbar alzó una mano. Simo calló.

—Señor —suplicó Clara—. Mira a esa chiquilla tan dulce de ahí. Se llama...

—Recuerda tu lugar, Clara —dijo Asdríbar.

—No podemos pagar eso —insistió Reberro.

—En ese caso, no puedo ayudaros —repuso Asdríbar—. Korinth, preparado con las cuerdas.

—Muy bien —repuso Reberro—. Muy bien. Pagaremos.

—Entonces tenemos un trato —dijo Asdríbar—. Una cosa más: las armas se quedan en tierra.

Reberro observó a Cegato, que aún tenía una flecha junto a la cuerda del arco.

—Pero estaremos a vuestra merced.

—No es mi merced de la que debe preocuparte —dijo Asdríbar apuntando hacia el mar—, sino la de los dioses de las profundidades.

Simo se aproximó.

—El capitán es hombre de honor, señor. No debes temerle, ni a él ni a su tripulación.

—¿Por qué hablas a nuestro favor?

—Yo... —Simo se volvió hacia Clara—, nosotros queremos veros a ti y a los tuyos a salvo.

—Conmovedor —dijo Asdríbar.

—Iré a decírselo a los otros —dijo Reberro.

—También puedes decirles que vayan preparando el dinero para cuando estén en la rampa —añadió Asdríbar mientras Reberro corría en dirección opuesta.

El cartaginés se volvió y le guiñó un ojo a Clara.

—Los hubiera llevado por veinte.

—Y yo creo que los hubieras llevado por nada, señor —dijo Clara—. Eres un buen hombre.

Asdríbar se inclinó hacia ella y le susurró:

—Puede. Pero no se lo digas a nadie, menos aún a la tripulación.

—¿Cuánto falta para que se ponga el sol? —preguntó Simo.

—Tres o cuatro horas.

Simo volvió la vista hacia la ciudad.

Asdríbar hizo un gesto hacia el cielo con la cabeza.

—Será mejor seguir rezando.

La maleza raspaba la piel, y que esta hubiera medido seis pies de altura habría sido mejor que cinco, pero Casio agradeció a los dioses aquella espesura: mientras se

mantuvieran agachados, podían permanecer ocultos.

Indavara se orientaba bien, pero Casio sabía que él lo hacía mejor, así que encabezó la marcha para cruzar el campo. Calculó que ya debían de estar a una milla de la mansión, y si mantenía el sol en línea con el hombro izquierdo, podía asegurarse de que continuaban avanzando hacia el norte. Aún llevaba la jabalina Maseene. Era un arma ligera, bien equilibrada y, para Casio, preferible a una espada. Siempre se le habían dado medio bien los lanzamientos, y seguía a pies juntillas la teoría de que era mejor despachar a un enemigo a distancia.

Acabaron por llegar a un gran árbol junto a una zanja que partía en ángulo recto desde la Vía Roma. Casio se acuclilló junto al árbol y Annia se sentó en el borde de la zanja resoplando con fuerza. Sus brazos estaban repletos de pequeños cortes causados por la maleza y de moratones en los puntos en que Cárnix y Proción la habían maltratado.

—Lo siento, pero debemos recorrer tanto camino como nos sea posible.

Casio desenganchó el pellejo de agua del cinturón, desenroscó el tapón y se lo entregó. Indavara se apoyó contra el árbol y miró hacia la mansión. Mientras Annia bebía, Casio se unió a él.

A esa distancia era imposible ver nada en detalle, pero ambos muros de escudos parecían permanecer intactos. Los Maseene seguían luchando, pero había montones de guerreros tendidos en el suelo. Los indígenas que estaban en retaguardia luchaban por mantener bajo control a las monturas sin jinete; muchos de los caballos se habían soltado y huían.

—Me cuesta creer que hayamos logrado salir de allí —dijo Casio apoyando la cabeza contra la áspera rama del árbol—. Hay que dar gracias a los dioses por la presencia de Eborio y los suyos.

—Solo espero que también sean capaces de salir de allí —dijo Indavara—. Si los Maseene no acaban con ellos, lo hará Cárnix.

—Debemos seguir adelante.

Casio echó un vistazo general a la planicie que se extendía hacia el norte. La única estructura cercana era el granero donde habían capturado a Cárnix.

—Seguiremos por la maleza —añadió—, en paralelo a la calzada, y luego cortaremos hacia el puente en cuanto podamos.

Oyeron un tintineo metálico. El tapón del pellejo de agua temblaba contra la boca de este mientras Annia intentaba volver a enroscarlo. No parecía haber notado el chorro de sangre que le había salpicado el cuello cuando Proción había muerto.

—Yo lo haré —dijo Casio cogiendo de sus manos el pellejo de agua.

Annia lo miró un momento y luego miró hacia los hierbajos y ortigas que alfombraban el fondo de la zanja. No había dicho una palabra desde que se desplomó junto al agujero. Casio se arrodilló junto a ella e intentó tomar una de sus temblorosas manos, pero ella la retiró y se volvió de espaldas.

Casio miró hacia Indavara, que se examinaba el dedo roto.



—¿Es grave?

—Necesito sujetarlo.

—¿Con qué?

Casio sintió una mano en el hombro.

Annia apuntaba al dobladillo rasgado de su larga túnica. La muchacha intentó rasgarlo, pero sus manos aún temblaban demasiado.

—Yo lo haré. Si no te importa.

Casio cogió la jabalina y utilizó la punta para cortar una parte del tejido.

—Gracias, señorita Annia —dijo Indavara mientras Casio le hacía un gesto con la mano para que se acercara.

—Puede que te duela.

Indavara no hizo ni un sonido cuando Casio empujó el meñique roto contra el dedo anular y los ató ambos juntos. Casio inspeccionó entonces la piel desgarrada en la frente de Indavara.

—¿Qué tal está eso?

—Escuece. ¿Qué tal esa nariz?

—Muy dolorida. ¿Qué pinta tiene?

La expresión en la cara de Indavara le dijo todo lo que necesitaba saber.

—Genial. Vamos.

Esta vez Annia cogió a Casio de la mano. Él la ayudó a levantarse y a superar la zanja. Indavara recogió el arco y el carcaj y los siguió.

A medida que se alejaban de la batalla, resultaba más difícil saber lo que estaba ocurriendo, y pronto no vieron más que los caballos dispersos de los Maseene y destellos de metal entre la mansión y el barracón.

Cuando llegaban al camino que habían seguido el día anterior, Casio oyó un crujido algo más adelante. Dejó a Annia atrás, dio unos pasos al frente y se detuvo. La maleza que tenía delante se movía. Algo se acercaba hacia él.

El pájaro, pequeño y regordete, echó a volar siguiendo una trayectoria baja y le pasó a Casio a escasas pulgadas de la cara. Batió las alas dirigiéndose hacia el sur, y dejó a Casio sentado sobre sus nalgas. Este sopló para retirarse algunas plumas de la cara.

—¡Por las pelotas del César! —Se volvió hacia los otros—. Perdón.

—Callad —dijo Indavara a diez pasos a su espalda.

Se agachó y apuntó un extremo del arco hacia la Vía Roma. Casio miró por encima de la maleza y vio a tres guerreros Maseene a caballo. Uno hizo un gesto hacia ellos y los tres abandonaron la calzada. Casio se preguntó por qué no estaban luchando. ¿Habían huido o es que los romanos habían desbaratado el ataque? No importaba mucho. Cabalgaban hacia ellos.

Casio y Annia gatearon hasta donde Indavara se encontraba arrodillado. Casio miró la punta ancha de la jabalina que tenía en la mano. Quienquiera que fuese el guerrero al que había pertenecido la había cuidado con esmero: el hierro, reluciente,

había sido afilado hasta un extremo letal.

Teniendo en cuenta que sus caballos iban al paso, los indígenas parecían recorrer el terreno a buena velocidad. Iban en fila, a cinco pasos entre cada uno de ellos, y ahora se encontraban a menos de cien pasos de distancia.

Indavara aún no había puesto una flecha en el arco.

—¿A qué esperas? —preguntó Casio.

Indavara hizo una mueca y miró pensativo al suelo.

—¿Crees que dudarán en matarnos? —continuó diciendo Casio—. Porque, a no ser que hayas desarrollado la capacidad de hablar su lengua, eso es exactamente lo que van a hacer.

Indavara sacudió la cabeza un instante y luego colocó la flecha contra la cuerda.

—Esperamos hasta que estén casi sobre nosotros. El de la derecha es tuyo. Apúntale al pecho. —Miró la jabalina—. ¿Sabes cómo utilizar eso?

—Por supuesto. Era el decimoquinto de mi grupo con esto.

—¿De quince?

—Éramos treinta y dos, de hecho.

Casio aferró la jabalina con fuerza e intentó tragar el nudo que se le había formado en la garganta.

Annia estaba entre ellos dos, tumbada en el suelo, con los ojos cerrados de nuevo.

—Solo escucha y mantén la cabeza agachada —le dijo Indavara a Casio—; sabremos cuándo se encuentran lo suficientemente cerca.

Casio se ladeó para ponerse de perfil y así hacer que el lanzamiento fuera más fácil. No pasó mucho tiempo hasta que pudo oír las patas de los caballos rozando la maleza y ver siluetas oscuras por entre los tallos de color verde intenso.

Indavara colocó el arco de manera que estuviese alineado con el hombro y tensó la cuerda hasta la mitad.

Casio observó la punta de la jabalina y la imaginó hundiéndose en la piel desnuda del pecho del guerrero.

«Él o yo».

Ya podía ver a los jinetes: sus figuras oscuras y enjutas, sus caras esbeltas y llamativas.

—Espera —suspiró Indavara.

Casio se giró un poco hacia el hombre de la derecha. Las manos del guerrero estaban en las riendas. Casio estiró el brazo hacia atrás.

—Preparado —dijo Indavara al tiempo que aseguraba los dedos alrededor de la cuerda del arco.

«Él o yo. Él o yo».

Los tres Maseene miraron de pronto hacia su izquierda. Casio se percató de que podía oír caballos en algún lugar, tras él. Los indígenas espolearon a sus caballos hacia el camino al trote.

—Abajo —susurró Indavara.

Casio ya estaba agachado, y observó al caballo más cercano atravesar los matojos a menos de diez pies de distancia. De haber mirado a la derecha, el guerrero los hubiera visto a los tres.

Cuando hubieron pasado, Casio e Indavara levantaron las cabezas y vieron a cuatro indígenas más que llegaban por el camino desde el este. Después de un breve intercambio de palabras, los siete volvieron hacia la Vía Roma. Casio bajó la jabalina y se sentó.

—No creo que pueda soportar esto durante mucho más tiempo.

—Podría haber sido mucho, mucho peor —repuso Indavara, dejando por fin que la cuerda quedase en reposo—. ¿Qué hora crees que es?

Casio miró al cielo.

—La hora séptima o la octava.

—No será fácil llegar al puerto antes de que anochezca. —Indavara señaló hacia Darnis. Cinco columnas de humo surgían de la ciudad—. ¿Qué crees que quiere decir aquello?

—Nada bueno. Vayamos hacia el risco y esperemos que Eborio pueda llegar también.

—C... Casio... Indavara...

Annia, que aún seguía sentada en el suelo, se retiró el pelo lacio de la cara y los miró a ambos.

—Lo... lo siento. De verdad. Yo... nunca debería haber abandonado el barco.

—Lo hecho hecho está, señorita —dijo Indavara después de un momento.

—Así es —dijo Casio—. Sabemos que no saliste a hacer ningún daño. Aún estamos todos de una pieza. Y una vez que estemos en el camino, solo quedarán una o dos millas hasta el puente. En su mayoría, por lo que recuerdo, es un bosque de olivos, algo que, desgraciadamente, no va a servir para ocultarnos como lo hacen estas malas hierbas.

—Señorita, deberías quitarte eso —dijo Indavara, señalando dos brazaletes de plata que llevaba Annia en sendas muñecas.

—Reflejarán el sol —añadió Casio.

Annia empezó a retirárselas. Ahora sus manos temblaban algo menos.

—Podéis llamarme Annia, ¿sabéis?

—Sí, señorita —repusieron ambos.

Una vez que cruzaron el camino y se encontraron en el bosque de olivos, aminoraron el paso. Fuera del reconfortante cobijo de la maleza, Casio se sentía excesivamente expuesto, más aún siendo él quien lideraba la marcha, pero no tardó en establecer una técnica viable: se detenían junto a uno de los árboles más grandes, comprobaban la Vía Roma y el territorio circundante por si hubiera algún movimiento, y corrían hasta el siguiente árbol. Tuvieron que esperar cinco veces a que el peligro pasase, en todas

las ocasiones se trataba de jinetes Maseene. Casio decidió que no podía deducir mucho basándose en sus movimientos, dos grupos habían tomado la calzada hacia el norte, otro se había dirigido al sur y los otros dos campo a través.

Calculó que había pasado una hora y media desde su huida cuando llegaron a la gran palmera que quedaba a treinta pasos del puente. Se agacharon bajo la bienvenida sombra, los tres recobraron el aliento y miraron hacia la vacía Vía Roma, al trecho empinado que corría hacia el norte desde la cresta hasta el cañón. Lo único que se oía eran los chillidos estridentes de los milanos negros.

—No podemos esperar —dijo Casio mirando hacia los matorrales que moteaban el otro lado del cañón—. Debemos cruzar ahora que podemos.

Apenas había dónde ocultarse entre el puente y Darnis. El lugar más cercano para hacerlo era un cactus en el lado este de la carretera, pero incluso aquello estaba a media milla de distancia. Casio apuntó hacia él.

—Cruzamos y luego directos a los matorrales. ¿Preparados?

—Preparados —respondieron Indavara y Annia.

Corrieron bajo la luz del sol hacia el puente.

## XXXI

—Córbulo...

Casio y Annia casi habían llegado al otro lado. Se dieron la vuelta y vieron que Indavara preparaba el arco.

Acababan de aparecer dos caballos en lo alto de la cresta. Los jinetes espoleaban a sus caballos, haciendo que bajaran hacia la calzada.

Casio cogió la mano de Annia de nuevo.

—Ven.

Corrieron hasta el final del borde de piedra en el lado este del puente y se agacharon tras él, cerca de la señal de aviso y del montón de troncos abandonados. Indavara no les iba muy a la zaga. Se arrodilló junto a Casio y levantó el arco. Los jinetes, al galope, ya habían recorrido la mitad de la distancia que los separaba del puente. Se veían con claridad sus cascos y cotas de malla. Legionarios. ¿Pero de la primera o de la segunda?

Casio se cubrió de la luz con la mano.

—No puedo ver de quién se trata. Este maldito sol...

Indavara tensó el arco.

Los jinetes llegaron al puente. Casio estaba esperando que redujesen la velocidad, pero cruzaron a galope. Uno de ellos, un hombre pequeño, se quitó el casco. Bajo él apareció una cabeza poblada por un poco de pelo castaño.

—¡Es Nóster! —dijo Casio.

Indavara bajó el arco y tanto él como Casio se pusieron en pie.

Nóster detuvo a su caballo a unos pasos de ellos. El segundo hombre era Lentelo, uno de los legionarios más jóvenes que había estado con ellos en la cantera. La cara de Nóster chorreaba sudor y sus palabras surgían entrecortadas por los jadeos.

—La batalla ha concluido, pero aquello es un caos. Eborio y algunos de nosotros hemos conseguido salir de allí, pero hemos visto a Cárnifex llevando al resto de sus hombres hacia los establos.

—¿Cuántos?

—Treinta o más. No le llevo mucha ventaja a Eborio. Me ha enviado a por ti. Debemos irnos ahora, señor.

—Vamos allá —dijo Indavara preparado ya para echar a correr.

Casio volvió la mirada al puente y luego a los legionarios.

—Desmontad. Necesito vuestros caballos.

—¿Cómo? —dijo Nóster.

—Es una orden. ¡Desmontad!

Nóster obedeció más rápido de lo que lo hizo Lentelo, pero ambos parecían tan confundidos como Indavara cuando pusieron pie en tierra. Casio le hizo una seña al

más joven.

—Ven.

Annia aún estaba oculta detrás del muro. Casio hizo que se levantara, se dirigió a Lentelo y señaló hacia el cactus en la distancia.

—Ve con ella y esperad allí.

Annia negó con la cabeza.

—Quiero estar con vosotros dos.

—Iremos enseguida. —Casio le cogió la mano y se la colocó en la de Lentelo—. Vamos.

El legionario miró hacia Nóster buscando confirmación. Casio no estaba de humor como para andarse por las ramas. Agarró a Lentelo de la túnica y lo acercó hacia él.

—Soy un oficial. Tú no lo eres. ¡Ve!

Los dos echaron a correr por el camino.

—Córbulo, ¿qué estás haciendo? —preguntó Indavara.

Casio lo ignoró.

—Nóster, ata las dos sillas tan fuerte como puedas.

Casio dobló la esquina a toda velocidad hacia la pendiente arenosa que había junto al puente. Indavara lo seguía de cerca. Señaló a un rollo de cuerda gruesa que había junto al montón de troncos.

—Tráete eso.

—Qué...

—¡Por una vez, haz lo que se te ordena, hombre!

Casio medio corrió, medio se deslizó por la pendiente. Tuvo que esforzarse para ignorar los ángulos pronunciados y la oscura fisura que había debajo y gateó hasta los troncos que sujetaban la estructura. Los seis postes verticales formaban un triángulo: tres de ellos estaban cerca de la base, otra fila de dos y, el último, a tres pies de distancia de donde la pendiente caía de forma abrupta.

—¿Viene alguien? —gritó Casio. Su voz hizo eco a lo largo del cañón.

—¡Todavía no! —gritó Nóster desde arriba.

—En ese caso, aún tenemos tiempo.

Indavara llegó junto a él.

—¿Para qué?

Casio cogió la cuerda.

—A juzgar por esas columnas de humo, los Maseene ya se han hecho con la ciudad. Si acabamos entre ellos y los hombres de Cárnix en campo abierto, estamos muertos. Puede que con esto ganemos algo de tiempo.

Con una serie de pasos largos Casio pasó junto a la segunda fila de postes y luego se deslizó de costado hasta que una de sus botas tocó el último poste. Algo de tierra arenosa y matojos de malas hierbas cayeron por el borde casi vertical que tenía justo delante. Ató un extremo de la cuerda alrededor del tronco con un nudo recio que

había visto utilizar a los marineros y subió la cuerda todo lo que pudo ayudándose de la jabalina. Lo alto del poste estaba a veinte pies de altura, coronando el entramado de troncos que sostenían la base de piedra del puente.

Casio volvió a subir por la pendiente a cuatro patas, desenrollando la cuerda a medida que subía. Le dio la jabalina a Indavara y apuntó a las cuerdas que sujetaban unos troncos con otros.

—¿Ves las cuerdas? Corta tantas como puedas.

Indavara se adentró en las sombras bajo el extremo norte de la estructura.

—¿Qué pasa si se viene abajo?

Casio apuntó a la fisura.

—En ese caso, nos veremos en el fondo.

—¡Ahí viene Eborio! —gritó Nóster desde arriba.

—¿Cárnifex? —preguntó Casio.

—Ni rastro todavía.

Casio azuzó a sus piernas doloridas y se arrastró pendiente arriba hasta llegar a Nóster y a los caballos. Enroscó la cuerda alrededor de los cuernos de las sillas dos veces, luego volvió sobre sus pasos y ató el otro extremo a diez pies de distancia tras las monturas.

—Tu daga.

Nóster se la entregó y vio cómo Casio cortaba lo que le sobraba de cuerda. Aquel tozo lo cortó en dos antes de devolverle la daga al legionario. Solo entonces se permitió mirar al otro lado del cañón. Otro hombre venía con Eborio. Casi habían llegado al puente.

Casio miró hacia el norte. Annia y Lentelo estaban a mitad de camino del cactus.

Indavara apareció por el otro costado del puente y atravesó la calzada a la carrera.

Eborio y el otro hombre detuvieron el galope de sus caballos de forma tan abrupta que el legionario a punto estuvo de caer de su silla.

—Córbulo, ¿qué haces? —gritó el centurión; su cara estaba cubierta de sangre y suciedad.

—Vamos a derribar el puente.

Antes de que el desconcertado centurión pudiera dar una respuesta, Indavara apuntó hacia la cresta.

—Ahí están.

Los hombres de la Centuria I cabalgaban a todo lo que daban sus caballos, en columna, de tres en tres y de cuatro en cuatro, por la calzada.

—¡Indavara, aquí!

Casio se parapetó detrás de la pared.

—Eborio, no hay tiempo para discusiones —dijo mientras Indavara se agachaba junto a él—. Tú eres mi cebo. Que parezca que te detienes a recoger a Nóster, luego huye.

Eborio contempló la cuerda que llevaba a los dos caballos.

Casio apuntó hacia Annia y Lentelo, que miraban por encima de sus hombros mientras corrían.

—Si no lo conseguimos, llevadla de vuelta al barco.

Eborio se volvió hacia las distantes siluetas.

—¿Me has oído, centurión? —exigió Casio.

Finalmente Eborio asintió.

—Sí.

Nóster corrió hacia el otro soldado, que lo ayudó a auparse al caballo tras él.

—Están a un cuarto de milla —dijo Eborio—. Son cuarenta o más.

—¡Partid ahora! —gritó Casio.

Eborio volvió grupas y salió en cabeza al galope.

Casio podía oír el retumbar de los jinetes acercándose. Indavara lo miró con nerviosismo desde detrás de su flequillo negro.

—¿Funcionará?

—Puede.

Casio asomó la cabeza para echar un vistazo. Los legionarios, al ir llegando al puente, redujeron la velocidad de sus monturas y estrecharon la columna para cabalgar por pares. Cerca del final había una figura roja que destacaba entre el hierro y el bronce. Cárnifex.

Casio observó la cuerda y los caballos. Vio con absoluta claridad lo que estaba a punto de hacer y, de pronto, era él el que dudaba.

—No puedo hacer esto. Son soldados romanos.

Indavara le habló al oído.

—Que nos matarán en cuanto tengan la menor oportunidad. A Annia y a los otros también.

Asediado por una docena de pensamientos a la vez, Casio quedó paralizado por la indecisión.

—¡Esto ha sido idea tuya! —gritó Indavara; su voz ahogó el martilleo de los cascos de los caballos mientras los primeros empezaban a repiquetear sobre el puente.

Casio le entregó uno de los trozos de cuerda.

—¡Ahora!

Los dos caballos ya estaban nerviosos, y cuando fustigó con la cuerda la grupa del que tenía más cerca, este cargó hacia delante. Indavara golpeó al segundo. Ambos animales sufrieron el tirón de la cuerda, pero Casio e Indavara los fustigaron de nuevo y sus agitados cascos se hundieron en la tierra.

Casio se volvió. La cuerda estaba tensa, pero el poste no se movía. Los primeros legionarios ya casi habían recorrido la mitad del puente y estaban lo suficientemente cerca como para que Casio pudiese ver sus caras ceñudas.

—¡Vamos! —gritó Casio. Indavara aún tenía la jabalina. Abrió con la punta una brecha en el anca de uno de los caballos, luego del otro. Enloquecidos por el dolor, los caballos luchaban contra la cuerda en tensión, proyectando terrones de tierra hacia



sus torturadores.

Casio vio que el poste se tambaleaba; luego salió despedido de debajo del puente. El cuanto el tronco cayó a tierra, la mera potencia de los encolerizados caballos lo arrastró pendiente arriba. Casio e Indavara se tiraron hacia la pared mientras los animales daban comienzo a un desbocado galope arrastrando el poste tras ellos.

Ante tan extraña escena, los legionarios que iban en cabeza levantaron las manos y se detuvieron. Dos tercios del contingente se encontraban ya sobre la estructura.

Casio e Indavara dirigieron la mirada a los postes. Los otros cinco aún estaban intactos.

Después algunos de los hombres empezaron a gritar.

Dos de las planchas de madera se habían soltado, rodaron pendiente abajo y desaparecieron en el abismo.

Cárnifex y otro puñado de hombres se habían apartado a un lado de la calzada.

—¡Salid! —bramó—. ¡Salid de ahí!

Un gran bloque de piedra roja cayó del extremo norte del puente. Rodó por la pendiente y se empotró contra uno de los postes de la segunda fila derribándolo. La estructura al completo empezó a temblar.

—Se mueve —dijo Indavara.

Los legionarios, amontonados, gritaban. Invadidos por el pánico, guiaban a sus monturas en direcciones diferentes y colisionaban los unos con los otros. Tres de los jinetes consiguieron librarse del apelotonamiento y llevaron a sus caballos de vuelta hacia el extremo sur.

Cuando llegaban a la seguridad del otro lado, empezaron a desprenderse más sillares. Luego se oyó una serie de crujidos y toda la estructura de madera se vino abajo. Los troncos rodaron por la pendiente cubiertos de una nube de polvo. Las cuerdas cortaban el aire.

El extremo norte del puente se desplomó primero. El gran arco pareció colapsar trecho a trecho, sillar a sillar.

Hombres y caballos soltaron agudos gritos y, de pronto, todo estaba cayendo.

Casio vio a un jinete escurrirse de su silla, agarrarse al aire y caer con su caballo, dando vueltas y vueltas hasta golpear el costado del cañón. Rebotó como lo hubiera hecho un muñeco de paja y cayó hacia la fisura. Su caballo dio contra el suelo a unos pasos de él y el impacto le partió el vientre en dos. Las tripas volaban por los aires y grandes charcos de sangre escarlata salpicaban la tierra pálida. El cuerpo desgarrado se desdibujó en la oscuridad.

Los alaridos y los estruendosos impactos de los bloques y troncos que caían se desvanecieron tan rápido como habían empezado. La fisura parecía tragar con ansia hombres, caballos, piedra y madera y, en poco tiempo, tan solo quedaban un hombre y su caballo. El caballo estaba cerca de la cima del extremo sur, allá donde la pendiente era menos pronunciada. Bastante más abajo, el legionario se agarraba al borde del cañón, a unos pasos del abismo.

Aterrorizados por el ruido, algunos de los caballos que quedaban se volvieron incontrolables, y muchos de los hombres de Cárnix habían caído. Solo él y algunos de los otros habían conseguido controlar a sus animales.

—¡Sacadlo de ahí! —ordenó apuntando al caballo.

Dos legionarios corrieron hacia el borde del cañón, pero llegaron tarde.

El caballo perdió sujeción y se escurrió hacia abajo marcando líneas en la arena con sus cascos. Su cabeza golpeó el extremo de la fisura con un golpe desagradable. También aquel se había perdido.

—¡Ayudadme! —suplicó el legionario—. ¡Centurión!

La cota de malla del soldado y gran parte de su túnica se le habían desprendido del cuerpo. Rascando con las manos, intentó asegurar los pies en la tierra, pero una de las botas resbaló, y luego la otra.

—¡Centurión!

Con un grito final, repetido por el eco, desapareció engullido por la oscuridad.

Aparte de los pocos sillares que quedaban intactos en ambos lados, el puente había desaparecido. Desparramados por la ladera norte, había troncos y cuerdas, trozos de sillas de montar y de armaduras; espadas, escudos y lanzas. El silencio no duró mucho. Cuatro milanos negros aparecieron como disparados por en medio del cañón, justo por el lugar donde había estado el puente. Sus cacareos sonaban a burla.

Casio e Indavara estaban sentados el uno al lado del otro, con las manos sobre la arena.

—Por todos los dioses... —susurró Casio—. ¿Qué he hecho?

—Nos has dado una oportunidad —repuso Indavara. Se puso de pie y levantó a Casio para ponerlo junto a él.

Los otros legionarios, aún sobre sus caballos, seguían observando la fisura, estupefactos e incrédulos. Cárnix desmontó y caminó hasta el borde. Se retiró el casco y contempló desde el otro lado a Casio y a Indavara. Levantó una mano, extendió un único dedo y lo movió de lado a lado del cuello.

## XXXII

Dejaron marchar a los caballos y siguieron hacia el norte a pie, sin perder de vista la Vía Roma. El primer refugio al que llegaron era una choza aislada a una milla y media del cañón. La mayor parte del edificio estaba ocupada por un montón de trozos de pedernal cubiertos de telas de araña.

Una vez que los siete accedieron al interior de uno en uno, Casio se quedó contemplando al grupo: Eborio, Nóster, Lentelo y el otro legionario, además de Indavara y Annia. Ninguno de ellos parecía estar menos que exhausto.

—¿Dónde está el resto de tus hombres? —le pregunto a Eborio, que estaba retirando la suciedad de su vaina.

—Los ciudadanos romanos de Darnis decidieron marcharse, así que puse a su disposición a doce legionarios como escolta. Con suerte, los Maseene habrán estado bastante ocupados aquí como para haberse preocupado por ellos.

—Hablaba de los que han tomado parte en la batalla.

Eborio hizo una pausa y luego miró a los tres soldados.

—¿Escapó alguien más?

Lentelo y el otro hombre negaron con la cabeza. Nóster parecía incapaz de enfrentar su mirada a la del centurión.

—¿Sigues estando seguro de que tomamos la decisión correcta? —le preguntó Eborio.

El veterano no respondió. Eborio se apoyó contra la puerta y miró hacia la calzada.

—¿Y ahora qué? —preguntó Casio.

—Suponiendo que vuestro amigo el capitán no haya zarpado, nos dirigiremos al barco. A no ser que tengáis alguna otra sugerencia.

—¿Podríamos llegar antes de que anochezca?

—Quizá. Depende de cuántos Maseene haya entre nosotros y el puerto.

—Y lo que tarde Cárnix en dar la vuelta por el puente oeste —dijo Lentelo.

—Ahora solo le quedan doce hombres —dijo Indavara—. Quince, a lo sumo.

—Pero sabe hacia dónde nos dirigimos —repuso Lentelo.

—Tenemos que ser cautelosos —dijo Casio.

—Estoy de acuerdo —dijo Eborio—. Dejemos que Cárnix se enfrente otra vez a los Maseene si quiere.

—De todos modos, ¿qué ocurrió allí atrás?

—Creí que los Maseene se darían por vencidos, pero llegaron más desde la llanura. Perdí a la mayoría de mis hombres. Cárnix también. Nuestras líneas acabaron colapsándose. Nos tenían acorralados contra la pared de la mansión, pero entonces una docena de hombres de la primera aparecieron a caballo y abrieron una

brecha. Solo los dioses saben cómo salimos de allí. —Eborio dio la vuelta y se apartó de la puerta—. ¿Y vosotros? La muchacha me siguió, ¿verdad?

—Sí —repuso Casio—. Cárnifex la capturó y dio la vuelta a la situación. Se topó con un puñado de sus hombres y nos llevó a la mansión.

Eborio le dedicó una mirada gélida a Annia. La muchacha estaba sentada en el suelo.

—Centurión —dijo Casio—, mi más sincero agradecimiento.

—Lo dijiste tú: alguien tenía que detenerlo tarde o temprano.

Eborio se dirigió al grupo.

—Hay un pozo de camino. Rellenaremos nuestros pellejos de agua allí, luego pasaremos junto a la antigua propiedad de los Tadio y entraremos en la ciudad. Nóster, tú en retaguardia.

—Sí, señor.

—¿Qué tal ese brazo? —preguntó Eborio mientras examinaba un desgarró justo bajo la manga de la armadura del veterano.

Casio observó la cota de malla con envidia. La suya era de una calidad muy superior, pero, como parecía pasar siempre, estaba metida en un petate en algún lugar, no sobre su túnica, que era donde de verdad le servía para algo.

—Es solo un corte, señor. Ya me ocuparé de ello después.

Con aquello, la tensión que había entre Nóster y Eborio se disipó. El centurión se dirigió al otro legionario.

—¿Te he visto cojear?

—No es nada, señor.

Casio llamó la atención del soldado.

—¿Cómo te llamas?

—Adranos, señor.

Al igual que Lentelo, Adranos era bajo, pero de robusta hechura. Eran dos de los hombres más jóvenes de Eborio, pero ambos le sacaban a Casio al menos un par de años.

—Soy el oficial Córbulu. Este es Indavara y la joven es la señorita Annia.

Adranos apuntó al suelo.

—Tus pies están sangrando, señorita.

—Dioses, es verdad —dijo Casio.

Llevaba un par de sandalias ligeras, y correr por terreno abrupto las había hecho trizas, así como también había destrozado sus pies. Su piel estaba lacerada y las suelas de las sandalias, empapadas en sangre.

—Intentaremos buscar otro calzado —propuso Indavara—. O quizá podamos venderlos.

—¿Te duele? —preguntó Casio.

Indavara le tendió la mano para ayudarla y Annia se puso en pie.

—Estaba intentando no pensar en ello.

—Vivirá —dijo Eborio bruscamente. Volvió a la puerta y echó un largo vistazo a la calzada—. Seguiremos a cubierto todo el tiempo que podamos. Y solo porque no estéis en cola o en cabeza no quiere decir que no tengáis que mantener los ojos abiertos. Vamos allá.

La propiedad de los Tadio resultó ser una extensa granja dividida en docenas de campos y huertas de árboles frutales. La ruta que tomaron los llevó a través del grupo de edificios que había en medio de la propiedad. Ya habían rellenado los pellejos de agua, y mientras los demás esperaban dentro de un establo, Eborio y Nóster comprobaban la casa principal para ver si podían encontrar algo de comida. Mientras estuvieron fuera, Casio e Indavara utilizaron una vieja sábana de algodón que encontraron tendida para cubrir los pies de Annia. En circunstancias normales, aquel contacto tan cercano con la muchacha hubiera sido impensable, pero la necesidad mandaba, aparte del dolor, y no podían permitir que nada los retrasara. Con Annia sentada en el suelo entre ellos, cada uno cogió un pie, cortaron la tela con la punta de la jabalina y aseguraron todo el vendaje atando nudos a la altura de los tobillos.

Eborio y Nóster volvieron con las manos vacías; por lo visto, los Maseene y otros oportunistas se les habían adelantado. Pero cuando el centurión volvió a liderar al grupo hacia el norte, pasaron junto a un huerto de higueras. Los pocos higos que quedaban ya estaban algo pasados, pero todos se hicieron con un puñado para ir comiendo, todos menos Annia, que negó con la cabeza cuando Indavara le ofreció la fruta.

Siguieron adelante. Casio se percató de que le estaba costando seguir el consejo de Eborio de que todos debían permanecer alerta. De hecho, le empezaba a costar hacer cualquier cosa que no fuera poner un pie delante del otro y mantener el ritmo. Calculó que debía de hacer ya treinta horas desde la última vez que había dormido. Su nariz, aún dolorida, sus brazos y sus piernas pesaban como el plomo, y la ligera jabalina Maseene ahora se le antojaba tan pesada como una lanza de caballería. Aquel extremo cansancio, no obstante, sí tenía un lado positivo: evitaba que pensase en los horrores de las últimas horas y en los peligros que aún estaban por llegar.

El tronar de los caballos sobre la Vía Roma les llegó antes de ver a los jinetes. Aunque sabía que los Maseene resultarían ser tan despiadados como los legionarios de la Centuria I, Casio sintió alivio de que no fueran Cárnifex y los suyos. Ni uno solo de los veinte indígenas apartó la vista de la calzada en su camino hacia el sur.

Eborio esperó a que Nóster indicase que ya no había peligro antes de seguir adelante. Atravesaron la hilera de palmeras que marcaba el límite sur de Darnis y pasaron bajo el arco de una pequeña villa.

—¿Cuánto queda hasta que anochezca? —le preguntó Casio a Eborio mientras

esquivaba un montón de tejas rotas.

—Puede que una hora.

El centurión, que llevaba el casco en la mano, esperó a que todo el mundo estuviera en el interior de la casa antes de hablar de nuevo.

—A partir de ahora va a ser más difícil. Tenemos que comprobar cada callejón, cada ventana y cada puerta. Y debemos movernos rápidamente si queremos llegar al puerto antes de que caiga la noche.

—¿Qué pasa si Asdríbar ha zarpado? —preguntó Indavara.

Aquella era una posibilidad en la que Casio ni siquiera había querido pensar.

—En ese caso, vosotros tres tendréis que valorar vuestras opciones —repuso Eborio—. Pero podemos esperar hasta la noche y huir hacia el oeste. Tengo familia en un poblado a menos de diez millas de aquí. Ellos nos protegerán.

Eborio miró alrededor, miró las expresiones abatidas de los que lo escuchaban.

—Esperemos no tener que llegar a eso. Nóster, vuelve a empuñar el arco. Puede que necesite que nos cubras mientras seguimos adelante.

El legionario miró a Indavara.

—¿Por qué no lo dejamos a él que lo lleve, señor? Así podré permanecer en la cola. De todos modos, creo que es bastante mejor arquero que yo.

Indavara sabía que sería imposible moverse tan rápido como era necesario con la cuerda tensada, así que decidió llevar una preparada junto al arco en la mano izquierda. El arma de Nóster estaba en excelentes condiciones y, aparte del trenzado que había en la sección central del arco para facilitar el agarre, el arco no era muy diferente al suyo.

Aunque siempre llevara un tiempo acostumbrarse a un nuevo arco, momentos como aquel hacían que las horas de entrenamiento hubieran valido la pena. No había habido oportunidad de utilizar un arco durante el tiempo que fue gladiador, pero siempre había sentido fascinación por aquellas armas. Su habilidad a larga distancia aún estaba desarrollándose, pero en las distancias cortas se consideraba un tirador aceptable, y la distancia corta era precisamente lo que hacía falta ahora. El dedo meñique roto no suponía un problema.

A Indavara las calles de Darnis se le antojaron confusas, pero Eborio parecía conocer cada esquina. A pesar de su corpulencia, el centurión se movía ágil y velozmente mientras lideraba al grupo hacia la Vía Cirenaica. No daba más de veinte zancadas a la vez, siempre encontraba un lugar donde los siete pudieran estar a cubierto y solo se detenía lo suficiente para comprobar el espacio que tenía justo delante.

La opinión de Indavara sobre aquel hombre ya había cambiado. Fuesen cuales fuesen sus anteriores fracasos, los había salvado de una muerte segura en aquel agujero y estaba haciendo todo lo que estaba en su mano para ayudarlos a llegar al

puerto. El último día y la última noche habían resultado ser una vertiginosa serie de giros y dificultades, pero para Indavara ya se trataban de lejanos recuerdos. Annia, Córbulos y él estaban vivos, y todos sus pensamientos se concentraban en un único objetivo: simplemente tenían que llegar al *Fortuna*.

—Ahora —dijo Eborio en un susurro.

Atravesaron el patio de otra vivienda a la carrera. Eborio se detuvo dos pasos más allá de la puerta. Indavara pasó junto a él para que los demás pudieran entrar y vio lo que había hecho que el centurión se parara. Tendidos en el suelo, había un hombre y una mujer de mediana edad, rodeados de ropas desperdigadas y otros objetos personales. Cerca del hombre había una pequeña caja de hierro, vacía. Tanto él como la mujer habían muerto víctimas de varias cuchilladas en el cuello.

Eborio, que no podía erguirse del todo en aquella estancia de techos bajos, se arrodilló entre ambos y cerró los párpados de la mujer con delicadeza.

—Oh, no... —dijo Nóster cuando los vio—. Crotila y Helvia...

Se inclinó y recogió la punta de una jabalina rota.

—Este hombre trabajó con los Maseene durante años. Dio trabajo a muchos de ellos. Hasta Helvia le hizo organizar las cosechas atendiendo a los días de sus festividades.

Indavara miró a Annia y a Córbulos, que aún contemplaban los cuerpos.

—Ya no hay vuelta atrás —dijo Eborio—. Ya no.

—Ha sido una maldición para esta ciudad —dijo Nóster.

El legionario colocó los brazos del hombre a los costados y cubrió ambos cuerpos con una manta.

—Aquí hay algo de comida —dijo Adranos mientras cogía una cesta de mimbre.

—Cógela —dijo Eborio—. Crotila era un hombre generoso.

El centurión entró en una estancia adyacente.

—Por aquí.

Indavara lo siguió a través de una puerta estrecha y esperó mientras Eborio comprobaba la calle que separaba esa casa de la siguiente. Por encima del hombro, Indavara vio una pequeña ventana rota que reconoció. No estaban lejos del mausoleo ni de la casa de Dión, lo que significaba que la Vía Cirenaica estaba cerca.

Al igual que muchas de las viviendas, la casa de enfrente estaba rodeada por una pared baja. Eborio levantó una mano para indicar que Indavara debía quedarse donde estaba, luego se agachó, cruzó la calle y bordeó la pared hacia la derecha. Indavara fue hasta la puerta y oyó a los demás que se alineaban tras él. Eborio se agazapó en la esquina de la pared y miró hacia el norte; luego hizo un gesto para que Indavara siguiera sus pasos.

Indavara daba el primer paso cuando Lentelo tiró de su túnica.

—Espera —susurró el legionario—. Mira allí, a la izquierda.

Los cuatro indígenas iban a pie; caminaban hacia el sur por detrás de una fila de casas. Eborio aún miraba hacia la calle. Indavara dio un paso atrás hacia la estancia

en penumbra y movió la mano para que los demás también retrocediesen, luego tensó una flecha y asomó un poco la cabeza por la puerta.

Los Maseene cargaban con leña y parecían estar buscando más. Dos de ellos vestían lo que parecían ser capas recién robadas y otro llevaba un casco del ejército en la cabeza. Ninguno de ellos portaba jabalina, aunque todos disponían de las dagas atadas a los antebrazos. Pararon al final del callejón, hablaban a gritos. El guerrero del casco era mayor que los otros y su mata de pelo negro le caía casi hasta la cintura. Señaló con la barbilla hacia el punto del callejón donde había estado Eborio.

Indavara supuso que el centurión debía de haber visto a los indígenas y se había escondido.

Uno de los Maseene pareció mostrarse en desacuerdo con el guerrero más viejo, que le respondió alzando la voz y echando a andar por la callejuela. Indavara oyó el siseo de las espadas al ser desenvainadas tras él. Los indígenas cedieron y siguieron a su jefe.

Indavara dio otro paso atrás y aferró la cuerda con más fuerza. Deseó tener una espada a mano.

Los cuatro Maseene pasaron por delante de la puerta, dos de ellos reían por algo. Indavara no conseguía oír sus pies descalzos sobre el suelo, pero cuando las voces se alejaron se adelantó.

Un rato después, Eborio volvió a aparecer por la esquina, con la mano aún sobre la espada envainada.

—Despejado.

Indavara lo siguió. Salieron del callejón y torcieron a la izquierda por delante de la hilera de casas. La Vía Cirenaica estaba justo delante de ellos. Indavara miró a su alrededor: a pesar de que el cielo cada vez estaba más oscuro, su posición se le antojaba demasiado vulnerable. Como para confirmar sus miedos, aparecieron dos jinetes trotando por la calzada.

Eborio, Indavara y los otros se agazaparon y se pegaron a la pared. En unos instantes los jinetes habían desaparecido, pero entonces les llegaron los aullidos de más Maseene, y estos sonaban alarmantemente cerca. Eborio giró a la izquierda a través de la siguiente entrada y levantó las maderas que habían caído taponando la entrada a la casa. Indavara cubría la calle y fue el último en entrar, detrás de Nóster.

—Por Marte, están por todas partes —dijo Adranos.

Eborio se desabrochó la tira de cuero del casco y se lo quitó.

—Avanzaré un poco y comprobaré la calzada, a ver si hay forma de cruzar al otro lado. Me vendría bien que alguien me cubriese las espaldas.

Indavara estuvo a punto de ofrecerse voluntario, pero sabía que debía permanecer con Annia.

—Iré yo, señor —se ofreció Nóster.

—No —dijo Córbulos—. Permíteme. Quiero ver la calzada de primera mano.

—Como desees —dijo Eborio—. Creo que sé desde dónde podemos tener una



buena perspectiva. El resto de vosotros no os mováis. Volveremos pronto.

Después del primer avistamiento de Maseene, Asdríbar dio la orden. Simo había permanecido en la bodega con Clara, echando una mano a los vecinos de Darnis mientras se acomodaban en la ahora apretada bodega, pero en cuanto oyó los gritos que provenían de arriba, subió a cubierta a toda prisa. Llegó cuando la nave zarpaba.

Korinth, Desenna y otros dos hombres le dieron al *Fortuna* un último empujón y subieron a bordo. Asdríbar esperó hasta ver que había espacio suficiente y entonces ordenó a los cuatro remeros de babor que sacasen sus palas e hicieran virar el barco. Mientras gritaba las órdenes, el capitán mantenía los ojos sobre los indígenas; acababan de llegar al final del acceso.

Debía de haber unos veinte de ellos, todos con los pies descalzos y ataviados con sus túnicas pálidas y anchas. Unos pocos portaban jabalinas y todos llevaban jarras o tarros, probablemente llenos de vino. Cuando vieron al *Fortuna* moviéndose, media docena de ellos dejaron el grupo principal y corrieron, pasaron junto al puerto desplomado y fueron hacia el rompeolas este. Pero Asdríbar había hecho sus cálculos, sabía que podía sacar el barco del puerto antes de que los Maseene les dieran alcance.

Eso no significó que el pequeño grupo de guerreros no lo intentara, y no parecía que les preocupasen los desniveles del cemento bajo sus pies desprotegidos. Korinth y Desenna cogieron sendos arcos del barril de las armas y se colocaron junto a la regala de estribor.

En cuanto el *Fortuna* hubo virado en redondo, la boga rápida y profunda de los ocho remeros hizo que saliese cortando el agua hacia la entrada. Con Cegato al timón, Asdríbar fue hacia el mástil y, en silencio, dirigió al veterano con las manos. A medida que la proa se alineaba con el rompeolas, le gritó a Opilio y los remos se escondieron.

Una de las lugareñas y un muchacho adolescente subieron las escaleras para mirar por la escotilla, pero un aullido de Asdríbar hizo que bajaran de nuevo. Cuando los remos volvieron a aparecer y el barco empezó otra vez a ganar velocidad, los Maseene llegaban al final del rompeolas. Korinth y Desenna sacaron sus arcos y apuntaron con las flechas, pero los guerreros ya se estaban contentando con un grito triunfal. Las jabalinas seguían en sus manos, y el único objeto que lanzaron fue una botella que chapoteó en medio de la estela que dejaba el *Fortuna*. Korinth y Desenna bajaron los arcos.

Simo volvió la mirada hacia popa, hacia la ciudad. Había seguido con sus rezos, pero ahora oscuros pensamientos lo desbordaban. ¿Seguían vivos? Quizá incluso estaban viendo cómo zarpaba el barco. O quizá estuvieran tendidos en algún lugar, heridos o muertos, víctima de los Maseene o de Cárnix y los suyos.

—Mantén rumbo norte —le dijo Asdríbar a Cegato antes de acercarse a Simo—.

Más te vale volver a la bodega, haz algo útil, mantén a esa gente alejada de mis remeros.

Sin decir una palabra, el galo caminó de vuelta hacia la escotilla.

—Simo —dijo Asdríbar. El galo se detuvo en lo alto de las escaleras—. No tenía elección.

Casio había esperado que Eborio fuese directo hacia el norte, hacia la calzada, pero torció hacia el oeste. Mientras bordeaban una cisterna de piedra, Casio le preguntó por qué.

—Yo también quiero ver la plaza. Casi hemos llegado.

—¿Y el barco?

—¿Quieres intentar alcanzarlo de una carrera sin saber lo que te vas a encontrar? Adelante.

Parecía imposible moverse más de diez pasos sin topar con los Maseene, y sin la ayuda de las sombras del ocaso para ocultarse, aquel corto trecho podría haber llevado horas. Pero Casio sintió alivio al ver que el sol todavía no se había puesto del todo cuando llegaron a la gran villa que había frente a la plaza. Mientras seguía al centurión a través del descuidado camino que dividía el patio de la villa, podía oír el chispear de los fuegos y los gritos de victoria de los indígenas.

Eborio hizo un descanso junto a la puerta trasera. Casio apoyó el extremo de la jabalina en el suelo y aprovechó la oportunidad para mirar hacia atrás. Por un breve y escalofriante instante, pensó que podía ver a dos hombres, uno de ellos con una lanza, pero a punto estuvo de echarse a reír cuando se dio cuenta de lo que era en realidad. Las llamas de la plaza habían iluminado el fresco que decoraba la pared trasera del patio: la diosa Venus recostada sobre una gran concha. El «lancero» no era sino una ninfa sosteniendo una caña de pescar. La tía de Casio tenía un dibujo idéntico en su residencia de verano.

Eborio le tocó el hombro y señaló hacia la derecha. Al otro lado de la villa había una pequeña torre, coronada por almenas y un tejado cónico. El centurión llevó a Casio hasta el interior, oscuro como la boca de un lobo. Por suerte, los ruidos de la plaza eran más que suficientes como para cubrir su paso accidentado y lleno de juramentos a través de la villa. A la torre se accedía por unas escaleras empinadas que finalmente los llevó a un diminuto espacio circular que parecía intacto desde que los habitantes lo abandonaran. Aunque todo estuviese cubierto por una espesa capa de polvo, había cojines en el suelo y un brasero en miniatura, incluso había una balda repleta de rollos de papiro.

Justo bajo la base del tejado de la torre había dos ventanas enrejadas: una de ellas miraba hacia el norte, hacia la Vía Cirenaica, y la otra al oeste. Casio dejó la jabalina en el suelo y se arrodilló junto a Eborio. Este observaba la plaza.

—Por los dioses... —escupió el centurión.

El fuego había sido alimentado por los puestos del mercado, y de estos no quedaba en pie ni un solo tablón. La montaña de madera era tan alta como dos hombres y casi igual de ancha. Gruesas flores de llamas trepaban hacia el cielo y una espesa columna de humo vagaba hacia las alturas. Casio estimó que debía de haber entre ciento cincuenta y doscientos de ellos. La mayoría bebían, muchos se encontraban enfrascados en airadas conversaciones y hacían aspavientos frente a sus compañeros. Otros, ociosos, sencillamente contemplaban las llamas. En el otro extremo de la plaza, había docenas de caballos atados, al cuidado de algunos de los más jóvenes de la tribu.

Casio pensó en los jóvenes guerreros que Cárnix había crucificado y miró hacia el extremo sur de la plaza. Le sorprendió ver que las cruces y los cuerpos permanecían allí.

—Cérvido... —susurró Casio.

El centurión también estaba mirando las cruces. Y cuando Casio se fijó un poco, se percató de que, de hecho, los dos cuerpos eran los de hombres de mediana edad, no los de dos jóvenes. Cérvido: el legionario que había resultado herido en la cantera.

—Tuviste que dejarlo atrás.

—Sí.

Eborio se apartó de la ventana y se dejó caer bruscamente contra la pared.

—Hasta hoy nunca pensé que los Maseene fueran capaces de tales cosas.

—¿El otro hombre?

—Lafrenio León. Apuesto a que se lo han pasado en grande con él.

Casio observó a un grupo de indígenas pasar junto a las cruces. Todos y cada uno de ellos escupieron por turno al cuerpo del gobernador muerto. Casio miró más allá de la gran fogata, hacia el oeste, hacia la Vía Cirenaica. Había pequeños fuegos más o menos cada cincuenta pasos. Se movió hacia la otra ventana y miró hacia el este. La situación era la misma: había docenas de figuras cerca de cada fogata.

—Dioses... Nunca conseguiremos cruzar.

Casio se volvió hacia el puerto, pero estaba demasiado oscuro como para ver si el *Fortuna* aún estaba allí. Se apartó de la ventana y se sentó frente a Eborio. Después de un rato se dio cuenta de que el corpulento centurión gimoteaba. Casio alargó la mano y le tocó el brazo.

—Manio...

Eborio se secó la cara, tan avergonzado que casi daba la sensación de que estuviese intentando arrancarse las lágrimas de la piel.

—Mis disculpas, Córbulu. Hace tiempo que acepto mi responsabilidad en lo que ha ocurrido aquí, pero eso es muy diferente a convertirse en testigo de los resultados.

—Tú no has causado esto. La sangre de todos los que han caído aquí tiñe las manos de Cárnix, no las tuyas.

Eborio reposó la cabeza contra la pared.

—No es la primera vez que fracaso en mis obligaciones.

—¿Te refieres a cuando te degradaron? ¿Que te enviaran de vuelta a Darnis?

—Hasta tú lo sabes.

—La gente habla. Supongo que debe de haber sido muy difícil, pero al menos fuiste enrolado en una legión para empezar. Yo a duras penas superé el entrenamiento. Si no hubiera sido por el Servicio, dudo que estuviera en el ejército.

—Eres joven. Tienes oportunidad de probarte.

Casio no creyó que sirviese de nada explicar que pensaba que ya había tenido suficientes oportunidades.

—Hoy has demostrado mucho.

—Cuando ya es tarde.

La mente cansada de Casio no pudo pensar en nada constructivo que contradijese aquella observación. Fuera las llamas rugían y siseaban. Cada cierto tiempo un grito de victoria surgía entre los Maseene.

—Siempre se esperó mucho de mí —continuó Eborio con voz queda—, por mi aspecto. A veces pienso que esa es la única razón por la que ascendí, solo porque mi apariencia resultaba impresionante en el campo de entrenamiento como portaestandarte. Cuando llegué a Lambaesis, todo el mundo me dijo que ascendería rápidamente desde las filas. Simplemente me abrumaban con más y más obligaciones, pensando que... prosperaría. Al final creo que acerté al mantenerlo todo durante un año. Un buen día me di cuenta de que no recordaba la última vez que había tenido agua en el pellejo. Poco después volvía a estar aquí.

—Eso ya es historia. Te quedaste. Y le plantaste cara a Cárnix. Yo no creo que hubiera podido hacerlo.

Eborio no dijo nada, algo que a Casio se le antojó un ligero progreso.

Continuó:

—Pensé que moriría en aquel agujero. Lo arriesgaste todo por venir en nuestra busca, deberías sentir orgullo, no vergüenza.

—¿Orgullo? —Eborio miró hacia la plaza—. ¿Por aquello?

—Eres un buen oficial. Yo lo veo, y tus hombres lo saben.

—Mis hombres están muertos.

—No todos. Y Nóster, Adranos y Lentelo necesitan de ti tanto como nosotros. Nadie más puede sacarnos de aquí.

A Eborio le llevó un tiempo responder.

—Hablas bien, Córbulos.

—Mejor de lo que lucho, así que espero que continúes guiándonos tan bien como lo has hecho hasta ahora. ¿Qué hacemos?

Eborio se puso de rodillas y miró por la ventana que daba al norte.

—En cuanto oscurezca de verdad, intentaremos buscar un hueco entre las líneas... para cruzar la calzada.

—En ese caso, volvamos con los otros —dijo Casio dirigiéndose hacia las escaleras.

Eborio se quedó donde estaba.

—Deben de haber pasado unas tres horas desde lo del puente. Suficiente como para que Cárnifex haya llegado a la ciudad. Está aquí. En algún lugar.

## XXXIII

Incluso en el tiempo que tardaron en recoger a los otros y en moverse hacia el este, la cantidad de Maseene pareció multiplicarse, los guerreros llegaban a Darnis desde todas las direcciones. Eborio ya había identificado cuatro clanes locales diferentes; por lo visto, el rumor de que se habían unido ya no era un rumor. Después de una hora corriendo de una casa a otra, al final llegaron al punto que el centurión consideraba el mejor lugar para cruzar la Vía Cirenaica.

Aunque los Maseene controlaban la calzada a lo largo de dos millas desde la plaza, el hueco más amplio se encontraba junto al templo sin tejado de Júpiter. Cuando Casio se unió a él en la esquina del santuario amurallado que había detrás, Eborio le explicó por qué en un susurro.

—Siempre han temido este lugar. Es el único edificio de más de diez pies de alto que aún queda intacto, una prueba del poder del rey de los dioses romano.

—¿Aunque el tejado se haya desplomado? —dijo Casio.

—No se desplomó. Jamás fue construido. Empezaron los trabajos cuando yo era un niño. El templo lo pagó un hombre que se llamaba Salustio, era el más rico de Darnis en aquel entonces. Murió antes de que se completara y su familia decidió que preferían gastarse el dinero en ellos mismos. Pero Salustio insistió en que cada parte de la estructura debía ser tan robusta como fuera posible, dijo que quería que siguiese en pie dentro de mil años.

Casio oyó los jadeos de los demás a medida que iban llegando. Indavara y él habían hecho turnos para guiar a Annia por aquella ciudad laberíntica. Aun así, la muchacha había caído varias veces y casi no había dicho una palabra. Ahora se encontraba justo detrás de Casio, que podía sentir cómo temblaba, a pesar de que Indavara hubiera encontrado una vieja manta y se la hubiera abrochado sobre los hombros con un cordel.

—¿Estamos todos? —preguntó Eborio.

—Estamos todos —confirmó Nóster, que aún estaba encargado de la retaguardia.

—Manteneos cerca.

El centurión los llevó por la amplia escalinata de piedra y pasaron entre dos de las columnas de la estructura a medio acabar. Atravesar un templo tenía sus ventajas, todos seguían un patrón uniforme.

Cerca de la parte trasera estaba la escalinata que llevaba a las estancias donde se hubieran guardado los documentos religiosos y los tesoros. No obstante, aquellos huecos no habían sido construidos, tan solo había una sección de suelo elevado sobre un grupo de pequeñas columnas.

Luego entraron en lo que hubiera sido la cámara principal del templo. El suelo no estaba acabado con baldosas o mosaicos, tan solo había losas de piedra bajo sus pies.

Tampoco había una estatua de Júpiter, solo un gran pedestal vacío donde Eborio aguardó a que los demás le dieran alcance. Cuando todos se detuvieron, Casio se dio cuenta de que podía oír los chillidos y las carreras de las ratas en algún lugar del subsuelo.

Eborio continuó a través de un amplio portalón a la sección porticada de la parte delantera del templo. Más allá quedaba el podio desde donde los sacerdotes se dirigían a los fieles; luego otra escalinata hacia abajo, hacia el patio rodeado de un muro bajo junto a la calzada.

El centurión hizo un alto junto a una columna, Casio y los otros se unieron tras él. Los Maseene se habían mantenido alejados de la parte frontal del templo, pero habían encendido hogueras a ambos lados. Solo se veía a los indígenas cuando pasaban delante de las llamas: siluetas delgadas, de pelo largo, engullendo vino y alzando sus jabalinas. Un grupo cantaba una canción melódica y otro grupo reía de forma estruendosa.

Casio bajó la escalinata tan despacio como lo hacía Eborio, manteniendo la jabalina en alto para no golpear la piedra. Ya estaban muy cerca. Una vez que cruzasen la calzada podrían moverse fácilmente a lo largo de la costa y hacia el puerto. Pero ¿y el *Fortuna*? ¿Habría zarpado Asdríbar?

A mitad del patio, Eborio se detuvo junto al altar del templo.

—Yo iré primero —susurró—. Esperad un rato y luego que pasen Adranos y Lentelo. Córbulu, la muchacha y tú, después de ellos. Luego Nóster. Indavara, ¿te importa cubrir la calzada?

Sin decir una palabra, Indavara se dirigió al muro del patio. Eborio y los soldados caminaron hacia la entrada.

—¿Ahora vamos al barco? —preguntó Annia, cuyos dientes castañeteaban.

—Con un poco de suerte —dijo Casio.

—Tengo frío. Mucho frío.

—Lo sé.

La cogió del brazo y la llevó con los otros. Eborio y los legionarios estaban agazapados comprobando la calzada. Casio podía identificar a Indavara a la derecha. Estaba de rodillas, con la cabeza un poco por encima del muro.

—Nos vemos al otro lado —dijo Eborio.

Se puso en pie y cruzó la calzada con temeridad. Su amplia espalda cubierta de hierro no tardó en confundirse con la oscuridad.

Lentelo susurró una breve plegaria a Júpiter, que Adranos repitió. Casio cerró los ojos y también le dedicó unas palabras al dios de los dioses.

—¿Ahora? —preguntó Lentelo.

—Espera un poco, hombre —advirtió Casio—. Dijo que le diéramos un momento.

—Mierda —dijo Adranos—. Mirad.

A su derecha, tres guerreros Maseene caminaban hacia la plaza dejando atrás la

hoguera. Uno llevaba una antorcha.

Los legionarios se arrastraron hacia atrás. Casio y Annia siguieron a Nóster, que había gateado hasta encontrarse detrás del lado izquierdo del muro. Casio se apoyó contra los fríos ladrillos e hizo una mueca cuando la jabalina dio un golpe en el suelo de piedra. El temblor de los dedos de Annia pareció contagiarse a los suyos, pero apretó los dientes y procuró resistirse.

Las suaves, casi silenciosas pisadas de los Maseene hacían que su posición fuese difícil de precisar. Empezaron a hablar a unos pasos de distancia de la entrada del templo y luego se pararon. La antorcha se antojaba demasiado luminosa, su brillo llegaba mucho más allá del altar en el patio. Casio inclinó la cabeza.

Uno de los indígenas soltó un eructo.

Nóster estaba a la derecha de Casio. Casio sintió que se llevaba la mano a la espada, preparado para desenvainar y atacar. Casio deslizó la mano hacia una parte de la jabalina que no estuviera tan empapada en sudor. También él debía estar preparado.

Luego llegó un leve sonido de movimiento y las voces se fueron alejando.

—Vamos —susurró Nóster, y todos volvieron a su posición junto a la entrada.

—Ahora vosotros dos —dijo Casio.

Lentelo y Adranos se pusieron en pie, y se fueron alejando de su escondite junto al muro. También ellos desaparecieron en la oscuridad.

—Annia, ¿estás lista?

—Sí.

Casio echó un último vistazo en ambas direcciones. Todo despejado.

Agarró su mano con fuerza. Se incorporaron y comenzaron a cruzar la calzada. Al primer golpe de sus tachuelas contra el suelo, Casio se obligó a ir más despacio. No se atrevía a mirar hacia los Maseene, así que siguió mirando al frente mientras caminaban. Solo cuando pisaron los matorrales del otro lado consiguió ver a Eborio. El centurión estaba oculto entre dos arbustos, haciéndoles gestos con la mano para que siguieran adelante. Una vez que Casio y Annia estuvieron junto a él, se volvió hacia sus hombres.

—Hay un sendero por ahí detrás, en algún sitio, que lleva directamente a la costa. Id a buscarlo.

—Sí, señor.

Casio miró fijamente al otro lado de la calzada, pero todo lo que podía ver eran las grandes columnas del templo, negras con el cielo gris oscuro de fondo. Luego se materializaron dos siluetas que surgieron de la oscuridad, la una bastante más voluminosa que la otra. Indavara y Nóster cruzaron el uno al lado del otro y cayeron agachados junto a los demás.

—Gracias a los dioses... —dijo Eborio.

—A Júpiter en particular —añadió Casio.

—Si el barco se ha ido, puede que la costa sea la forma más segura de salir de la ciudad —dijo Eborio.



—¿Y ese poblado? —preguntó Casio—. ¿Podríamos llegar antes de que amaneciera?

—Probablemente. Esperemos que no sea necesario.

Nóster se puso en pie y contempló las marismas.

—¿Son esos Lentelo y Adranos?

—¿Ya están de vuelta? —dijo Eborio girándose.

Casio apenas podía ver las dos figuras que iban hacia ellos.

—Volved al otro lado —dijo Indavara poniéndose delante de Annia.

—¿Cómo? —dijo Eborio.

—No son ellos —dijo Indavara alzando el arco—. Mirad.

Casio lo vio enseguida. Una de las dos figuras solo tenía un ojo brillando en la oscuridad: Mutilo.

Detrás de él, un grito desesperado:

—¡Eborio, ayúdanos!

—¡Lentelo! ¡Adranos! —gritó Nóster.

—¡Ayu...! —el segundo grito acabó en gemido.

Otro grupo de hombres apareció detrás de Mutilo.

Casio cogió a Annia de la mano y corrió, cruzando la calzada de vuelta con Nóster y Eborio siguiéndolos de cerca.

Indavara tensó la cuerda del arco, apuntó a Mutilo y soltó. Oyó un chirrido metálico cuando los legionarios apretaron el paso, las espadas en alto, las armaduras tintineando. Procuró ignorar los aullidos de los Maseene que se encontraban cerca, se volvió y corrió para unirse a los otros.

Annia, de algún modo, golpeó el extremo del muro y Casio notó cómo la mano de la muchacha se le escurría y ella caía al suelo. Eborio y Nóster derraparon al frenar detrás de él y la ayudaron a levantarse.

—Rápido —dijo Eborio, dándole un empujón en el hombro—. ¡Por el templo!

Casio y Annia siguieron corriendo; solo pararon cuando llegaron a la base de la escalinata. Casio se dio la vuelta y vio a Eborio y a Nóster a ambos lados del altar con las espadas ya desenvainadas.

Indavara se detuvo lo suficiente como para disparar otra flecha contra los legionarios y luego superó la entrada a la carrera. Uno de los soldados emitió un alarido y solo consiguió dar dos pasos tambaleantes antes de caer al suelo. Mutilo saltó sobre él y guio al resto hacia el patio.

—¡Casio!

Annia señaló a lo alto de la escalinata. Plantada en lo alto, había una gran silueta flanqueada por dos hombres a cada lado. La silueta del casco con la cresta cortada era inconfundible. Cárnix hizo un gesto con la mano y los cuatro legionarios cargaron escalinata abajo.

Casio arrastró a Annia junto a él y corrió hacia el lado este del templo.

—También los tenemos a la espalda —aulló—. ¡Por aquí!

Eborio y Nóster salieron tras él.

Indavara estaba muy alejado. El arco y el carcaj estorbaban ahora más de lo que ayudaban, así que se los tiró a Mutilo y echó a correr detrás de los demás.

Los hombres de Cárnix descendieron del podio en diagonal para intentar detenerlo; el más rápido de ellos casi lo había adelantado. Saltando de escalera en escalera, el legionario levantó la espada. Era diestro, así que Indavara estimó que la hoja estaba lo suficientemente lejos como para arriesgarse a un ataque preventivo.

Superó dos escaleras de un salto y se interpuso en la trayectoria del legionario. El empujón con el hombro derribó al legionario, que cayó sobre la piedra inmisericorde.

Uno de los soldados que venía detrás tropezó y cayó volando por encima de él. Una mano desbocada agarró la bota del gladiador. Trastabilló y perdió el equilibrio hasta tal punto que sus manos rozaron las escaleras, pero, de alguna manera, consiguió mantenerse en pie. Unos pasos más lo llevaron hasta la esquina del templo. Saltó al suelo y siguió a los otros hacia la derecha. Más gritos llegaban de la calzada. Los Maseene ya estaban en marcha.

—¡Vamos! —gritó Eborio desde algún punto en cabeza.

Casio no dudaba de la voluntad de Annia de correr, pero la muchacha estaba sencillamente exhausta. Gimoteaba a cada paso y a punto estuvo de caer de nuevo cuando llegaron a la parte trasera del templo.

—Annia, vamos.

Eborio y Nóster estaban a unos pocos pasos detrás de ellos y evitaron, por poco, empotrarse contra ambos.

Indavara ya los había alcanzado. Se metió entre los dos soldados apartándolos con los hombros.

—¡Jabalina!

Casio se la entregó.

Eborio cogió la otra mano de Annia y dieron la vuelta a la esquina del templo con Nóster.

Indavara se preparó para lanzar la jabalina en el momento en que el primer legionario irrumpió en su campo de visión. Era evidente que aquel hombre había adelantado a Mutilo, pero pagó un alto precio por su entusiasmo. De nuevo Indavara apuntó bajo y, de nuevo, le acertó a algo, porque en ese momento el soldado se inclinó y cayó de cabeza al suelo delante de él. Indavara dio otro respingo y volvió a correr.

Los otros acababan de girar a la izquierda en la siguiente calle, Casio y Eborio ya prácticamente arrastraban a Annia con ellos. Casio sabía que solo era cuestión de tiempo hasta que cayera de nuevo.

—Eborio, ya no puede más —dijo—. Tenemos que parar y ocultarnos en algún lugar.

—Muy bien, hazlo —repuso el centurión—. Nosotros intentaremos alejarlos. ¡Nóster, por aquí!

Los dos soldados frenaron y luego volvieron sobre sus pasos.

Por suerte para ellos, Indavara estaba desarmado. Acababa de torcer por la calle, y, de haber tenido una espada en la mano, la habría blandido contra las dos siluetas que corrían hacia él salidas de las tinieblas.

—¡Sigue! —gritó Eborio antes de girar a la derecha hacia un callejón cercano. Nóster y él siguieron gritando para intentar atraer la atención de los legionarios.

Indavara seguía corriendo, pero no tardó en darse cuenta de que nadie lo perseguía. Redujo su carrera hasta encontrarse caminando y escuchó. Se oían más gritos al este, pero no podía identificar de quién. Y creyó también oír voces más suaves cerca de él. Luego llegó el ruido de pisadas firmes tras él y el repiqueteo de las pesadas armaduras.

—¡Tengo a uno!

—¡Aquí, señor!

Sabía que podía dejar atrás a los legionarios, así que Indavara salió como un rayo calle abajo. Ya se estaba alejando cuando oyó una voz familiar espetando maldiciones. Vio a Casio a su derecha intentando forzar una puerta. Annia estaba junto a él. Se volvieron justo cuando Indavara saltaba el muro de la casa.

—Córbulo, apártate.

Casio tiró de Annia hacia un lado al tiempo que Indavara ganaba velocidad. Pasó junto a ellos y saltó hacia la puerta. Su hombro impactó contra la puerta arrancándola limpiamente del marco. Cayó encima de ella y se deslizó hasta la estancia a la que llevaba.

Casio pasó junto a él a toda prisa, tirando de Annia.

—Los tenemos justo detrás.

De nuevo en pie, Indavara se agachó, cogió los lados de la puerta y la elevó. Esperó a que el primer legionario entrara a la vivienda para lanzársela directa al pecho.

La madera se astilló cuando impactó contra la armadura de placas, empotrando al legionario contra los que venían detrás.

La casa estaba oscura. Casio avanzaba con dificultad, centrado en no soltar a Annia. Empujó una mesa a un lado y se encontró frente a otra puerta. Probó con el pasador, pero también estaba trancado.

—¡Moveos! —gritó Indavara.

Los legionarios se repusieron rápido.

—Lo tengo —dijo Casio.

Empujó a Annia hacia un lado, cogió carrerilla y se lanzó contra la puerta. Para su sorpresa, cedió con facilidad, y medio cayó a la estancia contigua. Colisionó contra una silla que había junto a la pared a su izquierda.

Vagamente consciente de que había una luz cayendo desde la derecha, Casio se dio la vuelta y vio a Indavara y a Annia pasar juntos por la puerta; la fornida corpulencia de Mutilo asomaba tras ellos. Dado que no disponía de otra arma, agarró

la silla.

«Él o yo».

Armado con un rugido, Casio salió disparado frente a Indavara y Annia y reventó la silla en el casco de Mutilo. La silla se desintegró en sus manos, pero al menos consiguió detener al optio. Con la cabeza aún inclinada hacia abajo, Mutilo lanzó un puñetazo al aire. Su brazo dio de refilón en la cara de Casio haciendo que este se tambaleara hacia atrás. Casio se golpeó con algo y cayó sobre sus nalgas. Por el sonido del gruñido que siguió, Casio supo que ese algo era Indavara.

De pronto había mucha luz llegando del otro extremo de la estancia. Mutilo y sus hombres se detuvieron a un paso de la puerta. Casio, Indavara, Annia y los legionarios se volvieron a la vez.

A unos pasos de distancia un joven Maseene que llevaba una antorcha los observaba boquiabierto. Tras él había una veintena más de jóvenes guerreros reunidos alrededor de un fuego en mitad de una habitación donde una olla humeante colgaba de una varilla. La mayoría tenía jarras de madera en la mano, y muchos derramaron el vino cuando, repuestos de la sorpresa inicial, dieron un salto para ponerse en pie. El más corpulento de los jóvenes señaló a los intrusos y aulló; luego alargó la mano hacia su jabalina.

—¡Apartaos! —gritó una voz familiar.

Mutilo y los otros legionarios se hicieron a los lados y el mismísimo Cárnifex entró en la habitación, cubierto de nuevo por su coraza musculada y su casco. El sudor brillaba en su cara ancha y ceñuda. Apuntó con la espada a Casio e Indavara y estos se levantaron.

—Ya estoy harto de esta mierda de andar corriendo por las calles.

Casio miró por encima de su hombro. Annia estaba pegada contra la pared al lado de otra puerta.

Una jabalina voló atravesando la habitación e impactó contra el casco de Cárnifex. Sin siquiera hacer una mueca, miró con curiosidad hacia los Maseene. Levantó la espada muy alto y rugió hacia ellos.

—¡Yaahhhhhh!

El joven indígena que llevaba la antorcha dio unos pasos hacia atrás y cayó.

Cárnifex rio entre dientes. Mientras tanto, más de sus legionarios iban amontonándose tras él.

—¿Sabéis el problema que tienen estos pies descalzos? —les dijo a Casio e Indavara—. Que nunca se han molestado en comprender el valor de una buena armadura.

El Maseene más corpulento soltó su jabalina, caminó hacia el fuego y arrancó la olla del gancho. Los otros indígenas se apartaron de su camino al tiempo que corría y la vaciaba contra Cárnifex. Casio e Indavara se alejaron cuando la olla impactó contra la coraza del centurión y le salpicaba la cara la mayor parte del agua hirviendo.

Hubo una extraña pausa y luego la espada de Cárnifex repiqueteó contra el suelo.

Se agarró las mejillas con las manos y cayó de rodillas; el vapor se filtraba entre sus dedos.

—¡Aaaggggghh!

Envalentonados, los jóvenes guerreros Maseene avanzaron con las jabalinas preparadas.

Mutilo y los legionarios se adelantaron para proteger a Cárnifex, y en cuestión de unos instantes había estallado una encarnizada pelea.

Casio e Indavara se prepararon para cargar hacia la puerta.

—Permíteme —dijeron a la vez.

Annia levantó el pasador y empujó la puerta.

Los tres se adentraron corriendo en la oscuridad. Otro grupo de Maseene con antorchas recorría la calle hacia ellos, atraídos por el ruido de la refriega.

—Aquí.

Casio llevó a los otros dos en la dirección opuesta y detrás de una cisterna de piedra. Los indígenas entraron en la vivienda.

—¿Y ahora qué? —preguntó Indavara cuando los indígenas hubieron desaparecido—. No tenemos ni un arma entre los dos y Annia ya no puede con sus pies. Necesitamos algún lugar en el que escondernos hasta el alba.

Casio ya había pensado en aquello.

—Seguidme.

—¿Estás seguro de esto? —susurró Indavara cuando llegaron a lo alto de las escaleras. Se detuvieron un momento para mirar hacia la Vía Cirenaica. Había menos Maseene junto a las hogueras, pero algunas antorchas dispersas aún parecían rodearlos.

—Es el último lugar en el que buscarían, ¿no?

Casio apartó los ojos de la calzada para acostumarlos de nuevo a la oscuridad. Pasó las pequeñas columnas y llegó a la escalinata que llevaba hacia la parte derecha de las estancias inacabadas del templo. Bajo la capa de polvo y a medida que palpaba el camino, sintió la piedra, fría al tacto. Esperó a que Indavara y Annia llegaran a la esquina, luego la dobló y siguió hacia arriba. La sección desnuda de suelo formaba una plataforma que quedaba a unos diez pasos de altura. De día, el lugar se vería expuesto; en la oscuridad, su única desventaja era que carecía de una ruta de escape.

Aunque las baldosas de piedra daban una reconfortante sensación de solidez, Casio se movió con cuidado al centro de la plataforma. Indavara trajo a Annia hasta él y entre ambos la sentaron. La muchacha había conseguido retener la manta, y la arrebujaron en ella como mejor pudieron, asegurando los extremos bajo su cuerpo. Annia consiguió balbucir un «Gracias» antes de tumbarse entre ellos.

Casio había perdido su pellejo de agua en algún momento, así que ni siquiera tenían un poco de agua para beber. Indavara y él tan solo llevaban puestas las túnicas,

y el frío de la piedra pronto les llegó a los huesos.

—Me preguntó dónde estarán Nóster y Eborio —dijo Casio.

—A mí me preocupa más Cárnix —repuso Indavara.

—No creo que haya salido de esa casa. Loados sean los dioses por esos jóvenes indígenas de entendederas rápidas.

—No imagino nada interponiéndose en el camino de ese viejo cabrón.

—Sabían que intentaríamos cruzar por aquí. Simplemente nos estaban esperando.

Casio miró hacia Annia mientras esta se acomodaba de costado. Aún temblaba mucho. Su cabeza desnuda reposaba contra la piedra.

Se desató una de las botas y se descalzó.

—Espero que no te importe el olor. Dioses, necesito un baño. —Casio levantó la cabeza de Annia con mimo y le colocó la bota debajo—. Pobre muchacha. Lo que ha pasado hoy.

—Te jodió bien el plan, ¿eh?

—Al menos puede que pierda un poco de esa faceta arrogante, siempre y cuando salgamos vivos de esta. —Casio no podía ver bien la cara de Indavara en la oscuridad, pero sí podía percibir que miraba a Annia—. Te gusta de verdad, ¿no?

Indavara no respondió.

—Bueno —continuó diciendo Casio—. Cosas más raras se han visto. Y a ella parece que también le gustas tú.

—No estoy seguro. Creo que para ella era un juego.

—Ya te dije que las mujeres pueden ser complicadas. Si alguna vez volvemos a Antioquía de una pieza, nos haremos con un par de chicas para la casa, para que hagan todo lo que digamos y atiendan todas nuestras necesidades. Nada de complicaciones. ¿Qué tal suena eso?

Casio pudo oír la sonrisa en la voz de Indavara.

—Suena bien.

Miró hacia el puerto. Aún no podía distinguir si el *Fortuna* seguía allí o no.

—¿Crees que habrán partido ya? —preguntó Indavara.

—Si Simo ha podido hacer algo, no.

—¿Y si se han ido?

Casio aún procuraba no pensar en eso. Hubieran tenido alguna oportunidad de haber estado Eborio con ellos para guiarlos, pero solos, sin armas y con Annia en tal estado...

—Míralo desde otro ángulo: estamos en mejor posición de lo que estábamos en aquel maldito agujero, así que, sean cuales sean nuestras cuitas, me voy a quedar con los avances de las últimas horas.

Indavara se tumbó.

—¿Vas a dormir? —preguntó Casio.

—A descansar.

Casio se quedó sentado en la oscuridad, con las rodillas pegadas a la barbilla y los

brazos rodeándose las. Volvió a pensar en el agujero, en lo que Indavara le había dicho cuando ambos creían que estaban a punto de morir. Todo encajaba ahora. Nunca había dicho nada de su familia ni de su pasado porque no sabía nada. Y aquella inocencia infantil... Sabía tan poco de la vida y del mundo porque todo lo que había conocido era la arena.

Casio tenía la boca abierta, a punto de decir algo. No lo hizo. No era el momento. Necesitaban descansar. Puso la cabeza sobre las rodillas y cerró los ojos.

## XXXIV

Solo en una ocasión, a lo largo de la noche, vieron acercarse por allí a los Maseene. Entre cabezada y cabezada, Casio se despertó cuando oyó sus voces y se arrastró hasta el extremo de la plataforma. Miró a través de los pilares del templo, pero los indígenas se movían a toda velocidad, de vuelta a la calzada. No tenía idea de la hora que era, pero había muchas menos antorchas encendidas y la mayoría de los guerreros parecían haberse congregado en torno a la fogata de la plaza. Una vez más buscó el *Fortuna* con la mirada, pero no vio nada, ninguna luz, nada que pudiera darle alguna esperanza. Indavara también se movió, pero volvió a acostarse de nuevo cuando se dio cuenta de que no pasaba nada. Al igual que él, Casio se tumbó junto a Annia, para intentar darle algo de calor. Ahora dormía profundamente y había dejado de temblar.

Cuando Casio cerró los ojos no encontró sosiego y paz, tan solo el ruido confuso de todo lo vivido en las últimas horas. Habían sido dos travesías interminables: una por los campos, otra por calles oscuras. Y el terror de la última persecución, con Cárnifex y los asesinos de la Centuria I pisándoles los talones.

Y lo peor, el cañón. Soldados y caballos rodando hacia el negro agujero, cayendo en lugares que solo los dioses sabían. ¿Habría sobrevivido alguno? ¿Habría mirado hacia la luz pidiendo socorro? ¿O simplemente habían seguido cayendo, cayendo, cayendo...?

Una mano sacudiéndole el brazo lo arrancó de su sueño. Los ojos verdes de Indavara sonreían. Más allá de él, el cielo era unos tonos más claro de lo que había sido cuando Casio cayó dormido. Mientras se incorporaba, Indavara apuntaba hacia el mar.

El *Fortuna Redux* estaba plácidamente anclado a menos de un cuarto de milla de la costa, una distancia similar a la que había hasta el este del puerto. La botavara estaba izada, los remos estaban fuera y podían verse varias siluetas moviéndose por cubierta.

—Gracias a los dioses inmortales... —dijo Casio.

—Pero aún hay algo mejor —dijo Indavara mirando de reojo a la calzada.

Aunque aún había fogatas encendidas, los Maseene estaban tendidos a los lados de la calle, cubiertos de mantas y pieles. El único hombre que se veía de pie estaba aliviando sus necesidades en un arbusto. Zigzagueó de vuelta a la hoguera y se desplomó sobre su provisional lecho.

—El vino —dijo Casio.

—O puede que acaban con Cárnifex y los otros —repuso Indavara—. Puede que piensen que no queda nadie con quien luchar.



—¿Qué hay de Eborio y de Nóster?

—Tenemos que irnos ahora que podemos.

Casio miró a Annia, que acababa de despertar. Ya había algo de luz; podía ver la sangre que le empañaba los vendajes de los pies.

—De acuerdo. En marcha.

Casio le retiró la manta y la ayudó a incorporarse.

—Annia, el *Fortuna* está ahí, ¿lo ves? Debemos irnos ahora.

Se apartó el pelo de los ojos y le apretó el brazo cuando vio el barco. También hubo un trazo de sonrisa.

La garganta de Casio estaba seca en extremo. Resistió la tentación de toser y se arrastró por la plataforma. Sus miembros agarrotados se resistían a plegarse a sus deseos. Esperó a los otros; luego, lentamente, fueron bajando hasta el suelo del templo. Miró alrededor, pero no vio ni rastro de que hubiera nadie cerca. El aire frío de la mañana estaba cargado con el humo de las hogueras Maseene.

Annia hizo una mueca de dolor al bajar los últimos peldaños.

—Un último esfuerzo —dijo Casio—. Simo cuidará de ti en cuanto volvamos a bordo.

Casio empezó a andar a través del templo a medio construir y hacia la calzada; miraba con cautela en todas direcciones. La luz del alba revelaba imágenes que no habían podido ver en la oscuridad: los restos de las hogueras, un montón de hojas de palmera secas hasta casi haberse convertido en polvo, el brazo de una estatua con la mano alargada hacia el cielo... La maleza crecía por entre los adoquines del suelo y las bases de las columnas.

Casio llegó al podio y miró a la izquierda. Solo había tres Maseene tumbados junto al fuego que quedaba al oeste. Había más hombres, al menos diez, alrededor de un montón de cenizas humeantes hacia el este, pero dormían igual de plácidamente. Esperó a un asentimiento de Indavara y bajó de puntillas la escalinata. Aparte de los cantos de los pájaros que anunciaban el amanecer, todo lo que podía oír eran los ronquidos de los indígenas. Se le antojó una eternidad llegar hasta el altar.

—Debemos mantenernos agachados —dijo.

De nuevo a cuatro patas, gateó hasta la entrada y comprobó la calzada. Podía ver tan solo a un guerrero de pie.

—¿Listos?

—Vamos —susurró Indavara detrás de él—. Clarea por momentos.

Al igual que la noche anterior, Casio no miró hacia ningún lado de la calzada cuando cruzó. No podrían haberle importado menos la suciedad y el dolor que sentía en las rodillas, siempre y cuando llegaran al otro lado.

Una vez que superaron los adoquines, buscó un camino a través de los espinosos arbustos, deteniéndose solo cuando los Maseene dejaron de estar en su campo de visión. Cuando él y los otros se pusieron de pie, tuvo que resistir la tentación de sonreír.

—Dioses, casi parece fácil.

—Eso es lo que me preocupa —repuso Indavara adelantándolo.

No tardó en encontrar el sendero que Eborio había mencionado y, diez pasos más allá, dieron con el cuerpo de Lentelo. El pobre desgraciado estaba tumbado de bruces en medio de la densa maleza y le habían golpeado, al menos, media docena de veces; un tajo particularmente desagradable casi le había cercenado el brazo.

—Oh, no —dijo Annia.

Indavara fue directo a hacerse con la espada del legionario. Tuvo que forzar los dedos del muerto para liberarla. Volvieron a ponerse en camino. Casio miraba alrededor, pero no había ni rastro de Adranos.

El suelo estaba menos húmedo en aquella zona que al oeste, y el trecho de verdor entre la Vía Cirenaica y la costa era más bosque que marisma. Casio miraba con ojos ansiosos al *Fortuna* entre los árboles y tenía que recordarse continuamente que debía seguir mirando atrás. Indavara aceleró el paso y Annia, de algún modo, consiguió mantener el ritmo. Y para cuando llegaron a la playa arenosa, los tres estaban casi corriendo.

Indavara y Annia empezaron a mover los brazos hacia el barco y, en cuanto se aseguró de que no había nadie más a la vista, Casio se unió a ellos. No podía identificar a los tres hombres que había en cubierta: estaban cerca de la proa y parecían estar manipulando el ancla.

—Estamos aquí —urgió Annia—. Estamos aquí.

—Por favor —imploró Casio.

Era como si los marineros estuvieran haciendo por ignorarlos, y sus aspavientos se tornaron tan desesperados que Casio apenas podía contener los gritos. De pronto, consciente de que toda su atención estaba puesta en el barco, se giró hacia la espesura, temiendo que los Maseene los hubieran visto. Pero el sendero estaba lejos de ser recto y la vegetación era espesa: ni siquiera podía ver el templo.

—¡Eh! —gritó Annia.

Casio se dio la vuelta. Dos de los marineros los estaban saludando con la mano y el tercero corría hacia la popa. En unos instantes más hombres emergieron a través de la escotilla. Casio vio salpicar el agua: los remos empezaban la boga.

De nuevo, tuvo que reprimir una sonrisa. Aún no estaban a bordo.

—Vamos.

Empezó a caminar a grandes zancadas a lo largo de la costa y hacia el puerto. Cuando los otros se unieron a él, oyó crujidos entre la maleza a su izquierda. Indavara se puso delante, con la espada de Lentelo preparada. Casio vio una túnica roja y luego un enorme brazo que apartaba una rama a un lado.

Eborio sonreía. También Nóster, que apareció por detrás de él sorteando una maraña muy densa de arbustos. Eborio llevaba el casco en la mano; la manga derecha de la cota de malla había sido arrancada, dejándole un borde desigual sobre el hombro. Nóster aún estaba en peores condiciones. Llevaba una venda improvisada

alrededor de la rodilla y necesitó la ayuda del centurión para llegar hasta la arena.

—Loados sean los dioses —dijo Casio al tiempo que estrechaba antebrazos con su compañero el oficial.

Eborio ya estaba mirando por encima del hombro de Casio hacia el *Fortuna*.

—¿Habrás sitio para dos más en esa cosa?

—Por supuesto.

Eborio estrechó antebrazos también con Indavara y se tomó un instante para saludar a Annia. Casio palmeó el hombro de Nóster y le miró la rodilla.

—¿Estás herido?

—Más o menos. Me empotré contra un muro. Parece que mi rodilla mira hacia el lado equivocado.

Eborio rodeó la espalda de Nóster con el brazo y lo ayudó a caminar a lo largo de la orilla.

—Vamos, viejo.

Indavara se puso el primero del grupo y mantuvo la mirada puesta a su izquierda mientras se acercaban al puerto.

—¿Qué ha sido de vosotros? —le preguntó Casio a Eborio.

—Conseguimos huir de los primeros, pero luego topamos con más Maseene. Pasamos casi toda la noche ocultos en una cisterna, luego cruzamos la calzada, hará una hora. Sabíamos que vendríais por aquí si sobrevivíais a la noche. ¿Y vosotros?

Para cuando Casio acabó de relatar lo sucedido, el ancla del *Fortuna* estaba levada y cuatro pares de remos estaban en el agua. Casio supuso que la gran silueta que había cerca de la proa se parecía a Simo.

Al este del puerto, los almacenes estaban cerca de la orilla. Solo un estrecho cinturón de arena los separaba del agua. Más allá del amplio portalón del primer edificio se extendía un interior oscuro y cavernoso. El rectángulo de luz en el otro extremo parecía muy lejano. Casio aún miraba en esa dirección cuando oyeron una voz frente a ellos.

—Buenos días a todos.

Cárnifex emergió de una esquina del almacén. Aún en cabeza, Indavara se detuvo a cinco pasos de él.

El viejo centurión aún llevaba la coraza y el casco. Dio un toque con la punta triangular de su espada contra el pesado escudo circular decorado con un fénix negro. Su cara era un amasijo rosado: el agua hirviendo le había arrancado la piel de las mejillas, la nariz y la frente.

Annia se refugió en los brazos de Casio. Hubiera echado a correr de no haberse abrazado al romano.

—Es una lástima —dijo Indavara—. Esperaba que los Maseene hubieran acabado contigo.

—Hace falta más que una pandilla de pies descalzos para acabar con el viejo Carn. Te dije que me cobraría algo de tu sangre, ¿verdad, muchacho?

Indavara volvió la vista a Eborio. Cárnifex observó la reacción del centurión más joven y esbozó otra de sus medias sonrisas cuando Eborio dio un paso al frente y se colocó junto a Indavara. El guardaespaldas mantenía la mirada fija en Cárnifex mientras se dirigía a Casio.

—Córbulo, lleva a Annia al barco.

—Tú también, Nóster —añadió Eborio mientras se calaba el casco.

—No lo creo, señor.

—Es una orden.

Por primera vez en su vida, Casio quería quedarse y luchar. Cárnifex merecía la muerte más que cualquier hombre con el que se hubiera topado. Pero no llevaba arma, y la verdad era que hubiera supuesto más un estorbo que una ayuda.

—Volveré —dijo apartando a Annia de los demás.

—Te estaré esperando, cobardica de mierda —dijo Cárnifex.

—Vamos —le dijo Casio a Nóster.

Puso la mano que tenía libre alrededor del hombro del legionario. Este cojeaba. Y se adentró con ambos en el almacén.

—Llevo tiempo esperando esto —dijo Cárnifex al tiempo que flexionaba los hombros—. Veamos..., ¿quién va ser el primero en hacerle una visita al barquero?

Indavara estaba a su derecha, Eborio a su izquierda. Después de un breve asentimiento, ambos se abalanzaron contra él lanzando sendas estocadas. Cárnifex desvió la espada de Eborio con el escudo e intercambió espadazos con Indavara, una de las hojas golpeando el cuero que cubría la madera, la otra arrancando sonidos metálicos, hierro contra hierro.

Dadas las condiciones en que se encontraba el viejo soldado, Indavara prefería cansarlo, pero Cárnifex tenía otra idea en mente. Empujó a Eborio con un golpe de escudo y se abalanzó sobre Indavara. Sus hojas chocaron y soltaron chispas cuando la espada de Cárnifex se deslizó hasta la empuñadura de Indavara, cuyo pulgar a punto estuvo de acabar cercenado.

—Eres muy lento, muchacho —se regodeó Cárnifex. Dio unos pasos atrás y volvió a ponerse en posición—. Muy despacio.

Luego se dirigió a Eborio.

—¿Puedes hacerlo mejor, Manio?

Después de su ataque fallido junto al agujero, Indavara estaba seguro de que Cárnifex lo subestimaba. Así que, cuando el centurión volvió a empujar a Eborio a un lado, Indavara se preparó para saltar a la izquierda y atacarlo por el flanco.

Vio la hoja de Cárnifex yendo hacia él demasiado tarde y tuvo que rectificar cambiando hacia la derecha. Ni siquiera vio llegar el escudo.

El canto se empotró contra su pecho y los pies se le levantaron del suelo. Su espalda cayó sobre la arena, pero su cabeza golpeó algo mucho más duro, y al tiempo que el crujido le rebotaba en el cráneo, sintió que la espada se escurría de los dedos y salía despedida.

Cuando la intensa luz desapareció, estaba mirando al cielo azul grisáceo. Oía roces y gruñidos. Se volvió hacia el mar. Las dos siluetas enfrentadas parecían distantes y difusas. Se esforzó por incorporarse, pero cuando volvió a desplomarse se percató de por qué su cabeza le dolía tanto. Tenía la nuca contra una roca. Una roca húmeda.

Los dos contendientes parecían estar lejos, muy lejos.

«¿Quiénes son?».

Indavara se puso de costado. Podía ver el reluciente metal de la espada, pero cuando alargó la mano la imagen se desplazó y se volvió borrosa hasta obligarlo a mirar hacia otro lado.

«*Levantarme. Tengo que levantarme*».

Llenó bien los pulmones de aire y, a tientas, se puso de rodillas. Sacudió la cabeza para deshacerse de la neblina, pero de nuevo le golpeó un dolor lacerante y volvió a caer de bruces sobre la arena. Cuando pudo ver de nuevo, lo primero de lo que se dio cuenta fue de la sangre. La sangre se había acumulado dentro de un hoyo que había sobre una pequeña roca frente a él.

«He caído sobre ella. Me he golpeado la cabeza».

—¡Vamos, Manio!

«*Manio. Manio Eborio*».

Indavara se puso de rodillas otra vez y se palpó la parte trasera de la cabeza. El pelo estaba pegajoso, empapado. Sus dedos dieron con la herida: un desgarrón de media pulgada en la carne. Gritó y apartó la mano.

«*Has sufrido cosas peores. Levanta*».

Fue a por la espada. Le llevó un momento hacer que sus dedos volvieran a moverse, pero consiguió empuñarla y utilizó la punta para apoyarse y ponerse en pie. El dolor le recorría la cabeza. Se tambaleó, pero permaneció erguido.

Miró hacia la playa. Volvían a acercarse a él, una maraña de rojo y bronce, de brazos y hojas. Intentó moverse hacia ellos, pero a punto estuvo de caer de nuevo.

«*Detente. Respira. Bocanadas lentas y profundas*».

—¡Vamos, hombre! ¡Puedes hacerlo mejor!

«*Cárnifex. Se llama Cárnifex*».

De alguna manera, Indavara se encontró otra vez de rodillas, aunque seguía sosteniendo la espada. Los dedos de su mano izquierda reposaban sobre un charco de agua helada. Se inclinó, hizo la forma de un cuenco con la mano y se salpicó el agua a la cara. Su vista empezó a volverse nítida de nuevo, aunque hubiera jurado que aún había alguien dándole golpes en la cabeza con aquella roca. Miró hacia arriba.

Eborio empujaba a Cárnifex por la orilla. Este, de alguna manera, había perdido el escudo. El centurión más joven lanzó un tajo prodigioso sobre su cabeza. El más viejo bloqueó el golpe, pero el impacto lo impulsó varios pies hacia atrás.

—¡Así se hace! —gritó Cárnifex—. ¡Vamos!

Indavara aferró con fuerza la empuñadura de la espada. Al fin su cuerpo parecía

estar respondiendo. Apoyó la mano en el pomo esférico y puso la hoja sobre la arena para volver a alzarse. Mantuvo los ojos cerrados y esperó a estar firme sobre sus pies. Luego los abrió. Eborio y Cárnifex estaban aún más cerca.

Gracias a su altura y al mayor alcance de sus miembros, Eborio parecía llevar la iniciativa. Gruñendo y con ambas manos en la empuñadura, blandió la espada de nuevo. Esta vez Cárnifex no hizo por bloquear el golpe, sino que se apartó limpiamente hacia su izquierda y contempló cómo la hoja pasaba delante de su pecho. Eborio perdió el equilibrio un instante y Cárnifex sacó la daga de su cinturón y la clavó profundamente en el brazo derecho de Eborio, allí donde la cota de malla había sido cercenada.

Cárnifex dejó la daga incrustada y retrocedió.

Indavara sentía la espesa y cálida sangre deslizándose por la nuca.

Pareció que a Eborio le costó un instante darse cuenta de lo que había ocurrido. Mientras miraba embobado la empuñadura de la daga, Cárnifex lanzó un tajo contra su cabeza. El casco absorbió gran parte del impacto, pero Eborio se tambaleaba.

Indavara dio unas zancadas hacia ellos, pero al momento volvió a caer.

La espada de Eborio se desprendió de sus manos, el brazo había quedado inútil. Cárnifex sabía que lo tenía a su merced y no perdió el tiempo. Tres veloces tajos hicieron trizas la cota de malla, y mientras Eborio se tambaleaba hacia atrás, cientos de pequeños aros de metal empezaron a llover sobre sus botas. Aún los miraba cuando Cárnifex dio la vuelta a la espada y le incrustó el sólido pomo de bronce entre los ojos.

Aturdido, el enorme oficial cayó de rodillas.

Cárnifex bajó la hoja y acercó la mano a la barbilla del centurión para desatar la correa. Luego, de un tirón, le quitó el casco y lo lanzó lejos. Los párpados de Eborio aleteaban, su cabeza se inclinaba a un lado. Cárnifex le pasó una mano por el pelo negro y rizado, luego lo agarró y le ladeó la cabeza.

—Te he matado, Eborio.

—Te he plantado cara, Cárnifex. —Eborio barboteó a través de la sangre que le caía sobre los dientes.

Indavara parpadeó como si así fuese a hacer desaparecer la visión.

«*Levanta. Muévete*».

Un rápido movimiento de la espada de Cárnifex levantó dos pulgadas de carne del cuello de Eborio. El cuerpo sin vida se desplomó sobre la arena.

—Eso has hecho, muchacho —dijo Cárnifex mientras se volvía—. Eso has hecho.

Indavara volvía a estar sobre una rodilla.

«*Levanta o te matará. Levanta*».

Cárnifex se secó la boca; sus botas se hundían en la arena a medida que se acercaba a Indavara.

—Te toca otra vez, Orejas.

El cemento agrietado y deshecho resultó ser una agonía para Annia y Nóster. Casio tenía que ayudarlos a ambos, y el progreso se hizo desquiciantemente lento. Quería detenerse y mirar hacia atrás, pero se obligó a no darse la vuelta.

Aún quedaban cincuenta pies hasta el final del rompeolas cuando Asdríbar llevó al *Fortuna* hasta el costado de este. Korinth y Desenna dieron unos temerarios saltos hasta el cemento y mantuvieron el barco en posición con dos cabos. Simo se acercó a la regala y se escurrió entre ellos. Casio oyó a Asdríbar gritarle a Clara y decirle que se quedara a bordo. Cegato era el otro marinero que quedaba en cubierta, los demás estaban a los remos.

—¡Subidlos a bordo! —le dijo Casio a Simo.

—Muchacho, coge esto —gritó Cegato lanzando una espada corta al rompeolas. Casio dejó que cayera, luego la recogió y volvió corriendo hacia la orilla.

Cárnifex estaba a cinco pasos cuando Indavara se puso en pie. El guardaespaldas retrocedió hacia el almacén, principalmente para darle a su cabeza más tiempo para despejarse.

El sudor que caía por la cara de Cárnifex hacía que se le desprendiese más piel quemada. Se tocó la frente y una franja de piel se le quedó pegada a la mano. Indavara recorrió con la mirada el cuerpo del viejo centurión para buscar trazos del daño que pudiera haber causado Eborio, pero apenas había daños en la armadura, y no había marcas en ningún otro lado. Solo esa ligera cojera y la torcida rodilla izquierda.

Con una amplia sonrisa, Cárnifex obligó a Indavara a retroceder con un par de tajos no muy fuertes pero bien dirigidos. Indavara apenas podía bloquear los golpes, menos aún pensar en lanzar un ataque. El dolor punzante de detrás de la cabeza parecía estar extendiéndose hacia la frente de nuevo.

—Estás lento todavía, muchacho —dijo Cárnifex antes de lanzar un tajo oblicuo que golpeó la hoja de Indavara hacia arriba. Lo siguiente fue una patada, directa como una flecha, contra el vientre de Indavara.

El impacto lo envió volando de espaldas. Su pie izquierdo perdió sujeción e Indavara cayó de lado contra los troncos que formaban la pared del almacén. Mientras se arrastraba por el suelo, relámpagos de dolor empezaron a recorrerle el hombro izquierdo. Supo al instante que se había dislocado el brazo.

—Oh —dijo Cárnifex, contemplando el extraño ángulo en que colgaba el brazo—. Eso no va a ayudar. Creo que lo tienes roto, Orejas. Será mejor acabar con esto.

Cárnifex se lanzó hacia delante y dirigió la espada a su cabeza. Indavara levantó la suya para detenerlo con un bloqueo horizontal y preparó su brazo derecho. Las hojas chocaron con un estrépito metálico a seis pulgadas de su cara.

Hubo un instante de silencio. Indavara miró hacia abajo y vio los restos partidos de ambas hojas tendidas en la arena. Tanto Cárnifex como él empuñaban mangos que

tan solo sostenían unas pulgadas de metal dentado. El centurión hizo un gruñido de sorpresa.

Indavara apretó el cuerpo contra la pared del almacén. Tiró la espada rota al suelo y con la mano derecha se ató la izquierda al cinturón. El brazo simplemente colgaba, y le ardía. Pensó que, de no haber sido por la pared, se habría desmayado.

«*No siento el dolor. No hay dolor*».

Cerró el puño de la mano derecha y dio un paso al frente.

Cárnifex, que estaba a no más de tres pies de distancia, contempló el brazo tullido y esbozó una mueca de aprobación.

—Nunca he visto algo parecido. Siempre me has caído bien, Orejas. ¿Eres soldado?

Indavara negó con la cabeza.

—Gladiador.

—Eso lo explica todo. No creo que me haya apuntado nunca la muerte de un gladiador. —Cárnifex tiró la espada al suelo—. Aunque imagino que puedo arreglármelas con un hombre de un solo brazo. ¿Preparado para tu última pelea, muchacho?

Indavara respondió echándose hacia delante y dirigiendo la pierna hacia la rodilla izquierda de Cárnifex. Le dio con la espinilla, pero el dolor apenas apareció reflejado en el rostro del viejo centurión, que apretó los dientes y se resistió a gritar de dolor. Indavara se movió hacia su derecha, lejos de la pared.

Cárnifex se volvió hacia él gruñendo.

Esta vez Indavara lo atacó desde la izquierda. Se agachó para librarse de un puñetazo de la diestra del centurión y soltó una patada con la punta reforzada de la bota que le acertó en la rodilla.

La pierna de Cárnifex a punto estuvo de doblarse, pero se enderezó y levantó los puños. Solo era una demostración de fortaleza. Solo una demostración.

—Lento, viejo. Has sido muy lento.

Esta vez Cárnifex estaba preparado. Bajó las manos para coger la bota de Indavara, pero la patada era una finta, y el centurión recibió un puñetazo corto directo a la nariz. No fue el más fuerte de los golpes, pero consiguió dejarlo petrificado un instante, y ese instante era todo lo que necesitaba Indavara. Se giró a la derecha y saltó, dirigiendo otra patada a la rodilla del curtido soldado.

La fina capa de carne que cubría la espinilla de Indavara ardía, pero sabía que podía soportarlo. Sabía que podía soportar más que Cárnifex. Pensó que hacía tiempo que Cárnifex no soportaba tanto dolor.

Indavara siguió dando patadas. El centurión le dirigió un puñetazo salvaje que alcanzó de refilón el mentón de Indavara, pero que le hizo más daño al puño que a la mandíbula del gladiador. Luego Cárnifex intentó mantener la distancia, pero al sexto golpe su rodilla acabó cediendo. Con un último barrido de Indavara sobre la pierna que aún lo sostenía el centurión cayó pesadamente de espaldas.



El último ataque de Cárnix fue una patada desesperada, pero Indavara se apartó de las afiladas tachuelas. No tenía mucho sentido golpearle la coraza, así que le dio un pisotón en la entrepierna. Aquello acabó con toda resistencia.

La siguiente patada de Indavara fue directa al casco de Cárnix, con tanta fuerza que a punto estuvo de caer. Pateó una y otra vez aquella horrible cara rosada, y solo se detuvo cuando percibió que ya no había movimiento ni ruido. Luego miró hacia abajo.

Las carrilleras del casco se habían incrustado en la cara de Cárnix, aunque ya tampoco podía llamarse cara. Los ojos habían desaparecido bajo la carne desgarrada y la sangre encharcada. Indavara escupió a aquel amasijo.

«*Barco. Puerto. Andar*».

Dio tres pasos y cayó de bruces sobre la arena.

Cuando Casio llegó al final del rompeolas, vio a un joven Maseene al otro lado del camino de acceso. El indígena miró en su dirección y luego corrió de vuelta bajo el arco y hacia la plaza. De algún modo, Casio se olvidó del cansancio y el dolor y corrió a lo largo de la fila de almacenes.

Los tres hombres estaban tendidos en el suelo, pero solo Indavara se movía. Abrió los ojos en el momento en que Casio se arrodilló junto a él.

—Por todos los dioses... ¿Puedes moverte?

—Tengo el brazo izquierdo jodido.

Casio lo ayudó a que se pusiera de rodillas.

—Tenemos que irnos. Los Maseene. ¿Puedes caminar?

—Mis piernas están bien.

Casio no pensó que fuera buena idea decirle nada sobre el estado en que se encontraba su espinilla derecha. En cuanto Indavara estuvo en pie, Casio miró hacia el cuerpo de Eborio. Aunque estuviera tendido boca abajo sobre la arena, inmóvil, sintió la necesidad de ir hacia él.

Indavara negó con la cabeza.

—Se ha ido.

No hacía falta preguntar por Cárnix: la cara del centurión parecía algo que estuviera sobre la tabla de un carnicero.

Para sorpresa de Casio, Indavara consiguió andar con cierto brío a pesar de la cojera. Casio lo agarraba mientras corrían. La sangre de la cabeza del guardaespaldas le goteaba en el brazo. Para cuando llegaron al rompeolas, docenas de Maseene llegaban al camino de acceso al puerto.

Indavara estuvo a punto de caer cuando puso el pie en el cemento. Casio se deshizo de la espada, lo cogió del cinturón y lo sostuvo erguido. Al hacerlo le golpeó el brazo dislocado, a lo que Indavara respondió desatando una larga serie de juramentos.

—Perdón.

Casio miró hacia atrás por encima del hombro. Los Maseene parecían competir entre ellos para ver quién les daba alcance antes.

—Debemos apresurarnos.

Indavara se volvió.

—No mires hacia atrás —le recomendó Casio.

Indavara lo ignoró. Al ver a los Maseene, consiguió de algún modo apretar el paso.

Ambos avanzaron a trompicones como mejor pudieron hasta que se encontraron muy cerca del *Fortuna*. Simo se adelantó para ir a su encuentro. Indavara se tropezó con el pie izquierdo y hubiera caído de no haber agarrado Casio gran parte de su túnica.

—Indavara, puedes hacerlo. Ya casi estamos.

Korinth y Desenna les hacían aspavientos y les gritaban palabras de ánimo.

—¡Señor! —dijo Simo.

Casio no supo si le preocupaba más el estado de Indavara o los Maseene que los perseguían.

—Cuidado con su brazo —le dijo al galo cuando ambos lo ayudaban a recorrer los últimos pasos. Una vez llegaron al *Fortuna*, los últimos soplos de energía del guardaespaldas parecieron desvanecerse. Sus ojos se pusieron en blanco y su boca cayó abierta; miró alrededor a punto de desmayarse. Korinth y Desenna lanzaron los cabos al barco y saltaron a cubierta.

Casio miró hacia atrás de nuevo. Los guerreros más próximos estaban a unos cien pasos, recorrían el hormigón a grandes zancadas.

Con Cegato al timón, Asdríbar llegó para echarles una mano a Casio y a Simo y juntos posaron a Indavara sobre la regala. Casio alargó su mano derecha todo lo que pudo y soltó. Simo aún mantenía agarrada la túnica de Indavara, pero perdió el equilibrio y cayó a cubierta. Cuando Indavara se desplomó en los brazos de Asdríbar, Korinth y Desenna ya estaban empujando el barco contra el rompeolas.

—Sube, muchacho —gritó Cegato.

—Señor, cuidado —gritó Simo.

Casio estaba a punto de saltar, pero se giró y pudo ver una jabalina cortando el aire directa a su cara. Se tiró a un lado y aulló cuando cayó sobre el borde anguloso del cemento.

Miró hacia arriba para comprobar que una docena de Maseene se abalanzaba sobre él.

El *Fortuna* ya estaba a tres pasos del rompeolas, demasiado lejos como para saltar sin carrerilla.

—¡Amo Casio! —gritó Simo.

Casio se puso de pie y echó a correr hacia el extremo del rompeolas, haciendo lo posible por emular las largas zancadas de sus perseguidores. Oyó una jabalina pasar

silbando junto a su oreja derecha y la vio cayendo al agua. Los remos estaban fuera por el lado de babor del *Fortuna*, pero aún no estaban en el agua. Cogió aire.

La última zancada de Casio lo llevó a precipitarse desde el extremo del rompeolas. Dudó que se tratara de la zambullida más elegante de su vida, pero extendió los brazos hacia delante y penetró con fuerza en el agua gélida y agitada. No esperó a que sus ojos se aclarasen, giró hacia donde debía estar el barco y se propulsó con las piernas con fuerza. Las potentes brazadas lo llevaron hacia el fondo. Vio el casco del *Fortuna* deslizándose y los remos batiendo las aguas sobre su cabeza.

Dio otra brazada y dejó que su cuerpo subiera, deseando no ser alcanzado en la cabeza por una jabalina o por un remo. Cuando emergió, a unos veinte pies del armazón de los timones, algo salpicó el agua tras él. Volvió a coger aire y se sumergió de nuevo. Una de sus botas se soltó y se fue al fondo mientras intentaba ganar la nave. Se mantuvo bajo el agua todo el tiempo que pudo hasta encontrarse otra vez frente al armazón de los timones; luego volvió a subir. La parte alta del armazón se encontraba a dos pies sobre su cabeza y la madera estaba húmeda y resbaladiza, pero alargó la mano y se aferró a ella.

—¿... él? —llegó un grito desde arriba.

El primer intento de Casio por hablar no fue más que un gorjeo. Escupió agua salada y lo intentó de nuevo.

—Estoy aquí. ¡Zarpad!

—¡Ahí está! —gritó Simo.

—Remos dentro —ordenó Asdríbar—. Zarpamos.

—Espera, señor —añadió Simo.

—¡Eso pretendo hacer!

Incapaz de ver nada salvo la madera que tenía a una pulgada de la cara, Casio oyó los remos atizar el agua tras él y luego sintió que los pies se le desplazaban hacia la popa del *Fortuna* a medida que la nave ganaba velocidad. Todas las fuerzas parecían haberlo abandonado una vez más. Hacía todo lo posible para seguir aferrado al barco.

Después de lo que fue un tiempo excesivamente prolongado, el batir de los remos se detuvo y la nave empezó a aminorar la marcha. Casio consiguió girar la cabeza a la derecha. Ya estaban bastante alejados del puerto. Podía ver la cabaña de pescadores, con las dos puertas aún abiertas. Un puñado de Maseene en la Vía Cirenaica habían parado a sus caballos para contemplar el barco.

El armazón de los timones se estremeció cuando unas botas le cayeron encima, y la cara repleta de cicatrices de Korinth apareció por el borde.

—Creo que disfrutarás más del viaje en cubierta, señor.

—Súbeme, anda —repuso Casio después de escupir más agua.

Desenna apareció. Cada uno lo cogió de una mano para sacarlo del agua y subirlo al armazón. Luego Korinth enlazó los dedos de las manos para que Casio pusiera el pie y este trepó por encima de la regala.

Simo estaba esperando con una manta en la que arrebujó a Casio. El galo se

mostraba entusiasmado al frotar los hombros de su señor, y luego examinó la nariz con urgencia. De no haber sido por todos los testigos, Casio lo hubiera abrazado. Se contentó con palmearle el pecho.

—Bien hecho, oficial —dijo Asdríbar—. Bienvenido de vuelta.

—Gracias a ti, capitán.

Asdríbar arrancó una jabalina Maseene de cubierta y examinó la punta.

—Creo que ya estamos fuera de alcance —dijo Casio.

—Lo estamos.

Casio volvió la mirada hacia el rompeolas. Los indígenas ya volvían hacia la orilla, pero había cientos reunidos en el puerto. Casio se colocó la manta y le hizo un gesto a Simo para que fuera a asistir a Indavara, que permanecía sentado junto a la escotilla, acunando su brazo izquierdo. La parte trasera de su túnica estaba entera teñida de sangre.

Sentadas a las escaleras de la escotilla había dos mujeres. Otras, detrás de aquellas, observaban. Todas miraban hacia la ciudad. Antes de que Casio pudiera preguntar dónde estaban, vio a Annia. Estaba tumbada en el suelo justo a la entrada del camarote. Clara la había envuelto en una capa y le ofrecía algo de vino.

Opilio dio un grito desde la bodega:

—¿Remos dentro de nuevo, señor?

Antes de que Asdríbar pudiera responder, habló Nóster. El veterano estaba junto a la regala de babor, con la mirada puesta en el puerto.

—Por Júpiter... Aún está vivo.

—¿Quién? —preguntó Casio que se apresuró a unirse a él.

—¿Quién va a ser? —repuso Nóster.

Casio no pudo creer lo que estaba viendo. Cárnifex, todavía con el casco de medio penacho en la cabeza, estaba de pie y caminaba tambaleante junto a los almacenes y hacia el puerto. Indavara fue el siguiente en llegar junto a Nóster. Ignoraba las protestas de Simo, que lo instaba a sentarse de nuevo.

—No puede ser.

Luego un Maseene vio a Cárnifex. Con hurras y gritos que flotaron sobre las aguas, los indígenas corrieron hacia el centurión.

—Lo harán pedazos —dijo Nóster.

—Debe de ser la única forma de asegurarse de que está muerto —añadió Indavara.

La primera jabalina llegó desde una buena distancia e impactó contra la coraza de Cárnifex. Cuando el centurión se inclinó a un lado, un guerrero sacó la daga de la vaina del brazo y saltó sobre su espalda. Un segundo hombre le clavó un cuchillo en la garganta. Después lo perdieron de vista a medida que otros Maseene llegaban hasta él.

Lo último que vieron de Cárnifex fue el casco con penacho pasando de manos y de un guerrero a otro. Finalmente uno de ellos lo tiró al agua del puerto. Flotó un

instante y luego se hundió.

—¿Nos vamos? —preguntó Asdríbar.

—Sí —dijo Casio.

El cartaginés dio la orden. En cuestión de momentos los remos estaban en el agua y el *Fortuna* en camino.

—Señor —dijo Simo—, me gustaría llevarme a Indavara abajo. Debo detener la hemorragia.

—Por supuesto —dijo Casio—. Adelante.

Los ayudó a llegar hasta la escotilla, y se disponía a seguirlos, pero volvió la vista hacia Nóster. El veterano seguía con los ojos puestos en la costa.

—Bajaré en un rato.

—Córbulo, ¿viniste al puerto anoche? —preguntó Asdríbar cuando pasó junto a él.

—No. Nosotros... sufrimos un retraso.

—Era demasiado peligroso. Tuvimos que esperar anclados.

—Me alegra que os quedarais —repuso Casio.

—Tu hombre, Simo, puede llegar a ser muy persuasivo. La joven Clara también. ¿Qué ocurrió? Se supone que deberíais haber estado aquí a esta misma hora, pero ayer.

Un solo día. A Casio le parecía una semana. La cabaña, el agujero, la batalla, el cañón, la huida por Darnis... No sabía por dónde empezar.

Asdríbar le puso una mano en el hombro.

—Quizá puedas contármelo cuando estés preparado.

Casio fue junto a Nóster, que miraba más allá de los Maseene que saltaban y jaleaban, hacia la playa junto a los almacenes, hacia donde había quedado tendido Eborio.

—Siento que tuviéramos que dejarlo —dijo Casio.

—Era un buen oficial —dijo Nóster.

—Y un buen hombre —repuso Casio—. Mejor de lo que creía ser.

## XXXV

El *Fortuna Redux* se deslizó suavemente hacia la cala bajo un cielo teñido de rojo y naranja. Asdríbar estaba al timón y, solo con la propulsión del trinquete, guio su nave hacia un extremo en calma resguardado por un promontorio. Una vez que Desenna y Korinth hubieron arriado la vela, el viejo Cegato dejó caer el ancla desde la proa. A medida que la cadena repiqueteaba a través del hueco, Asdríbar dejó que Tarkel atara las cañas del timón y fue hacia delante. Desenna y Korinth soltaron el trinquete y lo recogieron. El capitán los exoneró del resto de sus obligaciones, y tanto ellos como el muchacho bajaron a la bodega.

A medida que el leve viento fue muriendo y la luz empezó a desvanecerse, Asdríbar y Cegato se quedaron en silencio, observando cómo el barco acababa por reposar sobre la cadena del ancla. La proa del *Fortuna* viraba ligeramente de un lado a otro. Asdríbar sacó un odre de vino de su túnica y ambos marineros compartieron un trago. El único rastro de vida en la costa desértica eran un par de cigüeñas que, parapetadas en una roca, contemplaban el barco.

Finalmente la proa dejó de moverse. Asdríbar tanteó la cadena del ancla con la bota, estaba tensa e inmóvil. No quería llamar la atención de nadie que pudiera merodear por la costa, así que ya había decidido que los candiles del barco permanecieran apagados. El capitán echó un último vistazo a la cala y luego miró a Cegato. El veterano asintió y ambos se dirigieron hacia la escotilla.

—¡Ah! ¡Dioses! ¡Simo, lo estás poniendo peor!

Casio apartó al galo de un empujón y se secó las lágrimas de dolor de los ojos.

—Lo siento, señor. Eso realmente necesita las atenciones de un experto.

—Ese maldito animal de Cárnix... Con la suerte que tengo, acabaré pareciendo un matón callejero. Mi nariz era perfecta. ¡Perfecta! La gente solía comentarlo. Más vino, Simo.

—La jarra está vacía, señor. Tendré que...

—Bah, olvídalo. Daré un paseo.

—Tengo aquí la última de tus túnicas limpias.

Casio dejó que Simo lo vistiera. Aunque hubiera dormido profundamente durante la mayor parte de la tarde y supiera que debía sentir un profundo alivio al haber escapado de Darnis con vida, no se sentía eufórico, solo inquietantemente desasosegado.

Simo abrochó la hebilla del cinturón y Casio recordó lo que había jurado hacer antes de que acabara el día.

—Simo, el capitán Asdríbar me ha hablado de tus esfuerzos para asegurar que

esperara a que regresáramos.

—Mis plegarias fueron atendidas, señor.

Casio no tenía ganas de entrar en un debate sobre aquello.

—Puede ser. En cualquier caso, te doy las gracias. Hay esclavos que desearían librarse de sus amos, especialmente de aquellos que los reprenden por hacer las cosas lo mejor que pueden. Me considero... afortunado de tenerte a mi lado.

Simo enderezó la túnica de Casio e hizo una leve reverencia.

—Gracias, señor.

—Una promesa: si algún día conseguimos volver a Antioquía, puedes coger todos los días libres que te debo de una tacada. Una semana libre, ¿qué te parece?

A Simo pareció costarle entender tal concepto.

—Gracias, amo Casio.

—No hay de qué.

Casio caminó por el pasillo hacia el camarote de Korinth. Para sorpresa de todos, el contraamaestre había cedido su cama a Indavara. Casio llamó a la puerta.

—¿Qué?

—Quizá quieras probar a decir algo más educado —dijo Casio al entrar.

Indavara estaba sentado en la cama. Viendo el estado en que se encontraba, Casio se sintió avergonzado de inmediato por el balido que había soltado, y deseó que Indavara no lo hubiera oído.

La pierna derecha del guardaespaldas estaba vendada desde el tobillo hasta la rodilla y los dedos de los pies los tenía llenos de moratones púrpura. Para cubrir tanto el corte de la frente como el golpe, aún más serio, en la parte de atrás del cráneo, Simo le había vendado casi toda la cabeza, así que solo se le veían algunos mechones de cabello negro. Su brazo izquierdo parecía indemne, salvo por algunos roces y verdugones, pero colgaba inerte de su costado con la mano reposando sobre el catre.

—Aún no puedo creer que te lo recolocases solo —dijo Casio.

A pesar de las protestas de Simo, Indavara había decidido volver a ponerlo en su sitio empotrándolo contra el mástil del *Fortuna*. Le había llevado tres intentos.

—Creo que Clara estuvo a punto de desmayarse —añadió Casio.

—No es tan difícil. Ya lo he hecho un par de veces. De hecho, una de ellas fue en medio de una pelea.

Casio sacudió la cabeza incrédulo y se sentó en el extremo de la cama.

—Esto es peor —dijo Indavara apuntándose a la cabeza—. No puedo apoyarme ni puedo tumbarme.

Miró la nariz de Casio.

—¿Quieres que te la vuelva a romper? He visto cómo se hace. Puede que la deje más derecha.

—Suena muy tentador, pero creo que voy a rechazar tu oferta.

—¿Sabes cómo está Annia?

—No. Creo que no ha salido del camarote desde que subimos a bordo.

Casio se miró con pereza los muchos cortes que tenía en las manos, la mayoría debidos a sus revolcones contra el cemento del rompeolas.

—Me pregunto cómo acabara afectándola todo esto, además de haber perdido a su padre. Supongo que deberíamos contentarnos con haberla sacado de allí.

—Con un poco de ayuda —dijo Indavara.

—Empezaré a redactar mi informe mañana. No sé qué peso tendrá mi opinión, pero recomendaré los mayores honores póstumos para Eborio. Lo que ha hecho debe ser reconocido. Recordado. ¿Qué le pasó... en la playa?

—No lo vi todo. Pero luchó con valentía. Y de no haber mantenido ocupado a Cárnix, jamás hubiera podido ponerme en pie.

—Solo los dioses saben cómo lo lograste. Simo me ha dicho que la piel de la cabeza se te había levantado casi hasta el hueso. Veinte puntos, ¿no?

Indavara asintió, pero entonces hizo rechinar los dientes.

—Tengo que recordar que debo dejar de hacer eso.

—A juzgar por mis calcetines, Simo debe de haber hecho un buen trabajo con la aguja y el hilo.

Después de ocuparse de la herida, el galo le hizo a Casio la confianza de que había visto una cicatriz más antigua y de las mismas dimensiones bajo el pelo del guardaespaldas. Casio había decidido no comentar la confesión de Indavara con Simo pero se preguntó si aquella herida había sido la causante de que perdiera la memoria, de que su pasado hubiera sido reemplazado por un vacío.

Casio pensó que no habría mejor ocasión que esa para hablar de aquel asunto.

—Indavara, escucha...

Un tímido golpe a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Indavara en un valeroso intento por resultar educado.

—Soy Clara, señor.

Casio se levantó y abrió la puerta. Todavía no había hablado con la muchacha, y agradeció ver que se sonrojaba cuando le devolvió una sonrisa. A Clara le llevó unos momentos recordar por qué se encontraba allí.

—Señor, la señorita Annia no puede moverse por culpa de sus pies, pero le gustaría veros a ambos, cuando os resulte más conveniente.

—¿Ahora? —repuso Indavara con entusiasmo.

—¿Por qué no? —dijo Casio. Se dio cuenta de que su oportunidad se había esfumado—. Clara, dile a tu señora que iremos en breve.

Una leve reverencia y la muchacha salió corriendo.

Indavara maniobró hacia el extremo de la cama utilizando para ello tan solo la pierna izquierda y el brazo derecho.

—¿Estás seguro de que deberías andar moviéndote por ahí?

—Estoy bien.

Casio le ofreció la mano, pero Indavara se puso en pie sin ayuda.

—Tú primero.



Casio caminó a lo largo del pasillo, luego torció y vio lo que le costó a Indavara pasar por la puerta. Aunque Simo estaba seguro de que no había fractura, Casio había visto en qué condiciones se encontraba la pierna derecha antes de que el galo le hubiera aplicado sus ungüentos y la hubiera vendado. La carne de la espinilla parecía casi desprendida del hueso: tal era el precio que Indavara había pagado por derribar al viejo centurión.

No se había dado cuenta antes, pero Casio se percató de que la bodega del *Fortuna* había sufrido cambios. Los maderos y los fardos de paja habían desaparecido y todo el espacio disponible estaba ocupado por vecinos de Darnis. Unos cuantos candiles colgados del techo arrojaban una iluminación opaca sobre la masa de gente y de petates. Unos pocos estaban sentados solos, pero la mayoría se arracimaban en pequeños grupos. Una mujer estaba troceando una hogaza de pan y colocando trozos de idéntico tamaño en tres platos que ya tenían aceitunas y carne desecada. Tres chiquillos la observaban expectantes.

Asdríbar emergió de las sombras, negando con la cabeza ante el estado de su amada nave. Al llegar a las escaleras, se giró y fijó la mirada en algo al fondo de la bodega.

—¡He dicho que nada de lámparas, solo candiles! ¡Quiquiera que haya encendido eso más le vale apagarlo o volveré arriba y lo tiraré por la borda!

Una de las chiquillas que esperaban la cena, de no más de cinco años, miró al capitán y rompió a llorar. Exasperado, Asdríbar empezó a caminar hacia la cocina, pero se detuvo y volvió a donde estaba la niña. Se acuclilló junto a ella y sonrió.

—Disculpa, preciosa. A los marineros les gusta que las cosas se hagan de cierta manera.

La niña se apretó contra su madre.

—Te diré lo que vamos a hacer —dijo el cartaginés—. ¿Por qué no me coses la boca y entonces no podré decir nada?

Asdríbar le entregó una aguja imaginaria y le puso el hilo.

—Aquí tienes. Y ahora, con cuidado.

Con una sonrisa recelosa, la chiquilla se inclinó hacia él y abrió la palma de la mano.

Asdríbar fingió que se le caía.

—Oh. No, ahí está.

La niña le siguió el juego. Indavara alcanzó a Casio y miró hacia delante.

Asdríbar hizo un puchero y se señaló a la boca. Mientras la niña fingía coserla, puso todo tipo de caras, arrancando risas a todos los niños.

Casio miró al resto de la gente que tenía cerca. Ignoraban las bufonadas de Asdríbar, parecían más interesados en Indavara. Puede que la noticia ya se hubiera propagado: aquel era el hombre que había derrotado a Cárnifex.

Asdríbar cogió un trozo de pan, fingió que no podía metérselo a la boca e hizo una mueca de tristeza digna de un actor de mimo.

La niña reía ahora alegremente. Asdríbar se puso en pie y siguió su camino, pero pareció avergonzarse cuando se percató de que Casio e Indavara lo habían estado observando.

—Creo que has equivocado tu profesión, capitán —dijo Casio—. Puede que sea el momento de dejar de transportar cargas y dedicar el *Fortuna* a llevar pasajeros.

—Ni por toda la seda del este. Gracias a los dioses, este va a ser un viaje corto.

—¿Llegaremos a Apolonia mañana antes de que anochezca?

Asdríbar miró hacia la bodega abarrotada.

—Como si tengo que remar yo mismo. Por cierto, he organizado otra reunión en el camarote de popa esta noche, antes de que nuestros caminos se separen.

—¿No llevarás a Annia y a Clara de vuelta a Rodas?

—Me temo que todos vais a tener que arreglároslos por vuestros medios para volver a casa. Puede que tú no escuches la voz de los dioses, oficial, pero yo sí lo hago, y sé cuándo estoy tentando a la suerte. Tormentas, centuriones canallas, indígenas enloquecidos...

—Piensa en el dinero, capitán.

—Ya lo hago —dijo Asdríbar con una sonrisa—. Ya lo hago. Y necesitaré mucho para que la tripulación no se revuelva cuando les diga que pasaremos el invierno en Apolonia. ¿Os veré luego?

—Por supuesto.

Con las mismas, el capitán siguió adelante.

Justo cuando Casio e Indavara se disponían a subir las escaleras, Nóster apareció renqueando por la bodega. Estaba junto a una mujer de apariencia vulgar cuyo pelo, voluminoso, castaño y rizado, la hacía algo más atractiva.

—Señor, esta es mi esposa. Octavia, este es el oficial Córbulos y este es Indavara.

—Un placer —dijo Casio—. ¿Qué tal esa rodilla, Nóster?

—Se arreglará, señor.

Casio se volvió a su esposa.

—Me alegra que pudieras salir de la ciudad indemne.

—Octavia lleva años diciéndome que debíamos irnos —dijo Nóster—. Supongo que debería haberle hecho caso. ¿Qué crees que le pasará a Darnis, señor?

—No tengo ni idea. Me entrevistaré con el gobernador provincial en Cirene. Con suerte se podrá hacer algo.

—Me pregunto si no deberíamos dejársela a los Maseene, señor. Después de todo, estaban aquí antes que nosotros.

—Muy cierto —dijo Indavara en un susurro.

—Bueno, no podemos hacer tal cosa —dijo Casio—. Pero entiendo lo que quieres decir. A veces un mal gobierno puede ser tan malo como la anarquía, pero el orden debe ser restablecido. Puede que haya alguna manera de solucionar las cosas, con un gobernador medio decente y una guarnición de hombres como tú. ¿Quieres que te proponga para la tarea?

La esposa de Nóster le apretó el brazo. El veterano la miró y sonrió.

—No. Gracias, señor. Concluí mis veinticinco años de servicio hace meses. Solo me quedaba por el centurión Eborio. Con suerte nos darán un trozo de tierra en algún lugar tranquilo.

—Parece razonable. No mereces menos. Por cierto, vamos a reunirnos en el camarote de popa. Estoy seguro de que el capitán estará encantado si nos acompañáis.

—Gracias, señor. Os veremos allí.

Encontraron a Annia tumbada en la cama cubierta por nada menos que tres mantas. Casio ayudó a Clara a acercar dos sillas, y a pesar de que a la dama no le traicionara ningún movimiento, le tocó el brazo cuando los otros dos no estaban mirando.

Se sentaron. Casio se sorprendió y sintió un extraño orgullo cuando Indavara inició la conversación.

—¿Cómo estás, señorita?

—Mejor, gracias. Clara ha sido maravillosa.

La dama hizo una de sus delicadas reverencias.

—¿Y vosotros?

Aunque la pregunta estaba dirigida a ambos, Annia no quitaba la vista de Indavara a pesar de todas las vendas; incluso las partes más expuestas de su piel oscura tenían algún rasguño. Nuevas heridas sobre las viejas.

—Nada que un poco de descanso y algo de comida caliente no puedan arreglar, señorita.

Casio no pudo evitar sentirse un poco celoso de la mirada que Annia le dedicó al guardaespaldas en aquel momento.

Se incorporó un poco sobre la cama.

—Oficial Córbulu, he tenido tiempo para pensar, y puedo entender por qué no podías hacerme partícipe de todo antes. Pero te pido que lo hagas ahora.

—Con sumo placer.

Casio describió cómo se había desarrollado la investigación desde que dieran con Díon. Le contó lo ocurrido en la cantera, le ahorró a Annia los detalles más escabrosos de los excesos de Cárnix, aunque sí sintió la necesidad de decirle que a los conjurados se les había mostrado la cabeza como prueba del trabajo del asesino. Extrañamente, no fue aquello lo que produjo la reacción más expresiva de la muchacha. Esta llegó cuando Casio llegó al final del relato y le explicó cómo habían capturado a Cárnix y cómo lo habían llevado a la cabaña.

Annia miró hacia otro lado y se cubrió la boca con la mano. Hicieron falta las atenciones de Clara y un poco de vino antes de que pudiera recuperarse lo suficiente como para hablar. Casio e Indavara intercambiaron miradas e hicieron amago de dirigirse hacia la puerta, pero Annia gesticuló para que se quedaran. Cogió un pañuelo de Clara y se secó los ojos.

—Qué diferente hubiera sido todo de haberme quedado en el barco tal y como me pediste... El centurión Eborio y los otros soldados...

Casio sabía algo del sentimiento de culpa, sobre cómo podía florecer fácilmente si no se arrancaba de raíz.

—Eborio y sus hombres eligieron su camino hace tiempo. Justo en el momento en que hubiera sido más fácil unirse a Cárnifex, se enfrentaron a él. Fuera cual fuese nuestra implicación, el choque era inevitable.

Casio no estaba seguro de lo que acababa de decir, pero sí estaba seguro de que Annia necesitaba escucharlo. Era bueno que se arrepintiese de sus acciones, pero no podía dejar que la muchacha cargara con tanto peso.

—Las circunstancias y las acciones de otros también han tenido que ver —continuó—, pero al final solo hay un hombre al que culpar por todo el sufrimiento del que hemos sido testigos. Aunque, gracias a Indavara, tanto Darnis como Roma y el resto del mundo se han librado de él.

Annia se tocó los ojos con el pañuelo.

—He oído hablar de algunas de las cosas de las que se ocupaba mi padre, y, sinceramente, no soy una cándida. Pero confieso que nunca me imaginé tal crueldad, tal odio. ¿Cómo han podido permitirlo los dioses? ¿Cómo han permitido que él existiera?

—No lo sé —dijo Casio.

—Me preguntó si seré capaz de olvidar algún día a ese hombre. A ese monstruo.

Casio no dijo nada: ya había pasado bastante tiempo dándole vueltas a esa misma pregunta.

—Olvídate de él —dijo Indavara secamente—. No era más que un hombre malo que ha recogido lo que ha sembrado. No te molestes con ello. Ese hombre no merece la pena.

A Annia parecieron reconfortarle las palabras de Indavara, y también le dieron a Casio un respiro para poder pensar.

—Clara, tráelo ahora —dijo Annia después de un rato.

La dama cogió una caja de madera maciza y se la dio a su señora.

Annia la abrió, sacó dos pequeños discos de plata y los colocó en la mesa.

—No conocí a mi padre hasta que tuve cuatro años. Era centurión entonces, siempre lejos, luchando con las legiones en el este. Me dio esto cuando volvió, una recompensa, me dijo, por ser tan valiente... sin él y con mi madre enferma. Cuando era niña no me paraba a pensar de dónde habían venido, pero cuando me hice mayor me di cuenta de que eran condecoraciones. Al valor. Una vez le pregunté por qué no se las había dado a sus hombres. Un tribuno les había dado dos a cada centurión después de una gran batalla y les pidió que eligieran a los hombres que más las merecían. De la centuria de mi padre solo sobrevivieron veinticinco. Pero dijo que todos las merecían, así que las guardó. —Annia miró hacia arriba—. Me gustaría entregáros las. Como muestra de gratitud. En primer lugar, por haber dado con los

responsables de la muerte de mi padre; en segundo lugar, por haberme sacado de aquel horrible lugar.

—Es muy amable por tu parte, *señorita* —dijo Casio—. Pero no podemos aceptar. Se las dieron a tu padre.

—No lo conocíais. Le hubiera gustado que os las quedaseis. A mí también.

Annia cogió una medalla y se la entregó a Indavara. Este miró a Casio un instante y la cogió.

—Gracias, señorita.

Annia le ofreció la segunda a Casio. Este se puso en pie.

—Te agradezco el gesto, de corazón, pero no puedo aceptarlo. Ruego que me disculpes.

Más tarde, acompañado de los cánticos de los marineros que ya estaban en la cocina celebrando su propio encuentro, Indavara se sentó en la cama de nuevo y acarició con los dedos la fría condecoración de plata. No le importaba lo que dijeran las inscripciones, tampoco le importaba el águila, aunque sabía lo que representaba. Para el gladiador era simplemente el regalo de ella, un símbolo de lo que había hecho.

En la arena le habían aplaudido y jaleado miles de personas, pero aquellas pocas palabras de Annia significaban más para él que todo aquello, como lo significaban los elogios de Casio y de hombres como Nóster, el capitán Asdríbar y el comandante Abascantio.

Un gladiador era poco más que un animal, una bestia bien entrenada que luchaba para entretener. Pero un hombre..., un hombre tenía una reputación, una historia.

Un hombre también necesitaba una familia. Indavara pensó en toda esa gente de Darnis, en Nóster y en su esposa: habían pasado tantas cosas juntos, sus lazos eran tan fuertes...

Algunas veces, por la noche, tumbado en la oscuridad, intentaba dibujar una cara en su mente..., un hermano, una hermana, un padre, una madre. Su mente jugaba con él, mostrándole aquellos a los que había conocido en la arena o desde entonces, nunca alguien nuevo o desconocido. Nunca alguien del pasado.

Un simple lugar también le hubiera valido. Una habitación conocida o un patio quizá, un río, un campo, un bosque. Pero no había nada.

Indavara aún se sentía satisfecho de habérselo contado a Córbulos. De hecho, le sorprendió que Córbulos no le hubiera hecho más preguntas al respecto, con tanto como hablaba siempre sobre todo. Indavara nunca creyó que llegaría a contárselo a nadie, menos aún a él. Pero si iban a permanecer juntos, a trabajar juntos, quizá fuese bueno que lo supiese. Podía hacer que dejasen de hacerle preguntas, no había razón para mentir, para esconderse. Ahora que Córbulos lo sabía, quizá comprendiese.

Indavara volvió a mirar la medalla y usó su túnica para limpiar de la plata las marcas de los dedos. Aquello... aquello era algo... algo que guardar y atesorar.

También lo ayudaría a recordar esos pocos y valiosos momentos junto a Annia.

Una vez que llegasen a Apolonia, era probable que no volviera a verla. La sola idea lo atormentaba, pero Córbullo tenía razón: no había ningún futuro en ello. Las muchachas jóvenes de buena familia no se juntaban con hombres rudos e ignorantes como él. Pero él creía que a ella le gustaba, que lo respetaba y admiraba, y aquello bastó para dibujarle una sonrisa en la cara.

La medalla la llevaría en el pequeño bolsillo que había cosido en su petate, junto con las dos estatuillas de la diosa Fortuna.

Un hombre tenía una historia. Ahora, tenía la oportunidad de crear la suya propia.

Al final se quedó dormido. Simo lo despertó más tarde. Había ido a comprobar sus vendajes antes de unirse al resto en el camarote de popa. Volvieron a buscar a Casio a su cabina y lo encontraron tendido en la cama. Simo enseguida buscó algo que hacer y se puso a recoger esto y aquello, pero Indavara vio que Casio se restregaba los ojos.

—Esta maldita nariz.

Cuando Simo acabó de recoger, le tendió a Casio su capa.

—¿Vamos, señor?

—Ve delante, Simo —dijo Indavara.

El gallo miró a Casio, y este a Indavara.

—Ve. Ya lo ayudo yo a levantarse.

En cuanto Simo se hubo ido, Indavara se apoyó en la pared.

—¿Por qué no la cogiste?

—¿La condecoración? No me parecía lo correcto.

—La mereces tanto como yo.

Casio negó con la cabeza.

—Tiene que ver con lo del puente, ¿verdad? ¿Se lo has contado a Simo?

—No creo que pueda hacerlo. Por los dioses, Indavara, aquel ruido... Y luego ese silencio...

—¿Y si hubieran llegado a cruzar? Tenías razón: los demás fuimos demasiado estúpidos y teníamos demasiado miedo como para darnos cuenta. Nos hubieran alcanzado y hubieran acabado con nosotros en cuestión de momentos. ¿Hubieras preferido que los caídos fuéramos Eborio y nosotros? ¿Y si hubieran capturado a Annia?

—Por supuesto que no. Desde un punto de vista lógico..., tienes razón. Eso lo sé. Pero eso no cambia el hecho de que me vea obligado a recordarlo. A vivir con ello. Con lo que hice.

—Tú no hiciste nada. Lo hicimos juntos. No duermas a cuenta de esos cabrones si no quieres. Yo dormiré muy tranquilo. Cualquiera que prefiriese unirse a Cárnix y no a Eborio se merecía todo lo que haya podido recibir.

Casio miró hacia la oscuridad más allá de la claraboya.

—Entonces, ¿vienes? —preguntó Indavara—. No puedo subir solo esas escaleras.

Fueron once las personas que se apiñaron en el camarote de popa. Annia estaba recostada sobre la cama y aún cubierta de mantas. Había dicho muy poco y, en un principio, pareció molestarse por la invasión de su estancia, pero ahora observaba divertida a Nóster, que, por fin, había conseguido organizar su competición de borrachos con Asdríbar, Cegato, Korinth y Opilio. A la esposa del veterano parecía entusiasmarle el vino acanelado casi tanto como a los hombres.

Por su parte, Casio había decidido tomárselo con calma y pasarlo bien intercambiando miradas con Clara. Al igual que su señora, la dama llevaba lazos de color azul claro en el pelo.

Indavara apuntó a la pared tras las camas. Asdríbar había colocado allí dos recuerdos más para su colección: dos jabalinas Maseene cruzadas.

—Todo ese dinero gastado en armas y acabamos sin tener una hoja entre ambos...

—Sí, resulta cómico —repuso Casio.

—Entonces, ¿qué hay de esas clases?

—Bueno, si estás dispuesto, podemos continuar con ellas...

—¿En cuanto tengamos oportunidad?

—Eso es.

—Te vi con aquella silla, por cierto —añadió Indavara—. Bien improvisado.

—Como dijiste: él o yo.

Casio se percató de que sus copas estaban vacías. Simo se adelantó hasta la jarra.

—No, Simo, lo haré yo.

—Muy bien, señor. Para mí no, gracias. Aún me estoy recuperando de la última vez.

—Tonterías —dijo Casio mientras llenaba las copas una detrás de otra—. Tenemos razones para celebrar. Las cosas podían haber acabado de forma muy, muy diferente.

—*Fortuna Redux* —dijo Indavara pensativo—. La buena suerte que te lleva de vuelta a casa.

—Sí, al fin tuvimos la buena suerte de nuestra parte —dijo Casio—. ¿A casa? —Miró a Indavara—. Ahora mismo esto me parece lo más cercano a un hogar.

Los tres brindaron y echaron un largo trago. La esposa de Nóster le hizo una pregunta a Simo. Este se disculpó y se volvió para dirigirse a ella.

Casio notó que había espacio bajo la mesa y estiró las piernas.

—Recuerdo cuando estábamos en Antioquía, lo que te quejabas porque te estabas volviendo un blando, que no tenías acción para mantenerte despierto. ¿Has tenido suficiente?

—Más que suficiente —repuso Indavara.

—Por los dioses, yo también. Menudos meses... Aquel asunto del estandarte y

ahora nos vemos arrastrados a esto.

Casio miró hacia Annia.

—¿Sabes? Ninguno de los dos sirve para hacer un buen marido, con el Servicio enviándonos a misiones peligrosas en lugares remotos del Imperio. Me temo que, por ahora, solo podremos aceptar misiones de poca monta.

—Creo que podremos vivir con eso —dijo Indavara. Se volvió hacia Casio con una sonrisa conspiratoria—. ¿Qué dijiste de hacernos con unas sirvientas para la casa?



## NOTA HISTÓRICA

Como siempre, he pensado que algunos lectores pueden estar interesados en la base histórica de algunos aspectos del relato.

Los reinos satélite como Karanda, el territorio ficticio que aparece en el prólogo, eran muy importantes para el Imperio. Con una cantidad comparativamente reducida de tropas y administradores a su disposición, los gobernadores provinciales no podían controlar cada región, y muy a menudo confiaban en líderes locales para esa tarea. Las condiciones de acuerdos como el que Casio lleva a Karanda eran, generalmente, muy favorables a Roma.

Espero que los lectores disculpen el trato mezquino que Indavara le dispensa al Coloso de Rodas. Durante mucho tiempo, el Coloso ha sido considerado como una de las siete maravillas: la estatua caída era una visita obligada para todos los viajeros que pasaban por la famosa isla. No podemos estar seguros de cuál fue su destino final, pero algunas crónicas sostienen que, en el siglo VII, fue vendida a un comerciante, que la despiezó para enviarla a Siria. Los historiadores han calculado que debía de medir más de ciento veinte pies de alto (sin incluir el pedestal). Cualquier estimación sobre lo que pesaba depende de la difusa cuestión de lo grueso que fuera el bronce, pero parece improbable que haya pesado menos de diez toneladas.

Viajar por mar era tan temido y genuinamente peligroso como he sugerido. La temporada para la navegación abarcaba, más o menos, de mayo a octubre. Los viajes de larga distancia fuera de esa estación eran excepcionales y debían ser evitados a toda costa. Aparte del peligro de tormenta y del desgaste que sufrían aquellas naves, comparativamente frágiles, el incremento de nieblas y nubes hacía que navegar tomando como referencia los astros o la tierra resultara mucho más difícil.

El capitán Asdríbar, por supuesto, recibe un buen incentivo para hacerse a la mar de inmediato, pero los capitanes rara vez dejarían el puerto si los vientos (y los presagios) no eran favorables. La lista de antiguas supersticiones marinas sería interminable, lo que sugiere que viajar por mar era una cuestión delicada e impredecible. Y, a no ser que fueras un emperador romano, también hubiera resultado muy incómodo. Casio tiene mucha suerte de disponer de una cabina, ya que la mayoría de los pasajeros dormían en cubierta.

El personaje de Cegato nace de un pasaje de las cartas de Sinesio, un intelectual griego del siglo IV. Habiendo concluido un viaje hasta Cirene, le escribió a su hermano acerca de la tripulación: «Lo único que tienen en común es que todos sufren algún defecto y se dirigen unos a otros en función de sus desgracias en vez de utilizar nombres reales: Tullido, Roto, Un Brazo, Cegato... Todos y cada uno de ellos tiene

un mote».

El oficial naval corrupto, el comandante Lito, está basado en un individuo del mismo nombre del siglo V, acusado de aceptar sobornos de los piratas y de los traficantes de esclavos.

Aun teniendo en cuenta las poco habituales circunstancias de su educación, el carácter y el comportamiento de Annia debe ser considerado como muy atípico. Aunque el rango de su padre le hubiera conferido un nivel de influencia impensable en mujeres de extracción más baja, la vida de las mujeres estaba, en gran medida, sujeta a las decisiones de sus padres y maridos. Tal y como sugiere la actitud de Casio, la opinión de un hombre romano era que una mujer debía saber cuál era su lugar y, preferiblemente, debía permanecer en él.

El orgullo de Casio con respecto a las cartas de sus valedores refleja con rigor la forma en que funcionaban las altas esferas de la sociedad romana. Los contactos lo eran todo, y las cartas de recomendación engrasaban los engranajes del ejército, la Administración y el Gobierno. Por ejemplo, Plinio nos dice que los puestos militares primero eran confiados a clientes y amigos, y que la persona encargada de aprobar los puestos solo necesitaba saber el nombre del candidato. «*Beneficia*» era la palabra utilizada para referirse a la intervención de un hombre influyente en favor de otro. En resumen, era mucho más importante a quién conocías que lo que sabías.

Darnis era, en efecto, una ciudad romana en la costa de la Cirenaica. Hoy en día se la conoce como Derna, en la actual Libia. Aunque el segundo terremoto es una invención mía, Cirene sufrió tal catástrofe en el año 262 de la era cristiana. El emperador Claudio Gótico hizo un esfuerzo por reconstruir la ciudad, pero ni esta ni la provincia recuperaron su antiguo esplendor. Otro terremoto golpeó la ciudad en el año 365, y Sinesio describe Cirene como una ruina.

África había sido un lugar relativamente tranquilo durante doscientos años, pero el siglo III vio surgir una serie de revueltas por parte de varias tribus. No es fácil valorar las razones que llevaron a estos conflictos, pero la corrupción y el suministro de agua pueden haber sido factores determinantes. Los romanos eran un pueblo industrial a la hora de asegurar que sus tierras dispusieran de agua, y sabemos que sus actividades afectaron a las prácticas nómadas de las tribus locales.

El punto hasta el que llegan Cárnix y sus cohortes es, por supuesto, extremo, pero la Cirenaica era un hervidero de venalidad, y hay bastantes indicios de corrupción a lo largo y ancho de las provincias africanas. Un ejemplo de esto fue Alio Máximo, administrador romano que intentó exigir más de los habituales seis días de trabajo a los campesinos locales. Cuando se negaron, envió a un destacamento de soldados para prenderlos y torturarlos. Merece la pena apuntar, no obstante, que los campesinos pudieron enviar una carta de queja al entonces emperador Cómodo, que falló en su favor.

Los soldados eran expertos extorsionadores. Solían estar encargados de la recaudación de impuestos y, como parte de su labor, se aseguraban de exprimir hasta

la última gota. Además de organizar mafias, solían aceptar, en dación de pago, propiedades, mujeres o esclavos para su disfrute personal. Quejas sobre tales abusos llegaban desde las cuatro esquinas del Imperio.

De Amiano nos llega la historia de un tal Romano, un comandante destinado en África durante el siglo IV. Fue acusado de negligencia, y un tribuno llamado Paladio fue enviado para investigarlo. Paladio también estaba encargado de llevar la paga de los soldados y, cuando llegó, recibió los sobornos habituales que iban con el cargo. Trabajó en colaboración con dos notables locales, hizo pesquisas y, finalmente, redactó un informe en el que se ratificaban las acusaciones contra Romano. Al tener noticia de aquello, Romano amenazó con desvelar que Paladio había recibido sobornos. El tribuno modificó su informe y sostuvo que los cargos contra Romano eran infundados. ¿Y los notables locales? El emperador ordenó que les arrancaran la lengua por levantar falso testimonio contra Romano.

Al examinar las prácticas del ejército romano durante el bajo Imperio, da la sensación de que para muchos soldados, oficiales en particular, las ventajas financieras no eran solo un beneficio del servicio militar, sino su razón de ser. Este tipo de comportamiento parece haber llegado a su punto más álgido durante el siglo III, y algunos historiadores han sugerido que tal nivel de corrupción resultó ser un factor determinante en el declive del Imperio.

Aunque Cárnix muestre menosprecio por los pies descalzos, hay muy pocas pruebas de lo que pudiera considerarse racismo por parte de los romanos hacia las gentes de África. A lo largo y ancho del Imperio, el estatus era más importante que el color o la religión, y los africanos desempeñaron un importante papel en la vida romana contribuyendo filósofos notables, oradores, poetas e incluso emperadores, el primero de los cuales fue Septimio Severo (que reinó del 193 al 211).

La pena de exilio estaba reservada a las clases altas. Había dos tipos. Si se era condenado a *relegatio*, el exiliado seguía disfrutando de su ciudadanía y tenía opciones de volver. Salvo en caso de un dramático cambio de régimen en Roma, era improbable que aquellos que sufrían la *deportatio* volvieran a ver la capital. Estos perdían la ciudadanía y sus propiedades eran confiscadas.

Lugares remotos como la isla de Cerdeña eran lugares predilectos para enviar a gente al exilio, como lo eran las poblaciones aisladas en el desierto africano. Cualquiera que intentase contravenir la orden de exilio podía esperar un castigo más duro y más brutal. En una sociedad donde la reputación lo era todo y la capital el centro absoluto de todas las cosas, supongo que la descripción que Casio hace sobre el exilio describiéndolo como «una especie de muerte» es bastante acertada.

De nuevo, debo expresar mi gratitud a todos los historiadores cuyos esclarecedores textos he usado mientras documentaba este libro. Los novelistas como yo estaríamos perdidos sin ellos.

## AGRADECIMIENTOS

Esta vez es una *Historia de dos ciudades*, ya que *Una costa lejana* se escribió en Varsovia y en Norwich entre septiembre de 2011 y junio de 2012. Aunque pueda parecer extraño, las temperaturas más bajas las sufrí en Inglaterra (debido a una casa muy fría), lo que supuso muchas sesiones de escritura matinal vestido con varias capas de ropa, gorro y bufanda.

A lo largo del año pasado mi agente, David Grossman, me ha brindado valiosísimos consejos en cuestiones tanto creativas como prácticas. Mi editor, Oliver Johnson, me ha guiado con destreza a lo largo de este libro desde el borrador hasta su versión final. Gracias también a Anne Perry y a todos aquellos en Hodder & Stoughton que han contribuido a esta labor, y al artista Larry Rostant, que ha diseñado otra portada impactante y memorable. También debo mencionar a los autores, reseñistas y blogueros cuyas amables palabras han ayudado a Casio y a los otros a llegar a una audiencia más amplia.

Por último, mi más sincero agradecimiento a todos los lectores que, hasta la fecha, han apoyado la saga *Agente de Roma*: espero que sigáis disfrutando las futuras aventuras del siglo III.